

Una desafiante novela sobre el origen y naturaleza de la humanidad

Michael Bishop

Solo un enemigo: el tiempo



Ganadora del premio

NEBULA

Lectulandia

África es un lugar lejano y remoto, que posee un realismo y una solidez tan asombrosas que pueden ayudar a los paleontólogos a aclarar el origen de la humanidad. Joshua es invitado a participar en un extraño proyecto por el que viajará en el tiempo hasta el Pleistoceno, donde vivirá junto a una tribu de *homo habilis*. Allí deberá adaptar su superioridad en inteligencia y los avances técnicos de su época con el peligro del entorno y sus propios sentimientos.

Lectulandia

Michael Bishop

Solo un enemigo: el tiempo

ePub r1.0

Budapest 14.11.13

Título original: *No Enemy but Tim*.

Michael Bishop, 1982

Traducción: Ana I. Domínguez & Concepción Rodríguez & M^a del Mar Rodríguez

Editor digital: Budapest

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Floyd J. Lasley Jr.,
Nuestro indulgente padrino irlandés

Nota del autor

Como ha hecho en otros proyectos de novelas largas, mi editor, David Hartwell, trabajó codo con codo conmigo en la versión final de este manuscrito. Quiero agradecerles tanto a él como a su familia que me soportaran durante los tres días que él y yo dedicamos a un escrutinio especialmente intenso de mi trabajo.

También le debo mucho a mi esposa, Jeri Bishop, por su apoyo, su aliento y sus sugerencias, tanto durante la extensa investigación que ha supuesto este trabajo como durante los muchos meses que pasé escribiéndolo.

Solo un enemigo, el tiempo es una obra de ficción. El país Zarakal no existe en ningún mapa, pero supongo que sus dimensiones geográficas son «muy» similares a las de Kenya. Sin embargo, el lector no debe dar por hecho de forma automática que Zarakal y Kenya son histórica, social y políticamente idénticas. No lo son, y no se pretendía que lo fueran.

Asimismo, el homínido protohumano al que mis personajes se refieren como *Homo zarakalensis* es una criatura inventada. He creado este espurio ancestro de los humanos como un medio para llegar a un determinado fin dramático y narrativo.

En su mayor parte, no obstante, la nomenclatura paleontológica que utilizo se ajusta al uso de aquellos científicos que de forma habitual se esfuerzan por descubrir los orígenes de la humanidad. Si bien insto a los lectores a que no consideren este trabajo como un libro de texto sobre la evolución de los homínidos, en ningún momento he malinterpretado de forma intencionada la inmensa cantidad de datos disponibles para aquéllos que se sientan fascinados con el tema.

Sin duda alguna, seguirá habiendo encarnizados debates sobre las distintas clasificaciones e interpretaciones. Dentro de una década, es posible que incluso antes, los términos *Homo habilis* y *Australopithecus afarensis* podrían ser fósiles taxonómicos, del mismo modo que los huesos a los que identifican son, virtualmente, todo lo que queda de las pequeñas criaturas bípedas que colonizaron las fronteras de nuestra humanidad hace tantos millones de años.

—Michael Bishop
Pine Mountain, Georgia
23 de junio de 1991

Prólogo

«Siguiente diapositiva, por favor».

Viajé a través del tiempo en espíritu mucho antes de que lo hiciera en carne y hueso. Veréis, hasta el momento de mi partida, mi vida había sido una sucesión de diapositivas de sueños separadas unas de otras por muchos pequeños vacíos de oscuridad en los que me embargaban la anticipación y una espantosa vigilia. En algunas ocasiones, los sueños y la oscuridad se alternaban con tanta rapidez que no podía distinguirlos. La incapacidad para diferenciar el sueño de la vigilia puede ser un indicio de locura, o también puede ser un don. Después de más de treinta años tratando de integrar ambos en un patrón coherente, he comprendido que ése es, o era, mi don.

Cuando tenía cuatro años, mi padre, Hugo, trajo a casa un proyector de diapositivas del economato de la base McConnell de las Fuerzas Aéreas, en Wichita, Kansas. Era un aparato con un carro circular para las diapositivas, y si mantenías pulsado el botón, al final, las mismas escenas —los mismos momentos del pasado— aparecían en rápida sucesión una y otra vez. De algún modo, en aquel momento, cada carrusel de diapositivas era una máquina del tiempo; y la procesión de imágenes en cualquiera de las paredes o en el lienzo blanco colgado era un viaje cíclico a los días pasados.

Para mí, sin embargo, a menudo eran más divertidas las paradas en el viaje, los espacios vacíos en el carro de diapositivas que se transformaban en ventanas de un deslumbrante resplandor blanco. A mi padre, que hablaba inglés con un marcado acento español, le gustaba hacer estúpidos comentarios cuando aparecían aquellos cuadros vacíos:

«¡El lomo de Moby Dick!».

«¡Frosty el muñeco de nieve en una reunión del Ku Klux Klan!».

«¡Un oso polar nadando en un tarro de helado de vainilla!».

Mi hermana Anna y yo también hacíamos nuestros propios comentarios, la mayoría más infantiles que los de Hugo, y nuestra madre, Jeannette, que apreciaba la continuidad, le urgía a seguir con la proyección. Trataba de que los carros —cada uno con cien diapositivas— siempre estuvieran llenos, de modo que hubiese relativamente pocas oportunidades para aquellas tonterías. No es que no tuviera sentido del humor, pero, para ella, el carrusel de diapositivas representaba un mundo vivo, un mandala de brillantes experiencias recapituladas. Para ella, lo divertido era volver a vivir cada una de las resplandecientes epifanías de la proyección.

Después de que Hugo fuera trasladado de McConnell a la base de las Fuerzas

Aéreas Francis E. Warren en Cheyenne, Wyoming, y después de que Jeannette empezase a trabajar en un periódico como crítica literaria y articulista, en nuestra familia se hicieron pocas fotografías más. Todavía veíamos diapositivas en los cumpleaños y en los ocasionales arranques de nostalgia de Jeannette; pero una vez que habías visto los temarios cuatro o cinco veces, se hacían tan predecibles como las distintas situaciones de las comedias de televisión. «John-John señalando a las vacas» siempre precedía a «Jeannette arrastrando a John-John fuera de la pradera» y siempre seguía a «Reunión John-John para paseo de octubre». Uno podía dar por segura esa secuencia.

A partir de los breves espacios de oscuridad entre los «clic» del botón de cambio, comencé a crear mis propias «diapositivas». De hecho, tras mi octavo cumpleaños, solía caer en una especie de trance cada vez que empezaba a funcionar el aparato: abandonaba el presente para adentrarme en un pasado incluso más antiguo que el que estaba proyectándose en la pared. Ya por entonces, era famoso en mi familia por ser un soñador; no del tipo «ensimismado con la barbilla apoyada en la mano» que hay en la mayoría de las aulas de clase, sino un tipo de soñador extraño y visionario... y ahora estoy convencido de que la aparente afición de Jeannette por la proyección de diapositivas formaba parte de su bienintencionado deseo de atarme a la realidad. Quería reforzar mi lealtad hacia la familia Monegal grabando en mi cerebro lo vivido e inquebrantable que era el vínculo que me unía a ellos tres.

Cada carro de diapositivas, como ya he dicho, era una máquina del tiempo —una máquina del tiempo con un orden cómodamente circunscrito—, pero era también un yugo para el *status quo*. Al ignorar el Pasado de la Familia Monegal y llenar cada momento de oscuridad entre las fotografías con un cargamento de íntimo significado, estaba echando por tierra las intenciones de mi madre. Me estaba distanciando tanto emocional como temporalmente.

Cuando tenía diez años, gasté una broma que, de alguna manera, presagiaba la gran rebelión de mi adolescencia.

Hugo, un acólito subordinado del Comando Aéreo Estratégico, acababa de ser trasladado de Cheyenne a Guam. A pesar de que había instalaciones para los familiares en la isla, había ido sin acompañamiento, no solo para acortar la duración del viaje, sino para cumplir las exigencias de Anna (que era feliz en su colegio actual) y de Jeannette (que había comenzado a ganar un salario más que respetable con sus críticas y sus artículos). Que nadie me pidiera opinión sobre lo que pensaba del asunto no supuso un gran problema, porque mis sueños eran los mismos allí donde estuviese. No obstante, estaba tratando de aprender más sobre ellos, sobre todo asistiendo a la biblioteca, donde absorbía con avidez las revistas que trataban de viajes o de historia natural. A decir verdad, con Hugo ausente, los tres que seguíamos en Cheyenne desarrollamos al parecer una docena de intereses que tendían a

separarnos del núcleo familiar.

¿Mi broma? Bueno, ese año, justo antes de Navidad, fui al armario donde guardábamos el equipo de diapositivas y me llevé las cajas que contenían los carros. Una vez en mi habitación, pasé unos buenos treinta minutos recolocando las diapositivas al azar o dándoles la vuelta. La «Reunión John-John para paseo de octubre» acabó siguiendo a una invertida «Jeannette disfrutando de la playa en Cádiz», mientras que «Anna viendo la procesión de Semana Santa en Sevilla» iba seguida de «Abuelo Rivenbank despidiendo a los clientes en el colmado Old Van Luna», que estaba colocada de lado. Después, volví a dejar los carros en sus cajas y las cajas en las estanterías del armario.

En Nochebuena, Jeannette le dijo a Anna que trajera las diapositivas y lo preparara todo para un nuevo viaje al Pasado de la Familia Monegal. Anna, que en aquel momento tenía catorce años, obedeció, y todos nos reunimos en el comedor. Yo apagué las luces, Anna apretó el interruptor del proyector, y se produjo una especie de caos demencial.

La reacción de Jeannette ante mi vandalismo no fue la que esperaba. Después de murmurar: «Qué coño es esto» tras la palma de su mano, me examinó con la mirada, hundió los dedos en mi pelo y tiró de mi cabeza hasta colocarla bajo su axila. Aunque ella jamás lo hubiese admitido, yo sabía que no estaba enfadada, solo le había hecho gracia la forma que había adoptado mi rebelión. Fue Anna la que se puso furiosa. Despotricó acerca del tiempo que llevaría volver a colocar las diapositivas en su orden sacrosanto, y se negó a seguir con la proyección.

—¡Maldito seas Johnny-boy! —exclamó—. Esto lo vas a colocar tú mismo. No esperes que yo te ayude.

—Venga, Anna, no pasa nada —replicó nuestra madre—. Pon la siguiente.

—Pero, mamá, las ha mezclado todas...

Jeannette se echó a reír.

—Pero sabemos cuál es cuál, ¿verdad? Dejemos que siga y disfrutemos de cada una tal y como aparezcan.

—Es que no podemos disfrutarlas. Alguien que no las hubiese visto nunca no sabría lo que ocurre. Ya no cuentan una historia, solo son trozos y pedazos de... un lío enorme.

—Anna, la historia está en nuestras cabezas. No hará daño verlas en un orden diferente, y no vamos a preocuparnos por un alguien hipotético que ni siquiera sabe quiénes somos.

—Mamá, no pienso colocarlas como estaban.

—No quiero que lo hagas. Yo lo haré; no será difícil. De cualquier forma, están todas numeradas. Así que sigamos adelante, ¿de acuerdo?

De mala gana, Anna pasó las diapositivas en toda su nueva gloria desordenada,

cabeza abajo y libre de vados, y a mí no me echaron la bronca. Además, Jeannette había dicho la verdad: la historia estaba, sin lugar a dudas, en nuestras cabezas. Cada diapositiva evocaba su propio contexto. Presté atención al programa —el inmutable programa implícito incluso en aquella lunática mezcla— como no lo había hecho con ninguna de nuestras proyecciones desde hada mucho tiempo. Las Vivendas de la Familia Monegal habían adquirido una nueva perspectiva. Mi mezcla de imágenes había conseguido transmitir matices que una secuencia lineal no podría comunicar realmente. Cada «clic» del botón era un repaso y un apéndice.

Coloqué la cabeza sobre el pecho de mi madre creyendo que, finalmente, se había rendido al carácter aleatorio de la «realidad». Pero entonces recordé lo que había dicho: «De cualquier forma, están todas numeradas» y vi en la esquina de cada soporte de cartón la numeración que ella había escrito escrupulosa y detalladamente. Los números eran la salvaguarda contra el olvido, la entropía y el caos... pero menoscababan enormemente la impresión favorable que había producido en mí la sorprendente tolerancia de mi madre ante mi travesura. Era fácil mostrarse generoso cuando se podía recolocar al instante —o al menos con mucha rapidez— el mundo a tu manera. Una visión poco compasiva de una fría Nochebuena en Wyoming.

Más tarde, cuando ya era un adolescente, me rebelé con más vehemencia contra otro de los imprudentes intentos de Jeannette de imponer orden en mi caótica vida. Y ambos sufrimos las consecuencias.

Parque nacional de Lolitabu, Zarakal

De julio de 1986 a febrero de 1987

Durante cerca de ocho meses, Joshua vivió en una remota región del Parque Nacional de Lolitabu, en Zarakal, donde un anciano de la tribu Wanderobo le enseñó a sobrevivir sin agua corriente, teléfonos ni latas de atún importado. A pesar de que la caza era ilegal en los Parques Nacionales del país, el Presidente Tharaka concedió una dispensa especial, ya que el éxito del Proyecto Esfinge Blanca dependía de manera alarmante de la habilidad de Joshua para cuidar de sí mismo en el Pleistoceno Inferior.

A pesar de haber vivido durante toda su vida entre los miembros del pueblo agrícola Kikembu (el grupo étnico más grande de Zarakal), Thomas Babington Mubia jamás había abandonado las artes de caza de los wanderobo. En 1934 había enseñado al inexperto Alistair Patrick Blair (hoy en día un paleoantropólogo de renombre mundial) cómo atrapar un duiquero tan solo con sus manos y cómo despellejar el cuerpo del animal con las herramientas que pudiese conseguir en ese mismo lugar. Ahora, casi medio siglo después, Blair deseaba que le transmitiera esa misma destreza a Joshua, porque, a pesar de que estaba considerablemente menos ágil y no tenía la misma agudeza visual, Babington no había perdido ninguna de sus habilidades para cazar, matar o tallar piedras.

Babington —como le llamaba todo el mundo que lo conocía bien— era alto, musculoso y tenía el pelo cano. Cuando estaba en compañía educada, vestía pantalones cortos de color caqui, sandalias y una de las muchas camisas llamativas que Blair le había dado; pero, en el campo, a menudo optaba por ir desnudo, o casi desnudo. Su piel estaba cuajada de verdugones, cicatrices, ronchas y nódulos, y, a pesar de ello, parecía tener una salud excelente para ser un hombre que pertenecía al *rika ria Ramsay*, un grupo de veteranos que se habían circuncidado durante la ascensión al poder del gabinete de coalición de Ramsey MacDonald. Para Joshua, los cortes y golpes ocasionales del anciano eran menos preocupantes que el vestigio deliberado de un antiguo ritual de circuncisión.

Los kikembu lo llamaban *Ngwati*. Era una especie de trozo deshilachado de piel que colgaba por detrás del pene de Babington, como la parte que se quita de una tirita. A Joshua le dolía con solo mirar ese «pellejillo». Trataba de no dejar que su vista se dirigiera a la entrepierna de Babington, y, por distintas razones aparte de la modestia occidental, hacía todo lo posible por no quitarse los pantalones cortos ni orinar delante del anciano. Le preocupaba un poco que andar desnudo cerca de Babington significara adquirir su propio *Ngwati*.

Hasta su circuncisión, el mentor de Joshua había asistido a clases en una escuela misionera que estaba a cargo de los padres de Blair, protestantes episcopales, y se sabía de memoria una buena cantidad de salmos, muchos soliloquios de Shakespeare y la mayoría de los poemas de Edgar Allan Poe, el gran favorito del viejo wanderobo. De hecho, en algunas ocasiones, conseguía desconcertar a Joshua cuando se quedaba desnudo por la noche y recitaba en voz alta y con un refinado acento británico cualquiera de esos pasajes memorizados, el que mejor casara con su estado de ánimo. En julio, su primer mes en el campo, Babington casi siempre declamaba la menos conocida de las dos piezas de Poe tituladas «A Elena»:

*Pero al fin la noble Diana se retiró
Hacia su lecho occidental de nubarrones;
Y tú, un fantasma, te escabulliste también
Por la arboleda sepulcral. Sólo tus ojos permanecieron.
No deseaban irse: aún no se han ido. Aquella noche
Iluminaron mi solitario regreso a casa y desde entonces
(Al contrario que mis esperanzas) no me abandonan.*

Sentado en la alta acacia en la que Babington había construido una casa con una recia puerta, Joshua miró hacia abajo y le preguntó a su mentor si se había casado alguna vez.

—Oh, sí. Cuatro a la vez, pero la más adorable y la mejor de todas era Elena Mithaga.

—¿Qué ocurrió?

—Durante la guerra, la Segunda, caminé desde Bravanumbi hasta Makoleni, mi pueblo natal, y me alisté en el ejército contra los perversos acólitos de Hitler en el Norte de África. Fui aceptado en una unidad especial y luché durante dos años. Cuando volví a Makoleni, tres de mis esposas se habían divorciado de mí y habían vuelto con sus familias. Yo era wanderobo; ellas kikembu. Aunque Elena también era kikembu, ella me esperó.

»Nos amábamos con locura el uno al otro. Más tarde, un año después de la guerra, fue envenenada por un hechicero que envidiaba las medallas que yo había ganado y la belleza elísea de mi Elena. La perdí en el mundo de los espíritus que nosotros llamamos *ngoma*. En noches como ésta, secas y despejadas, sé que ella ha fijado los ojos de su alma en mí. Por lo tanto, le hablo a su mundo eterno con las conmovedoras palabras de otro hombre.

Esa historia emocionó a Joshua. No podía considerar a Babington como alguien ridículo, ni siquiera cuando durante el tórrido mes de agosto se quedó a la pata coja en la oscuridad y recitó:

¡Escuchad el tintineo!
La sonata del trineo
Con cascabeles de plata
¡Qué alegría tan jocunda nos inunda al escuchar
La errabunda melodía de su agudo tintinear!
¡Es como una epifanía,
En la ruda racha fría,
La ligera melodía!

Las noches nunca eran frías en Lolitabu, que se hallaba perdido en el rincón sudoeste de Zarakal. En lugar del tintineo de los trineos, se escuchaba el barritar de los elefantes, la risa de las hienas y, tal vez, incluso a los cazadores furtivos hablando en susurros los unos con los otros. Babington hizo un gran esfuerzo para asegurarse de que ni Joshua ni él tuviesen problemas con esos hombres; porque, aunque algunos no eran más que patéticos aficionados que trataban de ganar el dinero suficiente para tener algo que llevarse a la boca, otros eran despiadados depredadores que no vacilarían a la hora de matar para pasar desapercibidos.

A Joshua le preocupaban mucho más los grandes felinos del parque que los cazadores furtivos. A Babington no le ocurría lo mismo. Se paseaba por la sabana con tanta indiferencia como un hombre que atravesara un aparcamiento vacío. Su objetivo no era desconcertar a Joshua, sino enseñarle las diferencias entre las distintas especies de gacelas y antílopes, algunas de las cuales, con seguridad, ni siquiera habían evolucionado a principios del Pleistoceno. Joshua trataba de escuchar, pero se encontraba a sí mismo observando con cautela a los leones que yacían cómodamente bajo los árboles de la llanura.

—Nuestro olor no les parece apetitoso —le dijo Babington a Joshua—. Los leones encuentran repugnante el hedor de los seres humanos.

—¿No nos atacarán a menos que los provoquemos?

Babington empujó hacia fuera parte de la dentadura postiza con la lengua y volvió a colocarla de nuevo en su lugar.

—Un león sin dientes o uno que haya perdido parte de su sentido del olfato podría sentirse tentado de atacar. ¿Quién sabe?

—Entonces, ¿por qué hemos salido sin armas y paseamos por la hierba como si fuéramos dioses de dos patas?

Babington respondió de forma mordaz:

—Yo no camino de esa manera.

Durante esa larga época en los páramos de Zarakal, Joshua soñó con el pasado

remoto no más de una o dos veces al mes, y los sueños eran similares de alguna manera a las enseñanzas diarias de Babington. ¿Por qué sus episodios de viajes astrales habían dado paso a unos sueños más convencionales? Bueno, en cierto sentido su entrenamiento de supervivencia con Babington era una versión despierta de los viajes oníricos que había hecho durante toda su vida. Con los ojos bien abiertos, se encontraba aislado entre el antiguo paisaje de sus sueños y los propios sueños. Permanecía en la oscuridad que separaba las dos realidades.

Un día, Babington se acercó a Joshua cuando éste estaba orinando sobre un manojo de hierba, no muy lejos de la cabaña del árbol. Joshua no pudo detener el proceso y estaba demasiado confundido como para apartarse de la mirada de su mentor. Al final, cuando hubo descargado la presión por completo, se sacudió la polla, la guardó bajo los calzoncillos, se abotonó y se dio la vuelta para dirigirse de nuevo hacia la casa del árbol.

—Todavía no eres un hombre —le informó el wanderobo.

La vergüenza de Joshua se transformó en ira.

—No es la octava maravilla del mundo, ¡pero me sirve a la perfección!

—No has sido mordido por el cuchillo.

A Joshua le dio la impresión de que Babington estaba hablando de la circuncisión. Un joven africano que no se hubiese sometido al ritual era todavía, oficialmente, un muchacho, fuera cual fuese su edad.

—Yo soy americano, Babington.

—En este proyecto, eres un zarakalí honorífico, y eres demasiado viejo como para seguir viviendo en el *nyuba*.

Joshua sabía que el *nyuba* era la casa circular en la que vivían las mujeres y los niños pequeños kikembu.

—¡Babington!

Pero Babington se mostró inflexible. Era impensable que un varón adulto que representara a todos los pueblos de Zarakal llevara a cabo una misión de tal magnitud —visitar a los *ngoma* del mundo de los espíritus— sin experimentar primero el *irua*, la ceremonia que consagraba su llegada a la madurez. Si Joshua elegía no someterse al cuchillo —que el mismo Babington estaba dispuesto a empuñar—, entonces Babington regresaría a su hogar en Makoleni y el Esfinge Blanca tendría que continuar sin su bendición.

Durante una visita al parque a principios de septiembre, Blair supo de este ultimátum y de la decisión de Joshua de acceder a ello, siempre que pudiese imponer una condición propia:

—No quiero que me quede un colgajo de tirita como el de Babington —le dijo al Gran Hombre—. Creo que podré soportar el dolor y la vergüenza, pero tendréis que

pasar sin ese dichoso jirón colgante.

A pesar de que medía menos de un metro ochenta y de que tenía unos ojos azules como el agua cuya visión había comenzado a deteriorarse (circunstancia que no era suficiente para obligarlo a llevar gafas), Blair aún resultaba una figura imponente. El mostacho blanco además de la frente y la calva curtidas por el sol le daban la apariencia de una morsa que se hubiera materializado de algún modo en los trópicos y hubiera decidido perentoriamente convertir esa región en su hogar. El hombre parecía contonearse incluso cuando estaba sentado sobre la correosa tapicería del asiento delantero del Land Rover, y su voz tenía la suave resonancia de un fagot. Durante los últimos diez años, ese careto suyo de tío feo pero atractivo había aparecido en las portadas de una docena de revistas y publicaciones científicas conocidas; y durante un periodo de treinta y siete semanas, tres años atrás, había sido el invitado de un programa de la PBS sobre la evolución humana que se llamaba *Orígenes*, una iniciativa que había reavivado la antigua controversia entre los paleoantropólogos y los denominados científicos creacionistas, y que había servido de paso para hacer que el nombre de Blair fuese conocido incluso en las poblaciones más pequeñas de los Estados Unidos. A estas alturas, Joshua estaba acostumbrado a tratar con el Gran Hombre y no tenía el menor reparo en expresar sus quejas sobre los planes de Babington para el ritual de circuncisión.

Blair le aseguró a Joshua que los kikembu educados, sobre todo los cristianos, también contemplaban el *Ngwati* con desagrado, y que Babington no trataría de dejarle el «pellejillo» si Joshua se oponía tan enérgicamente a ello.

—Pues me opongo —dijo Joshua, pero rechazó con educación las muchas proposiciones bienintencionadas del Gran Hombre para evitar por completo la ceremonia de circuncisión. Sentía que estaba en deuda con Babington, y también quería ganarse el respeto del anciano.

Una vez que estuvo al tanto de las intenciones de Joshua, Babington anunció que la ceremonia tendría lugar en un plazo de dos días, en el mismo bosquecillo donde él y su protegido tenían la casa del árbol. Entonces Blair le informó a Joshua de que, con el fin de demostrar su propia valía, no debía exteriorizar ningún miedo antes del ritual ni gritar de dolor durante el mismo. Dicho comportamiento sería una desgracia para él y para sus padrillos. Además, para prestar legitimidad al rito, Babington había enviado mensajes a varios de los líderes de las tribus y le había pedido a Blair que invitara a los kikembu de la base extranjera de Nyarati como espectadores. Una vez que el cuchillo resplandeciera, aplaudirían la determinación de Joshua o, en el caso de que no pudiera soportarlo, ridiculizarían su muestra pública de cobardía.

—¿¡Espectadores!?

—Me temo que es la tradición. ¿Para qué sirven la fuerza y la belleza de un leopardo si nadie puede contemplarlas?

—De mucho, si eres el leopardo. Además, no estamos hablando de leopardos. Estamos hablando de mi único e incomparable órgano reproductivo. ¡A la mierda con los espectadores!

—Estarán ahí solo para verificar el asunto, Joshua.

—Puede que Babington debiera circuncidar a un leopardo, doctor Blair. Me encantaría ver cómo verifican eso.

—Venga, venga —dijo Alistair Patrick Blair—. ¡Chitón!

Joshua pasó la noche anterior a su *irua* descansando con Blair en la casa de invitados del parque, de estilo eduardiano. Al amanecer, se bañó en una tina con patas de acero con forma de garras de león, se vistió con una túnica de lino y, en compañía del paleoantropólogo, se puso en camino hacia su cita con Babington a bordo del Land Rover que conducía un vigilante uniformado del parque.

Llegaron al bosque de acacias poco después de las ocho en punto y lo encontraron lleno de jóvenes de Nyarati, tanto hombres como mujeres. Las mujeres cantaban con entusiasmo, y la bulliciosa algarabía de la multitud al completo parecía desproporcionada con respecto a la causa: el recorte de un simple prepucio. Blair le quitó la túnica a Joshua y le señaló el lugar donde el viejo wanderobo llevaría a cabo la operación.

—No debes mirar a Babington, Joshua. Tampoco trates de observar la incisión.

—Creía que eso formaba parte de la demostración de mi hombría.

—No; no solo no es necesario, sino que está prohibido.

—Demos las gracias a Ngai por las pequeñas indulgencias.

Desnudo y tembloroso, entró en el claro que había bajo la cabaña del árbol, se sentó sobre la maraña de hierba y apartó la mirada de la escalera por la que pronto descendería Babington. Blair, su ayudante, no podía proporcionarle asistencia física hasta que la ceremonia hubiese concluido.

Las canciones de las mujeres kikembu, los obscenos comentarios de los hombres a su espalda y el afanoso galopar de su corazón lo aislaban de la realidad de lo que estaba sucediendo. No le estaba ocurriendo a él. Salvo que, por supuesto, sí que le estaba pasando.

En un momento, Babington estaba ahí, arrodillado frente a él con un cuchillo, y Joshua colocó ambas manos al lado derecho de su cuello, apoyó la barbilla sobre un puño y miró hacia la sabana. Comenzó el recorte. Joshua apretó los dientes y los puños. Se negó por completo a emitir ni una queja ni un gemido y concentró su atención en un par de microbuses de turistas que rodaban por el llano cerca de la casa de invitados. Recordó que esa mañana, mientras se subía al Land Rover, los había visto aparcados en el interior de un patio junto a la cabaña. De alguna forma, el guía turístico se había enterado de la ceremonia que iba a tener lugar. Cuando los

microbuses se detuvieron junto al bosque de acacias, con unas nubes de polvo flotando tras ellos, Joshua sintió deseos de gritar.

Los rostros de las ventanas de los dos mugrientos vehículos pertenecían principalmente a atónitos caucasianos, en su gran mayoría a mujeres ancianas con la cabeza envuelta con pañuelos multicolores, sombreritos sin ala pasados de moda o exuberantes pelucas demasiado juveniles para sus portadoras. La incisión se detuvo por un momento. Los pasajeros de ambos vehículos se apearon junto a los árboles y fueron adentrándose entre la multitud hasta situarse tras las mujeres kikembu, que no dejaban de aullar y balancearse.

—Dios —murmuró Joshua.

—Silencio —le advirtió Babington—, o tendré que privarte de futuros placeres y varios descendientes.

Un corpulento guía turístico de mediana edad y expresión rubicunda utilizaba un megáfono para hacerse escuchar por encima de los cantos y los aplausos de los africanos.

El recorte había comenzado de nuevo. Joshua dejó de escuchar el discurso del hombre para concentrarse en las oleadas de dolor que irradiaban desde el punto donde cortaba el cuchillo hacia el resto de su cuerpo.

Joshua notó que los ojos de la turista que estaba más cerca del guía se habían abierto como platos tras los gruesos cristales de sus gafas. Era un esperpento de mujer con una pañoleta rojo chillón que le hacía parecer una *matriuska*. Su cuerpo parecía mecerse al compás del de los esbeltos y elegantes africanos. El balanceo de sus caderas y la cháchara incesante del guía distrajeron a Joshua del dolor del ritual de circuncisión.

—Se acabó —anunció Babington.

—No dejes *Ngwati* —intervino Blair—. Quítalo, por favor.

Babington resopló para expresar su desprecio ante semejante orden, pero quitó rápidamente el ofensivo colgajo de carne.

Como celebración del exitoso *irua*, un coro de voces resonó a través del bosquecillo y de la llanura. Ahora Joshua podía mirar hacia abajo. Vio la sangre que goteaba sobre la hierba como el agua de una espita. Blair lo sujetó desde atrás y colocó la inmaculada túnica blanca alrededor de sus hombros.

En aquel momento, la gente bailaba y cantaba, ensalzando el coraje del iniciado al tiempo que se movían entre los árboles formando una sinuosa cadeneta de cuerpos. Algunos de los turistas se habían unido a la conga, y los dos grupos, africanos y extranjeros, comenzaron a mezclarse de repente. Los kikembu sacudían los brazos para dar ánimos y más turistas —unos tímidos ancianos blancos— serpentearon para unirse a la celebración.

Joshua, que temía estar a punto de desmayarse, apartó de su entrepierna la parte

delantera de la túnica para evitar que el vestido se manchara. La mujer del pañuelo magenta se acercó a él desde el borde de la arboleda y le habló con el insípido acento a lo Alf Landon, típico de un nativo de Kansas.

—Te doy veinte dólares por esa túnica.

Joshua se quedó con la boca abierta.

—Dígale que le doy veinte dólares por la túnica —le dijo la anciana a Blair—. Y otros cinco si me deja hacerle una instantánea. Nuestro guía dice que debemos pedir permiso antes de hacer una fotografía.

—¡Señora Givens! —exclamó Joshua—. Kit Givens de Van Luna, Kansas.

Había visto por última vez a la anciana en el funeral de su abuelo, hacía quince años, sentada de forma respetuosa en uno de los bancos traseros de la Primera Iglesia Metodista, en aquel ambiente de color ambarino-melocotón que proporcionaban las vidrieras. Si no tenía setenta y dos años, no tenía ninguno. Sus marchitadas mejillas y su barbilla estaban pintadas con todos los colores iridiscentes del rostro de un mandril.

—No lo he visto en mi vida —le dijo la señora Givens a Blair como si le estuviese contando un secreto—. No tengo ni idea de por qué sabe mi nombre.

—Me tiró del pelo en el colmado de mi abuelo cuando era pequeño.

La anciana pareció ofendida.

—No eres más que un negro insolente. No te pagaría ni cinco dólares por cortarme el césped del jardín.

Desafiante a pesar de su debilidad, Joshua se quitó la túnica y se la ofreció a la señora Givens.

—Tenga, quiero que se quede con esto. Lléveselo de vuelta a Van Luna... cuanto antes, mejor.

La señora Givens cogió la túnica del hombre que sangraba, retrocedió para arrancársela de la mano y se giró hacia el paleoantropólogo.

—Acompañeme al autobús, por favor. No he visto a este hombre en toda mi vida.

—Por supuesto, señora Givens.

Mientras Blair conducía a la mujer a través de la alborotada muchedumbre de vuelta al bus, Babington ayudó a Joshua a subir la escala que llevaba hasta la cabaña del árbol. Muchos de los kikembu que vivían en Nyarati habían traído hojas de banano a la ceremonia, y el viejo wandeboro ya había transformado las palmas en una camilla sobre la que Joshua podría descansar sin miedo a agravar sus heridas. Su pene no se adheriría a las hojas de banano como lo haría al lino u otro tipo de ropa de cama, y, de esa forma, las heridas se curarían más rápido.

Tumbado sobre la camilla, Joshua miró hacia arriba y vio el arrugado rostro de Babington, que lo observaba con atención. Un rostro que parecía haber sido creado de la misma manera en que los vientos esculpen las dunas de arena o la lluvia erosiona

las rocas más duras hasta formar canales.

—Todo el mundo quiere un trozo de algo sagrado —murmuró Joshua—. Incluso si no es sagrado. Soñar hace que lo sea, y los sueños continúan sin cesar hasta que se convierten en una costumbre.

—Duérmete, Joshua —dijo el anciano.

Pasaron tres semanas antes de que Joshua se sintiera lo bastante fuerte como para retomar su entrenamiento de supervivencia. Durante dos noches estuvo delirando, a pesar de los antibióticos que Blair había traído a Lolitabu desde el hospital de la Base Aérea Russell-Tharaka. En su delirio, recibió la visita del fantasma lacerado de su padre adoptivo; también de una mujer enana española que se abrió la camisa y le dio de mamar como si fuera un bebé; de un joven soldado negro de infantería que no tenía cabeza y del Presidente de Zarakal, Mutesa David Christian Ghazali Tharaka, cuya silueta se hallaba envuelta en una túnica. Su último visitante había estado realmente allí, según Joshua supo por Babington.

—¿Por qué ha estado aquí? ¿Qué dijo?

Babington le tendió a Joshua una fotografía firmada del Presidente.

—Dijo que se sentía muy orgulloso de ti. Eres un puente que cruza el abismo que separa los comienzos de Zarakal, que entonces no era más que una amalgama de tribus, y sus aspiraciones modernas. Que tú, un afroamericano, te hayas sometido al cuchillo es un indicio de la integridad de tu compromiso con nuestro sueño.

—¿Qué más dijo?

—También me dio una fotografía firmada para mí.

Babington señaló la pared de la cabaña, donde había colgado otra copia de la fotografía. Ésta tenía una inscripción para el wanderobo. Joshua no podía leerla desde donde estaba tumbado, pero se daba cuenta de que había hecho muy feliz a Babington.

Al principio, a Joshua le pareció algo inquietante tardar tanto en curarse, pero Babington le explicó que él había sufrido un intenso dolor y después una especie de hormigueo palpitante un mes después de su *irua*. A mediados de octubre, tal y como su mentor había predicho, ya estaban cazando de nuevo, desenterrando tubérculos, recogiendo frutas y adentrándose más profundamente en los misterios ocultos de la vida salvaje. El glande de Joshua ya no estaba tan sensible como para que el simple hecho de orinar le produjese una especie de descarga eléctrica. Era el mismo de siempre otra vez.

Joshua prestó atención a las lecciones de Babington. Aprendió cómo cambiar su silueta atándose hojas alrededor de la cintura; cómo desplazarse sigilosamente en diagonal mientras cazaba; cómo rematar a un animal enfermo o herido sin cansarse y sin convertir la matanza en una carnicería; además de cómo comer carne cruda,

huevos de pájaro e insectos sin que le dieran arcadas y sin vomitar. El tiempo en Lolitabu pasó rápidamente.

La noche previa al regreso de Joshua a Russell-Tharaka para los estudios adicionales —libros de texto y simuladores, con repasos de la información paleontológica que había devorado durante la primavera y el verano anteriores—, éste se despertó y fue a la puerta de la cabaña. Babington, cuya silueta aparecía recortada contra la linde de la arboleda, estaba recitando a Poe:

¿Pero es acaso menos grave
Que la esperanza se acabe
De noche o a pleno sol,
Con o sin una visión?
Hasta nuestro último empeño
Es solo un sueño dentro de un sueño.

2

Dentro del sueño

«La incapacidad para distinguir cuando uno está despierto y cuando está soñando puede ser un indicio de locura, o puede ser un don».

Estoy en el país africano de Zarakal tomando parte en un experimento —una misión, debo llamarlo—, que no sería posible sin mi talento como soñador. El físico estadounidense Woodrow Kaprow me acaba de atar dentro de un aparato suspendido en el interior de un vehículo cerrado que parece un autobús sin ventanas.

Este enorme vehículo descansa sobre el borde exterior de una antigua superficie de playa a unos ciento veinte metros de la orilla sudeste del Lago Kiboko, uno de los grandes lagos del Valle del Gran Rift, al este de África. Habíamos colocado el autobús de acuerdo con los cálculos de Alistair Patrick Blair. Blair le ha advertido a Kaprow de que, en el Pleistoceno Inferior, el Lago Kiboko se extendía sobre una superficie mucho más extensa que en la actualidad, y que si el autobús se aparca demasiado cerca de la orilla del siglo xx, lo más probable es que yo emergiera en mi próximo viaje astral bajo unos cuantos metros de agua tibia y salada. Kiboko, nos ha recordado Blair, significa ‘hipopótamo’, pero los cocodrilos también son aficionados a este gran lago, y probablemente mi vida correría grave peligro incluso en el caso de que no me ahogara. Por lo tanto, nos hemos dado un margen de error.

En el exterior, está saliendo el sol. Estamos en julio y hace mucho calor. Dentro, no obstante, un par de cuchillas rotatorias interdependientes han empezado a girar justo por encima de mi cuerpo extendido; la brisa que producen evapora el sudor de mi frente. Kaprow está encorvado en el interior de una cabina de cristal con forma de campana, pulsando botones e interruptores. Puedo verlo si giro la cabeza, pero me ha pedido que me quede completamente inmóvil, que cierre los ojos y que me concentre en la grabación del ruido cardíaco que suena en los auriculares. Los ritmos hipnóticos de este sonido me relajarán hasta provocarme una especie de letargo e inducirán el tipo de sueño necesario para mandar mi cuerpo al Pleistoceno Inferior.

—Déjate llevar —entona Kaprow—. Déjate llevar, Joshua. Déjate...

Me encuentro en el ojo de un compacto huracán, el campo anular formado por los rotores. El sueño y la vigilia comienzan a mezclarse. A pesar de que tengo los ojos cerrados, mi visión interna me brinda imágenes que varían entre un paisaje primaveral con gacelas y el interior de un autobús del siglo xx. Muy pronto estas imágenes son colindantes y me encuentro en dos lugares al mismo tiempo. Atrapado dentro del sueño, me dejo llevar casi dos mil milenios atrás.

Al fin, el ritmo de los latidos del corazón se detiene y abro los ojos para descubrir

que los rotores que hay por encima de mi plataforma casi han dejado de girar. La cabina en la que Kaprow ha monitorizado mi salto en el tiempo parece estar vacía; su campana transparente ha adquirido un definido aspecto ahumado. El problema, por supuesto, es que Kaprow se ha quedado en el unánime presente de la humanidad, mientras que yo me he retirado solo Ngai sabe a qué año. (Porque Ngai preside el mundo de los espíritus kikembu). El interior del autobús existe en un conjunto de coordenadas temporales diferente al del resto del vehículo, y mi sueño ha sido el instrumento que ha provocado semejante dislocación. Echando un vistazo alrededor, algo atolondrado, aplico una tentativa presión en el mando que está junto a mi mano.

Este mando controla la subida y bajada de la plataforma sobre la que me encuentro mediante unos brazos neumáticos que la unen al techo. De forma obediente, entonces, la plataforma comienza a descender a través de un compartimiento que hay en el suelo del vehículo. Los rotores que poco antes me habían rodeado casi por completo se quedan donde están, como la jaula de un pájaro que alguien ha dejado abierta al borde de mi plataforma. Salgo de mi cascarón hacia un «simulacro» de la Prehistoria de nuestro planeta.

Blair y Kaprow han planeado mi salida con sensatez, de manera que cuando emerja del vientre del autobús no me encuentre en el interior de una sólida masa de roca ni a más de diez metros de la superficie, sin posibilidad de bajar. Por supuesto que no. El suelo está a la distancia de un cuerpo bajo mis pies. Por el momento, no obstante, echo un vistazo hacia arriba, hacia ese trozo alargado de espacio amueblado con el equipamiento secreto que me ha ayudado a hacer la transferencia. El resto del autobús —los neumáticos, el chasis, la carrocería—, es absolutamente invisible, porque solo existe en un plano material a finales del siglo xx. Los informes y las simulaciones no me han preparado para la «rareza» de este efecto, así que entorno los ojos para contemplar este agujero suspendido en el aire del cielo del Pleistoceno como una preocupada Alicia que lamentara su entrada en el País de las Maravillas.

Aunque no caí en el lago, ¿qué tipo de salpicaduras provoqué en aquel anciano paisaje?

En principio, no muchas. Sin embargo, si allí hubiera habido alguna clase de criatura preocupada por la moda que observara mi llegada, me habría visto como el Beau Brummell de los homínidos. A pesar de que todavía llevaba el arnés —del aparato que Kaprow llamaba Plataforma Retrotemporal—, había traído conmigo no solo la ropa que llevaba encima, sino varias mudas y una pequeña cornucopia de artículos de supervivencia. El propósito de todo este equipamiento era mantenerme con vida durante todo el tiempo que durase la misión, que en un principio se había estimado entre dos semanas y un mes.

Además de la cazadora de camuflaje, los pantalones de camuflaje y las botas de montaña, esto es lo que tenía conmigo en lo que a artículos de ropa se refiere: tres pares de calzoncillos (Fruit of the Loom); tres camisetas interiores blancas de cuello de pico (Hanes); tres pares de calcetines blancos hasta la rodilla (Gold Cup) y una pañoleta roja que mi hermana Anna me había dado como talismán cuando cumplí ocho años. Mi cazadora y mis pantalones de camuflaje eran de la tienda de safari de Marakoi, pero las botas eran de la firma Eddie Bauer, de Seattle, Washington, Estados Unidos. Tenían las suelas y los tacones de goma, protecciones acolchadas en los tobillos y estaban fabricadas con rugoso cuero Maple Cuddy. Aun a pesar de no estar específicamente diseñadas para los paisajes de África oriental y su caluroso clima, me gustaba la sensación que me proporcionaban.

Como parte del necesario equipamiento de campo, había traído lo siguiente: una cantimplora (excedente del ejército, préstamo del gobierno); una navaja suiza de bolsillo con una cadena (L.L. Bean, S.A., Freeport, Maine); un combo de hornillo y kit de supervivencia de Eddie Bauer; un neceser con una hojilla Gillette Track-II, un botecito de espuma de afeitar de Colgate (con olor a lima) y un espejo plegable; un botiquín de primeros auxilios con vendas, píldoras para la malaria, comprimidos para purificar el agua y un modesto contingente de profilácticos de látex; una linterna bolígrafo con unas cuantas pilas de reserva (Duracell); una pistola automática de calibre 45 (Colt, préstamo del gobierno); una cartuchera de lona con un total de doscientas balas (excedente del ejército, préstamo del gobierno); una funda de cuero para la pistola y un cinturón (Cheyenne Leatherworx; Manitou Springs, Colorado); una combinación de Biblia y manual de ecología del Pleistoceno en edición reducida (Fundación Americana de Geografía en colaboración con los Gedeones); una lupa; nueve metros de cuerda de nailon de alta resistencia; y un costoso comunicador intertemporal (KaprowKorn Instruments, S.A.) que me falló casi de inmediato. La mayor parte del equipamiento que llevaba estaba en los bolsillos o en una mochila de nailon que llevaba atada al pecho. Una vez que bajara de la Plataforma Retrotemporal, me la colgaría de los hombros.

Además del equipo, tenía al menos otras tres cosas a mi favor cuando salté de la plataforma al suelo: la primera era que los médicos de las Fuerzas Aéreas me habían inmunizado contra cualquier enfermedad concebible en el este de África y contra muchas otras inconcebibles; la segunda, que había pasado ocho meses en el Parque Nacional de Lolitabu con el viejo guerrero wanderobo, Thomas Babington Mubia, sometiéndome a un entrenamiento de campo; y la tercera, que había visitado esa época salvaje miles de veces en mis sueños. Me resultaba imposible creer que podría morir en ese lejano reino de los *ngoma*, o espíritus.

Me desabroché el arnés, me quité los auriculares y me desprendí de los electrodos que tenía pegados en las sienes y la frente. Después de incorporarme hasta quedar

sentado, examiné el terreno y salté. El Beau Brummell de los homínidos acababa de debutar en una época de barbarie en lo que a la confección textil se refería. Saqué la pañoleta roja del bolsillo y me la até alrededor del cuello con la idea de que pudiese darle a mi diminuta figura un aire atrevido, de pirata incluso. Como si a alguien de allí —y no veía a nadie— le importara una mierda. A pesar de ir armado, o quizás precisamente por eso, me sentía como un soldado paracaidista que hubiera caído miles y miles de kilómetros en el interior de las líneas enemigas.

A mi lado, como una deslumbrante turquesa bajo el sol de la mañana, estaba el lago. Era más grande que el del siglo xx; una pequeña carrera me habría acercado hasta la orilla. El rasgo más extraño del lago en aquel momento era que, aparte de Joshua Kampa, no tenía ningún otro usuario. A pesar de su nombre, el Lago Hipopótamo no daba cobijo a ninguno de esos bulliciosos animales que aprovechaban cualquier ocasión para tomar el sol. No había asustadizas manadas de gacelas ni ñúes inclinados sobre las orillas para saciar su sed, y ni un solo cocodrilo perturbaba las tranquilas aguas en busca del desayuno. En el ambiente reinaba un escalofriante vacío.

Cuando me giré hacia el Este, descubrí que el mosaico del hábitat de la sabana, los arbustos, los páramos cubiertos de espinos y los bosques de ribera proporcionaban una visión similar de la vida salvaje nativa. Es decir: ninguna. Ni pájaros en el cielo, ni animales entre los árboles o la hierba. La extensa planicie que rodeaba el lago estaba vacía y la cadena de suaves y distantes colinas sobre las que se había alzado el sol parecía tan deshabitada como las cordilleras de la luna. ¿Acaso el proyecto Esfinge Blanca me había trasladado a la Pangea primigenia en lugar de al África preadánica? Estaba completamente solo. ¡Por primera vez en mi vida no sabía si estaba despierto o soñando!

Saqué el comunicador portátil, con el que se suponía que debía establecer contacto inmediato con mis colegas del siglo xx, del bolsillo interior de mi cazadora. «Transcordión», lo había denominado Kaprow. Su *modus operandi* consistía en una correspondencia piezoeléctrica entre los cristales de un microcircuito de cada pareja de transcordiones. Kaprow tenía la pareja del mío y, en teoría, todo lo que yo tenía que hacer para comunicarme con él era mecanografiar un mensaje en el diminuto teclado de mi aparato.

Las pruebas previas, con viajeros que habían saltado tan solo un siglo o dos atrás, habían demostrado que los transcordiones se habían comportado de forma fiable incluso bajo condiciones climáticas adversas. A la postre, por lo tanto, Kaprow había llegado a la conclusión de que el salto temporal que separaba una pareja de transcordiones no influía en su efectividad. El gasto de energía que habría supuesto enviarme al Pleistoceno no había permitido probar esta hipótesis en mi caso, no obstante, y me di cuenta al instante de que Woodrow Kaprow, Genio Extraordinario,

se había equivocado. Marconi, Bell y Edison, sin duda, habían tenido también sus días bajos.

Pero para aquéllos que coleccionan Primeras Palabras, Ultimas Palabras y/o Proverbios Aforísticos, aquí está el primer mensaje que tecleé en mi transcordión: *«Éste es un pequeño salto para el hombre, pero un paso atrás gigante para la humanidad.»* Agradecí tener que mecanografiar este mensaje en lugar de decirlo, porque no debía temer que la estática de la radio distorsionara mis palabras y pudiese enturbiar o borrar por completo el texto crucial de mi primera frase.

Kaprow no respondió.

Puede que no hubiera encontrado divertida mi estrategia de apertura. Me puse serio: *«El lago parece estar muerto y el paisaje no presenta más signos de vida que la vegetación. Sin embargo, el doctor Blair tenía razón al asegurar que me encontraría en un periodo más húmedo y más hospitalario. El desierto del Distrito Fronterizo del Noroeste de Zarakal esta mañana no parece desértico. Es un enorme y frondoso campo de golf con árboles, trampas de arena, obstáculos acuáticos y calles llenas de maleza. La ausencia de vida animal me preocupa. Va a resultar imposible conseguir un damán aquí, y mucho menos un birdie o un eagle^[1]».*

Le di a Kaprow sus buenos cinco minutos para que registrara y digiriera semejante información, pero aun así no obtuve respuesta. Empecé a ponerme nervioso. Quizás el enorme intervalo de tiempo que me separaba del físico había afectado a los transcordiones. Si se requería un pequeño lapso de tiempo entre enviar y recibir, bien, eso implicaría un inconveniente, ciertamente, pero no una catástrofe. Los astronautas, después de todo, tenían que vérselas con este fenómeno. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con un crononauta?

Caminé unos cuantos pasos a lo largo de la orilla y tecleé lo siguiente: *«El pasado PARECE diferente, doctor Krapow. Por lo menos a mí. No es cuestión de una geografía desalineada o de moléculas que han cambiado de posición, la verdad. Incluso es diferente de la percepción del Pleistoceno Inferior que me había creado en mis viajes astrales. A ver si puedo explicarme».*

Después de despejar la pantalla del transcordión, traté de explicarme: *«Cuando era pequeño, unos diez años más o menos, estaba pasando las páginas de un libro de ciencias cuando me encontré con una extraña fotografía. Se trataba de un canario sumergido con su percha en un acuario. El pájaro estaba realmente dentro del agua, estaba mojado, y había pececillos y carpas doradas nadando a su alrededor. Genial, pensé yo, genial y extraño. Me recordó la terrible sensación que yo mismo experimentaba, la sensación de estar fuera de lugar dentro de mis propios sueños».*

La pantalla estaba prácticamente llena. La despejé de nuevo, a sabiendas de que la unidad de Kaprow estaba conectada a un terminal de impresora que conservaría mis mensajes en esos largos pliegos de papel continuo. En aras de la portabilidad, por

supuesto, mi transcordión no tenía semejante accesorio, y Kaprow estaba por tanto limitado a mensajes de exactamente diez líneas, cada una de las cuales constaba de sesenta y cinco caracteres. Hasta ese momento, sin embargo, no había dicho ni «mu».

Seguí escribiendo: *«Verá, ese canario estaba inmerso dentro de casi treinta litros de agua, envuelto en una membrana de silicona laminada permeable al oxígeno. El canario estaba mojado, pero podía respirar. Estaba vivo en un medio físico extraño. Parecía consternado, pero estaba vivo, doctor Kaprow, y así más o menos es como yo me siento en el pasado. El pasado es diferente, aunque no me resulta imposible respirar ni pensar aquí... ¿Le da esto una idea de lo que se siente estando en el pasado?»*.

En esta ocasión esperé. Estaba claro que, a esas alturas, Kaprow habría tenido tiempo suficiente para recibir y responder al menos a mi primer mensaje. Quería saber lo que opinaban Blair y él sobre la ausencia de vida animal. Puede que hubiese saltado a una época pasada errónea, y quizás nuestro único recurso viable fuera abortar la misión.

«Ese canario estaba rodeado de PECES,» escribí mientras echaba un vistazo al paraíso inanimado que me rodeaba. *«Yo, por otro lado, estoy completamente solo. Y echo de menos a los peces. Los echo de menos porque quiero vivir todo el Pleistoceno, la experiencia al completo. He esperado toda mi vida para esto, doctor Kaprow, y estoy dispuesto a esperar mucho más para lograr que esos extraños y hermosos sueños míos se conviertan en realidad. ¿Está leyendo lo que escribo?»*.

No, no estaba dispuesto a abortar la misión. Habíamos hablado de la posibilidad de fracasar a la hora de establecer la conexión o de perder el contacto por el transcordión, pero siempre con el entendimiento tácito de que ninguna de esas dos espantosas eventualidades sobrevendría. La última había ocupado un poco más de tiempo en nuestras discusiones —después de todo, yo podría dejar caer el transcordión sobre una roca o perderlo en un arroyo o podría quitármelo un babuino envidioso y autoritario—, pero ya que el transcordión era un aparato capaz de soportar grandes maltratos físicos, y dado que yo era plenamente consciente de su importancia, habíamos observado ese peligro potencial solo como un obligado ejercicio intelectual.

«¡JODER, KAPROW! ¡RESPÓNDAME, POR FAVOR!».

Nuestro plan de emergencia era simple: en el caso de que los transcordiones fallaran, yo debía evaluar la situación y, o bien abortar, o bien continuar con la misión según mi valoración intuitiva. Si optaba por seguir adelante, tenía que volver a introducir la Plataforma Retrotemporal en el interior del autobús —con el fin de no dejar agujeros anómalos en la atmósfera prehistórica— y regresar a ese sitio de la orilla del lago al menos una vez al día. Kaprow o alguno de los técnicos bajarían la plataforma a intervalos regulares con el fin de que yo pudiera rechazar la invitación o

subir a bordo para el viaje de vuelta al siglo xx. Los momentos fijados para dichas citas eran el amanecer, el mediodía y la puesta de sol. Kaprow no quería dejar la plataforma fuera durante la noche por temor a que se introdujera en el delicado interior del autobús alguno de los ingobernables representantes de las especies de primates del Pleistoceno. Costara lo que costase, era necesario mantener el pelo de mono lejos de los mecanismos. Al final, Kaprow había estipulado que yo no debía permanecer allí más de una semana sin contacto directo a través del transcordión.

Estirando el brazo por encima de la cabeza, pulsé el control de la plataforma y observé cómo se retiraba hacia arriba, a través de las compuertas del autobús. Cuando dichas compuertas se cerraron, sellando herméticamente las entrañas del vehículo a los ojos del Pleistoceno, el cielo estuvo completo de nuevo. Me quedé de pie solo en la orilla del lago; unas descargas eléctricas casi invisibles llenaban el aire a mi alrededor, como un baile de luciérnagas microscópicas. Ese fenómeno duró apenas un segundo o dos. Al contemplar el lugar donde había estado el agujero, consideré que si alguien en el siglo xx lograba romper el mecanismo de apoyo del autobús, el vehículo podría estallar o perder la presión temporal que mantenía su atmósfera prehistórica. Lo más probable era que hubiese una violenta explosión pero, en cualquiera de los casos, yo tendría que vivir lo que me quedara de vida en aquel escenario desolado y primigenio.

Volví a meterme el transcordión en el bolsillo y murmuré:

—Echo de menos a los peces.

3Sevilla, España

Mayo de 1963

Encarnación Consuelo Ocampo, prostituta y estraperlista, había decidido sacar a su hijo de su oscuro apartamento situado de la segunda planta por primera vez en su vida. El niño había pasado su primer invierno encerrado en un par de gélidas habitaciones de suelo embaldosado. Entre esas paredes había dormido, comido, defecado, gateado, empezado a hablar, jugado, berreado y, finalmente, a pesar de su corta edad y de su pequeñez, había aprendido a andar. Cuando la primavera llegaba a su fin, su madre había reunido el valor necesario para llevarlo a la azotea a que le diera el sol.

Al igual que le sucedía a Cantinflas en la película que estaban proyectando en el cine cercano a su bloque de pisos, Encarnación era una analfabeta. Para complicar aún más las cosas, también era muda. Si le había puesto nombre a su hijo, nadie lo conocía. Puesto que era muda, no podía pronunciarlo; y como era analfabeta, no podía escribirlo... En consecuencia, el niño había llegado a dar sus primeros pasos en una tormenta de silencio casi continuo. Un silencio solo interrumpido por sus propios gritos, los ruidos provocados por el resto de vecinos del bloque y los murmullos apagados de los clientes de su madre.

Encarnación era consciente de que debía poner remedio a la situación si quería que su hijo tuviese alguna oportunidad en el terrible caos de la vida adulta. Había privado a esa vivaracha carita de rasgos simiescos de la sensación del sol de la tarde durante demasiado tiempo. Y lo había privado de esa bendición, principalmente, porque sus vecinos la veían como una mujer perdida y una bruja, cosa que la avergonzaba sobremanera. Ese día se enfrentaría a la vergüenza y trataría de exorcizarla.

Colocándose al niño sobre la cadera, Encarnación se preparó para el calvario que supondría llevarlo al tejado. Había embutido la ropa sucia en el interior de una de sus faldas anchas y baratas, semejantes a las que llevaban las gitanas, consiguiendo una improvisada bolsa de lavandería que utilizaba como contrapeso para el niño. Cargada de ese modo, salió de su apartamento, atravesó el rellano y subió el sórdido tramo de escaleras interiores que conducía al lavadero de cemento del edificio.

Las expresiones de miedo y de asombro se alternaban en el rostro del pequeño, pero resistió con valentía y no desvió la mirada ante ninguno de los desafíos. Solo la intensa luz del sol que se colaba por el hueco de la escalera lo hizo parpadear.

Ya cerca de la azotea, Encarnación escuchó un ruido parecido al que haría un pececillo al freírse en la sartén. Al salir al exterior, vio a una anciana vestida de la cabeza a los pies con ropas de color negro deslustrado y rodeada de los empapados

vestigios del día de la colada. La señora estaba ensimismada observando la Giralda, la torre de la impresionante catedral de Sevilla, mientras meaba en un recipiente de lata oculto bajo su falda.

La llegada de compañía inesperada sorprendió a la vieja, pero, con una inclinación y un giro asombroso en alguien tan anciano, retiró la lata de entre sus piernas, hizo una especie de brindis con él y salvó de esa forma tanto su compostura como su orgullo.

Encarnación vaciló. Su hijo solo llevaba un jersey de algodón manchado, ya que todos sus pañales necesitaban un lavado, y esa señora —no podía decirse que fuera una amiga, puesto que ninguno de los habitantes del edificio lo era— se estaba acercando para examinarlo. Tras acomodar la lata sobre la tapadera del bidón de agua situado junto a la puerta de las escaleras, comenzó a dar pellizcos al niño con sus nudosos dedos sin dejar en ningún momento de parlotear como una posesa. Aunque el pequeño retrocedió ante semejantes muestras de atención, los pellizcos parecían molestarle menos que el aliento que la vieja expulsaba con tanto alboroto por su boca. El niño había escuchado los muchos sonidos extraños que emitía Encarnación, incluyendo, en la mayoría de los casos, los chasqueos de lengua que servían para advertirle que dejara la travesura que estuviera tramando; pero los que estaba haciendo esa bruja refunfuñona eran de un tipo diferente, vigorosos y coloridos. Lo hipnotizaban y asustaban al mismo tiempo.

—Qué despierto —afirmó la anciana, hablándole a la madre mientras estudiaba al niño—. ¿Es cierto que nunca ha escuchado hablar a otras personas? ¿Es cierto que no lo ha llevado a la iglesia para bautizarlo? Por Dios, señorita Ocampo, si esas acusaciones son ciertas está dando pie a todos esos malintencionados rumores que la tachan de bruja. Les está dando razones para que difamen su nombre.

Así, dicha a la cara, la palabra «bruja» hizo que Encarnación se encogiera. Esa calumnia, estaba segura, tenía su origen tanto en su singular apariencia como en la perspicaz suposición de sus vecinos de que sus antepasados eran moriscos —es decir, moros convertidos al cristianismo—, con una más que dudosa perseverancia en su nueva fe. Como discípulos de Mahoma, los moros habían llegado a la Península Ibérica procedentes del norte de África. Sí, pero ¿qué unión espiritual había entre ellos antes de que se convirtieran al Islam? Los vecinos de Encarnación habrían dicho que la magia negra. Abracadabra. Vudú. Sumida en la desinformación y en los prejuicios, esa gente la veía como el caballo de Troya de Satanás. De hecho, la vieja que estaba echándole el sermón en la azotea le atribuía, de forma cruel y sin rodeos, una característica personal conocida por los hispanos como «mal farío», un aura negativa.

—El bautizo alejaría a este niño del reino de los demonios. ¿Por qué se lo niega? ¿Para aumentar su mal farío? ¿Acaso quiere que solo hable con sus tetas y con los

malvados espíritus de sus pecados? Por Dios, señorita, me duele tener que preguntarle estas cosas.

Haciendo caso omiso de semejantes impertinencias, Encarnación dejó al niño en el suelo y pasó junto a la anciana camino de la pila de piedra del sotechado del lavadero. La vieja la siguió.

El pequeño, entretanto, se acucilló junto a un charco bajo la ropa tendida, fascinado por las elegantes acrobacias de las palomas de Sevilla. Volaban sobre su cabeza como trocitos de papel quemado que se alzarán en el aire flotando sin rumbo fijo. Mientras Encarnación, ajena a los pájaros, llenaba la pila con agua fría y sacaba la ropa del hatillo, su hijo alzaba las manos al cielo. Su único anhelo era alcanzar las palomas que no dejaban de girar.

—Qué insólito, señorita. Su hijo anda a los, ¿cuántos?, ¿siete meses? Parece mucho más pequeño, aunque tiene la cabeza muy grande. Supongo que será su sangre negra la que lo ha hecho ponerse a andar a una edad tan temprana. ¿Teme usted que pierda ese poder si lo bautiza? ¿Cree que debe educarlo como a un brujito, un hechicero, para asegurar su supervivencia? ¿Eso es lo que cree?

Por un breve instante, en la oscura superficie del agua, la madre del niño contempló su serio semblante. Su rostro recordaba, incluso para sí misma, a un desconcertado representante de alguna tribu perdida para la humanidad: unos ojos negros y sesgados, una boca sensual y unas cejas que se unían sobre una nariz ancha y respingona. Reflejada en el agua que se extendía bajo sus manos, su tez morena parecía cobrar un tono aún más oscuro. Muchos españoles la consideraban negra. Hizo desaparecer el reflejo con un puñado de detergente barato y el débil chapoteo de un pañal.

—En cambio, señorita Ocampo, está engordando a este niño para que se convierta en el banquete de otro. Lo ha privado tanto del bautismo como del consuelo del habla humana y, si usted muriera, nadie movería un dedo para ayudarlo. No importa que gatee por su apartamento como un mono salvaje. Fuera de él, no será capaz de defenderse; porque, de momento, no es más que el juguete de una madre egoísta. Si usted sufriera un accidente mortal o enfermara hasta morir, él también estaría sentenciado. Es ruin por su parte no haber pensado en todo esto.

Cuando el sermón de la anciana llegó a su fin, el niño dio un grito de forma espontánea y caminó despacio hasta la barandilla bajo la cual se abría el patio interior. Encarnación, que no veía a su hijo a sus espaldas, dejó la colada con el fin de traer al niño de vuelta. Para llegar hasta él tuvo que apartar a la mujer de un empujón, pero el movimiento fue menos brusco de lo que le hubiera gustado. La continua intromisión de esa mujer en su vida era insostenible. Estaba acabando no solo con su energía, sino también con su autoestima.

—¿Y qué hay del padre del pequeño? Si supiera que le ha dado un niño, no

tardaría en venir a rescatarlo de la educación tan desatinada que usted le está dando. Un negro la dejó embarazada, eso está claro, pero hasta los negros tienen lengua con la que expresar sus preferencias. Debería decirle que tiene un hijo.

Encarnación volvió al lavadero. El niño, alentado por su más reciente aventura, se acercó a la vieja y se agarró a sus almidonadas faldas. Ella, a su vez, le colocó un dedo en mitad de esa cabecita cubierta de pelo rizado y lo movió en pequeños círculos, como si quisiera alejar cualquier daño que su proximidad pudiese acarrear.

—Crueldad y arrogancia —continuó la vieja, sin dejar de frotar la cabeza del niño—. Es el orgullo lo que le hace asumir una responsabilidad que no merece. De otro modo, entendería que está llevando a la ruina a su brujillo; sí, lo está condenando. El tiempo acabará con su orgullo y con su hijo. Y, escúcheme bien, señorita, las ocupaciones tan deshonrosas a las que se dedica acabarán matándola antes de lo que cree.

Con los brazos y las manos chorreando, Encarnación se giró y apartó a su hijo de las faldas de la anciana. La vieja parpadeó, pero no retrocedió. Aunque estaba esmirriada como un cadáver, era más alta que la joven, y quizás fuese la ventaja de la altura lo que la hiciera tan temeraria. Sus labios volvieron a la carga al momento, vertiendo acusaciones, consejos y funestas profecías.

Encarnación, mirando frenéticamente a su alrededor en busca de un aliado, vislumbró la lata que su torturadora había utilizado poco rato antes para vaciar su vejiga. La cogió y, sin dejar de agitarla de un lado a otro frente al atónito rostro de la anciana, rodeó a su presa para impedir que escapara escaleras abajo. La vieja jadeó, se tapó los ojos con el antebrazo y pasó velozmente bajo uno de los alambres de los que colgaba la deshilachada colada de su familia.

—Tenga piedad —gritó al pasar bajo un par de pantalones—. Tenga piedad, señorita.

Con un grito, el niño se dio la vuelta para ver lo que sucedía. Había olvidado a las palomas, al menos por el momento.

La persecución continuó, y Encarnación dejó que la anciana se escurriera bajo los tendederos hasta llegar al hueco de la escalera. La bruja estaba doblando la esquina del primer descansillo cuando Encarnación volcó la lata y acertó con el líquido caliente sobre los hombros y la cabeza de la mujer en plena retirada. Entre chillidos e incoherencias, dejando atrás la compasión que antes demostrara, la vieja desapareció en las entrañas del edificio. Sus gritos reverberaron clamorosamente a lo largo de los pasillos alicatados.

La ecología de un espejismo

Pájaros. Pájaros que vuelan en círculos.

Desde la orilla occidental del Lago Kiboko, al abrigo de los terraplenes que se alzaban a ese lado del Rift, podía verse una deslumbrante nube de pájaros. Quizás fuesen cormoranes o martines pescadores. Estaban demasiado lejos como para identificarlos con facilidad (aun con la ayuda de mi edición reducida de la Biblia y guía de campo), pero, a pesar de la distancia, tenía la certeza de que los pájaros reaccionaban a mi presencia en su mundo. Su aparición sobre el lago legitimaba mi llegada. De hecho, tenía la sensación de que, de algún modo, había sido yo el que invocara la existencia de las aves.

El pasado estaba despertando.

En otra ocasión, hace mucho tiempo, en otro pasado, la visión de unas palomas que sobrevolaban los tejados de una antigua ciudad había provocado el despertar de mi «don» como viajero astral. Los pájaros en vuelo avivaban, invariablemente, ese recuerdo tan temprano, al igual que el sabor de las magdalenas mojadas en té traía siempre a Proust la vívida memoria del pueblo en el que pasara su infancia. Una paradoja. Casi dos millones de años antes de que mi nacimiento tuviese lugar, había estado rememorando mi infancia...

De repente, la superficie del lago cobró vida.

A no más de doce metros de distancia, un cocodrilo —que momentos antes tenía todo el aspecto de ser una hilera de guijarros en la orilla del lago— se deslizó hacia el agua. Más allá de ese lugar, una familia de hipopótamos sumergidos hasta los orificios nasales descansaba en los bajíos repletos de plantas de tallo largo. Eran miembros de una especie ya extinguida, *H. gorgops*, fácilmente reconocibles por sus ojos periscópicos... ¡Ay, el lenguaje se burla de mí! ¿Cómo es posible que se hayan extinguido cuando los estoy viendo resoplar y bostezar como si fuesen máquinas vivientes? El anacronismo aquí soy yo, no esta familia de «caballos de río».

Fiel a mi tendencia de no rendirme sin luchar ante la falibilidad de la tecnología del mañana, saqué mi transcordión y tecleé el siguiente mensaje: *«Estoy en casa, doctor Kaprow. Éste es el lugar profetizado tras miles y miles de viajes astrales. Es un lugar habitado y yo me cuento entre esos habitantes»*.

Después, tecleé: *«¡Guau!,»* y esperé una respuesta que jamás llegó. Así que volví a guardarme el transcordión en el bolsillo.

Bastante al sur, un pequeño rebaño de antílopes muy peludos —parecían estar abrigados en exceso para aquella latitud— se acercaba al lago con paso inseguro. Pasé de largo el Apocalipsis hasta llegar a «Ungulados» y ver confirmada mi suposición: eran antílopes de agua (*Kobus ellipsiprymnus*), o más bien sus equivalentes del Pleistoceno Inferior. Un buey solitario con un impresionante par de cuernos anillados guiaba su harén hacia la orilla y, aunque yo había supuesto que el agua sería demasiado salobre para beberla, las vacas y muchos de los terneros se dispersaron a lo largo de la orilla y bajaron, inquietos, los hocicos.

En lo alto, una bandada de flamencos pasó de camino a otro de los lagos del Valle del Gran Rift o, tal vez, hacia otro punto de ese mismo lago. Su color rosado intenso destacaba sobre el azul pálido del cielo y tenían un aspecto desgarrado y grácil al mismo tiempo.

Al volver a prestar atención a los antílopes, me sorprendió mucho la rapidez con la que la muerte golpeó a una de las crías que se había aventurado demasiado lejos. Un cocodrilo, quizás el mismo que yo había visto arrastrarse desde la orilla, se abalanzó sobre el animal desde las profundidades del lago y agarró al desafortunado antílope por el cuello. Mientras los supervivientes de la manada huían aterrorizados hacia la llanura, las fuertes mandíbulas del cocodrilo arrastraron a la cría a las aguas más profundas. Una mancha rojiza comenzó a vetear la superficie turquesa del lago y, a pesar de que la familia de hipopótamos que nadaba justo al Oeste de donde me encontraba se mostró totalmente ajena a la matanza, tuve que volver la vista. Mi entrenamiento de supervivencia con Babington debería haberme endurecido para semejante acontecimiento pero, hasta ese mismo instante, no había creído que la ferocidad que se daba por hecho en el ecosistema africano se impondría en la realidad de mi mundo onírico. Me había equivocado, por supuesto, y la rapacería del cocodrilo no solo fue el merecido castigo del joven antílope, sino también el mío.

El miedo es un factor importante en la supervivencia. Podría evitar que yo mismo acabase siendo una víctima de la autocomplacencia en mi primer día de trabajo.

Y, exactamente, ¿en qué consistía mi trabajo? En realidad, tenía dos facetas. La primera de ellas consistía en justificar la futura financiación militar del Proyecto Esfinge Blanca, para lo cual tenía que satisfacer la curiosidad de Woody Kaprow sobre el alcance y la efectividad de su máquina de desplazamiento temporal. En virtud de la segunda, tenía que proporcionarle al gobierno de Zarakal —personificado en su testarudo Ministro del Interior— pruebas de que nuestros más antiguos antepasados poseedores de rasgos «humanos» habían vivido a tiro de piedra del Lago Kiboko, del Monte Tharaka y sus alrededores. Alistair Patrick Blair quería pruebas fehacientes que respaldaran sus controvertidas teorías acerca de la evolución humana y había persuadido al presidente de su país, educado a la manera occidental, de que el Esfinge Blanca se entregaría a ese cometido y reportaría, a la larga, beneficios que

redundarían tanto en el desarrollo científico de la nación (es decir, reivindicando al mismo Blair) como en su economía (es decir, mediante el incremento del turismo y la concesión de becas, además de las ayudas suplementarias de los americanos). Como suboficial de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, yo era el peón de dos gobiernos. Mi «trabajo» consistía en hacer felices a ambos.

En concreto, tenía que buscar homínidos protohumanos, observar su estilo de vida e informar de los hallazgos a mis superiores. Se suponía que el transcordión era el encargado de este último compromiso pero, puesto que no funcionaba, tendría que guardar los descubrimientos que hiciera en mi memoria hasta que pudiera informar a mis superiores en persona. Blair había sugerido que mi salto al pasado tuviese lugar cerca del Lago Kiboko. Su esperanza había sido que me encontrara con un comité de recepción de *Homo zarakalensis* alrededor de la Plataforma Retrotemporal, pero esa esperanza se había desvanecido de golpe. Las únicas criaturas erguidas sobre dos patas que había en las proximidades eran aves y todavía no habían hecho ningún tipo de acercamiento amistoso.

Me alejé a grandes zancadas de la toba que rodeaba las márgenes del lago y me encaminé hacia el Este, hacia el lugar donde se extendía la sabana. Las diferencias entre este lugar y la versión del mismo en el siglo xx comenzaron a dejarme sobrecogido. Allí donde Zarakal tenía salinas y llanuras cubiertas de espinos, aquí se extendían unos transitados prados verdes, pequeños bosquecillos y una red de arroyos medio ocultos que nutrían al Lago Kiboko desde las colinas occidentales. Al Sudeste, mucho más alto e imponente de lo parece hoy en día, el Monte Tharaka se alzaba como el hombro encorvado de un Titán. La evidencia de actividad volcánica — calderas, cenizas compactas y el brillo de la obsidiana— estaba impresa en el paisaje si se buscaba con atención, pero, en conjunto, resultaba una escena bucólica, casi idílica. Así lo recordaba tras mi viaje astral previo, pero la sorpresa de ver corroborados mis sueños me proporcionaba una sensación embriagadora, una especie de vértigo producido por el delicioso *déjà vu*.

Hice un alto para observar la llanura. Dondequiera que posara la vista, había vida. Al igual que sucediese poco antes en el lago, sentí que era yo quien había invocado este desfile de animales desde el limbo temporal al pisar su territorio. La riqueza de la memoria racial y mi participación en esa riqueza les había dado vida. Un punto de vista bastante egocéntrico sobre el tema, si bien uno del que no podía deshacerme del todo. Además de los antílopes de agua que habían huido del Lago Kiboko, también veía gacelas, ñúes, cebras y una especie de jiráfidos desgarbados con cuernos semejantes a enormes pelvis humanas. El paisaje se agitaba con puntos y rayas y todo parecía estar suspendido en una especie de entorno ambiental salido de un espejismo. La ecología de un espejismo.

Salvo que, tenía que recordarme, al parecer este espejismo era real. Aunque

ninguno de los viajeros astrales de Kaprow había muerto en sus saltos en el tiempo, tanto él como sus asistentes habían reconocido que cualquiera de ellos podía muy bien perecer cuando se encontraban en el territorio real de un sueño.

Babington, el wanderobo, me había dicho que no debía tener demasiado miedo a los leones; pero no se me iban de la cabeza ni los leones, ni los leopardos ni cualquier población residual de tigres diente de sable que pudieran habitar el lugar, por lo que estaba bastante agradecido a mi 45, a pesar de que un arma de mayor calibre podría proporcionarme un mayor grado de protección. Hay que arreglárselas con lo que uno tiene y la logística de mi salto en el tiempo nos había obligado a elegir el fiable y conocido Colt. Podría acabar sin problemas con una hiena o un babuino y, si afianzaba las piernas y disparaba sucesivamente a la frente de un león a la carga... bueno, era probable que también resultara ser útil en esa tesitura.

—Limitate a mantenerte alejado de los bosques de patas de elefante —me había advertido Blair— y lo más probable es que no tengas ningún tipo de problema.

Para pasar más desapercibido se me ocurrió seguir el consejo de Babington y atarme a la cintura algunas ramas de arbustos, pero deseché la idea porque ninguno de los animales que pastaban o deambulaban en un radio de noventa metros a mi alrededor parecía estar especialmente inquieto por mi presencia. Por un instante, pensé que quizás fuese invisible para la fauna del lugar, pero un pequeño rebaño de cebras —*Equus grevyi*, una especie bastante rara hoy en día— que se interponía en mi camino hacia un espeso bosquecillo de higueras se encargó de echar por tierra esa estúpida idea en cuanto irguieron las orejas, sacudieron los rabos y huyeron en estampida en dirección Sur. Puesto que caminaba hacia el sol, me habían visto antes de que yo las viera a ellas, y mi presencia en la llanura les había hecho recurrir a esa cláusula de excepción secular: la huida.

Con mucha precaución, me interné en el claro rodeado por las higueras. No había ni leones ni cobras al acecho, pero encontré evidencias de que no siempre había estado deshabitado. Un montoncillo de huesos y de guijarros de procedencia volcánica sugería que, bajo uno de los árboles, un grupo de homínidos capaces de manejar utensilios había despedazado una especie de pequeño antílope y se había dado un festín con su carne. Los pequeños mechones de pelo del animal, que habían quedado enredados en la maleza o medio enterrados en el suelo arenoso del riachuelo que dividía en dos el bosquecillo, me indicaron que la matanza había tenido lugar durante el pasado año, más o menos. Examiné las piedras dispersas por el claro. Obviamente, las habían traído de otro lugar e incluían las piedras usadas como base y las lascas que se habían desprendido de las mismas al ser utilizadas por los industrioses bípedos. El hambre había conducido a las criaturas hasta esa habilidosa labor, pero sus herramientas resultaban ser tan asequibles y fáciles de reemplazar que las habían abandonado al marcharse del lugar. Me arrodillé junto a la destrozada caja

torácica del antílope y comencé a practicar, extrayendo algunas lascas de la piedra base.

El proceso me lo habían enseñado Blair y Babington durante los ocho meses que pasara en el Parque Nacional de Lolitabu. Los utensilios resultantes —llamados punzones, rascadores o buriles— no eran tan útiles como las diferentes tijeras, mondadientes, pinzas y sacacorchos ocultas en el mango rojo brillante de mi navaja suiza; no obstante, tampoco me habían costado treinta y cinco dólares. Una de las herramientas había resultado lo bastante afilada como para hacer un corte —de modo accidental— en la puntera de mi bota izquierda.

Como era mi deber, saqué el transcordión: «*Pruebas sólidas de la existencia de homínidos a solo media hora a pie del lago, doctor Blair. Un pequeño muladar con restos de herramientas y despojos de animal. Ojalá estuviese aquí.*» Y, en esa ocasión, guardé el dispositivo sin detenerme a esperar una respuesta.

Aunque aún faltaba para el mediodía, el calor era muy intenso y el trabajo con los guijarros volcánicos me estaba haciendo sudar copiosamente. Desde la linde oriental del bosquecillo de higueras, observé las colinas que había visto desde el lago, más allá de la planicie. Desde dichas colinas se extendían una serie de franjas de bosque que se introducían en la sabana, semejantes a los surcos de una concha gigantesca. Aunque Blair, el experto, había realizado la mayoría de sus hallazgos referentes a los homínidos en los yacimientos fósiles cercanos al lago, decidí que esta modesta meseta era un hábitat tan bueno como cualquier otro para los protohumanos. Basé mi decisión en mi anterior viaje astral y en las lecturas llevadas a cabo durante los años de búsqueda de una explicación para mis sueños. Si Mary Leakey, Alistair Patrick Blair y Don Johanson no habían hecho ningún descubrimiento importante en la meseta no se debía al hecho de que los homínidos no hubiesen vivido jamás en el lugar, sino más bien a que la erosión, los depredadores y la actividad volcánica habían conseguido erradicar con éxito toda evidencia de asentamientos en la zona. Me llevaría un par de horas alcanzar las colinas a pie, pero tenía toda la intención de llegar hasta allí. Si quería explorar los lugares frecuentados por los habilinos —es decir, los representantes de los homínidos quasi-humanos cuya familia era conocida por el nombre de *Homo habilis*, especie catalogada y defendida por Louis S. B. Leakey— tendría que localizarlos y hacerles una demostración de todos mis encantos y talentos.

Señoras y señores, Beau Brummell va de camino.

¿Cuál sería mi recibimiento en ese improbable Edén? ¿Me esperarían con los brazos abiertos o me enseñarían los colmillos?

Rezando para que no apareciera un par de arcángeles cubiertos de pelo, armados con espadas incandescentes y los traseros al aire que me obligaran a marcharme por donde había llegado, emprendí mi camino a través de la sabana. Gracias a las botas

de montaña caminaba con agilidad, haciendo caso omiso del calor. Un jabalí verrugoso, su rabo como un signo de exclamación sobre el punto de su esfínter anal, se apartó de mi camino y regresó a su madriguera. Los ñúes me observaron con cautela durante parte del camino, pero volvieron a pastar en la hierba al ver que no me dirigía hacia ellos.

Me detuve unas cuantas veces en busca de sombra y descanso junto a los lechos de los arroyos o bajo los bosquecillos de acacias. Por fin, me adentré en una lengua de bosque de ribera que se extendía desde las colinas hasta la llanura. Mi aventura entre los habitantes del Zarakal del Eolítico acababa de comenzar.

5

Sevilla, España

Verano de 1963

Dos días después de que Encarnación bautizara a su entrometida vecina con una ducha de orina, el hijo de la anciana, barrigón y con el pelo canoso, la abordó en la galería de la entrada de su apartamento. El hombre se llamaba Dionisio, y era, al parecer, el viejo chico de los recados de un boticario. Para ser un hombre adulto con trabajo, se pasaba una buena cantidad de tiempo rondando por el bloque de pisos; Encarnación había escuchado a menudo cómo los niños del barrio se burlaban de él, gritando su nombre cuando lo veían pasearse por el patio como un desaliñado pavo real. Un manirroto, eso era el tal Dionisio, con una vida tan poco prometedora como la de ella.

Aquel día, la cogió de los hombros y la hizo darse la vuelta para quedar cara a cara con él. Su aliento apestaba a cerveza, y el vello rizado de su pecho asomaba por su camisa como un montón de bobinas deshilachadas. Era un hombre reconcomido por la rabia, y Encarnación casi esperaba ver cómo su camisa se hacía jirones y empezaban a derramarse sus fétidas entrañas.

—¡Échame una maldición! —la retó, sujetándola con más fuerza por los hombros—. Escupo en tu brujería y tu orgullo. ¿Qué te parecería salir volando por encima de la barandilla, dime? ¿Cuántos se juntarían después para mear sobre tu destrozado cadáver?

Dionisio comenzó a abofetear a Encarnación. Mientras la golpeaba, le recitó todo el obsceno repertorio de sus pecados. Por último, le asestó un golpe en la sien y la levantó en el aire para luego arrojarla al suelo de la galería.

—Pero no voy a dejar que me encierren ni que me maten por el placer de acabar con tu asquerosa vida, zorra. Así te reirías desde la tumba, ¿no es cierto? Eso te daría la oportunidad de reírte de todos nosotros. Sé cómo piensas.

Entornando los párpados a pesar del hematoma que comenzaba a formarse junto al ojo, Encarnación vio cómo los gruesos dedos de Dionisio desabrochaban los pantalones del hombre. Fue entonces cuando la consciencia comenzó a abandonarla. Escuchó un humillante siseo y sintió una irritante calidez que se extendía por sus faldas. A partir de ese momento dejó de oír, ver y sentir.

Aquella noche, Encarnación Consuelo Ocampo decidió hacer dos cosas: cambiarse de casa y apartarse poco a poco de su hijo. Mucho tiempo después de que las radios se callaran y de que los frenéticos niños fueran obligados a meterse en la

cama, salió del edificio con una bolsa de ropa y unos cuantos enseres domésticos. El niño, que ocupaba el lugar habitual sobre su cadera, contemplaba con asombro las estrechas callejuelas, más allá de las tiendas cerradas y las bodegas. Sobre sus cabezas se veía una blanca estela de estrellas.

Su nueva residencia era un edificio ruinoso no muy lejos de la entrada de la calle Leoncillos. Una hilera de puntales afianzados contra la acera impedía que la abandonada fachada se viniera abajo y en las ventanas del bajo se habían dispuesto una serie de carteles de aviso, que Encarnación no era capaz de leer. Entró en el portal y, con un prendedor americano para el pelo, hizo saltar la cerradura de la recargada verja que cortaba el paso hacia las escaleras. Con su hijo y las demás pertenencias a cuestas, subió tres tramos de escaleras hasta la sala de estar vacía de un piso abandonado. Allí, dejó todas sus cosas menos al niño.

Antes del amanecer, hizo tres viajes más por el laberinto de callejuelas hasta su antiguo apartamento; ni una sola vez dejó a su hijo en cualquiera de los dos sitios. La mayoría de lo que trasladó al edificio en ruinas era mercancía del mercado negro, entre las que se encontraban dos docenas de cartones de cigarrillos americanos, un pequeño alijo de relojes de pulsera (Timex y Bulova, entre otros) y varios pequeños electrodomésticos. En una o dos ocasiones, exhausta, dejó que el niño anduviera a su lado por el empedrado, y el pequeño aguantó francamente bien.

Pasó un mes. El niño comenzó a beber de una taza de plástico que Encarnación le había comprado en unos grandes almacenes, Galerías Preciados, que no quedaban lejos de calle Sierpes, la famosa calle peatonal sevillana. La leche —auténtica leche de vaca—, se la compraba a los vendedores ambulantes que pasaban varias veces al día con sus motocarros por delante del edificio. También compró naranjas de los puestos de frutas del barrio para darle el zumo al niño. Ya que le había negado el pecho a propósito, intentó compensarlo dándole a probar bebidas gaseosas como Coca-Cola y Fanta, que quizá no fueran buenas para él, pero que le gustaban mucho. Esta estrategia funcionó a la perfección. El niño pronto dejó de perseguirla para que le diera el pecho.

Otra decisión se cernía sobre Encarnación: un día, los esbirros de mono azul llegarían ante el edificio con una bola de demolición. ¿Qué pasaría entonces? Su huida del complejo de apartamentos había arruinado su modo de vida como estraperlista y prostituta, así que el dinero que conseguía en ese momento provenía sobre todo de los encargos que le hacía el dueño de una bodega cercana y de vender a sus zarrapastrosos clientes los relojes y cigarrillos que le quedaban. Si moría, nadie acudiría para rescatar a su bebé. Y si vivía, tendría que encontrar un trabajo más lucrativo antes de que la bola de demolición los arrojara a la calle.

Su hijo era su alegría y su martirio. Tras el altercado con la madre de Dionisio, sin

embargo, el niño había comenzado a cambiar. Primero dejó de vocalizar, como si presintiera que el silencio era el mejor método para no perder el derecho a ocupar el edificio en ruinas de modo ilegal. A pesar de que escuchaba la cháchara de la gente que pasaba por la acera bajo el balcón cerrado, jamás intentaba llamar su atención con un grito o un chillido. Cuando salían a hacer algún recado, solía fijarse en los labios de todos los peatones o de los tenderos que estaban hablando, pero Encarnación se dio cuenta de que no intentaba imitar los sonidos que emitían. La fascinación que sentía por los patrones secuenciales de sonido del habla humana era absolutamente pasiva, y su madre temió que, al darse cuenta de que ella era muda, su cerebro infantil hubiera elegido alcanzar un estado igual para él.

El segundo cambio era, en varios aspectos, incluso más preocupante: el niño soñaba. Estos sueños, en los que sus párpados temblaban y todo su cuerpo se sacudía, parecían ser especialmente vívidos y fascinantes para alguien tan joven. Espectáculos de terror a medianoche. Ataques de angustia en brazos de Morfeo. Cuando sus párpados dejaban de temblar y su cuerpo yacía inmóvil, con el blanco de los ojos como medias lunas de huevos cocidos, a Encarnación le entraba el pánico y trataba de despertarlo. Aunque siempre se recuperaba de esos soponcios, ella no dejaba de asustarse. Le preocupaba que el trato que le había dispensado a su hijo lo hubiera desequilibrado y temía haber arruinado su vida para siempre. La venganza final de la vieja que la había atormentado en la azotea del bloque era la precisión del análisis de las oportunidades que el chico tendría como adulto. Encarnación sentía que había condenado a su hijo.

La carretera hasta Santa Clara, la zona residencial americana a las afueras de Sevilla, era amplia y poco transitada; el paisaje que la rodeaba tenía un aspecto intimidatorio bajo la luna de verano. Encarnación, no sin sufrimiento ni duda, se había hecho a la idea de recorrer el arcén de la carretera a pie.

Con su hijo en brazos, atravesó el último puente que había antes de llegar a la jungla de pequeñas fábricas que flanqueaban la carretera por el sur. El tráfico era escaso pero desalentador, y más desmoralizador aún cuando los enormes automóviles del personal militar americano pasaban a toda velocidad a su lado. A la derecha de Encarnación, el ámbar fantasmal del letrero de La Cruz del Campo brillaba sobre la oscura superestructura de la fábrica de cerveza. Nadie se detuvo para ofrecerse a llevarlos, y ella tampoco hizo el más mínimo intento para que lo hicieran. Estaba dispuesta a recorrer todo el camino a pie.

No obstante, pronto dejó al niño en el suelo para descansar los brazos. El crío, encantado, trotó unos pocos metros por delante de ella. Incluso descalzo, estaba bastante guapo, ya que Encarnación lo había vestido con un jersey de rayas y unos pantalones cortos azul marino. Se apresuró para darle alcance, lo cogió de la mano y

comenzó a contar sus pasitos para no tener que pensar en las consecuencias de lo que estaba haciendo. Pronto, demasiado pronto, el enclave americano emergió de la opresiva oscuridad.

Santa Clara descansaba en la árida campiña andaluza como un oasis de olmos, pulcras casas encaladas y altas farolas con forma de cayado. A la entrada de la zona residencial, que no estaba vigilada, estas farolas dibujaban una serie de círculos superpuestos de resplandor verdoso que anulaban el color del césped y conferían un brillo aceitoso a las calles asfaltadas. Los insectos zumbaban en la hierba y salía música de un portal abierto situado en algún lugar de la más cercana de las dos avenidas paralelas. Desafiando el pánico que crecía en su interior, Encarnación cogió a su hijo en brazos y se adentró en aquel transplantado suburbio americano. No tenía muy claro lo que iba a hacer, pero estaba segura de que su instinto no se equivocaba. Sabía muy poco de los americanos.

La suerte intervino.

Un grupo de adolescentes se acercó a Encarnación por la calle; las chicas iban murmurando y gesticulando por el camino. Algunas llevaban pantalones de torero y otras unos pantalones cortos muy ajustados, el tipo de ropa que pocas chicas españolas se pondrían. A pesar del calor, la chica más alta de las cinco que iban lucía una chaqueta roja con anillos de piel en los hombros y un enorme símbolo de fieltro sobre el pecho izquierdo. Encarnación se detuvo, sopesando sus opciones y esperando a que se calmaran los latidos de su corazón.

—¡Eh, mirad! —exclamó una de las chicas—. ¿Qué hacen aquí?

—Supongo que será una criada en busca de alguien que la lleve a casa.

—¿Y el niño?

En un instante, Encarnación se vio rodeada por aquellas adolescentes, y hasta la más baja de todas la hacía sentirse enana. Al parecer, habían tomado al niño por su hermano pequeño o por el hijo de alguien a quien cuidaba; y el crío las encandiló cuando extendió sus sucios deditos hacia ellas. Sus bromas eran alegres, decidió Encarnación, convencida sobre todo por la forma de actuar de la amazona pecosa que llevaba la llamativa chaqueta con el letrero. La propia chaqueta se lo aseguraba, por muy fea que fuera.

—Oye, qué mono es. Es una verdadera monada. Se parece un montón a Lucky James Bledsoe.

—Sí, es igualito.

Al instante, todas las chicas se echaron a reír, y la de la chaqueta con letras le preguntó a Encarnación, insegura de su español, si podía coger al pequeño.

—Con su permiso, por favor.

Encarnación entregó a su hijo a la chica que se lo pedía, y el niño agarró de inmediato el pelo rojizo de su nueva protectora y lo enredó de forma experimental

alrededor de sus deditos.

—¡Ay! —gritó la amazona, que echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

En ese momento, otra de las chicas intentó quitarle al niño por la fuerza, lo que desencadenó una lucha fingida por el derecho de tenerlo en brazos; el pequeño se vio mecido de un lado a otro mientras la chica de la chaqueta con letras trataba de conservar su custodia.

Encarnación, obligada a aplacar sus instintos, comenzó a retroceder. Cuando llegó al extremo del círculo de luz que proporcionaba la farola, se dio la vuelta y comenzó a correr, pasando a toda velocidad junto a dos casas adosadas de una sola planta y desapareciendo en las sombras. Fue en ese momento cuando las chicas se dieron cuenta de lo que había hecho y cuando su hijo rompió su silencio auto impuesto y comenzó a gritar su furioso desconcierto.

—¡Oiga, no puede hacer eso! —gritó la amazona a la espalda de la madre a la fuga—. ¡Vuelva... vuelva! ¡Vuelva aquí!

La intrusa se había ido, había desaparecido en la oscuridad.

—Parece que has heredado un hermanito, Pam.

Las chicas se agruparon en la arbolada avenida. La letra de una canción popular reverberaba desde una casa cercana en el pesado silencio de la noche:

*Estoy con la peña,
Con la peña de la fiesta...
Genial, arrogante y entusiasta
Sube el volumen y la música se calienta
Sí, somos orgullosos, sin duda
Esto es una locura...*

—¿Y qué se supone que voy a hacer ahora?

Cambiando de brazo al niño, que no dejaba de gritar, la chica buscó la respuesta en las caras conmocionadas de sus amigas.

Encarnación estaba arrodillada junto a la baranda de acero, en la azotea del edificio en ruinas que había en la calle Leoncillos, tomando grandes bocanadas de aire que luego exhalaba dolorosamente a través de la boca y la nariz, con la cabeza gacha. El sonido que provocaba era un lamento resonante e irregular, y siguió así hasta que se quedó sin fuerzas y el amanecer comenzó a clarear por el Este.

6

Elena

Vi a mis primeros homínidos —que no habilinos— tan solo unos minutos después de haber entrado en la franja de bosque que se introducía en la sabana desde las colinas orientales. Estas criaturas pertenecían al tipo de las que, en el diario de sueños de mi juventud, siempre marcaba con el símbolo de una mano humana con un juego de dientes grandes en la palma. *Australopithecus robustus* en el argot de los taxonomistas, aunque no aprendí esas espectaculares y larguísimas palabras latinas hasta que cumplí once o doce años y abandoné mi diario en pro de las cintas de casete.

—Johnny —me había dicho Jeannette mientras sujetaba la grabadora portátil que mi padre me había traído de Guam—, lleva tu diario con esto. Utilízala para grabar tus sueños; te será más fácil que tener que escribirlos. Cuando seas mayor, Johnny, tendrás tus «viajes astrales» en cinta.

Seguí el consejo de mi madre.

En aquel momento —quince años después o dos millones de años antes—, me encontraba contemplando a unos cuantos representantes de *A. robustus* (manos-negras-con-dientes) en un bosquecillo de África del Este, y las inestimables lecciones de mi niñez runruneaban en mi cabeza como el sonido distorsionado de una cinta rebobinándose a máxima velocidad.

Criaturas corpulentas, con rostros anchos y enormes mandíbulas, los australopitecinos habían estado a la busca de insectos y frutas secas. Era un grupo de cinco, cuatro de los cuales, que al parecer me habían oído llegar, hicieron una rápida retirada hacia la zona en la que la vegetación era más densa. El homínido que quedó era un macho: su pene, una simple protuberancia sobre el Níquel Nanas de su vello púbico; el escroto, tan redondeado e intrincadamente arrugado como una toronja podrida. Una pronunciada cresta de cabello recorría su cráneo de delante atrás, algo muy similar al corte de pelo de un *mohawk*.

Fascinado, decidí revelar mi presencia.

A pesar de que lo sobrepasaba en unos quince centímetros de altura —probablemente él midiera alrededor de un metro y cuarenta y cinco—, durante cerca de un minuto el macho siguió en su lugar, mirándome acongojado y emitiendo ruidos roncós que parecían proceder de su garganta y su pecho. Estaba cubriendo la huida de los demás, que ya habían desaparecido por completo. En ese momento, una vez cumplido su propósito y satisfecho las demandas del honor, también él se dio la vuelta y renqueó hacia la maleza.

Mi corazón daba saltos dentro del pecho. En mi primer día en el Pleistoceno, había encontrado especímenes de una familia de homínidos extinguida... que, sin embargo, no estaba extinguida, sino viva. ¡Viva! De hecho, yo era el primer ser humano que jamás había posado los ojos sobre un primate que caminaba erguido y que, en realidad, no era un ser humano, ya que los australopitecinos ya se habían extinguido antes de que comenzara la historia del *Homo sapiens*. La importancia de nuestro breve encuentro era asombrosa y, por un momento, después de la partida del macho, estuve perdido y sin saber qué hacer mientras trataba de abarcar el significado, la increíble maravilla, de lo que me acababa de ocurrir. Por supuesto, Blair habría estado dispuesto a colocarse delante de un pelotón de fusilamiento por tener la oportunidad de enfrentarse cara a cara con un fornido miembro del *A. robustus*. Me quedé mirando la maleza tras la que había desaparecido el insociable homínido que acababa de conocer.

Todavía no estaba solo. Desde las ramas de los árboles que me rodeaban, una caterva de monos enmascarados, casi con seguridad cercopitecos verdes, había presenciado mi altercado con los australopitecinos. Como elfos malhumorados de rostro negro, brincaban de un lado para otro frenéticamente, censurándome y reprendiéndome. Yo había ahuyentado a sus grandes primos bípedos. Además, no me parecía a nada que hubiesen visto antes.

—Tranquilos, socios —les dije—. Será mejor que os acostumbréis a este giro de los acontecimientos. Los *A. robustus* van a seguir el mismo camino que los cigarrillos de cinco céntimos, los discos de 33 r.p.m. y los Cadillac descapotables.

Sorprendidos al escuchar mi voz, los cercopitecos guardaron silencio: no obtuve más respuesta de ellos de la que había tenido de Woody Kaprow en el transcordión. Si los *A. robustus* no habían logrado sobrevivir, me preguntaba cuáles serían mis posibilidades.

Kaprow no me había permitido beber ni comer durante las doce horas anteriores a mi salto en el tiempo y, aunque había estado toda la mañana funcionando a base de fuerza de voluntad y adrenalina, acababa de agotar mis reservas de ambas. Por añadidura, el sol me decía que era la hora de comer. Como no deseaba pegarle un tiro a un mono verde —a pesar de que sus modales en realidad no justificaban ningún tipo de clemencia—, reuní hojas de diferentes tipos de acacias y me hice una poco apetecible ensalada seca. Encontré un hilillo de agua bajo la capa de hojas del claro y bebí mucho y con ganas para aclarar los fibrosos residuos de las hojas que se me habían quedado pegados a los dientes. El almuerzo no fue muy satisfactorio, pero todavía no estaba preparado para matar un antílope ni para explotar los limitados recursos de mi kit de supervivencia.

No muy lejos de allí, a través del frondoso follaje de mi refugio provisional, vi un baobab. «El árbol en que nació el hombre». De hecho, había visto tres o cuatro

baobabs mientras atravesaba la sabana, pero éste estaba lo bastante cerca como para aproximarme con el fin de estudiarlo y admirarlo. El baobab es un árbol exclusivo de África, con un tronco semejante a una pata de elefante enfundada en una lona holgada y con ramas como enormes y desnudas terminaciones nerviosas. Los leopardos los usaban a menudo como cuartel general. Una leyenda sambusai dice que un espíritu maligno arrancó del suelo el primer baobab y lo plantó cabeza abajo, intercambiando la posición de las raíces y las ramas. De todas maneras, una fruta comestible crecía en lo alto del baobab y, si era capaz de encontrar unas cuantas, podría ampliar mi almuerzo con unos cuantos de esos manjares leñosos de cáscara dura, conocidos por muchos africanos como «pan de mono».

Después de determinar que no había ningún leopardo presente, subí al árbol utilizando los numerosos nódulos y huecos que había en el tronco. Comí en sus ramas, seguro de que mi 45 podría ahuyentar a cualquier intruso. Si los cercopitecos de la arboleda de acacias hubieran tenido pistolas automáticas, reflexioné, ya habrían despojado al árbol de su carga de pan de mono.

Cuando bajé del baobab y empecé a adentrarme más profundamente en la franja de bosque, empecé a sudar a chorros. Hacía mucho que me había abandonado el desodorante, y estaba empezando a sentirme agotado. Después de despojarme de la mochila y de arrojar a un lado el rollo de cuerda de nailon que llevaba al hombro, me dejé caer sobre el suelo para tomarme un respiro. Tenía el tronco de un árbol a la espalda y, aunque la sabana era invisible a través de la vegetación del Sudoeste, en realidad no tenía miedo de los carnívoros que pudiera haber ahí fuera. No cabía duda de que estaba en peligro, pero también era una criatura tan extraña que, por el mero hecho de ser una rareza, sentí que había generado una especie de armadura a mi alrededor. Apoyé las manos sobre el vientre, cerré los ojos y sentí que flotaba... flotaba... flotaba hacia el mundo de los sueños.

Flotando hacia el mundo de los sueños.

Si se interpreta esa frase de forma literal, aparece un rompecabezas metafísico.

Mi aventura «corporal» en el pasado remoto tuvo lugar hace seis años, cuando tenía veinticinco. Sin embargo, durante el anterior cuarto de siglo, uno de cada cuatro o cinco sueños había sido especial, un ejemplo de lo que yo había llamado, incluso de niño, «viaje astral». Durante esos sueños especiales y clarividentes visité, de vez en cuando, los paisajes primigenios de la evolución orgánica del este de África. Siempre como un observador distante, presencié escenas que eran comunes dentro de su contexto, pero que resultaban hermosas, extrañas o intimidantes para alguien que no tenía experiencia o que no había conocido semejantes eventos durante las horas de vigilia. Tenía bucólicos sueños en los que centenares de antílopes pastaban bajo el soporífero calor de la sabana; espeluznantes pesadillas en las que unos animales

parecidos a perros desgarraban la garganta de las gacelas jóvenes o débiles, y que incluso devoraban a los heridos de su propia raza; sueños extraños y conmovedores en los que unos seres desnudos, con aspecto casi humano alimentaban, acunaban o retozaban con sus simiescos pequeños; y así una y otra vez. Mis viajes astrales abarcaban casi por completo todo el espectro de vida del Pleistoceno Inferior al este del Valle del Gran Rift. Algún núcleo holográfico de mi subconsciente colectivo había abierto esas visiones para mí, y yo las rastreaba en mis sueños como la aguja de un sismógrafo que registrara el más leve estremecimiento de la corteza terrestre.

En ocasiones, aunque no muy a menudo, algunos sucesos de nuestra propia era se mezclaban de forma ilógica con mis viajes astrales. En el verano de 1969, por ejemplo, no mucho después del primer aterrizaje en la luna, soñé con un paisaje prehistórico en el que un par de astronautas con cascos y abultados trajes presurizados emergían de un precioso módulo lunar. Un volcán —muy probablemente el Monte Tharaka— había hecho erupción no muy lejos del lugar donde habían aterrizado, y el aire estaba cargado de cenizas flotantes. Podía ver cómo las botas de los astronautas dejaban huellas con un diseño de espiga sobre las capas del fino hollín que cubría la llanura. Una manada de zarrapastrosas hienas, unas criaturas enormes, se acercaban trotando hasta los hombres a través de las nubes de escoria volcánica. Mientras uno de los astronautas llevaba a cabo a cámara lenta esos saltos de gimnasia en los que se abren y cierran las piernas mientras se alzan los brazos sobre la cabeza, su compañero ahuyentaba a las hienas hincándoles una rígida bandera norteamericana...

No obstante, mis episodios de viajes astrales, en su mayor parte, eran puros, sin rastro de anacronismos. De hecho, mucho antes del Proyecto Esfinge Blanca de Kaprow, ya me había familiarizado con los dinoterios, los babuinos gigantes, los australopitecinos y la mayoría de sus extintos compañeros de viaje. Semejantes criaturas, después de todo, eran los ciudadanos aborígenes de mis sueños y conocía su comportamiento y su anatomía, si bien no sus nombres científicos polisílabos, que aprendí solo después de ulteriores estudios en profundidad. Con tan solo flotar hasta el mundo de los sueños, me había convertido en un experto historiador natural —desprovisto de diplomas, títulos, publicaciones y terminología— a una edad en la que la mayoría de los niños todavía creen en la existencia de Papá Noel y el Ratoncito Pérez.

Éste es, por lo tanto, el rompecabezas que trato de exponer: ¿qué tipo de sueños deben llegar a aquéllos que, a través de la espantosa experiencia de un viaje en el tiempo, han entrado en el interior del territorio exteriorizado de su subconsciente, un «mundo de ensueño» que ya no es un sueño sino un lugar tangible? La respuesta es simple y, quizás, no tan sorprendente. Esa gente comenzará a soñar sobre su presente originario, sobre toda su vida antes de su actual desplazamiento corporal al pasado.

Volverán a vivir su infancia, su niñez, su adolescencia y su juventud por medio de viajes astrales; y serán testigos de esta serie de eventos al azar, como si fuera una proyección de diapositivas carente de un orden manifiesto.

Sentado en un bosquecillo de acacias, dos millones de años antes de mi nacimiento, debí de soñar con mi madre biológica y con España, con Jacqueline Tru y el restaurante Mekong, con el Presidente Tharaka y la «Rampa de Simulación de Ingravidez», con la señora Givens y Van Luna, Kansas. No recuerdo con exactitud cuál de esos soñé aquel primer día (porque, indudablemente, algunos de esos sueños también aparecieron más tarde), pero la conclusión de todos mis sueños fue que cada episodio generaba su propio contexto y coexistía con los demás... de modo que en cada momento yo vivía un renacimiento de cada instante que lo había precedido. Me convertía en mi propia historia. Llegué a ser yo mismo.

Alguien me tocó. Abrí los ojos y la vi. De propia iniciativa, mi mano fue hasta mi cadera y desabrochó la solapa de la funda de cuero del 45. La dama que había provocado esta reacción —por su apariencia, una criatura protohumana— retrocedió un paso o dos en la sombra de las acacias, pero no huyó como los asustadizos australopitecinos que me había encontrado antes. Se me hizo un nudo en el estómago y traté de ponerme en pie.

Ella me observaba. ¿Cómo podría describirla dos millones y seis años después de nuestro primer encuentro? Bueno, aun cuando mi dedo índice se arrastraba a tientas hacia el gatillo de la automática, me di cuenta de que ella poseía una extraña confianza en sí misma y cierta compostura. El hecho de que llevara un pesado garrote en uno de los puños subrayaba esta observación, pero no la originaba. Parecía medir alrededor de un metro y cuarenta centímetros de altura, y poseía una constitución lo bastante ágil como para poder lanzar su peso hacia delante de forma efectiva: una diminuta y vigorosa Belleza Negra. Su belleza era para mí...

Como esas naves niceas de antes
Que por la mar calma y fragante
Llevaban a su nativa arena
Al exhausto navegante...

Este poema cruzó mi mente, supongo, porque Babington lo había recitado repetidamente durante las dos o tres semanas que pasamos juntos en el Parque Nacional de Lolitabu. Así pues, desde el principio llamé Elena a la criatura que me había despertado en el bosque prehistórico; no tanto por la Elena de la leyenda homérica, sino por la pasión imperecedera de un viejo guerrero wanderobo, que se

casara en una ocasión con una mujer que llevaba ese nombre. Esta distinción es importante, porque aunque reconocí la individualidad de la belleza de Elena Habilina casi desde el primer momento, la vi en un contexto africano y no en uno sacado de la Europa occidental.

Parecía estar ataviada con la creación de un peletero cachondo. Una faja de piel cubría la parte inferior del abdomen y la entrepierna, pero sus pechos y la parte superior de sus muslos tenían tan poco vello que la suavidad de su piel de ébano resplandecía. El pelo de su cabeza era rojizo, fuerte y lo llevaba suelto, casi como si hubiera cogido la despeinada peluca del maniquí de un almacén; pero sus ojos brillaban como aceitunas negras maduras y su nariz era aguda y generosa. Su prominente labio superior estaba retraído sobre un juego de asombrosos dientes superiores, semejantes a los dados de un casino sin pintar. En un instante, su cara y su figura demandaron mi atención, y se hicieron merecedores de mi admiración y mi asombro.

El calor del día y el olor a animal grasiento de Elena me decían que no estaba soñando. También había un precedente de lo que nos estaba ocurriendo, porque recordé la única ocasión en que Lemuel Gulliver se permitió entrar en pelotas en la tierra de los *houyhnhnms* y una hembra *yahoo* se lanzó lujuriosamente al agua a por él. Aunque Elena era menos descarada que la libidinosa *yahoo* y mi atuendo era más modesto que el del sorprendido Gulliver, nuestro encuentro era, por lo demás, muy similar al de nuestros homólogos de ficción.

Elena examinó mis ropas con profundo interés: desde la pañoleta roja que llevaba al cuello hasta las suelas de goma de las botas de montaña que revestían mis pies. Cuando inclinó la cabeza hacia un lado, tuve la inquietante impresión de que, con un esfuerzo de concentración superhabilina, me estaba desvistiendo mentalmente. ¿Qué tipo de cuerpo tenía yo bajo las pieles estratégicamente colocadas que cubrían mi espalda y mi entrepierna? Aunque no había conocido nunca a un dandi, Elena comprendía con claridad que mi vestimenta era algo accesorio y no una estrambótica extensión de mi persona. Trataba de verme a través de la ropa.

Me quité el pañuelo y se lo ofrecí.

—Toma. Si lo quieres, es tuyo.

Ella abrió los ojos de par en par al escuchar el sonido de mi voz, pero no aceptó la pañoleta; se limitó a estudiar la forma en que colgaba entre mis dedos para, después, retroceder uno o dos pasos más.

—Joshua Kampa, a tu servicio. He venido en son de paz con todos los hombres. Con las mujeres también, si eso te sirve de algo.

En ese momento, Elena alzó el garrote, me mostró sus envidiables y poderosos dientes y erizó el vello corto que crecía sobre sus hombros y sus brazos. Esta respuesta me dejó perplejo y asustado. Hice un gesto tranquilizador con la pañoleta,

pero ella se giró, me miró por encima de uno de sus musculosos hombros y, con un lindo balanceo de su esteatopígico trasero, se escurrió hacia el Este y desapareció entre la maleza. Una cresta de pelo oscuro recorría su columna hasta la parte inferior de la espalda, pero alrededor de su ano había pelo suficiente como para protegerla cuando se sentara en el suelo.

Indiscutiblemente, Elena era un miembro de la especie de homínidos para la que una vez inventé el símbolo de mano-negra-con-ojo que utilizaba en mi diario. Un representante, en otras palabras, de la especie que los paleoantropólogos llamaban, o bien *Australopithecus habilis*, o bien *Homo habilis*. Alistair Patrick Blair prefería el primer término, porque había puesto sus esperanzas en ganar la apuesta del primer casi-humano-nunca-descu-bierto en el cóccix de una más que dudosa criatura llamada *Homo zarakalensis*. En mi opinión, no obstante, Elena debía ser considerada humana y, por tanto, entonces preferí —y todavía prefiero hoy en día— el término *Homo habilis*.

Los especímenes de *A. robustus* que habían huido al verme antes no eran más que monos en comparación con Elena. El hecho de que se hubiera mostrado para comprobar las cosas por sus propios medios también me decía algo acerca de su carácter: por ejemplo, que poseía cierto grado de independencia típica de los seres humanos adultos y saludables. No le había importado correr riesgos aceptables; no le había importado actuar, dada la ocasión, ella sola. Un babuino, un australopitecino o incluso un chimpancé, jamás se habría aventurado tan lejos sin al menos un aliado en las cercanías como apoyo moral.

Visto de otra manera, sin embargo, la independencia de Elena estaba en contra de su clasificación como homínido avanzado. Nuestros ancestros inmediatos, según Blair me había enseñado, eran criaturas gregarias que anhelaban la compañía y la aprobación de sus congéneres. Un solitario entre semejantes coleguitas primates hubiese sido una aberración, ya que su gente vivía en una unidad social en la que los rasgos distintivos de un solitario no provocarían más que incertidumbre y disrupción. Esta cadena de razonamientos me condujo a la conclusión de que Elena era de hecho una aberración entre los de su clase, pero probablemente de una forma positiva y no peyorativa. En contra del prototipo de sus compañeros habilinos, era más humana que menos. Tenía el toque celestial.

¿Por qué había salido sola? Cabían dos razones posibles. La primera: puede que estuviera harta de las exigencias de la comunidad habilina y se hubiese retirado a los bosques para comunicarse con su —no sé si atreverme a decirlo— alma. Segunda: quizá se había asignado a sí misma una misión por el bien de todo el grupo, en cuyo caso sería algo así como una patriota en lugar de una misántropa y, por lo tanto, una aberración con cierto inmundo caché social. Si la segunda hipótesis resultaba ser

cierta, bueno, Elena y yo teníamos algo importante en común.

Salí pitando en la misma dirección por la que ella había desaparecido.

Poco más de un kilómetro y medio después, llegué a un claro del bosque de ribera, donde los árboles y la sabana se encontraban en la falda de una colina. Entre las dos franjas de bosque, en una banda de pastos con forma de V, florería una modesta civilización de homínidos. Para mi asombro, había encontrado en mi primer día un genuino «poblado» habilino. Tres burdas viviendas —con cimientos de piedra, puntales curvos de madera joven e irregulares tejados de retama— ocupaban ese pequeño recoveco y me quedé mirándolos con la boca abierta, como un hombre que hubiese tropezado con un McDonald's en la cumbre de una remota montaña del Himalaya. Ninguna de esas estructuras serviría de refugio contra una lluvia copiosa ni resistiría un viento fuerte, pero eran obviamente capaces de dar sombra durante el día y proporcionar una sensación de seguridad uterina por la noche.

Y mi maldito transcordión estaba estropeado. Allí estaba la confirmación de que los habilinos habían construido refugios similares a los de las tribus de cazadores y recolectores del Kalahari y otros lugares, pero no podía informar del descubrimiento.

Llamé al poblado «Elenburgo».

Habiendo llegado unos momentos antes que yo, Elena aulló para anunciar su regreso, y a través de los agujeros de las cabañas de paja vi cuerpos oscuros respondiendo a su extraña llamada musical. Algunas mujeres y niños salieron de las chozas y se esparcieron por el claro con forma de V, mientras que otros aparecieron desde la linde del bosque. A causa de mi precaria visión desde el borde del dosel de árboles y del movimiento incesante de los habilinos, solo pude hacer una estimación del número de criaturas que habían salido a darle la bienvenida, o a abordar, a su pródiga amazona. Me pareció que había catorce o quince. Elena tenía cierto estatus entre aquella gente. Qué clase de estatus, sin embargo, aún no lo sabía.

Mi siguiente sorpresa fue descubrir que ella les sacaba a los adultos del poblado tantos centímetros como yo a ella. De pie entre ellos, bien podía haber sido la reina de una raza de delicados pigmeos. Todos sus súbditos, no obstante, eran matronas, adolescentes o niños, algunos de estos últimos tan pequeños y peludos que parecían ositos de peluche o cercopitecos verdes erguidos. Un par de las mujeres más jóvenes llevaba a los niños en brazos. Ésta era una especie de civilización, una civilización en miniatura, y me resistía a desestabilizar su funcionamiento. Puesto que acababa de bautizar al poblado como Elenburgo, decidí que la gente de Elena necesitaba un nombre también, algo descriptivo pero menos formal que *Homo habilis*. Como miembros de la familia *Hominidae* (de los que el invencible *Homo sapiens* es la única especie superviviente), me llevaron al apodo «Mínidos».

Durante mi infancia en Kansas y Wyoming, la gente que hablaba con mi madre

sobre mí decía a menudo: «Vaya, Jeannette, no es más grande que un tapón». Seguía siendo pequeño, pero el diminuto pueblo de Elena era aún más pequeño que yo y saboreé la idea de enfrentarme a todos los viejos amigos de mi madre con las noticias de que, sí, finalmente era más alto que un mínido. Por primera vez en mi vida, de hecho, era «alto».

Los mínidos pronto me sacaron de la falsa creencia de que Elena era su reina. Después de cerciorarse de su identidad, una matrona de pelo grisáceo le hizo a Elena un gesto con el brazo (revelando una franja de pelo que iba desde la axila hasta la parte inferior de la muñeca), parloteó unas cuantas imprecaciones agudas y sacudió con furia la cabeza y la boca. Aburridos, los niños acabaron por dispersarse, mientras que las dos madres que llevaban a los niños en brazos se sentaban en la hierba para mimarlos y arrullarlos. Elena aguantó la perorata dos o tres minutos, mirando de vez en cuando hacia los bosques con una expresión vacía, pero a la postre, se cansó del juego y levantó el garrote por encima del hombro de la vieja para hacer notar su fatiga. A pesar de que el gesto parecía tanto un saludo como una amenaza, la bruja regañona agachó la cabeza, se giró hacia un lado e, inclinándose profundamente, mostró los dilatados *labia minora* de su región genital, que tenían el mismo aspecto que una satinada babucha rosa.

Con cierta indiferencia, Elena tocó con el garrote la rabadilla de la anciana, gesto que la perdonaba y la despedía a la vez. Después, se paseó hacia otra zona del claro. Allí se puso en cuclillas para hacer sus necesidades. Nadie le prestó atención alguna, y el objeto de su parodia de nombramiento de caballero siguió parloteando de vuelta a su choza como si nada hubiese ocurrido. Tras asumir durante un breve momento lo que los etnólogos denominan «postura de presentación», la bruja se había sometido a Elena y la había aplacado. También había puesto de manifiesto la ambigüedad del estatus de Elena entre los mínidos, ya que era una hembra a la que el resto de hembras adultas trataba a la vez como a una hermana descarriada (la regañina) y como a un macho adolescente y sin compromisos, de formidable fuerza física pero sin un puesto realmente relevante en la comunidad (la postura de presentación). Era muy posible que Elena me hubiese olvidado en el mismo momento en que me diera la espalda, y que su falta de preocupación por mi presencia me hubiese permitido seguirla de vuelta a Elenburgo. No me gustaba pensar que su volumen endocraneal fuese tan pequeño que no le permitiera ni siquiera utilizar unas cuantas neuronas perdidas para recordarme, pero no podía dejar de lado esa posibilidad. Quizás yo no significara nada para ella porque, literalmente, no había dejado impresión en su razonamiento. Una hipótesis dolorosa.

Negándome por dentro a admitirlo, observé cómo ella y los demás habilinos volvían de mala gana a ocuparse de sus asuntos, que parecían consistir sobre todo en una búsqueda poco entusiasta de comida y un enérgico haraganeo.

Los mínidos —un grupo de alrededor de veinticinco, si contaba a los machos adultos que estaban con toda probabilidad cazando o en busca de carroña— tenían su capital en la intersección de dos de los hábitats del mosaico del África oriental: la sabana y el bosque de ribera. Ya que el terreno cubierto de arbustos, las colinas y los territorios próximos a la orilla del lago también estaban cerca, los mínidos gozaban de una buena situación para explotar un variado número de fuentes de alimentación y modos de supervivencia. Aun así, jamás hubiera esperado encontrar a un grupo la mitad de reducido que el que estaba viendo, actuando de un modo tan relajado a pleno día, sin un solo centinela.

Al final, decidí retirarme del campamento. Si los machos regresaban y me encontraban comiéndome con los ojos a sus mujeres y a sus niños, puede que mi visita al Pleistoceno se viese interrumpida por su intolerancia y su indignación. En esa temprana etapa de mis exploraciones, era mejor no levantar ni sospechas ni temperamentos. Por lo tanto, moviéndome de árbol en árbol, retomé el camino que había seguido hasta Elenburgo, pero no había avanzado más de treinta o cuarenta metros cuando divisé una pequeña y peluda silueta que se aproximaba al poblado por el camino.

Mi contraparte se detuvo y me observó con furia, como un policía o un maestro ofendido. Esa cosa —él— era un mínido con ojos pequeños y brillantes, labios prominentes y una barbilla recesiva de la que colgaba una rala perilla negra-rojiza. Aunque su altura estaba varios centímetros por debajo del metro y medio, estaba claro que era un adulto; y uno cuya esmirriada masa muscular y cuya pequeña talla no hacían mucho por calmar el miedo que yo sentía. A distancia, di un cauteloso paso hacia delante y asentí con la cabeza en un gesto de disculpa hacia el habilino, quien, sin perderme de vista, comenzó a avanzar muy despacio, trazando un arco a mi alrededor. Mi principal preocupación era que estuviese guiando al resto de machos de vuelta a casa.

—Escucha —comencé—, lo siento. Solo...

Desde varios metros de distancia, lanzó un salivazo y me dio directamente en la barbilla. En ese momento, mientras me limpiaba la cara con el dorso de la mano, salió corriendo hacia el poblado mientras gritaba sin cesar, invocando la ira de Ngai. Una terrible barahúnda estalló entre los ciudadanos del campamento, y huí a la carrera al tiempo que mi poco delicada imaginación ideaba una docena de formas diferentes de morir a manos de aquellas criaturas protohumanas. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no me estaban siguiendo y de que el mínido que me acababa de encontrar era, muy probablemente, el centinela designado. Lo había pillado tomándose un imprudente descanso no autorizado, y los dos nos habíamos dado un susto de padre y muy señor mío.

Me quedé durante un buen rato al borde de la extensa sabana, tratando de

recuperar el aliento y de aminorar el latido frenético de mi corazón. Una vez que lo hube conseguido, me eché a reír, y las carcajadas hicieron que me doblara a modo de autoprotección, y en esa posición, sin dejar de reírme, me obligué a considerar lo que debía hacer a continuación.

Morón de la Frontera

Julio de 1963

El Coronel Roland Unger, Vicecomandante de la Base Reflex del CAE cerca de Morón de la Frontera, a unos cincuenta kilómetros al sudeste de Sevilla, le recordaba a Jeannette Monegal a una estatua de Douglas MacArthur reducida a una escala de dos tercios. Debido a la luz que se filtraba por las persianas de la ventana de su oficina, el vello de sus antebrazos brillaba como virutas de aluminio y sus zapatos emitían un deslumbrante resplandor de ébano. Estaba de pie, detrás de su escritorio, con su impecable uniforme de verano caqui, observando totalmente absorto al chiquillo de piel oscura que empujaba su cochecito contra el armario en el que estaban las fotografías oficiales del Presidente de los Estados Unidos, el Secretario de Defensa, el Secretario de las Fuerzas Aéreas, la Junta de Jefes del Estado Mayor y el Comandante de la base local. El niño parecía decidido a derribar esas fotografías, pero el Coronel Unger no hacía intento alguno por impedirsele ni por distraerlo.

—No soy un asistente social —les dijo a las personas que habían solicitado la entrevista—. Ninguno de nosotros está aquí para suplir las necesidades básicas de los ciudadanos españoles desalojados. Los huérfanos no quedan dentro de nuestras obligaciones.

—¿Y qué pasa si tiene sangre americana? —preguntó Jeannette.

Ella y su marido, el Sargento Primero Hugo Monegal, habían dado cobijo al niño abandonado en su alojamiento de Santa Clara durante los últimos cinco días, y el objetivo de aquella entrevista era convertirlo en parte permanente de su familia. Nunca había deseado nada con tanta fuerza, y su determinación a conseguir aquel objetivo la sorprendía y agradaba a la vez.

A la izquierda de los Monegal se sentaba el Mayor Carl Hollis, quien, como agente de la inteligencia militar, vestía por lo general ropas de civil. Ese día se había puesto unos pantalones de algodón fuerte y una chaqueta deportiva de sirsoyer a rayas azules y blancas. Lucía un pulcro bigote castaño, salpicado con mechones ambarinos, y un par de gafas de sol de lentes espejadas con las que jugueteaba, nervioso, con la mano derecha. El Coronel Unger lo había invitado a la reunión, y Jeannette no sabía si considerarlo un aliado o un entrometido declarado.

—Mírelo, señor —instó Hollis al coronel—. El niño es tan rojo, blanco y azul como Willie Mays, ya sabe a lo que me refiero.

El Coronel Unger replicó:

—Resulta que también nació de madre española, en una ciudad española, y es la nacionalidad de la madre la que suele decidir este tipo de cosas. Nos movemos en

terreno pantanoso en este caso. No puede atribuirse arbitrariamente la custodia de un auténtico sevillano, Mayor Hollis.

—Tal vez no *de jure*, señor, pero *de jacto* ya lo hemos hecho. La madre se lo dio a la chica de Drew Blanchard, Pam, y me apuesto lo que sea a que el niño es el resultado de una de las indiscreciones de Lucky James Bledsoe. Es el hijo del Sargento Mayor Lavoy Bledsoe, y ambos han regresado a los Estados Unidos, a la Base de Alabama.

—¿Cree que deberíamos ponernos en contacto con los Bledsoe?

—Dios, no —contestó Hollis, inclinándose hacia delante con seriedad—. Lo más probable es que ni siquiera sepan nada del pequeño «Gu-gu» que tenemos aquí.

—John-John —intervino Hugo Monegal, tocando la mano de su mujer.

Era un hombre de treinta y dos años, un panameño que había entrado al servicio del Gobierno de los Estados Unidos en la zona del Canal. Más tarde, había ido a los Estados Unidos para asistir a la Universidad Estatal de Wichita, que abandonó para alistarse en las Fuerzas Aéreas. El mismo año, 1957, se casó con Jeannette Riverbank, de Van Luna, Kansas; por lo que consiguió, además de una bella y abnegada esposa, la ciudadanía estadounidense. «John-John» había sido la primera frase que pronunciara después de las presentaciones, y Jeannette observó la manera en que las miradas de los oficiales se desviaban de mala gana hacia su marido, como si hubiera eructado o se hubiera tirado un pedo.

—Lo hemos llamado John-John —explicó ella, acudiendo presta en ayuda de Hugo—. Por el presidente Kennedy y el último Papa, Juan. Tenía que tener un nombre. No podíamos andar llamando «Oye, tú» ni «Gu-gu» a un chico tan activo como éste.

—Queremos quedárnoslo —añadió Hugo—. Y si hay algo que quieres quedarte, tienes que ponerle un nombre.

—¿Quieren decir que desean adoptarlo? —preguntó el Coronel Unger.

—Queremos que sea nuestro —dijo el sargento—. Aunque no tengo ni idea de cómo va esto de las adopciones.

Dado que Hugo hablaba español con fluidez —«Un accidente de nacimiento», bromeaba a veces—, las Fuerzas Aéreas habían intentado aprovechar esta habilidad destinándolo a bases en España. Jeannette y él ya habían pasado dos años en la unidad itinerante del Comando Aéreo Estratégico en Zaragoza y ya estaban a punto de concluir su segundo destino en la Península Ibérica.

John-John, que seguía debatiéndose con la mecedora, consiguió echar abajo al Secretario de la Fuerza Aérea del armarito de licor vacío. El Coronel Unger recogió la fotografía y la devolvió a su lugar.

—¿No tienen hijos propios?

—Solo a Anna —respondió Jeannette—. Tiene cinco años. No teníamos intención

de tener más hasta que vimos a John-John.

—Pamela lo trajo a nuestra casa —explicó Hugo—, porque pensó que tal vez nosotros, bueno, podríamos hablar con él. Presta mucha atención, pero es demasiado pequeño para hablar en cualquier idioma.

—Está a un paso de ser un niño asilvestrado —le dijo Hollis al coronel—, si es que podemos deducir algo sobre su estado con los datos que tenemos acerca de su pasado. Su madre era muda, una mujer involucrada en el contrabando y la prostitución. Le perdimos la pista por completo hará unas seis semanas. La policía local la arrestó por escándalo público la mañana posterior a que le diera el niño a Pam; estaba en un edificio en ruinas, armando un jaleo tremendo en el tejado. La cosa es que la dejaron en libertad sin cargos antes del mediodía, y no se le ha visto el pelo desde entonces. Aunque antes de que dejara su bloque de apartamentos, mantenía al niño... —señaló con la cabeza a John-John— encerrado día y noche. El aislamiento no debe de haber sido bueno para él, como tampoco la incapacidad de hablar de su madre.

—¿Qué le ha llamado? —le preguntó Jeannette—. ¿Un niño asilvestrado?

—Exacto —dijo Hollis.

—¿Y exactamente qué es eso?

—Bueno, quiere decir «niño salvaje», un niño criado entre animales. Allá por los años 20, se dio el caso de una pareja muy famosa en la India, las llamaron «las niñas lobo de Midnapore». Se trataba de dos niñas pequeñas abandonadas en la jungla que supuestamente fueron amamantadas por lobos. Un misionero anglicano llamado Singh las capturó y las llevó al orfanato que dirigía. Trató con todas sus fuerzas de convertirlas en seres humanos, pero andaban a cuatro patas, comían como perros, mostraban los dientes y, en ocasiones, le aullaban a la luna. Una de ellas murió en menos de un año, pero la otra se adaptó lo suficiente como para llevar un vestido y acudir a los servicios religiosos. Sin embargo, nunca aprendió a pronunciar más de cincuenta palabras; y eso en un periodo de nueve años, señora Monegal.

—Tal vez la madre del reverendo Singh tuviera miedo del fantasma de Rudyard Kipling, Mayor Hollis.

—¿Cómo dice, señora?

Jeannette llevaba un vestido color chocolate con un comedido cuello blanco. Se había dado cuenta de que Hollis la había catalogado, basándose en su aspecto y en el hecho de que estaba casada con un suboficial, como una recatada samaritana cuyo cerebro reposaba en las callosas manos de su esposo. Desde luego, no había esperado que rebatiera su estúpido comentario con sarcasmo.

—¿Intenta decirnos, Mayor Hollis, que a partir de ahora debería conocerse a John-John como el «niño lobo de Andalucía»?

Hollis parpadeó y luego se puso las gafas de sol.

—Solo quería señalar que para él ha sido una desventaja vivir con una madre que no puede hablar. Tal vez «niño asilvestrado» haya sido una desafortunada elección de palabras. Llámelo «aislamiento social», si siente la necesidad de calificarlo. El resultado es que va a tener problemas para aprender a hablar, para adaptarse a la sociedad humana. Los niños que se crían aislados del mundo o con padres poco afectuosos o deficientes, a menudo acaban siendo retrasados profundos. Es más que probable...

—¿De dónde ha sacado todo eso, Mayor Hollis?

—¿Señora?

—La madre de John-John no era poco afectuosa. Salvo por el detalle de su incapacidad, de su mudez, cuidó muy bien de este niño.

—¿De verdad lo cree? ¿Entonces por qué no intentó que se relacionara con personas que no compartían su incapacidad?

—¿Y qué cree que hizo al final? Dejó a John-John en manos de Pamela Blanchard, una compatriota de su padre. No es difícil deducir que las personas de Santa Clara poseen medios económicos muy por encima de las posibilidades de la mujer. Eso fue muy valiente, si se me permite la opinión, y a Hugo y a mí nos gustaría honrar esa valentía... adoptándolo.

—Encontrarse dentro de un ambiente familiar va a suponer un gran cambio para él. —Hollis recurrió al Coronel Unger, que no respondió.

—Ya ha superado la transición —aseguró Jeannette—. No se orina en las cortinas ni despelleja pollos vivos con las manos. Y, en lo que se refiere a aprender a hablar, lo conseguirá. Aún no ha cumplido un año, lo pueden ver ustedes mismos, pero ya anda. La mayoría de los niños de su edad ni siquiera piensan en andar. Anna no empezó hasta que cumplió el año.

Con un golpe del respaldo de la mecedora, la fotografía del Presidente Kennedy fue a parar a la alfombra. John-John trató de sacar al Comandante en Jefe empujando con la punta de sus nuevos zapatos Buster Brown el barato marco dorado. El Coronel Unger, que reflexionaba acerca de ciertos problemas legales, no prestó atención a sus esfuerzos.

—¿Qué sugiere? —le preguntó a Hollis.

—De forma oficial, no queda otra alternativa que entregarlo a las autoridades españolas.

—¿Y qué pasaría entonces?

—Me imagino que acabaría en alguna institución de caridad, probablemente en un orfanato regentado por la Iglesia.

—¿Qué probabilidades de adopción tendría?

—Como he dicho, el niño tiene todo el aspecto de un Willie Mays. Las chicas españolas salen con soldados negros, pero suelen hacerlo (si le interesa mi opinión)

con la esperanza de conseguir un marido americano y acabar en la tierra de los Levis y los Lincoln Continental. No me imagino a los ciudadanos de Sevilla llamando a la puerta del orfanato para llevarse a casa a John-John.

—Tiene que estar con su madre —apuntó el Coronel Unger.

—Que ha desaparecido de la faz de la Tierra, señor.

—¿Por qué no la arrestó cuando sabía dónde vivía y tenía pruebas de que vendía de estraperlo?

—La señorita Ocampo era un pez pequeño, señor. Queríamos atrapar a los que le compraban a ella y que luego revendían la mercancía a precios más altos en otras partes del país.

—¿Los atrapó?

—No, señor. Aún no, quiero decir. —Hollis parecía incómodo.

—Lo que nos devuelve al lugar de partida. A pesar de todo, el chico es en parte de los nuestros y los Monegal quieren darle un hogar.

Como si saliera de un sueño muy vívido, Hugo dijo:

—Si tuviéramos una partida de nacimiento en la que dijera que John-John nació en la clínica de San Pablo... bueno, sería más fácil llevarlo de vuelta a los Estados Unidos con nosotros en noviembre. Mucho más fácil.

—Una partida de nacimiento, eso es algo que podemos arreglar —dijo Hollis.

—Entonces, ¿por qué no lo hace?

—Lo haremos —replicó Hollis, señalando bruscamente a los Monegal con las gafas de sol—. Por supuesto, eso no impedirá que parezca que se llevan al hijo de otro fuera del país.

—Mi pelo es tan rizado como el suyo —dijo Hugo Monegal—, y mis ojos son igual de negros. Tal vez sea un antepasado mestizo de la familia que reaparece con este niño. ¿Quién va a poner en duda la identidad del padre de John-John, el hijo de mi propia mujer? —Le sonrió con timidez a Jeannette—. Es una mujer virtuosa, Mayor Hollis.

—Amén —murmuró la virtuosa mujer.

Alborada

Después de mi encontronazo con el centinela mínido, caminé de vuelta al Lago Kiboko, aventurándome a menudo en la sabana mientras bordeaba la franja de bosque hacia el Sur. Podría haber otros grupos de habilinos en los alrededores, me dije a mí mismo, como también otros especímenes de *A. robustus* y, lo más probable, unos cuantos de sus primos ancestrales, los *A. africanus*. Resultaba imposible saber en qué proporción cohabitaban esas tres especies de primates en el terreno; y dado que solo había visto gacelas, antílopes, cebras y una distante manada de leones, no era muy factible que fuese a solucionar ese problema en una sola tarde.

Mi transcordión no funcionaba y Kaprow me había advertido que, en caso de que fallara, volviera al autobús e indicara que me encontraba bien haciendo que la Plataforma Retrotemporal se retrajera. De todas formas, no podía replegar lo que no veía, y, a pesar de que junto a la orilla del lago el sol estaba descendiendo hacia los terraplenes violetas de la parte occidental del Rift, Kaprow y sus cohortes aún no habían hecho descender la plataforma a través de las compuertas del autobús. El cielo del crepúsculo estaba completo. Yo quería que se abriera una especie de tapón que dejara a la vista las vísceras de cobre y cromo de nuestra máquina del tiempo... pero lo que yo quisiera y lo que iba a conseguir eran dos cosas muy distintas.

Ya que, tradicionalmente, la puesta de sol marca una tenue tregua en una zona acuática de África, descubrí que algunos de los animales grandes —elefantes, rinocerontes, jiráfidos— emergían de la oscuridad y se reunían para beber. No obstante, aun sabiéndolo, me acerqué al lago. Mi posición elevada me proporcionaba cierto grado de seguridad, dado que la invasión estaba teniendo lugar a ambos lados del pequeño promontorio de toba sobre el que me encontraba... pero la plataforma aún no había descendido, y una peluda criatura elefantina que estaba a escasos dos metros de distancia había comenzado a agitar su trompa en mi dirección, como si mi olor la ofendiera. También hubo barritos y bufidos de otros visitantes del lago, y la precariedad de mi posición iría en aumento a medida que descendiera la oscuridad.

«*Estoy esperando*», tecleé en mi transcordión. «*Ya ha caído el sol y sigo esperando. Por favor, desplégad la plataforma*».

No hubo respuesta en la ventana de texto de mi transcordión ni ningún milagroso resplandor que abriera el aire del Pleistoceno.

¿Acaso el Esfinge Blanca me había dejado varado en aquel lugar? No tenía a nadie con quien hablar, a nadie a quien contarle mis problemas. Incluso Kaprow y Blair, mis enlaces con la otra realidad, parecían haberme dejado sin cobertura. Como

un eslabón perdido en la despiadada maquinaria orgánica de la llanura, recité mis muchos temores de la misma forma que una monja reza el rosario.

—Esto no te va a servir de nada, Kampa.

Bajé del promontorio de la orilla del lago hacia el llano, donde pasé los últimos veinte minutos que quedaban antes de que cayera la noche reuniendo broza, bolitas de antílope y albóndigas de estegodonte con las que hacer una hoguera. El perverso ocaso de color lavanda se convirtió en oscuridad en el momento en que apilaba semejante combustible en la base de un kopje, una enorme protuberancia de granito que se alzaba sobre la llanura a algo menos de un kilómetro del lago, desde el que esperaba poder eludir la presencia de los animales. Prendí la broza y los excrementos secos de los animales con una cerilla del hornillo-kit de supervivencia Eddie Bauer y me encaramé a la roca para disfrutar de mi fogata. Los depredadores nocturnos se mantendrían alejados del fuego por instinto y desde el llano no había forma de que saltaran hasta donde me encontraba. Así, con el combustible suficiente y una posición inexpugnable, estaba listo para pasar la noche. Aunque al final me di cuenta de que solo había comido una vez ese día, el cansancio aplacó los aguijonazos del hambre y me abstuve de hacer un viajecito de caza a la sabana.

Fue una noche larga, casi interminable. No me permití caer en un sueño profundo —en sueños sobre mi propio pasado tan alejado en el futuro— por miedo a que el fuego se apagara. Mi kopje era un bote salvavidas en un océano de hierba, y una vez que el faro de proa se hubiese extinguido, las extrañas criaturas de la pelágica pradera tratarían de abordarlo para devorarme. Dormité, pero siempre con un oído puesto en los peligros de la noche. A menos que uno haya pasado la noche en el campo, jamás habrá oído una algarabía tan escalofriante: los chillidos de los damanes, los berridos trompeteros de los paquidermos, la risa demente de las hienas. Me acurruqué en mi piedra, tratando de convencerme de que esa noche no era muy diferente de las que había pasado con Babington en Lolitabu.

Pero la idea no cuajó. Al final recurrí a mi Biblia-manual de campo en versión reducida. Con la linterna y la lupa, pasé una hora o así leyendo el Antiguo Testamento a la luz caprichosa e inconstante del fuego. Aunque no podía mantener mi atención en las palabras, esta actividad me ayudó a pasar el tiempo y, cuando finalmente llegué al pasaje de los Proverbios que me llegaba al corazón, lo aprendí de memoria y lo repetí cual mantra hasta que aparecieron las primeras y débiles luces del amanecer.

«Los conejos, tímidos animales que colocan su madriguera entre las peñas...».

El mundo se quedó en silencio mientras yo repetía este pasaje, y me di cuenta de que había vivido durante un periodo de casi veinticuatro horas en el Pleistoceno Inferior. Había hecho Prehistoria. Ningún otro de los voluntarios de Kaprow había saltado atrás ni una milésima parte de lo que yo, y solo el propio físico se había

quedado más tiempo en un único salto de lo que yo llevaba en el mío. Se me ocurrió que debía de haber un sombrero de fiesta, una botella mágnun de champán (aunque la versión doméstica no hubiese estado nada mal) y una bramadera en mi kit de supervivencia. No había ni siquiera una tarta de piña. Para celebrar mi éxito tendría que cazar mi desayuno y tragarlo con ganas.

Fue entonces cuando escuché que una canción de otro mundo reverberaba a lo largo de la llanura, como el grito de unos espíritus incorpóreos. Procedía de las colinas del Este, desde las proximidades de Elenburgo. Me puse de pie e incliné la cabeza para escucharlo mejor. Era un cántico sin palabras entonado por las voces poco desarrolladas de los habilinos que saludaban al amanecer. Una alborada, se llamaba. Tenía una vehemencia abrumadora, ni dulce ni prístina, sino áspera y llena de pura convicción. Un himno.

Los habilinos —los ancestros de la humanidad— estaban cantando.

Después de diez o quince minutos, el cántico finalizó. Aunque debería haber regresado al lago, seguí esperando a que continuara. El día anterior, al parecer, había llegado demasiado tarde para escucharlo. La impresión que el cántico me había dejado —una especie de asombro, un hormigueo en las terminaciones nerviosas— tardó un rato en desaparecer. Al final, sin embargo, cedió el paso a la maquinaria del apetito, a mi hambre implacable.

Le di una patada a los restos del fuego para alejarlos del kopje, los pisé para impedir que se prendiera la hierba y me dirigí a un grupo de higueras que había al este. En el borde rojizo que las espiguillas conferían al pastizal, se pavoneaba una bandada de gallinas de Guinea. Con el fin de evaluar mis habilidades para la supervivencia, dediqué el tiempo necesario para preparar una silenciosa emboscada a una de esas aves, al estilo de los kung, y con sigilo y paciencia conseguí llevar a cabo la hazaña sin asustar a toda la bandada hasta que la emboscada tuvo éxito. Ni siquiera Babington lo hubiera hecho mejor.

Con los dedos y la navaja, como el viejo wanderobo me había enseñado, desplumé, desmembré y limpié el pájaro para después sentarme y devorar su carne cruda. El tiempo que estuve en Lolitabu me había preparado para este método primitivo, y disfruté con entusiasmo de la comida, la primera de verdad desde mi llegada. El lecho seco de un riachuelo dividía el bosquecillo de higueras, pero encontré agua escarbando un agujero en el fondo arenoso del arroyo para observar cómo la humedad subterránea surgía poco a poco hasta la superficie. A cuatro patas, desdeñando los comprimidos para purificar el agua, bebí directamente del suelo y luego me lavé la sangre de la gallina de Guinea que se me había quedado pegada a la cara y los dedos.

Después de eso, me lavé de arriba abajo con la camiseta que había utilizado el día

anterior y rebusqué en mi neceser hasta encontrar el cepillo de dientes, la maquinilla y las hojas. Echando la vista atrás, mucha de esta dedicación a la vestimenta y la limpieza me parece ridícula, pero, a pesar de mi entrenamiento de supervivencia, no había conseguido desprenderme del todo del siglo xx. Mi más pecaminosa indulgencia aquella mañana fue cambiarme la ropa interior. Semejante proeza (aunque quizás detallarla sea una invitación a la burla) la llevé a cabo sin quitarme las botas de montaña, ya que me parecía imperativo ser capaz de correr en caso de peligro. Había practicado descalzo con Babington, pero todavía no confiaba en apañármelas en un terreno lleno de espinas de acacia. Dejarme las botas puestas significaba tener que estirar el elástico de las perneras de los calzoncillos, pero eso era un mal menor si se comparaba con tener que huir de un leopardo en calcetines. En realidad, me preocupaba más que solo me quedaran dos paquetes de Fruit of the Loom en la mochila, así que dediqué sus buenos diez minutos a lavar en el lecho del arroyo el par que me había puesto el día anterior y los puse a secar en un arbusto de euforbia.

Seguramente, debería haber pasado el amanecer en las orillas del Lago Kiboko. En el caso de que Kaprow hubiera bajado la plataforma al alba, no habría estado allí para presenciar el suceso ni para confirmarle el hecho de que seguía vivo. Sin embargo, no estaba convencido de que me hubiese perdido algo, y el cántico de los habilinos era un fenómeno que bien merecía otro día, cuanto menos, en el Pleistoceno. Nuestro plan de emergencia, al igual que nuestros transcordiones, estaba temporalmente fuera de servicio. Esfinge Blanca encontraría una forma de rescatarme, pero por el momento tenía que apañármelas solo.

Cuando cogí mis Fruit of the Loom de la euforbia que había al borde del claro, vi una manada de hienas atravesando en fila la sabana en dirección Norte-Nordeste, hacia Elenburgo. Estas prodigiosas criaturas eran un buen ejemplo, si bien aterrador, de la megafauna del Pleistoceno. Me quedé inmóvil, con la esperanza de que alguna de las risas que había escuchado de forma intermitente durante toda la noche —esa horripilante risa convulsiva de los bandoleros— significara que habían tenido una cacería satisfactoria.

Conté quince de esas cheposas hienas en total, cada uno de los once adultos tan grande como un león. Estábamos en julio, el viento soplaba con suavidad desde el Sudoeste, desde las hienas hacia mí, y gracias a él pude percibir el inconfundible hedor de la carroña. Las gruesas pieles castaño-amarillentas de los animales estaban veteadas con remolinos negros que se mezclaban entre sí, y sus horripilantes caras revelaban el aire satisfecho —alabado fuera Ngai— de la saciedad. Eso, en lo que a las hienas se refería, era un requisito que yo podía aceptar con gratitud.

Alistair Patrick Blair decía a menudo de las hienas: «Desearía que esas malditas degeneradas no hubieran nacido jamás». Detestaba sobre todo esta variedad gigante,

aunque obviamente él no había tenido la oportunidad de ver ninguna. El mayor crimen de los animales, en su opinión, era que habían acabado casi por completo con los huesos de sus contemporáneos de dos patas. Con su indiscriminado comportamiento alimenticio, habían erradicado del registro fósil una incalculable cantidad de información sobre los orígenes de la humanidad. La repugnancia que yo sentía por las hienas tenía un origen menos sublime: mataban con tanta facilidad como comían carroña y, además, apestaban.

Cuando las hienas hubieron desaparecido, recogí mi equipo —incluyendo mis recién lavados calzoncillos— y me adentré en la maleza para establecer un campamento base mucho más cerca de Elenburgo.

En una ocasión, durante esa segunda mañana, creí ver una criatura bípeda que vagaba por la llanura hacia el Norte, como si estuviera acechando una presa, pero la calina y la interposición de un rebaño de antílopes bien pudieron haberle jugado una mala pasada a mi vista.

Poco tiempo después, llegué a la punta del claro con forma de V que habitaban los mínidos y me coloqué como un rompeolas entre las dos franjas de bosque que apuntaban hacia la sabana. Los mínidos me vieron al momento, y tres o cuatro niños que habían estado dando volteretas enfrente de las chozas se detuvieron para observar lo que estaba haciendo. Un macho mayor gritó a sus jóvenes compatriotas para advertirles. Luchando por controlar los latidos de mi corazón, escarbé con indiferencia en la hierba. Examiné algunas matas, giré algunas rocas, olisqueé mis dedos de forma crítica.

Casi por casualidad, una casualidad afortunada, descubrí un escorpión. Levantó su aguijón y se acercó a mí a la manera secular de los escorpiones. Entretanto, estaba seguro, los mínidos habían formado un grupo de ataque propio y avanzaban hacia mí con los garrotes en alto. Ignorando con deliberación a los habilinos, efectué un rápido ataque al escorpión con los nudillos —una de las técnicas predilectas de los babuinos— hasta que la odiosa bestiecilla estuvo tan aturdida que un golpecito con el dedo lo hizo volcar de espaldas. A continuación, le quité el aguijón y la bolsa de veneno y maté al escorpión de un apretón.

Para entonces, todos los mínidos de Elenburgo estaban mirándome. De hecho, Elena se había unido a los machos en su cautelosa partida de guerra. La vi, garrote en mano, acercándose muy despacio a mí por el flanco izquierdo del claro. Los machos se habían desplegado en U y se movían lenta pero metódicamente hacia delante. Traté de no demostrar mi nerviosismo.

Con una mueca involuntaria, traté de poner la mejor cara posible al comerme el escorpión. La idea era demostrar a mis hermanos bípedos que, dejando a un lado todas las apariencias que pudieran evidenciar lo contrario, era uno de ellos: un

genuino escarbador de hierbas, triturador de arácnidos, habilino hasta la médula. Además, si me lo permitían, podría contribuir a su industria de recolección de alimentos, como demostraba mi éxito al encontrar el escorpión.

No hubo suerte.

Los individuos se acercaron a mí de forma más amenazadora, con el vello de sus hombros erizado. Las intenciones de Elena no parecían más amistosas que las de sus colegas masculinos. Se alineó tras un *macho-man* con una enmarañada barba negra y una impresionante discrepancia barberil de bigote a lo William Powell. Este tipo, el más grande del grupo, era casi seguro el mínido «alfa». Romeo, razón por la que lo apodé mentalmente como «Alfie». Elena, no obstante, le sacaba al menos un par de centímetros de altura, y fue interesante advertir que no esperó a que el macho diera su aprobación para unirse al grupo de asalto, una espantosa fuerza destructora de sentimiento nacionalista.

Con el acerbo regusto del escorpión en el paladar, me puse en pie. Levanté las manos. Como era más alto que los australopitecinos herbívoros con los que compartía una porción del hábitat bosque-sabana, los mínidos se detuvieron. Además, cuando estaba de pie, mis movimientos eran tan ágiles como los de los habilinos. Dada la situación, con el miedo y la adrenalina dándome alas hacia la victoria, estaba seguro de que, a pesar de mis botas de montaña, podría parecer Jesse Owens incluso al lado del más rápido y tenaz de sus velocistas. Por el momento, sin embargo, extendí los brazos para demostrarles que no llevaba piedra o garrote alguno.

Los habilinos, que reiniciaron su avance, se colocaron a unos cuatro o cinco metros de distancia, peligrosamente cerca. De mala gana, desabroché la funda, saqué la pistola y apunté al cielo. Tenía la certeza de que un único disparo de advertencia les haría salir corriendo en busca de refugio, pero también podría acabar con mis esperanzas de cimentar una relación de aceptación mutua y confianza. Ante semejante dilema, empecé a hablar, recité la Promesa de Lealtad, el Preámbulo de la Constitución, el diálogo entero de un anuncio de la pasta de dientes Crest, varias canciones infantiles y la letra de una canción famosa de la época dorada del pop, todo en un tono tranquilo y seguro que esperaba resolviera la crisis a mi favor. Durante un minuto o dos escucharon con atención, pero después se miraron los unos a los otros con una serie de miradas significativas que, según intuí, querían decir: «¡Al ataque!».

Desesperado, empecé a cantar. Canté con un profundo y alegre tono de tenor, y canté con sentimiento:

*Ayer mismo,
Tenía una adorable tarea por delante,
¿Dónde se ha metido?
Oh, todo ha cambiado, y variado*

Desde ayer...

El sonido de esta lastimera melodía saliendo de mis labios hizo que mis atacantes se detuviesen. O quizás no fuera tanto la música —una simple cantinela, sincera y directa— como lo poco que se esperaban que me pusiera a cantar para ellos. ¡Cantar fue incluso mejor que comer escorpiones como prueba de mi carácter habilino! A pesar de estar virtualmente hechizados durante la segunda estrofa, mi audiencia comenzó a cansarse de mi actuación. Tras intercambiar una serie de miradas y gestos rápidos, siguieron acercándose a mí. Sus rostros hicieron que resultase fácil decidir qué hacer como bis.

Disparé la pistola.

El efecto fue impresionante: tres de los machos cayeron al suelo como si los hubiese atizado con un martillo; otros dos corrieron hacia el bosque; y un sexto se cagó encima y cayó de lado al suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Por delante de mí todavía quedaban Elena y el inmovible Alfie, agachados y llenos de asombro. En Elenburgo se había desatado un pandemónium de gritos y chillidos entre las mujeres y los niños, pero se apagó con rapidez cuando éstos se apresuraron a buscar refugio. Sin embargo, si habían derrotado a sus hombres, ¿quién iba a defenderlos? Me estaba definiendo como una figura definitivamente *genghiskhaniana*, pero ese papel autocrático no me reportaba ningún placer. Era muy probable que hubiese aniquilado la oportunidad de conseguir una tregua temporal factible con los mínidos.

Extendí una mano y di un par de pasos hacia Elena y Alfie. Ellos retrocedieron. Los machos habilinos que quedaban rodaron, se levantaron de un salto y salieron disparados hacia las chozas para quedarse allí de pie por si acaso yo decidía seguirlos. El tipo que había perdido el control de sus tripas se arrastró hacia atrás sobre la hierba, limpiándose la materia fecal del trasero, mientras los guerreros que habían salido corriendo hacia el bosque regresaban para ver lo que estaba ocurriendo. Gente valiente. El disparo de mi pistola había señalado un cambio en el equilibrio de poder casi semejante a la alteración que la bomba atómica de Hiroshima provocó entre los Aliados y los japoneses. Al menos, no obstante, había disparado a modo de advertencia... y tenía un montón de balas.

—No voy a hacerlo de nuevo —les aseguré a Elena y a Alfie—. Ése fue para salvar mi vida.

Pero también ellos retrocedieron hacia las chozas, desde donde me observaron, entre la congregación de rostros aturcidos e indecisos, como si fuera la encarnación de la misma Muerte. A la vista de que no hacía ningún movimiento para demostrar mi superioridad, dos o tres de los machos hicieron gestos con su garrote, gritaron con beligerancia y, entregándose a un ridículo pavoneo, encrespaban el vello que les

cubría los hombros y el pecho.

Sin embargo, en el bosquecillo que se encontraba a mi derecha, un joven macho mínido me estudiaba con una tranquilidad casi escalofriante. Tenía ojos grandes y cristalinos y una especie de dignidad profesoral. Alfie y él parecían adversarios más peligrosos que los jactanciosos charlatanes que bailaban frente a las cabañas, de modo que decidí alejarme de Elenburgo para evitar un derramamiento de sangre.

—Adiós —les dije—. Venid a buscarme si queréis solucionar esto. Después de todo, no soy tan mal tipo. Adiós...

*Oh, todo ha cambiado, y variado,
Desde ayer...*

Van Luna, Kansas

Octubre de 1964

Tumbada en la cama una noche, cuando ya hacía rato que había arropado a Anna y a John-John y les había dado su beso de buenas noches, Jeannette trataba de explicarle los sentimientos ambivalentes que albergaba por su ciudad natal a Hugo, que estaba fumándose un cigarrillo y viendo, sin prestar mucha atención, la última película de George Raft e Ida Lupino en la televisión portátil que estaba encima de la cómoda. El humo del cigarrillo serpenteaba de forma extraña en el espejo que había detrás del televisor.

Hugo aplastó el cigarrillo en un cenicero de cristal con el emblema del CAE^[2] en el fondo.

—Voy a ponerme serio, mujer. Ahora estoy dispuesto a decirte cuál es el problema.

—¿Sí?

—El problema es que Van Luna no es real.

—¿Que no es real?

—Eso he dicho, sí. No es real. Por el contrario, Van Luna es como una de esas salas de los laboratorios, tan limpias e inmaculadas. Aire fresco, agua pura y lindos ratones blancos como habitantes. Metes a un ratoncito oscuro allí, ¿y cuál es la gran diferencia? Los ratones blancos se quedan tan contentos, y el oscuro se alimenta y olisquea como todos los demás. Van Luna no es real. Es como una sala de laboratorio con comidita y bebederos.

Jeannette se separó de Hugo, levantó las rodillas y le quitó el cenicero de las manos.

—¿Comidita y bebederos? Pero ¿de qué estás hablando? Mi padre se ha enfrentado a la realidad económica todos los días de su vida en esta ciudad. También ha sido difícil para él. ¿Y te atreves a decirme que eso no es real?

—¿Estamos hablando de John-John o de tu padre? —Hugo dejó que su vista vagara hasta la pantalla de la televisión, donde Ida Lupino testificaba con entusiasmo frente a una atestada sala del tribunal.

—Mira, tú sabes lo difícil que resulta sacar adelante a una familia con la paga de un suboficial. Por eso tenías otro trabajo en el almacén. ¿Estás tratando de decirme que ese tipo de cosas no son reales?

—Yo no he dicho eso.

—Y la competencia está empezando a desmoralizarlo. Está convirtiendo nada menos que a mi propio padre en alguien mezquino.

—Van Luna es muy real para tu padre —reconoció Hugo.

—Pero no lo es para ti, ¿es eso lo que pretendes decir?

—Por supuesto que es real para mí, Jeanie. Pero tú me estabas hablando, o eso creo, sobre John-John y el tratamiento que le da la gente porque su piel es negra. Has cambiado de tema para liarme. —Sacó un cigarrillo de la cajetilla de cartón de Marlboro, lo encendió como George Raft, y meneó el extremo encendido bajo la nariz de Jeannette—. No escuchas, mujer. O eso, o solo escuchas lo que te da la gana. De modo que te repetiré esto una sola vez: el problema que has descubierto es que para John-John (no para mí, ni para ti, ni para el señor Riverbank, ni para la señora Fulanita). Van Luna no es real. Si quieres preocuparte por eso, Jeanie, adelante, tú misma. Haz una montaña de un grano de arena.

Jeannette le pasó de nuevo el cenicero a Hugo y se acercó más para apoyar la barbilla sobre su hombro.

—¿Entonces crees que deberíamos mudarnos a Wichita?

—¿Para qué?

—Para que podamos darle un lugar real en el que vivir. Un barrio a las afueras, no demasiado malo. Ese tipo de cosas.

—Joder, no. Eso sería una locura.

—Pero estoy tratando de...

—Pero nada, Jeanie. El mejor lugar para que los niños crezcan es un lugar que no sea tan desagradablemente real. ¿Sabes? En Bogotá vi a los huerfanillos, a los gamines, corriendo en manadas, durmiendo en la calle cubiertos por periódicos. Y en Zaragoza, y en Sevilla, y en otros lugares así de reales. Que se jodan. ¿Querías llevar a John-John a Mississippi?

—No quiero llevarlo a ningún sitio. Solo...

—Bien. —Apuntó con el cigarrillo hacia el mueble de la televisión—. Mira esa Ida Lupino. Es una zorra de cuidado en esta peli, ¿eh?

Más tarde, bien pasada la medianoche, Jeannette fue al cuarto de los niños para echarles un vistazo.

La luz de una lamparita resplandecía en la diminuta habitación. Era un payaso con una bulbosa nariz y un par de redondos puños en alto. Sus manos y su nariz trazaban un círculo de pálida luz anaranjada, un halo borroso, alrededor de la mesilla sobre la que se encontraba. Anna estaba casi destapada en su cama nido, mientras que, al otro lado de la habitación, John-John yacía desparramado con una manita diminuta extendida hacia atrás, a través de los barrotes. Jeannette volvió a colocar las mantas de Anna antes de acercarse al niño. Lo encontró en medio de un sueño.

Tumbado boca arriba, John-John emitía un suave gorgoteo y su cabeza parecía pivotar sobre un nudo de huesos que se encontrara en la parte trasera de su cráneo.

Los párpados se habían retraído ligeramente hacia atrás, del mismo modo que los párpados que ocultan los brillantes e impasibles ojos de una muñeca Nancy. No obstante, medio ocultos a la vista, los globos oculares de John-John giraban de un lado a otro en la parte superior de las cuencas, con sus escleróticas moviéndose al unísono. Jeannette había presenciado ese extraño fenómeno docenas de veces desde que trajera a John-John a casa desde España, pero jamás dejaba de desconcertarla.

—Dios Santo... —murmuró.

Los médicos de las Fuerzas Aéreas del dispensario de McConnell, a quienes había llevado al niño tanto a causa de su tardanza a la hora de aprender a hablar, como por esos extraños arrebatos nocturnos, siempre le aseguraban que John-John se encontraba en perfecto estado de salud. Tal vez tuviera una vida onírica especialmente vívida, pero el hecho de que sus párpados se retrajeran no implicaba que padeciera epilepsia, *petit mal* o cualquier otra afección nerviosa. De hecho, la plenitud de su vida onírica bien podía estar inhibiendo —de forma temporal— el desarrollo de ciertos patrones post-infantiles del habla. Los sueños eran un sustituto —un sustituto temporal— del desarrollo del lenguaje. Además, Jeannette debía tener en cuenta que el niño todavía no tenía dos años; que, con toda probabilidad, todavía se estaba adaptando al cambio de la cultura española a la angloparlante y que, en todos los demás aspectos, parecía un niño absolutamente normal. Por supuesto, los médicos jamás habían tenido que contemplar aquel espectáculo en el que sus globos oculares se sacudían y las escleróticas latían al compás a la una de la madrugada. No habían tenido que encajar esa escalofriante visión del niño con la imagen del pequeño listo, activo y curioso que corría por su consulta. Ni habían tenido que preocuparse tanto por cómo habrían sido sus ocho o nueve primeros meses.

—¿Qué pasa, Jeanie?

Se giró para ver a Hugo en el vano de la puerta, con las perneras de los calzoncillos abolsadas alrededor de las caderas y otro cigarrillo encendido entre los dedos.

—Le está pasando otra vez —le dijo.

—No pasa nada. Siempre se para.

—No me gusta. —Se aferró al borde de la cuna—. No puedo soportarlo, de hecho. Me da un miedo horrible.

—Está soñando. Los médicos ya te lo han explicado. ¿Por qué te pones... —hizo un gesto con el cigarrillo—... tan histérica?

—¡Porque soy su madre! —Anna se removió en su cama y Jeannette preguntó en un susurro—: ¿Con qué coño puede estar soñando? ¿Y por qué se le tienen que abrir los ojos de esa manera?

—Puede que no esté dormido, ¿eh? Quizá le guste verte tan enfadada.

—Por el amor de Dios, dime con qué está soñando.

—Con perritos, con viajes en el carricoche, con comerse un helado... Quién sabe, Jeanie... ¿Cómo voy a saberlo?

—No sueña con ninguna de esas cosas.

—¿Qué es lo que quieres que te diga entonces? ¿Que está soñando con su madre real, con España y la pobreza? ¿Eso te parece mejor?

—No me parece mejor en absoluto. —Comenzó a llorar.

Hugo, con el cigarrillo entre los labios al estilo de las películas de cine negro, entró en la habitación para abrazarla.

—Ya está, Jeanie. Podemos despertarlo si quieres.

—No, no quiero despertarlo. Déjalo que sueñe.

Sin embargo, le dolía verlo así. El John-John real —con el hemisferio inferior de sus globos oculares moviéndose rápidamente y sus pequeños deditos tratando de aferrarse al aire— parecía a kilómetros y kilómetros de distancia, atrapado en una espiral de experiencias más allá del alcance del conocimiento y la comprensión de su madre. En aquellas ocasiones, Jeannette lo perdía por completo, y ella quería estar cerca, muy cerca, lo más cerca posible. Sus sueños eran una barrera para el acercamiento; y el cuerpo sacudido por los sueños que el niño dejaba atrás, una acusación y burla.

Al final, Jeannette apartó la vista del niño y permitió que Hugo la condujera de vuelta a la cama.

Al día siguiente, se llevó a John-John a dar un paseo por los viejos barrios que había de camino al colegio de Anna, donde la niña hacía el primer curso. Allí, la zona de recreo consistía en un montón de grava, adornada con unas cuantas zonas de césped y cadillos; estaba acotada por tres de los lados con una cerca de listones de madera, y al Este por la propia escuela. Esa vez, habían dejado el carrito en casa, y John-John, que estaba ansioso por ver a los niños en el recreo, trotó durante toda la última manzana. Ataviado con un anorak de nailon y unos pantalones de pana, a Jeannette le recordaba a un pingüino paseándose sobre el suelo helado. Sin embargo, no había hielo; solo miles y miles de crujientes hojas caídas que se levantaban en remolinos a su alrededor mientras el niño corría.

Llegaron al campo de *softball* y a las solitarias gradas que había en el extremo occidental del campo de juego. John-John caminó con dificultad hasta la valla justo en el momento en que un niño de cuarto o quinto curso llegaba corriendo para atrapar un *foul tip*, y Jeannette se sentaba en la primera fila de gradas.

—Hola —dijo el chico, hablándole a Jeannette por encima de la cabeza de John-John—. Es muy mono, ¿cómo se llama?

Jeannette se lo dijo. Casi un año después del asesinato de Kennedy, en mitad de Kansas, el nombre de su hijo no parecía tener un significado especial para el

muchacho.

—¿Es suyo?

—Mío y de mi marido. Es el hermano pequeño de Anna Monegal. ¿Conoces a Anna?

—No.

El chico dejó que John-John cogiera la bola a través de la cerca. Cuando el pequeño la dejó caer, el muchacho la recogió y volvió a colocarla en sus manitas.

—Te gusta esta pelota, ¿verdad, colega? ¿A que sí? Apuesto a que un día de estos serás uno de los jugadores.

John-John lanzó la bola contra la parte opuesta de la red de retención.

—¿Todavía no habla? —Los compañeros de equipo del chico estaban pidiendo que les devolviese la pelota, pero el muchacho los ignoró. Cuando Jeannette confesó que John-John todavía no había empezado a hablar, dijo—: Pero usted le habla, ¿no?

—Todo el rato.

—¿También lee para él? Leer en alto, digo.

¿Pero quién era ese chico? ¿El Sumo Inquisidor?

—Es un poco pequeño para eso todavía. Pero sí que vemos libros de dibujos juntos.

—¡Lanza la bola ya, Donnie! ¡Lanza la maldita bola!

Donnie retiró con amabilidad la pelota de las manos de John-John, se giró y la lanzó con fuerza hacia el campo. Entonces, se volvió hacia Jeannette para decir:

—Debería leerle libros de verdad. La escuchará. Eso es lo que mi madre hacía conmigo, incluso antes de que supiera hablar. Durante todo mi primer año solía leerme «Tigre, tigre, que te enciendes en luz» todas las noches. Sabía recitar todo el poema, cada verso, antes incluso de empezar la escuela —alardeó.

—Te gusta la poesía, ¿verdad?

—¡Venga, Donnie! ¡Date prisa!

—No mucho. No me entero de la mayoría de las cosas. Puedo recitarla, pero sigo sin entenderla. Me gusta más el *softball*. —A través de la valla le dio a John-John un golpe juguetón en la tripa—. Adiós. Me alegro de haberte conocido, John-John.

Y se marchó. John-John se quedó en la cerca, hipnotizado por el juego. Jeannette, con las manos en los bolsillos del abrigo, dejó vagar la mirada por el patio en busca de Anna, pero no pudo encontrarla antes de que el sonido de la campana que indicaba el fin del recreo enviara a toda la población de estudiantes del colegio cuesta arriba hacia el edificio.

Siguiendo un impulso, condujo a John-John a lo largo de la acera cubierta de hojas y dejaron atrás la escuela, hasta llegar a una zona residencial de bajo presupuesto con un único camino de entrada sin pavimentar que acababa al borde del

campo abierto. A unos doce kilómetros de distancia, sobre una redondeada pradera salpicada de álamos, estaba Udall, Kansas. El asfalto de la autopista 15 desde Wichita cortaba una nítida diagonal hasta la casi mítica población. Durante el último año de Jeannette en la escuela superior, nueve años atrás, un tornado había arrasado Udall por completo, matando a más de sesenta personas y distribuyendo montones y montones de extraños desechos por toda la zona.

Según se adentraban en el campo, Jeannette le contó a John-John toda la historia. Adornó la narración con coloridos detalles: el granjero que había descrito el ruido del tornado como el de un millar de reactores y que había dicho que parecía un gigantesca salpicadura de grasa; la operadora telefónica que había muerto sobre su centralita; el hombre que había sido arrojado vivo contra un árbol. John-John, notó su madre, parecía atento a cada palabra, como si ella estuviese promulgando una obvia pero encantadora y entretenida mentira. Parecía también que el ritmo de su voz lo tenía cautivado.

—Hoy en día, esa ciudad parece nueva y reluciente por completo —concluyó—. Jamás te darías cuenta de que una vez fue borrada del mapa al igual que los neandertales o los mamutes.

Permanecieron juntos sobre este escaso césped otoñal, de nuevo en silencio. Una loica salió volando desde el suelo y describió una parábola sobre el pálido cielo de octubre. Jeannette comenzó a sentirse vulnerable, expuesta, como si estar de pie en aquel lugar invitara, por una parte, al ridículo de la gente normal que vivía en las casas que quedaban a sus espaldas y, por otra, al ataque de los cavernícolas y paquidermos ocultos en los arbustos que había más allá del arroyo que dividía aquella pequeña extensión de tierras de pastoreo. Era una locura pensar algo así, pero el viento soplaba y el mundo parecía grande y hostil.

Ahora que la historia sobre el tornado había llegado a su fin, el interés de John-John se concentró en otras cosas. Corrió cuesta abajo, hacia la hondonada. Era rápido, había que reconocerlo. Jeannette se recogió el dobladillo del vestido para mantenerlo fuera del alcance de los molestos cardos y de las ramas de los arbustos, y salió disparada prado abajo tras él. Lo agarró de la muñeca y le impidió llegar hasta el lecho seco del arroyo. El niño se removi6 para que lo soltara, señaló algo e hizo unos ruidos ininteligibles con la garganta.

Hugo, de guasa, decía que esas vocalizaciones eran frigio. «Tenemos un niño que habla frigio». Según un amigo que tenía en la biblioteca de McConnell, se creía que ése había sido el primer idioma hablado por los seres humanos.

Más allá del arroyo, había cinco o seis terneros de cara blanca que rumiaban plácidamente. A pesar de su tamaño, Jeannette no los había visto hasta ese momento. Como los rinocerontes o las jirafas, los terneros pastaban en los matorrales que los habían ocultado a la vista, despojando sus ramas de las últimas hojas del año. La

aparición del ganado fue algo extraño y súbito. Y todavía resultaba más extraño que estuviesen comiendo hojas en lugar de hierba. Casi parecía que John-John había convocado su presencia al señalarlos con el dedo.

—Vacas —dijo Jeannette de forma distraída—. Vacas.

—Aca —dijo John-John sin dejar de señalar.

Atónita, Jeannette se arrodilló frente al niño y lo cogió por los hombros para colocarse delante de su campo de visión.

—Eso es —dijo con entusiasmo—, muy bien. ¡Vaca! ¡Se dice «vaca»!

El niño se movió hacia la derecha, no muy interesado en los intentos de su madre de afianzar su logro.

Jeannette se apartó un mechón obstinado del rostro y se puso en pie. Lo dejaría que viera las malditas vacas, ¡por el amor de Dios! Se sentía alegre y orgullosa. ¡Qué coño de frigio! «Aca» era una palabra de su idioma. Una palabra auténtica en su propio idioma. Al pronunciar esa única palabra, el niño había justificado la fe de su madre en sus aptitudes. Incluso a pesar de que muchos niños no hablaban hasta bastante después de cumplir los dos años, aquel asunto del «niño salvaje» del Mayor Fulano de Tal en la oficina del Coronel Unger la había estado reconcomiendo durante más de un año. En secreto, había comenzado a sospechar que la infancia descontrolada de John-John en Sevilla había hecho una insidiosa mella en su capacidad para captar el idioma. Esa sospecha, a su vez, la había llenado de pesar, porque, en todo lo demás, era un chico despierto y vivaz.

—Vaca —dijo entre risas—. *Aca, aca, aca.*

—No me lo creo, mujer.

—Es cierto, ha hablado.

—¿A un rebaño de vacas?

—No a las vacas, Hugo. Las vio y di...

—¡Dijo «vaca», papá!

Estaban sentados junto a la mesa con cubierta de formica de la cocina, parte del pequeño mobiliario de comedor que Hugo había traído las Navidades pasadas del economato de McConnell. John-John estaba sentado en una trona de aluminio con una bandeja de plástico amarillo. Con la cuchara en su mano derecha y los grasientos dedos de la izquierda, estaba comiéndose los trocitos de carne picada de una hamburguesa muy hecha. Tenía la boca embadurnada de mostaza.

Hugo le dijo a Anna con fingida grandeza:

—«Hace ochenta y siete años», les dijo John-John a las vacas, «nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación, concebida en libertad y consagrada al...», ¿cómo sigue, niña?

—¡Papá!

—Ha hablado de verdad —insistió Jeannette—. Y esta vez nada de frigio.

—Entonces creo que deberíamos estar comiendo filete en lugar de hamburguesa. —Hugo levantó un pedazo de hamburguesa con las puntas del tenedor—. John-John, esto es «aca» también. ¿Lo ves? Estás comiendo *aca*, Juanito, esas somnolientas criaturas con grandes ojos castaños. Di *aca* para mí, anda, por favor...

El niño esparció los trozos de hamburguesa sobre el suelo y señaló la dirección en que Jeannette lo había llevado a pasear aquella mañana. Hacia el colegio. Hacia Udall.

—Y un chico del equipo que se llamaba Donnie me dijo que debía leerle a John-John... no solo enseñarle el abecedario y los libros de dibujos. Libros de verdad, cosas difíciles. Voy a empezar a hacer también eso.

—¿Cuándo? —preguntó Hugo con cautela.

—Después de bañarlo. ¿Por qué no os encargáis Anna y tú de los platos?

—¿Qué tal si me pongo tacones y me pinto los labios? —replicó Hugo.

No obstante, Anna y él hicieron lo que Jeannette les había pedido.

Jeannette, entretanto, supervisó el baño de John-John, le cambió el pañal, le colocó el pijama de felpa y lo puso de pie en su camita. Él cruzó los brazos sobre la barandilla de la cuna y contempló cómo su madre cogía una mecedora y la colocaba a su lado. Aunque era lo bastante mayor como para poder salirse de la cuna él solo, Jeannette le había enseñado que hacer eso durante la noche le costaría caro. De cualquier forma, lo intentaba dos o tres noches por semana.

Esa noche, sin embargo, la presencia inamovible de Jeannette en la habitación que compartían Anna y él mantenía ese impulso a raya. Mientras su madre sacaba un llamativo librito del bolsillo de su delantal de girasoles, él la contemplaba con creciente curiosidad. Después, Jeannette se sentó en la mecedora, abrió el libro y comenzó a leer:

—«Cuando el señor Bilbo Bolsón de Bolsón Cerrado anunció que muy pronto celebraría su cumpleaños centésimo decimoprimeros con una fiesta de especial magnificencia, hubo muchos comentarios y excitación en Hobbiton...».

Nuestro plan de emergencia exigía mi presencia junto al lago dos veces al día, al amanecer y durante el crepúsculo, para el posible despliegue de la Plataforma Retrotemporal, estipulación que reducía mi campo de acción y frustraba mis intenciones de estudiar al pueblo de Elena. Cumplir con dicha exigencia resultaba el doble de difícil, ya que la plataforma no aparecía. Sin embargo, tras faltar a la primera de mis citas al amanecer, cumplí mi parte del trato y me presenté en la orilla del lago durante el resto de la semana, si bien me irritaba saber con certeza que mis colegas del siglo xx volverían a fallarme de nuevo. Aun así, no creía que me hubiesen abandonado de modo permanente. Kaprow y sus ayudantes estarían sufriendo «problemas tecnológicos», errores que sin ningún género de dudas subsanarían a su debido tiempo, y el tiempo entraba dentro de los dominios de Kaprow.

De hecho, comenzaba a creer que mi cálculo del tiempo difería de forma significativa del de mis colegas del Esfinge Blanca. Quizás fuese porque, debido a la tremenda distancia temporal de mi salto, mis salidas y puestas del sol no coincidían con las de ellos. Tarde o temprano, decidí, Kaprow acabaría por darse cuenta de lo que sucedía y la plataforma aparecería —como quien dice, de la nada— justo en el momento en que debía hacerlo. No obstante, entretanto, me alejaría del lago para centrar toda mi atención en los habilinos y volvería al cabo de otra semana para ver si mis conjeturas eran acertadas. Al fin y al cabo, había venido para estudiar a los protohumanos.

Tras tomar esa decisión, pasé dos días enteros haciendo contumaces incursiones en el territorio de los mínidos con el fin de acelerar mi aceptación. No reaccionaron bien. Aunque ya no se esforzaban por alejarme, no toleraban mi presencia a menos de cuarenta o cincuenta metros de las cabañas. Para obligarme a guardar las distancias, me arrojaban higos, nueces de mongongo, bayas, raíces, desperdicios y piedras. Había esperado poder abrir una brecha en su obstinada resistencia ofreciendo terrones de azúcar y chicles procedentes de mi equipo de supervivencia a dos o tres de los miembros más jóvenes del grupo, pero los niños no permitían que me acercase a ellos y las madres de los peluches mínidos eran tremendamente concienzudas a la hora de mantenerlos siempre a su lado.

Cuando llegué al claro situado entre dos de las franjas boscosas la mañana del tercer día, descubrí que las cabañas estaban vacías. Los mínidos se habían trasladado, habían ubicado Elenburgo en cualquier otro lugar del mosaico de hábitats

entrelazados que se extendía a lo largo y ancho del este de África. En un principio, me dejé llevar por el pánico. Los había obligado a abandonar su capital y no me iba a resultar fácil localizarlos de nuevo. Pero el temor se esfumó con rapidez. La mañana posterior al día que disparara mi pistola al aire —tras haber intentado amenizarlos con mi entrañable interpretación de *A day ago*—, los mínidos habían vuelto a cantar para dar la bienvenida al amanecer. Esa coral sin palabras me había despertado, y su cántico había resonado a través de bosques y llanuras como el espíritu del trueno o del terremoto.

Para descubrir la nueva ubicación del poblado, lo único que tenía que hacer era estar atento a su próxima alborada reverencial. Cantaban, decidí, no solo para dar rienda suelta a una serie de sentimientos que, de otro modo, serían incapaces de expresar, sino también para informar a otros grupos de habilinos de su paradero; no con el fin de efectuar una inequívoca reclamación del territorio, sino como una especie de rito social y un medio de mantener abiertas las vías de comunicación. De hecho, había escuchado a otros habilinos cantar en la lejana orilla septentrional del Lago Kiboko y en las proximidades del Monte Tharaka, al Sudeste. También estaba seguro de que el oído de un habilino era mucho más agudo que el mío y de que, por tanto, percibían esos débiles cánticos al alba como una poderosa oleada de emociones. Aunque era bastante posible que los cánticos de un grupo de habilinos se alternaran con los de otro poblado, hasta ese momento yo no había sido capaz de distinguir otras voces aparte de las del grupo de mínidos más cercano. Si no se habían mudado a un lugar demasiado alejado, podría volver a escuchar sus cantos al día siguiente. No cortarían su alianza polifónica con sus congéneres solo para librarse de forma definitiva de Joshua Kampa.

Acerté.

A la mañana siguiente escuché a los mínidos corear sus toscas bendiciones al alba. Siguiendo el eco de sus voces, llegué a un lugar situado a unos tres kilómetros de donde se alzara su anterior poblado; el nuevo emplazamiento de Elenburgo (no podía llamarlo de otro modo) se encontraba sobre una colina cubierta de hierba que dominaba el extenso damero de la sabana, los páramos cubiertos de espinos y las franjas boscosas cercanas al Monte Tharaka. Una ciudadela, eso era este nuevo poblado.

Desde mi punto de vista, su mayor desventaja, y una que me irritaba sobremanera, era que no podría aproximarme a la nueva capital a menos que atravesara a vista de todos la pradera que se extendía a los pies de la colina. Un almenaje de rocas de granito me impedían ver en su totalidad las chozas de paja que se alzaban tras él y no había ni un solo árbol en veinte metros a la redonda. Los mínidos se habían congregado en la ladera sudoeste de la colina como los espectadores de un partido de fútbol del instituto, pero, en cuanto me avistaron,

corrieron hacia las almenas y me agasajaron con un aluvión de piedras y recriminaciones.

¡Conque esas teníamos! Su canto me había llevado hasta ellos de nuevo, pero su ubicación en la colina impedía cualquier acercamiento fácil y, por lo tanto, mi situación no era mejor que antes de que se mudaran. A decir verdad, habían mejorado su posición. Un leopardo astuto e intrépido bien podría llegar hasta ellos, pero yo jamás lo conseguiría. Tampoco podía pasar por alto que la mayoría de los leopardos del Pleistoceno tenía el instinto de supervivencia lo bastante agudizado como para no realizar semejante intento. Regresé a mi base de operaciones con la autoestima más baja que el Lago Kiboko en una época de sequía prolongada.

No voy a detallar aquí las insignificantes penalidades que sufrí (la disentería no es un tema muy agradable), los peligros por los que pasé (y no solo a la hora de hacer mis necesidades) ni el fantástico zoológico integrado por cuadrúpedos, serpientes y pájaros con los que, o bien trabé amistad, o bien me sirvieron como alimento (cuando no era una cosa después de la otra). Tampoco voy a relatar mis ocupaciones domésticas en el bosquecillo de acacias, que incluían desde hacer la colada o recoger leña para el fuego, hasta enterrar los desperdicios que generaba (tarea que desempeñaba de forma minuciosa para desalentar las visitas de cualquier huésped cuadrúpedo recolector de desechos; más concretamente, de las hienas gigantes). En lugar de eso, quiero contaros lo que aprendí de los mínidos mientras intentaba que me admitieran dentro de su elitista hermandad.

En primer lugar descubrí que, digamos, desde las diez de la mañana hasta una hora antes de la puesta de sol, los machos y las hembras solían dedicarse a actividades típicas de cada uno de los sexos. Bendecidas u obstaculizadas por los niños, las mujeres ocupaban su tiempo —siempre que no fuese un día especialmente consagrado a haraganear— recolectando bayas, huevos de pájaro, larvas de escarabajo, escorpiones, melones y cualquier otro tipo de alimento fácil de transportar, todos y cada uno de los cuales eran acarreados en toscas bandejas de corteza de árbol o en un hatillo de piel de animal. Una de las hembras de más edad tenía un recipiente elaborado de forma tan habilidosa que me hizo preguntarme si algún crononauta desconocido había efectuado un salto atrás en el tiempo para dárselo, pero entonces me di cuenta de que su «cesta» era en realidad un nido de pájaro tejedor que, o bien ella o bien su marido, habían robado de una acacia. (La necesidad suele ser la madre de los dedos largos, no de la inventiva). Con los niños a remolque y un macho armado en las cercanías para conducir a los pequeños al bosque en caso de amenaza de peligro, las mujeres bordeaban los límites de la sabana. Con el fin de señalar su progresión a través de la vegetación y de mantenerse en contacto las unas con las otras, no dejaban de murmurar incoherencias, zurear y canturrear

mientras recolectaban la comida. Por lo general, cedían terreno sin rechistar ante las manadas de elefantes, leones o hienas gigantes. Por el contrario, si los intrusos eran hienas pequeñas, babuinos, perros salvajes o los robustos australopitecinos, las mujeres eran tan capaces como sus congéneres masculinos de formar un alboroto disuasorio o de defender enérgicamente su territorio de recolección.

En tres o cuatro ocasiones, me las ingenié para seguir de cerca al grupo de mujeres, pero no fui mejor recibido que un mirón en un campamento de chicas. En cuanto se percataban de mi presencia, empezaban a chillar y a arrojarme cosas. La mancha de mis pantalones cortos ocasionada por la albúmina de un certero huevo de gallina de Guinea permaneció inmutable en el tejido hasta el día en que los di por perdidos.

Elena jamás participaba en ese tipo de excursiones. No tenía hijos, y al resto de las mujeres, si bien se mostraban tolerantes con ella por regla general, les incomodaba su presencia. En cambio, acompañaba a los hombres en las partidas de caza.

Las cacerías tenían lugar en la sabana, donde me resultaba del todo imposible pasar desapercibido si alguna vez se me ocurría despegar la barriga del suelo. No había término medio: o veía demasiadas cosas o no veía nada. Sin embargo, lo que sí tenía claro es que los mínidos no se limitaban a tolerar la presencia de Elena entre ellos, sino que con frecuencia la colocaban en una posición adecuada para dar el *coup de grâce* tras una persecución bien organizada. Bajo mi atónita mirada, la mujer abatió a un jabalí verrugoso y a un duiquero. A menudo, semejantes presas, que podían alimentar al grupo durante dos o tres días, eximían a los mínidos de la agotadora necesidad —si bien no del acuciante deseo— de cazar; de modo que, algunas veces, me encontraba sin nada más que hacer aparte de sentarme bajo mi árbol y releer el Génesis. Los mínidos, mientras tanto, se quedaban celebrando el banquete en Nueva Elenburgo.

¿Qué progresos estaba haciendo? Muy pocos, al parecer. Lo más acertado que podía decir acerca de mi relación con los habilinos era que ya no me veían como a un extraño.

Reconocía a los adultos con solo echarles un vistazo. Además de bautizar al evidente jefe del grupo, Alfie, había asignado los siguientes apodos al resto de los machos: Jamón, Jomo, Genly, Malcolm, Roosevelt y Fred. Jamón y Jomo eran los dos mayores, si es que sus rostros arrugados y sus cabelleras salpicadas de canas podían considerarse como indicios fiables de su edad. Genly era el habilino que me había sometido a un intenso escrutinio tras el desdichado incidente del disparo, mientras que Roosevelt era el desafortunado que había sido traicionado por sus esfínteres. Malcolm, el de la perilla oscura con reflejos rojizos y ojos diminutos, era quien hacía las veces de centinela el día que descubrí la Elenburgo original; y Fred

era el más joven de los cazadores, un hobbit con la mandíbula permanentemente dislocada y un enorme hueco entre los dientes delanteros... como si en el pasado se hubiera enfrentado a uno de los más rotundos ataques de resentimiento de alguno de sus mayores.

A las damas las llamé de la siguiente manera: Dilsey, Ginebra, Emilia, señorita Jane, Odetta y Nicole. Dilsey y Ginebra eran, respectivamente, las consortes de Jamón y Jomo. Ginebra había sido la bruja que soltara la extensa perorata a Elena durante mi primera tarde como espía. Mi opinión sobre ella había mejorado bastante desde aquella ocasión. De hecho, había empezado a sospechar que era la madre de Elena. Me daba la impresión de que Emilia, la mujer de Genly, era el bombonazo del grupo de féminas: una dama de mirada errante y trasero inquieto. Era la favorita de Alfie aunque, en apariencia, él también apreciaba la variedad... La señorita Jane, Odetta y Nicole me causaban la misma impresión: las tres eran madres excelentes que defendían con tenacidad a sus hijos y se relacionaban de forma amistosa con la población masculina.

En cuanto a los niños, aún no me había familiarizado con ellos más allá de ponerles un nombre. El mayor, probablemente hijo de Dilsey, era un adolescente al que había apodado «señor Pibb». Con el paso del tiempo, todos los niños, desde los bebés hasta los más grandes, se mezclaron en mi cabeza, pero los nombres que anoté en el árbol genealógico de mi Biblia-guía de campo de edición de bolsillo incluyen: Jocelyn, Groucho, Duquesa, Bonzo, Pebbles, Veloz, el Embaucador y A.P.B.

A.P.B. era el hijo de Fred y Nicole. Las siglas correspondían tanto a las iniciales de Alistair Patrick Blair como a las de All Points Bulletin, la empresa de altavoces, nombre que se ganó a pulso por la estridencia de sus demandas a la hora de pedir que le dieran de mamar.

Veintitrés habilinos en total (porque solo había contado a los mínidos). Yo era un primo hermano, sin tener en cuenta los dos millones de años que nos separaban, que había venido de visita y ellos se negaban a aceptarme como tal. Empezaba a preguntarme si también me habría convertido en un cero a la izquierda para mis colegas del territorio onírico del siglo xx. Tal vez, para ellos, jamás había existido...

Yo, Joshua Kampa, estaba extinguido en vida. El hombre invisible, hijo oriundo de otro país, que había sido despojado de todas sus raíces en el prehistórico Kane'an. Un ser que había sido, que quizás un día fuera, un pájaro dodo que viajara en sueños y que, probablemente, tuviera que quedarse allí.

Faltaban dos días para que finalizara la semana cuando volví al Lago Kiboko a comprobar si Kaprow había hecho descender la plataforma, pero aún no estaba allí. A pesar de todo, comenzaba a sentirme parte tanto del Pleistoceno como de los

habilinos en cuyo grupo quería ser admitido, y por otros motivos que nada tenían que ver con la ciencia. Al fin, había logrado un pequeño acercamiento a Roosevelt, el joven macho que se había cagado encima al escuchar el disparo de mi pistola. No carecía de valor en las situaciones más comunes en el campo. De hecho, me parecía el más avezado del grupo a la hora de atrapar pájaros y seguir el rastro de los animales pequeños, como damanes y liebres. A menudo, a primera hora de la tarde, acostumbraba a salir solo de caza sin demostrar ningún tipo de reparo... tanto por el placer que le provocaba como por los trofeos con los que podría regresar a casa. Por motivos de seguridad, sus excursiones eran breves y no se aventuraba demasiado lejos de Nueva Elenburgo pero, gracias a mí constante vigilancia, descubrí su inclinación por este tipo de aventura y decidí actuar de acuerdo a los conocimientos que había adquirido mientras operaba como su sombra.

Consciente de mis torpes técnicas de rastreo, Roosevelt siempre se aseguraba de mantener una distancia de cincuenta o sesenta metros entre nosotros. En cuatro ocasiones al menos, después de localizarme, abandonó la cacería y regresó despacio a casa, herido en su pundonor. En su mente, mi imagen había quedado asociada con el ruido estruendoso y con la terrible humillación de unos intestinos que funcionaban por su cuenta. No obstante, el terreno fue mi salvación. En la llanura que se extendía bajo Nueva Elenburgo abundaban los kopjes, esas formaciones de granito que a veces no eran más que rocas peladas o que, en otras ocasiones, poseían una pobre cubierta de matorrales. Comencé a utilizarlas como parapeto, tal y como hacían los mínidos y otros depredadores, y debo agradecerle a un kopje y al sigilo que yo mismo había desarrollado, mi primer *tête-à-tête* satisfactorio con Roosevelt.

El mínido acababa de capturar una liebre con una técnica que Babington había intentado enseñarme en Lolitabu; técnica que yo no había logrado dominar aún. Tenía algo que ver con observar las orejas medio alzadas de una liebre en plena carrera mientras la perseguías. Tan pronto como el animal aplastaba las orejas contra el cuello, había que saltar, bien a la derecha o bien a la izquierda, y extender los brazos en espera de una posible captura. Cuando aplastaban las orejas de ese modo significaba que estaban a punto de hacer un «quiebro», o giro, y si saltabas hacia uno u otro lado tenías un cincuenta por ciento de posibilidades de interceptarla. En esa ocasión, el salto intuitivo de Roosevelt hacia la derecha había demostrado ser acertado y la liebre perdió la vida bajo las manos rápidas y brutales del homínido. Presencí el desenlace de ese drama primigenio desde la ladera de un kopje pelado que dominaba la llanura.

Con la liebre agarrada por una de sus patas traseras, Roosevelt se acercó a mi escondite y se agazapó justo debajo de mí, al abrigo del saliente. Había decidido comerse su presa en solitario en vez de llevarla al campamento, donde los otros esperarían, y posiblemente recibirían, alguna parte del animal como compensación.

Aunque Odetta, su consorte, mereciera sin duda alguna una de las patas de la liebre, yo no podía culpar a Roosevelt. Él era quien se había arriesgado y quien había cobrado el premio.

Lo observé desde arriba con respeto y un enorme entusiasmo. El homínido, ajeno a mi presencia, golpeó un guijarro volcánico hasta obtener unas afiladas lascas y comenzó a diseccionar con maestría la flácida parte inferior de la liebre. La determinación con la que despedazaba su cena sugería que, a menos que yo revelara mi presencia, no se daría cuenta de que alguien lo observaba. Un simple descuido juvenil por su parte, pero un respiro para Joshua Kampa.

Con mucha cautela, me puse en pie y mantuve el equilibrio al borde del kopje. El sol se hundía en el Lago Kiboko y mi sombra se extendía tras de mí, hacia el Este, lejos de la línea de visión de Roosevelt. Aguantando la respiración, salté hacia la sabana tan lejos como pude y giré en el aire para aterrizar frente al homínido. La mochila me golpeó entre los omóplatos cuando caí al suelo, y me agaché al instante, extendiendo los brazos de modo instintivo para impedir la huida del mínido. Roosevelt gritó y dejó caer la desmembrada liebre. Por desgracia, también soltó el contenido de sus intestinos...

Bendito sea Ngai, pensé. Otra vez no.

Dejé que la mochila cayera sobre la hierba que había a mis espaldas y me quité la camiseta a modo de inmediata oferta de paz. Tras mostrar cómo podía usarla para limpiarse el trasero, se la arrojé al homínido haciendo gala de una gran cantidad de sonrisas y solícitos murmullos. Roosevelt contempló la prenda con enormes sospechas e intentó escapar moviéndose furtivamente hacia la derecha, pero imité su movimiento y, al parecer, entendió que tendría que luchar conmigo para poder huir. En consecuencia, me enseñó los dientes —además de la lengua y la garganta de color rojo oscuro— mientras el vello de los hombros y de los brazos se le erizaba y comenzaba a agitarse bajo la suave brisa del crepúsculo. La ventaja que me proporcionaba mi altura era irrelevante. No quería luchar con él.

—Coge la camiseta —entoné con suavidad—. Por favor, coge la camiseta, Roosevelt.

En contra de todas mis expectativas, así lo hizo. Me la quitó de la mano de un tirón, como si estuviese recuperando algo que hubiese sido suyo en primer lugar. Acto seguido, procedió a someterse a una rápida y exhaustiva operación de limpieza sin dejar de mirarme a la cara en ningún momento. Poco después, la sucia camiseta yacía arrugada a mis pies mientras Roosevelt comenzaba a deslizarse a lo largo de la cara izquierda del kopje. Lo seguí. Nuestro desmañado vals no nos estaba llevando a ninguno de los dos a ningún sitio. Nos detuvimos.

¿Y ahora qué?, parecía preguntar la hosca expresión del homínido.

Saqué el último paquete de calzoncillos de algodón, marca Fruit of the Loom, del

bolsillo lateral de mis pantalones cortos y los extraje con destreza del envoltorio de plástico. Los agité como un torero que extendiera el capote. Estaban limpios y relucientes, y su visión resultaba tan seductora que una semana antes había estado a punto de sacarlos y ponérmelos para combatir mi depresión tipo «no sé por dónde empezar con vosotros, habilinos». Ahora me alegraba de no haberlo hecho. Los calzoncillos tenían una cinturilla elástica resistente, rodeada en su totalidad por un hilo dorado. Los coloqué frente a mí para mostrarle a Roosevelt cómo debía ponérselos.

La madre de Roosevelt no había criado a un alcornoque. Captó de inmediato la noción y me arrebató los calzoncillos. Sin pérdida de tiempo, se retiró hacia el extremo sur del saledizo del kopje para acariciarlos y examinarlos. Sin dejar de observar mis gestos alentadores, alzó un pie lo suficiente como para introducirlo por la pernera izquierda y no tardó nada en hacer lo mismo con el otro para completar la labor y subirse la prenda por los muslos, hasta la peluda protuberancia de sus genitales. Y... *Voilà!* Un habilino vestido con unos immaculados Fruit of the Loom.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Por Dios, Roosevelt —le dije—; por Dios, estás realmente estupendo.

Aún receloso, se acercó a mí con paso arrogante y recogió la destripada liebre. Me la puso en las manos sin ningún tipo de ceremonia, al parecer a cambio de la ropa interior. Antes de que pudiera asegurarle que mi regalo no suponía compromiso alguno más allá de mi —hasta el momento, nula— esperanza de que el hecho pudiera hacerme aparecer como un aliado de fiar, Roosevelt se internó con rapidez en la creciente oscuridad de la sabana, camino de Nueva Elenburgo.

Me agazapé al abrigo del kopje para comerme los restos de la liebre, encantado conmigo mismo por no haberle señalado a Roosevelt que se había puesto mis flamantes calzoncillos del revés.

No había llovido ni un solo día desde mi llegada al Pleistoceno. Era obvio que la sequía venía de bastante atrás; sin embargo, en los últimos tiempos, la falta de lluvia había provocado la migración a otras zonas de muchos de los animales que vivían en manadas: gacelas, ñúes, cebras y varias especies de protoantílopes. Aunque las técnicas de recolección de comida llevadas a cabo por las hembras de los mínidos supusieran, con toda probabilidad, dos tercios de los alimentos que consumía el grupo, la ausencia de carne acabaría por pasar factura a los congéneres de Elena, debido sobre todo a que no estaban recibiendo el aporte necesario de proteínas. Las nueces de mongongo escaseaban en esta parte del continente y si los animales de caza menor —gallinas de Guinea, liebres, jabalíes verrugosos, monos, damanes y aves acuáticas— seguían el ejemplo de los ungulados... bueno, los mínidos tendrían que enfrentarse con el terrible espectro de la Hambruna.

Y yo también.

La perspectiva me entusiasmaba y me inquietaba a la vez. Un cambio a peor en las condiciones cinegéticas podría convertirse en la mejor oportunidad para ganar amigos e influencia entre los habilinos tras la «Gran Entrega de los Fruit of the Loom».

Después de darle los calzoncillos a Roosevelt, percibí entre los cazadores cierta predisposición a aceptarme en sus partidas de caza, como si yo encarnara un extraño ejemplo de moda a seguir e, incluso, una posible fuente de futuras donaciones. Me dejó perplejo que Roosevelt no se pusiera los calzoncillos —no podía evitar preguntarme qué habría hecho con ellos— y que aquellas cacerías acabaran mal por regla general, pero al menos me habían otorgado el derecho a asistir a ellas como espectador. Toda una concesión. En ocasiones, Elena, a una distancia de unos cien metros de sabana, se daba la vuelta y me miraba fijamente sin hostilidad ni reserva, lo cual conseguía que me temblaran las piernas. No sé muy bien por qué temblaba, pero es bastante posible que solo se tratase de gratitud. A menudo, un paria considera el hueso que le tiran a la cara más como una comida que como un desprecio.

Sin embargo, como he dicho, las últimas partidas de caza rara vez eran satisfactorias. Por mucho que intentara pasar desapercibido, mi presencia en la llanura era un obstáculo para los mínidos. De cualquier forma, el factor principal de su escaso éxito era la sequía. Tras el de las cebras, gacelas de Thompson, ñúes y demás ungulados —cuya población se retiraba a millares—, se había iniciado el éxodo de los leones, los leopardos, los guepardos y los sarnosos cánidos. No pasó mucho tiempo antes de que los mínidos y yo compartiéramos el lugar con animales demasiado grandes para ser abatidos con facilidad (jiráfidos, algo parecido a los elefantes e hipopótamos) y con adversarios territoriales como las hienas o esos imponentes babuinos llamados *Simopithecus jonathani*, que me recordaban a los vivaces gorilas. Solo un reducido número de australopitecinos permaneció en el área: un patético puñado de seres que andaban arrastrando los pies y que despertaban en mí una inquietante mezcla de lástima y culpabilidad en cada ocasión en que nos encontrábamos con ellos, lo que sucedía cada vez con menos frecuencia. Eran vegetarianos, y, por lo que tenía entendido, a veces eran víctimas de la voraz astucia de sus primos omnívoros. Lo más probable es que la mayoría de ellos hubiera abandonado el bosque de ribera, no tanto por la sequía como por la caza implacable a la que eran sometidos por parte de los habilinos.

Los miembros del pueblo de Elena, debo reiterar, no eran los únicos protohumanos de la zona. Había al menos otros tres grupos igual de numerosos que deambulaban por el mosaico de hábitats que bordeaban la parte oriental del Lago Kiboko. Los había escuchado cantar por las mañanas y, en dos o tres ocasiones, poniendo mucho cuidado de no revelar mi presencia, había avistado a distintos

cazadores de uno de esos grupos —los llamé «lacustres»— dialogando en la llanura con Alfie o con cualquier otro representante de los mínidos.

De hecho, unos cuantos días más tarde, los lacustres y los mínidos se habían reunido, al parecer de forma espontánea, para celebrar una fiesta junto a una franja de higueras que crecían junto al río, a medio camino entre el Lago Kiboko y Nueva Elenburgo. Tales reuniones, según entendí, satisfacían las necesidades sociales fundamentales de los habilinos. Un macho joven y ávido de sexo bien podría encontrar a una *femme fatale* en edad de merecer entre las *ingénues* sin pareja de los demás grupos. Dependiendo de las circunstancias, podría volver con su gente llevándosela consigo o bien permanecer con su novia como hijo adoptivo de su familia política. Sin embargo, no había presenciado ninguna ceremonia nupcial hasta el momento y no podía vaticinar cuál de las dos posibilidades era la más usual. El señor Pibb era el único mínido en edad más o menos propicia para el matrimonio, pero no había hecho valer sus derechos durante los festejos con los lacustres, por lo que no había conseguido más que charla y unas cuantas peleas amistosas en el encuentro.

Aparte de los lacustres y los mínidos, tenía evidencias —basadas en los persistentes cánticos matutinos y en algunos avistamientos ocasionales y distantes de unos bípedos muy extraños— de que otras dos familias de habilinos vivían relativamente cerca. Uno de esos grupos había colonizado el flanco de bosque al sudoeste del Monte Tharaka, mientras que el otro había establecido un amorfo principado en la dirección opuesta (una región de Zarakal sometida, hoy en día, a las continuas disputas fronterizas entre Etiopía y Somalia). El acuerdo tácito que existía entre los diferentes grupos consistía en que era mejor continuar como unidades independientes y no trabajar como compañeros, ni siquiera en una especie de alianza informal. La disponibilidad de plantas comestibles y la disposición de las partidas de caza en la llanura no permitían la instauración de una grandiosa república habilina, y menos aún en época de sequía.

Unidos (más allá del límite impuesto por el entorno ecológico) os hundiréis. Divididos (en grupos autónomos de no más de treinta individuos) venceréis. Razón por la cual, Alfie el Mínido, no aspiraba a ser Alejandro Magno.

Durante este periodo de sequía, los problemas de los mínidos empeoraron al dejar escapar varias presas y al permitir, en otra ocasión, que un par de agresivas leonas les arrebataran otra más. Se me ocurrió que podía mejorar mi estatus demostrándoles mis habilidades como sustentador de la familia. Les haría un regalo a mis reacios primos en forma de pieza de caza lo bastante grande como para mantenerlos alimentados y felices durante dos o tres días. Con esa intención, salí una mañana antes del amanecer, adelantándome a los cánticos rituales de los habilinos, y caminé al fresco de la penumbra hasta la orilla del Lago Kiboko. Cuando llegué, el sol estaba saliendo

y teñía el horizonte con unos suaves reflejos rosados. El propio lago era un enorme espejo de color turquesa.

Saqué mi 45 y me agazapé sobre la colada de lava solidificada de la orilla sudeste.

En aquel preciso momento, al mirar de soslayo, vi cómo la Plataforma Retrotemporal del autobús de Kaprow colgaba en el espacio como una variación mecánica del viejo truco hindú de la cuerda. Se me aceleró el pulso y me puse en pie de un salto. Allí, si así lo quería, estaba mi salvación. Incluso a pesar de todo el tiempo que había transcurrido, Kaprow y Blair no me habían olvidado. Habían solventado los «problemas tecnológicos». Sin dejar de mirar a las alturas, me acerqué a la plataforma, sorprendido de nuevo por la ventana a la salvación que se había abierto. Y también tentado. Sería muy sencillo colocarme en posición, ajustarme el arnés, apretar el botón que replegaba la plataforma y soñar mi regreso al seno de un mundo con una inflación de dos cifras y sábanas de percal. ¿Quién me aseguraba, de hecho, que pudiera tener otra oportunidad?

Saqué el transcordión y tecleé el siguiente mensaje: *«Me encuentro bien, sobreviviendo sin muchas dificultades. Contacto con un grupo de homínidos de la zona —Homo habilis, creo— y me estoy ganando paso a paso su confianza. Intención de proseguir con las observaciones varias semanas más. Imprescindible si queremos aprender algo. Si es posible, volveré a intervalos semanales, comenzando desde hoy. Imposible perder tiempo yendo de un lado a otro. Atención: ¡NO DESPLEGAR PLATAFORMA TODOS LOS DÍAS! Por favor, no os olvidéis de mí. Volveré. Saludos, J.»*

Coloqué el dispositivo en el interior de la plataforma e impulsé esta hacia su útero aéreo-espacial. El cielo volvía a estar completo y mis opciones matutinas habían quedado reducidas a una. A una bastante importante. Me sentía mejor tras haber tomado esa decisión. La vida me había conducido hacia esta misión y no estaba dispuesto a abortarla por el simple hecho de que una sequía nos amenazara a mis amigos habilinos y a mí con tiempos duros... sobre todo ahora que sabía que, con un poco de suerte, podría regresar a casa.

Retomé la vigilancia en la orilla del lago. Quince minutos más tarde abatí a un pequeño y solitario antílope de una especie desconocida tanto para mí como para mi guía de campo —la criatura tenía el pelaje de color cobrizo y gráciles cuernos en espiral—, y lo arrastré lejos del borde del agua por temor a que algún cocodrilo me lo robara. Después de destriparlo, me eché el cadáver al hombro. Mi plan consistía en llevarlo hasta Nueva Elenburgo a través de los pastizales que se extendían entre el poblado y el lago, dejarlo frente a la ciudadela de los mínidos a modo de ofrenda sacramental y ganarme, de ese modo, su gratitud y respeto imperecederos. Era un cuadro impresionante, pero, puesto que lo había visualizado de principio a fin,

esperaba que funcionase.

El camino de vuelta a Nueva Elenburgo, no obstante, no transcurrió tal y como lo había previsto. Según avanzaba con dificultad, el cuerpo del animal se volvía más pesado y rígido. Por no mencionar que, como medida preventiva para evitar a las hienas, los licaones o cualquier otro delincuente potencial, me giraba por completo cada treinta o cuarenta metros. Por desgracia, dos horas después de haber iniciado la marcha, justo cuando empezaba a vislumbrar mi más deseado (por no decir cercano) éxito, mi entereza se desintegró en un suspiro. A cierta distancia, una manada de hienas gigantes —que patrullaban el pastizal como ávidos tiburones— trotaba en mi dirección, acercándose desde el Nordeste.

—Mierda —murmuré—. La cagamos.

Me quité de encima el antílope muerto (*Aepyceros whazzus*) y desenfundé mi Colt (*Equus fatalis*). Sin embargo, desequilibrado por la pérdida repentina de semejante peso muerto, dejé caer la pistola al suelo y el arma descargó un disparo amortiguado en la tierra antes de rebotar y caer de lado. El tiro detuvo a las hienas, pero solo durante un instante. No había hecho nada más que coger la pistola de nuevo y apuntar hacia la manada cuando las bestias se pusieron en marcha otra vez, no ya como una fila de animales sino como una desagradable formación en cuña que avanzaba al galope. Solo quedaban seis balas de las ocho del cargador y, aunque Roy Rogers o Hopalong Cassidy podrían haber dicho que ese número era suficiente, yo necesitaría unas diez veces más para sobrevivir al ataque. Apunté al blanco guiándome por el cañón del arma, apreté el gatillo y...

Clic.

No había metido un cargador nuevo en la culata del 45 esa mañana. Lo que era peor, bajo las circunstancias imperantes, me iba a costar bastante sacar el viejo e introducir el sustituto. Una única cartuchera me cruzaba el torso y me apresuré a extraer siete u ocho cartuchos de sus fundas de lona. Estaba temblando tanto que un par de ellos cayeron sobre la hierba, a mis pies. Cuando alcé la vista, vi a la hiena que lideraba el grupo. Su boca era tan grande como las cuevas de Carlsbad; su respiración jadeante parecía estar sincronizada con los latidos de mi corazón.

La hiena saltó. Desperdigando balas por todos lados y presa de la desesperación golpeé al animal en la cabeza con la culata de mi pistola. Un espumarajo de saliva me cayó en los ojos y me desplomé hacia atrás, tropezando con el pequeño ciervo que había matado. La hiena rodó hacia un lado lejos de mí, inconsciente.

Aturdido, luché por ponerme en pie de nuevo. Una segunda y tercera hienas se movían a mi alrededor algo intimidadas, pero el resto de sus camaradas acababa de coronar una pequeña elevación en el pastizal y no parecía que fuesen a mostrarse tan cobardes, a la luz de su abrumadora superioridad numérica. Metí la mano en el bolsillo, en busca de la navaja suiza, sin atreverme siquiera a imaginar la ayuda que

podría prestarme.

Si antes de despertar muero

Que Ngai tome mi alma, ése es mi ruego...

Tras de lo cual, lo prometo, llegó la caballería.

Brincando, aullando y blandiendo sus garrotes, los mínidos irrumpieron en mi campo de visión por el Este. Alfie y Elena iban a la vanguardia de este inesperado contraataque, y Alfie, bendito sea, llevaba ceñidos a la entrepierna el mismo par de Fruit of the Loom que Roosevelt me arrancara de las manos días y días atrás. No tenía la más mínima idea de si Roosevelt había renunciado a los calzoncillos de buena gana, pero la imagen de ese habilino peludo embutido en la sucia prenda interior mientras hacía estragos a su paso con el garrote... bueno, me llegó a mi alma del siglo xx.

Todos los mínidos —Jomo, Jamón, Genly, Malcolm, Roosevelt y Elena— se comportaron de forma admirable, blandiendo sus respectivos garrotes con tanto brío que las hienas, a pesar de su enorme tamaño, fueron acorraladas, golpeadas, noqueadas y vencidas. Y no solo eso, durante esta breve batalla, mis salvadores no dejaron de soltar un desmoralizante torrente de aullidos, cánticos de ánimo y gritos.

Las pocas hienas que se salvaron huyeron con el rabo entre las patas. Otras cuatro o cinco comenzaron a arrastrarse aun cuando tenían los cráneos aplastados. Yo, derrotado por completo, caí redondo al suelo, un colapso que podría haber puesto fin al Esfinge Blanca... de no haber sido porque los mínidos, tras acercarse a rematar a la hiena que había dejado inconsciente poco antes, me trataron, no como a un odioso entrometido, sino como a un compañero habilino.

Un compañero habilino con una reputación bastante mediocre, tal vez, pero sin duda un camarada y miembro del grupo.

Tras ponerse en cuclillas cerca del animal, Jomo y Malcolm golpearon con fuerza la enorme cabeza de la hiena contra el suelo, hurgaron en sus fosas nasales y en sus párpados, y comenzaron a barbotear entre ellos manoseándose sus desaseadas barbas. Genly, que estaba agazapado junto al antílope, se mostraba muy interesado en el agujero de bala que el animal tenía tras la oreja izquierda. Mientras Roosevelt se ponía en pie para inspeccionar la sabana, Jamón, Alfie y Elena comenzaron a cortar tiras de carne del abdomen de mi trofeo de caza como si no hubiera pasado nada. Jamás había estado tan cerca del grupo de mínidos, al menos no sin una pistola en la mano, y me extrañaba que no demostraran más interés hacia mí. Elena era la única que me miraba de vez en cuando, aunque no podía asegurar si lo hacía porque mi apariencia le resultaba deficiente o si, por el contrario, estaba intentando ubicarme en alguna de las categorías en las que clasificaba a sus vecinos bípedos. En cualquiera de

los casos, tal y como ella había sabido desde un principio, había algo en mí que no acababa de encajar. Yo era uno de ellos pero, al mismo tiempo, no lo era.

Le dediqué una sonrisa —ese antiguo y útil símbolo de los primates que se utiliza cuando se quiere dar a entender que uno es inofensivo— y volví a tumbarme en el suelo. Había cumplido mi objetivo. El plan solo había requerido varias semanas de esfuerzos, un soborno con ropa interior barata, una sequía, una temeraria partida de caza y una actitud de completa impotencia ante un ataque de hienas gigantes.

Elena se acercó a mí con cautela.

Me colocó una tajada de carne de antílope en la mano. Acepté el regalo y la miré a los ojos, que parecían cansados y enrojecidos... pero hermosos a pesar de todo. Tras contemplarla, eché un vistazo a mi despedazada presa, el antílope, y me vi invadido por un inquietante recuerdo: Bambi. Avergonzado y abrumado por semejante recuerdo, volví la cabeza hacia el otro lado y cerré los ojos.

11

Cheyenne, Wyoming

1969-1970

Hugo estaba destinado en la Base Francis E. Warren de las Fuerzas Aéreas y Jeannette, que se había abstenido de buscar un trabajo remunerado mientras Anna y John-John estaban en preescolar, había conseguido poco tiempo atrás un empleo a tiempo parcial como columnista en un periódico local, el *Herald-Plainsman*. Hugo no aprobaba que ella trabajara, pero ya que el dinero que ganaba era realmente necesario, a veces casi un regalo del cielo, Jeannette no tenía intención de sacrificar su puesto a causa del machismo herido. Además, le gustaba escribir para el periódico, incluso aunque Hugo, medio de broma, en ocasiones se refiriera a una de sus columnas tarareando a la manera de Caruso: «Escucha, el *Herald-Plainsman* canta...».

Los Grier, a quienes los Monegal habían alquilado su remodelado apartamento situado en el sótano durante casi tres años, eran una pareja vivaracha y consolidada, bien entrada en la mediana edad. Vivían justo encima, pero su entrada del porche se situaba de forma altanera sobre la hundida y medio escondida puerta por la que los Monegal tenían que entrar y salir. La casa estaba pintada de verde menta, con contraventanas verde oscuro. Pete Grier hacía el trabajo pesado del jardín mientras que su mujer, Lily, se encargaba del decorativo trabajo de jardinería del porche. Sin duda, eran unas personas bastante peculiares, pero los Monegal casi habían llegado a considerarlos como parte de la familia.

Lily Grier, una mujer de ascendencia eslava, llevaba el cabello gris muy corto y con el flequillo pegado a la frente, y la parte inferior de su cuerpo enfundada en gruesos pantalones plisados. Su rostro tenía el mismo color blanco sucio y la esquiua expresión de uno de esos pasteles de pollo congelados Swanson... salvo cuando sonreía, porque sus dientes, todos auténticos, eran bonitos. Se había criado en un rancho de ganado de Colorado y sus interjecciones favoritas eran «mierda» y «joder». Sin embargo, recibir un regalo sorpresa o la presencia de un escandaloso gatito extraviado hacía que se le saltaran las lágrimas. Era más alta que Hugo y pesaba más que él, y tenía la incombustible y paranoica convicción de que Pete aprovechaba cualquier salida a la farmacia o a la oficina de correos para engañarla. Si eso fuera verdad, le dijo Hugo a Jeannette, no cabía duda de que Pete poseía «el arma más rápida del Oeste».

Pete era delgado como un látigo, pelirrojo, con unos antebrazos como los de Popeye y una incipiente barriga que comenzaba a asomar por encima del cinturón; el hombre se había dedicado siempre a manejar maquinaria pesada. Tenía una pequeña

excavadora amarilla que guardaba en un desvencijado cobertizo de madera situado en el diminuto patio trasero. Dos o tres veces al año, a petición de algún ranchero, excavaba una laguna para el ganado o una zanja de desagüe y exigía que le pagaran en efectivo con el fin de evitar tener que declarar la transacción a la hora de hacer la declaración a Hacienda. Al mismo tiempo, sin embargo, era un ferviente defensor de la grandeza de su país; un patriota. El ejército americano era la única esperanza del mundo para vencer y erradicar el comunismo. Tanto él como Lily contemplaban el despliegue de misiles balísticos intercontinentales en silos subterráneos desperdigados por los alrededores de Cheyenne como una prueba inequívoca tanto de la fe de sus vecinos como de la propia.

De hecho, el resuelto patriotismo de los Grier —al menos en lo referente a temas de defensa— había contribuido con toda probabilidad a su disposición para alquilar el piso a los Monegal. Hugo, después de todo, era un hombre con acento extraño, y la complexión de John-John sugería la política izquierdista de Huey Newton, Eldridge Cleaver y H. Rap Brown. Por fortuna, el niño solo tenía cinco años cuando los Monegal se trasladaron de Van Luna, Kansas, a Cheyenne. No obstante y pese a su edad, el pequeño había comenzado a darse cuenta de que los Grier pertenecían a ese tipo de gente que en ocasiones, con fingida inocencia, salpicaban sus conversaciones con comentarios racistas. Pero Hugo, que buscaba casa en el otoño de 1967, se los había ganado con su encanto latino y su porte militar, y la pareja se había apiadado de su necesidad. El arreglo de piso arriba/piso abajo demostró ser factible desde el principio, y ninguna de las dos familias se arrepintió de haberse asociado con la otra.

A finales de julio, en pleno auge del corto y seco verano de Wyoming, nadie escapaba al nerviosismo que precedía a los inminentes festejos de la «Época Colonial de Cheyenne», un festival al estilo del Salvaje Oeste con desfiles, casetas y rodeos machaca-culos, todo consagrado, al parecer, por la fragancia del estiércol fresco. Iba a ser un invierno muy largo, y nadie quería darle la bienvenida sin haber celebrado con todo el entusiasmo posible el alegre Mediodía de julio.

Ese año, los padres de Jeannette, Bill y Peggy, volaron desde Wichita para disfrutar un poco de las fiestas con los Monegal. Además, habían pasado cerca de dos años desde la última vez que vieran a sus nietos. Pete y Lily instalaron a los Riverbank en un diminuto dormitorio para invitados de la planta superior, y Jeannette se quedó perpleja al descubrir lo bien que se llevaban ambas parejas. Después de todo, Peggy odiaba el lenguaje vulgar y se mantenía alejada de aquéllos que lo utilizaban; había desertado de sus visitas constantes a la iglesia en los últimos tiempos, pero todavía rezaba en silencio varias veces al día y exigía una sincera oración de agradecimiento antes de cada comida. De cualquier forma, sin ocultar el aderezo ranchero de su forma de hablar, Lily se había ganado el cariño de la madre de

Jeannette gracias a su exuberancia y a su pródiga hospitalidad. Bill y Pete, entretanto, hicieron buenas migas como viejos camaradas de la Segunda Guerra Mundial. De hecho, los dos habían servido en la Marina: Bill como marinero a bordo del U.S.S. *Saratoga*, y Pete como *Seabee* en el Pacífico Sur. En solo dos o tres días, ambas parejas habían cimentado una gratificante y cómoda relación. En privado, Peggy le dijo a Jeannette que una vez que ella y Bill regresaran a Van Luna, descansaría tranquila sabiendo que sus hijos y nietos estaban bajo el ala de gente tan generosa y compasiva como los Grier.

Nadie podía negar que Pete, al igual que Lily, hacía todo lo posible por asegurarse de que, tanto los inquilinos del piso de abajo como los invitados del de arriba, disfrutaran al máximo de la Época Colonial. Entregaron a los Riverbank entradas gratis para el rodeo e hicieron los arreglos necesarios con un amigo de una asociación masculina local para que Anna y John-John participaran en el desfile que, según la tradición, inauguraba las fiestas. Lo más característico del desfile era la procesión de casi todos los tipos de vehículos que los primeros colonos habían utilizado para atravesar y establecerse en las Grandes Planicies: caballos, caravanas cubiertas, cabriolés y calesas, locomotoras a vapor, automóviles antiguos y un largo etcétera. El propio Pete no había acudido al desfile desde hacía cuatro o cinco años, pero sin duda asistiría para ver a los jóvenes Monegal, si éstos aceptaban la invitación de su amigo.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Anna.

—Solo montarte en algo —le respondió Peter—. Solo montarte en algo, cariño.

La mañana del desfile, a Anna le asignaron el asiento delantero de un Stanley Steamer remodelado, una réplica del automóvil de 1906 cuya velocidad máxima se situaba alrededor de cincuenta kilómetros por hora. Ataviada con su mejor vestido de los domingos, lleno de volantes, Anna saludaba a la multitud mientras el conductor, de ojos saltones y con la ropa cubierta de polvo, dirigía el antiguo vehículo a lo largo de las avenidas de tres carriles que había en las cercanías del edificio consistorial.

John-John montaba en un trineo de los indios de las praderas, detrás de un pony manchado sobre el que iba un hombre de pelo oscuro con ropas de ante que afirmaba ser Richard Alce Erguido, un cheyenne que vivía en Portland, Oregón. Según Pete, regentaba un pequeño concesionario Ford en la ciudad. El impaciente pony de Richard Alce Erguido hacía resonar los cascos al ritmo del paso del desfile.

Justo delante de Richard y de John-John, el furgón de cola color rojo fuego de un tren con ruedas se bamboleaba de lado a lado. Por detrás del trineo, mientras tanto, marchaba una falange de indios americanos ataviados con magníficos tocados y mocasines adornados con cuentas. La mayoría de estos hombres desfilaba por la calle con fría dignidad, pero unos cuantos aporreaban los tambores, enarbolaban las lanzas y bailaban... Unos coloridos remolinos de actividad entre la, por otra parte, plácida

corriente.

—¡Mira el indio! —gritó alguien—. ¡Mira el indio del trineo de pieles!

—¿Qué indio? ¡Yo no veo ningún indio!

—¡Está montando en una alfombra mágica!

—¡No se parece a ningún indio que haya visto antes!

—Es un Pies Negros, ¡un auténtico Pies Negros!

—¡Aquí viene el Pies Negros! —se escuchó decir desde la fila de espectadores—. ¡Preparaos para el Pies Negros!

Impertérrito, John-John saludó, y un buen número de gente le devolvió el gesto, sonriendo como si el muchacho estuviese gastando una broma, tanto a ellos como a él mismo. Los gritos de *hi-ya*, *ho-ya* de los indios del tambor que danzaban tras el trineo, le parecían una especie de agradable risa de elogio. John-John siguió saludando. De vez en cuando, giraba la cabeza hacia los bamboleantes cuartos traseros del pony de Richard Alce Erguido para estudiar el diseño de la cubierta de piel de búfalo que tenía atada en la parte alta de la grupa. El viaje en el trineo era una sucesión de traqueteos, paradas y puestas en marcha, pero ni una sola vez se le ocurrió bajarse y caminar. Se lo estaba pasando demasiado bien para eso.

—¡El Pies Negros! ¡Aquí viene el Pies Negros!

Más adelante, cuando los Grier, los Riverbank y los Monegal se hubieron reunido con Anna y John-John, Hugo se llevó al niño aparte y le preguntó si le habían molestado los gritos de la gente a lo largo del recorrido.

—No.

—Bien. No tenían ninguna importancia, ya sabes.

—Lo sé.

—Eres un tipo muy listo, Juanito. A veces me da la impresión que tus seis años son como sesenta.

Y condujo de vuelta al chico con los Grier y los demás miembros de la familia.

Una tarde, cuando John-John tenía siete años, encontró a Peter Grier y a su padre adoptivo en el patio trasero haciendo planes para ir de caza. Su hermana Anna, que por entonces tenía doce años, se impulsaba lánguidamente adelante y atrás en el columpio que Pete había colgado en el arce que se alzaba cerca de la valla de los vecinos. Haciendo caso omiso de ella, John-John se encaramó a la parte trasera de la camioneta de Pete, una maltratada GM de color rojo con un soporte para armas en la ventanilla trasera, con el fin de observar cómo Pete forcejeaba con el destornillador para montar un foco en la cabina del vehículo. El entusiasmo de la charla de los hombres parecía prematuro, ya que faltaban cuatro meses para que comenzara tanto la temporada del ciervo como la del alce. Haciendo gestos con el destornillador, Pete describió un terreno de las colinas no muy lejos de Cheyenne, donde sería fácil ver,

hipnotizar y abatir a un ciervo de cola blanca. Un «perchero», enfatizó; no una hembra. Un extraordinario perchero.

—¿Hipnotizar? —se preguntó Hugo en voz alta.

Pete le dio unos golpecitos al foco, y miró por encima del hombro para guiñarle un ojo a John-John.

—Te gusta la carne de ciervo, ¿verdad, Johnny? Estoy seguro de que la has echado de menos este invierno.

El otoño anterior, Pete y Hugo se habían marchado durante tres días a una expedición de caza en las cercanías de los Lagos Eight Mile, un viaje que Lily había permitido solo porque el honesto Hugo había asistido como perro guardián. Los hombres habían vuelto a casa llenos de magulladuras, flatulentos y con las manos vacías, y a Pete todavía le escocía la decepción por aquel fracaso. Un invierno entero sin carne de venado.

—¡Yo también quiero ir! —gritó Anna desde el otro lado del patio.

Saltó del columpio y corrió por el moteado césped hasta la parte trasera de la camioneta. Vestida con vaqueros, zapatillas de deporte y una sudadera verde de la Universidad de Wyoming, parecía una frágil bailarina a la que hubieran sacado a la fuerza de su danza y cuyos secuestradores la hubieran disfrazado con ropa de chica vaquera de ciudad.

—Quiero ir —repitió más calmada.

—¿Ir a dónde? —inquirió Hugo.

—A cazar venados. Contigo, con Pete y con John-John.

Hugo inventó una especie de historia para Jeannette, y a las siete en punto de esa tarde, Pete los llevó a él y a los niños por la Estatal 211 hacia la Federal de camino a Horse Creek. Anna y John-John iban detrás, acurrucados el uno contra el otro bajo una colcha de retazos con olor a humedad. Por debajo tenían una frazada del ejército que Anna había doblado y asegurado con una caja de pesca y una nevera de poliestireno cargada de latas de Pepsi-Cola, un tarro de mayonesa, una barra de pan y una barra de mortadela. El cielo sobre aquella polvorienta llanura llena de depresiones era tan inmenso que parecía una carpa que se extendiera sobre el mundo. El anochecer se abría paso a través del crepúsculo, y el aire que se deslizaba por los laterales de la cabina se hacía cada vez más y más frío. Cuando las estrellas empezaron a brillar con timidez en la noche, como lentejuelas diminutas que iluminaban el firmamento de Wyoming, Anna sacó una bolsa de Fritos de debajo de la colcha y se la metió a John-John bajo las narices.

—¡Toma, coge unos cuantos! —gritó.

John-John se dio un atracón. Tenía los carrillos llenos de tiras de maíz y aplastaba los crujientes pedacitos entre la lengua y el paladar. La sal provocó que se le llenara

la boca de saliva, y, con las muelas, convirtió el maíz tostado en una pasta. Anna, sin dejar de reír, le pasó de nuevo el paquete y le animó a que cogiera más. Se alimentaron el uno al otro. Al final, la camioneta tomó rumbo Noroeste bajo un despliegue de estrellas semejantes a titímalos, y comenzaron a sacar tiritas de maíz de la bolsa y a lanzarlas al rugiente viento que azotaba la parte trasera.

Las tiras de maíz volaron en la noche como *kamikazes* que cumplieran una misión. Golpearon contra la puerta trasera de la camioneta y salieron despedidas en todas direcciones sobre la zona de carga, como diminutas hojas de otoño con sus plácidos descensos y piruetas.

Cansada del juego, Anna comenzó a colocarse tiras de Fritos sobre los labios e, inclinándose sobre su hermano, las depositaba en la boca del chico con la lengua. La cosa les pareció tan divertida que empezaron a escupirse en la cara el uno al otro, incapaces de serenarse de nuevo. Pedorreta tras pedorreta, los trocitos de maíz acabaron desmigajándose en sus bocas, pegándose a sus dedos y transfiriéndose a sus ropas como si de polen se tratara. La hilaridad fue en aumento, y comenzaron a sacudirse de lado a lado el uno en brazos del otro.

Bum, bum, bum.

Al estirar el cuello, vieron a Hugo haciéndoles gestos airados desde la cabina de la camioneta. Estaba golpeando el cristal de la ventanilla y mirando hacia un lado para disculparse con una expresión enfadada. El vehículo se detuvo de forma brusca en el arcén de la autopista.

Un momento después, Hugo colocó las manos en la parte lateral y les echó a los niños una buena bronca, cuyo motivo principal parecía ser lo bochornoso e impropio de semejante despliegue de afecto entre hermano y hermana. Anna, acongojada, argumentó que solo estaban «divirtiéndose», pero Hugo cortó de cuajo su explicación dando un golpe en el lateral de la camioneta y siguió con la perorata. Pete Grier, tras salir del vehículo y colocarse al otro lado de la parte trasera, comentó que los niños parecían estar volviéndose «más críos cada día».

—¡Joer! —exclamó Anna, indignada—. ¡Vaya mente más sucia que tenéis los hombres!

Antes de que Hugo pudiera arremeter contra Anna por semejante impertinencia, un juego de luces los iluminó desde atrás y se dirigió lentamente por la carretera hasta la camioneta de Pete. Cuando el vehículo se detuvo junto a ellos, pudieron ver que pertenecía a la patrulla estatal de la autopista. Pete soltó un juramento entre dientes.

—¿Algún problema? —dijo el policía mientras se inclinaba sobre la ventanilla del acompañante—. ¿Necesitan un gato o una grúa?

—No, no —replicó Hugo—. Solo estaba cuidando de mis hijos. Estamos bien.

El policía siguió su camino, pero el encuentro sustituyó la furia de Hugo por un susto de muerte.

Para dar tiempo a que el coche patrulla se retirara hacia Chugwater, Anna preparó unos sándwiches para Pete y para Hugo. Ni John-John ni ella podían comer nada más, pero ambos tomaron un refresco y se lavaron las manos con el agua helada que había en el fondo de la nevera portátil. Al final, Pete se sintió con los ánimos suficientes como para continuar con su operación de caza furtiva y abandonaron el arcén de la autopista. John-John observó cómo las tiras de maíz danzaban sobre la zona de carga.

La camioneta traqueteó al pasar sobre un guardaganado y giró hacia un camino de acceso lleno de baches y bloqueado por una puerta de alambre de espino. Pete abrió la puerta, Hugo la atravesó con el vehículo y Pete regresó al asiento del conductor. John-John y Anna notaron la vibración metálica de la parte baja del vehículo mientras la camioneta, que se inclinó primero hacia un lado y después hacia el otro, subía un pequeño desnivel para dirigirse hacia los deshabitados pastos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Anna.

Pete abrió la portezuela de una patada, se apeó de la camioneta y encendió el foco que había instalado esa misma tarde. El rayo de luz se abrió camino desde el techo del vehículo hasta un saliente que había en el extremo opuesto y, de inmediato, iluminó un par de ojos en la lejanía. Los dos puntos de luz brillaron como piedras de ámbar. El animal a quien pertenecían esos ojos se quedó inmóvil, como hechizado, en el vacilante círculo de luz del foco. Un ciervo muy joven, a juzgar por las puntas nudosas que sobresalían de su cabeza. Estaba tan quieto, tan parecido a una estatua, que John-John empezó a creer que un taxidermista ya había dado cuenta de la criatura.

Dijo en voz alta:

—Espero que no sea real.

—Por supuesto que es real —respondió Hugo, *sotto voce*—. ¿Qué te crees, que es de cartulina o qué?

Pete cogió el rifle de la cabina de la camioneta, lo sacó de su funda con cremallera y apuntó tras apoyarlo en la puerta entreabierta. El ciervo dio un enorme y desequilibrado salto que lo llevó fuera de la vista, más allá del saledizo y, un momento después, el estallido del rifle de Pete —tan repentino que Anna y John-John dieron un respingo— resonó como un trueno a través de la pradera. John-John gritó, pero Hugo estiró el brazo por encima del lateral y colocó la mano sobre la boca del niño hasta que la noche estuvo en silencio de nuevo.

—Has fallado —le dijo a Pete.

—Me temo que no. Estaba muerto antes de saltar. Vamos a ver.

Cerraron de golpe las puertas y la camioneta avanzó a saltos a través de una estrecha barranca y siguió con dificultad hacia el saliente desde el que el ciervo había saltado. Pete advirtió a los Monegal de que tuvieran cuidado de no pisar piedras

sueñas, cactus o serpientes, y los condujo cuesta abajo hacia el otro extremo de la colina, ayudado por la linterna. John-John se esforzó por seguir el paso de los hombres, con la esperanza de que Pete hubiese fallado y el ciervo se hubiese perdido dando saltitos entre la espesura. Veinte o treinta metros colina abajo, Pete enfocó la luz de la linterna hacia la zona que se extendía bajo la copa seca de un pino piñonero y arrancó un reflejo a un ojo vidrioso. Anna se dio la vuelta, pero John-John se quedó mirando el oscuro cadáver con incredulidad.

—Voy a destripar a este pequeño Bambi —le informó Pete a Hugo—. Tú puedes cortar las patas y la cabeza. Hay un serrucho para huesos en la camioneta, debajo del asiento. Tenemos que terminar con esto y salir pitando de aquí antes de que alguien nos localice.

Haciendo caso omiso de los cactus, de las piedras y de las serpientes, John-John salió corriendo de vuelta a la colina. El viento le entraba en la boca y las cuencas de los ojos. Se lanzó de cabeza sobre la rueda de repuesto de la camioneta y gateó hasta la colcha, que estaba hecha un guñapo en el suelo, cerca de la cabina. Se cubrió con la colcha en una especie de capullo, se acurrucó como una gamba y empezó a llorar.

Anna lo alcanzó uno o dos minutos después, lo obligó a enderezarse y lo abrazó mientras los hombres se dedicaban a preparar el cuerpo del ciervo para el viaje de vuelta a casa. La puerta de la cabina de la camioneta se abrió una o dos veces mientras duró el proceso, pero John-John no prestó atención a lo que estaba ocurriendo. Cuando Hugo y Pete emergieron por fin de la oscuridad, el cadáver destripado y desmembrado se metía entre ellos como una ensangrentada hamaca. Lo dejaron en la parte trasera de la camioneta sobre un trozo de lona y después lo cubrieron con otro trozo de tela gruesa que Pete sujetó a conciencia con unas cuerdas.

Según los cálculos poco acertados de John-John, el viaje de vuelta a Cheyenne duró dos veces más que el de ida. Anna y él tenían un espantoso compañero de viaje en la zona de carga, y su presencia recordaba al muchacho las surrealistas matanzas de sus sueños. Por primera vez en su vida, gracias a Hugo y a Pete, comprendió algunas de las consecuencias de una matanza. Y esas consecuencias lo asustaron.

Entre los mínidos

Regresé a Nueva Elenburgo con los habilinos, conmocionado y exhausto. El viaje de vuelta incluyó un atajo a través del bosquecillo de acacias donde había establecido mi cuartel general. Una vez allí, cogí el resto del equipo —la cuerda, la chaqueta, la bolsa de aseo y demás— que había dejado atrás antes de salir hacia el Lago Kiboko. (Malcolm y Roosevelt llevaban los trozos de mi presa que aún no nos habíamos comido). Les había explicado la necesidad de desviarnos mediante un improvisado lenguaje con las manos, ciertos préstamos de jerga frigia (un rey bastante ignorante dictaminó en una ocasión que el frigio era el lenguaje humano más antiguo) y un buen número de gestos faciales y espasmos de los que Mary Pickford se hubiese sentido orgullosa. Todas estas estratagemas, en conjunto, habían acabado por convencer a los mínidos para que me siguieran al lugar donde estaba almacenado mi equipo, ya que ellos mismos utilizaban para comunicarse un buen número de señales hechas con las manos, que acompañaban con sonidos y un refinado repertorio de movimientos oculares. Mientras recogía mis pertenencias, era consciente de la enorme cantidad de información que parecían ser capaces de transmitir mediante miradas, guiños y movimientos con las cejas. Bien podían «susurrar a mis espaldas» sin dejar de mirarme a la cara.

Una vez que llegamos a la propia Nueva Elenburgo, situada en un extenso saliente de la colina que dominaba la llanura, tuve que enfrentarme a la curiosidad de los niños y la desconfianza de sus madres. Los machos habilinos habían dejado de considerarme una amenaza, pero las mujeres no querían que tocara a sus hijos, que los sobornara con terrones de azúcar ni que los entretuviera con el haz de luz de mi linterna de bolígrafo. El hecho de que a los pequeños —especialmente al diablillo de Malcolm y la señorita Jane, el Embaucador— les divirtiera realmente que los aterrorizara con aquel extraño instrumento, y volvieran una y otra vez para que les tomara el pelo y los deslumbrara, no parecía ablandar la hostilidad materna. Tenía prohibido entrar a cualquiera de las cuatro chozas destartadas que se levantaban en el saliente, comer de las provisiones recolectadas por las mujeres, y también acercarme demasiado cuando Odetta llevaba a su pequeña Pebbles a la parte más alta de la colina para enseñarle a andar, cosa que tenía lugar bajo la atenta mirada de Fred, Roosevelt o Malcolm.

En resumen, era un ciudadano de segunda clase. Dejando de lado mi sofisticado guardarropa, era el negrata del poblado mínido, no mucho mejor que un babuino o un australopitecino. Aunque ese papel tampoco me resultaba del todo desconocido...

Mi equipo de supervivencia contenía una tienda de campaña tipo tubo, de un metro ochenta, y un parapeto contra el viento. Monté la tienda y levanté el parapeto a unos nueve metros de la calle principal de la ciudadela. Una vivienda de brillante plástico amarillo que despertaba —o más bien, exigía a gritos— la curiosidad y la admiración de los niños mínidos, a quienes les encantaba jugar en su interior cada vez que salía, aunque solo fuese a echar una meada entre los arbustos. De hecho, durante el tercer día de mi estancia como habilino semihonorario, regresaba de vaciar la vejiga cuando encontré a Jocelyn, Groucho y Veloz enredados en los seis metros de sedal. Mi Biblia y guía de campo, mientras tanto, yacía casi al pie de la colina con las páginas agitadas por la brisa como las alas de unas perezosas polillas en plena cópula. Tuve que liberar a los pequeños mínidos con la navaja, arruinando por tanto el sedal, mientras escuchaba los chillidos de Groucho, que no cesaba en su empeño de enseñarme los dientes. Tras liberarlos, eché un vistazo al exterior de la tienda y me encontré rodeado por unos irritados cazadores mínidos y sus esposas... A partir de ese momento, y a pesar de los inconvenientes que ello suponía, desmontaba la tienda cada mañana y volvía a levantarla por las noches, justo antes de irme a la cama. La mochila se convirtió en un adorno cotidiano, colocado de forma permanente entre mis omóplatos, ya que no me atrevía a dejarla en ningún lado. Quasimodo Kampa.

Si encajaba de algún modo en el grupo de mínidos era gracias a Elena. En mi opinión, ella demostraba un interés especial en mí porque mi situación reflejaba y magnificaba a un tiempo sus propias dificultades con sus congéneres. De acuerdo que en una ocasión se había unido a los cazadores para atacarme, pero lo más probable era que su participación no se debiera tanto al miedo o la desconfianza hacia mí, como a un sentido de lealtad innato hacia su gente... si bien su posición entre ellos era ciertamente peculiar, sin lugar a dudas. Había dejado de ser un intruso para los habilinos porque el mismo miembro del grupo al que consideraban un extraño había elegido reconocer mi existencia. Elena y yo pertenecíamos a la misma categoría. Nuestras similitudes iban más allá de los burdos y arbitrarios dictados de la taxonomía.

El estatus de Elena entre los mínidos era el resultado de dos situaciones poco comunes. En primer lugar, su tamaño, que la hacía ser igual o superior a sus semejantes masculinos en cuanto a velocidad y fuerza. Incluso podía superar a Alfie en plena carrera y, aunque éste pudiera doblegarla en el plano físico —posibilidad bastante dudosa en el mejor de los casos—, Alfie tenía por costumbre evitar las situaciones que pudieran enfrentarlo a Elena o a cualquier otro de los habilinos. Gobernaba por medio de su personalidad, con pequeñas muestras de intimidación. Si Elena se sometía de forma incondicional a su supremacía era, casi con toda seguridad, porque su velocidad y su fuerza no le proporcionaban el antídoto psicológico necesario para enfrentarse a las distinciones sociales de género. Una

hembra sagaz, grande, fuerte y de pies ligeros no dejaba de ser una hembra.

La segunda situación que explicaba la posición social de Elena entre los mínidos era su esterilidad. No tenía hijos y no mostraba signos de haber concebido alguno con anterioridad. A decir verdad, se mantenía al margen de las relaciones de pareja más o menos estables que estructuraban el grupo habilino. Sin duda alguna, había tenido amantes entre los machos. Lo más probable era que Alfie hubiese arrancado la flor de su virginidad, ya que su posición como jefe le proporcionaba acceso carnal a la totalidad de féminas casi sin excepción, una vez que pasaban su primera menstruación. Las exentas de su lujuria eran Dilsey (posiblemente su madre) y, entre las más jóvenes, tanto la señorita Jane como Odetta (posiblemente sus hermanas). Pero si Elena había copulado con Alfie o con cualquier otro de los cazadores, no había indicio alguno de que hubiese concebido. Sus pechos seguían siendo firmes y pequeños y sus caderas estrechas, sin deformación alguna.

En ese momento, parecía evitar cualquier coqueteo amoroso con los machos, sin importar cuál hubiese sido su comportamiento sexual en el pasado. En vista de su fuerza y su avidez en otras áreas de complacencia física —correr, matar, comer, excretar, trepar o jugar con los pequeños mínidos—, sus escrúpulos en ese terreno me intrigaban. ¿Le habría causado su infecundidad, la misma que la eximía de los delicados intereses domésticos así como de la amistad de las hembras habilinas, una aversión al papel femenino en el acto sexual? Bueno, muy posiblemente. Elena siempre iba con los machos, y los gallos de un mismo corral en ocasiones disfrutaban pisoteando a sus hembras.

Tanto su tamaño como su esterilidad permitían a Elena, dentro de los límites de una estructura social basada en la cooperación, gozar de un estilo de vida de sorprendente independencia. Sería una hipocresía afirmar que gozaba de lo mejor de ambos mundos (el masculino y el femenino), ya que, por parte de las hembras, solo Ginebra y Emilia le demostraban, en ocasiones, un poco de afecto y, en el caso de los machos, había alcanzado el rango de «igual», pero no como cualquier otro compañero capacitado, sino como una potente arma secreta (el equivalente bípedo a un Remington 30,06) contra un implacable enemigo: el Hambre. No obstante, puesto que no tenía hijos, podía ir y venir a su antojo; y, aunque Roosevelt o Alfie salían de modo ocasional a cazar en solitario, Elena era el único miembro del grupo que tenía por costumbre aventurarse lejos de los límites de la ciudadela durante más de una hora o dos.

En una ocasión, de hecho, desapareció durante toda una tarde y a punto estuvo de darme un síncope al pensar que hubiese sido víctima de los depredadores. Regresó poco después de la puesta de sol con una cría de babuino, aún viva, a la cual mimó y arrulló con unos sonidos indescifrables durante varias horas. No puedo imaginarme cómo se las ingenió para separar a la cría de su manada sin un solo arañazo y sin

haber provocado una ruidosa persecución por el pastizal, pero de algún modo lo había conseguido. Durante la mayor parte de la noche, el resto de los mínidos —a excepción de los niños— se mantuvieron alejados de ella. Al final, no obstante, Alfie irrumpió en el campo de visión de la pequeña criatura, asustándola de tal modo que mordió a Elena. Este incidente acabó con la breve titularidad de Elena como madona, ya que Alfie, tras hacer unos cuantos aspavientos por la herida, insistió en que le entregara su bebé a Jomo. Jomo y Malcolm se internaron con el pequeño babuino en la oscuridad, y ésa fue la última ocasión en que todos vimos a la criatura. Me consolé de algún modo al pensar que, al menos, no había regresado a nosotros en porciones sanguinolentas.

Lo que más atraía a Elena de mi persona era mi excentricidad, creo yo. A mi modo, yo era un mínido tan extraño como ella: lo bastante alto como para desconcertar a Alfie; suficientemente ágil y equilibrado como para mantenerme a su lado en plena carrera; y lo bastante metido en mi papel de solitario empedernido como para que, en ocasiones, me exasperara la fastidiosa carga de la camaradería habilina. Por éstas y otras razones, toleraba mi compañía durante sus partidas de caza privadas alguna que otra vez. Mi beneficio era doble: salía de Nueva Elenburgo sin tener que seguir a los hombres y aprendía ciertas técnicas de recolección de comida bastante ingeniosas que permitían a los mínidos permanecer en el mismo lugar cuando la sequía parecía exigir que agarrasen sus trastos y se marcharan en busca de un territorio de caza más productivo.

Ésta es una de esas técnicas:

Elena me guio hacia un bosquecillo de acacias silbadoras situado en una extensión de sabana desde la cual se veía la cumbre nevada del Monte Tharaka, que se alzaba hacia el cielo como un gigantesco diamante de un blanco puro. Una vez en el interior de la espesura, se esforzó para moverse de forma tan silenciosa como le era posible. Aunque mucho menos avezado a la hora de conseguir semejante sigilo, me las ingeníé para seguir su ejemplo. No tardé en darme cuenta de que buscaba nidos dispersos entre las espinosas ramas de los árboles; sin embargo, no entendía cómo íbamos a ser capaces de capturar un pájaro.

De repente, me asaltó una idea.

—¿Huevos? —pregunté, dirigiéndome a ella—. ¿Huevos? —repetí, al tiempo que formaba un óvalo con el pulgar y el índice para después fingir que sacaba semejante símbolo de mi entrepierna.

Elena se limitó a fruncir el labio superior a modo de negativa, y puede que también como muestra de aversión.

Trepó y se colocó bajo un nido; estudió con atención durante un buen rato su parte inferior para, después, sacar un rollizo ejemplar de ratón —al que retorció con

maestría hasta darle muerte— y demostrarme así cuál era nuestra tarea y cómo debíamos llevarla a cabo. Los nidos vacíos dejaban pasar la luz. Los nidos ocupados por los ratones, sin embargo, parecían tener un entramado más consistente si se los observaba desde la parte inferior. Si te encontrabas con un domicilio de ramitas que no dejara pasar la luz, por lo general acababas con un roedor como recompensa.

Avanzamos poco a poco por el bosquecillo de acacias silbadoras, examinando todos los nidos que encontrábamos y, después de una hora, nuestros esfuerzos habían dado como fruto cinco peludos ratones. Los fui metiendo en los enormes bolsillos con cierre de mis pantalones, tan deshilachados y desgastados que colgaban como un taparrabos con demasiados adornos. La luz del crepúsculo se filtraba a través de las ramas de los espinos, ya que habíamos salido un poco tarde. La creciente oscuridad, que mi recién descubierta avidez por la caza del ratón había conseguido enmascarar, se hizo evidente en un abrir y cerrar de ojos. Elena aún no estaba dispuesta a marcharse, a pesar de que la oscuridad invalidaría el método para descubrir los nidos ocupados. Aunque intenté que se diera prisa en abandonar la espesura, insistía en rezagarse.

El problema residía en que, para ella, el bosquecillo era una especie de irresistible supermercado de ratones arbóreos. Bajo la débil luz de las primeras estrellas, gracias a una visión mucho más aguda que la mía, se las arregló para pescar dos desgraciados roedores más. Aun con los bolsillos a rebosar y mi cerebro tocando a retirada, no fui capaz de convencerla para que dejase la caza. Quizás el único modo consistiera en dejar que se cansara.

Encontré mi linterna en uno de los bolsillos, bajo el cuerpo tibio y sangriento de un ratón, y le enseñé a Elena cómo poner en funcionamiento el artilugio. Comenzó a manejarlo con tanto entusiasmo y habilidad que nuestra caza podría haberse prolongado de modo indefinido, sin dejar de iluminar los nidos y atrapar a sus ocupantes. No obstante, la imagen de ese diminuto rayo de luz traspasando la oscuridad que reinaba entre las ramas de las acacias me recordó a otro rayo de luz, un rayo de luz que había visto diecisiete años atrás en mi pasado del siglo xx. Le quité la linterna de la mano con un gesto brusco y volví a guardármela en el bolsillo.

Los increíbles y luminosos ojos de Elena parecieron decir: «Santa Rita, Rita...», pero no intentó reclamar de nuevo la herramienta. Puesto que ya estaba demasiado oscuro como para seguir cazando ratones con su «Método Habilino», dio por finalizada la cacería de mala gana y me llevó de vuelta hacia la ciudadela de los mínidos.

Entre los cazadores, Genly era el único rival de Alfie en lo que al liderazgo del grupo se refería. No obstante, era un rival que parecía haber perdido una

confrontación importante acaecida en el pasado. Como resultado del encuentro, Genly tenía una profunda cicatriz en un antebrazo (marcas de dientes habilinos, si no me equivocaba) y se comportaba con una especie de beatífica modestia. Había redirigido sus instintos agresivos hacia la caza, momento en el que podía comportarse de modo tan feroz —moliendo a palos a un jabalí verrugoso hasta matarlo; sacando a una manada de babuinos de una tentadora zona para recolectar comida; partiendo el cuello de un mono colobo con los dientes...— que incluso Vince Lombardi habría temblado ante semejante brutalidad. En esas ocasiones, el apacible Genly daba rienda suelta a la hostilidad reprimida, como un enjambre de abejas que saliera en tropel de la colmena, y Alfie lo miraba de soslayo con inquietud, estupefacto ante la intensidad de la furia que demostraba su antiguo rival.

En Nueva Elenburgo, por el contrario, Genly se conducía con una actitud respetuosa, feliz de poder ser de ayuda en algo. Nunca intentaba abrirse paso a empellones para conseguir una porción de comida que otro cazador hubiese traído para el grupo, y, en muchas ocasiones, solo se quedaba con un pedazo mínimo después de compartir su gallina de Guinea con los pequeños y persistentes mendigos que se arremolinaban a su alrededor en busca de un bocado. No es de extrañar que uno se pregunte cómo podía sobrevivir con tan escasa cantidad de alimento. De hecho, las vértebras de su columna se asemejaban a nueces quebradas y su rostro parecía más demacrado que el de sus compañeros, con un leve indicio de cresta sagital que parecía haber sido estampada en relieve justo en mitad de su mugrienta cabellera. Algunas veces, mientras observaba cómo se alimentaban los demás o le pasaba un fémur de antílope a uno de los más jóvenes, se frotaba la cresta con un dedo, como si intentara aplastarla de modo inconsciente. Un gesto enternecedor. Me haría pensar que quizás estuviese tratando de contribuir al arbitrario devenir de la evolución.

La humillación más significativa en la vida de Genly provenía del control que Alfie ejercía sobre su relación con Emilia, su compañera. Al igual que los lobos o los chotacabras, la mayor parte de los habilinos mantenía relaciones de pareja estables, excepto Alfie que, en contraste con el resto de los machos mínidos, rotaba entre una serie de compañeras de catre. Y su favorita, como ya he mencionado, era Emilia, la «esposa» de Genly.

Emilia era una dama alta y delgada, con los dedos de los pies prensiles, una reminiscencia atávica, y con la piel de un oscuro color azulado semejante al de las ciruelas maduras. Solía abandonar el seno de su núcleo familiar para vivir en la abrigada mansión de Alfie; esta situación se repetía con tanta frecuencia que su fidelidad hacia Genly parecía obedecer más al capricho de Alfie que a su propia voluntad y devoción. Acudía junto a Alfie cada vez que éste la llamaba y lo abandonaba cuando la echaba de su lado. Por tanto, no puedo culparla del todo si no

demostraba tener muy claras sus preferencias.

Poco después de hacerme un lugar ente los mínidos, Genly se acercó a mí en busca de consuelo; el ingenuo consuelo que surge de modo natural entre personas que habitan en los suburbios emocionales de los indeseables. Era una especie de Elena en versión masculina. Aunque no tanto, porque cuando Emilia regresaba, él volvía a recuperar su *status quo* en la sociedad habilina y se convertía de nuevo en un cazador adulto como el resto, mientras que Elena y yo nunca pudimos fundirnos por completo en la crema de la sociedad de los mínidos. En muchas ocasiones, pues, Genly se acercaba a mí en busca de consuelo o de diversión, y yo intentaba complacerlo.

En realidad, no es que pidiera mucho. La oportunidad de acariciar o coger mis artilugios del siglo xx era suficiente para que se evadiera de sus problemas. En una ocasión le di, por ejemplo, la linterna. La encendió y apuntó hacia sus ojos y oídos, jugó con el rayo de luz pasándolo por los rostros de los niños igual que me había visto hacer a mí, indagó con ella en los agujeros de serpientes y en las madrigueras de los jabalíes, y gastó las pilas en tan solo tres días. Le quité la linterna y le di la lupa. Él aceptó el nuevo juguete, lo alzó hasta uno de sus ojos y, tras «leer» varias páginas del diminuto libro que también le había prestado, me devolvió ambos objetos y lanzó una significativa mirada a mi pistola.

Perplejo, meneé la cabeza a modo de negativa.

—Caín y Abel aún tardarán unos cuantos siglos en llegar, Genly. Asesinar a Alfie no va solucionar tus problemas personales.

(En retrospectiva, no obstante, no puedo dejar de cuestionarme esa posibilidad...).

Genly colocó la mano en la culata de la automática, con lo que me obligó a hacer un giro para apartarme de él y a ponerle las manos sobre el pecho como amistosa advertencia. No apartó los ojos del arma, lo cual era bastante preocupante.

—Mucho, mucho peligroso —le dije—. Aprietas el gatillo y ¡*bum!* Te acuerdas, ¿verdad?

Mi dialecto prefrigio no lo impresionó en absoluto. Alzó la cabeza y me dedicó una larga mirada, destinada a conmovirme.

Cosa que no consiguió, ya que me negaba a dejarle el Colt. Al final, conseguí distraer su atención en cuanto le puse unas pilas nuevas a la linterna y apunté hacia el tejado de paja de una de las chozas más cercanas.

Genly era el único entre los habilinos que no demostraba temor alguno hacia la pistola. Aun cuando yo procuraba tenerla siempre enfundada y no la había usado desde que derribara al antílope de pelaje cobrizo en el lago, Elena la miraba con cautela. Y Alfie también recordaba lo que había hecho mi 45. No tenía ninguna duda de que la actitud *laissez-faire* que mantenía conmigo obedecía a un intento de sacar partido a la situación. No era un estúpido, ni mucho menos (aunque no acabase de

comprender los beneficios que suponía lavar de vez en cuando los calzoncillos que le había quitado a Roosevelt), y en lo referente a mi arma, al menos, el resto de los mínidos había adoptado su política de «mejor dejarlo tranquilo». Todos excepto Genly, claro.

Empecé a creer —inocente de mí— que una nueva demostración de los poderes de mi Colt ayudaría a aumentar el asombro de los habilinos y convertiría al persistente Genly en un seguidor de la respetuosa actitud de Alfie. Decidí utilizar la pistola en la siguiente excursión que hiciésemos a las llanuras. El hecho de que los resultados de las últimas cacerías de los machos no pasaran de ser mediocres y de que la recolección de otros alimentos tampoco hubiese sido provechosa, me proporcionaba una nueva excusa para volver a desenfundar el 45. Genly debía aprender a respetar la pistola y los mínidos, yo entre ellos, merecíamos el estímulo psicológico de abatir algo más grande que un damán, una liebre o una gallina de Guinea. Llevábamos mucho tiempo sin hacerlo.

El día posterior a mi pequeña charla con Genly (mientras Emilia seguía cohabitando con Alfie) abatí a un suido gigante —un jabalí especialmente desagradable a la vista— que casi estaba al límite del alcance efectivo del Colt.

Durante la persecución, los habilinos rodearon a esta bestia antediluviana mirándose unos a otros y estableciendo las posiciones de cada uno de ellos mediante el contacto visual. Puesto que dependían de esas miradas y de unos ligeros movimientos de cabeza, no necesitaban utilizar las manos para nada. Finalmente, y sin que el animal hubiese llegado a verlos, lo acorralaron en una espesura de acacias silbadoras, lo cual me convenció de que no sería necesario utilizar el Colt, ya que podría resultar incluso contraproducente. Sin embargo, en ese momento, Fred y Roosevelt, que llevaban desde el amanecer enzarzados en una especie de competencia amistosa, acabaron con el elemento sorpresa al irrumpir en el bosquecillo desde el Norte y hacer salir al jabalí a campo abierto antes de que sus compañeros hubiesen cerrado el círculo.

Por lo tanto, cuando el suido intentó poner pies en polvorosa con el rabo en alto, me situé, apunté y disparé. El ruido espantó a una bandada de golondrinas migratorias que estaban escondidas en los espinos y que, por un momento, confundieron a los mínidos, quienes se echaron al suelo o salieron disparados a esconderse entre la maleza. Aunque supuestamente el temor a los ruidos estridentes es innato, herencia genética de los miedos instintivos de nuestros antepasados reptiles, Genly se limitó a dar un respingo y a ponerse en cuclillas. Un instante después, estaba a mi lado, completamente absorto no en el jabalí muerto en la llanura, sino en el humeante cañón de mi pistola.

—No tienes remedio —dije.

¿Sería posible que Genly padeciera una deficiencia auditiva? Aparte de la

inmunidad que parecía tener al pánico inducido por el ruido, no parecía haber otra evidencia que demostrara esa teoría. Tampoco era del todo imposible que una persona sorda pudiese vivir entre los habilinos, si bien sus condiciones de vida hubieran sido bastante más difíciles. La vista, el olfato y el tacto, que seguramente tendría mucho más desarrollados que el resto, compensarían su deficiencia auditiva. En cualquier caso, Genly no era del todo sordo.

—*Bum* —dije, enfundando la pistola y cerrando la funda.

Llevamos el cerdo a casa mediante un improvisado trineo que hice utilizando unas ramas, mi chaqueta y un par de trozos de cuerda de nailon. Mi puntería con el 45 y la agudeza que demostré al construir el trineo —una hazaña de ingeniería instantánea que, astutamente, ya había previsto realizar— dio a los mínidos mucho que pensar. Ya me imaginaba a sus pensadores discurriendo, con las mentes runroneando al idear trampas para ratones mejoradas, vehículos familiares autopropulsados y puede que, incluso, tácitas teorías sobre campos unificados. Mientras Genly y yo tirábamos de mi improvisado trineo y de su succulenta carga de vuelta a Nueva Elenburgo, percibí que tanto Alfie como el resto del grupo habían llegado a la postrera conclusión de que yo, Joshua Kampa era... el «Proveedor de Todos los Homínidos». Disfruté de la estima que me demostraban (quizás ilusoria) y deseé que Elena estuviese allí para presenciar mi momento de gloria auto reivindicativo. Sin embargo, esa mañana se había quedado con las mujeres, posiblemente con la intención de salir más tarde a saquear nuestro populoso paraíso de ratones arbóreos.

Su ausencia no empañó la alegría que sentía en ese momento. Sin tener ni la más remota idea de lo que estaba por venir, no dejé de pavonearme mientras me colocaba el arnés.

Esa noche hicimos una fiesta. El jabalí fue arrastrado, empujado, elevado e impulsado a rodillazos por la ladera de la colina, hasta llegar a la explanada cubierta de hierba que se abría algo más arriba del emplazamiento de Nueva Elenburgo. Todos los mínidos se reunieron en ese lugar para compartir la carne del animal muerto. El entusiasmo había invadido a estas criaturas —a decir verdad, a mí también— como si fuese una descarga eléctrica, el impulso vital básico. Las cabriolas que comenzamos a hacer en la suave pendiente fueron del todo espontáneas y alegres. Los cazadores se mostraron indiferentes en un principio, pero no tardaron en unirse a las poco dignas persecuciones y al juego del escondite en el que participaban el señor Pibb, Jocelyn, Groucho, Bonzo y unos cuantos más. Solo Elena parecía tener éxito en el intento de resistirse al jolgorio generalizado.

Alfie me había concedido el honor de despedazar al jabalí para la cena; lo hice sin echar mano de los útiles de piedra habilinos y, en su lugar, utilicé mi navaja suiza

para abrirlo, cortarlo y despedazarlo. Este arduo trabajo me ayudó a contener la efervescencia que bullía en mi interior y, en su lugar, mostré un aspecto calmado. Una vez que acabé de cortar, Alfie me indicó que yo debía ser el primero en elegir y que tendría que encargarme de dividir el resto en porciones como mejor me pareciera. En reuniones sociales como ésta, el protocolo habilino exigía que aquél que hubiera abatido la pieza debía recibir un pago adecuado, aunque el cazador fuese uno de los jóvenes, una mujer, un extraño o, en mi caso, un exótico fenómeno de la naturaleza. Alfie se regía por esta tradición, una regla moral de lo más natural, y yo interpreté mi papel distribuyendo la comida a todos aquéllos que fueron lo bastante valientes como para acercarse.

En un principio, tanto Jamón como Jomo se quedaron rezagados, temerosos de aproximarse a mí. No obstante, una vez se acercaron y los hube recompensado con un par de generosas porciones, los niños y algunas mujeres no tardaron en arremolinarse a mi alrededor. Nadie discutió mi derecho a servir la comida, ni hubo ningún altercado, ni conmigo ni entre los demás asistentes al festín, a causa del tamaño de las tajadas; como tampoco se apresuraron en busca de una segunda ración hasta que todos hubieron recibido su parte. Mientras trabajaba, comí un poco y contemplé cómo la luz del crepúsculo confería a la llanura que se extendía a nuestros pies la pátina de un cuadro antiguo.

Para ese entonces, las moscas —un escuadrón de aviones de combate en miniatura con trenes de aterrizaje peludos y dos cabinas polifacéticas por ojos— zumbaban con molesta persistencia y el color rojo que presentaba la carne del jabalí había empezado a alarmarme. En contra de lo que había aprendido en mi entrenamiento de supervivencia con Babington, sentí una repentina aprehensión a contraer cualquier tipo de enfermedad vírica contagiosa o la agonía de la triquinosis, transmitida por los gusanos. Presa de un súbito mareo, dejé de masticar y de repartir pedazos.

—Hermanos —grité—. Hermanas —añadí—. ¿Qué os parecería culminar esta fiesta con una degustación sin precedentes?

Los mínidos me contemplaron con la boca abierta. Parecían considerar mis extraños exabruptos verbales del mismo modo que lo harían los fieles anglicanos con las incoherencias de un éxtasis de Pentecostés; es decir, como un lapsus improcedente. De modo irónico, sus propios arrebatos de cantos desafinados al amanecer, o en cualquier otro momento de impredecible carga emocional, eran análogos inarticulados de mi capacidad de lenguaje. Por supuesto, los mínidos no eran conscientes de esa similitud y, en ese momento, yo tampoco.

—Hermanos, hermanas, acercaos. Os estoy ofreciendo una oportunidad única en la historia de la raza prehumana. Jamás habéis visto algo parecido a lo que estoy a punto de mostraros esta noche...

Etcétera.

Mediante esa arenga, proclamada a voz en grito, conseguí controlar las náuseas, apartar las moscas a manotazos y ensartar los restos del jabalí en un palo. No es que hubiese mucho combustible al que recurrir en la colina, pero reuní todo lo que encontré —hierba seca, ramitas, algunos arbustos— y arrojé una cerilla al montón. La llamarada sobrecogió tanto a los mínidos que soltaron un jadeo colectivo antes de caerse de espaldas. El sinuoso movimiento de las llamas dotaba de un brillo iridiscente y oleoso a los ojos oscuros y las pieles de los habilinos que, una vez recuperados, volvieron a acercarse con sigilo. Sin dejar de hablar, sin dejar de decir necesidades, arrojé uno de los cuartos traseros del suido a las llamas y lo mantuve en el fuego hasta que el crujiente sonido de la piel al asarse, junto con el delicioso olor que se extendió por el lugar, dejó anonadados a todos los presentes.

—Ahí tenéis —dije—. Por vez primera, el olor a carne de cerdo asada. ¿Acaso no os parece delicioso? ¿No es delicioso?

El fuego había hecho que los mínidos retrocedieran, pero el aroma los atraía; ninguno de ellos tenía muy claro cuál de los dos impulsos seguir. La hoguera se estaba apagando por falta de combustible, desafortunadamente, y las chispas que se alzaban en el crepúsculo africano se asemejaban a estrellas fugaces que se aparecían y morían casi al instante. Había conseguido alejar a las molestas moscas, pero la carne seguía estando roja, tanto por el efecto de la sangre coagulada, como por la llegada de la oscuridad del anochecer. Si quería terminar de asar el cerdo, tenía que mantener el fuego encendido; y el único modo de lograrlo era arrojando más combustible a la diminuta conflagración que tenía a mis pies.

—Allá vamos —canturreé—. Allá vamos. Vamos a hacer unas costillas a la brasa para todos estos pequeños mínidos.

Comencé a dar patadas a las ramas que ardían en la hoguera para acercarlas al saledizo de rocas erosionadas que se alzaba sobre Nueva Elenburgo. Me chamusqué la puntera de una de las botas en el proceso, pero los habilinos, confusos, se apartaron para darme paso y volvieron a amontonarse tras de mí para seguirme hasta el borde de la pared de granito. Justo debajo de mí estaba una de las chozas habilinas. Al grito de: «¡*Banzai!*» le di una patada a los patéticos restos de la hoguera, que cayeron desde el saliente hasta el copete de pasto seco que servía de tejado al refugio. La choza se incendió al instante y de ella se alzó una lluvia de chispas que ascendió por la colina e iluminó nuestra ciudadela, que, sin lugar a dudas, sería visible a unos cuantos kilómetros a la redonda en la llanura circundante.

Varios mínidos comenzaron a cantar, arrojando a la recién inaugurada noche sus arias de alabanza o de lamento. Vuestros corazones hubieran dado un vuelco o se hubiesen roto al escucharlos, y el mío, creo yo, hizo las dos cosas. En mis manos, a todo esto, estaba el palo en el cual había ensartado la carne y, alzando esta carga al

aire, se la ofrecí a Ngai, ‘El que mora en el Monte Tharaka’. Los esporádicos cantos de los habilinos se desvanecieron en mis oídos.

—¡Precalentar el horno a doscientos treinta grados! —grité—. ¡Después, asar hasta que adquiriera el tono tostado de la canela y comience a hervir en su propio jugo! ¡Servir con rodajas de piña, unas ramitas de perejil y acompañar con unos entrantes a base de ensalada de espinacas frescas!

Arrojé el trozo de jabalí hacia la choza incendiada, con lo que conseguí que se derrumbara parte del techo y que la carne desapareciera entre el furioso rugido de las llamas. El olor de la carne asada era maravilloso. Los habilinos dejaron de lamentar la pérdida de la cabaña y se limitaron a contemplar el incendio desde el saliente. Casi esperaba ver cómo el alma del pobre jabalí ascendía al reino espiritual con las patas llenas de ampollas. De repente, me di cuenta de que Elena estaba a mi lado.

—No hay por qué achicharrar las vigas para preparar la comida —anuncié a todo el mundo—. Pero no deja de ser una técnica honorable. Inventada por un descendiente estúpido de los chinos, del hombre de Pekín, supongo. Lo he leído, lo he leído todo en... en *Un ensayo sobre el cordero asado* de Charles Pigg; de entre todos los manjares habidos y por haber en el *mundus edibilis*, amigos míos, éste es el *princeps*. ¡Aleluya! Acercaos, hermanos y hermanas; acercaos y probad un succulento manjar del paraíso.

El fuego no se propagó al resto de las chozas. Veinte o treinta minutos más tarde, cuando no quedaban más que cenizas y unas cuantas ramas de acacia convertidas en brasas incandescentes, emprendí mi camino de descenso hacia Nueva Elenburgo junto con Alfie, Elena, Genly, Emilia, el señor Pibb y unos cuantos niños de los más pequeños. Utilizando un palo, saqué la pata del jabalí de las cenizas y lo coloqué sobre una piedra para dejarlo enfriar. Más tarde, se lo daría a probar a todo aquél que quisiera hacerlo. Los habilinos parecían disfrutar de todo aquello que comían, pero comenzaba a preguntarme si sus papilas gustativas estarían lo bastante desarrolladas como para hacer sutiles distinciones. Lo contrario sería una lástima. ¿Por qué tardaron tanto nuestros ancestros en explotar los incendios fortuitos causados por los relámpagos para preparar sus alimentos? Quizás se debiera a que su paladar no les otorgaba ningún incentivo...

Tras la cena, los mínidos se distrajeron con unas cuantas peleas, carreras y cabriolas, tanto los viejos cascarrabias como los niños. Las festividades de sobremesa no parecían seguir un orden determinado; reinaba el entusiasmo y un alto nivel de tolerancia a las travesuras juveniles, sin que importase demasiado la edad de los autores. Para entonces, ya me había recuperado tanto del mareo como del miedo irracional a contraer una enfermedad; y aunque comenzaba a sentir los efectos de haber comido más de la cuenta, los sobrellevé con estoicismo. Me importaba un comino no regresar jamás al presente. La luna, que no parecía diferente a la de hoy en

día, derramaba su espectral brillo sobre la vasta sabana. Los mínidos y yo éramos los «Hijos de Eva», los «Hijos e Hijas del Amanecer». Con Genly y Roosevelt de centinelas, nos acostamos como hermanos en la cumbre de la colina.

Era feliz; total y absolutamente feliz.

Pero esa noche tuve un sueño; un sueño de mi adolescencia que ocurriría miles de años después, en el futuro del planeta. No había Alka Seltzer en el Pleistoceno, ¿sabéis?, ni siquiera en el botiquín de primeros auxilios de un crononauta de las Fuerzas Aéreas.

Van Luna, Kansas

Abril de 1964

Tan pronto como el invierno dio paso a la incierta tranquilidad de la verde primavera, Jeannette comenzó a llevar de paseo a Anna y a John-John desde su casa en Franklin Street hasta el antiguo distrito comercial de Van Luna: dos hileras de edificios con desgastadas fachadas de ladrillos, separadas por una amplia calle adoquinada. Van Luna era su ciudad natal, la comunidad en la que comenzara a formular su filosofía acerca del funcionamiento del mundo; y era agradable estar de vuelta. Su corpulento padre, Bill, les había encontrado una casita de alquiler con los muros exteriores cubiertos por tablones de madera y, después de haber volado desde España a principios de noviembre, los Monegal se habían mudado apenas una semana antes del asesinato del presidente Kennedy.

Muchas familias de militares vivían en Van Luna, en los complejos residenciales que habían aflorado al norte de la ciudad. Los hijos de las Fuerzas Aéreas eran tan mediocres como los tejados alquitranados y los clavos de diez centavos. Cada mañana, sus padres recorrían la carretera que separaba sus casas prefabricadas con jardín, situadas en las afueras, hasta la Base McConnell de las Fuerzas Aéreas en el Sudeste de Whichita; y cada tarde, los honorables compromisarios del lema del CAE, «La paz es nuestra profesión», regresaban por el mismo tramo de carretera. Sin embargo, los Monegal vivían en un vecindario más antiguo, relativamente cerca del tranquilo centro de la ciudad. Aunque tenían menos nivel económico que las familias de los oficiales que se desplazaban todos los días desde las casas con jardín, estaban contentos con su apartamento: plácido en su predecible bienvenida, sin más complicaciones que un tope de hierro en la puerta. Por lo general, fue un periodo feliz de sus vidas.

En sus salidas al distrito comercial, Anna empujaba el chirriante cochecito con capota de rayas blancas y rojas de su hermano de adopción, mientras Jeannette cerraba la retaguardia señalando las flores, los pájaros, las ardillas e incluso las bocas de incendio y las farolas. Cualquier cosa que le diera una excusa para parlotear, algo que creía indispensable para el desarrollo de las habilidades verbales del niño. (Ya tenía más de un año y todavía no hablaba). Después de bajar por el parque que había detrás del Teatro Pix y la barbería, cruzaban la calle adoquinada hasta el Colmado Riverbank. En la acera de hormigón que se alzaba delante de la tienda, había siempre un par de granjeros retirados, sentados en un banco de metal, intercambiando mentiras y contemplando el tráfico con desgana. Durante la segunda o tercera visita de Jeannette a la tienda de su padre, habían asimilado la presencia de John-John y

habían determinado que no era una amenaza para el orden público o, al menos, no una inminente. Jeannette, una vez realizado el acostumbrado y obligatorio ritual de saludar a los ancianos, sacaba al niño del cochecito y hacía que Anna entrara por delante de ella en la tienda.

—Hola, papá —saludaba Jeannette, al pasar junto al mostrador de la caja—. He venido a comprar algunas cosas para la cena.

—Sírvete tú misma —le respondía Bill Riverbank, limpiándose las manos en un delantal lleno de salpicaduras y de manchas de tinta—. Tu dinero es tan bueno como el de los demás, cariño.

Y ella y los niños hacían la compra.

Una tarde, Jeannette sentó a John-John en el carrito de la compra y lo empujó por un pasillo detrás de Anna. La niña, entusiasmada con tanta abundancia, había comenzado a brincar por el mugriento suelo de madera hasta llegar a las estanterías de los cereales y los pequeños expositores metálicos donde se encontraban los paquetes de Tang. (La mañana anterior, Jeannette la había encontrado en la cocina con un cuenco de *Choco Krispies* y una jarra llena a rebosar de una bebida edulcorada y artificial, que tenía el mismo color aguado del anticongelante).

—¡Anna! —exclamó Jeannette—. ¡Anna, ya tenemos bastante de eso!

Al final del pasillo, apareció otro carrito de la compra, conducido por una mujer de unos cincuenta años que había ocultado su pelo bajo un brillante pañuelo azul y que había conseguido esconder su voluminosa figura con una camisola turquesa. La mujer sonrió a Anna —una niña de largas piernas, piel perfecta y los ojos de Natalie Wood— y se volvió para coger una lata de la estantería situada enfrente de los cereales. Cuando vio a John-John, en cambio, detuvo la mano en el aire y se quedó mirando al niño con gesto interrogante. Después, hizo retroceder el carrito por el pasillo y se encaminó hacia el arcón de los congelados, fuera del campo de visión de Jeannette, quien pudo oír cómo una de las puertas de cristal se deslizaba sobre las guías de aluminio.

Qué extraño, pensó, preocupada de repente. Muy extraño.

Y la cosa se volvió aún más extraña. Allí mismo, en el Colmado Riverbank, la mujer del pañuelo azul comenzó a jugar a policías y ladrones. Se obstinó en perseguir a Jeannette y a los niños por los diferentes pasillos de la tienda, cuyos techos eran bastante altos, deteniéndose cuando ellos lo hacían y comenzando a andar a su vez. El juego continuó hasta que Jeannette llevó su carrito a la línea de caja de su padre. No obstante, Bill no estaba en la caja registradora, de manera que la mujer acabó detrás de Jeannette como si, por alguna casualidad de la vida, hubieran terminado sus compras al mismo tiempo.

—Eres la hija de Bill, ¿verdad? ¿La pequeña de Bill y Peggy, Jeannette?

—Sí, señora.

—Yo soy la señora Givens.

—Encantada de conocerla —dijo Jeannette y le tendió la mano.

La señora Givens la ignoró.

—Nos conocimos cuando eras más joven. Nos hemos visto cuatro o cinco veces. Te conozco.

—Vaya, bueno, yo...

—¿Con qué clase de marido te casaste?

—¿Perdone?

Con bastante agilidad para alguien tan grueso y corpulento, la señora Givens se deslizó por el hueco que dejaba su carrito y pasó la mano por el cabello de John-John. Sus dedos tiraron del pelo; no con saña, pero tampoco con delicadeza.

—¿Cómo llamarías a esta clase de pelo? —le preguntó a Jeannette al tiempo que le clavaba una mirada inquisitiva.

—Oiga —intervino Anna—, quítele las manos de encima a mi hermano.

Jeannette estaba demasiado desconcertada como para hablar.

—¿Cómo llamarías a esta clase de pelo? —insistió la señora Givens, cerrando la mano alrededor de un mechón que había sobre la sien del pequeño.

Los ojos de John-John estaban abiertos como platos. El niño movió con fuerza la cabeza hacia el otro lado, pero no consiguió liberarse de la mano de la mujer.

Ese movimiento hizo reaccionar a Jeannette, que asestó un guantazo sobre la muñeca de la mujer con tanta fuerza que John-John acabó libre.

—¡Lo llamo cabello! —exclamó, furiosa—. Y lo llamo así porque crece en la cabeza; si creciera en su codo, lo llamaría vello. Dígame, ¿qué problema tiene? Tiene que estar... —se detuvo, con el corazón desbocado y la mano temblorosa.

Bill Riverbank se colocó tras la caja, avergonzado. La señora Givens, sin hacer caso de su llegada, se desató el pañuelo azul y lo dejó caer con un movimiento teatral.

—No es pelo como este —dijo con parsimonia—. Ni como el tuyo, Jeannette. Ni como el de tu pequeña. —Miró al propietario de la tienda—. Tampoco es como el tuyo, Bill.

—Oye, Kit, ¿por qué no pasas por delante de Jeannette y te cobro?

—No quiero lo que hay en la cesta.

—Sí, lo quieres —le dijo Bill—. Por supuesto que lo quieres.

—No quiero lo que hay en la cesta y posiblemente no vuelva a este lugar jamás. —Hizo un elaborado recorrido alrededor de la otra caja y se abrió camino a través de la empañada puerta de cristal con mosquitera, en cuya mitad superior colgaba el cartel de Pan Bimbo.

—¿Has visto lo que ha hecho? ¿La has oído? Por el amor de Dios, papá, ¡es increíble!

Bill Riverbank sacudió la cabeza antes de comenzar a anotar los artículos de la cesta de Jeannette. Solía descontar un cinco por ciento del total de cada cuenta, una cantidad no mucho mayor que el impuesto sobre ventas.

—Papá, lo siento, de verdad que sí. Adiós a un cliente, supongo.

—¿Ella? Maldita sea, Jeanie, es un alivio.

Sin embargo, por sus gestos rígidos y la atención que prestaba a los precios de los alimentos enlatados y la carne empaquetada que pasaba por sus manos, Jeannette supo que la posibilidad de perder a la señora Givens como cliente le preocupaba. No quería que fuera así —se avergonzaba de que fuera así—, pero no podía ocultar el hecho de que estaba molesto tanto por la deslealtad de aquella estúpida, como por su propia incapacidad para apoyar a su hija incondicionalmente. Jeannette se avergonzaba de él. Varias amenazas a su forma de vida (la inflación y los nuevos competidores en las afueras de la ciudad) lo habían convertido en un cobarde; o, al menos, en alguien muy avaro. Cosa bastante irritante si se tenía en cuenta que, para demostrar su lealtad filial, ella había prohibido a Hugo que comprara en el economato de la base, donde el precio de la comida era mucho más bajo, aun con el poco generoso descuento que le hacía su padre. Tal vez el problema no fuera solo económico. Tal vez a su padre le costara aceptar al chico como su nieto por la misma razón por la que la señora Givens había armado tanto jaleo sobre el pelo de John-John.

Horrorizada, Jeannette recogió los alimentos que Bill Riverbank había metido en bolsas de manera mecánica y echó a correr hacia la puerta.

—¿Qué pasa, mamá?

Se volvió para mirar a Anna.

—No lo sé, pequeña. Vamos. Pon la compra en el cochecito mientras recojo a John-John. —Le tendió la bolsa a Anna, sacó a John del carrito y, tras dirigirle a su padre un amago de sonrisa, salió de la tienda, de vuelta a la elevada acera.

¿Qué le pasaba a la gente? ¿Por qué le tenían tanto miedo a alguien distinto? ¿Cuándo acabaría todo?

Uno de los ancianos del banco dijo:

—Oye, Wesley, ¿crees que John-John va a crecer tanto como ese negro de la universidad estatal?

—¿De qué hablas? Ese negro no estará allí dentro de cuatro o cinco años.

Jeannette, muy ocupada maniobrando el cochecito para bajar los escalones hasta la calle, miró a los granjeros por encima del hombro.

—«¿De qué hablas?» es una pregunta muy interesante. ¿Es posible que dos viejas cotorras como ustedes tengan alguna idea de lo que están hablando? A decir verdad, ¿de qué están hablando?

Dejó caer el cochecito con estrépito por los restantes escalones y le indicó a Anna

que dejara la compra en el asiento, junto a John-John.

—Wilt —dijo el compañero de Wesley—. Wilt *el Patilargo*.

—No —replicó Wesley, dando un tirón a su sombrero de fieltro, mojado por el sudor—. El nieto de Bill nunca será tan alto. Es un enano, este John-John, pero podríamos hacerle *frenador* de los Dodgers.

—Llamémosle Monegal *el Tapón*.

—Sí, ya es lo bastante grande como para jugar con ellos.

—¿Los Dodgers?

—Sí, joder, los Dodgers. Y también tiene el tono adecuado.

Encantados por haber mantenido una conversación tan ingeniosa, los viejos se echaron a reír como locos.

—Por Dios —dijo Jeannette entre dientes.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada. Volvamos a casa. Tengo que preparar la cena.

Mientras cruzaba los adoquines anaranjados de la calle principal hacia el almacén de estuco del teatro Pix, Jeannette echó la vista atrás y vio la corpulenta silueta de su padre en la entrada de la tienda. Parecía un prisionero detrás de la oxidada rejilla.

14

Una muerte

«Sin embargo, el hombre es un animal noble, esplendoroso en cenizas y fastuoso en la tumba, que celebra nacimientos y muertes con el mismo lustre, y no omite actos de valentía en el oprobio de su naturaleza».

—Sir Thomas Browne

La noche explotó. Salí de mi sueño y me encontré a Genly tumbado en el suelo, en la cima de la colina, a unos dos metros de donde yo estaba. Mi pistola no estaba en su funda, sino entre los dedos del desafortunado habilino. Me arrastré hacia él en la oscuridad —hacía mucho que la luna había desaparecido— y descubrí que, aunque se había disparado a sí mismo en los pulmones, aún estaba conciente y respiraba con dificultad. Sus ojos negros, dos pequeños estanques de tinta en mitad de un rostro cadavérico, me miraban sin demostrar ni recriminación ni reconocimiento. Mientras le quitaba el 45 de la mano, ahora inerte, hice un torpe intento de buscarle el pulso.

La curiosidad ha matado a este gato, pensé.

A lo que otra parte de mí respondió: *La curiosidad y tu maldita estupidez, Kampa*.

Me habría echado a llorar. Lo que me impedía hacerlo era el terror que sentía a la reacción de los mínidos, que salían confusos de sus casas o se arrastraban por el suelo hacia mí desde el lugar donde habían estado durmiendo en la fría intemperie. Se agruparon en círculo a nuestro alrededor, dejándonos en el centro a mí y a su compañero muerto, pero no se atrevieron a cruzar la barrera mental de los tres metros. Elena y Emilia fueron las dos únicas excepciones a esta supersticiosa timidez. Sin esperar a la reacción de los otros, se acercaron a mí deslizándose como espectros y se arrodillaron a mi lado sobre la figura postrada de Genly. Aunque esperaba que prorrumpieran en sollozos y que rechinaran los dientes, su comportamiento —a pesar del desconcierto— fue ejemplar, comedido y decoroso; como si entendieran que una muestra desmesurada de sufrimiento o ira ocasionaría un trauma aún mayor al macho agonizante.

Al fin lloré cuando Emilia rozó con los labios la frente cubierta de arrugas de su marido. Según parecía, los habilinos no lloraban —al menos la emoción no les arrancaba ninguna lágrima—, y esos rostros de ojos secos que nos rodeaban se asemejaban a una sombría exposición de gárgolas y máscaras esculpidas. Yo era el extraño en esa situación. En aquel momento, la dama infiel alzó la mano de Genly y, haciendo gala de una especie de ternura plagada de recuerdos, la sostuvo entre sus

muslos. Genly alzó la mirada antes de que un espumarajo sanguinolento burbujeara en la comisura de sus labios.

—Genly, Genly, lo siento mucho...

No recuerdo todo lo que pasó por mi mente en esos momentos ni en los inmediatamente posteriores, pero lo que más me preocupaba era que Genly estaba sufriendo. Tenía que ponerle el cañón del 45 en la sien y apretar el gatillo.

Debido a la desventaja tecnológica en la que se encontraban, los mínidos no entendían el funcionamiento mecánico de las armas de fuego. No obstante, pocos de ellos dudaban del poder letal de mi automática. Incluso Genly, con toda su curiosidad y osadía, lo había entendido; simplemente, no había contado con la posibilidad de que, siendo el que repartía, le tocara la carta de la muerte. Por eso, cuando coloqué el Colt junto a su cabeza, los mínidos expresaron su desaprobación con una serie de gruñidos mientras retrocedían para refugiarse entre las sombras.

A mi lado, Emilia rodeó la cabeza de su marido con un brazo peludo y esquelético al tiempo que Elena, enfadada, parloteaba de forma insistente y comenzaba a darme empujones en la mano que sostenía la pistola. Le puse el seguro al arma y retrocedí.

—No puede recuperarse, Elena. No hay ningún modo de que Genly vuelva a ponerse bien. Señoras, tienen que dejarme liberarlo del sufrimiento. Lo único que quiero es ayudarlo.

Elena me miró fijamente y dejó de parlotear. Las implicaciones de esa mirada hicieron que me avergonzara. Acababa de ser derribado por una princesa del Eolítico que había reventado las cabezas de tres ratones con sus propias manos y que llevaba a cabo la mayor parte de sus funciones excretoras en público. Por mucho que creyera, y todavía lo sigo creyendo hoy día, que Genly merecía la misericordiosa rapidez de una bala directa al cerebro, no pude evitar sentirme avergonzado. Emilia y Elena se aferraban a la vida cuando la opción no residía entre la vida o la muerte, sino entre una muerte rápida o una agonía prolongada de modo innecesario. Ya que no me dejaban acabar con su vida de un disparo, Genly tendría que pasar por una serie de dolores, cada vez más insufribles, hasta llegar al inevitable momento de la muerte. No iba a ser capaz de presenciar ese proceso.

—Escúchame, Elena...

Cuando volvió a apartar mi mano de un manotazo, me levanté, saqué el cargador de la pistola, arrojé las balas al suelo y sostuve el arma delante de mí como si fuese una cobra a la que le hubieran arrancado los colmillos; una criatura no menos odiosa por el hecho de que ahora fuese inofensiva. Era una noche fría —no habría más de doce grados— y, puesto que estaba totalmente desnudo bajo las estrellas, era un candidato perfecto para pescar una neumonía o acabar con hipotermia. Lo que más deseaba era una cálida manta de lana y una botella de whisky o de ouzo. Las lágrimas me corrían por las mejillas e intenté limpiármelas con los antebrazos y la parte

interna de las muñecas.

Maldita pipa, pensé. Has convertido al pobre Genly en su propio asesino. Me has convertido en su cómplice.

Me alejé tambaleándome del agonizante habilino y de las dos mujeres. Los restantes miembros del grupo, incapaces de comprender lo sucedido, lo miraban todo con expresiones rayanas en la imbecilidad mientras me abrían paso. Comencé a caminar en pequeños círculos balanceando el cuerpo del mismo modo que lo hace un lanzador de disco, sin alejarme de la cima de la colina. Por fin, logré controlarme y arrojé la pistola a la sabana, en dirección al Monte Tharaka. Antes de caer, giró en el aire como una piedra que hubiese sido lanzada por una catapulta. Me había librado de ella. La idea me asustaba y aliviaba a la par. A causa de un escrúpulo quijotesco acababa de poner mi propia vida en riesgo. A Genly o a cualquier otro le importaría una mierda...

La de Genly era un alma resistente. Si bien cayó por fin en la inconsciencia, tardó toda la noche en morir. Teniendo en cuenta la naturaleza de su herida, mi botiquín de primeros auxilios (un paquete de vendas, unos cuantos analgésicos y placebos) era inútil a la hora de poder prestarle ayuda o aliviarle el dolor. Por lo tanto, no intenté volver a intervenir. Temeroso tanto de alejarme mucho como de quedarme demasiado cerca, pasé toda la noche subiendo y bajando la colina o bien recorriendo los sinuosos parapetos de piedra. Regresé al amanecer y descubrí que solo Emilia seguía de vigilia.

Para entonces, el cuerpo de Genly había empezado a adquirir el aspecto de la momia que sería cuando le llegara la muerte. La piel se había tensado sobre los huesos y su cabello se había vuelto frágil y sin brillo. En cuanto murió, Emilia, que lo supo al instante, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un lamento, una mezcla de aullido animal y canto fúnebre humano, que me heló la sangre. Los mínidos salieron al instante para escucharlo, para observar y para sentir cómo los dedos de la mutabilidad se cerraban en torno a las asas de sus corazones mortales. Uno de los suyos había muerto.

¿Ceremonia?

Sí, hubo una ceremonia. De haberla presenciado, Alistair Patrick Blair habría dejado su puesto en el gabinete del Presidente Tharaka. De haber previsto la causa, yo mismo habría renunciado a la oportunidad de vivir en carne y hueso mis sueños. No obstante, ambos sacrificios resultaban imposibles tanto para Blair como para mí, y la ceremonia conmemorativa de la marcha de Genly a cualquier reino impreciso, una vez vencida la muerte, tuvo lugar en mi presencia y no en la del paleoantropólogo.

En primer lugar, los mínidos sabían que tenían que sacar el cadáver de la ciudad.

Si no lo hacían, el olor de la descomposición atraería a los buitres, hienas y al resto de carroñeros. En segundo lugar, los habilinos recordaban a Genly tal y como había sido. Al lamentarse sobre ese cuerpo rígido e inmóvil en el que su compañero se había convertido, todos ellos lamentaban su propia mortalidad. Conscientes, o «preconscientes», nuestros ancestros protohumanos sufrían de una aguda *tristesse* que solo podía estar provocada por la intuición de la infalibilidad de la muerte. Algo así como: «algún día, sufriré el mismo destino que Genly. ¿Qué sentido tiene todo esto?».

Poco después del amanecer, las mujeres se desperdigaron por el pastizal y reunieron el sisal silvestre llamado *duvai* por los maasai de Kenya y Tanzania y por sus primos sambusai de Zarakal. Más tarde, todas ellas ungieron el cuerpo de Genly con el jugo de las plantas, un antiséptico y analgésico natural. Lo cubrieron de pies a cabeza y lo colocaron de costado para poder untarlo por completo. ¿Qué sentido tenía utilizar la medicina con un muerto? ¿Es que pretendían librarlo de las desconocidas agonías que aguardaban a los muertos recién llegados a las profundidades del reino de la inexistencia?

Las mujeres ya habían cumplido con su cometido. El vello del cuerpo de Genly tenía un aspecto pegajoso a causa de la savia del sisal y su frente recordaba a un trozo de pergamino cubierto de mucílago. Había llegado el momento de que los machos tomaran el relevo, y yo con ellos. Por fortuna, nadie intentó prohibirme que participara ni trató de desalentar mi intervención. Como los cazadores más jóvenes, Roosevelt y Fred fueron los encargados de transportar el cadáver de Genly desde la colina hasta la sabana, pero el resto prestamos nuestra ayuda en las zonas más traicioneras del recorrido. Bajo el saliente donde se asentaba Nueva Elenburgo, los mínidos hicieron un breve descanso con el fin de prepararse para afrontar el peligroso viaje que los conduciría hacia el Sudeste, en dirección al Monte Tharaka, el trono de su mundo.

El trineo en el que habíamos transportado el jabalí hasta la ciudadela yacía en la base de la colina. Les indiqué a los habilinos que, si todavía teníamos que cubrir una buena distancia, era mejor colocar a Genly sobre él. Tras debatir la opción mediante miradas y sutiles fruncimientos de ceño, los mínidos aceptaron la sugerencia. Insistí en agarrar los palos delanteros del trineo para poder arrastrar el cuerpo de mi amigo muerto allí donde sus compatriotas quisieran llevarlo. De nuevo, nadie me contradijo. Los mínidos, que llevaban garrotes y bastones, hicieron las veces de escolta durante los casi cinco kilómetros de desordenada procesión a través del pastizal en dirección a un solitario baobab.

Una vez allí, para mi estupefacción, Alfie, Malcolm, Roosevelt y Fred se las arreglaron como pudieron para colocar el cadáver sobre las ramas del árbol, que más bien parecían raíces, en el lugar más alto posible sin tener que poner en riesgo sus

propias vidas. Exentos de la labor en virtud de la edad, por los servicios prestados con anterioridad o (en mi caso) por puro cansancio, Jomo, Jamón y yo nos limitamos a mirar. Nuestra forma de colaborar consistió en supervisar los alrededores en busca de enemigos o de cualquier depredador advenedizo. El pobre Genly, al fin, acabó desplomado en un nicho de ramas de baobab, y el resto de los mínidos, pegajosos a causa del bálsamo de sisal, bajaron uno tras otro al suelo para ofrecer su más sincero y profundo respeto al cadáver. Esperaba algún cántico, pero no hubo ninguno hasta que todos los mínidos salvo Jamón se replegaron hasta un grupo de arbustos situado a unos cien metros del árbol. Retrocedí con la mayoría, pero no dejé de pensar que si algún león o un tigre de dientes de sable, o incluso una manada de perros salvajes, pillaba a Jamón allí solo, éste no tardaría en reunirse con Genly en el problemático País de Nunca Jamás del Paraíso Habilino.

En aquel momento, Jamón empezó a cantar. De su cansada y vieja garganta surgió un lamento áspero que siguió y siguió, atrayendo la atención de toda la sabana hacia el baobab bajo el cual se encontraba. Me estremecí al escuchar su canción; me estremecí al pensar que quizás pudiese entender, al fin, el impulso inmemorial que da lugar a semejante homenaje. En cuanto dejó de cantar, caminó despacio hacia nosotros, balanceándose sobre sus piernas arqueadas. Un gnomo desnudo e indefenso que, paradójicamente, iba ganando estatura según se alejaba del baobab. Como si la realidad de su persona palideciera ante el ideal representado en su noble y amarga canción.

Suponía que, a continuación, los mínidos partirían de vuelta a Nueva Elenburgo para llevar a sus mujeres las noticias del funeral arbóreo de Genly. Del polvo al polvo, de copa de árbol a copa de árbol... Sin embargo, aunque ya había pasado el mediodía, permanecimos en nuestro escondite de matorrales y acacias arábicas. Con el fin de detener el dolor pulsante de mis sienes, me senté en el suelo con la cabeza entre las rodillas. Roosevelt y Fred caminaban de un lado a otro entre la maleza, haciendo caso omiso del calor, impacientes por hacer un descanso en nuestra vigilia. Fueron ellos mismos quienes indicaron con entusiasmo el momento de descansar por medio de pequeños aullidos mientras se adelantaban hasta la linde de la espesura.

Había aparecido un leopardo bajo el baobab. Un animal grande y muy hermoso, con los costados hundidos y los ojos brillantes como zafiros. Aunque era, ante todo, un cazador nocturno, ese ejemplar —menospreciando, si bien con respeto, el peligro que suponía la actividad de sus primos, los leones, durante el mediodía— había respondido al llamamiento de Jamón. Echó un vistazo a su alrededor, emitió un gruñido vacilante y ascendió por el tronco del baobab con la elegancia de una pitón. Una vez arriba, tomó posesión del cuerpo de Genly con los dientes.

Como pude comprobar, Alfie estaba encantado. Al igual que los otros mínidos. Las comisuras de sus labios se habían elevado de forma involuntaria y todos ellos

exhibían unas sonrisas satisfechas. Alfie estaba aporreando el suelo con el extremo de su garrote, como si aplaudiera la llegada del leopardo. *Alabado sea Ngai*, pensé, *quieren que el cadáver de su compañero sirva de alimento a esta criatura*. Y de hecho, así era. Observamos cómo aquel gato enorme arrancaba parte de la cabeza del hombre y se la comía con la misma rapidez que un perro hambriento se zamparía una lata de Friskies. Se me ocurrió en ese momento que las mujeres habían untado el cuerpo de Genly con la savia del *ol duvai* para atraer la cruel atención depredadora del leopardo. Además, entregando su cadáver a ese magnífico animal, los mínidos se aseguraban de que ni las hienas ni los buitres lo tocaran. De ahí el placer que obtenían de lo que, para mí, no era más que un horroroso interludio en el funeral.

Cuando por fin se aseguraron de que Genly estaba «a salvo», regresamos a la ciudadela mínida. Arrastré el trineo durante el viaje de vuelta mientras sentía el mismo tipo de distanciamiento cósmico que me acompañara en cada uno de los viajes astrales de mi infancia. Nadie había comido ese día y nadie lo haría hasta el día siguiente. El ayuno formaba parte de la reacción colectiva de los mínidos hacia la muerte; pero todos esos descubrimientos que acababa de realizar —descubrimientos que muchos paleoantropólogos contemporáneos han tachado de simples estupideces o a los que se han referido con distintos calificativos— no me proporcionaban ninguna satisfacción, ninguna inyección de moral. El conjunto de rituales que había permitido a los mínidos enfrentarse a la muerte de Genly me sumió en un estado de conmoción profunda. *No tenemos derecho a omitir las muertes del Homo neanderthalis, del Homo erectus ni del Homo habilis*, reflexioné, *en la suma total de muertes sufridas por la especie humana desde su aparición*. ¿Cuántas especies colaterales deberíamos añadir a la lista? ¿Habría, de hecho, una línea divisoria legítima entre ellas?

Qué extraño pensar que una criatura muerta dos millones de años atrás tuviese miedos y aspiraciones semejantes a los míos. «Semejante», un término muy apropiado...

De vuelta en Nueva Elenburgo, me asigné una tarea como castigo y purgación. Reuní ramas, hierba seca y piedras con las que construir una cabaña que reemplazara a la que yo mismo había prendido fuego. En realidad, hice acopio de material suficiente para levantar una segunda choza que yo mismo pudiese utilizar. Los preparativos de la labor me tuvieron subiendo y bajando la colina hasta bien entrada la tarde, momento en el que comencé el trabajo de construcción en sí.

Con rapidez y seguridad, erigí los soportes de las paredes y del techo, tras lo cual los cubrí con una capa de hierba seca mucho más gruesa que la que empleaban los mínidos normalmente. Este proyecto, que tenía a los habilinos sorprendidos y fascinados, consiguió apartar mi mente de la muerte de Genly —sin llegar a desvanecer del todo mi conciencia subliminal del hecho— y comencé a ver con

buenos ojos la idea de retirarme al cálido y seco interior de mi cabaña para echar una larga siesta. Quería intimidad, pero no quería abandonar Nueva Elenburgo para conseguirla. Había acabado ambas estructuras cuando apareció la luna. Me arrastré al interior de mi choza como una criatura que buscara zambullirse en el olvido de un profundo sueño hibernal.

No podía dormir. Genly había muerto por culpa de mi imprudencia y la caótica alegría de la noche anterior se alzaba en mi memoria a modo de antítesis para burlarse de mí. De la despreocupación jovial a la negra desesperación en menos de veinticuatro horas. La Edad de Piedra tenía un corazón adamantino, en mi opinión. En el exterior, los mínidos cantaban su pérdida con voces quedas: cada endecha creaba su propio trasfondo de pesar en una comunión de ocho o nueve voces que no tenían nada en común salvo una inenarrable melancolía. Al igual que el canto de Jamón al mediodía, ese fenómeno no tenía precedente alguno en mi experiencia con los protohumanos, hecho que acrecentaba la sensación de verme a mí mismo como una fuerza disruptiva, como un intruso.

De repente, una silueta se dibujó contra la pequeña entrada de mi cabaña. Era Elena. La persistente luz carmesí de la puesta de sol hacía que su cabello suelto pareciese un halo a su alrededor. No la había visto desde esa misma mañana. Para ella, las entradas a las chozas no eran motivo de respeto, y la mía menos todavía, ya que era demasiado nueva para tenerle algún tipo de consideración. Lo que era mío era inevitablemente suyo, al menos en apariencia, y parecía que ella había llegado a la conclusión de que ambos podríamos acomodarnos sin problemas en esa nueva choza. Se arrastró hacia el interior a cuatro patas y se acercó hasta mí para ponerme una mano sobre la frente, como un confesor que otorgara la absolución a un penitente.

Algo frío y duro cayó sobre mi rodilla. Alargué el brazo, cogí el objeto y me di cuenta de que era mi Colt. Con una curiosa inclinación de cabeza, Elena se echó hacia atrás para estudiar mi rostro. Sus ojos eran dos bolitas grisáceas en un busto de lapislázuli descolorido. En aquel momento me pareció un ángel que trascendía al género prehomínido, una mujer muy por delante de su época.

—Es probable que vayas a necesitar eso —dijo.

Por supuesto, no había dicho nada; pero, en mi desesperación, a punto estuve de creer que me había hablado, y supe con absoluta certeza que lo único que necesitaba para sobrevivir en ese intervalo de mi vida era a Elena. Con ese propósito, y como si leyera mis pensamientos, ella había venido a mí por voluntad propia.

Base Eglin de las Fuerzas Aéreas, Florida

Primavera de 1976

La tarde del viernes, Hugo llegó a la vivienda de su familia en Capehart y se encontró a John-John despatarrado sobre una silla, leyendo una antología de historias cortas de John Collier. El muchacho lo saludó con un gesto de la cabeza y volvió al instante a su libro. No había nadie más en casa.

Anna estaba en la Escuela Superior Agnes Scott, en Atlanta, y Jeannette estaba viviendo en Long Island con la familia de su editor de Vireo Press desde mediados de abril. Estaba haciendo revisiones a gran escala de un manuscrito que iba a ser publicado en febrero, una colección de columnas no del todo formales que había escrito para el *Herald-Plainsman* y después para un pequeño sindicato con sucursales tanto en Sunbelt como en la región de Rocky Mountain. Su meta en ese entonces era pulir, actualizar y urbanizar dichas columnas, de manera que resultaran tan atractivas a los urbanitas del Este como para los acomodadizos y sofisticados pueblerinos que habían sido sus primeros seguidores. Hugo habría deseado que Jeannette llevara a cabo su trabajo en casa, pero cuando su editor la invitó a ir a Nueva York para consultar los cambios necesarios, no había sido capaz de prohibirle que fuera. De cualquier forma, nunca había tenido ese tipo de poder.

—Venga, Johnny, tomémonos unas pequeñas vacaciones este fin de semana. ¿Te apetece dar una vuelta?

—¿Unas vacaciones? ¿Adónde?

—A los bosques de pinos del norte de Flo-ri-da. Puede que también a Silver Springs. Haremos un crucero en una de esas embarcaciones con la quilla transparente y veremos a las hermosas sirenas danzando.

John cerró el libro e hizo una mueca.

—Vamos, hijo mío. Estoy cansado de todas estas gilipolleces de solteros creativos que hemos estado haciendo; me apetece probar algo nuevo, ¿qué te parece? —La cena, si al final se decidía a prepararla, consistiría o bien en perritos calientes o bien en platos precocinados congelados—. Ve a meter algo en la maleta, Johnny. Tienes veinte minutos, ¿de acuerdo?

El chico obedeció a regañadientes. Hugo, en su propio dormitorio, lanzó unos cuantos artículos a una bolsa de viaje y se cambió para ponerse ropa cómoda. Encontró la pipa de espuma de mar que Pete Grier le regalara cuatro años antes como regalo de despedida, justo antes de partir hacia un solitario turno de servicio en Guam. Ese viaje, durante el que Jeannette y los niños permanecieron en Cheyenne, había trazado la línea crítica divisoria en la vida matrimonial de los Monegal, su

primera separación prolongada. También tenía muchos malos recuerdos sobre el bombardeo de Camboya, incluyendo el de servir de padre confesor a un joven piloto que, de forma accidental, había aniquilado un poblado aliado al fallar en el derribo de un conmutador situado en la baliza objetivo del pueblo. El B-52 había «sembrado» el lugar de bombas... Era una buena pipa, sin embargo, con buena forma y cómoda.

A una hora de camino de Eglin, conduciendo en dirección Este, vieron el primero de los aparatosos letreros de Regalos Ritki e Imperio del Souvenir. Los anuncios se espaciaban cada ciertos intervalos de kilómetros entre la exótica arquitectura vegetal de las viñas kudzu, y cada uno prometía a los turistas interestatales una variedad de maravillas: zumo de papaya; figuritas de porcelana; delicias de azúcar; y un «rancho de animales» de entrada gratuita.

Cuando el propio complejo estuvo a la vista (un par de edificios blancos de una sola planta con techados de tejas y recio artesonado español), Hugo abandonó la autopista y se internó en el aparcamiento de grava. Detrás del mayor de los dos edificios había una empalizada de bambú —una fortaleza que se proyectaba hacia los pinos—, y por detrás de la empalizada asomaba una colina de bosque denso. A pesar de ser viernes por la tarde, el Dodge Dart verde dorado de Hugo era uno de los cuatro vehículos aparcados en la inmensa área de estacionamiento.

—Querrás un zumo de papaya, ¿no, Johnny?

—No; de verdad que no.

—Bueno, pues yo sí. Vamos.

Hugo le hizo un gesto con la pipa al adolescente para indicarle que saliera del coche y lo guio hasta una pasarela que había junto al edificio principal. Una gigantesca flecha roja en la pared dirigió a padre e hijo hacia las puertas giratorias de seguridad, que crujieron al empujarlas. Por dentro de la valla, una máquina de cacahuets llamó la atención de Hugo, que echó veinticinco centavos y le pasó a John-John una de las pequeñas bolsas de papel marrón.

—Así podrás dar de comer a los animales, ¿vale? Puede que eso te anime.

Pasearon entre un par de barandillas de metal verdes que describían un sendero laberíntico a través del complejo. La grava crujía bajo sus pies y el cristalino gorjeo de los pájaros enjaulados reverberaba en el silencio de la tarde. Hugo detuvo a John-John un momento, delante de una jaula con la parte frontal cubierta por una tela metálica que contenía a un coyote tumbado con la cola sumergida en su bebedero. En otras partes había unos cuantos pavos reales, un par de llamas mordisqueando el heno, serpientes de cascabel enroscadas en sucios expositores de cristal, un burro adormilado y un montón de caimanes —no del todo desarrollados— que yacían unos encima de otros, como víctimas de alguna extraña masacre, en un estanque de cemento lleno de porquería. Hugo parecía totalmente inmune al hedor, pero al final,

para alivio de su hijo, se cansó del apático comportamiento del coyote y deambuló sobre la grava hacia otra pequeña jaula verde.

**MONOS RHESUS (MUCACA MULATTA).
ORIGINARIOS DE LA INDIA
LES GUSTAN LOS CACAHUETES, PERO PUEDEN MORDER**

En aquel lugar, dos monos ocupaban un restringido saledizo; uno era una tímida hembra y el otro, un macho que balanceaba una pierna en el aire. El macho yacía boca abajo, con las brillantes callosidades de su trasero a la vista. Hugo le dijo a John-John que le diera un cacahuete a la hembra, pero el animal —que no dejaba de mirarlo fijamente— parecía desconcertar al muchacho, al igual que la postura indiferente de su pareja, de modo que le pasó la bolsa a su padre.

—¿Cuál es el problema?

—Son prisioneros, papá. Me siento culpable estando aquí. Son como gentecilla peluda a la que han metido en la cárcel sin ningún motivo.

—No es peor para ellos que para los demás.

—Sí que lo es.

—Vale, vale, están peor que los demás, Johnny. —Mordió su pipa de espuma de mar y rebuscó en la bolsa de papel—. Puede que un cacahuete haga que esta damita se sienta mejor, ¿no te parece?

Hugo introdujo un cacahuete a través de la malla de alambre, pero la hembra se movió tan rápido para cogerlo que el hombre se asustó y lo dejó caer sobre el compartimiento inferior de la jaula. Impávida, la rhesus bajó al suelo de madera, recogió la ofrenda y se giró para partirlo y comérselo. Sin dejar de reír, Hugo lanzó otro cacahuete a través de los alambres.

—Mira, Johnny, tiene hambre. Está hambrienta.

El crujido de las cáscaras alertó al macho, que se levantó al instante, ocultando así su calloso trasero, y empezó a frotarse el hocico de forma indiferente. Haciendo equilibrio en el mismo borde del saliente, introdujo su pequeña mano, delicadamente formada, a través de los alambres... pero miró hacia otro lado del complejo, como si fuera demasiado orgulloso para reconocer, ni ante sí mismo ni ante cualquier otro, que estaba mendigando.

—Ven aquí —le instó Hugo al altivo rhesus—. Ven a por tu cacahuete, ¿eh?

Con arrogancia, el mono giró la cabeza para contemplar a Hugo. Puesto que los Monegal habían ganado toda su atención, se inclinó un poco más hacia ellos y se apoyó sobre los alambres, de modo que su peludo hombro se perfilaba en la malla. Esos inquietantes dedos casi humanos se cerraron sobre el cacahuete y, entonces, con toda deliberación, lo dejó caer sobre la grava a los pies de Hugo. John-John se dio

cuenta de que su padre se había tomado semejante desprecio por la ofrenda como un insulto, uno más en la cadena de desaires iniciada por el implacable progreso de Jeannette hacia una carrera independiente de la unidad familiar Monegal. ¿Cómo si no podía explicarse la reacción de Hugo ante un suceso que, objetivamente, no tenía la menor importancia?

—¿Y a ti qué te pasa? —le gritó al rhesus—. ¿Tan bien te alimentan que le haces ascos a un buen cacahuete?

Se agachó para recoger el cacahuete. Al instante —tan deprisa que John-John apenas tuvo tiempo de parpadear—, el macho rhesus agarró la cazoleta de la pipa de espuma de mar de Hugo y se la arrancó de la boca. Ocultando la pipa robada tras su cuerpo, el mono se retiró hacia la parte trasera de la jaula y, sin dejar de mirar con cautela a los dos seres humanos por encima del hombro, procedió a golpear con fuerza la pipa contra la repisa en la que dormía.

—¡Hijo de puta! —exclamó Hugo, muy dolido por el engaño del animal. Se lanzó contra la jaula y metió la mano a través de los alambres para agarrar un puñado del pelo castaño-rojizo del rhesus.

—¡Papá! Papá, ¡no lo hagas!

El macho se giró como un loco, se lanzó hacia delante con furia y empujó a Hugo hacia atrás. Con la boca abierta de par en par, el rhesus mostró un juego de brillantes colmillos amarillentos y la garganta de color rojo oscuro. La hembra se acurrucó en un rincón, pero su compañero se colgó de la malla de alambre sin dejar de gruñir, y vituperó a los dos seres humanos, a quienes tenía vergonzosamente aterrorizados. John-John echó un vistazo alrededor del complejo para ver si alguien más había sido testigo del ataque del rhesus y de su bochornosa retirada. Nadie.

—¡Asqueroso asiático de mierda! —exclamó Hugo en inglés, imitando el insultante lenguaje de los hombres que han servido en los remotos confines del mundo—. ¡Devuélveme mi pipa! ¡Devuélvemela, pedazo de ladrón!

Sin inmutarse, el rhesus desenganchó las manos y los pies de la malla de alambre y saltó de nuevo hacia su saliente, donde se sentó y procedió a morder el mástil de la pipa hasta que, con un sonoro crujido, se hizo pedazos. La pipa favorita de Hugo, un consuelo y un apoyo de aquellos días en los que, con mucho esfuerzo, había conseguido dejar de fumar.

—Se lo contaremos a los de dentro —sugirió John-John—. Le diremos al director lo que ha sucedido.

Sin embargo, Hugo lanzó la bolsa de cacahuetes a un lado y, furioso, se alejó a grandes zancadas sobre la grava, camino de la salida de las instalaciones. El muchacho lo siguió. Pasaron junto a otras jaulas y otros animales —un aviario, un pequeño establo de ponis—, y giraron para encontrarse frente a otro cartel y una segunda puerta.

**SI LE HA GUSTADO
EL RANCHO DE ANIMALES DE RITKI
POR FAVOR, HAGA UNA DONACIÓN
PARA ALIMENTAR A LOS ANIMALES**

En ese momento les quedó claro que, para salir de la empalizada, tendrían que atravesar el desordenado imperio de *souvenirs* del edificio principal. Intimidado, Hugo metió un dólar a través de la ranura de la ventanilla de la caseta de donaciones, murmuró un saludo a la mujer de aspecto aburrido que había dentro y empujó a John-John a través de la puerta giratoria para entrar en la tienda de regalos. Los repugnantes aromas dulzones de los turrónes de cacahuete y de almendra llegaron hasta ellos, y Hugo se dirigió con dificultad hacia la puerta, con la apariencia de un hombre que ha logrado sobrevivir a duras penas a un atraco. Como pidiendo disculpas, John-John fue tras él.

Los Monegal condujeron hasta el anochecer y después encontraron un motel de segunda categoría que consistía en diez o doce cabañas separadas donde se detuvieron para pasar la noche. Hugo dejó a John-John sentado en la cama, viendo la televisión y volvió alrededor de veinte minutos más tarde con un par de bocadillos de cerdo a la brasa envueltos en papel encerado. A las once, obligó a su hijo a apagar la televisión y meterse en la cama. Entonces, como un enfermero de hospital, se sentó en un sillón barato de piel sintética que había enfrente de la cama y empezó a limpiarse las uñas con una navaja a la escasa luz que entraba por la única ventana de la cabaña.

John-John se despertó convencido de que el rhesus de Ritki estaba encaramado encima de la cómoda que había cerca del cuarto de baño de la cabaña. Su padre no estaba en la cama con él, y cuando se incorporó un poco para sentarse y apoyar la espalda contra el cabecero, descubrió que alguien, o algo, estaba mirándolo desde el otro lado de la habitación. Se le hizo un nudo en el estómago, pero no gritó. En cambio, movió la mano a tientas en la oscuridad para encender la lámpara de pie que había junto a la desvencijada cama.

Clic.

Bajo el resplandor amarillento de la luz eléctrica, John-John vio un espejo en el que se reflejaba su propio rostro oscuro. La expresión de su cara traicionaba el miedo que sentía.

Hugo se había ido. Peor aún: el Dodge Dart no estaba aparcado en el estacionamiento que había fuera de la cabaña. Abrumado por esa inexplicable deserción, John-John se quedó de pie en el vano de la puerta mientras contemplaba el

pequeño letrero de neón con forma de pez espada que resplandecía con brillantes colores rojos y violetas sobre el edificio de oficinas del motel. Se quedó allí un buen rato, mirando los automóviles ir y venir por la autopista y esperando que uno se pareciera al Dart. No le entró el pánico, ya que realmente creía que Hugo volvería a por él.

Al final, un policía del Estado de Florida llegó al motel. Se acercó a John-John con la llave de la habitación de Hugo y las noticias de que su padre acababa de tener un accidente grave unos cuantos kilómetros al oeste.

Más tarde, después de que Hugo muriera sin recuperar la consciencia, los Monegal fueron capaces de reconstruir la secuencia de los acontecimientos que concluyeron con el accidente. John-John y el policía fueron fundamentales a la hora de proveer los detalles que hicieron que la historia tuviera sentido.

Poseído por el deseo de venganza, Hugo había esperado a que John-John se quedara dormido. Convencido al final de que el chico estaba durmiendo, incluso quizás en uno de sus viajes astrales, había abandonado el motel y conducido de vuelta por la autopista hasta Regalos Ritki e Imperio del Souvenir. Antes de llegar al complejo, no obstante, había girado en una carretera secundaria, un mero tajo arcilloso en un bosque de pinos, donde se detuvo. La oscuridad y la frondosa vegetación ocultaban el coche.

Con la Remington 30.06 que había comprado en Wyoming para las partidas de caza y las expediciones furtivas con Pete Grier, Hugo subió la pequeña colina que había tras el rancho de animales. En la cima, acurrucado tras el abanico de ramas de los árboles, la luz de la luna lo ayudó a ver con total claridad las jaulas que contenían a los monos rhesus. Apuntó y disparó. Uno de los monos —irónicamente, la hembra— se estampó contra la parte trasera de la jaula, casi como si la hubiesen lanzado contra la pared, y todo el complejo quedó envuelto en gorjeos, aullidos y rebuznos histéricos.

Mientras Hugo volvía colina abajo entre tropezones, una batería de focos se encendió para iluminar todo el complejo y un formidable tramo de autopista.

El padre de John-John huyó del escenario con la obvia intención de regresar al motel, pero condujo con una rapidez temeraria. A cinco o seis kilómetros de Ritki había sido interceptado por un coche patrulla que iba en dirección contraria. El policía frenó, dio la vuelta y salió disparado tras el Dart a gran velocidad, entre el chirrido de los neumáticos y el ulular de las sirenas. La noche cobró vida con los escalofriantes aullidos y las luces giratorias azules de un voluntarioso vehículo acosando a otro hasta el borde de la auto aniquilación. Hugo siguió pisando el acelerador incluso cuando estuvo claro que la mayor potencia del coche estatal había decidido el resultado de su contienda. El desenlace fue que el Dart volcó, haciendo

que uno de los neumáticos traseros saliera despedido de su yanta, y Hugo quedó aplastado entre la columna de dirección y el techo del coche, abollado de forma espectacular.

De vuelta de su estancia sabática en Nueva York, Jeannette estaba esperando a John-John cuando éste llegó por fin a casa. Anna también estaba allí, más perturbada de lo que John-John la había visto jamás. En aquel momento, Hugo se dirigía lenta e inexorablemente hacia la muerte, y ninguno de ellos sabía qué decirle al resto para alterar, ocultar o suavizar ese hecho. John-John tenía claro que no era culpa de Jeannette. No, por supuesto que no; desde luego que no era culpa de su madre. Pero, desde ese momento, empezó a distanciarse de ella; y más tarde, cuando al parecer Jeannette decidió sacrificarlo en aras de su ambición, el muchacho no tuvo ninguna dificultad para cerrar la puerta de su vida con los Monegal y huir de casa.

Reflexiones habilinas

La tarde en que Elena trajo de vuelta mi pistola, estaba tan nervioso como un muchacho virgen de diecisiete años. El origen de mi confusión era sencillo: no sabía qué tipo de acercamiento y receptividad debía prevalecer entre nosotros. Esta confusión, por llamarla de alguna manera, tenía ciertas connotaciones humorísticas que en ese momento no me hacían ninguna gracia.

Los vínculos de pareja, como creo haber dicho con anterioridad, eran una característica común en el modo de vida habilino. Aunque el gallo residente del *wadi*, o macho alfa, pudiera obligar impunemente al amorcito de cualquier otro macho a meterse en su nido, solía tener una favorita entre todas esas concubinas alternantes. En el caso de Alfie, por supuesto, la favorita era Emilia, quien se trasladó a vivir con él tras la muerte de Genly.

Al meditar sobre esto, llegué a la conclusión de que Alfie había tenido planes para Emilia desde el comienzo, pero su estatus entre los mínidos y su dificultosa relación con Genly no le habían permitido rendirse abiertamente a la monogamia. De haberlo hecho así, se habría arriesgado a tener otro altercado violento con su único rival entre los hombres, ya que Genly no estaba tan acobardado como en algunas ocasiones nos hacía creer. Por tanto, Alfie se había visto obligado a ofrecer sus afectos a Ginebra y Nicole además de a Emilia, no solo para reafirmar su dominio sobre el grupo, sino también para minimizar las posibilidades de un encontronazo brutal con Genly.

Así pues, yo había ayudado a Alfie sin darme cuenta a encontrar una salida de la prisión en la que se había convertido su poder. Ya no tendría que imponerse sobre las esposas de Jomo y Fred para poner de manifiesto su liderazgo, puesto que Jomo era demasiado viejo y Fred demasiado joven como para representar algún tipo de amenaza. Siendo la variedad un condimento muy codiciado, Alfie no renunció por completo a la compañía de las otras damas mientras establecía una unidad familiar con Emilia, pero sus coqueteos adoptaron un tinte decididamente ilícito, ya que tenían lugar de puertas hacia afuera en una especie de «aquí te pillo, aquí te mato» en lugar de una invitación a los sacrosantos confines de su choza. Era un hombre nuevo y, al parecer, más feliz.

Yo también era un hombre feliz, si bien confundido... ¿Cuál era el motivo de mi confusión?

En primer lugar, y sin haberme entregado al voyeurismo de modo intencionado, había visto muchas cosas. Los habilinos eran un pueblo desinhibido. Sus ritmos naturales, si se me perdona el uso de una frase desafortunada, tenían un desahogo

inmediato en sus relaciones personales. Las parejas copulaban cuando el cuerpo así lo exigía. Por lo general, buscaban un lugar privado donde satisfacer la llamada de la naturaleza, pero no siempre era así. Cualquiera con dos ojos en la cara hubiera acabado por comprender, tarde o temprano, que los machos habilinos llevaban a cabo su cometido desde atrás y que, con el fin de facilitar el desacoplamiento en el caso de que apareciera un dinoterio o a algún puercoespín le diera por pasar por allí, a menudo sus compañeras permanecían de pie. Sin embargo, aunque yo también colocaba la seguridad por encima de todo, ese tipo de acercamiento no iba con mi estilo.

Y, en segundo lugar, tampoco es que fuese el único estilo de los mínidos. En ocasiones, una pareja desaparecía en mitad de la espesura, donde, medio escondidos entre la vegetación, se tumbaban sobre las briznas de hierba de la sabana y se mecían el uno en brazos del otro como si fuesen dos niños con miedo a la oscuridad. (En una ocasión, estuve a punto de tropezar con Malcolm y la señorita Jane, que estaban entregados a esos menesteres). ¿Se trataba de una serenata de amor o más bien de una melodía de consuelo mutuo? No lo sabía, pero tenía la corazonada de que, entre los mínidos, los ojos comunicaban más que los traseros o los montes de Venus. Por descontado, aun así podían obtener placer con las demostraciones de amor desde la retaguardia, que hoy en día todavía siguen siendo las preferidas de los bosquimanos del Kalahari, pero sus opciones parecían estar aumentando y sus gustos se hacían cada vez más católicos. Despacio, no obstante; muy despacio.

En tercer lugar, y a pesar de todo lo que había presenciado y conjeturado, aún no sabía si las mujeres habilinas disfrutaban de un estado de receptividad sexual constante o si estaban sujetas a un periodo de celo. ¿Habría invitado Alfie a Emilia, Ginebra y Nicole a que entraran y salieran de su cabaña aprovechando la rotación de sus periodos de celo, siendo ése el único modo de asegurarse el puro placer de su compañía? ¿O lo habría hecho porque, tal y como le sucedería a cualquier hijo de vecino, necesitaba un periodo de descanso y adaptaba las idas y venidas de las féminas conforme a un tiránico ciclo propio? Las hembras de los chimpancés desarrollan una voluminosa hinchazón que señala su receptividad a la cópula («damas rosas» había llamado Jane Goodall en una ocasión a las poseedoras de esas fragantes flores de la pasión), pero las mujeres habilinas, desnudas bajo sus melenas largas y ralas, eran afortunadas al no tener que hacer alarde de un ramillete carnal tan llamativo.

Por lo pronto, mi desgracia era la de no tener ni la más remota idea de las intenciones de Elena hacia mi persona, si es que tenía alguna. Tras dejar la pistola a un lado, atraje a Elena hacia mí. A pesar de ser más fuerte que yo y de poseer unas manos capaces de desgarrar la caja torácica de un hipopótamo muerto, no se resistió. Colocó la cabeza en el hueco que formaba mi axila y así nos quedamos, tumbados

sobre las hierbas que formaban mi catre. Creo que escuchaba mi corazón, que en aquellos momentos latía a ritmo de calipso dentro del reducido tambor que era mi pecho. Estuvo así durante un buen rato. Los cánticos de los melancólicos habilinos cesaron y en el horizonte, más allá de Nueva Elenburgo, la intensa luz de la puesta de sol dio paso a un brillante color berenjena salpicado con un diseño puntillista de estrellas. Elena no tardó en quedarse dormida. Y, finalmente, tras dejar a un lado la incertidumbre que me provocaban sus intenciones, yo también me dormí.

Cuando me desperté al amanecer, descubrí los brillantes ojos grises de Elena clavados en mí. Todas las dudas y ansiedades que me asaltaran la noche anterior emergieron de nuevo. ¿Qué quería de mí? ¿Y qué quería yo de ella? ¿Cómo íbamos a cruzar el abismo de la anatomía, la inseguridad y la animalidad que nos separaba? Una luz grisácea se colaba en mi cabaña a través de los huecos del tejado de paja y, en aquel momento, me pareció que Elena y yo éramos ratones arbóreos, unas presas de primera para las velocísimas garras de un rapaz gigantesco.

—¿Qué? —pregunté a Elena—. ¿Qué podemos...?

Elena bajó la mirada y no precisamente en un arranque de timidez. Sus ojos se detuvieron en mis andrajosos pantalones. Si pasaba la prueba física, me consideraría capacitado para ser un esposo satisfactorio. Desde que comenzara a vivir entre los mínidos —e incluso antes, durante el periodo de entrenamiento con Babington en Lolitabu—, siempre había llevado a cabo mis necesidades biológicas en la intimidad y, hasta la fecha, Elena no tenía la certeza de que bajo mis Fruit of the Loom no estuviese tan castrado como una Barriguitas de Famosa. Sin embargo, aunque no pudiese hacer mis cosas ante los ojos de los extraños, Elena ya no era una extraña para mí, de modo que me apresuré a disipar sus temores con dedos temblorosos.

No obstante, en primer lugar, deshice el nudo del pañuelo rojo que llevaba alrededor del cuello y se lo ofrecí. Ella recordaba nuestro primer encuentro, aquél en el que intenté ganarme su confianza con la misma baratija y ella despreció la ofrenda alzando tanto el vello de su cuerpo como su garrote. Esa mañana, muy al contrario, la oferta le gustó y me permitió que le colocara el pañuelo en el cuello como un regalo de compromiso. De hecho, era todo el ajuar que poseía. El momento se prolongó y jamás podré olvidar su imagen mientras compartíamos aquel instante.

A pesar de haberme quitado los pantalones, yo no era del todo igual que un mínido. Mi mente no dejaba de analizar y clasificar la información, de colocar etiquetas poco favorecedoras a mis apetitos naturales: «animal», «perverso», «censurable», «depravado». Mis padres, que Dios los tenga en su gloria, se habrían descompuesto de haberse enterado de mis deseos; y nuestro casero allá en Wyoming, Pete Grier, que había crecido en el campo, habría visto más poesía al contemplar a uno de los muchachos de la granja violando apresuradamente a una apática vaquilla

que en la atracción adulta que la dispuesta Elena Habilina despertaba en mí.

Incapaz de detener lo que estaba por venir, intenté hacer una concesión tanto al Sentido Común como a la Conciencia. Y al hacerlo, conseguí que Elena dudase acerca de la naturaleza exacta de mi masculinidad.

Me aparté de ella rodando hacia un lado, desnudo y con una erección, y saqué de mi botiquín de primeros auxilios un condón envuelto en papel de aluminio. Tras extraer con dificultad el círculo de látex del envoltorio, procedí a desenrollar sobre el instrumento de nuestra inminente unión la blanquecina segunda piel que proporcionaba el condón y, una vez colocado, me di la vuelta para mirar a mi novia. Elena quedó desconcertada. Como yo. De repente, mi sinceridad quedó en entredicho, incluso para mí mismo. A pesar del profundo afecto y de la sana lujuria que la mujer mínima había despertado en mí, el hecho de recurrir a un profiláctico dejaba claro que albergaba ciertas dudas que invalidaban la honestidad de mi pasión. ¿Es que tenía miedo de dejarla embarazada? No. Todas las evidencias disponibles sugerían que ella era estéril. No, no estaba pensando en Elena. El fantasma de una enfermedad venérea, el viejo azote de los promiscuos y los incontinentes, me había golpeado desde el subconsciente y me había hecho ir en busca del botiquín. Y, en ese momento, todo mi ánimo se vino abajo a causa de la mezquindad de mi comportamiento. Elena me miraba con los ojos como platos. Me había convertido en un *Tootsie Roll*^[3] derretido dentro de una funda de látex arrugado.

—Probablemente creerás que lo único que sé hacer es un «visto y no visto», si es que soy capaz de hacer algo, ¿no es cierto? —le dije, avergonzado.

Ella alzó la mano con precaución y tocó el borde del condón. Sin duda, habría visto las pieles desechadas de las serpientes en el suelo o colgando de las ramas de los árboles, pero estaba claro que ninguno de los machos que ella conocía había procedido a invertir el proceso de muda en cuanto al particular fálico se refería. No obstante, la curiosidad no tardó en vencer al miedo y Elena trazó el contorno del anillo con el dedo. Mi ardor se endureció con pasmosa velocidad, alisó las arrugas de la segunda piel y la saludó, cosa que la dejó enormemente sorprendida.

—Dame un minuto, Elena... voy a quitármelo.

Por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. Puedo jurar que la electrólisis arranca el vello de forma menos dolorosa. Pero lo conseguí.

Una vez quitado, el profiláctico aún seguía fascinándola. Me lo arrancó de las manos y lo alzó sobre su cabeza, como si se tratara de una de esas repugnantes exquisiteces que tanto gustan a los franceses. Doy las gracias a Ngai porque no se le ocurriera metérselo en la boca antes de que pudiera quitárselo. Inspirado por la noción de que nuestra unión era un rito solemne, además de una celebración, inflé la pálida piel del condón hasta que adquirió el tamaño de una bola de las que se usan para jugar a los bolos y até el borde anillado tal y como mi madre hacía con los

globos en las fiestas. En la base del profiláctico, cerca del borde, podía leerse: «Fiabilidad testada electrónicamente». Tanto mi condón como yo demostramos, con alegría, la tendencia innata a despertar la risa que poseen los objetos hinchados.

Elena puso los ojos como platos y abrió la boca. Al instante la cerró y alargó el brazo para coger el globo. No obstante, debió arañar el tenso material con la uña porque lo siguiente que escuché fue una ensordecedora explosión seguida del involuntario chillido de Elena, fruto de la angustia. Me desinflé casi con la misma rapidez que mi condón.

Aterrorizada, ella se alejó rodando hacia la pared, se abrazó las piernas y comenzó a morderse ese fascinante labio inferior morado. Arrojando a un lado el inservible condón, me apresuré a depositar sobre su frente un beso sincero con el fin tranquilizarla. Antes de que pudiera responderme, Jomo y Alfie irrumpieron en la cabaña sin haber sido invitados.

—¡Jesús! —exclamé.

Fue entonces cuando me di cuenta de sus expresiones. Jomo y Alfie habían reaccionado a la detonación del condón y sus más grises expectativas —otro habilino muerto por un disparo— parecían haberse hecho realidad al observar la postura de Elena, echa un ovillo en el suelo. Forcejeé hasta que pude alzarla un poco, sin apartarme de su lado.

—No fue la pistola, compañeros. Explotamos un globo. No hay de qué preocuparse. Fue solo un globo...

Conseguí que Elena se incorporara y se sentara, sin dejar de hablarle con tono tranquilizador. Jomo y Alfie se pusieron en cuclillas frente a ella y la miraron a los ojos para formular unas silenciosas preguntas que ella respondió mirándolos a su vez, tras lo cual ambos hombres quedaron satisfechos. La crisis había pasado. Elena estaba sana y salva.

En cuanto los hombres se dieron cuenta de mi desnudez, me examinaron con incredulidad. Si seguían con semejante contemplación, pensé yo, mi grifería estaría estropeada durante una semana. Mis facultades no les intimidaron ni impresionaron. Tras mirarse el uno al otro con la boca abierta y la misma expresión de «cara juguetona» habitual entre los chimpancés jóvenes y los niños bosquimanos del Kalahari, salieron de la choza y les contaron, o eso me pareció, lo que habían visto a los compañeros que esperaban en el exterior. Momentos después, los mínidos comenzaron a entonar su alborada, ronca y gutural, al cielo del amanecer.

Volví a acercarme a Elena. Nos tumbamos de nuevo en mi catre, abrazados. Mientras los inexpertos cantos de los habilinos se disolvían poco a poco en el silencio, mi novia se dejó engatusar. Y yo también. Genly estaba muerto, pero nosotros estábamos vivos y esa diferencia era crucial. Escuchando el eco cada vez más lejano de la condenatoria voz del siglo xx en mi conciencia, abracé a Elena, le

besé la frente y, de algún modo, conseguí unirme a ella en un nivel tan elemental que unas cuantas semanas atrás me hubiera parecido impensable incluso a mí.

Llegué a la conclusión de que, fisiológicamente, Elena disfrutaba de un estado de receptividad sexual continuo. De cualquier forma, su deseo sufría también ciertos altibajos debidos seguramente a su ciclo menstrual, ya que en ese aspecto de la feminidad era casi humana por completo. Ambos nos adaptamos a las necesidades del otro y, si ella se contenía durante unos días de modo ocasional, yo aprovechaba el periodo de abstinencia para hacer una purga de pasión; más o menos del mismo modo que el ayuno prolongado contribuye tarde o temprano a minar el hambre. Cuando volvíamos a estar juntos y redescubríamos la satisfacción del acto, nos alimentábamos el uno del otro como carroñeros hambrientos. Jamás volví a insultar a mi dama con otro condón, cosa que podía recordarle lo cerca que yo había estado de hacer explotar la promesa de nuestro romance.

Una observación discreta me confirmó que Elena era diferente a la mayoría de las féminas habilinas en cuanto a la disposición de los órganos sexuales. Mientras que Dilsey, Ginebra, Emilia y el resto de las mujeres tenían la vulva dispuesta prácticamente debajo del ano, los pétalos de los genitales de Elena florecían en una posición más frontal. Este emplazamiento facilitaba la consumación de nuestra mutua lujuria cara a cara; técnica que preferíamos a todas las demás. Los otros mínidos, salvo algunas excepciones poco frecuentes según mis apreciaciones, solían copular al estilo mandril, igual que los sarnosos australopitecinos. No obstante, Elena era un ser humano a mis ojos y el nuestro no era un amor animal, sino sublime. Insisto en este punto porque hay un buen número de personas cuyos prejuicios les obligan a negar lo que para mí fue algo evidente desde nuestra primera cópula.

(Por supuesto, poco después descubrí otras pruebas, incluso mejores que ésta, que confirmaban la humanidad de Elena; pero no quiero adelantar acontecimientos).

Durante esos intervalos que separaban nuestros arrebatos de pasión, Elena y yo manteníamos una relación de amistad y compañerismo. El sentimiento de comunión que experimentábamos nos impedía alejarnos el uno del otro. Yo le quitaba los piojos y ella me daba bayas y ratones arbóreos. Buscábamos entre la carroña, cazábamos y recolectábamos comida juntos; vagábamos por el pastizal y por el bosque de ribera hombro con hombro... A los ojos de Ngai, al menos, éramos, con toda seguridad, marido y mujer.

Sin embargo, no idealicé a Elena. No siento vergüenza o rubor alguno al recordar sus defectos. Para empezar, en ocasiones apestaba. Su pelo era una maraña grasienta o cubierta de polvo, y la falta de agua en la zona dificultaba la solución de este problema. Un día, con la excusa de jugar, atraje a mi novia hasta la escasa agua que quedaba del curso de un río, no muy lejos de Nueva Elenburgo, y allí le froté la

espalda y el abdomen con una piedra pómez. Después del proceso olía mejor y comenzó a comportarse de forma coqueta, demostrándome con una serie de murmullos incoherentes la gratitud propia de una jovencita. No le gustaba estar sucia.

Me viene a la cabeza un segundo defecto. Elena podía prorrumpir en alegres monólogos ininteligibles pero, en realidad, no podía hablarme. Aunque no se puede considerar que ella fuera culpable de semejante falta, comenzaba a echar de menos las inapreciables estupideces de una conversación humana. Habría dado dos años de sueldo con sus correspondientes pagas extraordinarias por escuchar de sus labios un simple: «¿Lo caliente más?» o «¡Que tengas un buen día!». En lugar de eso, lo único que obtenía eran melodías discordantes y un buen número de susurros y barboteos incomprensibles.

Decidí entonces que Elena debía aprender a hablar. Durante mi entrenamiento especializado para el Esfinge Blanca en la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas, Blair me había mostrado algunas de las más recientes líneas de investigación sobre la vocalización en los animales y, según deduje por los conocimientos que tenía del tema, los murmullos y gritos *babelescos* de Elena tenían un origen límbico. Es decir, que tenían muy poco que ver con la neurología del habla humana, que fluye como un haz de luz desde las profundidades neocorticales de las áreas de Broca y Wernicke. Los investigadores pueden provocar que un mono rhesus exprese todo su repertorio de gritos y aullidos aplicando una serie de corrientes en el lóbulo límbico por medio de unos electrodos colocados a modo de espitas. Sobreexcitados, los monos parlotean indiscriminadamente.

En cambio, los balbuceos de Elena eran voluntarios y uniformes en cuanto a su contenido, pero «primitivos» en el sentido de que procedían de un tejido cerebral más antiguo que el del habla humana, más clara, firme y lúcida. (Cuando, claro está, no está ronca o acatarrada). Me preguntaba si Elena tendría los recursos cerebrales necesarios para aprender lo que ya había resuelto enseñarle. Y llegué a la conclusión de que sí; no solo porque las trepanaciones de los cerebros homínidos habían demostrado que tenían unas incipientes áreas de Broca, sino porque mis habilinos poseían un repertorio de sonidos mucho más extenso que el de cualquier otro animal, difícil de imitar incluso por mí.

Los seres humanos habían logrado un éxito razonable a la hora de enseñar el lenguaje de signos norteamericano a los chimpancés y a los gorilas. Sin embargo, yo no conocía ese lenguaje, y los gestos de los mínidos encerraban demasiadas sutilezas y matices como para que yo lo comprendiera. Aun así, «hablaban» mucho mejor mediante las expresiones faciales y los movimientos de los ojos; del mismo modo que, según se dice, los lobos comunican toda una variedad de estrategias caninas y deseos. Exactamente igual que los mínidos. Una mirada de reojo o un parpadeo podían informar a cualquier otro miembro del grupo de la localización de ciertas

verduras en las cercanías. Unos labios fruncidos o unas cejas alzadas proporcionaban comentarios convincentes a este tipo de comunicación. Por desgracia, tanto el texto en sí como los comentarios se realizaban en un alfabeto de lo más ininteligible para mí y, aunque llegué a comprender parte del lenguaje gestual que Elena realizaba con los ojos, decidí que tenía que enseñarle a hablar inglés.

Comencé con los pronombres. Los pronombres eran confusos y exasperantes. Como si se tratase de una antigua película de Tarzán o de uno de los números cómicos de Abbot y Costello, los pronombres se negaban a sí mismos o se malinterpretaban en cuanto el instructor se señalaba el pecho o asentía con la cabeza hacia su pupila.

—Yo —dije a la vez que me señalaba—. Yo, yo, yo.

Aunque Elena fue capaz de articular la palabra, la pronunció como si se tratara del prefacio de un espeluznante grito de guerra. No me importó. Me dio un vuelco el corazón nada más escucharla. Por supuesto, cuando intenté hacerle entender el valor semántico de la palabra para demostrar que había comprendido el concepto, comenzó a golpearme el pecho una y otra vez con uno de sus pulgares nudosos, sin dejar de murmurar: «io, io, io». Tardé todo el día en enmendar el descalabro, cosa que conseguí gracias a una paciencia sobrehumana y al ingenioso uso de mi espejo de afeitarse.

Pronunciamos, enunciamos y movimos los labios con el fin de articular sonidos significativos mientras nos mirábamos en el espejo de mano. Elena, dicho sea a su favor, no perdió el interés. Puesto que no me había afeitado desde que me mudara a Nueva Elenburgo, ella no había visto el espejo con anterioridad. Era un espejo circular, enmarcado con una banda de aluminio, y Elena se sumergió en sus halagos plateados del mismo modo que un cisne se zambulle en el agua. Cada palabra que yo pronunciaba era una nueva excusa para deleitarse en su propio reflejo. De hecho, en más de una ocasión se alejó tanto de nuestro propósito inicial que me costó sudores volver a retomar la lección. Le gustaba su propio aspecto, y no llegó nunca a confundir su reflejo en el espejo con una extraña bidimensional atrapada en el interior de la montura de aluminio.

Elena —como si yo necesitase otra evidencia más— era consciente de sí misma. Mi espejo, un milagro, no había hecho otra cosa que proporcionarle la oportunidad de caminar sobre las aguas de su propia consciencia. Intenté que pronunciara la palabra.

—*Puejo* —contestó—. *Pueejo*.

Como no podía aguantar el espejo, acicalarse y contemplarse en su diminuta ventana a la vez, me lo dio para que lo sostuviera. Mientras repetía su decepcionante aproximación de la palabra «espejo», se quitó el pañuelo que yo le había anudado al cuello y lo alzó hasta colocarlo delante de su nariz y sus labios. Por un breve instante, se convirtió en una dama musulmana que proclamaba el privilegio y el sufrimiento de

tener que usar el *purdah*. Después, alzándolo un poco más, transformó el pañuelo en una venda para los ojos, a través de cuyo tejido podía contemplarse de modo indirecto. Así siguió, subiendo y bajando la pañoleta, que en el proceso se convirtió en un pañuelo para la cabeza, en unas orejeras e, incluso, en un dominó para un baile de disfraces.

—Di «pañuelo» —insté a mi novia—. Pa-ÑUE-lo.

—*Niolo* —dijo Elena.

En aquel momento, mientras trataba de que Elena no apartara el rostro del espejo, me imaginé a mí mismo como el progenitor de un dialecto ur-swahili cuyas lenguas descendientes serían las que un día se hablaran en Kenia, Uganda, Tanzania y Zarakal. «Puejo» y «niolo» —junto con «io», «miii» y «tuu»— eran poca cosa en la que basar semejante fantasía y era consciente de ello, pero tenía la sensación de que Elena y yo estábamos progresando. De forma lenta y frustrante, pero progresando al fin y al cabo. No quería darme por vencido tan pronto.

De acuerdo con Jeannette, yo no había pronunciado mi primera palabra inteligible hasta bien entrados los dos años. Por supuesto, hacía mucho que Elena había dejado atrás los dos años; sin embargo, desde mi llegada al grupo había estado expuesta de modo intermitente a pequeños esbozos de un amplio sistema lingüístico. Tomando como base nuestro prometedor comienzo (cinco «palabras» en otros tantos días), Elena podría adquirir una capacidad oratoria real en diez o doce años más.

Llegados a la quinta tarde de clases de lenguaje, el vocabulario de cinco palabras que Elena ya poseía parecía una hazaña histórica. No traté de enseñarle ni mi nombre ni el suyo por temor a que dotara a cada uno de ellos con una connotación genérica; Joshua lo entendería como la palabra que designaba a «hombre» y Elena sería el vocablo para «mujer». Además, comenzaba a sentirme un poco culpable por haberla bautizado con el nombre de la esposa favorita de Thomas Babington Mubia. O quizás por el hecho de que para la mayoría de los occidentales ese nombre simbolizaba la apoteosis de belleza femenina, nada más lejos de la imagen de negrura primigenia de mi dama. Nuestro vocabulario anterior corrompe, y lo que yo había aprendido en el hogar de Jeannette Rivenbank Monegal había influenciado —es decir, corrompido— mi percepción del mundo. En cuanto a mi nombre, al creer que Elena jamás sería capaz de pronunciarlo, nunca lo dije en voz alta.

—*Miii peejo* —dijo Elena al hacer un descanso en nuestra clase del quinto día para unirnos en comunión vespertina al resto de los mínidos—. *Miii peejo*.

Ella tenía el espejo en la mano, su espejo según acababa de decir, y antes de que pudiera quitárselo, salió de nuestra choza y trepó por el sinuoso parapeto de piedra hasta llegar a la cima de la colina en la que se habían reunido los demás. El viejo Jomo estaba sentado a la sombra del único árbol que había, una higuera, mientras su consorte, Ginebra, le quitaba los piojos de la espalda.

Elena colocó el espejo bajo la nariz de Jomo. Aquella acción lo asustó tanto como si le hubiera arrancado su rugoso rostro y tras estirar las gomillas que lo unían a su cráneo lo hubiera soltado para golpearlo con él. El hombre retrocedió, rodeó a Ginebra con un brazo y miró a Elena, espantado. Intenté quitarle el espejo, pero ella murmuró: «Miii peejo», a modo de regañina. Jomo, que ya se había recuperado, cogió el espejo de manos de Elena y contempló estupefacto su insípido semblante. Ginebra echó un vistazo por encima del hombro de su esposo.

A nuestro alrededor comenzaron a agruparse otros mínidos, tanto niños como adultos. Ahora que ya no tenía miedo, Jomo se mostraba celoso de su nueva posesión. Le costaba trabajo ignorar la presión de los curiosos mirones, muchos de los cuales se habían puesto en cuclillas, bien a su lado o bien detrás de él, y extendían los brazos con las palmas de las manos hacia arriba a modo de paciente súplica. Yo permanecí a un lado y me limité a observar. Todo el mundo quería el espejo. Puesto que un noventa por ciento del derecho sobre un objeto era su posesión, nadie intentó quitarle el espejo a Jomo, pero ni uno solo de ellos cesó en sus súplicas. Incluso Alfie había conseguido colocarse en una posición aventajada bajo la higuera.

Con una escurridiza versión de sí mismo en la mano, Jomo devoró semejante y deliciosa curiosidad mientras los demás apelaban a sus más nobles instintos para que les dejara hincar los dientes también. ¿Cómo podía seguir negándose ante una petición tan educada? De hecho, no pudo. Por fin, Jomo se alejó de Alfie y le pasó el espejo a su envejecido compañero Jamón, quien se acuclilló y apoyó la espalda contra el tronco del árbol.

Para demostrarse a sí mismo la cambiante afabilidad del tonto del espejo, Jamón se agarró la nariz, parpadeó y se tiró de las orejas. Una docena de manos temblaba a menos de medio metro de distancia de su rostro, exigiendo estoicamente su turno. Por fin, Jamón, igual que había hecho Jomo antes que él, cedió a la presión colectiva. Le dio el espejo a Dilsey.

A pesar de su estatus como jefe del clan, Alfie fue ignorado de modo temporal, ya que Dilsey le cedió el espejo a Odetta, quien se lo dio a Veloz, su hijo, quien se aburrió en cuestión de segundos y lo dejó caer en las garras del vivaz adolescente señor Pibb, quien se lo entregó a Roosevelt que, quizás en conmemoración a nuestra anterior entrega de regalos, me pasó el frágil espejito. Para entonces, Alfie lo contemplaba todo con tanta tristeza que a punto estuvo de ganarse mi simpatía. Sin embargo, aparté la mirada y grité:

—Esperad aquí; no tardo nada.

Y bajé a la carrera la colina, camino de mi choza. Momentos después, regresé junto a los mínidos con un bote de espuma de afeitar Colgate con olor a lima.

Los habilinos contemplaron, con pavor y respeto, cómo me cubría la cara con la espuma y después, cediendo a un impulso travieso, comenzaba a esparcirla aquí y allá

para ver su reacción. Espantados al ver que la parte inferior de mi rostro desaparecía con la espuma, Bonzo y el Embaucador se taparon los ojos mientras el resto de los niños me miraban con las bocas abiertas, como aquéllos que se quedan mirando un accidente de coche. Malcolm y Jamón se llevaron las manos a las mejillas y se dieron unos golpecitos nerviosos en la barbilla para asegurarse de que el fenómeno no era contagioso. Entre murmullos y cantinelas, las mujeres se congregaron alrededor de sus respectivas parejas en busca de amparo o consuelo. Elena, sin embargo, retrocedió unos buenos seis metros, se puso en cuclillas y se rodeó las rodillas con los brazos.

Alfie avanzó despacio hasta ponerse a mi lado. Extendió la mano, demandando mi atención. Alcé el bote de espuma de afeitar y presioné el aerosol hasta que se formó una bola de espuma en su mano. Dio un respingo, pero no huyó a la carrera en busca de un refugio.

Sniff, sniff.

Un penetrante olor a lima. Lo que, para un habilino, quería decir que era comestible. Seducido por la fragancia, Alfie probó la espuma.

¡Puaj!

Escupió la repugnante sustancia antes de limpiarse la mano en el suelo. Cuando volvió a alzar la mano, le di el bote con mucho gusto.

Encantado, si bien algo suspicaz, Alfie localizó el pulsador en la parte superior y formó entre sus pies un monumento de merengue que le llegaba hasta la espinilla. Cuando retiró el dedo, tanto él como el resto de los mínidos contemplaron el resultado. Todos estaban impresionados, incluido el arquitecto. Se marchó con el bote de vuelta a la higuera y colocó una charretera de espuma en uno de los hombros de Emilia. Cuando ésta huyó de sus atenciones, regañándolo por haberla decorado, Alfie se acercó a papá Jamón y le colocó una pequeña barba de aspecto níveo. Ginebra le quitó el bote en ese momento y, pasándolo por debajo de sus piernas, lo lanzó en dirección a Malcolm que, cogiéndolo con la misma agilidad que Maury Wills atraparía una bola al segundo salto, se lo pasó a Fred. Fred adornó al señor Pibb con un festón de espuma antes de subirse a la higuera. Alfie, Roosevelt y el señor Pibb lo persiguieron tronco arriba. Mientras el grupo de mínidos aullaba a los incompetentes trepadores, me acerqué a Elena, la ayudé a levantarse y, junto a ella, emprendí el camino de vuelta a nuestra cabaña.

Gracias a la distracción, había salvado mi espejo.

Al mirar por encima del hombro, vi que de las ramas de la higuera colgaban unas cuantas boas de evocadora blancura, como si hubiera caído una nevada en esa árida zona ecuatorial del Zarakal prehistórico. Poco después, los mínidos entraron a la carga en Nueva Elenburgo detrás de nosotros, liberando fluorocarbonos en la atmósfera pleistocénica y enluciendo las grietas de las cabañas con espuma de afeitar.

El aroma a lima podrida flotó en el aire durante toda la noche, perfumando nuestra ciudadela y, por la mañana, los terrones de espuma que decoraban las chozas recordaban a un montón de paneles de avispas blanqueados y abandonados. En cuanto al aerosol, lo encontré un par de días después en las ramas de un pequeño arbusto de euforbia, en la base de la colina. Tal y como llevara a Genly a un suicidio accidental, había guiado a sus compatriotas hasta las delicias de arrojar la basura a cualquier lado y la guerra de aerosoles. *C'est la vie*.

Elena y yo seguimos con nuestras clases de lenguaje. El espejo, que poco antes me había servido para confirmar el emplazamiento frontal de sus órganos reproductores, demostró seguir siendo de valiosa ayuda. Por desgracia, su valor principal residía en el hecho de que mantenía el interés de Elena, ya que no era capaz de pronunciar correctamente las palabras que intentaba enseñarle, y la adquisición de un vocabulario inglés se había quedado atascada en diez u once palabras. Si no tenía en cuenta los pronombres, el único término abstracto incluido en el lote era «amor»; pero todavía no me atrevo a asegurar que ella reconociera las posibilidades de la palabra para conjugarla como verbo o no. Sin embargo, era capaz de repetir como un loro una frase que le enseñé, la cual incluía esa palabra. A menudo he buscado consuelo durante las noches más melancólicas fingiendo que ella sabía exactamente lo que estaba diciendo.

¿Qué cuál era la frase?

¡Vaya!, «te amo», por supuesto. No la transcribo tal y como Elena la pronunciaba porque semejante declamación bien podría darle a la oración un matiz cómico. No obstante, si bien no suelo recordar mi relación con Elena sin reconocer la parte humorística del asunto, en este caso no quiero despertar vuestras carcajadas. Todos guardamos con cariño ciertos recuerdos, y el modo especial en que Elena pronunciaba «te amo» es uno de los míos.

Pensacola, Florida

Julio de 1985

Joshua se deslizaba a través del tráfico de las cinco en su destartalada Kawasaki roja, inclinándose primero hacia un lado y después al otro mientras convertía la playa en un borrón blanco a su izquierda; cuando el asfalto se veía bloqueado por demasiados automóviles y caravanas, utilizaba el arenoso arcén derecho de la autopista como un pasillo privado hasta Pensacola. Estaba sucio, sudado y lleno de manchas de pintura, pero, de haberse detenido en el remolque para cambiarse de ropa y comer algo, se habría perdido, casi con toda seguridad, la llegada de Blair al auditorio. Tenía que estar allí, no solo a tiempo para escuchar los comentarios iniciales del Gran Hombre, sino lo bastante pronto como para pillarlo fuera del edificio y hacerle saber que Blair no era el único experto en la ecología pleistocénica de África Oriental en la franja de Florida. Joshua Kampa —alias John-John Monegal— era otro; un experto que no contaba con una educación formal, pero sí con una enorme experiencia de campo. De hecho, se había convencido a sí mismo de que toda su vida anterior había estado encaminada a ese encuentro con Blair.

Alistair Patrick Blair, el famoso paleontólogo experto en homínidos del Estado africano de Zarakal.

Serpenteando entre el tráfico, Joshua repetía el nombre casi como si fuera un encantamiento, un mantra: Alistair Patrick Blair, Alistair Patrick Blair, Alistair Patrick Blair... Al repetir el nombre para sus adentros, se convenció a sí mismo de que la visita del hombre era real, así como de la infalibilidad de su encuentro con él. El encantamiento borró de su mente cualquier distracción, cualquier posible impedimento que obstaculizara su objetivo. La Kawasaki, a las órdenes de algún implacable Poder Supremo, se dirigía por sí misma a Pensacola...

Tres días atrás, Joshua había leído en el *News-Journal* que Blair iba a dar una conferencia esa noche en una de las facultades locales. Con el fin de conseguir fondos para sus investigaciones en el Lago Kiboko, en el Distrito Fronterizo Noroeste de Zarakal, había viajado a los Estados Unidos bajo el patrocinio de la Fundación Americana para la Geografía para dar una serie de conferencias públicas. Esta parada en Pensacola, una ciudad que no entraba dentro de su itinerario original, se debía supuestamente a su amistad con un militar norteamericano que en una ocasión había visitado las excavaciones del Lago Kiboko con un contingente de la Embajada de los Estados Unidos en Marakoi, la capital de Zarakal. Cualquiera que fuese la razón, Alistair Patrick Blair se encontraba en la Florida septentrional, ahora casi a tiro de piedra, y pronto Joshua y él se verían las caras en el camino de acceso al auditorio.

Después de todo, ¿cuántas veces se dignaba una autoridad en evolución humana famosa a nivel mundial —por no mencionar el único ministro blanco del gabinete de Zarakal— a mostrar sus diapositivas y a otorgar un discurso para una audiencia de habitantes del Condado de Escambia? Según el periódico, jamás. Blair había visitado Miami con anterioridad, pero nunca Pensacola, y Joshua corría al encuentro como un loco.

Durante doce años, desde que empezara a grabar sus viajes astrales en cinta, Joshua había leído y asimilado a conciencia todos los libros sobre el Pleistoceno en África del Este, sobre investigaciones paleoantropológicas y sobre taxonomía humana que habían caído en sus manos. En la mayoría de estos tomos se mencionaba a Blair y se le equiparaba con todos los más destacados buscadores de fósiles y catalogadores que habían aparecido tras la Primera Guerra Mundial, y solo en el último año, el Gran Hombre había consolidado su posición, al menos en términos populares, al ser el invitado del controvertido programa de televisión «Comienzos». Así pues, ¿quién mejor que Alistair Patrick Blair para responder a las preguntas de Joshua, las preguntas de alguien que había visitado realmente los territorios de la época que Blair trataba de reconstruir? Pues nadie. Nadie salvo el paleoantropólogo de Zarakal podría confirmar la legitimidad de los sueños de Joshua.

Llegó a la facultad casi una hora antes de tiempo y se sentó sobre la moto en un lugar del amplio bulevar rodeado de palmeras, desde el que podía ver con claridad las dos puertas por las que se suponía que Blair entraría al auditorio. Su plan fracasaría solo si el Gran Hombre ya se encontraba dentro. Pero esa posibilidad le parecía poco probable. El tiempo de Blair era demasiado valioso como para desperdiciarlo ejercitando sus cuerdas vocales con los funcionarios de la facultad local en un edificio sin aire acondicionado. Llegaría desde algún otro sitio, probablemente con escolta.

El aparcamiento de la facultad comenzó a llenarse, y la gente, ataviada con ropa de verano holgada, se arracimaba bajo el techo del pórtico que había frente al auditorio. El reloj digital de Joshua marcaba las 7:43. Diecisiete minutos más. Se acercaba la puesta de sol. Joshua sacó una pequeña libreta del bolsillo de sus pantalones de trabajo. En la primera página escribió su nombre, dirección y número de teléfono. Después, bajo el número de teléfono, dibujó una diminuta mano de cinco dedos y rellenó el interior con unos apresurados rayones. Una firma de su infancia, una que creía muy apropiada para su inminente encuentro con Alistair Patrick Blair. Arrancó la hoja de la libreta, se limpió las manos sudorosas con el dobladillo de la camiseta, y plegó con cuidado la nota para el paleontólogo. Mucha de la gente que llegaba a la facultad para escuchar el discurso de Blair lo miraba con atención, y de pronto comprendió por qué.

Un gnomo negro con la ropa sucia, sentado en una motocicleta japonesa y

agitando un papel entre los dedos como si quisiera secarlo... No se parecía mucho al aficionado típico a la paleontología, y su presencia cerca de la facultad resultaba, probablemente, una vaga amenaza para algunas de aquellas personas. Un guarda de seguridad que estaba bajo la galería —un corpulento hombre negro— tampoco le quitaba el ojo de encima.

Cinco minutos después, un viejo Cadillac descapotable —una especie de automóvil tan rara en aquellos días que Joshua apenas podía creer que aquél fuera de verdad— se detuvo frente a la puerta lateral del auditorio. A pesar de que la oscuridad era cada vez mayor, Blair era una figura reconocible en el asiento trasero del descapotable. Joshua lo identificó por la frente alta y bronceada, su impresionante bigote blanco y su marca distintiva cuando estaba de gira: una holgada camisa de algodón estampada con diseños tribales. Joshua arrancó la moto y la condujo a lo largo de la avenida hasta la acera paralela al lugar donde se había detenido el Cadillac. Se colocó entre el descapotable y los escalones que conducían a la puerta lateral del auditorio.

—Perdone, señor. Discúlpeme, doctor Blair. Tengo que hablar con usted.

El otro hombre que iba sentado en el asiento trasero —un coronel de las Fuerzas Aéreas con un almidonado uniforme— se incorporó un poco para examinar a Joshua.

—Si tiene una entrada, joven, puede...

—Voy a comprar una en la puerta.

—Bien. Eso es lo que hay que hacer. Puede escuchar la charla del doctor Blair sin hacerle malgastar su tiempo aquí fuera.

—Pero yo...

—Vamos, aparte ese armatoste. Tiene un horario que cumplir y usted nos está retrasando.

Joshua se apartó del descapotable, aparcó la moto bajo una de las palmeras que se alineaban en la acera y se abrió paso a toda prisa entre la multitud para interceptar al paleontólogo en su camino hacia el edificio. Antes de que alguien pudiese separarlo de Blair o echarle la bronca por sus malos modales, colocó su nota en la mano del Gran Hombre y bajó con rapidez los escalones hacia la avenida.

—¡No lo tire! —gritó—. ¡Guárdelo, señor! ¡Guárdelo!

Blair lo observó con curiosidad, se llevó el borde del papel plegado a la frente y, bajo los susurros admonitorios del coronel de las Fuerzas Armadas y de un segundo escolta vestido de civil, desapareció a través de la puerta que había al final de las escaleras.

Una vez dentro, Joshua se colocó contra la pared occidental del auditorio. El corazón le latía con fuerza. Casi con toda seguridad, Blair y sus acompañantes creerían que era un activista político, posiblemente uno de los oponentes al

controvertido acuerdo según el cual los Estados Unidos habían financiado, construido y conseguido el acceso a un par de modernas instalaciones militares en tierras zarakalíes, una base naval en Bravanumbi, en el océano Índico, y una base aérea en el desierto interior. Sin embargo, la política mundial no entraba dentro de los intereses de Joshua; lo que quería era sobrevivir a esa tarde y poder intercambiar unas cuantas palabras en privado con el paleontólogo. Empezaba a arrepentirse de no haberse tomado algo de tiempo para cambiarse de ropa y comer. La mayoría de los que estaban sentados en las sillas plegables de metal dispuestas sobre el suelo de madera del auditorio —que durante el periodo lectivo era un campo de baloncesto— o bien lo ignoraba con deliberación, o bien se preguntaba dónde había dejado la escoba.

A la postre, Blair, el coronel de las Fuerzas Aéreas y otras cuantas personas, se alinearon sobre el estrado, y una funcionaria de la Fundación Americana para la Geografía —una mujer atractiva con un colorido vestido de verano— se colocó frente al atril para presentar al Gran Hombre, que se miraba las rodillas o hablaba en susurros con el coronel mientras la joven pronunciaba su discurso. Cuando concluyó, la audiencia aplaudió con entusiasmo y Blair caminó hacia delante con los brazos extendidos hacia los lados y una sonrisa cautivadora. Tenía alrededor de setenta años, pero seguía siendo vigoroso y seguía disfrutando de la adulación y del trabajo. El estrado había sido cuidadosamente preparado antes de su llegada, con soportes y una pantalla portátil, y se paseó de un lado al otro de la plataforma mientras recitaba de un tirón el prólogo informal de su programa.

Durante más de veinte minutos, con la calva reluciente, el bigote húmedo por el sudor y la camisa empapada, Blair disertó sobre las diferencias existentes entre su valoración de los recientes descubrimientos africanos y las valoraciones de sus principales adversarios en la investigación paleoantropológica del lugar, los Leakey de Kenya. Los Leakey y él eran buenos amigos, confesó, aunque le gustaba burlarse de ellos por su exceso de entusiasmo. A ellos también les gustaba burlarse de él. Blair y los Leakey eran miembros de una gran, testaruda y heterogénea familia: el clan de los paleontólogos expertos en homínidos.

—A pesar de que alguno de nuestros colegas en otros campos se oponen con fervor al hecho, los paleontólogos especializados en homínidos somos asimismo miembros de otra importante familia: la llamada *Homo sapiens*.

Esto provocó una oleada de risas. Joshua se echó a reír con todos los demás, y Blair, alentado, pasó a la siguiente parte de su actuación. El punto clave de esta parte era un elocuente apóstrofe a la réplica en yeso del cráneo de un homínido que Blair, rodeado de mucha controversia, había denominado *Homo zarakalensis*. Había descubierto el cráneo original de esa réplica dos años atrás en sus excavaciones de Kiboko, y su a menudo ridiculizada afirmación consistía en que el *Homo zarakalensis*, u Hombre de Zarakal, representaba otra forma diferente de homínido

inmediatamente anterior al *Homo erectus*, la especie que había mutado de forma gradual para convertirse en el primer y auténtico representante del *Homo sapiens*. En otras palabras: el hombre de Zarakal, un antiguo poblador del propio país de Blair, era el primer homínido merecedor de la poco científica descripción de «humano». Los Leakey afirmaban que el *H. zarakalensis* —un término que Richard utilizaba de forma invariable entre comillas o en cursiva— pertenecía en realidad a la especie ya conocida como *Homo habilis*. De hecho, Richard Leakey había argumentado de modo convincente que Blair había creado una especie entera a partir de un cráneo fragmentado, un chupito de *whisky* irlandés y una pizca de chovinismo zarakalí. De ser así, no se podía decir que Blair fuese el primero. Los paleoantropólogos parecían genéticamente destinados a figurar en los medios.

En aquel momento, como Hamlet en la escena del cementerio, Blair sujetaba el cráneo de yeso y se dirigía a él con enorme sentimiento:

«¡Ay, pobre Richard!
Tu cráneo ha permanecido enterrado
tres millones de años,
y varios e insustanciales siglos por añadidura.
Tú eras un compañero de limitada inteligencia,
pero lo bastante sagaz
para ensombrecer
a los brillantes Leakey.
El afamado *habili*.
a quien ahora descubrimos
en la estacada,
no es ningún meditabundo
precursor nuestro,
ni germen del genio,
ni modelo de Rodin...
Sino simplemente, este *habili*.
un simio erguido
de la especie australopitecina».

El Gran Hombre hizo una pausa, clavó los ojos en las cuencas vacías de la calavera, y comenzó a declamar de nuevo, con su profunda voz de bajo resonando en el viejo auditorio como el sonido del mar:

«Oh, Richard, Richard.
Zopencos tocayos

los de mi llorado colega.
Hijo testarudo,
tú has zarandeado
de nuestro zarandeado árbol genealógico
no solo a los habilinos, sino a los monos australes
tanto del tipo robusto como del grácil.
Y, a pesar de que un mono con cualquier otro nombre,
necesite, tal vez, hacer monerías con
nuestra nomenclatura,
aquí te anuncio, abatido Richard,
mi afirmación de que este cráneo
y no tu hermano
Leakey de las coladas de lava del Koobi Fora,
es nuestro más antiguo padre en la línea del hombre mono,
predecesor del *H. erectus* en el ascenso
a nuestros *sapiens*.
¡Ay, pobre Richard!
El *habilis* ha sido depuesto, además de muerto,
en las ancianas ruinas
de esta fría caja craneal.
¡Larga vida al sucesor, el Hombre de Zarakal!».

Un hombre con talento para el espectáculo. A pesar de que ese rimbombante discurso pseudo-shakespiriano no tendría mucho sentido para algunos de los que estaban allí, inspiró risas ocasionales y una cascada de aplausos al final.

Blair le dio un beso en la frente a la calavera, volvió a colocarla sobre la mesa de la que la había cogido al principio e hizo un gesto para que apagaran las luces del auditorio. Una vez hecho esto, se dispuso a narrar una colorida y comprensible sesión de diapositivas que intercalaba fotografías panorámicas de las excavaciones del Lago Kiboko con primeros planos de descubrimientos fósiles recientes, la vida salvaje nativa y de muchos de sus asistentes en el lugar. Confesó que gran parte del trabajo, incluso en un yacimiento paleoantropológico fructífero, era francamente aburrido y que él no era de esas personas que disfrutaban con entusiasmo al deambular por las coladas de lava a temperaturas de treinta y ocho grados centígrados. Además, ya no tenía paciencia para el laborioso y arriesgado trabajo de limpiar un descubrimiento fósil *in situ*. Los jóvenes tenían manos más firmes para eso.

A continuación, algo que Joshua no había esperado, se proyectó una serie de diapositivas de pinturas, unas minuciosas reconstrucciones de animales del Pleistoceno, de una prominente artista zarakalí. A pesar del calor, Joshua comenzó a

temblar. Era extraño darse cuenta de que esa artista, trabajando sobre fragmentos de huesos e imaginativas sospechas taxidermistas, había tratado de dar forma a la asidua materia protagonista de sus sueños. ¿Con cuánta precisión había llevado a cabo la tarea? De hecho, ¿acaso había conseguido llevarla a cabo? Joshua era la única persona de las cercanías, sin exceptuar a Alistair Patrick Blair, que sería capaz de decirlo.

—Primera diapositiva, por favor.

Apareció en pantalla un fantástico miembro del género de ovinos o bisontes llamado *Pelorovis olduvaiensis*. Tenía unos enormes cuernos retorcidos que medían, según Blair, tres metros de punta a punta. Joshua había leído sobre ese animal, pero nunca se lo había encontrado durante sus recurrentes paseos talámicos al Pleistoceno y, por tanto, no podía sacar conclusión alguna acerca de la precisión del retrato. Sin embargo, se sintió como mareado, como si hubiera soltado parte de la carga de semejantes cuernos sobre la criatura de la pintura.

—Siguiente diapositiva.

Ésta era de un *Hippopotamus gorgops*, con sus prominentes arcos ciliares y sus ojos periscópicos. Joshua lo reconoció gracias a sus sueños, y la artista había dibujado de forma experta el estrabismo de ojos saltones típico de todo el clan de estos hipopótamos.

Siguieron más diapositivas: jirafas con cornamentas que recordaban a las de los alces norteamericanos; babuinos gigantes, jabalíes verrugosos gigantes, hienas gigantes; elefantes primitivos conocidos como dinoterios, con sus cortas trompas y sus colmillos curvados hacia atrás... Si bien los dibujos de esos animales estaban cerca de conseguir una precisión absoluta —y algunas veces así lo hacían—, por lo general fallaban al interpretar algún aspecto de la piel o el pelaje: el color, la textura, las marcas, la longitud. Errores absolutamente comprensibles. Joshua estaba abrumado por la clarividencia de la artista.

—Siguiente diapositiva.

Unos animales cheposos, con crines y hocicos semejantes a los de los caballos, aparecieron en la pantalla. La mujer había coloreado las crines de castaño oscuro y los cuerpos con ese marrón claro tan peculiar de los leones africanos. Las criaturas tenían cuellos moderadamente largos, y Blair, después de ejecutar un exagerado redoble, invitó a los asistentes a que le dijeran qué eran en realidad aquellos extraños cuadrúpedos.

—¡Jirafas! —gritaron algunas personas.

—¡Antílopes! —vociferaron otras.

—¡Una especie de caballo! —gritó un niño.

Blair, apenas visible junto a la pantalla, levantó la mano.

—Bueno, realmente se trata de una variedad de ungulados (es decir, mamíferos

vegetarianos con pezuñas), como todos los animales que han nombrado. Pero echen un vistazo más de cerca de esta hipogrífica jirafa. Nadie parece haber notado su más distintiva y, quizás, extraña característica.

—Garras —dijo Joshua para sí. Alguien al fondo del auditorio gritó la palabra con ganas.

—Tiene razón. —Blair se colocó delante del rayo de luz del proyector y dio unos golpecitos en los pies de unos de los animales que aparecían en la pantalla—. Muy bien. Sin embargo, nadie le ha dado aún un nombre a nuestra... jirafa hipogrífica. ¿Cuál es el problema? ¿Es que nadie de por aquí quiere sacar a estos pobres camaradas del anonimato, si no de la extinción? Ya saben que deben tener un nombre.

Joshua dijo:

—Son calicoterios.

Pronunció la palabra con claridad y corrección: ca-li-co-TE-rios. Siempre había creído que era un término magnífico. Su respuesta pilló de sorpresa a Blair.

—Vaya, un paleontólogo hecho y derecho en la sala —dijo el Gran Hombre, escudriñando la penumbra crepuscular de la estancia—. O, tal vez, un adicto a los crucigramas.

La audiencia se echó a reír.

—No, no, no pretendía hacer un chiste. Les ruego que me respondan: ¿quién de los presentes ha hecho sus deberes? Esa alma diligente y perspicaz merece que se diga su nombre en alto. Creo que sería lo justo que se anunciara él mismo. Vamos, hable.

Joshua dijo:

—Mi nombre, mi dirección y mi teléfono están en su bolsillo, señor.

Desconcertado por semejante aseveración y quizás por el recuerdo del joven que lo había acosado en el exterior de la sala, Blair fue incapaz de localizar a Joshua.

—Parece que nuestro experto me ha ofrecido una tarjeta de embarque, ¿no les parece?

La audiencia rio entre dientes con vacilación ante su ingeniosa réplica, y el Gran Hombre se dio la vuelta hacia la pantalla. Joshua notó que se daba golpecitos en el bolsillo del pantalón, como si tratara de asegurarse de que todavía guardaba esa nota con la dirección. Parecía temer que se hubiese transformado en algo desagradable, como una hernia o una granada de mano.

—Calicoterio significa ‘fósil animal’ —prosiguió Blair con cautela, dirigiéndose de nuevo a la sala—. Me sabía una cancioncilla sobre esta criatura. Según creo, era algo así:

«El calicoterio, esa bestia vulgar,
usaba sus garras para darse un festín natural

y con cornamenta pero sin etiqueta
cayó en la horripilante y darwiniana brocheta.
Con el fin de evitaros semejante final,
al comer, el tenedor y no los pies debéis usar».

Aquello fue bien recibido. Blair había vencido un momento de perplejidad recurriendo a esa especie de espectáculo que sin duda le había dado tan buenos resultados en el pasado. La artimaña devolvió la voz de Joshua Kampa al olvido y permitió una fácil transición al discurso puro y duro:

—El barón Cuvier, el padre de la Paleontología moderna, afirmaba que cualquier animal con unos clientes similares a los del calicoterio y que mostraba patrones de erosión indicativos de una dieta vegetariana... bueno, según él, cualquier animal de ese tipo debía tener pezuñas sin lugar a dudas. El término determinante aquí, por supuesto, es el «debía», ya que a la postre, el pobre barón fue traicionado por la prodigalidad e imprevisibilidad de la Madre Naturaleza.

»Cuvier murió en 1832. El descubrimiento de los restos de un calicoterio, no mucho más tarde, demostró que estaba completamente, repito, completamente equivocado. Allí estaba un herbívoro con unas garras descomunales, y nadie podía explicar de forma satisfactoria para qué las utilizaba la criatura. La especulación más aceptada es que el calicoterio extraía raíces y tubérculos del suelo con las uñas y, por tanto, ocupaba un nicho ecológico muy diferente al de la mayoría de sus hermanos ungulados.

—También comía carne —dijo Joshua en voz bastante alta.

—¡Santo cielo! —murmuró Blair. Ante sus insistentes gestos, las luces se encendieron de nuevo y, mientras se protegía los ojos con una mano, Blair examinó la multitud en busca de su molesto meticón—. Ésa, me temo, es una asunción bastante ridícula.

—Me limito a hacer una simple declaración de los hechos.

Blair, que finalmente había localizado a Joshua, dejó caer su mano de la frente y se dirigió al joven y experto advenedizo.

—Los patrones de desgaste microscópico de los dientes del calicoterio de los que disponemos para nuestras investigaciones no apoyan esa «simple declaración de los hechos».

—Entonces es posible que haya estudiado un maldito cliente de calicoterio equivocado, señor. Los he visto comiendo carroña, utilizando sus garras como una civeta o una poderosa hiena.

—¿Que los ha visto? —El Gran Hombre se mostraba todas luces incrédulo.

Joshua se colocó los brazos alrededor de la cintura, como un paciente con una camisa de fuerza. Un fotógrafo del *News-Journal* se levantó de una de las sillas de

metal, bajó hacia la parte delantera de la sala, y accionó el flash delante de los ojos. El hombre tomó otras fotografías en distintos ángulos.

—Sí, señor —dijo Joshua mientras parpadeaba, con un notable temblor en la voz—. Lo que quiero decir es que...

Se había equivocado al decir aquello en voz alta, pero no quería retractarse. La multitud, se daba perfecta cuenta, estaba en su contra. Ser una de las pocas caras negras reunidas en la sala no conseguía buenos resultados a la hora de hacerse querer entre los indignados partidarios de Blair, pero desafiar al Gran Hombre en público era la más atroz de las ofensas. Joshua podía sentir que sus miradas lo atravesaban como imperceptibles dosis de radiación. Un negrata chiflado les había aguado la fiesta.

—Lo único que digo —continuó, sintiendo el calor— es que el calicoterio no es ni de cerca lo que ustedes, con sus microscopios y sus calibres, han imaginado. Eso es todo lo que digo. ¿Eso es una herejía tan aborrecible?

—¡Siéntese! —gritó un hombre situado en medio del auditorio—. ¡Cierre la boca y siéntese!

Un quedo murmullo de aprobación siguió a aquella sugerencia. Cuando Joshua se negó a amilanarse, no obstante, los murmullos se transformaron en silbidos.

—¡Nada de insultos ni vituperios! —rugió Blair desde el estrado—. ¡Los insultos y vituperios deben reservarse para los científicos que tratan de resolver las implicaciones de dos teorías conflictivas! ¡Este joven y yo somos científicos, y somos bastante capaces de insultarnos y vituperarnos el uno al otro si su impertinente ayuda!

La sala guardó silencio a regañadientes.

—Quizás debería señalar —prosiguió Blair como la voz de la razón— que muchos de los pueblos del este de África, miembros de distintas tribus modernas, tienen leyendas sobre una criatura llamada «oso Nandi». Se supone que no es tan grande como los animales descritos aquí. —Dio unos golpecitos sobre las imágenes de la pantalla—. Pero tiene la misma espalda gibosa y, de acuerdo con la leyenda, come carne además de vegetales. Siempre me ha dado la impresión de que hay una conexión entre el oso Nandi y estas criaturas prehistóricas. Pero es un hecho, me temo, que jamás llegaremos a conocer todo lo que hay que saber sobre los animales extintos.

—El color también está mal —insistió Joshua haciendo un gesto a los calicoterios de la pantalla—. Jamás los encontrará con ese trillado amarillo león. Tienen unas hermosas rayas. Marrón sobre beige en unas V onduladas que apuntan hacia las ancas.

—¿Podemos echarlo de aquí? —gritó otra voz y la corriente subterránea de quejas se convirtió en una erupción de improperios y abucheos.

Aunque Blair había optado por mostrarse amable e indulgente, esa gente había pagado una entrada de tres dólares para escuchar su discurso, no el de un pigmeo

desconocido con aires de infalibilidad antropológica. Joshua no los culpaba por querer echarlo de allí, pero era incapaz de quedarse callado. Aquellas pocas horas en Pensacola debían marcar un punto de inflexión en su vida, un punto largo tiempo aplazado, y no iba a rendirse ante su hostilidad.

—Y otra cosa, doctor Blair: el *Homo zarakalensis* no es más que un invento de su imaginación, tal y como dice Richard Leakey. —Joshua se dio cuenta de que el guardia de seguridad que estaba al fondo de la sala se encaminaba ahora hacia él—. El *zarakalensis* es un habilino, al igual que los homínidos descubiertos por el hijo de Louis Leakey en Koobi Fora, en Kenya. Y usted lo sabe, señor.

Los abucheos se intensificaron y el guardia de seguridad, el mismo negro imponente que lo había mirado antes, lo agarró del brazo.

—Ya basta —dijo en voz baja—. Creo que ya ha dicho lo que quería.

Con un asimiento tan implacable como el de un grillete, el guardia condujo a Joshua fuera del auditorio bajo la abrumadora cadencia de los aplausos.

—Este joven no solo es capaz de ver el pasado —le gritó Blair a la audiencia mientras, al parecer, trataba de acallarla de nuevo—, ¡también es capaz de ver el interior de las mentes de ancianos monumentos como yo!

Esas fueron las últimas palabras de Blair que Joshua escuchó aquella noche.

Durante una época de sequía

Una mañana, nos despertamos y nos encontramos con que Alfie estaba desmantelando su cabaña y arrojaba al viento los puntales y el tejado de paja. Jamón y Jomo, al ver lo que hacía, trataron de seguir su ejemplo, pero Alfie lo impidió. Aunque no mostraba escrúpulos a la hora de derribar su cabaña, al parecer quería dejar unas cuantas viviendas intactas a modo de señuelo. Las cabañas detendrían tanto a los depredadores como a cualquier otro grupo de homínidos en busca de un hogar, ya que al verlas, enemigos y amigos por igual, pensarían que los constructores no tardarían en volver a ocupar sus moradas. Gracias a esta estratagema, iríamos por delante de algunos de nuestros competidores, o al menos eso era lo que nos daba a entender Alfie.

Era hora de seguir el ejemplo de los ratones arbóreos, las cebras, las gacelas, los ñúes y el resto de los hijos de Ngai. En aquel lugar no había caído ni una sola gota de lluvia en cuatro o cinco meses; tan solo las mangostas, los damanes, los topos, los lagartos, los saltamontes y las serpientes encontrarían acogedora esa zona de la sabana, dado su estilo de vida. Lo mejor para nosotros sería decir *adieu* a Nueva Elenburgo.

Nos pusimos en marcha. Hacía semanas que ni siquiera se me pasaba por la cabeza la idea de volver al Lago Kiboko, aunque sí había considerado muy seriamente la posibilidad de convertirme en un verdadero homínido y despojarme de lo que me quedaba de ropa. No obstante, tanto los pantalones cortos como las botas todavía se me antojaban indispensables. Los bolsillos del primero daban cabida a muchos objetos útiles, y las destrozadas botas llevaban tanto tiempo en mis pies que los callos que aparecieran durante mi entrenamiento de supervivencia ya llevaban largo tiempo desaparecidos. Junto con el calzado y los pantalones, llevaba mi 45 en su sencilla funda. Mi chaqueta de camuflaje había sido utilizada para construir un improvisado trineo sobre el cual poder trasladar la mochila, la cartuchera y un hatillo formado por una piel de antílope sin curtir que contenía melones, tubérculos, nueces y bayas que Elena y yo habíamos recolectado durante los últimos días. Dado que no quería renunciar a todo mi pasado para alcanzar la poco ventajosa inocencia de nuestros ancestros pleistocénicos, conservé los pantalones.

Una decisión muy meditada, pero apresurada en última instancia.

Nos mudamos de forma organizada, con las mujeres y los niños en el centro del grupo, rodeados por los hombres. A pesar de haberse unido recientemente a mí, Elena seguía interpretando un papel masculino. Al igual que Alfie, Jomo y Fred, esgrimía

un pesado cayado de madera de acacia. Malcolm, Roosevelt y Jamón llevaban, casi con adoración, unos huesos de antílope pulidos a modo de garrotes, mientras que yo, que confiaba en mi pistola y en las artes marciales de los demás, tiraba del trineo como si fuese un miembro más de la hermandad de mujeres itinerantes.

Una vez nos adentramos en la sabana, me di la vuelta y contemplé Nueva Elenburgo. A pesar de la distancia, vi a un buen número de seres bípedos que pululaban sobre la cumbre de la colina y alrededor del parapeto de piedra, justo delante de las cabañas que acabábamos de abandonar. Le señalé las figuras a Elena. Ella ladeó la cabeza y estudió la actividad de esos seres durante un buen rato. Nadie más parecía estar interesado, de modo que seguimos adelante. No obstante, seguí deteniéndome a intervalos regulares para girarme y observar la colina. Al final, las diminutas siluetas que se movían a toda prisa por el poblado bajaron hasta la llanura y desaparecieron por completo de mi vista. Yo tenía la inquietante sensación de que esas criaturas nos estaban siguiendo.

Llegamos al baobab donde dejáramos a Genly. Jamón entonó un cántico largo y lastimero como recuerdo, que asustó a varios de los niños, pero no descubrimos indicios ni de nuestro compañero fallecido ni del leopardo que había devorado sus restos. Me preocupaba que, en respuesta a la llamada de Jamón, el leopardo pudiese regresar asumiendo que le habíamos traído otra ofrenda. A todas luces, el resto de los mínidos también lo pensó, ya que no permanecemos mucho rato al refugio del baobab, sino que continuamos nuestra caminata hacia el Sudeste, en dirección a la montaña.

Esa misma tarde me descubrí recitando mentalmente —con las alteraciones debidas a las circunstancias— un poema que yo mismo había compuesto en Fort Walton Beach, Florida, después de un viaje astral especialmente intenso. En aquella época, trabajaba durante el día para la Gulf Coast Coating S.A. de Tom Hubbard, buscaba información sobre el Pleistoceno en la biblioteca pública por las tardes y, cada cuatro o cinco noches, experimentaba mis extraños sueños. Tenía diecinueve años cuando lo escribí y jamás se lo enseñé a nadie, ni siquiera al gran Gene Curtis, mi compañero de camión.

No obstante, en esa ocasión decidí recitárselo en voz alta a los mínidos que descansaban, ya fuera sentados o tumbados, bajo las higueras y acacias que bordeaban la pequeña hondonada en la que nos habíamos detenido.

—Se titula: «Para los habilinos que han conquistado mi corazón» —dije al tiempo que me paseaba de un lado a otro del claro para declamar mi poema de dos millones y siete años de antigüedad a la manera de Alistair Patrick Blair en mitad de su imitación de Richard Burton en un acto organizado por la Fundación Americana para la Geografía con el fin de recaudar fondos. En mi defensa diré que puse toda mi alma

en las palabras y que los mínidos me escucharon en absorto éxtasis:

«Vuestras madres os abandonaron
en polvorientos valles sin nombre.
Como chacales, vuestros padres deambularon
en la periferia de la extinción.
Nadie sabe muy bien
cómo llegué hasta vosotros.

Vuestro sol es un corazón de gacela
que late en lo alto del cielo.
Y os afanáis en descubrir
cómo abrir sus ventrículos.
Carroñeros como sois, solo me habláis
de vuestros apetitos.

Incauto, os pregunto sobre Pangea
y su prole postmitótica.
Vuestros conocimientos han dejado huérfanas
a Laurasia y Gondwana.
La intemperancia de África
os ha esculpido según sus necesidades.

El lenguaje comienza a florecer
en el lóbulo izquierdo del cerebro femenino.
Los machos cazan habilidosos conocimientos
en las extintas sabanas.
Los nacimientos siguen resistiéndose
a ser una labor compartida.

Hacéis utensilios con forma de plectros
para futuros laúdes.
Mi navaja es una conquista
no menos compleja que la televisión.

Una rítmica melodía redobla
sobre nuestro desértico río.
Mi asombro se desliza en silencio
por nuestros austeros festejos comunitarios.

Juntos, abrimos el caparazón de los cangrejos de río

y sorbemos huevos crudos.
Nuestro artilugio más preciado
es la delicada compasión del grupo.

Lo que hacéis de mí no es más
que lo que los milenios han logrado.
Mi sofisticación es tan solo un fósil
de un estrato futuro mucho más frío.
¿Acaso soy el último anacronismo
hacia el cual os dirigís?».

Sí, en absorto y espeluznante éxtasis. No hubo ningún aplauso cuando llegué al final, pero tampoco me abuchearon ni me abandonaron; y, al sentarme junto a Elena para acomodarme para pasar la noche, ella me rodeó los hombros con un brazo y se acurrucó más cerca de mí.

El amanecer no arrancó ningún himno reverente de labios de los habilinos. Todavía medio dormidos, nos desperdigamos por los alrededores con el fin de buscar algo para desayunar y desentumecer los miembros. Encontramos algunas larvas, un escorpión o dos, fruta seca y unos cuantos cangrejos diminutos en las erosionadas orillas del curso del río. Aunque eché en falta los cánticos, sabía que lo principal esa mañana era no alertar de nuestra posición ni proclamar como capital transitoria el lugar donde nos encontrábamos. Éramos nómadas, y nuestro desarraigo nos había afectado a todos, dejándonos una sensación de lánguida tristeza.

Aún me preocupaba la sombra de una complicación que se había iniciado el día anterior. Tras nosotros, en dirección Nordeste, un misterioso grupo de criaturas bípedas seguía pisándonos los talones. Entorné los ojos para mirar hacia el Este; acababa de salir el sol y apenas pude distinguirlos mientras se movían entre los espinos, ya que se asemejaban a fantasmas que flotaran, transparentes y distantes, en la bruma del espejismo que conformaban. Elena también los vio. Ella siguió mirando por encima del hombro a medida que avanzábamos con el fin de echar un vistazo a los fantasmas, pero éstos se habían fundido con el paisaje y resultaba imposible distinguirlos. No tardé mucho en olvidar el miedo que me provocaban esas apariciones; sin embargo, no pude librarme del molesto hormigueo que me producía su presencia. Sin duda alguna, estaban allí; y, también sin duda alguna, nos estaban siguiendo.

Poco después del mediodía, Roosevelt se detuvo e hizo un extraño gesto a modo de zarpazo con el brazo. El resto de los mínidos también se detuvo, y los cazadores intercambiaron una serie de miradas cargadas de significado, la mayoría de las cuales

me resultaron indescifrables. Delante de nosotros se alzaba un grupo de árboles, como un inmenso paraguas verde sobre un desierto de hierba seca. Roosevelt nos condujo a través del bosquecillo hasta que dos extraños animales que trabajaban a la sombra alzaron sus también extrañas cabezas y, conscientes de nuestra presencia, dejaron escapar unos extraños bufidos. No echaron a correr, sino que se limitaron a mirarnos con suspicacia, por lo que comencé a pensar que acabábamos de irrumpir en una ilustración sacada de un bestiario apócrifo.

Traté de contener el aliento.

Los animales eran dos calicoteros. Su simple presencia reivindicaba mis sueños. La tierra seca salpicaba sus hocicos equinos y sus patas tenían un aspecto desmesuradamente grueso y pesado. Sin embargo, sus vivarachas orejas y ese pelaje tan desconcertante despertaban la admiración del observador. Los animales habían estado escarbando con las garras en la base de un árbol, excavando con furia, y nuestra llegada había interrumpido su búsqueda de tubérculos. A pesar de haber visto a esas criaturas en algunos de mis primeros viajes astrales, ese día yo era un aventurero que acababa de darse de bruces con un reino encantado lleno de dragones y unicornios. ¿De verdad estaba teniendo lugar semejante encuentro? La extinción confería a los seres del pasado el mismo estatus mitológico que la imaginación asigna a los que jamás han existido.

Por desgracia, los mínidos tenían una perspectiva muy distinta sobre el asunto. Alfie se acercó a mí, puso la mano sobre la funda de mi pistola y me indicó por señas que debía sacarla y disparar. Habíamos comido muy poca carne desde nuestro cerdo asado a la cabaña y el grupo creía apropiado acabar con esos calicoteros. Yo no. Su escaso número sugería que iban camino del Reino de las Hadas y me negaba a ser yo el que precipitara ese viaje, incluso en ese simulacro de pasado al que me había enviado el Esfinge Blanca. Según mis conocimientos, esos dos animales bien podían ser los dos últimos ejemplares que quedaran en el mundo. En mi mundo y en el suyo.

—No —le dije a Alfie—. Joder, no.

Al escucharme, los animales bufaron otra vez, tropezaron entre ellos y galoparon hacia el Este, moviéndose como torpes bailarinas sobre las puntas de sus incongruentes garras. En una ocasión, no hacía tanto tiempo, ante una audiencia de tamaño considerable en Pensacola, le había dicho a Blair que había visto a los calicoteros comiendo carne. Mentí, pero mi principal motivación no era avergonzar al Gran Hombre, sino sacudir la fe que depositaba en sus ideas preconcebidas y asegurarme de que me recordara. Y también, al desinflar primero el dogma del vegetarianismo de los calicoteros, esperaba haber dejado clara mi imparcialidad al arremeter contra la errónea teoría de Blair sobre la evolución humana. Si iba a tacharme de agitador e iconoclasta, quería que comprendiera al menos que yo estaba más que dispuesto a aceptar nuevas ideas sobre los altares que incineraba y los ídolos

que aplastaba.

En ese momento, al contemplar la huida de los calicoterios, me sentí avergonzado por haber mentido sobre ellos. Al igual que los unicornios y los dragones, esos animales eran mentiras que personificaban una realidad desequilibrada. Si hubiera podido echarle el lazo a una de esas encantadoras criaturas falsas, embridarla y montarla, habría sido un sueño hecho realidad. De hecho, al ver que se detenían y nos miraban como si estuviesen abandonado su pequeña morada de mala gana, me asaltó una repentina y poderosa sensación de pérdida. De haber sido un mago o una virgen, pensé en ese momento, podría haber domado a los calicoterios y comunicarme con ellos.

Elena se adentró en la arboleda que los animales acababan de abandonar. Examinó el terreno mientras se paseaba por el lugar casi con indiferencia. De pronto, se arrodilló no muy lejos de los agujeros que los animales habían hecho y cogió con cuidado lo que para mí no eran más que terrones sueltos de tierra. Sin embargo, cada pocos segundos, apartaba los dedos como si se hubiese pinchado con una espina. Como nos picaba la curiosidad, el resto del grupo nos acercamos a la arboleda para ver lo que sucedía.

Los animales de mis sueños, según descubrí, tenían estómagos e intestinos. Puesto que habían vivido en el lugar el tiempo suficiente como para cubrir el suelo con sus excrementos, estas deposiciones habían atraído a una especie de escarabajo coprófago que se dedicaba a deshacer todos y cada uno de los restos. Los escarabajos separaban las briznas de hierba del estiércol, les daban una forma circular y hacían girar estas pelotas para enterrarlas en otro lugar. Teniendo en cuenta la escasez de mis bestias fósiles, era bastante probable que esa variedad de coprófago no estuviera adaptada de modo exclusivo a los excrementos de calicoterio. No. Esos escarabajos eran oportunistas. Se habían trasladado al bosquecillo con semejante velocidad y determinación porque las cosechas eran escasas en todos sitios y habían tenido la fortuna de estar en las cercanías de ese lugar.

La causa de los repentinos movimientos de los dedos de Elena se había revelado a sí misma. Trataba de sacar un escarabajo de un trozo de estiércol ya casi deshecho, pero el pequeño demoledor se negaba a cooperar, retrocediendo sobre sus cuatro patas traseras. Parecía un triceratops en miniatura al que le hubieran añadido un par de extremidades más, y no dudaba en utilizar sus cuernos, sus mandíbulas y sus patas delanteras para librarse de los dedos de Elena. Entre batalla y batalla, el animal devolvió su atención a la bola de estiércol, como si la persistencia de mi novia fuese más una molestia que un motivo de alarma. Por fin, Elena lo agarró por su quitinoso tórax y lo alzó en el aire.

Mientras yo me limitaba a observar, los restantes mínidos se diseminaron bajo los

árboles en busca de sus propios escarabajos. Lo más jóvenes del grupo —Jocelyn, Groucho, Bonzo y Pebbles— decidieron aturdir a los insectos golpeándolos con los nudillos, el mismo método que yo utilizara en una ocasión para capturar al escorpión, pero los demás intentaron agarrarlos por las placas córneas que tenían tras la cabeza. Se produjo una competencia feroz por hacerse con el ejemplar más grande, pero la meta de todo aquello, al parecer, era el prestigio de la posesión, no el hecho de saciar el apetito entre comidas. Nadie se apresuró a devorar los escarabajos que encontraban. Al contrario, los mínidos se dedicaron a empujar a sus cautivos por el suelo, a sostenerlos en alto o darles la vuelta para ver cómo forcejeaban sobre el caparazón para ponerse de nuevo en pie.

Finalmente, hice a un lado los escrúpulos de excavar en un montón de excrementos —de todos modos, pocos me quedaban ya por superar— y me senté para dedicarme a la pesca del escarabajo. Atrapé uno más pequeño que el de Elena; uno de caparazón negro-azulado y cuyas patas estaban cubiertas con una especie de plumillas. El bicho se pavoneaba sobre la palma de mi mano y me obligaba a separar los dedos cada vez que intentaba cerrar el puño. No me iba a resultar fácil transportar el escarabajo cuando reiniciáramos la marcha, y me pregunté si los habilinos dejarían atrás a sus mascotas cuando abandonáramos el lugar.

«Mascota». Una interesante palabra que parecía del todo adecuada en semejante contexto. De hecho, pensé que podría establecer una teoría según la cual los primeros acompañantes no primates de nuestros ancestros no fueran los perros que se aprovecharan de las sobras, sino escarabajos que se aprovecharan de sus «otras» sobras...

La actividad que se desarrolló en el claro poco después me indicó que no muchos mínidos estaban dispuestos a abandonar sus capturas. Varios adultos, y casi todos los niños, llevaban los escarabajos metidos en los nidos de pájaros tejedores que utilizaban como cestas, encerrados con resquemor en los puños o colgados de los hilos que había sacado de la parte superior de mis calcetines.

Yo fui más allá, en consideración a Elena. Corté un trozo de sedal que llevaba guardado en el equipo de supervivencia y lo até alrededor del tórax de su escarabajo. Los escarabajos peloteros, como habéis podido comprobar, se habían convertido en el mejor amigo de un habilino, mascotas que incluso podían ser usadas como vivaces joyas iridiscentes. Elena se colgó el coprófago en la oreja izquierda. Enganchado a un trozo de sedal doble de no más de cinco centímetros, el bicho no paraba de girar y forcejear. Cada vez que se le enredaba en el pelo, ella lo agitaba hasta liberarlo y lo miraba de soslayo para observar sus movimientos. Yo enganché a mi mascota en el broche de la funda de la pistola, pero los mínidos envidiaban a Elena mucho más que a mí. Cuando continuamos nuestra marcha, quedó claro que la admiración recibida, al parecer, era suficiente recompensa por las inconveniencias que ocasionaban los

forcejeos del escarabajo. Elena era la beldad de nuestra apática expedición.

Si bien este tipo de vanidad había llevado al hombre al punto de someterse a escarificaciones, pies vendados, polisiones y esmóquines, esa tarde me resultaba imposible mirar con malos ojos el pequeño triunfo de Elena. Sin embargo, tres o cuatro horas después, cuando vi cómo arrancaba el insecto del sedal y se lo metía en la boca como si de un bombón se tratara, me dejó estupefacto.

Los habilinos jamás perdían esa desconcertante habilidad para poner mis ideas preconcebidas patas arriba, y Elena no era menos.

Ese mismo día, bastante más tarde, liberé a mi escarabajo y lo arrojé a la sabana. Si era trabajador, sobreviviría. Aquéllos que basan su supervivencia en la mierda de los demás, rara vez perecen. Hablando en términos ecológicos, son las criaturas elegidas por el universo... ya que, por regla general, hay una gran cantidad disponible de lo que necesitan para perpetuar su estilo de vida.

Nueva York, el Bronx

Abril de 1979

Se despertó con la débil e insegura cadencia de la voz de un niño: su propia voz, tal y como sonara cuando tenía diez u once años.

«... un par de ojos. —Oyó decir a su yo más joven—. No soy más que un par de ojos y esta gente a la que estoy observando (parecen personas normales, pero a la vez son diferentes) no puede verme. Son muy peludos, pero bajo el pelo no llevan nada. Las mujeres...».

Tres años después de la muerte de Hugo, Johnny aún no se había acostumbrado del todo a despertarse en el apartamento que su madre tenía en la octava planta de un edificio con vistas al río Hudson. El edificio le recordaba a un enorme panteón atravesado por celdillas de termitas. Una mañana, había descorrido las persianas venecianas y había alcanzado a ver un cadáver hinchado que flotaba río abajo. Y era incluso peor despertarse en el apartamento por la noche.

Sobre todo si había estado soñando con jirafas y gacelas, con habilinos y ñúes prototípicos. En esos momentos, le dolía darse cuenta de que las playas de Florida no se extendían tras la pared; ni las playas ni los maizales de Kansas ni las deshabitadas praderas de Wyoming. Nada familiar que le proporcionara un sentido de realidad. Por supuesto, nunca había sido capaz de quedarse en el África Oriental del Pleistoceno, pero últimamente, cada vez que regresaba de uno de los viajes astrales era como si lo abandonaran a las puertas de un orfanato infernal. Los respiraderos de la calefacción del apartamento producían el mismo siseo que podría escucharse de fondo en el laboratorio de un herpetólogo, y el ruido de las sirenas en las calles se alzaba por encima de cualquier otro sonido, como el de los anuncios de la temporada de ópera, plagados de florituras vocales. En la imaginación de Johnny, el respetable Riverdale era un paisaje más saurio que urbano.

«... comen la carne directamente con las manos. No sé qué clase de carne, porque ya la estaban comiendo cuando empecé a mirar. Los bebés, y los niños mayores, intentan que los hombres les presten atención. Quieren...».

¿Qué estaba pasando? Vestido tan solo con sus calzoncillos de Fruit of the Loom, Johnny echó a un lado las sábanas, bajó los pies descalzos al suelo y ladeó la cabeza. Estaba escuchando un extracto de la grabación de su diario de sueños, la crónica de sus viajes astrales. Era un fragmento que había grabado no mucho después de abandonar la compleja simbología de sus notas en pro de la comodidad de la transcripción oral. Desde su décimo cumpleaños, cuando le regalaron la grabadora, había recogido todos sus viajes astrales en cinta. Las cintas, casi una docena, estaban

guardadas en una caja de zapatos, de la misma forma que otros niños guardaban sus cromos de béisbol.

Eran las 2:27 de la madrugada. Eso decía su reloj digital, otro regalo de Hugo.

Encendió el flexo que colgaba de la cabecera y caminó sin hacer ruido hacia el armario. Encontró la caja de zapatos, medio oculta por una bota de senderismo y un par de deportivas; en la caja, tan pulcramente alineadas como si siguieran el Sistema Decimal Dewey, había once cintas. Los símbolos con los que había decorado a forma de código cada pequeño libro parlante le indicaban que eran las originales, no ingeniosas copias realizadas para despistarlo.

«... los rodean con los brazos. Algunas les dan carne a los niños cuando los hombres se la dan a ellas para que lo hagan. Son familias, bueno, o algo así. Comen juntos, pero normalmente...».

Su propia voz infantil recapitulaba, de forma inexperta, uno de sus viajes astrales, uno que era muy vívido, pero la cinta en la que relataba aquel sueño yacía bajo su mano en el lugar de costumbre, sin haberla movido siquiera. Devolvió la caja al suelo del armario y salió a tientas de su habitación guiado por el sonido de su voz preadolescente. Se detuvo en la entrada de la habitación, que también hacía las veces de estudio, y se quedó mirando a su madre. Puesto que estaba sentada delante de su escritorio inclinado, sobre una bandeja extraíble, escribiendo anotaciones en un enorme cuaderno, no vio que su hijo aparecía detrás de ella.

Galeradas, así se llamaban las páginas en las que trabajaba. Las conseguías cuando un manuscrito que habías enviado a una editorial estaba a punto de convertirse en un libro como Dios manda. Ése era, por tanto, un proyecto que Jeannette casi había terminado. Durante los últimos tres o cuatro meses, sin embargo, no había dejado de quejarse de lo mal que iba su trabajo.

En un estante situado por encima del escritorio, zumbaba un radiocasete portátil muy parecido al que Hugo le había regalado a John-John. De repente, Jeannette pulsó una tecla, rebobinó la cinta y volvió a pulsar otra tecla para activar de nuevo la juvenil voz de su hijo.

«... se la dan a ellas para que lo hagan. Son familias, bueno, o algo así. Comen juntos, pero normalmente los bebés y los niños se mueven a su alrededor para coger cualquier cosa que les den. Más tarde...».

—¿Qué estás haciendo? —Johnny interrumpió la voz de John-John; su voz de tenor de dieciséis años se impuso sobre la de soprano del niño de diez.

Jeannette se sobresaltó, contuvo el aliento y dejó caer su bolígrafo. Llevaba un camisón blanco con el cuello y el bajo bordados con motivos egipcios (el tesoro del rey Tut había llegado a la ciudad durante la conmemoración del bicentenario, lo que había provocado que los jeroglíficos con chacales y los anillos de oro con forma de cobra se hicieran indispensables para los amantes de la *haute couture*), y tenía el

cabello recogido en la nuca de una manera que la hacía parecer una niña. Recobrando la compostura apenas, emitió un largo suspiro y detuvo la cinta.

—¿Qué estás haciendo? —volvió a preguntarle Johnny.

—Darme un susto de muerte. ¿Qué estás haciendo tú, señorito Monegal?

—Has cogido mis cintas de la caja de zapatos y las has copiado, ¿verdad? Has hecho tus propias copias. ¿Por qué?

En lugar de responder, Jeannette ordenó las enormes hojas de las galeradas. Johnny atravesó la habitación y se las quitó de las manos.

EL PARAÍSO EN SUS SUEÑOS

El pasado a través de la oniromancia: una historia real

Jeannette R. Monegal



Un libro de VIREO PRESS * * Nueva York

El libro hablaba de él, y Jeannette ni se lo había dicho ni le había pedido permiso. Iba a introducir su vida en una máquina de impresión y, si sabía algo acerca de las inclinaciones literarias de su madre, a sacar a bombo y platillo uno de esos volúmenes «inspiracionales» que machacaban tanto el tema como al autor. Los Lares del candor y los Penates del análisis profundo eran las deidades guardianas de dichos escritores, y Jeannette iba a sacrificarlo a esos dioses.

Al hojear airadamente las páginas, Johnny alcanzó a ver expresiones como «alopátrico», «endocraneano», «evolución de las especies» y «subconsciente colectivo». Su propio nombre aparecía bien claro casi en todas las páginas, con referencias más o menos extensas a Sevilla, en España; Van Luna, en Kansas; Cheyenne, en Wyoming; Fort Walton Beach, en Florida; y la ciudad de Nueva York. Al final, soltó las hojas y contempló cómo caían sobre la alfombra, esparcidas al azar.

—Está previsto que salga en otoño, ¿verdad?

—Iba a decírtelo.

—¿Cuándo?

—En cuanto todo estuviera arreglado. Quería que fuera una sorpresa, un tributo a tu sufrimiento, John-John.

—Vaya, desde luego que estoy sorprendido. Sí, señora, nunca mejor dicho, estoy

sorprendido. ¡Joder! Estoy muy sorprendido.

—Johnny...

—Me habría enterado cuando saliera a la calle. Estaría paseando por la Sexta Avenida, por delante de la maldita librería de Vireo Press, y ¡pum!, como una patada al estómago, vería *El paraíso en sus sueños*, escrito por mi propia madre. Entonces me enteraría, ésa sería la verdadera sorpresa. Dios, mamá, me siento como si me hubieras tirado por la ventana sin abrirla siquiera. ¿Te vale eso como sorpresa?

—Johnny, por favor...

—Aunque me gusta el título. Tiene muchísima más clase que el anterior. Es un plagio, claro, pero uno muy sutil.

Jeannette había titulado al libro del año anterior para Vireo Press *No podía dejarlo y sentí mucho que se acabara*. Se trataba de una colección de imaginativos ensayos filosóficos sobre los hábitos de lectura de los norteamericanos desde el advenimiento de la televisión comercial en la década de los cuarenta. Al menos tres críticos distintos, que trabajaban para tres periódicos distintos de tres ciudades diferentes, habían llegado por separado a la misma conclusión, con las mismas seis palabras, acerca del libro de Jeannette: «Yo pude y no lo sentí»; pero aún así había vendido casi cuarenta mil copias en pasta dura y diez veces más en edición de bolsillo. El éxito del libro, el segundo que publicaba, le había permitido alcanzar una vida del todo independiente sin tener que sacar a Anna de la universidad ni poner a trabajar a John-John por las noches como ayudante de camarero o sirviendo comida a los coches. Estaba totalmente convencida de que merecía un poco de gratitud.

—Escucha —comenzó con bastante calma—. Escúchame, Johnny...

—Si sigues con esto y publicas la historia, mamá, voy a... No puedo creerme que hayas hecho esto, de verdad que no puedo...

—Johnny, ya me he gastado dos tercios del adelanto. Y me he pasado el plazo de entrega en dos ocasiones.

—Dijiste que estabas escribiendo un libro sobre los días de la sequía del Dust Bowl^[4] en el centro del corazón del país.

—Ya basta. Estaba. Estoy. Pero esto pudo conmigo, John-John, se hizo prioritario. Pretendía que fuera un...

—Sí, ya sé. Un tributo.

Era un «tributo» que marcaba una brecha en su relación tan ancha e infranqueable como el Valle del Gran Rift. Jeannette, se dijo a sí mismo, no era su madre de verdad; nunca había dejado de verlo como un experimento social, de la misma forma que otras personas podrían desarrollar con cautelosa indulgencia cierta propensión a la pedofilia o las bebidas gaseosas con sabor a melocotón. Durante dieciséis años, Johnny había sido su rata de laboratorio privada. Había llegado el momento de poner fin al experimento de su madre y descubrir quién era de verdad sin su ayuda ni su

intromisión.

—Haz lo que quieras —le dijo a la mujer sentada ante el escritorio—. Publícalo o no. De todas formas, no volverás a verme. Nunca más, señora.

—Tienes dieciséis años, Johnny. Aún te queda otro año de instituto. ¿De verdad crees que vas a poder...?

Apenas se llevó equipaje, como si no estuviera sujeto a más límites que los de su propio tamaño y fuerza. Su madre —la mujer llamada Jeannette Monegal— no dejó de observarlo, pero ya no tenía nada más que decirle, así que salió del apartamento tan rápido como pudo.

Vestido para el frío de una mañana de abril, cogió un taxi en el puente George Washington en dirección a Jersey. La carrera le costó bastante, así que hizo dedo hasta Paterson, hasta donde llegó montado en la cabina de un remolque de West Point Pepperel. El conductor, un hombre corpulento con suave acento sureño, tenía la piel de una serpiente de cascabel estirada sobre el salpicadero. La piel parecía una funda de papel de celofán sucia, y el autoestopista se metió las manos entre las piernas para evitar tocar por accidente la piel desechada.

El conductor sonreía mucho, pero hablaba en raras ocasiones. En Paterson, accedió a llevar a su pasajero por la autopista de peaje hasta Dixie, con la única condición de que este cantara para mantenerlo despierto. El conductor prefería canciones alegres o subidas de tono. O ambas cosas. *La cucaracha* resultó ser una de sus favoritas, y el autoestopista la cantó casi sin descanso durante los primeros cien kilómetros de la carretera.

—Ésa me gusta —le dijo el conductor—. ¿Cómo te llamas?

—Kampa —contestó el autoestopista—. Joshua Kampa.

—Estupendo —respondió el conductor, que estrujaba el volante como si fuera un paño de cocina—. Solo un mejicano podría cantar *La cucaracha* como tú...

Una desaparición

Fue Elena quien finalmente avistó de modo claro a las criaturas que habían estado siguiéndonos durante los dos últimos días y la que nos informó de su presencia al echar la cabeza hacia atrás y dejar escapar un ladrido que a punto estuvo de reventarnos los tímpanos. A menos de doscientos metros en dirección Este, vi tres pequeñas figuras que nos observaban desde el saledizo en forma de media luna de un kopje. Se escondieron nada más escuchar el grito de Elena, pero ya no tuve ninguna duda acerca de la identidad de nuestros perseguidores.

Un numeroso grupo de esbeltos australopitecinos —*A. Africanus*— había estado caminando casi en paralelo a nosotros, utilizando las extensiones de hierba alta de la sabana y los islotes de espinos y acacias a modo de parapeto. Desde que llegara al Pleistoceno, solo había visto a unos cuantos representantes de esta supuestamente bien distribuida especie de homínidos, pero siempre a mucha distancia. Aunque había contemplado a miembros de *A. Robustus*, una especie que supuestamente era más escasa, desde mucho más de cerca, las evidencias circunstanciales sugerían que ambas especies estaban desapareciendo a un ritmo vertiginoso.

Ni Alfie ni el resto de los mínidos demostraron sentir compasión alguna por los australopitecinos. Ahora que sabían lo cerca que se encontraban nuestros perseguidores, parecían considerar si sería inteligente o no enfrentarse a ellos. El comportamiento de los miembros del grupo pasó a estar dominado por un estado de nerviosa alerta; los hombres no dejaron de intercambiar miradas y de gruñirles a los gráciles que, tras salir pitando en busca de cobijo, permanecieron fuera de nuestra vista durante la siguiente hora más o menos. Así como me negara a disparar a un calicoterio, tampoco deseaba marchar hacia el Este en un comando de asalto contra nuestras sombras «hobbitianas».

Elena se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos, como si quisiera comunicarme una noción profunda o frustrante. Nos habíamos detenido al borde de un arroyo y bajé la vista hasta el lecho resquebrajado mientras intentaba poner en orden mis intuiciones para llegar a una conclusión sensata. ¿Qué quería decirme? No tenía la más mínima idea. Elena se dio unos golpecitos sobre un pecho, pequeño y peludo, y emitió un ruido semejante a un maullido, como si quisiera obligarme a entender. Volví a encogerme de hombros otra vez y a abrir los brazos para demostrar mi desconcierto al tiempo que deseaba de todo corazón que ella pudiese hablar. Las charadas nunca habían sido mi fuerte.

—Elena... Elena, no sé lo que quieres.

Ella se apartó de mí, saltó al lecho del arroyo y comenzó a alejarse hacia el Norte, de vuelta por donde habíamos venido.

—¡Elena!, ¿qué estás haciendo? —grité—. ¿Adónde vas?

Los otros mínidos permanecieron impasibles. Salté a la hondonada y corrí tras ella, pero con un movimiento de su brazo me indicó que retrocediera y siguió alejándose. Cuando trepó por el terraplén de la orilla oriental y desapareció por completo de mi vista, tras internarse en un bosquecillo que se alzaba a unos treinta o treinta y cinco metros, se me cayó el alma a los pies. Me sentía desconcertado y herido. Mucho más tarde, y con más datos a mi disposición, su partida cobraría sentido; pero, en aquel momento, me pareció irracional, caprichosa e, incluso, suicida. La última imagen que vi de ella fue un destello de color rojo intenso procedente del pañuelo que llevaba atado al cuello, y ese color me pareció un inquietante mal agüero.

De mala gana, seguí a los demás.

El mediodía dio paso a la tarde. ¿Qué estaba sucediendo? ¿De qué modo había ofendido a Elena? ¿Al no entender sus esfuerzos por comunicarse? ¿Al negarme a hacer gestos belicosos hacia el grupo de *A. Africanus* que nos perseguía? ¿El desengaño que había sufrido a mi costa era el motivo por el cual se había internado en la sabana en busca de otro esposo? Estos interrogantes, patéticamente egocéntricos, me aguijoneaban el cerebro y se quedaban enganchados a mí como cangrejos de río. La razón no conseguía desprenderlos. Comencé a preguntarme si podría sobrevivir sin Elena.

Faltaba poco para el crepúsculo cuando llegamos a una charca. En la orilla opuesta, había una hembra de rinoceronte negro con su peluda cría. Ambos resoplaron sobre la superficie del agua, acariciándola con esos labios ligeramente prensiles. Por las evidencias que se apreciaban en su piel —manchas de agua, tierra adherida y aspecto arrugado—, acababan de disfrutar de un buen revolcón y en esos momentos se dedicaban a divertirse, manteniendo a los otros animales sedientos a raya con su negativa a marcharse. Un enjambre de moscas bailaba sobre ellos, sobrevolando la impenetrable capa de piel en busca de un lugar seco donde aterrizar.

Jamón nos condujo hasta la charca para beber, y los ojos de los dos animales, tan parecidos a los de los cerdos, nos siguieron mientras esas enormes orejas con forma de monedero registraban nuestro parloteo. Para mi inmenso alivio, no hicieron el más leve intento de perseguirnos.

Cuando los mínidos y yo acabamos de beber, Malcolm asumió el papel de centinela y se encaramó a un árbol.

La oscuridad estaba teñida de una especie de tintura de yodo, y la ansiedad que me causaba la deserción de Elena había adquirido proporciones que rayaban en la

histeria. Incapaz de permanecer sentado, comencé a pasearme con inquietud por la orilla occidental de la charca. La atención de Alfie y el resto de los mínidos estaba dividida entre mi persona y los rinocerontes, que al final se alejaron pesadamente de la orilla opuesta y se internaron en la creciente oscuridad que reinaba sobre los pastizales.

De repente, Malcolm dio un grito de alarma desde el árbol; la advertencia era seria y me apresuré a reunirme con él en las alturas. El resto del grupo también buscó refugio. No tardé mucho en instalarme en una bifurcación de ramas blanquecinas y lustrosas más alta que el observatorio de Malcolm, desde donde vi que una manada de hienas gigantes se aproximaba a los dos rinocerontes que acababan de marcharse. Sobre el Monte Tharaka se alzaba la luna llena —un huevo enorme y resplandeciente—, iluminando el enfrentamiento que tenía lugar en la llanura.

El propósito colectivo de las hienas era el de obligar a Junior a embestir y, de este modo, separarlo de Mami, lo que facilitaría la tarea de atacarlo en grupo. Con este fin, dos de las hienas enloquecidas por el hambre comenzaron a danzar y a darle empujones en su peludo trasero antes de alejarse a toda velocidad. Mami se movía de un lado a otro, intentando dispersar a las hienas, pero puesto que estas veían mucho mejor que ella o Junior, les resultaba muy fácil apartarse con rapidez de su camino. De hecho, las insolentes maniobras ofensivas estaban agotando a Mami. Junior buscaba refugio junto a ella cuando le resultaba posible, pero la creciente frustración y el mal humor de su madre parecían instarla a seguir jugando al «tú la llevas» con sus torturadores.

Me di cuenta de que la mayoría de las hienas lo observaban todo sentadas a cierta distancia. Sus ojos brillaban como ágatas amarillas a la luz de la luna. Habían encomendado el molesto trabajo de hostigamiento a un par de ágiles matones que medían, a la cruz, más de un metro de altura. El ruido de semejante escaramuza —embestidas, bufidos y quiebro en plena carrera— parecía remoto, de algún modo. Distráido, me pregunté si una muerte en cualquiera de los dos bandos alejaría la imagen de Elena de mi cabeza y si los mínidos podrían hacerse con los despojos. Hasta ese momento, el enfrentamiento solo había proporcionado ruido e irritación, en su mayoría por parte de Mami.

Sin embargo, la cosa cambió. Cuando la hembra cargó hacia la izquierda para alejar a una raquítica hiena, Junior atacó de modo precipitado al renegado, rozándole el flanco derecho. Su ataque lo acercó a unos quince metros de las hienas que habían permanecido cómodamente tumbadas sobre la hierba de la orilla oriental de la charca. Varias de ellas se levantaron de un salto para sacar partido de su insensatez. En un abrir y cerrar de ojos, el pequeño rinoceronte estaba en el suelo, dando patadas y gritos mientras dos de sus asaltantes lo arrastraban, tirando de su delgada cola y de una de sus patas traseras. El resto de las hienas se lanzaron a desgarrar el abdomen de

Junior.

El agudo chillido de protesta de la cría hizo que Mami se diera la vuelta. En su precipitación para rescatarlo, pasó a bayoneta a una de las monstruosas hienas, hundiendo en ella el cuerno de su hocico. Con un sonoro crujido, debido sin duda alguna a la rotura de la espina dorsal, el animal herido giró en el aire antes de caer al suelo sobre la espalda. Mientras el grupo corría en busca de refugio, Junior consiguió ponerse en pie y trotó hacia Mami en busca de consuelo. El partido había terminado, ya que las hienas habían perdido el gusto por medirse de nuevo a la enorme hembra. Seguros de su triunfo, ambos rinocerontes se internaron en la maleza. Su partida fue digna, incluso señorial.

Una vez se hubieron marchado, las hienas aparecieron de nuevo y comenzaron a desgarrar las entrañas de su compañera muerta. Tiraban del cadáver y luchaban entre ellas para obtener una buena posición, enzarzándose unas con otras en violentas refriegas mientras comían.

Alfie, que estaba subido a un árbol al lado del mío, les arrojaba desperdicios cada cierto tiempo —la cáscara de una fruta, un trozo de corteza de árbol...—, cuya efectividad era más simbólica que real. Los animales siguieron devorando con ansia. En cuanto terminaron, unas cuantas se alejaron y reptaron hasta el borde de la charca para beber. Atrapados en las alturas como estábamos, intensificamos nuestros esfuerzos para obligarlas a marcharse lanzándoles cualquier cosa que tuviéramos a mano: ramas podridas, nueces, bayas, nidos abandonados, nuestros utensilios... También las agredimos verbalmente, asumiendo el papel de divas *banshee* en un despertar operístico.

La agresiva estrategia se volvió en nuestra contra. Las hienas —todo el grupo, unas doce más o menos— se alejaron de la fangosa charca, si bien en realidad no se habían dado por vencidas. Se dedicaron a merodear por los límites del bosquecillo o bien a tenderse en la hierba, fuera del alcance de nuestros misiles. Nuestro discordante vituperio no las había molestado en exceso. Estaban dispuestas a esperar a que saliéramos.

Los buitres aparecieron en las alturas, como si acabaran de salir del útero nacarado de la luna, y la noche se llenó con la melodía de los insectos y el letárgico batir de las alas.

Los mínidos y yo estábamos bajo asedio y recordé que, en momentos de agobio semejantes a éste, la gente ingeniosa siempre encontraba el modo de calmar sus miedos y estimular su coraje. Lo normal era que o bien un líder reconocido (digamos Franklin Delano Roosevelt) o bien una persona con cierto talento para llamar la atención (Betty Grable, por ejemplo) interviniera para inspirar valor, consolar y alentar a las desmoralizadas multitudes mediante la oración o un número de claqué.

Ninguno de los presentes nos encontrábamos en situación de bailar. Sin embargo,

puesto que los mínidos necesitaban de ese tipo de estímulo psicológico, decidí que tenía que hablarles con la voz enérgica y reconfortante de un patriota que cuenta una historia. Tal vez, era yo quien necesitaba que lo reconfortaran. De cualquier forma, les conté un cuento, uno improvisado, al que, probablemente, debería llamar «De cómo el rinoceronte consiguió su cuerno».

—Érase una vez —declamé, tomándome la libertad de unir el cuento a la arenga — una época en la que el rinoceronte no tenía cuernos. A decir verdad, en aquellos lejanos días, el animal era conocido como *reem* y no como rinoceronte, ya que así lo había nombrado su Creador, Ngai. Este vocablo, ¡oh, habilinos!, implicaba la posesión de un cuerno que el *reem* aún no tenía.

»Y quiero contaros cómo lo consiguió.

»Sí, en aquellos días el *reem* era una criatura infeliz e indefensa cuyo único recurso aparente parecía ser su tamaño. Pero, solo en raras ocasiones podía utilizar su tamaño para sacar ventaja, puesto que era un animal lento y duro de oído, por no hablar de su vista... El resto de los animales, incluyendo a las liebres y los damanes, se burlaba de él con impunidad. No les llevó mucho tiempo descubrir que la coraza que lo protegía era una especie de engaño, ya que su piel era gruesa solo en el estrato más interno. Siempre y cuando uno supiera dónde golpear, se podía lograr que el *reem* sangrara como un hemofílico.

»Un buen día, el perro, un mequetrefe maleducado, se dedicó a entretenerse a expensas del *reem* durante varias horas. Le mordió los flancos, los dedos de los pies y, cada vez que pasaba por debajo de su barriga, le hacía cosquillas en las ubres (nuestra *reem* era una hembra). A finales de la tarde, varios animales más (el bahamut, junto con una comitiva de matones de menor importancia) se habían unido al juego y la pobre *reem* no tardó en convertirse en un informe y fatigado saco de lágrimas. Se dejó caer en el suelo y esperó la llegada de la oscuridad que obligaría a sus torturadores a irse a la cama.

»Cuando se marcharon, bastante más tarde, nuestra amiga decidió pedir ayuda a Ngai. No había contado con ella cuando repartiera medidas de autoprotección tales como la velocidad, la astucia, la ferocidad y el camuflaje, y estaba decidida a regañarlo por su descuido y a abochornarlo hasta que hiciese justicia con ella. A pesar del cansancio, se puso en marcha en ese mismo momento, antes de que amaneciera, para hacer una visita a la morada de su Creador, emplazada en la ladera del Monte Tharaka.

»Pasaron muchos días entre su partida y su llegada, y el Creador, disfrazado de cercopiteco azul, la vio llegar mucho antes de que alcanzara la base de la enorme montaña. Entonces recordó cómo la había pasado por alto de forma involuntaria durante el Sexto Día de la Creación y la irritación que sintió ante el hecho de que le

recordaran semejante negligencia lo incitó a subir a un árbol. Desde esa posición estratégica, comenzó a lanzarle frutos a la horrenda criatura que subía pesadamente la pequeña quebrada boscosa que conducía a su morada.

»La *reem* soportó el ataque de ira del Creador. Finalmente, Ngai dejó de arrojarle misiles y le preguntó con voz agraviada lo que quería. Ella se alegró de que se lo preguntara. Le contó de sus dificultades (la vergüenza que suponía su vulnerabilidad) y exigió un presente que compensara las desventajas que tan cruelmente obstaculizaban su vida.

»—Muy bien —respondió Ngai—. Vuelve a la llanura y practica tu habilidad en la carrera.

»Ella así lo hizo. Y descubrió que el Creador le había dado cierta velocidad. En zonas de maleza baja, podía correr tan rápido como un antílope. No obstante, tardaba poco en agotarse y comprendió que los animales que gozaran de más resistencia serían todavía capaces de jugar con ella y de tratarla con tanta rudeza como les viniera en gana. Volvió al Monte Tharaka y desafió a Ngai en un jardín lleno de suculentas y aromáticas plantas.

»—Me ayuda —dijo— pero no es suficiente.

»—¿Que no es suficiente? —repitió el Creador, escandalizado—. ¡¿Que no es suficiente?!

»—No, Vuestra Deidad. Y no tengo intención de marcharme hasta que pueda hacerlo con la seguridad de que me habéis ayudado a permanecer a salvo entre los restantes animales de vuestra creación.

»Con el ceño fruncido, el arrogante y pequeño cercopiteco azul cogió dos hojas de palmera, hizo un embudo con ellas, las embadurnó con lodo de su río sagrado y las insertó en los huecos que la *reem* tenía en lugar de orejas. ¡Menuda diferencia! Maravillada, escuchó el viento, el melódico burbujeo del agua y los clamorosos trinos de los pajarillos escondidos. Movié las orejas a uno y otro lado para captar cada oscilación y cada frecuencia del sonido. Su audición, incrementada de ese modo, le gustaba muchísimo. Sin embargo, en su mente cobró vida otra objeción y corrió para poder interceptar a Ngai, que estaba muy ocupado trepando en dirección a un nido construido con ramitas trenzadas y pelo de colobo.

»—¡Esperad! —gritó—. ¡Esperad! Algunos de mis torturadores son tan silenciosos como las estrellas. El leopardo y el perro aún tienen poder sobre mí. ¡Oh, Poderoso Señor! Apiadaos de mi indefensión.

»El Creador estaba tan furioso que utilizó su propio nombre en vano, pero su irritación no cambiaba el hecho de que la *reem* estaba en lo cierto. Ngai se obligó a calmarse poco a poco.

»Para entonces, la noche había caído y una luna de cuernos tan afilados como un arma flotaba sobre el Monte Tharaka. Al verla, el Creador inspiró tanto aire en sus

pulmones que la *reem* se encontró incapaz de respirar. Acto seguido, se transformó en su encarnación primigenia: el Gran Gorila Ngai. En esa imponente forma, ascendió hasta la cumbre del Monte Tharaka y arrancó la luna del cielo.

»Por supuesto, no le resultó fácil. La luna no quería que la bajaran del cielo y no se rindió sin luchar. El Gorila Ngai estuvo a punto de herniarse para lograr su propósito. Cuando por fin consiguió despegar la luna del cielo, su furia era tan grande que la partió en dos apoyándola sobre uno de sus peludos muslos; luego bajó de la montaña con las dos mitades, caminando a grandes zancadas que proclamaban a voces su disgusto. Mientras descendía el Monte Tharaka, Ngai se iba haciendo cada vez más pequeño. Cuando llegó junto a la atónita *reem*, no era más grande que un babuino adulto y aún seguía menguando.

»—Aquí tienes —dijo de forma cortante antes de colocarle las dos mitades de la luna sobre el hocico, una delante de la otra—. Ahora, mi impertinente bicornio, te ruego que me dejes a solas... para que pueda dormir y, mediante el sueño, recuperar mi fuerza divina.

»En ese momento tenía el tamaño de un ratón arbóreo.

»Semejante despliegue, además de dejarla literalmente sin aliento, impresionó y acobardó muchísimo a nuestra *reem*. De hecho, olvidó pedirle al Creador que le concediera una vista más aguda. Considerando la disposición de Ngai por ese entonces, no obstante, creyó que lo que había obtenido era más que suficiente.

»Bajó la montaña a plena carrera, moviendo la cabeza de uno a otro lado como si de una cimitarra se tratase. Su corazón, en esos momentos tan grande como una sandía del Kalahari, rebosaba de dulzura, y el mundo parecía un hermoso charco de barro, glorioso y apacible.

»Pero ¡ay!, le faltaban varias horas para llegar a casa cuando se encontró cara a cara con el pestilente perro. Tras dar una vuelta completa alrededor de nuestra amiga y contemplar con desprecio su hocico, el perro comenzó a reírse.

»—El sapo cornudo te envidiará, sin duda —afirmó.

»Y, después, comenzó a alejarse de ella con un ligero trote. No obstante, una vez se colocó a su espalda, se dio la vuelta y le mordió el trasero. Nuestra amiga también se giró, haciendo gala de tal rapidez que el perro se quedó perplejo. Su hocico había quedado a escasos centímetros de la verrugosa cara de la *reem*.

»—Ten en cuenta mis sentimientos —lo reprendió—. Si no lo haces, me veré obligada a comportarme con dureza.

»Semejante advertencia de boca de una criatura notoria por su debilidad y torpeza enfureció al perro. Decidido a ponerla en su lugar, saltó hacia su garganta. No llegó vivo al suelo. La *reem* lo había ensartado con sus dos cuernos y con un movimiento de cabeza se desprendió de él, tras lo cual lo arrojó a una hondonada como si se tratara de una plasta de excrementos humeantes. Ya estaba bien con el dichoso perro.

»Tras enterarse de la muerte del cánido, el resto de los animales se entregó a una intensa ronda de debates y recriminaciones. ¿Cómo había podido convertirse la *reem* en una criatura tan poderosa? Todos se sentían indignados al ver que el blanco de sus despiadadas bromas hubiese adquirido una fuerza semejante, si no superior, a la propia. ¿Quién estaba detrás de esa nefanda traición? ¡Vaya! El Creador, por supuesto, y ya se las pagaría...

»—Debemos aniquilar a Ngai —dijo el portador de los colmillos al bahamut y al resto de los animales—. Debemos matar al Creador.

»El grito de “¡Matemos al Creador!” no tardó mucho en oírse por toda la llanura. E, incitados de ese modo, todos marcharon en desordenadas filas hacia la morada del Creador en la montaña.

»La *reem*, que había escuchado el grito y sabía de sus intenciones, se apresuró a advertir a su desprevenido benefactor acerca del problema que se avecinaba. Encontró a Ngai en la morada de la ladera, enfermo, con fiebre y encogido, no más grande que un escarabajo pelotero. En cuanto fue informado de las intenciones de sus súbditos, pidió a la *reem* que lo llevase sobre su cuerpo (podría sentarse entre sus cuernos) y lo trasladara a un lugar seguro, en un deshabitado desierto al sur de su morada. Nuestra amiga accedió de buena gana a su petición.

»Cuando el portador de los colmillos, el bahamut y los demás encontraron los jardines del Monte Tharaka privados de la presencia de Ngai y vieron las nubes de polvo que se alzaban en las llanuras meridionales, dedujeron que la *reem* había prestado ayuda al fugitivo. No obstante, una persecución enérgica podría conducir a su captura, ya que ella no tendría suficiente resistencia para mantener esa velocidad y el mismo Creador no estaría en su mejor momento de forma si había decidido elegir un método de fuga tan poco ortodoxo.

»Efectivamente, la *reem* tardó poco en comenzar a sentir los efectos del cansancio. Se detuvo en la vacía sabana para recuperar el aire. Aunque, más bien dejó escapar un poco... ya que, en ese momento, sintió la necesidad de aliviarse y dejó caer unas cuantas boñigas. Casi al instante, un escarabajo coprófago que había estado durmiendo en las cercanías se despertó y se acercó a toda prisa para hacer uso de ese inesperado regalo traído por el viento.

»—Apresúrate —ordenó el Creador con voz chillona, contemplando a sus perseguidores por encima de la cabeza de la *reem*—. Nos están pisando los talones.

»—Sí; ay, sí —reconoció la *reem*, que luchaba contra las lágrimas—. Y la próxima vez que me detenga nos darán alcance, sin duda. Si bien estoy dispuesta a morir con vos, Ngai, preferiría morir por vos; pero estoy exhausta, casi al límite de mis fuerzas; estoy resignada. Que suceda lo que tenga que suceder.

»No quiso mencionarle a Ngai, haciendo gala de su discreción, que Él mismo podría haber solucionado el problema otorgándole resistencia junto al resto de sus

más recientes favores, pero apreciaba la ironía de la situación en la que se encontraban.

»El escarabajo coprófago, que no apreciaba dicha ironía, había escuchado la conversación entre Ngai y la *reem*. Abandonó las bostas de la *reem* y caminó hasta colocarse justo bajo su arqueado hocico.

»—Amo a mi Creador —dijo, inesperadamente— porque ha satisfecho mis necesidades en abundancia. El mundo está lleno de estiércol. Di al Divino que baje de tus cuernos. Cuando lo haga, lo ocultaré en una bola de estiércol.

»—¿En una bola de estiércol?! —repitieron Ngai y la *reem* al unísono.

»—Estoy a vuestra disposición, oh, Poderoso —contestó el coprófago—. De ese modo, la *reem* puede seguir adelante, como señoelo, mientras vos conserváis vuestras fuerzas y obtenéis el tiempo suficiente para volver a restablecer vuestro legítimo mandato.

»El Creador, persuadido por la sinceridad del escarabajo, accedió. Estar aplastado dentro de una bola de estiércol no era muy agradable, pero siempre era preferible a ser asesinado.

»Mientras tanto, la *reem* siguió corriendo hacia el Sur, atrayendo a los perseguidores de Ngai. La rodearon en la siguiente parada (si bien con bastante cautela, como pudo comprobar) y la calumniaron, tachándola de traidora y ramera. Estaban insinuando claramente que había recurrido a ciertos favores para que Ngai accediera a otorgarle un arsenal tan mortífero. Y por cierto, ¿dónde estaba el Creador?

»—No sé por qué me ha equipado con este par de cosas espantosas —se defendió nuestra amiga, que sacudía de forma astuta la cabeza a uno y otro lado—. Solo le pedí los derechos que me pertenecen por nacimiento y que no me fueron concedidos durante el Sexto Día de la Creación: una vista más aguda o unos tobillos más torneados y elegantes. Cuando maté al perro con estos cuernos (fue un accidente, ya me entendéis) me di cuenta del truco tan cruel que había empleado el Creador: me ha privado de mi naturaleza pacífica al concederme semejantes abominaciones. Decidí utilizar sus malévolos presentes para llevar a cabo mi venganza, porque ese modo, me pareció, sería el más justo. Pero Ngai me vio llegar y huyó del Monte Tharaka hacia el Sur. Si vosotros, amigos y compañeros, os unís a mí en esta cruzada, estoy segura de que pronto derribaremos a ese bribón.

»La perorata impresionó en gran medida a los animales, la mayoría de los cuales la siguió en dirección Sur durante tres días más. Debo añadir, no obstante, que muchos de los parientes del perro protestaron ante esta decisión. Refunfuñando sin mucha convicción por la ingenuidad de sus camaradas, emprendieron el largo camino de regreso a casa, durante el cual se toparon con las bolas de estiércol del escarabajo que había confinado al Creador dentro de uno de los aromáticos desechos de la *reem*.

»—Mirad —dijo uno de los cánidos—. Observad lo grande que es esta bola de estiércol. Y el escarabajo no hace nada por incrementar su tamaño. Esto exige nuestra entera y más reflexiva atención.

»Los muchos conocidos, congéneres y compatriotas del perro se sentaron a observar la extraña bola de estiércol mientras que el coprófago, que comenzaba a lamentar su intervención en el asunto, permanecía oculto.

»Ngai estaba sudando en el interior de su prisión. Sabía que, en el exterior, la familia de los cánidos lo rodeaba con suspicacia, en espera de una infortunada revelación. Aunque poco a poco estaba recuperando tanto su fuerza como su tamaño, aún no era rival para una manada de perros. Por tanto, sacando el mayor provecho de la horrible situación, comenzó a alimentarse del estiércol que lo rodeaba (exactamente igual que hace la larva de un coprófago) y mezcló su sudor con la parte que no se comió para dotar a la bola de una corteza más delgada y transparente. Esta labor le costó mucho esfuerzo, y el calor divino que se extendió hasta la superficie de la bola de bosta rodeó a esta con un aura de reflejos dorados y plateados.

»—¡Ajá! —exclamó la familia del perro—. Aquí está el culpable. Aquí está el Culpable de la muerte de nuestro hermano.

»Y, de inmediato, se adelantaron y comenzaron a empujar con sus hocicos la bola de estiércol, que para entonces había adquirido el tamaño de, digamos, una sandía del Kalahari.

»Mientras tanto, los restantes animales regresaban de su infructuosa “Persecución Astuta del Dios” cuando vieron a los cánidos jugando a la pelota con una esfera luminosa. No tardaron nada en deducir el secreto del extraordinario contenido de la bola (el brillo lo delataba), por lo que se unieron al juego.

»Ngai fue pateado y empujado de un lado a otro de la llanura, lo que le produjo un terrible dolor de cabeza. Le estaba costando la misma vida mantener unida la bola con el fin de no salir despedido hacia el suelo... y ser atrapado, mordido, perforado y desangrado. Posiblemente hasta la muerte. Sin duda alguna hasta la muerte.

»Y, en ese momento, volvió a aparecer nuestra amiga. Entrecerró sus ojillos, que recordaban a los de un cerdo, y trató de seguir la acción, pero el crepúsculo había caído sobre ellos y lo único que realmente atinaba a distinguir era que los animales corrían en persecución de una bola incandescente. “¡Dios mío!”, pensó, “¡Dios mío! Esos animales han descubierto la verdad”.

»Dejando el cansancio de lado, cargó contra el grupo de animales. Lo que mejor distinguía era, claro está, la brillante bola de estiércol, así es que se dirigió hacia las sombras que la empujaban.

»¡Cielos! ¡Y menuda colisión!

»La *reem* elevó al Creador hacia el cielo con sus cuernos. Subió y subió sin dejar de girar, y reemplazó de ese modo a la luna que había roto.

»Y así obtuvo la *reem* sus cuernos, y fue asimismo como la luna fue restaurada en toda su gloria tras un breve destronamiento. Bien está lo que bien acaba.

Y, rodeados por las hienas, continuamos encaramados a los árboles cercanos a la charca. Sí, pero Elena me había privado de su presencia, recordé entonces, y mi propio cuento no me ayudó en nada a olvidarme de ese inquietante hecho.

Blackwater Springs, Florida

Julio de 1985

La tarde siguiente a la conferencia que Alistair Patrick Blair dio en Pensacola, Joshua se encontraba en una pequeña localidad, situada varios kilómetros al norte del campo de entrenamiento de la Base de las Fuerzas Aéreas de Eglin, pintando un depósito de agua. Sujeto por una serie de cuerdas y arneses, estaba colgado casi en posición horizontal bajo el abdomen hemisférico del depósito cuando vio un vehículo de color azul oscuro que entraba a Blackwater Springs por el Sudeste. Mientras extendía la pintura sin muchas ganas sobre la parte interior de una gruesa viga de acero que soportaba la estructura, observó el recorrido del automóvil con el rabillo del ojo. Su desplazamiento a lo largo de la carretera contrastaba mucho con la obstinada falta de animación del pequeño pueblo. Hasta ese momento, el suceso más entretenido del día a ras del suelo había tenido como protagonistas a un grupo de perros. Sin dejar de pelearse acaloradamente entre ellos, habían perseguido a una perra coja de raza indefinida hasta el callejón de la parte trasera del Café Okaloosa. Desde una altura de treinta metros podían verse muchas cosas, pero en Blackwater Springs no podía decirse que las vistas fuesen muy edificantes...

Joshua trabajaba para la Gulf Coast Coating, S.A., una empresa de Fort Walton especializada en quitar pintura con chorros de arena a presión, pintar y, en ocasiones, revestir grandes estructuras metálicas con un recubrimiento de resina epóxido. Depósitos de agua. Puentes. Equipos de extracción de minerales. Torres. Joshua llevaba casi seis años realizando ese trabajo; desde que se fugara de casa y huyera de Nueva York a Florida. Aunque comprobaba de modo rutinario el cinturón de seguridad del arnés antes de cambiar la altura a la que estaba colgado bajo el depósito, había perdido el miedo a caerse mucho tiempo atrás. La regla esencial cuando uno trabaja a grandes alturas, como era el caso de la reparación de un depósito de agua, consistía en mantener la mente ocupada. Joshua solía hacerlo y, junto con la experiencia, ése era el motivo por el cual era el hombre más indicado para los trabajos de ese tipo en la Gulf Coast Coating, S.A.

Tenía tanto talento en las alturas como Tarzán.

Eso era lo que Tom Hubbard, el presidente de la compañía, decía de él. Hubbard sabía lo que Joshua valía, y éste, a su vez, sabía que el presidente lo sabía. Como resultado, se tomaba de vez en cuando ciertas libertades con su horario de trabajo o hacía comentarios despectivos sobre la sagacidad comercial de Hubbard. Si el jefe le retiraba su apoyo y lo despedía, Joshua podía contar con ser readmitido en una semana o dos; el tiempo que tardara en parecer arrepentido y solicitar que lo

readmitieran. En seis años, Hubbard lo había despedido y vuelto a admitir un total de catorce veces. El juego había creado entre ambos una resentida dependencia.

Últimamente, no obstante, el descontento de Joshua había comenzado a superar el de su jefe. Por fin se había dado cuenta de que jamás iba a ser dueño de su propia compañía de revestimientos de pintura para depósitos. Ni de cualquier otro tipo de negocio. Si seguía subiendo y bajando con los arneses, lo que le deparaba el futuro eran treinta años más como un trapequista de mono azul, hasta el día en que su mente desconectara y cayera al asfalto desde una altura de treinta metros; o bien rozara un cable de alta tensión con la pistola pulverizadora y acabara electrocutado. En ambos casos, tanto su suerte como su talento acabarían por llegar a su fin.

Si sobrevivía, podría parecerse a una versión a lo Jim Crow^[5] del pobre y viejo R. K. Cofield. Cofield era un sureño de sesenta años, nacido en el Este de Alabama que, en esos momentos, manejaba una manguera de arena a presión en el tanque, justo sobre la cabeza de Joshua, sin dejar de tropezarse una y otra vez en mitad de la tormenta de arena que él mismo creaba. Bajo la capucha de protección, el hombre no era más que un zombi sin dientes. En una ocasión, se había roto la espalda al caerse y sus ojos se negaban en rotundo a fijarse en el rostro de otro ser humano. Había dedicado toda su vida a trabajar con depósitos y, si bien Joshua le había oído murmurar en una ocasión que cualquier otro trabajo (visto desde la altura que proporcionaba el arnés) «era patético», Cofield era un magnífico y parkinsoniano ejemplo en el currículo del desgaste profesional. Para Hubbard la formalidad de ese hombre era un maravilla; pero, en el fondo, la única razón por la que Cofield se presentaba a trabajar día tras día era, según el razonamiento de Joshua, que la alternativa (llámese bien enfermedad o bien renuncia, que le obligaría a enfrentarse a cada momento al estado ruinoso de su propia personalidad) lo aterrorizaba. Por eso, se emborrachaba todos los fines de semana.

Joshua no quería acabar siendo ni siquiera una pálida versión de R. K. Cofield. Sin embargo, la exigencia de ser independiente y el escaso abanico de posibilidades que su habilidad profesional le proporcionaba lo conducían inexorablemente en esa misma dirección. Aunque también había que culpar al orgullo y a la apatía. No podía perder la perspectiva. No obstante, el día anterior, la presión que ejercían sus sueños sumada a la amenaza implícita en la mirada derrotada de Cofield lo habían hecho deslizarse por la autopista 98 hacia Pensacola a toda velocidad.

En el césped que se extendía bajo Joshua, Tom Hubbard estaba supervisando el funcionamiento de un contenedor de arena y un compresor de aire de color amarillo. Alto, de gustos eclécticos en lo referente al cabello (llevaba un bigote a lo William Powell y el pelo negro al estilo de Elvis Presley), sus gritos se escuchaban por encima

del ruido del compresor mientras indicaba por gestos a Joshua que bajara. Los movimientos de sus brazos eran apremiantes, descoordinados y bruscos, como era lo habitual en él.

¿Qué coño pasa?, se preguntó Joshua.

En ese momento, vio la limusina de las Fuerzas Aéreas aparcada en la acera, detrás del camión de suministros, dentro del área restringida donde las gotas de pintura podrían salpicar en un santiamén el acabado azul oscuro del vehículo. Cerca del serpenteante embrollo de mangueras que llevaban la arena y el aire fresco a Cofield, se encontraban Alistair Blair y el coronel que había asistido con éste a la conferencia de la noche anterior. Con las cabezas inclinadas hacia atrás, ambos hombres miraban a Joshua boquiabiertos.

—Joder —musitó Joshua—. El cabrón ha venido.

Soltó el mango del rodillo, que cayó hasta que la correa de seguridad que lo fijaba a su asiento lo detuvo y lo dejó oscilando bajo él como si fuera un péndulo. El paleoantropólogo, ataviado ese día con un convencional traje de ejecutivo, le sonrió mientras lo saludaba con la mano.

—¡Baja, Kampa! —gritó Hubbard una vez que apagó el compresor de aire—. ¡Estos caballeros quieren hablar contigo!

Joshua maniobró con las cuerdas para acercarse a una escala fija en una de las colosales patas de la torre. Habría sido más fácil descender con el arnés, pero por razones que no supo muy bien definir —molestar a Hubbard, dejar atónito a Blair, darse gusto a sí mismo—, quiso protagonizar un descenso espectacular, aunque conllevara un riesgo estúpido y estuviera legalmente penalizado.

Tras desatarse el arnés, se deshizo de él y se agarró con ambas manos a las barras laterales de la escalera para dejarse caer hasta uno de los resistentes soportes que mantenían unidas las patas de la torre y que se entrecruzaba con el resto en un diseño romboidal, como una tela de araña. Saltó desde allí, se sujetó a la barra del soporte y se deslizó a lo largo de ella en un descenso vertiginoso. A unos veinte metros del suelo, en una de las intersecciones de las diagonales, cambió de dirección y se precipitó de vuelta a la escalera.

—¡Maldita sea, Kampa! —gritó Hubbard—. ¡Párate ahora mismo! ¡Usa la puta escalera! ¿Qué crees que estás haciendo?

Joshua, como un paracaidista que aguardara su turno durante las prácticas, se lanzó hacia otro de los soportes y volvió a deslizarse. Con los pies colgando y los brazos sobre la cabeza, se balanceó y bajó en picado. Tenía el descenso tan controlado que podía disfrutar del amplio número de expresiones que cruzaban los rostros de los hombres que lo esperaban abajo. Volvió a alcanzar la escalera a unos seis metros del suelo. Allí se detuvo un momento.

—Acabas de infringir las normas del Acta de Seguridad y Salud Laboral —

informó Hubbard, ante todo en beneficio del resto de personal—. Hazlo una vez más, Kampa y estás despedido. Te quedas en la puta calle, te lo juro por Dios.

Tras contemplar con aire triunfal a Blair y al coronel, Joshua emprendió una nueva bajada en otro de los soportes. A unos dos metros del suelo, se soltó y aterrizó en el suelo, agazapado justo debajo del depósito. Sin darle tiempo a enderezarse, Hubbard comenzó a caminar en círculos a su alrededor, censurando tanto su despreocupación como su insubordinación y comunicándole que no volviera al trabajo el lunes. Ya estaba hecho; había sido su canto del cisne: estaba despedido para siempre. Con la situación todavía bajo control, Joshua se abrió camino entre las mangueras de arena y aire para llegar hasta sus visitantes.

—Si se hubiese cortado las manos con una rebaba mientras bajaba así —apeló Hubbard a Blair y al coronel mientras seguía a Joshua—, su instinto le habría hecho soltar el soporte. Se habría matado. Bien sabe Dios que la cifra que pago a la compañía aseguradora es exorbitante. No creo que un trabajador muerto en la columna de débito me hiciera el puto favor de rebajarla.

El dueño, presidente y capataz de obra de la Gulf Coast Coating, S. A. agitó las manos en un gesto desesperado, volvió a poner en funcionamiento el compresor de aire y se sentó con aspecto abatido sobre un montón de sacos de arena sílica que estaban apilados cerca de la máquina.

A causa del ruido, Blair sugirió que Joshua regresara a Fort Walton Beach con él y con el coronel en la limusina. Joshua le contestó que tenía vehículo propio. Además, no pensaba ir a ningún sitio con ellos hasta que se hubiera tomado una Coca-Cola con doble ración de hielo picado. Tenía una sed tremenda.

En consecuencia, Joshua y sus visitantes se acercaron al Café Okaloosa, emplazado en una esquina a dos manzanas de la torre de agua. El único cliente era un policía local. Una camarera de caderas anchas, con un peinado similar a una colmena de abejas y un espectacular mechón de cabello oxigenado justo sobre una oreja, les trajo la carta. Joshua percibió que, de no haber sido por la presencia de Blair y del coronel, la mujer hubiese puesto sus botas y su mono cubiertos de pintura como excusa para negarse a atenderlo. O quizás el hecho de que le sangrara la mano derecha.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Blair.

Animado por la inquietud del Gran Hombre, Joshua contestó:

—Claro. Me corté con una rebaba mientras me deslizaba por el primero de los soportes a veinticinco metros del suelo. Pero no me solté, ¿verdad? Me limité a colocar los dedos sobre la herida y a seguir bajando.

Blair le presentó, si bien tarde, al coronel. Un jefazo llamado Crawford, oficial al mando de la Base de Eglin. Era un hombre fornido, de rostro redondo y poco más alto que Joshua, con un peinado que le daba todo el aspecto de ser un refugiado de

Eisenhower de los años 50. La luz que atravesaba la sucia ventana del Café Okaloosa hacía relucir su insignia y bailoteaba en esos ojos color violeta.

—¿Cómo me localizó? —preguntó Joshua.

—Llamé al número de teléfono que había en el trozo de papel que le dio al doctor Blair anoche —explicó el Coronel Crawford—. Hablé con la encargada de su motel, la señora...

—La señora Gelb.

—Exacto, la señora Gelb. Ella, a su vez, nos dijo dónde trabajaba usted, así que nos encaminamos hacia aquí.

Sin dejar de mirar con preocupación el corte que presentaba la mano de Joshua, Blair colocó el trozo de papel sobre la mesa y lo alisó con los dedos.

—El nombre, la dirección y el número de teléfono se explican por sí mismos, joven, pero le pido que me aclare el significado de esta diminuta mano negra con un ojo en el centro.

—Cuando era pequeño escribía un diario. Utilizaba un código. Ése era uno de los símbolos que usaba.

El Coronel Crawford intervino en ese momento.

—¿Y qué representaba?

—Creo que *Homo habilis*.

—¡*Homo habilis*! —exclamó Blair—. *Australopithecus habilis*, querrá decir. La nomenclatura anterior ya necesitaba una revisión cuando usted era un niño. Nadie pudo ponerse nunca de acuerdo sobre qué fósiles pertenecían realmente a esa categoría. Tal y como intenté explicar anoche, los *habilis* eran más simios que hombres.

—Si la terminología era una chapuza —dijo Joshua—, ¿qué mejor modo de resolverlo que asignándole un símbolo? Esa mano con el ojo en el centro representa a un cierto tipo de homínido en concreto.

—Pero ¿qué criterio siguió para establecer esa categoría?

—La observación.

Mientras Blair trataba de asimilar su afirmación y, tal vez, relacionarla con el comentario acerca de los calicoteros que Joshua hiciera durante la conferencia de la noche anterior, el Coronel Crawford volvió a intervenir.

—De todos modos, ¿me puede explicar de qué clase de diario está hablando?

—Era un diario de mis viajes.

Ambos hombres miraron a Joshua fijamente.

—Un diario de mis sueños —agregó como acotación—. Cuando tenía nueve años, mi madre (mi madre adoptiva, quiero decir) me sugirió que comenzara a tomar nota de mis sueños. Así lo hice, pero de forma codificada. Mis sueños eran de un tipo... bueno, yo los llamaba viajes astrales. Mis viajes astrales siempre me llevaban

al mismo sitio. He tenido estos sueños especiales desde que era prácticamente un bebé, pero no fue hasta que cumplí siete u ocho años cuando comencé a comprender no solo «dónde» tenían lugar, sino también «cuándo».

Joshua masticó un trozo de hielo de la Coca-Cola que la poco dispuesta camarera acababa de traerle.

—Eso me dejó acojonado. Y a mi madre también la acojonaba verme durante uno de esos trances. Me explico: durante esos sueños, los ojos se me quedaban en blanco. Jeannette (mi madre adoptiva) se preguntaba si me estaba muriendo. Pero no me estaba muriendo. Solo estaba... en mitad de un viaje astral.

—¿Al África pleistocénica? —preguntó Blair.

Joshua asintió con la cabeza.

—¿Qué le hace estar tan seguro de que las... —Blair buscó la palabra adecuada— ... las «evidencias» de sus sueños no estén plagadas de disparates y equivocaciones? Las pesadillas no suelen estar asociadas con la esencia de la realidad objetiva. Es posible que las tuyas tampoco lo estén.

—No, las mías lo están. Al menos, la mayoría de las veces. La única excepción tiene lugar cuando se mezclan con pesadillas reales. Puedo predecir casi con total seguridad el momento en que mis viajes astrales van a embarullarse con un sueño normal y corriente.

Joshua explicó el sueño en el que había comandado una flota de B-52 sobre la zona oriental del continente africano del Pleistoceno. Los aviones habían sembrado el lugar de cráteres producidos por las bombas, cosa que había obligado a todo tipo de criaturas extinguidas a buscar refugio. Por supuesto, esas imágenes se habían filtrado en su sueño pocos días después de que Jeannette les hubiera leído una carta de su padre, destinado en esa época en Guam como comandante de la unidad de tierra encargada del mantenimiento de los B-52 durante los intensos bombardeos a los que fueron sometidos Vietnam y Camboya. En una ocasión anterior, justo después de que los Estados Unidos aterrizaran en la Luna, Joshua incluso se las había ingeniado —y si no él, había sido su subconsciente— para introducir astronautas ataviados con sus trajes espaciales en sus propios sueños.

El coronel comenzó a balancearse sobre las patas traseras de su silla.

—¿Y eso le sucedía... le sucede, con frecuencia?

—No, señor. Es bastante raro. Solo recuerdo un par de intromisiones de ese estilo. En una ocasión, sin embargo, estuve observando a un grupo de quasi-personas que rebuscaban entre los restos de un mastodonte que se había caído desde el borde de un barranco y...

—¿Un mastodonte? —interrumpió Blair.

—Bueno, una especie de criatura elefantina. Puede que entonces tuviera ocho o nueve años. Todavía no había empezado a buscar los animales que aparecían en mis

viajes astrales en los libros. Además, no necesitaba utilizar nombres en mi diario; me limitaba a inventar un símbolo para cada animal y a utilizarlo cuando me refería a él.

—¿Y cuál utilizó para ese «mastodonte»?

Joshua cerró los ojos y soltó un resoplido con el que pretendía reírse de sí mismo.

—No necesitaba ponerle un nombre. No era más que una intrusión y jamás volvió a aparecer. ¿Saben de qué animal se trataba?

Tanto Blair como el coronel menearon la cabeza a modo de contestación.

—«Snuffleupagus». —Joshua hizo una mueca y se sonrojó, avergonzado—. Sí. Extraño, ya lo sé.

El Ministro de Asuntos Interiores de Zarakal, que no entendía nada, miró al Coronel Crawford en busca de una explicación.

Joshua se apresuró a explicárselo:

—Snuffleupagus era una criatura grande y peluda, con aspecto de elefante, que aparecía en un programa infantil de la PBS llamado *Barrio Sésamo*. No sé si todavía existe o no. El caso es que Snuffleupagus tenía unos estúpidos ojos de muñeco con largas pestañas que no dejaban de moverse, y una voz lenta, profunda y triste, parecida al sonido de un fagot. Su mejor amiga era la gallina Caponata, una cabeza de chorlito de dos metros de altura que era incapaz de convencer a los adultos que aparecían en el programa de que Snuffleupagus existía de verdad. Cada vez que la gallina Caponata intentaba que María, el señor Hooper o cualquier otro conociera a Snuffy, este desaparecía sin dejar rastro, tambaleándose hacia los lados, y Caponata acababa pareciéndose a Pedro, el que gritaba que venía el lobo...

Joshua bebió un sorbo de Coca-Cola y colocó el vaso en el mismo lugar donde estaba antes, marcado en la superficie de la mesa por un círculo de agua. Ni Blair ni Crawford podían dejar de mirarlo.

—Ese sueño me puso de los nervios; fue una especie de traición. Era la misma sensación que tenía cuando me iba de la lengua y le contaba a alguien lo de mis viajes astrales. Incredulidad. Incredulidad, indignación y, a veces, hasta deshonra. No podía presentar ninguna prueba que demostrara mis afirmaciones, solo algunos dibujos desmañados de las cosas que había visto. Puesto que la prueba nunca llegaría y ya que nadie sabía muy bien cómo tomarse mis visiones, se me tachó de mentiroso. Un mentiroso y un bicho raro. Por esa razón, antes de cumplir los siete años, acabé por cerrar la boca y no volví a hablar del tema. —Joshua sonrió—. Y, por esa razón, odiaba a ese maldito y desleal Snuffleupagus.

El policía que se encontraba en la barra se había dado la vuelta sobre el taburete y el Coronel Crawford dejó de mecerse en la silla antes de colocar una mano sobre la muñeca de Joshua a modo de advertencia para que bajara la voz. El contacto hizo que Joshua se sobresaltara.

—Continúe —lo instó el coronel—. Cuéntenos cómo acaba la historia de

Snuffleupagus.

Joshua se tomó el último sorbo de Coca-Cola y bajó la voz.

—Un grupo de homínidos (manos-negras-con-ojos, ésa era su especie) se metió a toda prisa en el agua en el lugar donde Snuffy había caído. Estaban preparándose para hacerlo trozos con unas pequeñas lascas afiladas, recién extraídas de la piedra base, que era bastante más grande. «¡Ay, nooooo!»», gimió Snuffy, que todavía no estaba del todo muerto. «¿Qué va a ser de mí, Caponata?». Las quasi-personas se pusieron manos a la obra. Le rajaron la peluda barriga con sus lascas y dejaron que corriera la sangre. «¡Ay Dios, Caponata!», exclamó Snuffleupagus, «me temo que voy a morir». Y lo dijo así, con esa voz estúpida y lastimosa que tenía. Ni trató de forcejear.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Bueno, coronel, supongo que murió. Y después, supongo que esas quasi-personas se lo comerían. No lo sé. Mi madre me despertó. Estaba sentado en mi cama, envuelto en una manta (estábamos en nuestra casa, en el apartamento del sótano de Cheyenne) y posiblemente había dejado los ojos en blanco. Mi madre no pudo soportarlo. Me zarandeó hasta sacarme del trance y luego me abrazó; me abrazó mientras me acunaba. —Joshua vio que Blair estaba manoseando una servilleta de papel—. Ése es uno de los ejemplos de viajes astrales «contaminados». Parte del momento presente se había filtrado y había contaminado mi espíritu en aquella época tan remota. Lo sabía. Lo sabía incluso antes de que Jeannette me despertara.

Blair dobló la servilleta y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¿Qué tipo de homínidos solía ver usted cuando... bueno, cuando viajaba al pasado?

—Tres tipos, tal y como afirman los Leakey. En el diario, usaba un pictograma con una mano negra diferente para cada uno de ellos. Para el grupo que parecía más humano, utilizaba una mano con un ojo en la palma. Tenían herramientas, unas guaridas bastante toscas y lo que parecía ser el comienzo de una estructura familiar.

—*Habilis* —dijo Blair—. Continúe.

—También había un grupo de aspecto más animal, de individuos más grandes y menos inteligentes. El símbolo que usaba para ellos en el diario era la mano negra con una boca ancha de dientes grandes en la palma.

—*Australopithecus boisei* o *robustus*, el «Mono austral africano» robusto.

—Sí, señor, pero en aquella época yo no conocía la terminología. Y, por fin, la última especie... unas pequeñas criaturas muy alegres que parecían elfos peludos o *hobbits*. Medían aproximadamente un metro. El símbolo que usaba para ellos era la misma mano negra sin ningún dibujo en la palma. Me impresionaron muchísimo cuando era niño.

—*Australopithecus africanus*, el «Mono austral africano» grácil. Su simbología puede que sea del todo apropiada, señor Kampa. Es posible que tanto el *habilis* como

el *robustus* procedan del *africanus*. Aunque la última especie sobreviviera lo suficiente como para ser coetánea con las otras dos, sus restos fósiles son más antiguos.

En ese momento, la camarera regresó para traerles la cuenta y colocó el papel con el reverso hacia arriba sobre una mancha de agua. El taburete donde estaba sentado el policía chirrió cuando éste se puso en pie y, tras saludarlos de forma sarcástica, cerró de un portazo la puerta principal y se alejó bajo el abrasador sol de julio. Una vez que estuvieron solos de nuevo, el Coronel Crawford apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Escuche, señor Kampa. El doctor Blair ha interrumpido una agenda increíblemente ocupada para hablar con usted. Vamos a necesitar que conteste a las siguientes dos preguntas para saber si dicha interrupción ha merecido la pena.

El Gran Hombre añadió:

—Por supuesto que ha merecido la pena, Hank.

—¿Qué preguntas?

—La primera es si ha soñado alguna vez que forma parte del Pleistoceno. Me explico, ¿se ha visto alguna vez a sí mismo como una de esas figuras de carne y hueso que habitan ese paisaje ancestral?

—En realidad, no. Entro y salgo de allí como si estuviese rodando con una cámara de cine. No soy más que un par de ojos flotantes. Por eso lo llamo viaje astral.

—Eso es una buena señal —contestó el Coronel Crawford.

Frunciendo el ceño, Blair preguntó:

—¿Y por qué es una buena señal?

—Woody se lo explicará mucho mejor que yo. Pero, en resumen, se debe a que no ha contaminado el periodo con... en fin, con la anomalía de su propia presencia física. Es posible que su cuerpo real pueda regresar, puesto que su mente nunca ha permitido que aparezca una imagen mental de sí mismo. Tendrá que sentarse un rato con Woody si quiere una explicación más extensa.

Joshua miró fijamente al coronel. Hasta ese momento, le había parecido que el hombre era como una tercera rueda en una bicicleta; un espectador en una partida de cartas de dos jugadores. Fuera o no un comandante de la base, había acompañado a Blair a Blackwater Springs en calidad de chófer. ¿O no? Joshua estaba empezando a reconsiderar los términos y el grado de implicación del coronel en el asunto. ¿Y quién era el tal Woody?

—¿Cuál es la segunda pregunta? —preguntó.

Tom Hubbard abrió la puerta del Café Okaloosa sin muchos miramientos y volvió a cerrarla tras él.

—Un vaso de agua y un sándwich de jamón —pidió a la camarera mientras se dirigía a la mesa de Joshua.

Antes de que el Coronel Crawford pudiera hacerse a un lado para dejarle espacio, Hubbard había girado una silla y se había sentado a horcajadas en ella.

—Maldita sea, Kampa, escúchame: no puedes dejarme en mitad de este encargo con el viejo R. K. Cofield y ese niño nuevo que cree que un depósito de epóxido es algún tipo de enfermedad.

—Me has echado a la puta calle.

—Sí, bueno. Si me prometes que vas a dejar de hacer esa gilipollez de bajar deslizándote por los hierros, volveré a contratarte.

El Coronel Crawford intervino en ese momento.

—Hemos estado intentando convencer al señor Kampa de que se plantee un nuevo tipo de trabajo.

Joshua miró al coronel de hito en hito.

—Y una mierda.

—Ésa era la segunda pregunta. Estaba a punto de hacérsela.

—¿Se dedican a buscar nuevos reclutas? —quiso saber Hubbard.

—Podríamos decirlo así. —El Coronel Crawford miró a Alistair Patrick Blair antes de volver a observar a Joshua—. Señor Kampa, ¿le gustaría unirse a las Fuerzas Aéreas?

—Soy demasiado bajo.

—No para el cometido que tenemos en mente.

—Sí, claro —apostilló Hubbard—, al Tío Sam nunca le viene mal un poco de carne de cañón en Centroamérica y en el Golfo Pérsico. En África también. Le gusta mandar a los negros a las selvas más conflictivas. Cualquiera de las dos partes puede cargar con los muertos cuando se hace el recuento de víctimas.

—En esta ocasión, Tom, tengo la intención de no volver a la empresa.

Hubbard meneó la cabeza.

—Como quieras. Déjame en la cuneta. Déjame tirado con R. K. Cofield y el niño que lleva escrito en la cara «socorro, me caigo».

Al final, con la mano herida envuelta en una servilleta de papel, Joshua se despidió de Hubbard con un abrazo en mitad del Café Okaloosa y se marchó tras el doctor Blair y el Coronel Crawford.

Diez minutos después, seguía en su Kawasaki la estela de la limusina de las Fuerzas Aéreas por la Estatal 85 a través del desolado campo de tiro de la última base en la que Hugo Monegal había servido. Cantaba a voz en grito, con la boca abierta de par en par, dejando que el viento húmedo se llevara su versión de una vieja y animada canción de los Beatles...

22

María

Cuando Malcolm me tocó el hombro, estuve a punto de caerme de la acacia a la charca de agua. Mientras yo les narraba la historia, se había colocado detrás de mí sin darme cuenta. La perilla se movía sin cesar adelante y atrás en esa barbilla hundida porque, de forma bastante clara, me estaba «hablando», dándome una charla silenciosa.

—Solo intentaba que pasáramos el trago de una noche difícil —le dije—. ¿Qué historia intentas contarme?

El habilino hizo un gesto con la cabeza para señalar sin ambages el 45 que había en mi cadera. Casi lo había olvidado y no deseaba recordar su presencia en ese momento. Tenía la esperanza de que las hienas hubieran desaparecido en la oscuridad de la noche con paso altivo, bien aburridas o bien insultadas por mi relato. No hubo tanta suerte: seguían allí fuera, a la espera.

—Ésta no es la panacea para todos los problemas, ¿sabes? ¿Recuerdas lo que le pasó a Genly?

Malcolm señaló con el índice a una hiena cuyos ojos de ágata refulgían con un brillo avaricioso desde un montículo de hierbas cercano. El habilino chasqueó la lengua. Movié los bigotes de su barba como una cabra que estuviera rumiando. A la luz del aprieto en el que nos encontrábamos, mis escrúpulos para utilizar por fin la pistola una vez más me hacían sentir fuera de lugar.

—Muy bien —concedí a regañadientes.

Así que saqué la pistola de su funda. Y, tal y como Pete Grier utilizara una vez un foco para asesinar a un ciervo indefenso, me aproveché de la luna para disparar a aquel ladrón carroñero entre los ojos. El disparo, cuyo sonido se perdió a lo lejos, tuvo el mismo efecto que un orgasmo. Me sentí vacío e inexplicablemente triste por la muerte de la hiena.

Las demás hienas, junto con una pareja de buitres de aspecto desaliñado que había conseguido alzar el vuelo en el último momento, ya se habían largado; de todas formas, disparé el cargador completo.

Durante el tiroteo, Malcolm se agarró al árbol casi muerto de miedo pero, después, con nuestros sitiadores en retirada, saltó a tierra y corrió a lo largo de la orilla como un hombre recién liberado de sus cadenas. Volví a dejar el arma aún caliente en su funda y observé cómo los otros mínidos descendían de los árboles circundantes. Pronto, todos estuvieron en el suelo. Algunos de ellos, la mayoría machos, se aventuraron a adentrarse en el prado para examinar el cuerpo de la hiena a

la que le había disparado. Yo, en cambio, me quedé en lo alto, decidido a continuar la vigilancia que Malcolm había abandonado.

—Escuchad, no voy a hacer esto siempre —informé a los mínidos—, pero sí que funciona cuando lo necesitamos, ¿verdad?

Las mujeres y los niños alzaron sus indecisos rostros iluminados por la luna mientras Roosevelt, Fred y Malcolm se agachaban al lado de la hiena con guijarros volcánicos y trozos de cuarzo con los que hacer lascas afiladas para despedazar al animal muerto. Aún faltaban varias horas para el amanecer, pero no parecían inclinados a dejar mi presa a los carroñeros en pro de volver a los matorrales a disfrutar de un sueñecito más que merecido. Los observé trabajar sin envidia ni apetito.

Debí de quedarme dormido. Cuando desperté, Fred ejercía de centinela en otro árbol y lo que quedaba de nuestro grupo había buscado un lugar donde dormir en el suelo. Había tantos cuerpos esparcidos que la escena me evocó imágenes de una masacre o un holocausto.

Fred zureó y señaló hacia los arbustos. Me levanté, pero no vi nada, solo espinos y desolación bajo una luna cada vez más cercana al horizonte. Fred siguió haciendo ruidos y, un momento después, una sombra salió de detrás de un matorral al nordeste. Cuando vi la figura, mi corazón comenzó a pistonear como un motor con los pernos flojos.

Era Elena.

Reprimí la necesidad de gritarle, de saltar al suelo para encontrarme con ella. Los mínidos se habían ganado el descanso y mi carrera hacia Elena despertaría y confundiría a más de uno. Con el corazón desbocado, esperé a que ella atravesara el trecho que la separaba de nuestra charca de agua. Fred dejó de hacer ruidos una vez que la avisó de nuestra situación, pero Elena no parecía avanzar tan rápido como debiera hacia nosotros. Por norma, sus movimientos eran ligeros y fluidos. ¿Qué la hacía tardar tanto? ¿Acaso estaba herida de gravedad?

No, no lo estaba. Elena llevaba algo entre los brazos y lo acunaba delante de ella como si fuera un ídolo. Era un bebé. Recordé la cría de babuino que, hacía ya tiempo, había traído al regresar de una expedición en busca de comida. Aquel pequeño no había sobrevivido mucho a su rapto, y si se trataba de otro niño robado, como a todas luces parecía, el resultado indiscutible de los anhelos de Elena por ser madre sería la muerte de la pobre criatura. *Por el amor de Dios*, pensé, *otra vez no*.

Bajé para encontrarme con Elena en el extremo más alejado de la charca de agua tan silenciosamente como pude. Me entregó a su pequeño, que no era un babuino sino un bebé australopitecino... del grupo de *africanus* que nos había perseguido todo el camino desde Nueva Elenburgo. El bebé se vino conmigo encantado, y mi primer pensamiento fue que parecía una niña humana con unos largos pantalones de lana.

Sus pies estaban más o menos libres de pelo y sus rodillas (como si tuviera agujeros en las perneras del pijama) parecían desnudas, como nudos callosos que se parecían mucho a mis propias rodillas. La pequeña se negó a mirarme y clavó la vista en Elena antes de dejarla vagar con añoranza por las sombras de los arbustos. Era un poco más alta y tenía algo más de pelo que el pequeño A.P.B. de Fred y Nicole; era probable que tuviera más de un año.

—Al menos tuviste la cabeza de robar una lo bastante mayor como para tragar alimentos sólidos —le dije a Elena.

Elena me quitó a la niña australopitecina de los brazos y la dejó en el suelo entre los dos. Después, me abrazó y me palmeó la espalda con ambas manos mientras balbuceaba una serie de sílabas que en poco recordaban a lo que yo le había enseñado. Sin embargo, su incoherencia no ocultaba la importancia de su significado. Como si nosotros mismos la hubiéramos concebido, Elena y yo éramos la madre y el padre de aquella australopitecina. Era nuestra responsabilidad que creciera hasta convertirse en un adulto sano.

—Es de locos —protesté—. Elena, no es una habilina. Es una mona austral africana secuestrada. Incluso si conseguimos que llegue a la adolescencia, ¿qué clase de vida crees que le espera?

Sin dejar de darme palmaditas en la espalda, Elena murmuró una serie de dulces incoherencias. Con una mirada afectuosa y tierna, observó a nuestra hija, que parecía inmersa en un trance autista.

—¿Quién se va a aparear con ella? —continuó—. Tendrá suerte si los mínidos toleran su presencia, por no hablar de aceptarla como un miembro del grupo. Y los suyos tampoco van venir en su busca. Elena, la despreciarán tanto los *habilis* como los *africanus*, como si fuera mestiza. ¿No puedes ver que esto es una locura, un desastre en potencia?

Elena no participaba de mi cobardía. Se arrodilló al lado de la pequeña y le arregló el pelo con ternura. Fue entonces cuando me di cuenta de que no había escapado ilesa del asalto a los australopitecinos. La sangre que brotaba de una serie de marcas de garras le corría en hilillos por el brazo. Y, a pesar de todo, les había robado a la niña sin más heridas que aquéllas; una hazaña tan heroica que solo pude sacudir la cabeza. La expresión del rostro de Elena me comunicó que tendría que hacerme cargo del bebé mientras ella se ocupaba de sus heridas. Con torpeza, me arrodillé junto a la pequeña homínida y comencé a quitarle piojos del pelo, una cortesía que el trance en el que se encontraba no le permitió agradecer.

Al otro lado de la charca, Emilia se despertó, se incorporó y nos miró. Después de bostezar, se puso en pie y recorrió la orilla para satisfacer su curiosidad. ¿Éramos de verdad o solo una aparición nocturna? Se acuclilló tal y como lo había hecho Elena y le tocó la barbilla a la pequeña secuestrada. Entonces, fascinada por la pasividad de la

australopitecina, retiró el dedo y la estudió con atención. Elena y yo apenas si nos atrevíamos a respirar; como si la vida o la muerte del bebé secuestrado dependieran de la decisión que tomara Emilia.

Al final, dije:

—Se llama María. —Miré a Elena—. ¿Te parece bien? ¿María?

—*Mii peejo* —dijo Elena.

«Mi espejo», pensé, era una buena aproximación a «María».

Déjalo estar, déjalo estar.

—Bien, entonces está decidido.

Satisfecha al comprobar que Emilia no pretendía hacerle daño a María, Elena me dejó al cargo de la pequeña y desapareció nuevamente en la noche. Cuando volvió a aparecer, unos quince o veinte minutos más tarde, traía una buena cantidad de *ol duvai*, o sisal silvestre, con cuya savia pegajosa intentaba calmar las heridas de su brazo. Emilia la ayudó a apartar el escaso vello de su antebrazo y a exprimir el calmante natural del sisal en las heridas. ¿A qué venía esa preocupación?, me pregunté. Tal vez fuera la hora tan tardía, la presencia de la pequeña cuya cabeza seguía esculcando en busca de piojos o el silencio tan opresivo. Fuera cual fuese el motivo, yo también me encontraba en paz; mis recelos acerca de adoptar a la australopitecina habían sido arrasados por un ejército de vanas esperanzas.

Alfie nos despertó golpeando sin cesar su bastón contra el tronco de un árbol. Casi había amanecido. Agrupados por la llanura, como monjes con la cabeza al descubierto durante la plegaria matutina, estaban los buitres que se habían apropiado del cuerpo de la hiena empalada por el rinoceronte hembra y devorada más tarde por sus propios congéneres. La otra hiena, a la que yo había disparado, había sido arrastrada hasta la orilla, fuera del alcance de las aves. A pesar de eso, los buitres permanecían atentos a cualquier oportunidad para acercarse.

Cualquier grupo de babuinos que se respetara a sí mismo hubiera desayunado antes de ponerse en marcha; pero Alfie, junto con Jamón y Jomo, nos obligó a adentrarnos en la llanura sin nada más en los estómagos que agua sucia y esa sensación temblorosa que acompaña a la enfermedad o al agotamiento extremo. La idea era comenzar a movernos antes de que apareciera un león o de que el regreso de las hienas nos obligara a permanecer encaramados a un árbol durante la mayor parte de la mañana.

Ese día, Elena iba en el centro de nuestra procesión y llevaba a María con ella. Ahora que tenía un bebé, tenía todo el derecho a abandonar sus papeles como escolta, centinela y guardaespaldas en pro de los de devota esposa, madre y tutora. Sostenía a la pequeña María contra la cadera mientras arrastraba el bastón de acacia como si fuera un timón roto. Un arma en una mano y un bebé en la otra. Si se sentía

confundida por las lealtades tan dispares que esos símbolos representaban, su corazón (al menos por el momento) estaba con las mujeres. Estas ni la acosaron ni le dieron la espalda por haberse unido a ellas.

Una vez que los mínidos se hubieron percatado de la presencia de María, ésta se convirtió en el centro de atención ocasional, pero no despertó hostilidad alguna. Yo había esperado caras de disgusto, gestos de enfado, puede que incluso algún ataque. En lugar de eso, los habilinos se turnaron para examinar a la pequeña, a la que parecieron deleitar con sus olfateos y suaves golpecitos. Elena permitió que los mínidos llevaran a cabo esta inspección. Si María iba a sobrevivir, éstos debían satisfacer su curiosidad acerca de la niña secuestrada y aceptarla como uno de los suyos. Sin siquiera gemir ni apartarse, María se colgó de Elena con los ojos abiertos de par en par, aterrada, y soportó como pudo aquel trago amargo.

Durante nuestra marcha, la pequeña superó parte del miedo que sentía por los mínidos y, en una ocasión, cuando nos detuvimos para descansar, se acercó dando tumbos a Bonzo, Duquesa y Pebbles, que parecían dedicarse a atormentar a un par de los escarabajos coprófagos que quedaban del encuentro del día anterior con los calicoterios. Los niños no evitaron que María se les uniera. De hecho, la dejaron participar en el desmembramiento de uno de los insectos, y tanto Elena como yo contemplamos la escena llenos de amor. Tras ese episodio, María, a todos los efectos, era una habilina.

Para cuando llegó el mediodía, nos encontrábamos más o menos a campo abierto, en plena sabana, pero la montaña, que según decidí estaba unos veinticinco kilómetros, parecía alejarse de nosotros en algunas ocasiones.

Los niños nos retrasaban, ya que seguían dando tumbos como cachorros y perdían el tiempo con cualquier resto disecado que hubiera en el suelo. María ya era uno de ellos, y Elena abandonaba de vez en cuando el centro de la columna como si renunciara a su papel de madre en aras de la vigilancia. No obstante, se apresuraba a volver con María cada vez que la pequeña mostraba signos de cansancio o enfado. La dedicación que le mostraba a nuestra hija me dejó meditabundo y un poco resentido. Me gustaba la Elena que hacía las veces de camarada y amante.

Algo después, esa misma tarde, Jamón se separó del grupo y corrió justo por delante de nosotros hasta una depresión en la hierba. Rodeó la pequeña concavidad (que, de no ser por el extraño comportamiento de Jamón, yo ni hubiera mirado una segunda vez), para después detenerse y cambiar el sentido de su marcha. Comenzó a gritar pidiendo refuerzos. Cuando llegaron los restantes machos habilinos, incluido yo, se adelantó con cuidado y tiró de una alta brizna de hierba de la hondonada de la sabana.

Un siseo agudo y peligroso siguió a su acción. Supuse que Jamón había descubierto una serpiente, tal vez una de esas serpientes comedoras de huevos, con

cuerpos que no dejaban de enroscarse y cuyas cabezas, similares a las de las cobras, helaban la sangre. Sin embargo, ese comportamiento no dejaba de ser un farol y Babington me había enseñado a no tenerle miedo.

No obstante, lo que Jamón había encontrado no era una serpiente comedora de huevos ni una cobra de verdad. Nada de eso. Había descubierto una camada de leopardos. Conté cuatro cachorros, pequeños y elegantes felinos con máscaras por caras y piedras preciosas por ojos. Con el pelaje plateado que distinguía a los jóvenes, se apretaban unos contra otros, y demostraban con gruñidos su miedo y su irritación. Su indignación resultaba cómica. La madre estaba de caza en algún sitio, pero volvería pronto, así que debíamos salir de allí a toda prisa antes de que nos pillara molestando a sus pequeños. ¿Quiénes éramos nosotros para estar allí, de todos modos?

Incluso tras pasar varios meses en el Pleistoceno, me sorprendí al darme cuenta.

Roosevelt y Fred apalearon a tres de los cachorros hasta matarlos, dejando la hierba salpicada con su sangre y su materia gris. El cuarto cachorro intentó huir, pero Alfie le dio una patada en los cuartos traseros y cayó sobre él con la rodilla, partiéndole las costillas y clavándolo en el suelo. Lo mató mordiéndole el cuello. Cuando, a continuación, levantó la vista hacia mí, la sangre le corría por la boca y un trozo de hermosa y fría piel se había quedado enganchada en su barba.

Me retiré con María hacia el borde del grupo de mínidos. Como si la pequeña fuera un escudo mágico o un chaleco salvavidas hinchable, la apreté contra mí en busca del consuelo que me daba. Juntos, sin que ninguno de los dos comprendiera del todo el desaliento del otro, observamos comer a los demás.

Tan pronto como cada estómago hubo recibido su ración de cachorro, el grupo se sumió en el letargo. Nadie quería irse. Aunque hubiéramos podido viajar varios kilómetros más esa tarde, los saciados habilinos decidieron levantar el campamento donde estábamos.

Hubiera resultado difícil encontrar una ubicación más vulnerable que ésa. No había un árbol ni un kopje a menos de doscientos o trescientos metros. Levantar un campamento en aquel espacio abierto era como montar una tienda de campaña en una autopista: pedías a gritos que te atropellaran. Sin embargo, satisfechos e indiferentes, los mínidos o bien no reconocieron el peligro o bien desecharon sin más esa posibilidad. Por suerte, pudimos pasar lo que quedaba de tarde sin tener que defendernos de depredadores errantes.

El sol comenzó a descender, tan brillante como una bombilla incandescente situada sobre la percha de un terrario. Después, desapareció.

Un habilino perezoso es un peligro en potencia. Dado que no confiaba en que ninguno de los machos mantuviera sus ojos abiertos una vez llegada la noche, decidí encender fuego. Elena mantuvo a María a su lado mientras yo recogía las espinosas y frágiles ramitas de las acacias arábigas y las boñigas secas de elefante, que eran semejantes a un disco volador por su forma redondeada y fáciles de desmenuzar. No tardé mucho en prender una acogedora fogata en el centro del grupo.

Mi ánimo comenzó a mejorar. Quizás hubiera sufrido una depresión típica de la civilización occidental o una melancolía vespertina. Observar a las hormigas en las ramas espinosas que se curvaban hasta convertirse en escoria etérea reavivó mi sentimiento de camaradería con los habilinos. Los insectos, a diferencia de las crías de leopardo, no eran mamíferos. Podías condenarlos a la perdición con alegres cánticos de acción de gracias para después alejarte de las llamas del infierno y contemplar con alegría cómo se quemaban.

Fred, el débil e imprudente Fred, regresó, pero no con madera para el fuego, sino con un nido de tejedor lleno de pequeños frutos cubiertos de pelusa. No tenía ni idea de dónde los había encontrado. Eran frutos de color entre amarillo y lavanda, con forma elipsoide y un olor almizcleño agridulce. No comí hasta que Dilsey, que se había apoderado del nido de Fred, se comió seis o siete con ganas y no hubo señales visibles de enfermedad... cuando, en realidad, debería haber estado más que saciada por la carne de leopardo. Los frutos, me dije mientras observaba a Dilsey, estaban incluso por debajo de las hormigas en la pirámide evolutiva de la conciencia, y para entonces estaba lo bastante hambriento como para reclamar mi ración. Elena me tendió un buen puñado.

El primer bocado de uno de estos frutos elipsoides me inspiró para ponerles un nombre. Los llamé «ciruelas arrugadas».

Las ciruelas arrugadas emborrachaban.

De hecho, me emborraché con las ciruelas arrugadas. Y aunque no fui el único, sí que me puse más sentimental que todos los mínidos sentimentales que hicieron eses alrededor de nuestro fuego en una ambulante contemplación de la crueldad, la brutalidad y la brevedad de la vida. Bueno, en tan solo unos tropecientos miles de años, reflexioné en voz alta, mi familia habilina —que nunca, nunca ha sido expulsada de mi mente— sería como los restos de los naufragios fenicios que forman parte de las arenas de Miami Beach. Nadie sabría —nadie conocería— los detalles cotidianos de cómo habían seguido su rumbo hacia el fortuito desastre de nuestra supervivencia. Cuánto les debíamos, pensé, y qué poco se preocupaba la mayor parte de la gente por lo que habían padecido en nuestro nombre. Era una vergüenza, les dije a los mínidos, que la postrera ignorancia de su valor y su sacrificio les hubiera negado un lugar en los anales de los héroes de la humanidad. Se merecían algo mejor,

mucho mejor, y quizá cuando el Esfinge Blanca me rescatara, podría rectificar tan innoble omisión.

Entonces, encendiendo una de mis cerillas resistentes al agua y levantando su cabeza impúdica contra las vetas marmóreas del horizonte, rebusqué en mi memoria una estrofa evocadora de Yeats:

*Queridas sombras, ahora ya conocéis
toda la locura de la liza
entre el bien y el mal general.
La inocencia y la belleza
tienen solo un enemigo, el tiempo;
Alzaos y obligadme a prender un fósforo
detrás de otro hasta que el tiempo alcance...*

—En los días del calicoterio —dije—, llegó a vosotros un quiromántico (es decir, un adivino que lee las líneas de la mano). Soy yo aquél que desentrañará las líneas de la vida de vuestras misteriosas manos.

Me acerqué primero a Dilsey, que estaba a cosa de un metro del fuego. Tomé su vieja y rugosa mano entre las mías —la mano habilina con el pulgar corto y encorvado— e intenté decirle quién era para predecir así en qué se convertiría y qué le iba a suceder.

—Dilsey, hace mucho tiempo conociste a un hombre bajo y moreno que te hizo levantarte sobre tus pies callosos y te dio una posición de influencia dentro de los mínidos. Su nombre era Jamón. Dentro de ti, con tu cooperación, engendró al hijo al que hoy conocemos como Alfie. Alfie es el homínido de tus ojos, pero tus hijas, la señorita Jane y Odetta, también son queridas por ti y tu consorte. En este salvaje lugar, Dilsey, has vivido una vida plena y útil. Aunque tu cuerpo está cuajado de piojos y tu boca desprende con frecuencia el hedor de la carne podrida, tu dignidad y tu honor son inmaculados. Tu vida es tan larga como el Nilo, pero ya estás cerca del insondable océano en el que tu vida, y la de los demás, desemboca inexorablemente.

Dejé caer la mano de Dilsey y me quedé mirando las sombras, que a su vez me devolvían la mirada. Como no estaba lo bastante hechizada, la anciana metió otra ciruela arrugada en mi boca. Me la comí mientras caía en la cuenta de que había predicho la muerte de Dilsey. Lo que ahora querían todos de mí eran los detalles. Volví a coger su mano y le di la vuelta con suavidad hasta dejar la palma hacia arriba. Noté que mi saliva era pegajosa, pegajosa y amarga.

—Dilsey, mi querida Dilsey, serás decapitada cuando el Toyota en el que viajas quede atrapado bajo el compartimiento de carga de un camión que transporta madera. Jamón, tu conductor, sufrirá el mismo y triste destino, pero el informe del sheriff lo

absolverá de la culpa debido a las condiciones meteorológicas y a que el camión no llevaba la pertinente señal roja en la carga que sobresalía.

»Odetta entablará una demanda multimillonaria en representación de tu familia contra la compañía maderera implicada, pero el litigio se alargará en el tiempo, en parte porque el forense detectó un porcentaje de alcohol en la sangre de Jamón inaceptable en el momento de su muerte. Intoxicación por ciruelas arrugadas, al parecer.

»En lo que se refiere a tu funeral y el de Jamón, Dilsey, será un acontecimiento increíble, con muchas hienas y buitres vestidos de etiqueta y reunidos alrededor de la tumba. Sí, desde luego, será algo increíble. Se hablará de ello en la sabana durante semanas. Sin embargo, esta notoriedad póstuma no te interesará, ya que además de estar muerta, eres una dama respetuosa y modesta que no permite que semejantes tonterías se le suban a la cabeza.

Después de besar a Dilsey en el huesudo entrecejo, me tambaleé hacia la oscuridad que había más allá de la fogata que los niños no dejaban de alimentar con ramitas y bolas de estiércol. Jomo me atrapó y me devolvió al semicírculo de adultos. Comenzó a darme golpecitos en el pecho con la palma de la mano.

—¿Qué queréis que os cuente? —les pregunté—. ¿Muerte por cáncer, heridas de bala, envenenamiento por radiación? No, señor. De eso nada, señora. A la mierda con eso. Por mucho que protestéis y gritéis, no quiero ver nuestro final y no voy a hacerlo. Esta noche no voy a volver a pensar en eso.

Elena se acercó a mí con María en los brazos, alejándose de la desolada llanura azotada por el viento. Nuestro fuego danzaba fuera de control y mis andrajosos pantalones restallaban como una tira de petardos. Elena quería que leyera su mano. Acomodó a María sobre una cadera y me tendió la mano.

—*Mii peejo.*

—Ésta es la última vez —les dije a los mínidos—. Es la última palma habilina que voy a leer. ¿Queda claro?

Nadie dijo nada. Elena esperó.

Agarrando su mano, que parecía padecer artritis, declaré:

—Elena, te vas a enamorar de un pintor de tanques de agua y vivirás feliz para siempre. Tendrás algún que otro día regular, por supuesto, momentos bajos en los que te sientas deprimida por la situación internacional o por el triste revestimiento de madera de tu caravana. Aunque te gustará Florida, y tu marido será uno de esos tipos que te permitirán, ya sabes, «desarrollar tu potencial creativo como una persona independiente». Cada aniversario, él... esto... te llevará a limpiar con arena el depósito de agua de la azotea de alguna comunidad, donde fingirás que sois pioneros que exploran el corazón tenebroso de otro planeta. Y, de ese modo entre otros muchos, seguiréis alimentando vuestro amor. Con todo, será una vida decente,

tranquila y modesta. Podría ser mucho peor. De verdad que sí.

Elena puso la pequeña mano de María en las mías, la mano de un alienígena velludo. La solté de golpe.

—*Mii peejo.*

—No, ya dije que no lo haría, Elena, y lo decía en serio.

Elena se cambió de cadera a María y se alejó cabizbaja. Los mínidos —todos ellos sombras queridas para mí— me observaron dar varios pasos hacia ella. Querían algo más de mí, los mínidos querían algo más; un epílogo o una exégesis. Me detuve y levanté la palma de mi mano para que pudieran ver sus líneas.

—Esta dice que nunca os traicionará. Estoy aquí para quedarme. Viajaré en el tiempo solo una vez más: cuando muera y deje mis huesos para que Alistair Patrick Blair los descubra. Tal vez entonces me procure mi propia nomenclatura taxonómica.

Lloraba a moco tendido, atrapado entre dos impulsos contradictorios: mi cariño por los habilinos y una repentina, aunque poderosa, nostalgia por mi hogar.

—He llegado hasta vosotros desde un mañana que ni sois capaces de visualizar, pero no creáis que soy el modelo, la consecución, de vuestro desarrollo como personas. Debéis mirar más allá de lo que no podéis ver todavía, debéis mirar lo absolutamente inconcebible. Aunque esté desubicado, debéis tener fe en vuestro destino. Mi 45 no es lo único por lo que os esforzáis, como tampoco lo es mi kit de primeros auxilios. La culminación de lo que habéis empezado, mínidos míos, será el triunfo de algo que ni yo mismo soy capaz de imaginar.

Al día siguiente, vagabundeamos sin novedad por los pastizales hasta las suaves colinas que yacían a los pies del Monte Tharaka. Elena, que a todas luces no se sentía bien, me permitió llevar a María la mayor parte del trayecto y pasó el tiempo recolectando hierbas para la niña australopitecina.

Nuestro acercamiento a la montaña quedó marcado por la aparición, sobre el cerro cubierto de maleza que había por delante de nosotros, de tres o cuatro cazadores de otra «nación» habilina. Nos habíamos adentrado en su territorio, y en tiempo de sequía, cuando la dispersión significaba la supervivencia, nuestro advenimiento debía de parecerles un desafío a su autoridad. Sujeté a María y levanté la vista hacia las cumbres nevadas del Monte Tharaka, y oí... bueno, oí las voces ancestrales que auguraban una guerra.

De hecho, Alfie, Jomo y Jamón les gritaban a los centinelas del cerro, y éstos les respondían de la misma forma. Estos extraños «¿Cómo estáis?» se perdieron por las depresiones de la montaña y se extendieron por el pastizal. Y asustaron a María. Me clavó las uñas en los muslos e intentó trepar por mi cuerpo como si fuera un árbol. También era fuerte, fuerte y tenaz; casi tuve que ahogarla para que desistiera de utilizar mi cabeza como asiento. Por fin, Elena se dio cuenta de lo que pasaba y me

liberó de aquel diablillo. En brazos de su madre adoptiva, incluso cuando el grito procedente del cerro cambió de una amenaza a una invitación, María se tranquilizó.

Mientras comenzamos a abrirnos paso hacia arriba, me di cuenta de que María no era la única mínida adoptada que temía el inminente encuentro. Yo mismo estaba tan fuera de lugar entre los habilinos como ella, un copo de All Bran en una caja de Cheerios. ¿Qué tipo de recibimiento debíamos esperar de los extraños del cerro? Sus rostros se volvieron entidades individuales a medida que subíamos, pero me seguía resultando difícil pensar que eran personas en el mismo sentido en que sentía que los mínidos lo eran. Iban vestidos de la misma forma (una especie de desnudez peluda parecía ser el uniforme de la época), y sus armas también eran parecidas (garrote, maza, bastón y fémur), pero a mí me recordaban a los *yahoo* más que a seres humanos. Era un prejuicio visceral que debía erradicar o, al menos, suavizar. Era, me dije, impropio de Joshua Kampa.

Al parecer, Jamón y Jomo ya habían tenido varios contactos con el jefe jorobado de esta otra banda. (Atila Gorila, lo llamé mentalmente, ya que sus habilinos me recordaban a los hunos). Ambos presentaron sus credenciales, dejando las armas a los pies de Atila para demostrar que tenían intenciones pacíficas así como nuestra buena disposición para solicitar la indulgencia de los hunos mientras atravesábamos sus tierras rocosas. Alfie, que se había quedado atrás con el grupo de mujeres, sujetaba el fémur pulido de un ñu como si fuera una varita de cóctel gigantesca. Si el recibimiento demostraba ser algo menos que hospitalario, parecía capaz de crear un cóctel habilino estupendo con nuestros adversarios. Por suerte, no fue necesario.

A pesar de que no era capaz de decodificar el galimatías gutural en el que se desarrollaban las negociaciones, en cuestión de segundos la tregua insegura había dado paso a un tratado de amistad. Siguiendo a Atila, nuestro grupo se deslizó por la parte trasera del cerro hasta un valle de espinos. Sobre las elevadas faldas del Monte Tharaka había árboles y bambudales, mientras que la nieve de la amplia cima brillaba como el hielo de un daiquiri de plátano helado. Nos abrimos paso a través del camino lleno de brezos hasta llegar a un cañón desnudo y luego ascendimos por él en dirección a los deliciosos hielos de la cima. No habíamos recorrido la cuarta parte del camino cuando dimos un giro en el sentido de las agujas del reloj para bordear una explanada boscosa, y así llegamos al diminuto balneario de los hunos en la montaña.

Llegados a este punto, los habilinos nos miraban a María y a mí con abierta desconfianza. Yo era la anomalía más desconcertante, un bufón con pies enclaustrados y calzones destrozados. Jamás habían visto nada que se me pareciera. No encontraban palabras —de hecho, ni siquiera tenían un concepto mental— para describir la mayor parte de mi vestimenta. Mis pantalones no los sorprendían del todo, pero solo porque algunas de las mujeres de los hunos vestían capas hechas con pieles de animales sin curtir, una concesión debida a las temperaturas más bajas de

aquellas altitudes.

A pesar de la antipatía hacia mi persona, me dejaron en paz. Los mínidos, después de todo, aceptaban mi compañía; además, era varios centímetros más alto que Atila, el macho al que reconocían como jefe.

Era a María a quien los hunos contemplaban más abiertamente. Era una cría inútil que los ridiculizaba por el mero hecho de ser quien era y lo que era. No parecían tener muy claro si querían acunarla o aporrearla; razón por la cual Elena se cuidó mucho de acompañarla en todas sus pequeñas excursiones por el campamento, un extraño diseño de cabañas y cobertizos. Yo también me mostraba protector con María, y me descubrí sosteniéndola en brazos gran cantidad de tiempo.

Permanecimos con estos habilinos seis días y no llegué a desarrollar ningún cariño por ellos. Se relacionaban bastante bien con los mínidos, supongo, hasta el punto de que el señor Pibb comenzó a allanar el camino para mantener una relación con una bonita fémina huna... pero yo no me preocupé por los gustos en cuanto a carne de nuestros anfitriones, que iban desde gálagos y colobos hasta cercopitecos verdes y azules.

Elena enfermó del estómago a intervalos concretos durante esa semana, víctima de una afección recurrente que atribuí a nuestro súbito cambio de hábitat y dieta. Para cuando el sexto día en la montaña llegó a su fin, estos ataques de vómito la habían debilitado tanto que pasó la noche postrada, pero despierta, bajo mi cuidado. Después de acostar a María, humedecí algunas compresas de musgo con el chorrito de un riachuelo cercano y las apliqué sobre la garganta y la frente de Elena. Al final, me acurruqué a su lado para dormir.

Cuando me desperté, la vegetación de la montaña se zarandeaba enérgicamente. El promotor de tal movimiento no era el viento. Más bien, la ladera de la montaña había comenzado a estremecerse bajo nosotros de la misma manera que se agitaría el rabo de una vaca para espantar una mosca persistente. Elena y María habían desaparecido. Salí al exterior dando tumbos. Las vi a través del follaje bamboleante en la orilla del manantial donde había recogido las compresas. Elena sostenía a María, pero una sacudida del Monte Tharaka la hizo caer. La pequeña cayó de sus brazos al suelo.

—¡Elena! —grité—. ¡María!

Mi voz era tan solo una más en el coro de gritos confusos. Una pandilla de hunos habilinos se había desplegado por el bosque que rodeaba el manantial y reprendían a la montaña por su mal comportamiento al tiempo que celebraban su propia osadía. Sus gritos de alegría y sus silbidos eran un débil contrapunto a los rugidos del Monte Tharaka, pero ninguno de los hunos parecía creer que sus vidas corrieran peligro. De hecho, lo único que hicieron fue enfadarse más. Como bolas de *pinball*, fueron

haciendo carambolas entre los árboles al tiempo que coreaban su valentía y su indignación.

María se puso de pie y Elena se apresuró a atraparla. Antes de que pudiera hacerlo, los esbirros de Atila cayeron sobre la pequeña australopitecina con un garrote. Uno de los golpes casi le cercenó la cabeza a la altura del cuello, y el siguiente pasó muy cerca de Elena. Quise gritar, pero no pude emitir sonido alguno. En vez de eso, saqué la pistola. Con odio en el corazón y el pulso errático, apunté al asesino de María.

En ese momento, el Monte Tharaka volvió a convulsionarse y nos derribó a todos.

Un minuto o dos después, cuando levanté de nuevo la cabeza, Elena le presentaba la espalda al huno que había matado a nuestra hija. El homínido le tocó el culo con gentileza antes de pasar a su lado en dirección al lecho de hojas en el que yacía el cuerpo de María. Elena también le presentó las nalgas a todos los demás habilinos que llegaron al manantial. Como ninguno de ellos aceptara su invitación ni la arrojara colina abajo, se arrastró a los pies del primer culpable. En los límites del pánico y el dolor, buscaba consuelo en un bárbaro sin conciencia. Y el bárbaro se lo dio. Mientras sus camaradas de armas desmembraban el cuerpo sin cabeza de nuestra hija, le palmeó los hombros, la acarició y le murmuró las condolencias hunas.

Disparé mi pistola al aire, un tiro por cada habilino. Si bien no habían huido de los rugidos de la montaña, sí que lo hicieron de los disparos de mi pistola. En aquel entonces, el terremoto había acabado y el estruendo de los disparos resultó tan puro y limpio como el de un punzón que cortara hielo. Poco después, Elena descendió a tropezones la ladera cubierta de escombros, hasta llegar a mis brazos. Con mucha más ternura que la que el Monte Tharaka había utilizado para mecernos a todos, la mecí a ella... la mecí una y otra vez.

Más tarde, mientras Elena yacía inmóvil en nuestra choza, con una mirada vacía, reuní lo que había quedado de María y enterré sus restos en la tierra blanda de los alrededores del manantial. Luego di un paseo.

A la luz del crepúsculo, me llamó la atención un cráneo ciclópeo conservado en una cuna de roca volcánica en lo alto de la montaña. Era la calavera de un mastodonte o de un dinoterio, una bestia de nariz larga que se había aventurado por las laderas del Monte Tharaka en busca de brotes y hojas y había muerto al no ser capaz de regresar al pastizal. Lo que parecía ser una inmensa cuenca ocular en el cráneo del animal era en realidad la cavidad nasal, pero los antiguos griegos confundirían semejantes restos con los de los gigantes de un solo ojo y se maravillarían ante las visiones conjuradas por su imaginación a raíz de este error. Yo mismo me quedé maravillado al observar la calavera.

Polifemo era un paquidermo.

Después de liberar la enorme calavera de la toba en la que estaba prácticamente enterrada, me dejé arrastrar tras ella ladera abajo.

La coloqué en la tumba de María a modo de lápida; un recuerdo a la memoria de nuestra hija.

Ciudad de Panamá, Florida

Verano de 1981

El sonido proveniente del pabellón de la playa era una música disco pasada de moda, los restos de una roconola de otro verano. No obstante, estaba lleno de actividad, y la actividad lo atraía.

Ataviado con sandalias mejicanas y vaqueros cortados, Joshua deambuló calle abajo por Miracle Strip para ver qué pasaba. Hubbard acababa de pagarle y, gracias a la intervención de éste, había conseguido que un banco local le concediera un préstamo con el que comprarse una moto. La había dejado atada con un candado en un aparcamiento para motos situado junto a las duchas públicas, cerca de la autopista; mientras caminaba por la blanda y blanca arena hasta el pabellón, se volvía de vez en cuando para admirarla. Una Kawasaki roja, simplemente preciosa. El dinero significaba independencia.

Vieja música, ruedas nuevas.

Ya en el pabellón, Joshua apoyó un pie en la barandilla de madera y observó a los bailarines. Eclipsada sin cesar por los cuerpos medio desnudos y en continuo movimiento, la roconola que estaba en el suelo parecía expandirse y contraerse como un enorme y opalescente pulmón. El sol acababa de ponerse. Una persistente mancha rojiza se extendía por las aguas del golfo; ese mismo color se reflejaba en el suelo hormigonado del pabellón. Joshua estaba hipnotizado. Los ritmos que brotaban de la roconola lo subyugaban, al igual que los movimientos, llamativos y algo robóticos, de los bailarines. En su mayoría, eran chicos blancos de instituto o adolescentes de risa floja, aunque la impresión general era la de unas almas condenadas que soportaban los tormentos del infierno y encontraban un gozo perverso en el proceso. Joshua no tenía muchas esperanzas de encajar en ninguno de los grupos.

Si quieres compañía, se dijo, ya puedes volverte a Eglin y buscar a tus viejos camaradas de las Fuerzas Aéreas.

Por supuesto, aquello no era posible. Ninguna de las personas que conociera antes de la muerte de Hugo seguía viviendo en los alojamientos de la base. Las familias de los militares eran refugiados profesionales. Iban y venían como gitanos. El pasado octubre, un joven aviador lo había llevado a la base y después había paseado por la vieja unidad de Capehart, donde los Monegal habían vivido durante tres años. Justo enfrente, había uno de esos triciclos de plástico verde chillón para preescolares. No se puede volver al hogar, sobre todo cuando nunca se ha tenido uno.

La canción de la roconola se acabó, no de golpe, sino desvaneciéndose poco a poco hasta llegar a un silencio sobrecogedor. La siguiente era una balada con un

hermoso solo de flauta que se alzaba sobre el sordo y repetitivo sonido del bajo. Los cuerpos quemados por el sol se fundieron entre sí y comenzaron a balancearse juntos como borrachos enamorados. Negándose a reconocer los derechos que se le negaban, Joshua siguió mirando.

Entonces, sucedió un pequeño milagro.

Una chica delgada de piel bronceada y el cabello tan negro como el grafito líquido lo estaba mirando desde el otro lado del pabellón. *La hermana pequeña de Lady Dragón*, pensó; una inocente oriental. Cuando la muchacha se dio cuenta de que él la había pillado mirándolo, cerró los ojos y dejó que su pelo se moviera de un lado a otro con el melancólico sonido de la flauta.

Mala suerte, no estaba sola. Junto a ella, un joven con la cabeza rapada estaba apoyado contra la pared, observando con ojos vidriosos a los bailarines; llevaba un par de pantalones anchos de poliéster y una camiseta amarillo pálido que conmemoraba la Flotilla de la Liberación de 1980. Lo más probable es que fuera un cadete de alguna de las bases circundantes y que se hubiera pasado con las patatas fritas y la cerveza, el sol y los barbitúricos. La chica quería bailar pero para él ya era todo un logro permanecer en pie. Finalmente, hundió la barbilla en el pecho mientras la parte superior de la cabeza le brillaba con un desagradable color rosado y poco a poco se deslizó hasta el suelo. La chica intentó rescatarlo pero a todas luces era demasiado pesado para poder levantarlo sola. Apeló a Joshua con los ojos al tiempo que forcejaba y el mensaje inequívoco que transmitió esa mirada fue: «Ya ves el lío en el que estoy. Vamos, tío, échame una mano». Joshua rodeó a la multitud que se concentraba contra la barandilla para hacer exactamente eso.

Tras unos tropiezos iniciales en busca de algo en lo que apoyarse, Joshua y la chica consiguieron llevar a su deshidratado novio por la playa hasta Miracle Strip, donde le metieron la cabeza bajo una ducha con el fin de sacarlo del estado catatónico en el que se encontraba. No hubo manera. El cadete los miraba con los ojos saltones y transparentes de un pez. La hermana de Lady Dragón le secó la cara con un pañuelo de seda y se encogió de hombros para demostrarle su impotencia a Joshua. Apenas habían intercambiado diez palabras desde que salieran el pabellón.

—¿De dónde es?

—Del campo Hurlbutt —contestó la chica sin el menor rastro de acento, a pesar de que Joshua habría jurado que era de ascendencia tailandesa o vietnamita—. Me dijo que iba a ser un Ranger.

—¿Del equipo de hockey, del de béisbol o forestal?

—No sé a qué te refieres.

—No importa. Será mejor que lo dejemos en algún sitio en el que pueda dormir la mona. Si vuelve a Hurlbutt en este estado, se pasará los próximos días pelando patatas en lugar de jugar a los iraníes.

—Alquiló un coche. Está por allí.

Dejaron al futuro Ranger en el asiento trasero del coche alquilado, un Plymouth Fury azul, le remangaron las perneras del pantalón y le colocaron el pañuelo empapado de la chica en la cabeza a modo de compresa.

La chica condujo hacia el Oeste por la autopista hasta una zona desierta de las dunas. Joshua la siguió en su Kawasaki. Al resguardo de una mimosa, discutieron qué más podrían hacer por el tipo. Por entonces, las estrellas se abrían paso entre el entramado de nubes.

—No tiene que volver hasta las cinco en punto del domingo. Tiene permiso para todo el fin de semana.

—Deja un rendija en un par de ventanas, enciérralo con las llaves del coche dentro y déjalo dormir. No va a padecer convulsiones ni a asfixiarse, y tampoco va a molestarlo nadie en este sitio.

Vestida con pantalones cortos caqui y una camiseta como la de su acompañante, la chica tenía toda la pinta de una inexperta y muy joven Scout. Era de la misma estatura que Joshua, pero más delgada, con un aspecto casi etéreo. Parecía bastante nerviosa a la hora de aceptar sus sugerencias; no tanto por lealtad a su cita, pensó Joshua, como por una astuta desconfianza hacia sus motivos. No era tonta la chica.

—Dejaré que conduzcas tú —le dijo al tiempo que señalaba su moto—. Si me porto mal, puedes lanzarnos de cabeza contra un coche que venga en sentido contrario y dejar que la cólera de Dios caiga sobre mí.

—Si conduces tú, tal vez estés demasiado ocupado como para portarte mal.

—Pero no controlarías el lugar adonde te llevo.

—¿Me llevarías a otro sitio que no fuera el que yo te indicara? —Inclinó la cabeza hacia un lado y lo estudió con ojo crítico—. Si llegara el caso, podría hacer dedo hasta mi casa. —Echó a andar hacia las dunas que se abrían a la autopista.

Nervioso, Joshua se puso a su altura. ¿Cómo se suponía que tenía que abordar a aquella niña asiática perdida y sensual de cabellos mágicos y ojos del color del chocolate fundido? Ni siquiera su estancia en Nueva York —su exilio, como en ocasiones lo denominaba— le había enseñado eso. Era un novato en esas lides, un aspirante.

—¿Cuántos años tienes? —farfulló.

—Diecisiete.

—Yo cumpliré diecinueve en noviembre. —A pesar de que noviembre parecía tan distante como la ciudad de Ho Chi Minh, le infundió valor—. Hablaba en serio cuando dije que podías conducir. Acabo de recibir la paga. Llévame de vuelta a la calle Strip y te invitaré a comer.

La chica se paró.

—¿Un perrito y una Coca Cola?

—Lo que quieras. Acabo de cobrar.

—Sí, ya me lo has dicho. —Miró hacia el coche alquilado que estaba bajo la mimosa—. Lo único que Rudy quería eran anfetaminas, barbitúricos y aros de cebolla. Se lo tragaba todo con vino blanco y cerveza Past Blue Ribbon, una y otra vez... De esta forma. —Su cabello se movió como una cortina de cadenillas mientras escenificaba la técnica tan poco refinada de Rudy.

—Dios.

La chica sonrió. Su sonrisa fue el punto de apoyo en el que se sustentaron las precarias esperanzas de Joshua.

—Nunca he montado en moto —dijo—. Creo que me gustaría probarlo.

En otro tiempo, su nombre había sido Tru Tran Quan, pero ahora se la conocía como Jacqueline Tru. Su padre, que había emigrado a los Estados Unidos mucho antes de que nadie oyera hablar de los balseros o sospechara que Saigón estaba a punto de caramelo, regentaba un pequeño restaurante de comida asiática en el que los perritos y los aros de cebolla ni siquiera estaban en la carta. A pesar de que Joshua y Jackie no cenaron en el establecimiento del anciano aquella primera noche, antes de que acabara el verano habían devorado arroz, pollo troceado y verduras fritas preparados de tantas formas distintas que Joshua comenzó a pensar en la mayonesa como un condimento exótico y en la sopa de hamburguesa como un consomé deseado con ansiedad.

Kha, el anciano, había sido Coronel del Ejército de la República de Vietnam hasta comienzos del primer mandato de Richard Nixon, momento en el que llegara a la Base Lackland de las Fuerzas Aéreas en Tejas con su esposa y sus tres hijos en una misión humanitaria autorizada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. La señora Tru padecía una rara enfermedad en la sangre para la que le habían prometido un tratamiento, ya fuera en el hospital de la base o en el centro de Houston, donde el doctor Denton Cooley practicaba trasplantes de corazón con la misma facilidad que una operación de anginas. Como hombre rico que era, Kha le había devuelto, al parecer, el dinero que le había costado al Gobierno norteamericano el privilegio de trasladar a toda su familia a ese país en una época de incertidumbre, tanto nacional como internacional.

Por desgracia, la señora Tru había tenido una crisis y había muerto en cuanto pisó la consulta en Lackland, víctima de los efectos combinados de la enfermedad, del viaje agotador y de sus propios miedos. Kha reaccionó con rapidez y les dijo a las autoridades que dimitía de su puesto en el Ejército de la República de Vietnam, tras lo cual pidió asilo político en los Estados Unidos. No quería regresar al caos institucionalizado de una estrategia bélica en desintegración y al régimen corrupto de Vietnam del Sur. Además, su único hijo varón tenía trece años, y cada vez estaba más

cerca de la edad de reclutamiento.

—Pero no puede pedir asilo político en el país que es el principal aliado de su propio Gobierno —le dijo a Tru un burócrata con gafas del Departamento de Estado—. No tiene sentido.

—¿No tiene sentido pedirle un favor a un amigo? —le preguntó Tru Quan Kha.

—Por supuesto que no. Se le pide asilo político a un enemigo del país del que se quiere escapar.

—Mi amigo y mi enemigo tienen el mismo rostro.

—Entonces, sin duda, no verá ningún obstáculo para volver a Saigón sin dimitir de su puesto y provocar un incidente embarazoso.

—La República de Canadá vigila vuestra frontera norte —reflexionó Tru Quan Kha en voz alta—. Es mucho más seguro aquí.

El Gobierno intentó hacer regresar al Coronel Tru en contra de su voluntad, pero su hijo, un chico muy instruido tanto en inglés como en los múltiples usos de los medios de comunicación públicos, acudió a los periódicos de San Antonio con la historia de su padre y con la sorprendente exclusiva de que Tru pagaría una cantidad nada despreciable de dinero a cualquier mujer estadounidense soltera que se casara con él. Con esta estratagema, admitió el muchacho, Tru esperaba asegurarles a sus hijos, y a él mismo, las mismas bendiciones inalienables de la libertad que disfrutaba el pueblo americano. Debido a la pronta reacción del gobierno, solo unos pocos periódicos que publicaron la historia acabaron en la calle. De cualquier forma, diez o doce solteras muy patrióticas respondieron de manera favorable a la oferta de Tru, y la publicidad que provocó el alboroto local amenazó con traspasar las fronteras de San Antonio y extenderse a otras partes del país. No sin ciertos recelos, el gobierno acabó por ceder. A Tru se le permitió casarse con una cincuentona llamada Brenda Lu Bruno y obtener así la ciudadanía.

En poco tiempo, Tru se mudó a Florida, ya que deseaba ver árboles de pomelo, Disneyworld y Regalos Ritki e Imperio del Souvenir. No vivía con Brenda Lu Tru, pero se escribían con regularidad y hacían la declaración de la renta conjunta para que el Tío Sam los dejara en paz. Así pues, durante una década, con su hijo y sus dos hijas como consuelo constante, Tru Quan Kha había sido un hombre feliz.

En un principio, Joshua no contribuyó mucho a su felicidad. El viejo vietnamita creía que los negros eran como las víctimas de un incendio, que, si las tocaba, se pondrían a gritar o se les desprenderían tiras de carne achicharrada con el dorso rosado. Tampoco le hacía gracia ser un tanto más alto que Joshua. Ni siquiera la curvatura de su columna, debida a la edad, lo colocaba a la altura de los ojos del joven. ¿Iba su hija —una buena chica católica, rebautizada Jacqueline en honor a la viuda del presidente—, iba Jacqueline a casarse con una birria de hombre en lugar de

hacerlo con un clon de Robert Redford con una cuenta corriente tan gruesa como la Biblia de Gutenberg? Quizás. Nadie era capaz de desentrañar las intenciones de Jackie. Y en el caso de que Joshua entrara en sus planes, ¿cómo podría este contribuir a la felicidad de Kha?

En primer lugar, haciendo feliz a Jackie, tarea que parecía venirle grande; y en segundo lugar, divirtiéndolo a su padre. El chico —un hombre joven, en realidad—, contaba unas historias maravillosas. Historias en las que criaturas casi humanas escarbaban en busca de tubérculos, cazaban pequeñas aves y comían la carroña dejada por depredadores más grandes, todo en aras de su supervivencia. Muchos animales insólitos compartían los pastos arcaicos con estos fascinantes prehumanos, cuya expulsión del Edén fue una caída desde el salvajismo a la bendición eterna de la Revolución Agrícola y las cuentas corrientes. Dado que Kha ya no era un hombre rico —sus antiguas propiedades habían sido confiscadas, primero por el régimen de Thieu y después por los comunistas norvietnamitas— la pobreza material de los homínidos prehistóricos de Joshua se le antojaba más idílica que angustiosa. Disfrutaba oyendo hablar a Joshua acerca de lo que nadie podría saber de primera mano, y no dejaba de servirle comida al pretendiente de su hija para que no se marchara del establecimiento y siguiera recitando con entusiasmo semejantes historias.

Jackie, mientras tanto, se sentaba a la mesa con los dos hombres, tolerando el afecto recíproco de ambos. Debido a la creencia de su padre de que su capacidad intelectual y su carácter independiente le depararían un destino mucho más elevado que el de servir mesas, tenía pocas obligaciones en el Restaurante Mekong. (Antes había sido una estación de servicio Texaco). Por tanto, era la hija mayor de Kha, Cosette, la que ejercía de anfitriona, camarera, cajera y pinche de cocina. A pesar del desfile de turistas que se paseaban por la calle Strip, el Mekong no tenía muchos clientes, por lo que Kha podía salir de la cocina con total impunidad hasta que llegara un parroquiano. Joshua suponía que la falta de trasiego en el comedor (que en otro tiempo fue un garaje doble) evitaba que Cosette albergara un resentimiento más enérgico hacia su hermana pequeña. Después de todo, Jackie podría convertirse en profesora de Historia en un colegio público de Florida o en intérprete simultánea para las Naciones Unidas en Nueva York.

En lo referente a Dzu, el chico que había llevado la historia de Kha a los periódicos de San Antonio, ahora trabajaba para el Departamento de Estado como experto en la tramitación de los refugiados, ya fueran del Sudeste Asiático o del Caribe. Joshua nunca había conocido a Dzu, pero aquella noche llevaba otra de las camisetas de la Flotilla de la Libertad de 1980 que Dzu le había enviado a sus hermanas como recuerdo. Jackie y Cosette se habían pasado todo el año anterior regalándoselas a amigos, conocidos e, incluso, citas a ciegas. En la cocina del

Mekong, había un estante repleto de esas camisetas.

—Padre, ya ha comido bastante, y tú ya has escuchado lo suficiente por esta noche.

Kha se encogió de hombros sin arrepentimiento alguno y masculló algo en vietnamita.

—Dice que deberías escribir las historias que cuentas —tradujo Jackie.

—No me hace falta. Si espero lo suficiente, veré las repeticiones en mis sueños. —Pero se levantó, saludó a Kha y le dijo al anciano que le había prometido a Jackie llevarla a ver una película. Mantuvo la cartera en el bolsillo porque Kha consideraba cualquier intento de pagar la cuenta como la peor clase de insulto.

—Un sueño mal recordado es una oportunidad perdida —dijo Kha en inglés—. Deberías escribirlas.

Jackie depositó un beso en la frente manchada de su padre, se despidió alegremente de Cosette y condujo a Joshua a través de la puerta de cristal hacia el bullicio del oleaje y el ruido de los motores que caracterizaban la calle Strip.

—Nada de películas —dijo ella con toda intención—. Tú.

—¿Dónde?

—¿Qué tiene de malo tu caravana?

—Gene acaba de volver de un trabajo en Luisiana. Es más que probable que haya reclamado su reino: latas de cerveza sobre la cisterna, ropa por todos lados y una lata de mantequilla de guacamole encima de la tele. No se ajusta a mi idea del sitio perfecto para una cita.

El gran Gene Curtis era el compañero de caravana de Joshua, el capataz de la plantilla de la Gulf Coast Coating que pintaba depósitos en otros Estados. Le doblaba la edad a Joshua y era también el doble de su persona. Víctima de tres infartos y de un divorcio completamente inesperado, asistía a misa todos los domingos, pero solo rendía culto de corazón a Dizzy Gillespie, a la memoria de Billie Holliday y a los Tampa Bay Buccaneers, sin importar la canción. No consideraba que «negro» fuera una palabra inaceptable para referirse a la «gente de color» y nunca había oído hablar de Jomo Kenyatta, Steve Biko, Robert Mugabe o Eldridge Cleaver.

—Tengo bastante dinero para pagar un motel.

—Nada de eso.

—¿Entonces, dónde? —Joshua pudo oír la nota de exasperación de su voz. Había pensado en ver una película, la nueva de Brian de Palma.

—¿Por qué no me sorprendes?

—Dios.

—No blasfemes, Joshua. Te daré un repaso mucho mejor del que, probablemente, tú le darías a la peli.

El capricho de Jacqueline —que, para ser sincero, podría convertir en propio con suma facilidad— requería preparación y un poco de inventiva. Al principio, esos requisitos habían enfriado un poco su entusiasmo, pero ahora que los dos estaban en su moto, sorteando el tráfico y dejando atrás los moteles de hormigón cubiertos de luces de neón, las tiendas de estuco de artículos de playa y la fauna de fibra de vidrio de varios circuitos de minigolf, se había vuelto a excitar. La sorprendería; la abrumaría, de hecho. Juntos, alcanzarían la misma cima de pasión que antes disfrutaran César y Cleopatra, Lancelot y Ginebra, Bonnie y Clyde. Fue un largo trayecto para el cortejo motorizado de Joshua, una distancia que se vio complicada por los excursionistas, las camionetas y los remolques para lanchas; pero, después de sortear con despreocupación aquel adictivo eslabonamiento, Joshua los condujo adónde quería en menos de una hora.

—Espera aquí —le dijo a Jackie—. Volveré en seguida.

El gran Gene estaba tirado en el sofá-cama de la sala de estar, viendo la televisión. Levantó una lata de cerveza a modo de saludo. Joshua le hizo un gesto con la cabeza, atravesó con rapidez la entrada llena de cosas y regresó al poco tiempo con una linterna enorme y una colcha.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre grande.

—Linterna. Colcha.

—¿Para qué?

—Picnic en la playa —improvisó Joshua; abrió la puerta de un empujón y a punto estuvo de saltarse el primer escalón—. No me esperes despierto.

—Puto crío estúpido —dijo Gene con afecto.

Joshua hizo una especie de silla de montar con la colcha. Jackie, linterna en mano, se montó tras él y, así, partieron hacia el Nordeste a lo largo del desolado tramo de autopista que bordeaba la reserva militar.

Las palmeras se rendían ante el monte bajo, que a su vez se rendía a la viña kudzu, los pinos y las extensiones de musgo español. En las profundidades de la oscuridad veraniega, Alabama se mostraba como la quilla de un barco cubierta de conchas. Aquél era el lugar donde, no hacía más de quince años, los emprendedores de aquella remota región habían colocado carteles publicitarios sobre sus estaciones de servicio y tiendas de alimentación que rezaban: «Queremos negocios de blancos». Joshua jamás había visto esos carteles, pero Tom Hubbard y el gran Gene Curtis le habían asegurado que era verdad. Una punzada de miedo le atravesó el abdomen como un aguijón. Giró el manillar derecho para aumentar la velocidad y gritó por encima de su hombro que casi habían llegado. Jackie le apretó los hombros en respuesta.

Una línea de edificios de ladrillo se extendía por el campo como una parte del

decorado de un escenario que de pronto girara hacia el público. Joshua quitó la mano del acelerador y dejó que la moto rodara hasta un pueblo con un solitario semáforo. Durante la semana anterior, una cuadrilla de la Gulf Coast Coating había estado trabajando en la pequeña torre de agua del pueblo, limpiando su interior con arena hasta dejar el metal reluciente para después aplicar una imprimación rugosa en el resto de la superficie de la estructura. La panza del tanque de agua resplandecía sobre ellos como la torreta de una nave de guerra marciana.

Una cerca rodeaba la base de la torre, que distaba del distrito comercial, ahora dormido, unos buenos cincuenta o sesenta metros. Todos los antiguos escaparates estaban cerrados y el semáforo se mecía al compás de la suave brisa de medianoche. Verde, ámbar, rojo. Verde, ámbar, rojo. El cruce estaba vacío.

—¿Te parece que esto es mejor que tu caravana?

—Más privado.

Jackie apoyó la barbilla en su hombro.

—Ya que podrías haberme llevado a una pista de tenis o a un campo de fútbol.

—No me refiero aquí abajo; sino allí arriba, Jackie. Dentro del tanque.

Su expresión, apenas iluminada por la luz de las estrellas, no cambió. Ladeó la cabeza para calcular la altura del tanque y la dificultad de la escalada. A Joshua lo complació que ella no vetara de pleno su idea; pero también lo contrarió que no se mostrara más sorprendida. Habían recorrido un largo trecho juntos, tanto aquella noche como a lo largo del verano. Joshua, según ella misma había admitido, era su cuarto amante, mientras que él le había entregado nerviosamente su virginidad a Jackie entre unas dunas no muy lejos de la playa de Santa Rosa. La disposición de Jackie a fornicar dentro de una esfera de metal a treinta metros de *terra firma* era, sin duda alguna, mucho menos sorprendente que su buena disposición para fornicar sin más. Como vietnamita de nacimiento, hija obediente y «buena católica», tendría que haber sido casta como una monja, pero Florida la había transformado sin necesidad de renegar de esos calificativos, y ahora se consideraba a sí misma una ilustrada mujer de mundo. Insistía en abrazar la diversidad.

—Muy imaginativo, Joshua.

—No para mí. Para mí, era una opción evidente.

Dejaron la Kawasaki volcada en la hierba, saltaron por encima de la cerca, que no era muy alta, y subieron por la escalera hasta la pasarela que había a mitad del tanque. Joshua llevaba la linterna enganchada en el cinturón y la colcha sobre el hombro a modo de sarape. Se había puesto a la cola para evitar que Jackie pudiera resbalar, a pesar de las protestas de ella, que decía que con todo lo que llevaba, él tenía más probabilidades de caer. Ninguno de ellos cayó, pero la subida los dejó mareados, incluso a Joshua, así que descansaron en la pasarela antes de continuar por la escalera semiesférica que abrazaba el vientre del tanque hasta la escotilla que se

abría en la parte superior del depósito. En aquella ocasión, Joshua fue delante.

Encaramado al borde de la escotilla, recorrió con el haz de la linterna el interior del tanque. Las escamas brillaban de forma apagada en la superficie que aún no había sido limpiada con arena, y el olor a cloro, a óxido y a metal corrompido lo hacía dudar. Quizá no fuera una idea tan genial después de todo.

—Vamos —lo acució Jackie—. ¿A qué esperas?

Joshua entró en el tanque. Jackie lo siguió sin problemas. Contra una de las rampas inferiores, cerca de la toma de la cañería que llenaba el tanque, encontraron una isleta de arena de las limpiadoras. Allí, en una conspiración de susurros e inútiles gestos con las manos, extendieron la colcha. El mango de la linterna chocó contra un lateral del tanque mientras Joshua se movía, y el clamor resultante fue ensordecedor.

—¿Y la gente de verdad bebe agua de estos tanques?

—Se toman muestras todos los meses en busca de impurezas.

Las sombras le daban una cualidad pétrea al rostro de Jackie; la chica contempló el barro y las manchas de óxido.

—*Puaj*.

A Joshua se le ocurrió que si Jackie distinguiera su rostro en la oscuridad que lo rodeaba, su aspecto sería incluso más extraño que el de ella; sin embargo, le tocó la barbilla y se inclinó para besarlo. Se fundieron como velas, cayendo de rodillas. Se desplomaron el uno sobre el otro sobre la superficie de la colcha. Su carne era parafina líquida, y en la ceguera de su fusión, fueron transparentes el uno para el otro.

Cuando Joshua volvió a ser consciente de él mismo como individuo, yacían acostados juntos, desnudos y sudorosos. El jardín del Edén sobre pilares, en eso se había convertido el apestoso tanque de agua. El óxido que corroía el depósito no desprendía un olor desagradable, sino más bien una especie de perfume. Sus cuerpos estaban relajados, una vez satisfecha la lujuria, y aún no había aparecido ninguna serpiente.

—Estupendo.

—Cuatro estrellas —dijo Jackie—. Altamente recomendable.

—Casémonos.

Jackie dejó que las palabras resonaran un momento antes de contestar:

—De eso nada, señor Kampa. Eres un hombrecito amargado que todavía no se encuentra a gusto consigo mismo. No quiero convertirme en la secretaria privada que grabe tus sueños.

—Te he pedido que nos casemos. Ni siquiera lo has considerado.

—Lo he pensado muchas veces. Solo que no creí que me lo pidieras... Joshua, me quedan muchas cosas por hacer.

—¿Como qué?

—¿Has oído hablar de la Madre Teresa de Calcuta? Ella representa un modelo de

comportamiento que pocos han intentado seguir. He pensado mucho acerca de hacer un trabajo parecido al suyo.

Joshua ladró como un chihuahua.

—Hablo en serio. Te suena ridículo porque no puedes imaginarme comprometida con una misión espiritual. Una misión piadosa. Pero ése es problema tuyo.

—Te he pedido que te cases conmigo.

—Y yo te he dicho que no y te he explicado la razón de mi respuesta. Tú tampoco quieres casarte. Piensa en los sueños que tienes, Joshua. Los hombres mono, ésos que intentan convertirse en humanos... esas criaturas son la clave. Tú quieres lo mismo, pero te ves tan incapaz de conseguirlo como ellos. Estas desconcertado y siempre en conflicto contigo mismo.

—Te quiero, Jackie.

—Eso es lo que te dicen tus hormonas. Las hormonas y la gratitud. No te puedes casar llevado por esos motivos. O, al menos, no deberías.

—Jackie, he tenido estos malditos sueños desde antes de que pudiera hablar. He estado «desconcertado y en conflicto» desde que era un niño.

—Eso es porque tienes una misión y todavía no sabes cuál es.

—Tú.

—Menuda gilipollez.

—¿Cómo coño sabes que tú no eres mi misión?

—Porque tengo una misión propia. De lo contrario, por si no lo sabes, no estaría aquí a la espera cuando tantas otras ya se han casado.

El semi-misticismo de Jackie no admitía réplica. Le recordó que el centro de su propia vida se basaba en un misterio al que había llegado a contemplar como vulgar y deshonesto, algo así como una enfermedad venérea. Le había revelado su secreto a la familia Tru porque el hecho de ser extranjeros (es decir, su supuesto alejamiento de los prejuicios y patrones de pensamiento de la gente «normal») los había convertido en confidentes fiables. Además, contar sus sueños le había ayudado a ganarse a Kha y había aumentado de forma más que considerable el interés que Jackie sentía por él. Al menos, al principio. Ahora, ella arrojaba sin preocupación alguna cargas de profundidad en la frágil pecera de sus esperanzas.

—Todo el mundo ha estado alguna vez «a la espera», Jackie. El problema es que nadie sabe durante cuánto tiempo ni para qué.

—Algunos sí lo saben; otros deberían saberlo.

—Pero tú escucha lo que dices, te estás regodeando.

—Estás enfadado contigo mismo, Joshua, no conmigo. Así que déjalo ya. También estás enfadado con tu familia, y ya no hay razón alguna para ello.

—¿De qué hablas?

—*El paraíso en sus sueños.*

Por supuesto. El libro propuesto por su madre —mejor dicho, por Jeannette Monegal— acerca de su extraña y crónica aflicción. Por lo que Joshua sabía, el libro nunca se había publicado, ni con ese ni con ningún otro título. Joshua se había largado y ella había abandonado el proyecto. Sin embargo, Jeannette seguía sin saber a qué santuario había escapado, ya que no había intentado ponerse en contacto con ella desde que desertara del Bronx Oeste. Tampoco estaba preparado para salvar la brecha con una llamada de teléfono. No, señora. Nada de una orgía de disculpas a larga distancia y perdón para él. ¿Quién se disculparía? ¿Quién tendría que perdonar? Joshua cerró los ojos y trató de concentrarse en la oscuridad impenetrable.

—No quieres hablar de eso, ¿verdad?

—No —respondió—. La verdad es que no.

Tras un momento, Jackie dijo:

—¿Y de tu trabajo? ¿Quieres hablar de eso?

—¿No te gusta mi trabajo? ¿No quieres a un reparador de torres por marido? ¿El salario de un pintor de tanques no te emociona?

—Nada de eso tiene que ver con lo que hablo, Joshua. Tu trabajo es una desviación, un sustituto. Entrás en cualquier pueblecillo y comienzas a acicalar su más flagrante monumento fálico. Es un trabajo duro y honesto, pero para ti es también como una especie de masturbación: sin sentido y solitaria.

—Joder. No me lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no puedes creer?

—Pareces Lucy en una de las tiras de Peanuts. Soltando una jerigonza bajo un cartel que dice «Atención psiquiátrica: cinco centavos».

—Dejas tu trabajo de vez en cuando, ¿no? Y luego el señor Hubbard te vuelve a contratar cuando apareces. Eso es lo que ocurre, ¿a que sí?

Joshua no dijo nada.

—Te estás preparando para la ruptura final. Un día te sentirás dispuesto a dejarlo por completo. Encontrarás tu misión y harás lo que se supone que debes hacer. Así que es posible que tu misión se retrase todavía un poco. No te digo que dejes tu trabajo. No intento decirte cómo llevar tu vida.

—¿De verdad?

—Sabes que no. Pero si nos casáramos, tal vez lo haría. Y tú intentarías lo mismo conmigo, aunque no quisieras. —Le puso una mano en el pecho—. No te enfades, Joshua. No es una tragedia que yo ya haya encontrado mi misión y que tú todavía la estés esperando. Ya llegará.

Riéndose entre dientes, no sin cierta tristeza, Joshua cubrió la mano de ella con la propia.

—¿De qué te ríes?

—Encontrar mi misión. Hablas de eso de la misma forma que algunas de las

chicas que conocí en Nueva York hablaban de la regla. Haces que parezca algo biológico. Inevitable. Predestinado. Me parece que no estoy de acuerdo con eso, Jackie. No es algo calculado... como analogía, me refiero.

Se apartó a un lado y comenzó a buscar a tientas su ropa. Había acertado de lleno en lo referente a su palabrería psicológica. Para ella, una «misión» era una especie de síndrome premenstrual psíquico, y se mostraba tan comprensiva con su lentitud en alcanzar esa condición por los mismos motivos por los que no se burlaría de una chica que llevara sujetador deportivo. La gente se desarrollaba a diferentes velocidades. Joshua podía sentir cómo le subía la bilis, una punzada de ira que salía con la fuerza de una erupción.

—Estoy listo para irnos —dijo. Encontró la linterna y la encendió.

—Yo también —respondió Jackie; su voz era tan directa y luminosa como el haz de luz de la linterna.

Aquel otoño, Jackie comenzó a asistir a una de las escuelas universitarias locales. Joshua cada vez la veía menos, y su ambigua pasión por la muchacha de mágicos cabellos se transformó en amistad. Más tarde, Jackie se fue a la Universidad George Washington, en la capital del país, y su relación se fue diluyendo de forma gradual a través de cartas, postales, recuerdos y, al final, silencio.

Joshua continuó trabajando para la Gulf Coast Coating y continuó soñando...

Siembra de sueños

Poco después del asesinato de María, nos separamos de los hunos y construimos un campamento propio en el flanco nororiental del Monte Tharaka, a catorce o quince kilómetros de nuestros antiguos anfitriones y a una altura considerablemente menor. La montaña pareció aprobar nuestras disposiciones, ya que se abstuvo de quejarse de dolor de barriga y pudimos tumbarnos de noche sin temor a que nos despertara de golpe con una erupción de eructos y gases. Yo debía de ser el único mínido que se preocupaba por la estabilidad del tracto gastrointestinal del Monte Tharaka. Eliminé estas preocupaciones mediante un sistema muy sencillo: abandoné la mayor parte de la actividad mental consciente y me dediqué a vagar a la deriva de un día a otro, como si «soñara» los sucesivos episodios de mi vida exterior.

Me había convertido, al igual que en mis viajes astrales previos al Esfinge Blanca, en un observador aislado, en una cámara con base móvil... con la importante salvedad de que entre los mínidos seguía usando mi cuerpo como cámara fija. Durante las siguientes semanas, por tanto, mi vida fue una narración picaresca sin protagonista, una huida en Ferrari en la que el conductor había saltado en marcha, no presa del pánico, sino a causa de una súbita indiferencia por su destino. El viento aún soplaba contra mi piel, y la noche enardecía mi visión con el brillo incandescente de las estrellas que... Pero ya no me ahogaba en esos fenómenos sin ser plenamente consciente de ello.

Al final, Elena se recuperó de los ataques de náuseas que la habían acosado en el reino de los hunos de las tierras altas. Sin embargo, seguía llorando la pérdida de nuestra María. Tanto si cogía una fruta de la acacia *galol* como si excavaba en busca de algún tubérculo, de pronto hacía una pausa y le echaba un vistazo lastimero a Veloz o a A.P.B. Con el fin de distraerla, solía poner uno de mis mugrientos descubrimientos en su mano y le hacía un gesto hacia el siguiente sitio de búsqueda. Cuando nos separábamos de los demás, dichos ataques de depresión eran poco frecuentes, ya que estábamos lejos de los estímulos melancólicos que representaban los niños.

Nuestro nuevo campamento —chozas de varas y retamas a través de las cuales el viento tocaba sonatinas— se encontraba en un bosquecillo de bambú cerca de un arroyo, no muy lejos de la sabana. Allí, en ocasiones, las temperaturas bajaban de forma alarmante, y Elena y yo teníamos que dormir acurrucados el uno en brazos del otro para luchar contra el frío. Mis dientes provocaban un alboroto semejante al de una máquina de escribir, y mi cuerpo solía estremecerse como el badajo de una

campana, pero no sufrí en exceso. La incurable llaga de la comisura de mi boca, las picaduras de insectos que cuajaban mi piel, las heridas y magulladuras que llenaban de tonos morados mis espinillas... ninguna de aquellas molestias me fastidiaba en realidad. Elena y yo nos abrazábamos el uno al otro, y las noches se extendían a nuestro alrededor como fragmentos del caos primigenio. Me había convertido en un habilino. Hasta donde yo sabía, semejante transformación no significaba una involución, sino una desviación. Soñaba que mi «yo» salía de la sustancia olvidada de la preconsciencia, y Elena era mi guía a través de la oscuridad.

Soñé que mis botas de montaña se estropeaban por el uso, como así fue. Ya había roto y reemplazado varios cordones, pero ahora la suela de goma se estaba rompiendo y el resquebrajado cuero Maple Cuddy se había agrietado para revelar los aromáticos cochinillos que se escondían en el interior. Babington se habría avergonzado de mí por no descartar mis botas y seguir descalzo, pero yo las arreglé con unos trozos de corteza, las até con tiras humedecidas de bambú y fingí que mis reparaciones servían de algo. No fue así. Un día, tropecé con un escollo y desgarré el lateral de mi bota derecha y, disgustado, arrojé mis adoradas botas al cañaveral de más abajo. Desde entonces, y hasta que mis pies desarrollaron un nuevo conjunto de callos, renqueé por ahí como un centrocampista cojo. Para mi sorpresa, tal vez porque estaba soñando, los callos se formaron con rapidez.

Mis pantalones también se estropearon. Primero, se rajó la costura de la entrepierna. Aunque lo arreglé con un anzuelo y lo que me quedaba de sedal (el cual, por falta de oportunidades, jamás había usado en el Lago Kiboko ni en ningún otro sitio), el remiendo se rasgó también enseguida. En cualquier caso, los espinos, las zarzas y el desgaste habían abierto numerosos agujeros en el tejido. Los costados de las piernas quedaban expuestos, y en la retaguardia tenía un frente activo en la batalla perdida contra la desnudez. Debido a que dos de mis bolsillos se habían roto mucho tiempo antes, ya había transferido su contenido a la mochila. No fue muy duro desplazar el resto de mis pertenencias allí también, y dejar mis pantalones a Elena para que sirvieran como manto tradicional, como *kaross*.

Cada vez con más frecuencia, dejaba mi 45 en su funda dentro de nuestra choza. Tapaba el arma, la bandolera y la mochila con paja seca y paseaba por la buena tierra de África tan desnudo como los mínidos. La cirugía menor que Babington había efectuado en mi miembro viril, allá en Lolitabu, me distinguía de los demás machos del grupo; pero aquello no era más que una pequeña contribución a mis muchas divergencias con respecto a la media anatómica. A decir verdad, al desnudarme había conseguido el uniforme oficial. Renunciar a la seguridad que proporcionaba el 45 y las balas de la cartuchera era más fácil que renunciar a mis pantalones de camuflaje. Soñando, todavía soñando, me había desprendido de mi identidad del siglo xx casi por completo.

Por primera vez en mi vida (ahora me doy cuenta, al mirar atrás), encajaba en un sitio. Mi consciencia onírica no anulaba mi deseo de pertenecer a la comunidad de mínidos y a la enorme comunidad que abarcaba el Pleistoceno. Ninguno de los miembros del grupo de Elena hizo el más mínimo intento por hablarle al soñador de los sueños...

Un día, abrasado por mi sueño de interminable sequía, soñé que llovía. Y así fue.

A la mañana siguiente, el valle que se extendía bajo nuestro campamento y una parte significativa de los pastos de la sabana parecían haber sido redecorados para el baile de graduación. Las flores se mecían al compás de la brisa, lanzando al aire enaguas escarlata y esclavinas azafranadas. Caminar entre esas flores danzantes habría sido como arrastrar los pies a través de la capa de confeti perfumado que quedara en el suelo después de una fiesta. Me empapé en esa visión. Me embriagaba, pero no de la forma en que podrían hacerlo las bayas maduras. Todavía poseía mis capacidades motoras básicas; con estas intactas, conduje a Elena, cuesta abajo desde nuestro campamento, hacia aquella agradable cubierta del suelo... hacia lo que parecía un jardín.

No estábamos solos en nuestra celebración, ya que los demás mínidos también se acercaron haciendo cabriolas colina abajo. De forma tentativa, los niños arrancaron puñados escarlatas o azules y olisquearon unos capullos y otros, de modo muy similar a como retozaban los niños de Florida sobre la capa de nieve virgen después de una rara nevada en febrero. Groucho, Bonzo, Jocelyn y Pebbles fueron, de entre los más jóvenes habilinos, los que más rato se quedaron, pero Elena y yo permanecimos allí más tiempo aún; cuando finalmente se fueron, caímos jadeando sobre la exuberante filigrana de vegetación de nuestro pequeño valle en la montaña.

Más abajo, en el revivificado pastizal de la llanura, pastaban los elefantes, las cebras, las gacelas y los desgarrados jiráfidos, pero Elena y yo los ignoramos en pro de la beatífica contemplación del ombligo del otro.

Literalmente.

Vi que el vientre de Elena había adquirido la forma, que no el color, de un melón. Atónito, toqué la rígida tumescencia de su abdomen y la miré a los ojos en busca de alguna señal que me aclarara si ella comprendía el significado de semejante alteración en su silueta. En la tierra de los vientres lisos, la persona que lo tiene abultado... bueno, está preñada.

—Elena, vas a ser madre. Una madre, ¿entiendes? Joder, ni siquiera yo lo entiendo... ¡pero es genial, alucinante!

—*Miii peejo* —replicó mientras sostenía una flor violeta entre el índice y el mutilado pulgar.

¿Embarazada? ¿Mi Elena, embarazada? Una vez superada la sorpresa letárgica inicial, acepté el embarazo de Elena como algo natural, predestinado y bienvenido. Lo más probable era que la unión entre un humano y un habilino no pudiese ser fructífera debido a la incompatibilidad básica de cromosomas entre las dos especies. Incluso con machos de su propia raza, Elena había permanecido infecunda hasta ese momento.

Entonces, ¿cómo era posible que yo hubiese superado todos esos formidables obstáculos y la hubiese dejado embarazada?

A decir verdad, no tenía ni idea. Mucho de lo que ocurrió durante esa época tenía la lánguida infalibilidad de los sucesos que acontecen en una visión o en una fuga psicógena. Hoy en día, no obstante, puedo decir con seguridad que «infecunda» no significa necesariamente lo mismo que «estéril»; lo primero implica la ausencia de crías; y lo segundo, la imposibilidad de concebirlas. Hasta que no se queda embarazada, por lo tanto, no es incorrecto decir que una mujer es infecunda. Engañoso, tal vez, pero no incorrecto.

Entonces, ¿por qué Elena no había concebido un hijo de Alfie o de cualquiera de los demás machos habilinos?

Como no soy un ginecólogo, ni un investigador de temas de fertilización, ni un experto titulado en técnicas de inseminación habilina, debo confesar mi ignorancia una vez más. La explicación más ingeniosa que me aventuro a sugerir es que, genotípicamente, Elena era un predecesor de una especie de homínidos que se asemejaba mucho al *Homo sapiens*. Debido a que sus órganos reproductores estaban situados mucho más hacia el frente de lo que era normal entre las hembras de su especie, debía de haber aparecido demasiado pronto para sacar provecho de su potencial genético latente... excepto, por supuesto, por casualidad. Yo era la casualidad de Elena: un impredecible salto atrás desde el futuro que ya estaba codificado en su ADN. Razón por la cual ella había concebido a mi hijo en lugar del de Alfie, el de Malcolm, el de Roosevelt o el de cualquiera de los otros.

Pero los miembros de distintas especies —incluso dentro del mismo género— son capaces de una fertilización cruzada solo en raras ocasiones.

Bueno, ¿cuántas veces tienen oportunidad para serlo?

Aun así, se dice que los humanos y los simios no pueden copular de forma fructífera.

La fructificación no es siempre el motivo principal de dichos encuentros. ¿Este dicho constituye el enunciado de un hecho empírico, una cuenta pendiente en la Ley Natural, o un imperativo ético? Ninguno de los anteriores, me temo. Es más, la expresión «no pueden copular de manera fructífera» choca de bruces con el altamente sugestivo hecho de que un siamang y un gibón de otra especie, que estuvieron confinados juntos hace varios años en el Centro de Primates Yerkes de Atlanta,

sorprendieron a sus cuidadores con una diminuta cría. Hay que reconocer que ni el siamang ni su amante gibón eran seres humanos pero, asimismo, tampoco podía decirse que la dama a la que yo llamaba Elena Habilina fuera un simio. Esa simple verdad es una redundancia.

Ahora, años después, dispongo de los comentarios de las siguientes e irreprochables autoridades científicas, que cito para intimidar a los ignorantes:

Eugene Marais, naturalista sudafricano y primatólogo: «Me siento muy inclinado a creer que los engendros de dos subfamilias de la misma especie antropológica serán estériles». (Alguno de los términos puede estar obsoleto, pero el sentido es inequívoco).

Carl Sagan, astrónomo americano y poeta laureado por su sincretismo científico: «Según lo que sabemos, son posibles cruces viables ocasionales entre humanos y chimpancés. Dicho experimento debe haber sido probado en muy pocas ocasiones, al menos recientemente». (Uno solo puede especular sobre las consecuencias biológicas de la relación relatada de forma tan discreta en la obra de John Collier, *His Monkey Wife*..

Donald Johanson, paleoantropólogo americano y descubridor de los fósiles del *Australopithecus afarensis* conocido como Lucy: «Sería interesante saber si un hombre moderno y una hembra de *Homo erectus* de hace un millón de años podrían tener juntos un hijo fértil. Lo más posible es que sí; la evolución, tal y como ha tenido lugar, no es probablemente del tipo que podría impedir un apareamiento con éxito». (Sin embargo, uno puede suponer con toda la razón del mundo que una mujer de un millón de años hace mucho tiempo que dejó atrás la menopausia).

En los últimos tiempos, se ha puesto de moda entre los críticos descartar mi afirmación como una forma despreciable de fanfarronería sexual. Yo desmiento esos cargos malintencionados al confesar mis incompetencias como amante.

Primero: una cita de los escritos de Richard Leakey (el oponente keniano de Blair) y de Roger Lewin (editor en otros tiempos del *New Scientist*): «Como respuesta biológica a la sexualidad femenina, los machos humanos han desarrollado un pene más largo que cualquier otro primate, incluyendo el gorila, cuya masa corporal es casi tres veces la de un hombre».

Sic, sic, sic.

(Como experto en los solecismos y circunlocuciones de otras personas, Blair colgó una vez un papel con una copia de esta remarcable aseveración en la pared de su despacho en el Museo Nacional de Marakoi).

A pesar de la incombustible creencia popular en las proezas sexuales de los

hombres con mi color de piel, mi pene no es tan grande como un gorila. Ni siquiera es tan grande como un terrier Airedale. Puede que sea tan grande como un pequeño lémur ratón, pero no estoy dispuesto a poner a prueba esta suposición mediante el experimento decisivo de la comparación directa. Y, aunque pagaría por echar un rápido vistazo a alguien cuyo miembro masculino recuerde a sus señorías Leakey y Lewin a un gorila de montaña, creo que no envidiaría a esa persona. Con toda probabilidad, el hombre tendría que comprar dos billetes cada vez que pensara subir a un autobús.

Segundo: tampoco poseo un aguante excepcional. Alfie era más que un digno rival para mí en ese aspecto, como demostraban claramente sus hazañas con Emilia, Ginebra y Nicole. Por suerte, incluso en sus periodos de mayor receptividad, el apetito sexual de Elena era modesto y no tenía que extralimitarme demasiado para dejarla satisfecha. El hecho de que permanezca soltero hoy en día puede ser una consecuencia de la inactividad de mi libido. Desde Elena, no me he sentido atraído por ninguna mujer; además, mis obligaciones políticas consumen la mayor parte de mis energías.

Muy bien, entonces, dejando a un lado los recuentos cromosómicos, las lecciones de anatomía, las apelaciones a la jerarquía y el ritual de humillación personal, ¿cómo puedo explicar el improbable embarazo de Elena?

Bueno, puede que fuera un milagro.

De Fort Walton Beach, Florida, a Van Luna, Kansas.

Septiembre - diciembre de 1985

Woody Kaprow era un enigma. No consideraba a Florida como su hogar, pero prestaba tan poca atención a sus alrededores que ningún otro lugar del mundo (salvo, quizás, una zona pantanosa de Polonia que su familia alababa pero sobre la cual jamás había posado los ojos) podría reclamar semejante distinción. El único sitio donde se sentía realmente en casa era en su propia mente. Era un civil que había prestado su cerebro a las Fuerzas Aéreas bajo los términos de un complicado contrato de investigación y desarrollo militar. Un soltero casado con su trabajo. Un solitario rodeado de ayudantes. Un genio (si es que se podía confiar en el buen juicio de esos acólitos, con frecuencia confundidos) en lo referente a la literatura, la música, el arte o los posibles finalistas de la *Super Bowl* del año en curso, que poseía la misma capacidad de concentración que un alumno de tercer curso de primaria. El tiempo — sus propiedades, paradojas, metafísica y medidas, así como sus desquiciantes e hipotéticas posibilidades— era la pasión de Woody Kaprow. Era su carrera. Una vocación que no le impedía equivocarse en los minutos necesarios para calentar un plato de comida precocinada... Una pasión a la que podía entregarse mientras enjuagaba unos calcetines, se rascaba la nariz o asistía a las reuniones del comité.

En cuanto a su persona, Kaprow era poco atractivo. Un hombre de mediana edad, alto y delgado, de pelo oscuro y ojos semejantes a un par de cebolletas hinchadas, que aparentaba ser más joven de lo que era en realidad. (Según Joshua, esto se debía al hecho de que la pasión que regía su vida le daba un aspecto de adolescente distraído; algo así como un muchacho enamorado de la ópera o la astrología). Solía llevar prendas de vestir que exigieran un mantenimiento mínimo: vaqueros, camisas que no necesitaban ser planchadas, chinos, jerseys de cuello vuelto, cazadoras vaqueras, sudaderas, pantalones holgados y, de vez en cuando, un traje de color naranja con múltiples cremalleras que le había comprado a un piloto de combate jubilado. No obstante, aun llevando ese traje, cualquiera de los miembros de los Flying Wallendas^[6] que aún quedaban con vida tendría más aspecto de militar que él. De hecho, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y la vista flotando sobre las transparentes y brillantes aguas de la Especulación Abstracta, parecía estar caminando en las alturas sobre un alambre invisible a los ojos de los simples mortales. En esas ocasiones, el alegre traje naranja de piloto se limitaba a poner más de manifiesto la incongruencia de su osadía metafísica. Su concentración no solía verse afectada por una tos, una palabra, ni un portazo; pero, cuando así sucedía, podías verlo caer del alambre en picado como cualquier otro hijo de vecino con

unas ambiciones, una inteligencia y una inspiración normales y corrientes. Poco atractivo. Sin estar subido en el alambre, era casi —que no del todo— un imbécil.

Joshua lo había visto por primera vez en la gigantesca nave prefabricada donde estaba emplazado su taller y laboratorio. El físico estaba tumbado sobre una camilla de mecánico y examinaba, al parecer, el chasis de un vehículo horroroso, parecido a un autobús, que ocupaba la mayor parte del espacio del extremo norte de la nave. De Kaprow solo se veían las zapatillas Converse; las punteras de goma, llenas de rozaduras, apuntaban al tragaluz. Esos pies cubiertos por las deportivas no eran el rasgo más impresionante del hombre, pero el Coronel Crawford se arrodilló junto al autobús y anunció a viva voz que el nuevo recluta del Esfinge Blanca esperaba la aprobación de Kaprow. Tras esto, el físico salió con rapidez de debajo del vehículo, se puso en pie de un salto con la agilidad de un monitor de gimnasia y apretó, de modo afectuoso si bien un tanto distraído, la mano que Joshua le ofrecía. Sus ojos no dejaban de mirar de forma alternativa al coronel y a Joshua, como si tratara de relacionarlos con el trabajo que acababa de interrumpir. Satisfecho al ver que su visitante no era ni un fantasma ni un distribuidor, sonrió y dio una palmadita a Joshua en el hombro.

—Aquí está —dijo—. Mi viajero onírico.

—Alistair Patrick Blair cree que soy de su propiedad.

—En realidad —acotó el Coronel Crawford—, usted pertenece a las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de cabo a rabo.

—Sí, amo.

Kaprow volvió a darle unas palmaditas en el hombro y esbozó una simpática y torcida sonrisa.

—Un viajero onírico debe ser esclavo de sus viajes. Las restantes ataduras son secundarias. ¿No cree, señor Kampa?

—Lo que usted diga, señor.

En septiembre, Blair finalizó sus conferencias en la Fundación Americana para la Geografía, que habían sido interrumpidas durante dos semanas en el mes de agosto para realizar una serie de encuentros con los oficiales de los Departamentos de Estado y de Defensa en Washington, D.C. El resultado de esos encuentros —al que se llegó muy deprisa— había sido la firma de un acuerdo entre los gobiernos de Zarakal y de los Estados Unidos; un apéndice de los tratados firmados recientemente que autorizaban el emplazamiento de varias bases militares norteamericanas en la patria de Blair. En esos momentos, tras haber cumplido con sus dos obligaciones en los Estados Unidos, tanto la vertiente diplomática como la paleontológica, regresaba a Marakoi. Solo se había detenido en Eglin para dialogar con Woody Kaprow y Joshua Kampa.

Con las manos metidas en los bolsillos de su mono, el Gran Hombre permanecía de pie con el aspecto de estar hipnotizado frente a la estructura metálica del vehículo que finalmente trasladaría a Joshua a una era geológica anterior. La Física y la Ingeniería, que no eran sus especialidades, lo intimidaban en la misma medida que a Joshua. El problema era que a Blair no le gustaba sentirse intimidado, así que estaba de mal humor. Kaprow interrumpió el sombrío ensueño del paleoantropólogo al arrojarle a las manos un instrumento pequeño y plano, algo así como un ordenador de bolsillo, antes de cruzar el laboratorio para dejar otro semejante en manos de Joshua, que había pasado la mayor parte de la mañana sentado en el escritorio metálico del físico con la sensación de ser la diminuta tercera rueda de una veloz bicicleta que nunca le diera oportunidad de tocar el suelo. Blair y Kaprow apenas le habían dirigido la palabra. Tanto les habría dado que pasara el día en la playa.

—¿Qué es esto? —preguntó Blair, mirando a Kaprow desde el otro extremo del taller.

—Un comunicador intertemporal —contestó el físico—. Lo he llamado «transcordin», para que resulte más fácil de recordar.

Joshua bajó los pies del escritorio y estudió el instrumento. Parecía bastante sencillo. Tenía una especie de teclado parecido al de una máquina de escribir y una pantalla donde aparecerían los mensajes.

—De acuerdo. Me rindo. ¿Qué se supone que vamos a hacer con esto? —preguntó Blair a Kaprow.

—Comunicarnos, por supuesto. Adelante, intercambien unos cuantos mensajes. Les ayudará a sentirse mejor.

—Bueno, supongo que sí.

—Sabe escribir a máquina, ¿verdad?

—Con dos dedos y buscando las teclas. En la época en la que trabajaba en el Museo Nacional hacía las veces de mi propio secretario: informes para el Gobierno, solicitudes de fondos... todo ese tipo de basura. Juré que no volvería a pasar por eso. Y ahora, por amor de Dios, me encuentro con esta cosa.

—Envíele un mensaje a Joshua.

—¿Y qué le digo? —Meditó sobre el problema.

Mientras Blair se lo pensaba, Joshua decidió lanzarse.

«Es el momento —tecleó— de que aquellos inmersos en la vejez se desvanezcan en las ensoñaciones propias de la chochez».

Blair recibió el mensaje y alzó la barbilla para mirar a Joshua.

—¿Se está refiriendo a mí?

—Presione la tecla «Borrar» y envíele una respuesta —instó Kaprow al Gran Hombre.

Las arrugas de la frente le llegaron casi a la coronilla mientras accedía a la

petición.

«Los viejos soñadores no se desvanecen, se limitan a fosilizarse».

«Los falsos fósiles son las monedas de cambio de los paleontólogos que se desvanecen».

—¡De eso nada! —dijo Blair y a continuación tecleó en el transcordión: *«Desista y abandone la lucha, Joshua Kampa. No me tome más el pelo, se lo ruego».*

A lo que Joshua respondió:

«Un ruego de Blair no es de buen ver. Ni el mismo Darwin lo podría entender».

En voz alta, el Gran Hombre dijo:

—Una sátira espantosa. ¿Y esto qué demuestra, doctor Kaprow? ¿Que a una distancia de cuatro metros y medio podemos enviar y recibir mensajes cual auténticos operadores de radio?

Kaprow se sentó en el borde de su escritorio y cruzó los brazos sobre el estómago.

—Demuestra que funcionan, doctor Blair. Funcionarán exactamente igual cuando no solo los separe la distancia, sino también el tiempo. Cada pareja de transcordiones comparte una armonía cristalográfica que es independiente de cualquier consideración temporal. Se identificarían incluso si enviáramos a Joshua al Precámbrico (Dios no lo quiera), en tanto en cuanto no sufriera un desplazamiento espacial. En ese caso, tendríamos que soportar un retraso en la comunicación como los que resultan tan familiares para los astronautas. Sin embargo, entre un «Ahora» y un «Entonces» que sean coherentes en el aspecto espacial, los transcordiones nos permitirían una comunicación virtualmente instantánea.

—¿El término «instantáneo» tiene el mismo significado en semejantes circunstancias? —preguntó Joshua.

—Considérelo una metáfora si quiere. Los transcordiones funcionan según un principio de correspondencias físicas y no bajo la dudosa teoría de la simultaneidad. La simultaneidad no es más que una premisa inútil cuando se trabaja con personas separadas entre sí por el tiempo. Por definición, el pasado y el presente ni son simultáneos ni podrían serlo.

Joshua añadió entonces:

—Porque de ese modo serían la misma cosa.

Kaprow aprobó el comentario asintiendo, distraído, con la cabeza.

—Sin embargo, en otro sentido quizás sí lo sean.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Blair—. El sonido de la mano que aplaude...

—No, no se preocupe. No voy a exponerle el pensamiento zen. La simultaneidad a la que me refiero proviene de una coexistencia metafórica basada en la consonancia entre el receptor que ha sido desplazado temporalmente y su pareja. Existe una determinada dimensión física que desconocemos por completo en la que el pasado

corre en paralelo al presente.

Joshua lanzó el transcordión a Kaprow, dejando que se deslizara por la superficie del escritorio; cuando éste lo cogió, comenzó a acariciarlo con aire distraído. Joder, si el pasado y el presente tenían lugar en paralelo, entonces debían ser simultáneos. Al menos, hasta donde Joshua alcanzaba a comprender. ¿Qué tenía de buena una metáfora que embarullaba tus nociones de metafísica hasta sobrepasar cualquier recurso racional? En comparación, lo del sonido de la mano que aplaude sola resultaba del todo comprensible...

—¡Un momento! —gritó Joshua—. Viajar en el tiempo conlleva un desplazamiento espacial ¿o no?

—Por supuesto. Toda partícula de materia viaja a lo largo de una línea global que consta de tres dimensiones espaciales y una temporal. Una vez hayamos transferido los componentes físicos del Esfinge Blanca al Protectorado del Lago Kiboko, Joshua, y una vez usted esté colocado en la Plataforma Retrotemporal, invertiremos la ecuación de movimiento en esa región espacial que lo rodea. De ese modo, lograremos que esa región retroceda a lo largo de todas sus líneas globales hasta llegar al destino impuesto por sus ensoñaciones.

—Mis viajes astrales, querrá decir.

—La terminología es irrelevante. El viajero onírico en sí es la clave del viaje porque el tiempo, al igual que nuestro universo, no es más que una cualidad de la conciencia. De hecho, es posible que fuera de la conciencia no tenga significado alguno. El Esfinge Blanca no puede trasladar objetos inanimados (como estos transcordiones, por ejemplo) al pasado sin la intervención de una psique viviente.

El taller, con sus muros acanalados y el frío suelo de cemento, con sus tubos fluorescentes y esas poleas que colgaban desde el techo, con sus rollos de cables eléctricos y unas enormes prensas metálicas, parecía estar a más de un océano de distancia de los pastizales, los revolcaderos de los rinocerontes y las cabañas hechas con ramas de África del Este. De hecho, lo estaba. Era una pequeña catedral en honor al progreso humano, un monumento conmemorativo a la evolución del conocimiento profundo y la inventiva. Era un lugar de comienzo. Sin embargo, Joshua no estaba muy convencido de que le gustara.

—Escuche —dijo—. He estado reflexionando sobre todo esto, sobre mi... sobre mi desplazamiento «físico» al pasado.

—Eso es perfectamente normal —contestó Kaprow—. ¿Y?

—Regresaré a las proximidades de la orilla oriental del Lago Kiboko de hace casi dos millones de años.

—El lugar donde nuestras excavaciones han sido más productivas —apuntó Blair.

—Vale. Pero acabaré en un África arcaica que ocupa las mismas coordenadas espacio-temporales que el África actual. ¿Lo he entendido bien, doctor Kaprow?

—Bastante bien. No tengo nada que objetar a su exposición del asunto.

—¿Cómo? —preguntó Joshua—, ¿cómo puede ser? El Sol, el Sistema Solar, la puta galaxia al completo... se estarán moviendo, ¿no es así?

—Correcto. A una velocidad aproximada de mil millones de kilómetros por año; pisando el acelerador a fondo.

—Entonces, ¿a qué puto Pleistoceno de África del Este voy a ir en realidad? No va a ser el mismo que existiera hace dos millones de años. La Tierra en la que tuvo lugar esa era geológica ya no existe. Ese planeta es una Tierra fantasma, situada en algún lugar a tropecientos millones de kilómetros por detrás de nosotros y no hay modo de devolverme allí a no ser que hagamos algún tipo de armatoste muy veloz, que se desplace a más velocidad que la luz. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —reconoció Kaprow.

—Bueno, no creo que eso —dijo al tiempo que señalaba con la cabeza el vehículo con forma de autobús que había junto a Blair— cumpla las exigencias. De hecho, estoy seguro de que no lo hace. Por tanto, ¿dónde coño voy a acabar exactamente?

La expresión de Blair delataba sorpresa, consternación y disgusto. Las objeciones de Joshua, como este mismo percibió, jamás se le habían ocurrido. La idea de que el desplazamiento temporal implicara un desplazamiento espacial era una novedad para él, una revelación. Y consiguió que el paleontólogo hiciera una pausa para reflexionar. Si la máquina de Kaprow no llevaba a Joshua a un mundo primigenio lleno de homínidos, dinoterios y jirafas astadas, sino a un vacío amorfo como el que existiera antes de la Creación, a Blair no le quedaría esperanza alguna de conseguir pruebas fehacientes que demostraran sus teorías acerca de los orígenes humanos. Más aún (y no era una minucia), Joshua podía morir debido a la falta de aire. ¿Era posible que Blair hubiese dejado su país, una nación que avanzaba para salir del Tercer Mundo, en manos de los americanos a cambio de un acuerdo de dudosos beneficios a largo plazo? ¿Acaso lo habían embaucado?

—Escúchenme —les dijo Kaprow—. Mis investigaciones anteriores (algunas de las cuales se desarrollaron en Alemania occidental, es decir, que sé que no estoy enfrentándome a un fenómeno local) han demostrado que cada uno de los lugares vinculados a la Tierra posee una especie de... bueno, llamémoslo «memoria geográfica persistente», desde el momento en que comienza a desplazarse a lo largo del eje temporal. Esa memoria, doctor Blair, puede ser objetivada. En otras palabras, es «visitable».

—¿Eso es un análisis razonado pseudocientífico sobre la existencia de los fantasmas?

—Fantasmas, encantamientos y otros cuantos fenómenos supuestamente paranormales. Si le satisface calificar mi razonamiento como pseudocientífico, adelante. —Se dirigió al otro extremo del taller y le quitó a Blair el transcordión que

aún tenía en las manos—. La cuestión es que Joshua ya está orientado psíquicamente hacia un conjunto concreto de estas memorias geográficas. Cuando lo traslademos al Pleistoceno (con su colaboración activa), se encontrará en una dimensión física congruente con esa época tal y como ocurrió en realidad. El nombre que Joshua asigna a lo que tiene lugar durante sus sueños (viaje astral) es estupendo para el objetivo del Esfinge Blanca. Yo lo llamo «ensoñaciones», y en ambos casos la denominación ignora un aspecto muy importante: el desplazamiento corporal. Pero, en realidad, no hay motivo alguno para...

—¡Estaremos desplazándolo a un puñetero diorama del Pleistoceno! ¡Un simulacro de lo que fuera África oriental hace dos millones de años! Eso no es viajar en el tiempo, Kaprow... ¡eso es un fraude despreciable!

A Kaprow casi se le salieron los ojos de las cuencas.

—Eso es lo que opinaba también mi Gobierno. En principio.

—Hasta que descubrieron que podían vender a Zarakal un proyecto inútil a cambio de un par de bases militares. Eso es lo que está intentando decir, ¿no es cierto?

—También están recibiendo varios cientos de millones de dólares gracias a la ayuda norteamericana. Ese detalle jugó un papel primordial a la hora de que el Presidente Tharaka autorizara la instalación de las bases, ¿no le parece? Además, ya había tomado la decisión un par de meses antes de que el término «Esfinge Blanca» entrara a formar parte de su léxico habitual. Joshua y yo somos una ganga para su Gobierno. ¿Por qué está haciendo unas acusaciones tan desagradables?

—Con ganga o sin ella, Kaprow, este asunto del diorama no deja de ser un engaño.

—Escúcheme, por favor, doctor Blair. Puede que Joshua regrese a un «diorama» del Pleistoceno o a un «simulacro», por usar otro de sus calificativos, pero va a ser un diorama vivo, un simulacro perfecto.

El escepticismo hizo que la frente del Gran Hombre se cubriera de arrugas.

—Viajar en el tiempo tal y como lo imaginó H.G. Wells es total y absolutamente imposible. El futuro siempre será inaccesible porque aún no ha ocurrido. No tiene resonancias que puedan ser perseguidas. El pasado es accesible solo porque hay personas como Joshua, aquí presente, cuyo subconsciente colectivo (su psique, si usted así lo prefiere) establece una conexión con un lugar concreto en un periodo de tiempo concreto. Es un don bastante excepcional.

—Una maldición —dijo Joshua.

—De acuerdo, una maldición. Me temo que en eso estoy de acuerdo con usted. Sin embargo, esa maldición nos permite hacer realidad otro tipo de viaje temporal que no merece ser despreciado calificándolo de inútil o insignificante.

—Un fósil soñado es un fósil inútil, Kaprow.

—Doctor Blair, debería considerarse afortunado por el hecho de que una de las personas afectadas por esta maldición (solo conozco a tres más, aunque en el mundo podrían encontrarse unos cientos de ellas) sea un hombre joven que haya establecido una conexión con el lugar y la época de sus investigaciones. Si sus viajes astrales lo hubieran llevado a la guerra de Troya, por ejemplo, ahora mismo estaría hablando con un cualificado historiador de Asia Menor. Y usted tendría que decir adiós al proyecto.

—Dígame el nombre de otro —dijo Joshua.

—¿De otro qué?

—De otra persona afectada por la maldición.

—Bueno, me temo que yo soy una de ellas. —Kaprow sacó una silla plegable de detrás del escritorio y se sentó de perfil con respecto a los dos hombres—. El primero del que tuve conocimiento. Por eso dirigí mi trayectoria profesional de modo que pudiera aprovechar la energía de mis sueños. —Dejó escapar una risilla desprovista de humor—. Incluso convencí al Pentágono de que mi trabajo podría ser utilizado en el ámbito militar. Yo mismo lo creí.

—Vaya, ¿y cómo?

—Bueno, doctor Blair, pues introduciendo agentes (llámelos saboteadores, si quiere) en el flujo temporal que los alejaría del presente. Para advertir del ataque de Pearl Harbor, por ejemplo, o para evitar el asesinato del Archiduque Francisco Fernando en 1914. O, algo que nos toca más de cerca, para deshacerse de asesinos como Idi Amin o Pol Pot incluso antes de que llegasen al poder.

—Una idea un tanto pretenciosa, ¿no cree? Por no decir irresponsable. Esos «remedios» habrían desencadenado, sin lugar a dudas, acontecimientos difíciles de predecir. Los resultados podrían haber sido peores que los acontecimientos originales.

—En teoría está en lo cierto, por supuesto.

—¿Y en la práctica?

—Viajar en el tiempo de un modo tan eficaz está descartado por completo. Podemos trasladarnos a un pasado que sea idéntico a nuestro pasado real pero, puesto que es una proyección, o una resonancia, o una realidad inaccesible, no tenemos ni la más mínima posibilidad de provocar cambios que afecten a nuestro presente general. Tenemos todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes.

—Me importa una mierda, Kaprow. Vamos a mandar a este muchacho a un entorno plagado de fantasmas.

—Que, no obstante, tendrán sus inconvenientes. Para Joshua, serán tan reales como él mismo.

El paleontólogo meneó su enorme cabeza y movió los pies entre los cables que se extendían por el suelo de cemento.

—En cierto sentido, doctor Blair, lo que nos vemos obligados a aceptar es mucho

mejor que la alternativa que usted parece desear. Sería una estupidez enviar a un ser humano actual a un periodo crítico en la evolución de nuestra especie; la vieja historia del viajero en el tiempo que dispara a uno de sus antepasados. Joshua podría, posiblemente, desestabilizar el curso de la evolución, dejándonos como herencia en ese hipotético presente un mundo en el que la humanidad jamás se hubiese alzado más allá de sus ancestros homínidos.

—Tendré cuidado. Tienen mi palabra de honor.

—Pero, si lo enviamos a una simulación veraz del Pleistoceno —continuó el físico—, evitaremos la «Paradoja del abuelo» sin tener que sacrificar el propio concepto del viaje en el tiempo. En mi opinión, doctor Blair, los logros del Esfinge Blanca son un pequeño milagro. No solo tenemos el pastel, sino que también podemos comérmolo. Podemos visitar a nuestros ancestros con total impunidad.

Joshua intervino en ese momento:

—El único peligro lo corre el mismo viajero temporal. Se lo pueden comer los fantasmas.

—Muy cierto —admitió Kaprow.

Kaprow nunca habló sobre su propia conexión ni sobre los experimentos que ya se habían llevado a cabo con el aparato diseñado para trasladar físicamente a un viajero onírico al pasado. Jamás alardeó sobre el hecho de que ya se habían realizado varios ensayos satisfactorios con su equipo; no en Eglin, ya que Kaprow no había encontrado a un viajero onírico que estuviera conectado con la Costa del Golfo, sino en Europa occidental y en las Colinas Negras de Dakota del Sur. Nunca mencionó que el miembro de la tribu de los Oglala Lakota que había llevado a cabo el viaje onírico el invierno anterior utilizando su equipo había regresado sano y salvo, y que se había negado en rotundo a realizar futuras excursiones al siglo XIX. De hecho, Kaprow no tenía por costumbre hablar ni de sus logros ni de sus fracasos, por lo que Joshua supo de ellos —de unos cuantos, al menos— tras someter a sus asistentes a discretos interrogatorios.

No obstante, una tarde a finales de septiembre, Kaprow invitó a Joshua a cenar y beber algo en su casa. El físico tenía una casita en la playa y, nada más entrar, Joshua se dio cuenta de que todas las paredes estaban cubiertas de libros. En su mayoría eran textos matemáticos o científicos, pero el armario de puertas de cristal que estaba situado cerca de la cocina guardaba en exclusiva tomos sobre el Tercer Reich alemán: memorias, biografías, estudios históricos, fotografías, tratados de psicología e incluso una respetable colección de novelas, si bien Joshua había supuesto hasta ese momento que Kaprow era totalmente indiferente a los trabajos de ficción. Al parecer, la ficción basada en unos hechos históricos concretos era otra cuestión.

El pollo frito congelado parecía estar bañado en mermelada de naranja y el puré de patatas tenía un aspecto semejante a albóndigas de harina humedecida; pero, puesto que ni Joshua ni Kaprow eran selectos *gourmets*, comieron sin emitir queja alguna. Tras la cena, Kaprow apareció con una botella de coñac Napoleón, que disfraczó bastante bien la pequeña indignidad que había supuesto la cena. Se sentaron en el salón y bebieron arropados por el crepúsculo. Los libros dispuestos en las estanterías se oscurecían por momentos, y Joshua se encontró hundiéndose poco a poco en un plácido estado de sopor.

—¿Voy a salir con vida de todo esto?

—¿Del coñac?

—No, señor. Del viaje onírico.

—Bueno, no tardará mucho en estar inmerso en un entrenamiento de supervivencia experimental en Zarakal. Eso debería ayudarle.

—Me refiero al aspecto psicológico, supongo; a cómo va a afectarme el hecho de estar cara a cara con la materia de mis sueños sin estar realmente soñando. Por eso quiero saber si voy a sobrevivir al trauma. ¿Qué opina?

—Es más que probable que usted sea mucho mejor juez que yo, Joshua. Después de todo, yo no soy usted. Y viceversa.

Joshua observó durante unos minutos el movimiento de la luz sobre la superficie del coñac que contenía su copa.

—¿Qué le sucedió al indio que hizo el viaje astral de vuelta a los días del Séptimo de Caballería?

—¿Quién te ha contado eso?

—Stallworth. Pero fui yo quien lo obligó. No es que me lo contara lo que se dice voluntariamente.

—Al indio no le sucedió nada.

—Pero abandonó, ¿cierto?

—Sí, abandonó. Aunque no se debió a ningún trauma emocional. No le gustaba verse rodeado de máquinas; «artefactos tecnológicos», según llamó a los componentes que lo ayudaron a regresar. Decidió que el proceso del viaje onírico violaba su herencia. Y se marchó; más triste, si bien más sabio. O eso supongo.

—¿Y usted?

Kaprow observó a su visitante desde el otro lado de la ya oscura habitación.

—¿Y usted? —insistió Joshua—. ¿Adónde va usted cuando viaja? ¿Qué «cuándo» visita? ¿Con qué época está conectado?

Kaprow se reclinó en su sillón y colocó las piernas sobre un reposapiés. Poco después dijo:

—A la Alemania de Hitler. A Dachau. Visito los hornos, Joshua, con un disfraz convenientemente ario.

Hablaron durante mucho rato.

Durante ese mes de diciembre, las figuritas tamaño duende que adornaban el escaparate de la tienda de discos le parecían a Joshua murciélagos embrionarios en lugar de angelitos. Cada figurilla tenía un par de alas de algodón, una túnica espolvoreada de purpurina y un halo que recordaba a un disco volador pintado de un horroroso dorado. Peor aún, casi todos los «angelitos» sostenían en sus malformadas manos la carátula de un disco en la que podía verse un primer plano a todo color de un personaje que era o bien un sifilítico o bien un cantante desfigurado por la coca. (La simulación de las lesiones provocadas por una enfermedad o por las drogas era una tendencia del negocio del espectáculo esa temporada). El efecto gozaba de un sublime mal gusto. Pero, por otra parte, conseguía representar a la perfección el odio por todas las trivialidades navideñas; era como ese tipo de decadencia extravagante que al gran Gene Curtis le producía ardores.

Joshua dejó atrás cristalerías y escaparates decorados, y se movió sin rumbo fijo a través del centro comercial. Tenía dinero en el bolsillo y todo un mes de permiso antes de que las Fuerzas Aéreas lo enviaran CDP (Cambio de Destino Permanente) a África del Este. Antes de marcharse de Eglin, tenía que comprar algunos regalos; para el Gran Gene Curtis, Cosette Tru y su padre —el dueño del Restaurante Mekong—, Woody Kaprow y unas cuantas personas más involucradas en el Proyecto Esfinge Blanca. Ninguno de ellos esperaba regalo alguno, claro está, pero eran la única familia que tenía en esa época y quería hacer algo por ellos.

En cuanto a Jacqueline, bueno, aún estaba en la Universidad en Washington, D.C., recién prometida a un amigo de su hermano Dzu, un colega del Departamento de Estado. La chica había abandonado la mente de Joshua sin más complicaciones, de la misma forma que un carterista roba un monedero; en parte porque había acabado por entender las objeciones que ella pusiera a su cortejo y en parte porque el año y medio anterior le había revelado la misión predestinada para él desde el día de su nacimiento. En cuanto a Jacqueline, parecía haber abandonado sus aspiraciones a ser canonizada como Nuestra Segunda Señora de los Barrios Bajos a favor del matrimonio y una carrera en la Administración Pública. Quizás, después de todo, esas metas no fuesen incompatibles con aquella inicial...

Casi en contra de su voluntad, la mente de Joshua invocó a la familia que había abandonado. Habían pasado siete años desde la última vez que viera a su madre, Jeannette Monegal, y más aún desde que hablara con su hermana, Anna.

Madre adoptiva, se corrigió mentalmente. *Hermana adoptiva*.

Pero los adjetivos no parecían ayudar a disipar el sentimiento de culpabilidad que se había extendido por su interior de repente, de la misma manera en que la marea se filtra en el alcantarillado si no está protegido. Anna siempre lo había querido. Había

repudiado a su madre cuando ésta lo había traicionado a cambio de un ficticio tributo que había consistido, en realidad, en un generoso anticipo por un libro que él había impedido que publicara. Después de todo ese tiempo, la traición, junto con el modo en que Jeannette tratara a Hugo, aún lo irritaban, aún lo hacían ver todo rojo.

Et tu, Brutus.

Dante había encerrado a aquéllos que habían traicionado a los suyos en el primer recinto del noveno y postrero círculo del infierno. Esos despreciables seres estaban enterrados hasta el cuello en un enorme lago de hielo. Entonces, ¿por qué sentirse culpable por el simple hecho de haberse alejado de la esfera de influencia de una traidora? Comparado con el carácter vengativo de Dante, Joshua era el santo que Jackie Tru siempre había querido ser...

—¡Dios, enano! ¡A ver si miras por donde vas!

Sobresaltado, Joshua se apartó de un acicalado soldado que, dejando a un lado los cuatro años que habían pasado, podría haber sido el hermano gemelo del futuro Ranger en cuya compañía Joshua conociera a Jackie. El soldado sacudió la cabeza con irritación y guio a su compañera —una cabeza de chorlito vestida con vaqueros y con una herida simulada en el labio— para rodear a Joshua, quien musitó una disculpa antes de echarse hacia atrás. Era más que probable que el fornido soldado no tardara mucho en marcharse al extranjero. Los Estados Unidos tenían más puestos avanzados que las legiones romanas.

Ya fuera por casualidad o porque su subconsciente así lo había planeado, Joshua bordeó el escaparate que había a sus espaldas y entró en una librería.

Las ediciones de bolsillo que más se anunciaban en los escaparates durante esas Navidades eran una serie de fotonovelas que ensalzaban las hazañas del Conde Stanislaw Stodt, un vampiro al servicio de la CIA. La caja con cinco de esas aventuras se anunciaba como el material más demandado por el público. Joshua dejó atrás esos estantes y se acercó a las mesas donde se exhibían los libros de pasta dura, lugar en el que el encargado de la tienda había desplegado el inventario de ficción seria: persecuciones, argumentos espaciales, novelas de suspense, novelas promocionales de ciertas películas, biografías políticas y las obras completas de Wilkie Collins, que en esos días disfrutaba de un renacimiento gracias a los actualizados resúmenes de Stephen King.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Al alzar la vista, Joshua se encontró con un muchacho alto y delgado que tenía unos lacrimógenos ojos azules y el bigote típico de un revolucionario de América Central. La respuesta convencional a tan convencional pregunta era, como muy bien sabía Joshua: «No, gracias, solo estoy mirando». Pero él solía emplear otra para apelar a la experiencia profesional del dependiente al tiempo que desvanecía la imagen de ser un simple piloto que mataba el tiempo mientras estaba de paso. Es

decir:

—¿Tienen el libro de Jeannette R. Monegal *No podía dejarlo y sentí mucho que se acabara*?

El muchacho se rio.

—¡Por Dios! Ese sí que es viejo. Me temo que está descatalogado incluso en edición de bolsillo.

Por supuesto, se suponía que, en ese momento, el dependiente debía disculparse y marcharse para dejar que Joshua echase un vistazo a lo que quisiera. Pero, en lugar de hacer eso, el chico dijo:

—Tiene un libro nuevo. Quizás le interese hojearlo. Los ejemplares llegaron justo la semana pasada.

—¿Uno nuevo?

—Sí. No me acuerdo del título. Está aquí.

El corazón de Joshua comenzó a golpearle el pecho, igual que, en ocasiones, hacen los fetos en el vientre de sus madres. A pesar de todo, siguió al dependiente hasta la estantería de la cual acababa de sacar un tomo bien grueso con una brillante cubierta de color verde oscuro. Asustado, Joshua sintió que las manos se le quedaban heladas, como si el calor se le escapara por los dedos. Cerró los ojos.

—*El paraíso en sus sueños*.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó el muchacho.

—Ése es el título: *El paraíso en sus sueños*.

—No, señor. Al menos no de esta autora. Aquí tiene, ¿qué tal si le echa un vistazo? No se está vendiendo muy bien todavía, pero esperamos que eso cambie.

Joshua farfulló:

—Pero esto es una novela.

—Exacto. Su primera incursión en el ámbito de la ficción. En *Publishers Weekly* ha gustado mucho, si es que cuenta para algo su opinión. Échele un vistazo.

El dependiente se marchó y dejó a Joshua a solas con un libro que pesaba como una tablilla hebrea y que sujetaba con manos temblorosas.

Se titulaba *El proscrito*. En la portada había un niño vestido con harapos, agazapado en la sombra que le proporcionaba una inmensa puerta de barrotes. Sí. Una novela.

Joshua abrió el libro y comenzó a leer. El estilo narrativo de su madre era una mezcla entre la apasionada Mary Shelley y una novel Joyce Carol Oates. Intentó captar al menos parte de la línea argumental con esa rápida lectura, pero sentía un alivio tan profundo al comprobar que el libro no era *El paraíso en sus sueños* que no era capaz de pensar en nada más. La gratitud fluyó en su interior acompañada de otro ramalazo de fétida culpabilidad.

Jeannette había sido indulgente con él. De hecho, había sido indulgente con él

durante casi siete años. Ése era el periodo de tiempo, según su conocimiento, que marcaba la Ley de Prescripción para un gran número de delitos. Si las películas antiguas y un buen número de novelas de detectives no se equivocaban, una persona que no hubiese dado señales de vida durante siete años podía ser declarada legalmente muerta... Quizás había llegado el momento de comenzar a perdonar a su madre y de demostrarle, tanto de palabra como de hecho, que seguía existiendo. En menos de tres semanas, estaría descendiendo por la escalerilla de un avión comercial en el Aeropuerto Internacional de Marakoi, en Zarakal. No regresaría a los Estados Unidos hasta finales de la década; asumiendo, por supuesto, que no pereciera en ese incierto pasado fantasma al que el Esfinge Blanca lo enviaría finalmente.

Joshua llevó el libro a la caja y lo dejó sobre el mostrador. Una joven morena, ataviada con un mono de fieltro rojo le dio la vuelta al libro, observó la ilustración de la cubierta e introdujo el precio en la caja registradora: 21,95 dólares.

—Le gustan los libros de Jeannette Monegal, ¿eh?

—No lo sé. Nunca he leído una novela suya. —Dejó tres billetes de diez dólares en el mostrador y esperó que la chica le diese el cambio.

—Entonces le gusta apostar. Si esperara un tiempo, podría coger este ejemplar de una de las mesas de ofertas por menos de lo que cuesta la edición de bolsillo. Cuatro dólares con veinticinco, más o menos.

—Mi filosofía es «ahora o nunca». Jamás he sido capaz de retrasar la gratificación de mis impulsos.

—Conozco a un puñado de tipos como usted.

La cajera alzó las cejas, metió *El proscrito* en una bolsa de papel marrón y contó el cambio.

Joshua le guiñó un ojo con complicidad y se marchó.

Una vez en el autobús de línea de vuelta a Eglin —había vendido la Kawasaki a un piloto que estaba de permiso—, sacó la novela de la gruesa bolsa biodegradable y se la colocó sobre las rodillas como si fuese un diccionario o una Biblia. Después, fue pasando páginas desde las hojas en blanco del principio hasta el índice. Mientras las miraba por encima, una inscripción situada en la parte superior de una página en blanco llamó su atención y volvió hacia atrás para ver lo que había pasado por alto.

Era la dedicatoria:

A la memoria de
Encarnación Consuelo Ocampo

y

Lucky James Bledsoe

Por todo lo que me dieron

Esa misma tarde y desde su habitación en el cuartel, Joshua llamó por teléfono al apartamento que su madre tenía en Riverdale. No contestó nadie. Estuvo llamando cada media hora. Poco después de las once, una apagada voz masculina le dijo, con tono malhumorado, que hacía unos cinco años que ese número de teléfono no pertenecía a Jeannette Monegal. Joshua llamó al servicio de información y supo que, aunque su madre no aparecía tal cual en la guía telefónica de Riverdale, había otros Monegal cuyas iniciales se correspondían con las de ella. Probó con tres de esos números sin éxito alguno, hecho que hizo aumentar su frustración. A medianoche, se arrastró escaleras arriba y se metió en la cama.

Su primer pensamiento en cuanto se despertó por la mañana fue: *¡Ajá!, llamaré a Anna.*

Pero Anna se había marchado de la Escuela de Agnes Scott en Atlanta cinco años atrás y cuando por fin localizó a una de las funcionarias del departamento de estudiantes e intentó que le diera la dirección actual de la señorita Anna Rivenbank Monegal, de la promoción de 1980, se encontró con un distante y perfectamente educado: «Lo siento, es imposible», que lo dejó con la sensación de haber sido juzgado como un violador, un vendedor o cualquier otra desagradable plaga en el majestuoso roble que era la civilización.

En ese momento, como si hubiese sido golpeado por un autobús de la Greyhound, le vino la inspiración: *¡Van Luna, Kansas! ¿Dónde si no en Van Luna, Kansas, pasarían su madre y su hermana las Navidades? ¡En ningún otro sitio!*

Nervioso, Joshua hizo una llamada a larga distancia al domicilio de la señora de William C. Rivenbank de Van Luna, Kansas. En esa misma época del año, en 1972, el viejo Bill había muerto de un ataque al corazón en Cheyenne. Peggy y él habían ido a Wyoming, la segunda vez que hacían un viaje semejante, a visitar a su hija y a sus nietos durante la Navidad mientras Hugo supervisaba la carga de las bombas en los B-52, en la Base Anderson de las Fuerzas Aéreas de Guam. Bajo unas circunstancias más que peculiares, Bill Rivenbank sufrió un colapso y a punto estuvo de perder el conocimiento en la habitación de Pete y Lily Grier —los antiguos caseros de los Monegal—. Pete Grier había estado fuera del estado en esa época, en una competición de bolos en Nueva Orleans con un primo de Tejas, y Lily, en un elogiado estado de confusión, había telefoneado a Jeannette para que fuese a rescatar a su padre antes de que Peggy (que dormía en el viejo apartamento del sótano donde vivieran los Monegal) descubriera que su esposo estaba con Lily, en lugar de estar tumbado a su lado, disfrutando del reposo conyugal.

Enfadada y confusa, Jeannette había acudido a la llamada de Lily, y había llegado a la casa de los Grier tan solo con John-John, que en aquella época tenía diez años, porque Anna estaba pasando la noche en casa de una amiga. En el piso de arriba, su abuelo yacía de espaldas en la cama de otro hombre, apretando con tanta fuerza la

dentadura postiza que sus dientes se asemejaban a amarillentas barbas de ballena. Los ojos del anciano se habían mostrado tan huidizos como las chispas de un soplete, que parecen ir a todos sitios pero no se deciden por ninguno. Bill había sufrido un segundo infarto en urgencias, ya en el hospital, y ese sí había acabado con él... Los recuerdos que Joshua tenía de ese incidente tomaron forma con bochornosa vivacidad en su mente mientras aguardaba a que la viuda cogiese el teléfono. Quizás fuese un error. Se apartó el auricular de la oreja y consideró la idea de colgar.

—¿Diga? —La voz de una mujer, más juvenil que anciana.

—¿Anna?

—¿Pero quién es?

Joshua se lo dijo y se produjo un silencio como el que aparecía cuando un jugador de bolos arrojaba la bola a la canaleta. Podría oírse el sonido de un alfiler al golpear el suelo.

—Venga, Anna, dime algo.

—¿Qué quieres?

—¿Está mamá ahí? He visto su libro, la novela.

—No está aquí, Johnny. Puede que venga para Navidad, o puede que no. No hay nada seguro. ¿Dónde estás?

Quería contarle su encuentro con Alistair Patrick Blair, sucedido año y medio atrás, pero recordó que todo lo relacionado con el Proyecto Esfinge Blanca, y muy especialmente la participación del paleontólogo zarakalí, era confidencial. Además, Anna y él estaban hablando a través de una línea pública. Y, además, era más que probable que le importase un bledo.

—No puedo hablar mucho. Llevo horas pegado a este infernal aparato, tratando de localizaros. Casi no tengo monedas. Anna tengo que saber si mamá...

—¿Vas a venir?

Joshua Kampa, alias John-John (Johnny). Monegal, contempló el auricular como si fuese la manzana de la discordia que lo separaba de su familia. De forma intencionada preguntó:

—¿Me estás invitando?

—Ven de inmediato, asqueroso desertor. Por supuesto que te estoy invitando. Por supuesto que... —Anna dejó de hablar, bien por la exasperación o porque estaba emocionada—. Ven y ya está, ¿vale?

Tardó dos días en conseguir una plaza en un avión de transporte del comando de puente aéreo que hacía la ruta de Eglin a la Base Lackland de las Fuerzas Aéreas en Tejas; pero no le llevó más de seis horas obtener un asiento en un gigantesco C-141 con forma de pelícano que salía de Lackland en dirección a McConnell. Viajó en la barriga de ese prodigioso pájaro junto a veinte soldados más que parecían llevar todas

sus pertenencias a cuestras, una caravana de autobuses de aspecto deprimente y varios cilindros cubiertos por lonas.

Un joven le explicó que los cilindros eran cabezas nucleares sin carga alguna, mientras que un oficial barrigón con gafas de montura metálica menospreció semejante afirmación y dijo que no eran más que cisternas plásticas experimentales con las que se pretendía recoger y almacenar agua en determinadas e hipotéticas situaciones de combate. Su destino final era Fort Carson, en Colorado. Joshua no esperó a presenciar el desenlace de la controversia entre las cabezas nucleares y las cisternas. Desembarcó del C-141 tan pronto como el piloto dio permiso para ello después del aterrizaje. Hacía frío en Wichita, así que se arrebujó en su abrigo del uniforme de las Fuerzas Aéreas, apretándoselo en torno al cuello y el pecho.

Una vez salió de la base, Joshua caminó por el arcén derecho de la carretera que llevaba a Van Luna, en espera de que algún coche se ofreciera a recogerlo. Por fin, un capitán que conducía un Nash Metropolitan de 1956 se detuvo y lo llevó el resto del camino.

Van Luna, el que fuese un pueblo agrícola y una modesta ciudad dormitorio para los que trabajaban en Wichita, se había desparramado por la campiña como las fichas en un inmenso tablero de Monopoly. Había casas ajardinadas, tiendas de comestibles y moteles por todos lados. La carretera que unía McConnell con Van Luna apenas si dejaba ver las tierras de labranza ni los bosquecillos de álamos que había más allá de la cuneta y Joshua, a pesar de haberse familiarizado con la extensión comercial de Miracle Strip en Florida, se sintió traicionado. Aunque solo hubiese vivido cinco años en Van Luna, ese lugar era el Edén de sus sueños infantiles. Sus calles y campos habían representado, al menos en sus recuerdos, el paisaje de su agitada evolución hacia el conocimiento personal; proceso que aún no creía haber completado. Esa complicación en progreso de las líneas geométricas sencillas —e inocentes— de la antigua ciudad resultaba desmoralizante.

—Joder.

—De nada —dijo el capitán, que lo dejó no lejos del edificio donde antaño estuviera el Colmado Rivenbank.

El antiguo barrio comercial, el corazón adoquinado de Van Luna, no difería tanto de los recuerdos que Joshua tenía. Aunque la tienda pertenecía a otra persona, seguía siendo una tienda de comestibles. Y lo que era mejor, la fachada del viejo Teatro Pix había sido restaurada. Joshua paseó por un barrio más antiguo, camino de la casa de la madre de su madre, consciente de las miradas curiosas de los vecinos y de las gélidas punzadas del aire de diciembre.

Joshua llamó a la puerta delantera de una antigua casa de ladrillo rojo con decoración estilo Tudor e hileras de suntuosos arbustos alrededor del porche y de los muros. Nadie contestó. Tocó el timbre y escuchó un débil zumbido estridente en la

parte trasera de la casa. Al instante, la puerta se abrió y allí estaba Anna, dándole la bienvenida con una sonrisa al tiempo que le indicaba que guardara silencio. Estaba embarazada, muy embarazada, y su emocionado abrazo se vio obligado a adaptarse a la protuberancia de su vientre.

—Entra —susurró—. No te quedes ahí con el frío que hace; entra, Johnny, entra. Él no se movió.

—¿Qué pasa, Anna? ¿Te has casado?

Y allí, en la entrada, ella le explicó que sí, se había casado; su marido se llamaba Dermis Whitcomb, pero ella había conservado su apellido. Era un alférez de la Marina y había sido destinado al portaaviones nuclear *Eisenhower*, que en ese momento se encontraba atracado en el puerto de la nueva base naval en Bravanumbi, Zarakal.

—¡Zarakal! —exclamó Joshua con un susurro chillón.

—El país de Mutesa Tharaka, Johnny. Ya sabes, ese sitio donde murió un montón de gente por la hambruna hace unos cuantos años. En ocasiones especiales se pone una especie de fósil de cráneo humano en la cabeza.

—¿Tu marido?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé. Es un cráneo de habilino, Anna. El Presidente Tharaka lo lleva para celebrar que el origen de la humanidad tuvo lugar en el patio de su casa. También es un símbolo de su propia importancia en el país.

—Mejor para él. ¿Te importa si entramos?

—Tú primero.

Anna, que todavía seguía hablando en susurros, lo condujo hacia un sofá cubierto con una funda de brillantes motivos florales. Le indicó que se sentara, pero ella se quedó de pie. Con la mano colocada en la base de la espalda comenzó a pasear sobre una desgastada alfombra oriental cuyo desvaído diseño recordó a Joshua la camisa de cachemira que tenía cuando vivía en Cheyenne. La habitación olía a alcanfor, a madera de cedro y, de modo extraño, a hierbabuena. Tenía contraventanas, cortinas y las paredes empapeladas. Los miasmas de la viudez de Peggy Rivenbank flotaban de habitación en habitación como el gas nervioso y Anna, de repente, pareció sufrir una agitación de la memoria.

—¿Todavía tienes esos sueños, Johnny?

—Sí, a veces. Pero voy a someterme a un tratamiento que se supone que me ayudará a controlarlos.

—Tenía miedo de que esas malditas pesadillas acabaran matándote.

—Todavía pueden hacerlo.

—Pero si estás aprendiendo a controlarlos...

—Borra lo de «todavía pueden hacerlo», hermanita. Licencia melodramática.

Estoy bien.

—Te has unido a las Fuerzas Aéreas. ¿Estás siguiendo los pasos de papá?

—No en todo, espero. —Anna entendió a lo que se refería y Joshua añadió—: El presidente ordenó al Estado Mayor que anulara la exigencia de la altura en mi caso. Todo un golpe para los derechos civiles de los bajitos.

—Ahora tienes una razón para vivir.

—Amén, hermana.

—¿Van a mandarte también al extranjero?

—Después de Año Nuevo.

—¿Adónde?

Decidió, de modo unilateral, que al menos eso sí podía decírselo a su propia hermana.

—A la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas en...

—¿¡Zarakal!?

—Creía que teníamos que hablar en susurros.

Anna se detuvo enfrente de Joshua y bajó de nuevo la voz.

—Es posible que te encuentres con Dennis; o no, seguramente no. Están a punto de zarpar hacia el Golfo Pérsico y el Mar de Arabia. No sé dónde con exactitud. Pero no creo que tarden mucho. El *Midway* y la fragata *T.C. Hart* fueron bombardeados hace poco por una flota de aviones a reacción fabricados por los Estados Unidos y... Bueno, creen que pudo tratarse de cierta facción de las Fuerzas Aéreas de Arabia Saudí que simpatizaría con la OLP. Nadie lo sabe con seguridad. Según Dennis, están intentando ocultarlo a los periodistas. Es extraño. Extraño y aterrador.

—Sí.

—Conocí a Dennis en Atenas.

—¿En Grecia?

—En Georgia, idiota. Era alumno de la Escuela Naval. ¿Sabes que Roger Staubach estuvo allí en los años 60?

—No, no tenía ni idea.

—El caso es que fui a Atenas durante la representación de una de las producciones de teatro de la Universidad de Georgia. *El niño enterrado*, de Sam Shepard. En el segundo entreacto me tropecé con Dennis.

—¿Y qué entreacto tuvo como consecuencia este pedazo de tropezón? —preguntó señalándole la barriga con la cabeza.

—En realidad tú estás hablando de la «introducción», ¿verdad? Bueno, no hemos echado la cuenta. Y no recuerdo que fueras tan listillo. —Anna se sentó en el sofá, junto a Joshua y le dio un delicado beso en la sien—. Bienvenido a casa, enano.

Peggy Rivenbank yacía bajo el dosel de guinga en la antigua cama de la

habitación principal. Llevaba enferma desde la muerte de Bill, trece años atrás, pero solo sucumbía a la elegancia del *pardah* que le proporcionaba su cama con motivo de las vacaciones de Navidad; una especie de perversa celebración de la traición que la había convertido en viuda. Quién habría podido llegar a imaginarse que, aprovechando la ausencia de Pete Grier, Bill subiría las escaleras del antiguo apartamento de su hija hasta llegar hasta los aposentos de una desaliñada Lily de rostro pasmado para echar un infartante polvo extramarital...

—¿Debería entrar a verla? —preguntó Joshua.

—Ni siquiera creo que tengamos que decirle que estás aquí.

—Todavía me sigue asociando a aquella noche, ¿verdad? Se me escapó dónde encontramos mamá y yo a Bill, así que sigue considerándome el malvado mensajero del clan Rivenbank.

—Ha pasado mucho tiempo, cariño. Peggy está convencida de que estás muerto. Probablemente, ésta no sea la mejor oportunidad para demostrarle que aún estás vivo y coleando.

—Vale, lo he pillado. Nada de fantasmas para la abuela.

—Bien.

Antes de que pudiera preguntarle a Anna acerca de su madre, ésta se apoyó en su hombro para ponerse en pie y le indicó que la siguiera hasta la soleada cocina, situada en la parte sudoeste de la casa.

Frascos de cristal verde para el azúcar, la harina y el té. Armaritos de pino nudoso. Un ventanal que permitía ver un pulcro trozo de césped que el invierno había dejado amarillento; esa clase de césped que pedía a gritos un buen partido de fútbol o unos cuantos perros juguetones haciendo cabriolas. Allí no había ni rastro de los desorganizados barrios de las afueras.

Joshua se sentó en una mesa de hierro forjado con tablero de formica, mientras Anna le servía un café y unas galletas. Cuando la calefacción comenzó a funcionar, su hermana habló sin bajar la voz por primera vez desde que entrara en la casa.

—Estuviste a punto de matar a mamá, enano idiota. Pasó dos años en tensión con los nervios destrozados, como una goma elástica a punto de romperse. Hizo trizas *El paraíso en sus sueños* y no consiguió poner en marcha ningún otro proyecto. El tercer año, bueno, lo pasó aquí, en Van Luna; como si esta casa fuese un sanatorio para mujeres afligidas por abandono en estado terminal.

—¿Dónde está ahora, Anna?

—Puede que no me encuentre preparada para decírtelo.

Asustado, Joshua se lamió las migajas de galletas de las puntas de los dedos. Se merecía que lo recriminaran de ese modo tan delicado, que no por ello dejaba de ser terrorífico. No obstante, si Anna decidiera esforzarse en estrujarlo, acabaría tan destrozado como el corazón de su abuelo, bien por un acceso de ira o por uno de

lacrimógenos remordimientos. Lo último, si tenían suerte. Recordaba muy bien el modo en que Hugo pasaba de un arrebató quejumbroso a una de esas erupciones panameñas, infrecuentes pero aterradoras.

—¿Tienes Fritos, Anna?

Ella se dio la vuelta para mirarlo, con los brazos cruzados sobre el vientre.

—Dios, tienes la memoria de un elefante.

—Dumbo el Dinoterio, a tu servicio.

—Recuerdo casi todo lo que pasó durante esa pequeña excursión; pero, claro, yo tenía doce años. Sería muy difícil que no lo recordara.

—¿Y mamá? ¿Dónde está?

Anna cruzó la pequeña cocina arrastrando los pies y le dio unos golpecitos en la cabeza.

—Buena maniobra de distracción, John-John. Ayer me llegó un telegrama. No vas a verla este año.

—¿Por qué no, por amor de Dios?

—Ha conseguido un contrato con Vireo para hacer un libro sobre la monarquía española; sobre el impacto que la restauración ha tenido en la gente y en la política europea en general. Está en Madrid. Tiene pensado quedarse en España seis meses como mínimo. Quería evitar una posible moratoria en los vuelos; por eso se fue de forma tan repentina. De todos modos, este año me toca a mí cuidar de Peggy.

—Mierda.

—Le escribiré para contarle que estás en Zarakal.

—No puedes. Ni siquiera debería habértelo dicho a ti. Díselo cuando la veas en persona y que te prometa que no se lo dirá a nadie. Que lo jure por su vida.

—¿Pertenece a un comando o algo así, Johnny?

—Algo así, supongo. Es una especie de espectacular terapia de inmersión psicológica para curar mi aflicción crónica.

—¿La que estás aprendiendo a controlar?

—Exacto. A expensas del Gobierno. Esta vez no vas a verme poner los ojos en blanco, hermanita.

—A menos que te dispare. —Se sentó a la mesa con una taza de café—. Por eso vas a Zarakal, ¿no es cierto? Existe una conexión entre ese país y el entorno de tus sueños.

—Mis labios están sellados.

Sin dejar de ocultar fielmente su presencia a su abuela, Joshua se quedó en Van Luna durante todas las Navidades. Peggy Rivenbank permaneció en la cama, como un ángel jubilado que se marchitara en las costosas sábanas de lino del paraíso mientras soñaba con un futuro de lanzaderas interestaciales a prueba de colisiones e

impolutos planetas-colonia para el biznieto que estaba por nacer del vientre de Anna. Bueno, puede que no. Se trataba de una anciana que había nacido cinco años después de Kitty Hawk^[7] y era más probable que alucinara con el pasado, y no con el futuro. Entretanto, se dedicaba a fastidiar al cielo con sus oraciones.

¿Qué era lo que había dicho Woody Kaprow? «El futuro es inaccesible... No tiene resonancias que puedan ser perseguidas». Joshua no estaba seguro de que fuese cierto. Después de todo, el pasado era el medio friable en el que germinaba el futuro. Y el presente no era más que una ilusión, otro aspecto de la inmensa mentira física conocida entre los hindúes como *maya*.

Ya estaba bien de metafísica.

Por temor a que su presencia pudiese acabar con la vida de su abuela, Joshua no se acercó a Peggy Rivenbank.

Anna y él pasaron la mayor parte de las vacaciones hablando. Cuando llegó el momento de la despedida, habían agotado cientos de temas sin haber mermado sus reservas de cariño mutuo. La etiqueta que había en la chaqueta de su uniforme rezaba «Kampa», pero también era un Monegal; y, tal vez, cuando regresara de su misión en el Cuerno, podrían por fin reunirse como una familia. Ni Anna ni él se cansaban de repetir una y otra vez esa esperanza en voz alta. Sin embargo, ya instalado en el avión de transporte que lo llevaba de vuelta a Eglin, Joshua comenzó a tener dudas. Su pasado era un sueño y el futuro era inaccesible.

La vida en Shangri-la

En muchos aspectos, el periodo que siguió a las inesperadas lluvias —unos cinco o seis meses después de que descubriera el embarazo de Elena— comprendió un idilio edénico muy parecido al que el padre de Jacqueline Tru había conjurado de las historias sacadas de los sueños que yo mismo le contara en el restaurante Mekong. Nuestro pequeño poblado se convirtió en Shangri-la.

De repente, teníamos mucho para comer. Nadie tenía que romperse la espalda ni recolectando ni cazando. Los depredadores ocasionales de los homínidos, como hienas y leopardos, nos ignoraban para centrarse en las gacelas, las cebras y los antílopes que habían regresado a nuestra zona desde los vastos pastos al sur del Monte Tharaka. Yo soñaba este idilio. Sumergido en mi experiencia sin el beneficio de la continua conciencia racional, bien podría estar más vivo, alerta e integrado que en cualquier otro momento de mi pasado. Barbudo y musculoso, me deslizaba entre los mínidos como un espíritu despojado de su incierto futuro.

Elena resplandecía. Su rostro brillaba como el regaliz; su vientre había adquirido las mismas vetas brillantes color índigo que un caramelo tras ser chupado contra el paladar. Los ataques agudos de náuseas anteriores y posteriores a la muerte de María no habían sido otra cosa, por supuesto, que el equivalente habilino de las náuseas matutinas. No obstante, su metabolismo se había ajustado por fin a los cambios provocados por la concepción, así que ahora era candidata a la fotografía del «después» de un anuncio de un balneario: lustrosa y llena de vida a pesar de la protuberancia abdominal. Una parte de mi mente comenzó a preguntarse cuándo daría a luz a nuestro hijo; mientras que la otra mitad comenzó a inventar nanas de una dulzura prehistórica hechizante.

Eramos un pueblo dedicado al placer.

Durante este mismo periodo, comencé a levantarme antes del alba para elevar mis propias alboradas sin palabras a la sabana y al cielo. Esos cánticos surgían de una parte de mí imposible de identificar en aquella época e inalcanzable en ésta. Aunque en mi adolescencia y recién entrado en la edad adulta había escrito poemas basados en algunos de mis viajes astrales, estas nuevas canciones eran espontáneas casi en su totalidad. Las hacía despertar del subconsciente y las liberaba al mundo como melodías en bruto.

Otros habilinos —no solo los mínidos, sino también los hunos desde su fortaleza elevada al sudoeste de nuestra posición— respondían a mis canciones. El melancólico aullar de los lobos y las misteriosas arias de las ballenas jorobadas

resonaban en nuestras voces; y el timbre de nuestro canto parecía conferirle un contorno y una consistencia a aquel paisaje casi prehistórico. En otras palabras: nuestras alboradas convertían mi mundo soñado en realidad.

Mi enfrascamiento total y absoluto, tanto en el grupo de mínidos como en su curioso simulacro del Pleistoceno, alteró la textura de mi subconsciente. Dejé de soñar con mi pasado en el siglo xx y comencé a tener visiones nocturnas llenas de imágenes de la antigua África oriental. Al convertirme en un habilino y aceptar la realidad de su mundo, había purificado mis sueños. Sevilla, Van Luna, Cheyenne, Fort Walton Beach, Riverdale y las demás localizaciones importantes de mi infancia ya no tenían un lugar preponderante en esas visiones. Ahora estaba más predispuesto a soñar con la fauna que rodeaba el Lago Kiboko, la flora que crecía junto a los cursos de agua... y mi relación con Elena.

Este cambio entrañaba una especie de paradoja. Mientras que durante mi vida en el siglo xx aquellos sueños habían supuesto viajes astrales, ahora no eran más que sueños. Mi desplazamiento físico al pasado había curado la principal aflicción de mi vida. Al final, era «normal». Mis sueños así lo confirmaban. Y esperaba no volver jamás a sufrir la confusa indignidad de un viaje astral...

Cada día era igual al anterior. Comenzaba con el amanecer y remoloneaba a través del calor del mediodía hacia los indicios de su despedida a la hora del crepúsculo. Entre estas bien definidas demarcaciones, nos cuidábamos mucho de consumir, como poco, el mínimo de nutrientes recomendados por día para asegurar la supervivencia. La sabana era nuestro supermercado; el Monte Tharaka, nuestra tienda de veinticuatro horas. Cuando no nos entreteníamos con los juegos habilinos ni holgazaneábamos, íbamos de compras. Pagábamos nuestras adquisiciones con maña, persistencia y suerte, o con una combinación de todo eso. Si alguna vez nos topábamos con mercancía de baja calidad o con los estantes vacíos, no había gerente al que quejarse ni forma alguna de recuperar el dinero. Encontrar una ganga increíble era uno de los pocos medios de grabar una marca reconocible en lo que, de otra manera, sería el desnudo lomo del día.

Cuando el embarazo de Elena ya había recorrido dos tercios de su duración y su vientre maduraba como una enorme uva Concord, ambos nos tropezamos con una ganga increíble. La impresión del descubrimiento me sacó de la conciencia del sueño para dejarme en el aprieto de la conciencia racional. Dado que lo que habíamos encontrado era demasiado grande como para desmembrarlo sin ayuda, dejé a Elena en la orilla de un pequeño curso de agua y volvía Shangri-la en busca de Alfie y los demás. Con movimientos oculares y desmañadas vocalizaciones, logré que comprendieran mis alegres noticias y los conduje montaña abajo hacia el cauce del

río, en la estepa.

Elena estaba sentada a la orilla del pequeño barranco y farfullaba insultos hacia las aves carroñeras que descendían en picado sobre nuestro hallazgo. Yacía de lado en el agua, atrapado por las piedras sumergidas en las que, al parecer, se había enganchado mientras estuvo vivo. Los buitres solo podían llegar hasta él si aterrizaban en su brillante flanco o si vadeaban con decisión el cauce fangoso, con las plumas de las alas extendidas chorreando agua y las golas del cuello alborotadas de forma graciosa. Cuando Alfie, el resto de los mínidos y yo aparecimos en escena, los buitres se dispersaron, pero se asentaron lo bastante cerca como para llenar sus tripas con envidia, ya que no con carne.

Elena y yo habíamos encontrado un hipopótamo, un espécimen de *H. gorgops*, esa rara especie con abultados ojos periscópicos. Mejor todavía, lo habíamos encontrado poco después de su muerte, en una sección del curso del río que quedaba medio oculta a los ojos de los carroñeros por una zona de arbustos. Pura casualidad. Si hubiéramos pasado por allí un día antes, bien podríamos haber supuesto que el hipopótamo se revolcaba feliz y habríamos pasado de largo. Y, sin embargo, si hubiéramos llegado un día después, los buitres habrían convertido la oferta de nuestro supermercado en una inmensa y pelada caja torácica. Hablando en términos ecológicos, habíamos llegado en el nicho de tiempo adecuado, así que el hipopótamo era nuestro, todo nuestro.

No obstante, la bestia me preocupaba. Era un hipopótamo albino, cuya piel tenía el color y la aparente consistencia de las natillas. Su lomo estaba adornado con grandes manchas rosadas y parduscas; y sus ojos, que sobresalían de la enorme cabeza como ampollas protuberantes, parecían seguir mis movimientos, como si el hipopótamo y yo compartiéramos algo que me era desconocido. Era consciente del escrutinio del animal muerto, de su crítica implícita sobre mi estatus como carroñero. Mi conciencia se había visto comprometida y, de repente, de forma aterradora, me di cuenta de que ni siquiera el amor de Elena podría ligarme legítimamente a aquellas costumbres bárbaras. El hipopótamo blanco era una señal y, con toda probabilidad, una de mal agüero.

Se me pasó por la cabeza un sueño reciente en el que Elena y yo, a lomos de un par de dóciles calicoterios, habíamos cabalgado desde Shangri-la hasta la sabana iluminada por la luna. Durante la cabalgata, habíamos visto a un hipopótamo albino salir a nuestro encuentro desde un manantial medio escondido mientras iba camino de otro. Otros sucesos desconcertantes lo sucedieron, incluida mi dolorosa transformación en un estado que ya no podía ni recordar. De hecho, ni siquiera habría recordado mi sueño del hipopótamo blanco si Elena y yo no hubiéramos encontrado ese otro por casualidad. Qué extraña concatenación de circunstancias.

Los mínidos se acercaron vadeando el agua para despedazar y distribuir con

entusiasmo nuestro hallazgo. Mi sensación de distanciamiento se incrementó. En una ocasión, cuando era niño, había disfrutado de un sueño contaminado en el que un grupo de homínidos mutilaba y devoraba una criatura de un programa de televisión infantil. Aquel día, en cambio, los mínidos rapiñaban la imagen de uno de mis sueños recientes acaecidos en el Pleistoceno. ¿Cómo podría apoyarlos cuando destruían por completo aquella imagen? En aquel mundo, incluso las proyecciones de las fantasías se convertían en comida.

Me senté a un lado y observé cómo los habilinos fileteaban el hipopótamo con unas afiladas lascas fabricadas para la ocasión. Alfie y Malcolm se encargaban del esqueleto en el agua, mientras que Jamón y Jomo les pasaban los trozos de carne a las mujeres y los niños que estaban en la orilla. Fred y Roosevelt ayudaban con el destripamiento de la bestia y lavaban las brillantes vísceras en el agua pantanosa. Había soñado con un hipopótamo muy grande y carnoso; despellejarlo requería concentración y tiempo. Oculté mi desagrado y traté por todos los medios de recordar lo que Babington me había enseñado acerca de los hipopótamos.

—Tal vez os interese saber —les dije a los mínidos— que estáis despedazando una fuente de proteínas de primera calidad. Al menos veinticinco de cada cien gramos de carne de hipopótamo es pura proteína; casi el doble de lo que se obtiene de la misma cantidad de cordero, de ternera o de cerdo.

Irritado, Alfie gesticuló para que me uniera a él y a los demás en el agua.

—Me olvidé la navaja —dije para declinar la invitación—. Me quedaré aquí. Casi tres cuartos del cuerpo del hipopótamo son útiles, cuando hasta con un novillo ganador tendríais suerte si pudieseis utilizar la mitad. ¿Sabéis?, si el Presidente Tharaka hubiera tenido la previsión de fomentar la cría de hipopótamos, Zarakal podría haber sido capaz de evitar las hambrunas en los distritos fronterizos.

Alfie sacudió la cabeza y refunfuñó algo mientras curvaba su labio inferior, así que volví a callarme. Cuando levanté la vista de nuevo, vi que Elena se había dado cuenta de mi cambio de humor. Se abrió camino por el agua, que le llegaba hasta los tobillos, para reunirse conmigo bajo los árboles que había en la orilla arenosa. Sus ademanes eran un consuelo silencioso.

—Estoy bien —le dije—. Vamos... come con los otros. No todos los días nos encontramos con algo como esto.

Elena no se apartó de mi lado. Se sentó con un brazo sobre mis hombros. Alguna que otra vez, espantaba a un buitre que se acercaba o arrojaba un puñado de arena pero, salvo en esas ocasiones, permanecía quieta. Parecía dispuesta a compartir mi falta de apetito. Bajé la vista hacia el balón hinchado de su vientre. En su superficie surgió una protuberancia que dio paso a una sucesión de elásticas ondulaciones. El feto, nuestro hijo, daba patadas a un ritmo lleno de vida en el interior del acogedor restaurante que era el útero de Elena.

—Ahora comes por dos, Elena. Vamos, acércate allí y coge tu parte.

No se apartó. Era muy testaruda. Si yo no comía, tampoco lo haría ella. Quería hacer un sacrificio por ella, darle una excusa para comer... pero no podía enfrentarme a la idea de tragar un solo bocado de aquellas natillas, ni siquiera uno solo, así que impedí que Elena se alimentara con los demás. Me avergonzaba de mí mismo y, al mismo tiempo, estaba medio sobrecogido por las acciones de Elena. Era una santa, una auténtica santa habilina.

Jomo enfermó. Incapaz de comer, de cazar o de tolerar los juegos de los niños, intentó dejar de ser una carga para los mínidos desterrándose a un pequeño bosquecillo alejado, en la llanura. Aquella misma tarde, al echarlo en falta, Ginebra dialogó ansiosamente con Elena. La anciana recorrió cojeando todo Shangri-la, con los ojos abiertos de par en par, cantando su angustia con unas espectrales notas bajas, y consiguió reunir una pequeña expedición en busca de su marido.

Ginebra, Elena y yo, acompañados de Jamón y Roosevelt, peinamos la ladera de la montaña, rastreando el olor de Jomo y cualquier señal apenas perceptible que hubiese dejado. Encontramos al anciano en menos de una hora. Estaba sentado en un hermoso árbol coral y contemplaba la sabana con ojos vidriosos. No bajaría. Su lánguida inflexibilidad sobre este punto desanimó tanto a Roosevelt y a Jamón que comenzaron a retroceder por el pastizal. Si un viejo y loco habilino quería sentarse en un árbol, ¿quiénes eran ellos para inmiscuirse?

Ginebra, Elena y yo pasamos toda la larga y estrellada noche en el claro que había bajo el árbol coral. Ante la ausencia de hojas, las flores de coral del árbol agitaban sus pétalos como pequeños tentáculos. El tronco estaba cubierto con espinas romas, pero Jomo se había subido a lo alto sin considerar el daño que le infligirían.

Intenté en una sola ocasión llegar hasta él, enfrentándome con temeridad a las espinas, pero el habilino me plantó la planta del pie en la cabeza y me devolvió al suelo de una fuerte patada. Aquello minó mi entusiasmo por tratar de rescatarlo. Varios arañazos tatuaban mi estómago y mis muslos; y, aquella noche, mi nalga derecha palpitó sin cesar. Si un viejo habilino quería sentarse solo en un árbol, ¿quién era yo para inmiscuirme?

Entonces, recordé la muerte de Genly y el ritual que la siguió; sucesos ambos que parecían tan lejanos y distantes como mi infancia en Van Luna, Kansas. Jomo, me di cuenta, se estaba encargando a su manera de su propio funeral. Si el penúltimo lugar de descanso de un mínido eran las ramas de un árbol (ya que el último era, por supuesto, el estómago de un leopardo o los gatzates de una bandada de carroñeros), por qué no instalarse en el árbol de su elección. Y había escogido uno hermoso. Su ataúd vertical era un espectacular árbol coral, con madera de suave elasticidad y resistencia.

Con la vigilancia alternativa de los tres, el anciano duró dos días en el árbol. No obstante, los buitres comenzaron a sobrevolarlo en círculos al segundo día, ya que el olor de la mortalidad de Jomo pesaba más en el aire que la fragancia de las flores escarlatas del árbol. Al final, su espíritu —su «alma», si es que las especies de *Homo habilis* poseían tan intangible bien— lo abandonó, y cayó del árbol coral como un fardo.

No podías dejar que un patriarca como Jomo, quien había liderado al menos en una ocasión a los mínidos, yaciera desmadejado en el suelo. Debíamos devolverlo a su espinoso árbol. Elena, tras indicar con murmullos y señales sus intenciones, partió hacia Shangri-la en busca de uno o dos presuntos ayudantes para elevar el cuerpo. Durante su ausencia, utilicé los guijarros de lava para desbastar tantas espinas del árbol coral como pude. Mientras tanto, Ginebra se tendió junto al cadáver de Jomo para quitarle los bichos que se aposentaban en su barba gris y su melena.

Los buitres seguían dando vueltas.

Jamón y Alfie volvieron con Elena. Tocaron la cabeza de su camarada muerto con la punta de sus garrotes, enjugaron el hedor de la muerte que había quedado en ellos frotándolos sobre la tierra e hicieron ruidos amenazadores a las aves. Caminaron de un lado a otro bajo el árbol coral, como si la muerte de Jomo fuera una afrenta personal a cada mínido, una broma pesada e imprudente de un casero que no mereciera tan indulgentes inquilinos.

Elena estaba exhausta. No tenía ni idea de la fecha que un médico de las Fuerzas Aéreas hubiera determinado como posible momento del parto, pero no debía de quedarle mucho. En lugar de unirse a las protestas de Jamón y Alfie, se agachó con dificultad junto a Ginebra y me llamó por señas para que la ayudara. En ese momento vi que había sacado mi navaja suiza de nuestra choza. Me pasó el cuchillo mientras Ginebra se sentaba para ver lo que ocurría.

Con serias dudas acerca de la prudencia de complacer a Elena, extraje la larga hoja de la navaja y la afilé varias veces contra el guijarro de lava. Elena recuperó el cuchillo y puso la punta en la sien derecha de Jomo.

—Vaya —exclamé, pensando en los cráneos de *Homo erectus* que se habían encontrado hacía tiempo en una cueva caliza de Choukoutien, en China.

Las espinas dorsales de varios de estos cráneos habían sido estiradas con sumo cuidado, supuestamente para permitir que se extrajeran los cerebros. ¿Quería Elena incluir en la cena la masa gris de Jomo? ¿Creía que semejante comida le depararía al nieto nonato del anciano parte de su conocimiento, su astucia o su sabiduría?

Mis especulaciones eran erróneas. Elena quería cortarle la oreja derecha. Entorpecida por su vientre, se inclinó sobre el estropajo que era el pelo del anciano y comenzó a trabajar. Se le daba tan bien aquella tarea como la de extraer la hoja de su funda... Frustrada, me devolvió el cuchillo y estiró la elástica coliflor marrón que

parecía la oreja de Jomo, alejándola de su cabeza con el fin de que yo pudiera cortarla.

Me tragué las objeciones y me apresuré a hacer lo que me pedía. Elena colocó un puñado de hierba seca contra la cabeza del anciano para absorber el reguero de sangre y tomó posesión de la oreja. Después, extendió la mano hacia Ginebra, que miraba alternativamente la ofrenda y el solemne rostro de su hija.

—Es un recuerdo —susurré—. Algo que atesorar.

Al final, Ginebra aceptó el melancólico regalo.

Un momento después, Alfie, Jamón, Elena y yo subíamos de nuevo el cuerpo de Jomo al árbol coral. Una vez realizada la tarea, dejamos al muchachote en manos de las inmemoriales pompas fúnebres que los buitres llevaban a cabo.

A su manera, fue un funeral muy hermoso.

Varios días más tarde, Elena me despertó temprano, aunque solo en mi sueño. Algunas estrellas tachonadas mantenían la oscuridad a raya, y el señor Pibb estaba todavía de centinela en el flamboyán bajo cuyas ramas encrespadas dormíamos. Sumergido en un trance inquieto, ya que estaba soñando, seguí a Elena por la ladera de la montaña hasta el tablero de ajedrez que era la sabana a la luz de la luna.

Un par de calicoterios se acercaron, amistosos más allá de lo impensable. Del mismo modo que los camellos, se arrodillaron sobre las patas delanteras y bajaron sus encorvados cuartos traseros hasta el suelo. Elena montó en la hembra y se aferró a su melena de seda para guardar el equilibrio. Con una lacónica inclinación de cabeza, me indicó que yo debía montar en el otro calicoterio, el macho. A pesar de que temía que no fueran unas criaturas fáciles de montar, obedecí. Un momento después, los dos animales estaban de nuevo en pie y, sin dejar de balancearse de un lado a otro, nuestros corceles fósiles echaron a trotar por los pastos sobre sus enormes garras.

Era la gran gira. Pasamos junto a rebaños de cebras amodorradas, dinoterios que dormían a rachas y gacelas dormidas sobre sus patas. Los jiráfidos se balanceaban en la lejanía de la llanura de espinos como serpientes marinas con cuernos; y, lo más extraño de todo, un hipopótamo albino corría a nuestro lado a dolorosa cámara lenta, con el grueso cuello extendido y las patas pisando en el aire lánguidamente. Este hipopótamo era del color de las natillas, con manchas sobre el lomo similares a las que deja una quemadura, y recordé que había visto uno muy parecido no hacía mucho, quizás mientras soñaba despierto.

Cuando desapareció en el curso de agua hacia el que había estado galopando, nuestros calicoterios cambiaron de dirección, dejaron atrás a una manada de hienas pandilleras y salieron en estampida a través de la hierba baja hacia un destino que tanto Elena como yo desconocíamos. Con desesperación, tiramos de sus melenas y clavamos las rodillas en sus desnudos flancos.

Delante de nosotros apareció un leopardo. Se había pegado al suelo, pero no con la suficiente rapidez como para pasar desapercibido.

La montura de Elena saltó como un impala y la arrojó al suelo. A mí también me tiraron; mientras nos esforzábamos por ponernos en pie, frotándonos los maltratados traseros e intercambiando miradas de dolida conmiseración, los calicoterios desaparecieron. Tenía tanto miedo de que la abrupta caída de Elena causara la pérdida de nuestro bebé que la cercanía del leopardo agazapado apenas si me preocupaba. Comencé a correr en dirección a Elena, con la intención de abrazarla y consolarla.

El leopardo salió de la nada, me aplastó el pecho con una de las patas y me inmovilizó al clavar sus colmillos en mi cabeza. Elena chilló y se apartó gateando. Me alegré de ver que se ponía a salvo. Tenía pocas probabilidades de poder ayudarme y, Ngai fuera loado, mi propio malestar era mínimo. Un útil mecanismo de mi subconsciente se había activado, convirtiendo el dolor y el miedo en un limbo sensorial por debajo de mis sueños. Mi cuello se rompió, pero mi estado de relajación era tal que el ruido se asemejó más al sonido que se produce al encender una cerilla que a un crujido de dolor.

Arrastrándome entre sus patas, el leopardo se abrió camino por la sabana hasta llegar a un árbol.

El paisaje se puso del revés. El leopardo, que se ayudaba hundiendo las garras en el tronco del árbol, me aposentó sobre una horquilla de ramas que consideró conveniente, a casi tres metros del suelo. Allí, me encajó bien y, tras colocar una pata en la base de mi columna, comenzó a comer. Sus dientes se abrieron paso a través de mis riñones, del páncreas y de los intestinos; su lengua lamía con curiosidad mi sangre cálida y espesa.

Sin temor ni dolor extremo, morí en la noche.

El hambre me despertó. Era demasiado pronto para las alboradas de los habilinos, y el cadáver de dos patas que había bajo mis zarpas me duraría otra comida solo si comía con cuidado y me calmaba. Cosa que no era mi estilo. Desplacé el cuerpo y devoré todo lo que mi estómago pudo soportar de aquella carne fibrosa y amarga. Mientras comía, una figura erguida apareció en la llanura a unos diez metros. Era la hembra del bípedo casi sin pelo que había aturdido y arrastrado hasta allí arriba. Salvo por el abultado tumor de su embarazo, su perfil tenía una grácil delgadez. Levanté la cabeza del cuerpo destrozado para observar las intenciones de la hembra. Se acercaba, al acecho, en una lenta diagonal. Su avance hasta mi posición era hipnótico. Consideré la conveniencia de matar de nuevo y encontré la idea atractiva. El feto que había en el vientre de la hembra, tan dulce como una golosina, sería un postre excelente.

De repente, la hembra realizó un rápido movimiento con el brazo.

Una piedra, o la dura cáscara de una nuez, rebotó contra el tronco del árbol más

allá de mi cabeza. Agaché las orejas y gruñí, pero el ruido no la asustó. De hecho, parecía haberla provocado, ya que me bombardeó con misiles invisibles. No podía verlos, pero sí sentirlos. Uno me dio en el labio superior y me rompió un diente.

Salté de cabeza al manto de hierba y me lancé, furioso, contra mi torturadora. No se acobardó, pero se cambió el garrote de mano y afirmó los pies en el suelo para recibir mi ataque.

Dudé. El cadáver del que me había alimentado cayó de mi árbol, un pudín de carne desgarrada y huesos astillados. Esta hembra de habilino, me di cuenta, estaba vengando su pérdida, no solo encargando el postre, y su determinación nacía de la perentoriedad de sus motivos. Tendría que ser igual de inflexible para vencerla. Ignorando el cuerpo caído de su compañero, volví a la carga. Sin embargo, en el último instante, se desplazó hacia un lado y me golpeó en los cuartos traseros con su garrote, rompiéndome una vértebra y consiguiendo de ese modo que cayera de costado sobre la tierra.

Aunque logré apoyarme sobre el vientre, la mujer ya estaba a horcajadas sobre mí antes de que pudiera ponerme en pie. Sus nudosas piernas me apretaron los flancos como una prensa, sus uñas se abrieron paso entre los asombrados parásitos de la enredada piel de mi cuello. Aullé, pero mi cena me aplastaba con fuerza y no podía levantarme. Qué infamia. Nunca había sufrido una humillación semejante con anterioridad. Estaba aterrado de que pudiera matarme allí mismo. El dolor de mi vértebra rota era casi insoportable.

En aquel momento, la hembra comenzó a cantar. Retorciéndome las orejas y elevando mi mirada hacia la luna, se desnudó en un cántico de extrema pureza. Mis miedos se disolvieron, y el dolor de mis cuartos traseros comenzó a ceder ante la belleza hechizante de su canción. Sin desmontar a la hembra habilina, me puse en pie. Luego, bajo sus fuertes y compasivas manos, me dirigí al Monte Tharaka.

La dama y el leopardo.

Entramos en el campamento mínimo sin alertar a su centinela y nos deslizamos por las sombras hasta el parapeto que la mujer había compartido con mi última víctima. Yacimos allí, el uno junto al otro, acariciándonos como cachorros emparentados. Después alimentamos nuestras pasiones más allá de los límites del apetito de su anterior amante. Así le pusimos los cuernos al muerto. Más tarde, nos acurrucamos juntos y juntos tuvimos este sueño.

Finalmente, Elena me despertó. Erguido entre mis compañeros habilinos, elevé mi voz en el temible tabernáculo del amanecer.

Nuestro número menguaba. Las muertes de Genly y Jomo habían dejado solo a seis machos adultos, incluyéndome a mí, en el grupo de mínimos. El señor Pibb, el único adolescente macho, se había quedado hacía poco con una dulce jovencita del

culto huno, por lo que ya no teníamos la esperanza de compensar nuestras pérdidas con alguien de nuestro propio grupo. Jamón estaba envejeciendo; cada día que pasaba su aspecto era visiblemente más decrepito, y estaba seguro de que pronto imitaría el voluntario camino de Jomo hacia el olvido.

Los mínidos, por supuesto, no estaban en peligro de dispersarse ni de extinguirse. Nuestra población era de veintiún miembros; solo había descendido en tres desde mi llegada, y de los ocho niños que habían sobrevivido, tres eran hembras, dos de las cuales pronto atravesarían el umbral de la adolescencia. Ellas eran la salvación de los mínidos, ya que cuando comenzaran a atraer pretendientes, nuestro grupo abriría su constreñida garganta y absorbería a estos jóvenes machos como si fueran pececillos. La franquicia no se cerraría, sino que comenzaría un programa de reconstrucción con las opciones que estas hembras núbiles tuvieran más cerca. Por cierto, yo mismo era una de estas opciones.

Un breve paréntesis:

En ningún momento durante mi estancia con los mínidos en esta región a unos cientos de kilómetros al norte del Ecuador, tuve una clara percepción del ciclo de las estaciones. Había saltado al Pleistoceno en 1987 durante un mes de julio golpeado por la sequía, pero desde mi llegada fui incapaz de distinguir cualquier gradiente significativo entre calor y no tanto calor. A menudo, debido a la altura del área que rodeaba al Monte Tharaka, e incluso en las proximidades del Lago Kiboko, las noches eran frías; pero esta relativa frialdad nocturna no se traducía en variaciones significativas en las temperaturas diurnas de la sabana. No sabría decir si un día caluroso tuvo lugar en agosto, el otro en septiembre y otro más en abril. Los meses no tenían sentido alguno.

Por supuesto, la verdadera medida de las estaciones en las regiones ecuatoriales no es la temperatura, sino las lluvias. Los somalíes llaman «gu» al período de lluvias que se extiende de marzo a mayo, y al que va de septiembre a finales de noviembre, «dayr». Pero si uno creyera que las precipitaciones durante estos periodos nunca remiten, sería una señal de que su cerebro ha absorbido gran parte de las lluvias que les correspondían a los somalíes. Por lo general, cualquier zona se ve abrasada por periodos de sequía, incluso durante las estaciones «lluviosas». A pesar de que Blair me había asegurado que el Pleistoceno Inferior era un periodo más húmedo que el nuestro, y que la vegetación, por tanto, era más exuberante, yo debía de haberme adentrado en un espejismo azotado por una sequía inusitadamente prolongada. El nivel del Lago Kiboko, tal y como Blair había predicho, tenía un nivel de agua mucho más alto en aquel entonces, pero para conseguir un respiro de la anómala sequía que azotaba el pastizal, los mínidos habían tenido que abandonar su territorio habitual en busca de un refugio en las alturas, en las faldas del Monte Tharaka; allí, por fin, habíamos visto la lluvia.

Y la lluvia me devuelve al embarazo de Elena.

Fue justo después de un día de lluvia cuando descubriera que Elena estaba embarazada de nuestro hijo.

Pues bien, bastante después del funeral del Jomo, la lluvia parecía flotar de nuevo en el ambiente. El viento traía cálidas bocanadas del Este y gritaba sobre la sabana procedente del océano Índico antes de acabar susurrando, convertido en una húmeda y enervante quietud. Por la noche, escuchábamos el rugido sepulcral del trueno mientras unos enormes relámpagos iluminaban el horizonte. Atemorizados por la rareza del cielo, los rebaños que habitaban los pastos iban de un lado a otro. En ocasiones, los leones respondían con sus propios rugidos a los truenos; mientras que, en otras, las gacelas y los ñúes se echaban para contemplar el espectáculo de luces que ofrecía el horizonte. En el Monte Tharaka, donde los relámpagos tendían sus puentes, también estábamos recelosos.

Este tipo de clima —al que tal vez se podría llamar «estación»— duró varios días. Cada noche era un asedio. La lluvia me parecía un telón que ocultaba el Lago Kiboko, pero las tormentas jamás se acercaron a nuestros palcos en Shangri-la.

Elena se puso de parto de repente, en una noche bombardeada por los truenos. Había conseguido dormirme a pesar del ruido, hasta que Elena se levantó de nuestro lecho de hierbas y, con una mano en la base de su espalda, se zambulló en el fragor de los cañones de la tormenta. Esperé que regresara, pero no lo hizo. Al final, la seguí fuera a ciegas.

Allá en el horizonte, al noroeste, el destacamento de cargueros de la tormenta acababa de recibir una andanada de torpedos entre sus barcos. Aunque justo sobre nuestras cabezas se abría un entramado de diáfanas estrellas. El viento comenzaba a soplar con fuerza. Una noche nada propicia para el nacimiento de un mestizo que, de todas formas, iba a tener un montón de problemas. Llamé a Elena, pero no obtuve respuesta.

—¡Jumm!

Aquello provenía de Malcolm, que parecía pasar el noventa por ciento de su tiempo de vigilia encaramado a los árboles. Desde su atalaya en el árbol de tulipán, me señaló hacia el destartado parapeto en el que Ginebra solía dormir. Aquello tenía sentido. Durante el parto de su primer hijo, Elena querría, por supuesto, la ayuda de su madre. Subí por una zona rocosa de Shangri-la en dirección al refugio de Ginebra.

Ni Elena ni su madre intentaron echarme, si bien mi llegada fue prácticamente ignorada. La choza no tenía tejado, de modo que la luz de las estrellas y los torpedos de los relámpagos iluminaban el pequeño habitáculo. Elena tenía dolores; Ginebra había acumulado una buena cantidad de hierba seca contra un lateral del refugio para que Elena apoyara la espalda. Se me ocurrió que para cuando llegase el momento de

que rompiera aguas, posiblemente también se quebraran las membranas del cúmulo de nubes y acabáramos inundados.

No dejes que llueva, supliqué a Ngai o a cualquier deidad que tuviera poder en aquella fantasmagórica dimensión. *Por favor, que no llueva*.

Elena no lo tuvo fácil. Las contracciones eran intensas y dolorosas. Con cada espasmo, sus ojos desaparecían bajo el arco de sus cejas (lo que me hizo entender el horror que esta clase de rotación ocular le había producido a mi madre adoptiva) y su mano se aferraba con fuerza la mía. Este monótono ritual continuó durante al menos una hora; de vez en cuando, Ginebra y yo intercambiamos posiciones para permitirle al otro desentumecer los doloridos nudillos. Mientras estaba al lado de Elena, me esforzaba por recitar un constante y estúpido murmullo destinado a animarla y confortarla.

—Todo va a estar bien, Elena; sí, todo va a ir genial. El mono escupió tabaco en la línea del tranvía. El tranvía se rompió y el mono se ahogó, y todos ellos fueron al cielo en una pequeña y roja embarcación^[8]. —Y así sucesivamente, las implicaciones más siniestras de este estribillo pasaron totalmente desapercibidas para mí y, por suerte, también para Elena y Ginebra.

Aunque estoy convencido de que Elena nunca llegó a comprender lo que significaban las náuseas que sufrió al comienzo del embarazo, sí que sabía lo que le estaba sucediendo en esos momentos. Había visto a otras dar a luz; al menos en dos ocasiones, había secuestrado niños de especies apenas relacionadas para acunarlos entre sus brazos; y había sentido a su propio bebé darle patadas. La maternidad era la recompensa de todo aquel dolor; el maltratado carruaje que era su cuerpo se veía impelido, en su carrera por asegurarse un trozo de tierra, hacia un futuro que prometía una heredad permanente y ella sabía lo que el dolor significaba.

A pesar de que la lluvia se mantenía a raya, el espectáculo de relámpagos cobró intensidad sobre el Lago Kiboko, y unos rugidos amenazadores hicieron temblar el horizonte. Todo sucedía al noroeste de nuestra posición, justo donde Zarakal, Etiopía y Somalia apostarían sus tropas en un futuro, en un loco intento por establecer fronteras en un lugar en el que nadie las había respetado nunca.

Elena no prestaba atención alguna al ruido. Intentaba dar a luz a su hijo, pero su cuerpo no cooperaba. La cabeza del bebé, que había descendido por el útero tanto como podía hacerlo sin ayuda, era demasiado grande para la estrecha estructura pélvica de Elena. Si bien era más alta que cualquier otra hembra habilina, su altura correspondía a la apariencia de una sílfide, delgada y grácil. Dado que mi volumen endocraneal sobrepasaba el suyo en, como poco, setecientos centímetros cúbicos, su bebé había heredado de mí un modelo genético para su cráneo cuyo tamaño resultaba ser peligrosamente más grande que el habitual en un habilino.

«Parirás a tus hijos con dolor».

El precio por el desarrollo de una mente capaz de realizar juicios morales abstractos es el dolor durante el alumbramiento, mientras que la pena por pagar el precio es la expulsión del Paraíso. Al mirar el rostro de Elena, iluminado por la luz estroboscópica de los rayos, supe que su expulsión no llegaría de manos de un obediente querubín, sino a través de la fría mediación de la Muerte. No iba a conseguirlo. Sus ojos se sacudían dentro de sus cuencas. Su frente desnuda estaba empapada de sudor. Los destellos de los relámpagos sobre el lejano lago parecían llevarse el saludable brillo índigo de su cara. Su piel estaba flácida y gris.

Regresé a nuestro refugio en busca de la navaja. Ya había demostrado ser eficaz para separar a Jomo de su oreja; sin embargo, ahora debía ejecutar una tarea mucho más urgente: salvar la vida de Elena. Reuní toda la hierba seca de nuestra choza, la llevé fuera y le prendí fuego con una de mis últimas cerillas. Después, mientras Malcolm me miraba con incredulidad, apilé maleza sobre el fuego y esterilicé la larga hoja en las llamas indómitas. Al sacar la navaja, me quemé los dedos, pero el dolor carecía de importancia, de modo que lo ignoré para volver junto a Elena.

Emilia, Dilsey y Alfie también habían entrado en el refugio semicircular de Ginebra. Sus miradas se posaron en mí, aunque no tardaron en verse atraídas por el cuchillo. Gesticulé con él, me adentré en el refugio y me arrodillé junto a Elena con la premonición de un desastre asentada en el estómago. Mi cuerpo entero parecía mantenerse unido tan solo por una maraña de cuerdas y mucílago.

Elena gritó; un aullido inhumano de advertencia y dolor. Todos la miraron para después volverse hacia mí. Levanté el cuchillo y les dije a los habilinos con un tono de voz calmado, racional y preciso que quizá fuera necesario realizar una incisión en la entrada de la vagina de Elena para facilitar el parto. Mi temor era que el corte, aunque consiguiera hacerlo limpio, fuera una solución inadecuada para sus problemas. De hecho, había llevado el cuchillo pensando que si ella moría en el parto, podría rescatar al niño con una improvisada cesárea.

La claridad médica de este plan cedió ante el peso del sufrimiento de Elena. La mera idea de tocarla con el cuchillo me ponía enfermo, así que lo tiré al suelo. Absolutamente perplejos, los cuatro silenciosos habilinos se miraron y se consolaron los unos a los otros mediante abrazos y palmaditas distraídas. No creo que ni siquiera Dilsey hubiese sido testigo alguna vez de un parto tan fatigoso.

A medida que la tormenta se alejaba hacia el Sudoeste desde el Cuerno —los relámpagos daban paso a unos ocasionales destellos en zigzag de un resplandor casi insoportable, seguidos casi al unísono por el restallar de los truenos—, Elena consiguió de alguna manera expulsar al pequeño torturador de su vientre. Fue Ginebra, y no yo, quien recibió al niño. Bajo el opresivo fulgor de la tormenta, su cuerpo no era ni negro azulado ni gris, sino de un increíble blanco fosforescente.

La piel del bebé tenía el mismo color de las natillas, el color de un postre lácteo.

¿Cómo podía ser aquella desagradable larva el resultado de mi acto de amor con Elena? El hipopótamo enlodado que los mínidos se habían comido había tenido una tonalidad encantadora, una variedad de mutante mucho más comprensible. Me había negado a comerlo por miedo a violar la integridad de uno de mis sueños; pero esta criatura, mi hija, ¿cómo podría llegar a amarla? Su cabeza era demasiado grande para ese cuerpo tan delgado. Su palidez hablaba de algo más que albinismo, hablaba de enfermedad.

—*Mii peeejo* —dijo Elena débilmente desde donde yacía.

Coloqué la larva en toda su envergadura entre los pechos de mi esposa. Elena envolvió al bebé con sus brazos peludos y levantó la cabeza para mirar a la pequeña criatura. Sus labios se abrieron.

—*Mii peejo* —repitió.

Nadie se movió. La larva encontró uno de los pechos de Elena y comenzó a mamar: un pequeño ícubo de marfil que bebía la sangre del corazón de la mujer que la había parido.

Distrito Fronterizo Noroeste, Zarakal

Julio de 1987

Bruma en la desapacible luz del amanecer, vacío. Hubo un tiempo, hacía ya mucho, en que esta parte de Zarakal había estado ocupada por fértiles pastizales; en la actualidad, parecía un mar petrificado, interrumpido aquí y allá por agrupaciones de matorrales espinosos, con la arena danzando al impredecible son que marcaba el viento. Una solitaria hiena permanecía en la llanura salada, observando una caravana de tres vehículos que se movían hacia el Noroeste a lo largo de la carretera que unía la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas, en el corazón del país, con el Protectorado del Lago Kiboko en el Valle del Gran Rift. La carretera se había construido hacía unos dos años con dinero, maquinaria y supervisión estadounidense; aunque el Ministro de Interior zarakalí, Alistair Patrick Blair, había insistido en adjudicarse un importante papel de gestión para sí mismo, así como trabajo no especializado para la mano de obra indígena. Un tramo de la carretera enlazaba Marakoi, la capital, con la base aérea a unos cincuenta kilómetros al noreste, pero los restantes quinientos kilómetros de macadán sorprendían a muchos observadores, tanto nativos como norteamericanos, ya que era la autopista privada de Blair hacia ninguna parte. El Gran Hombre se había hartado de reabastecer de suministros a sus trabajadores de campo en las excavaciones del Lago Kiboko con helicópteros o avionetas. De ahí, esta cinta de asfalto a través de un impresionante vacío del desierto zarakalí.

Joshua murmuró:

—Ni un solo concesionario de coches de segunda mano a la vista.

—Nuestras tropas aún no llevan el tiempo suficiente aquí —replicó Woody Kaprow, que conducía el segundo vehículo de la caravana—. Deles tiempo, Joshua. Solo deles tiempo.

—No quiera Dios que sea mucho.

Alistair Patrick Blair, que iba entre Kaprow y Joshua en la cabina del enorme vehículo, se echó a reír.

—Dios y Woody Kaprow, los físicos supremos. Juntos ostentan todas las patentes de las propiedades temporales.

—No tanto —respondió Kaprow—. No tanto.

Por delante de ellos, como vehículo líder de la caravana, iba un Land Rover modificado para alojar no solo una ametralladora giratoria, sino también un tanque de casi cuatrocientos litros de agua potable. Un policía militar de las Fuerzas Aéreas estadounidenses conducía esta escolta, mientras que un agente uniformado de

seguridad zarakalí estaba al cargo de la ametralladora. Por detrás de Joshua, Blair y Kaprow, la retaguardia de la caravana era un enorme camión con un remolque cubierto que llevaba un generador; el vehículo se parecía más a una tienda de campaña plegable que a un arcón de armamento. Tanto el Land Rover como el camión eran de un color verde grisáceo engalanado con el dudoso camuflaje de las rayas de una cebrá.

De los tres vehículos de la caravana, aquél en el que viajaban Joshua y sus acompañantes era el de diseño más extraño y de propósito más misterioso. Con un cuarto de la longitud del camión, se parecía a un remolque de Airstream^[9] cubierto con una capa de plástico protectora. La parte más aerodinámica de la carrocería estaba tan pulida como la piel de una marsopa, mientras que su cabina sobresalía como la nariz de una enorme plancha eléctrica con un parabrisas envolvente. Seis gigantescas ruedas soportaban el peso de este vehículo, que Kaprow había comenzado a llamar desde hacía poco, con una sutil ironía, «la Máquina». Apenas un mes antes de esta expedición al Lago Kiboko, el automóvil había llegado a Bravanumbi, la principal ciudad portuaria de Zarakal, a bordo de un portaviones norteamericano; y Kaprow, que lo había acompañado durante el viaje, no dejaba que nadie más lo condujera. Blair se había ofrecido para sustituirlo al volante durante el largo viaje nocturno desde la base aérea, pero Kaprow había declinado el ofrecimiento con firmeza. Aunque se había costeadado su construcción con el dinero de los contribuyentes de Estados Unidos, consideraba la Máquina —si no el propio Tiempo— como una propiedad personal.

—Soy un magnífico conductor —le había dicho Blair al físico con suavidad— y usted ha llevado a cabo las tareas de un subalterno durante las últimas dos horas.

—Para mí, sería poco ético dejar que alguien más se sentara aquí.

—¿Poco ético?

—Desde luego. Si destrozara la Máquina, doctor Blair, lo odiaría a muerte durante el resto de mi vida. Y eso no sería justo para ninguno de los dos.

—¿Pero qué ocurriría si fuera usted el que sufre un accidente?

—Bueno, si fuera yo el causante, me cogería un cabreo de muy señor mío, por supuesto, pero al final acabaría perdonándome. Equivocarse es humano, sobre todo si es uno mismo quien se equivoca. De otra forma, es intolerable.

—El doctor Blair está por encima de los simples humanos —había señalado Joshua—. Todos en Zarakal lo saben. Tal vez podría confiar en él durante media hora o así.

—Los semidioses siempre tienen chófer que los lleve. Puede comprobarlo en cualquier sitio; mire *La Iliada*, por ejemplo.

Se habían reído de esas palabras, pero Kaprow no había renunciado al volante, y eso que llevaban viajando desde medianoche; semejante hora de salida se había

establecido para proteger la caravana de las temperaturas diurnas y de la posibilidad de una vigilancia aérea, aunque todos sabían que para un satélite espía de tecnología avanzada la simple oscuridad no supondría el más mínimo obstáculo. De cualquier forma, una expedición paleoantropológica no podía considerarse un objetivo prioritario para las operaciones de espionaje de los enemigos marxistas de Zarakal.

El sol acababa de salir. Joshua observó cómo la hiena que había delante de ellos en la salina se daba la vuelta y echaba a correr, despavorida. Al parecer, la caza no había sido buena últimamente; la horrenda criatura no tenía más que pellejo, y sarnoso, además. Joshua apoyó la cabeza en la ventanilla y cerró los ojos.

Blair dijo:

—No estará pensándoselo mejor, ¿verdad, Joshua?

—Últimamente, parece que todo lo que pienso es peor.

—Aún está a tiempo de echarse atrás, claro.

Joshua abrió los ojos.

—Muy bien, echémonos atrás.

Blair deslizó su pipa entre los dientes, una pipa de espuma de mar como la que Hugo había perdido a manos del mono rhesus en el Rancho de Animales de Ritki. Kaprow le dirigió una larga mirada de reojo. Los dos científicos, con sus proyectos favoritos en la cuerda floja, estaban visiblemente alarmados.

—Era una broma —los consoló Joshua, al tiempo que le daba palmaditas a Blair en la rodilla—. No pretendía darles un susto de muerte. Estoy tan obsesionado como ustedes. La única diferencia es que yo no pedí esta obsesión.

—Yo tampoco —replicó Kaprow.

—Cuando le dije que podría retirarse, no era una mera formalidad, Joshua. Si quiere hacerlo, no hay problema.

—Está bien. De verdad. Tengo un caso agudo de acojonamiento antes del vuelo, eso es todo. —Como todo un modelo de inocencia, levantó las cejas—. Solo soy humano, ya saben.

—No le culparía si quiere...

—¿Dar marcha atrás, doctor Blair?

—Abandonar, eso es lo que iba a decir.

—Claro que no lo haría. —Joshua cerró los ojos de nuevo, a pesar de que tenía más hambre que sueño. En su imaginación, superpuso un segmento de Miracle Strip, Florida, sobre el desolado paisaje africano que pasaba junto a él por fuera de la ventanilla—. Lo que Zarakal necesita aquí, en mi opinión, es una buena Casa Internacional de las Tortitas.

—Vamos, Joshua. Hace un instante estaba aplaudiendo la ausencia de concesionarios de segunda mano.

—O un Burger King.

Blair se rio, agradecido.

—¿En un lugar en el que la mayoría de la gente, sin excluir a la policía local, se dedica a la caza furtiva de elefantes para sobrevivir?

—Un Burger King los serviría fritos, doctor Blair.

—Dios —dijo Kaprow—. A estas alturas de nuestra existencia...

El Gran Hombre murmuró algo acerca de la deliciosa banalidad del ingenio de Joshua y su conversación concluyó. La Máquina continuó zumbando por la autopista hasta que ésta se terminó; el Land Rover que iba en cabeza aminoró la velocidad para adentrarse en el páramo de espinos y sus ruedas se abrieron paso a lo largo del accidentado camino que conducía al Lago Kiboko como cuatro portadores de féretros sobre un suelo irregular. Acto seguido, Kaprow llevó a la Máquina por la espantosa senda, y el camión con el generador la siguió entre traqueteos y sonidos metálicos. La caravana se encontraba en el corazón de los quinientos kilómetros cuadrados del territorio oriental de la orilla del lago que —a instancias de Blair— el Presidente Tharaka había denominado «protectorado paleontológico».

Durante su entrenamiento en la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas, Joshua había escuchado historias contradictorias sobre la actitud generalizada de los zarakalíes con respecto al Protectorado del Lago Kiboko. La población de Marakoi y Bravanumbi consideraba la zona como un tesoro nacional, el lugar donde se había descubierto al *Homo zarakalensis*, y apoyaban el trabajo de Blair como un medio para lograr que su país se hiciera un hueco en el panorama internacional. No obstante, esas personas nunca habían estado en el protectorado, y, probablemente, tampoco tuvieran deseos de hacerlo. Dejarían que el Ministro de Interior excavara a sus anchas hasta que los camellos regresaran a casa desde Etiopía y se extinguieran los jejenes.

Las tribus seminómadas y los pastores que en otra época condujeran sus camellos y su ganado a través de la zona tenían otro punto de vista; sin embargo, no parecía que tuviera demasiada importancia dado que su estilo de vida los desligaba de la política de una nación que luchaba desesperadamente por modernizarse. La industrialización y la mejora de la agricultura eran preocupaciones mucho más acuciantes que los dudosos derechos de propiedad de los nómadas musulmanes o de los pastores sambusai que solían utilizar aquella tierra. Se suponía que solo aquéllos que conseguían el permiso específico de Blair podían adentrarse en el protectorado, y el Gran Hombre rara vez hacía concesiones a cualquiera de estos dos grupos.

Después de todo, allí los fósiles yacían al descubierto sobre la árida superficie, y se corría el peligro de que los guerreros sambusai o su estúpido ganado aplastaran la calavera de uno de los ancestros de Adán hasta convertirla en añicos. La importancia de la investigación paleoantropológica se escapaba por completo a la comprensión de esa gente. Como su intención era utilizar la tierra, y no limitarse a pasear por ella y a cribarla, mostraban un profundo resentimiento ante la decisión del Gobierno de

segregar quinientos veinte kilómetros cuadrados para las investigaciones de Blair. Sin embargo, el que dicha decisión fuera inapelable no apaciguó al Gran Hombre cuando vio que varios sambusai pastoreaban su ganado a través del protectorado con un arrogante desdén hacia la legislación que les prohibía el paso.

—¡Maldita sea! ¡Mirad allí! ¡Esos desgraciados nos bloquean el paso!

Tres pastores sambusai habían plantado su ganado a lo largo del camino sin asfaltar que llevaba al lago. El policía militar del Land Rover salió y comenzó a mover su pistola de un lado a otro. Ni el ganado ni sus dueños encontraron en su actuación un motivo que los indujera a moverse.

—Déjeme salir, Joshua. Su compatriota necesita mi ayuda.

Joshua abrió la puerta y salió al calor agobiante de la mañana; Blair lo siguió. Fuera de la Máquina, Joshua se sentía tan vulnerable como una tortuga que, imprudente, saliera de su caparazón. Blair avanzó hacia la confrontación.

Uno de los guerreros sambusai, desdeñando el enfado del policía militar, dio un repentino y enorme salto. Su lanza de hierro no perdió nunca la vertical, y cuando estaba en lo más alto del brinco, sacudió los hombros y esbozó una intrigante sonrisa. Tan pronto como tocó tierra, un segundo sambusai llevó a cabo el mismo tipo de salto. El ocre rojizo de su cabello trenzado se desprendió visiblemente cuando aterrizó, como un halo de polvo carmesí.

Al ver que Blair y Joshua se acercaban, el policía militar enfundó su pistola y regresó abochornado al Land Rover.

Su retirada pareció provocar el salto del último de los guerreros sambusai sobre el camino. Dado que este pastor estaba desnudo bajo su exigua y mal atada toga, su pene ejecutó una tardía recapitulación del salto. Joshua, intimidado por estos hombres tan impresionantes, retrocedió varios pasos. En comparación con ellos, no era más que un pigmeo o un crío. Pudo ver cómo los dos primeros guerreros lo señalaban y lo evaluaban, para luego colocarlo dentro de una categoría nada halagüeña reservada a los enanos, los intrusos, los cobardes o los locos.

Blair soltó una especie de gruñido para saludar a los sambusai. Ellos inclinaron la cabeza de forma apenas perceptible como respuesta, una vez que terminaron con sus ejercicios gimnásticos. Al parecer, les había sorprendido escuchar su propia lengua de labios de un hombre blanco barrigudo con un gran bigote y una morena y brillante calva. No obstante, parlamentaron de forma amistosa con Blair, señalaron con la cabeza más de una vez hacia Joshua y la Máquina y se quedaron donde estaban. El Gran Hombre regresó junto a Joshua enjugándose la frente con un pañuelo y frunciendo los labios con diversión.

—Son una panda bastante decente, creo. Por supuesto, no tienen ni idea sobre la Prehistoria Humana. Probablemente, haríamos bien en concederles un par de caprichos.

—¿Qué decían sobre mí?

—Bueno... nada. Nada más que lo que decían del resto de nosotros, quiero decir.

—¿Y qué era lo que decían?

—En broma, se han referido a nosotros como *iloridaa enjekat*. Suena encantador si uno no sabe lo que es.

—¿*Iloridaa* qué?

—*Enjekat*, Joshua. Significa ‘aquéllos que encierran sus pedos’. Tiene que ver con la clase de pantalones que llevamos.

—¿En broma?

—Bueno, eso me ha parecido. En el fondo, eran bastante agradables.

—¿Qué querían? ¿Les ordenó que se apartaran?

—No, les pedí que se apartaran, Joshua. Sin embargo, no van a irse sin una concesión o dos del hombre que hizo que esta tradicional tierra de pastoreo fuera proclamada Reserva Nacional.

—De modo que entonces lo han reconocido.

—Bueno, por supuesto que saben quién soy. Lo descubrieron con bastante rapidez. Les produce repelús haberse topado con el ilustre y pomposo Ministro del Interior, por así decirlo. Soy el tipejo que desaloja a personas vivas para extraer los huesos de los muertos.

—Pues sí que les daba repelús.

Kaprow se apeó de la Máquina. Permaneció con una mano en la puerta, a la espera de que Blair y Joshua se pusieran a su altura.

—¿Qué pasa? —preguntó—. Si Joshua va a irse mañana por la mañana, tenemos que ponernos en marcha.

Blair respondió:

—Doctor Kaprow, en África hay un montón de cosas que están permanentemente a la espera. Me temo que va a tener que...

—Tenemos un programa. Si no...

—Lo cumpliremos, doctor Kaprow, lo haremos. Debería haber ordenado que una unidad de policía de los puestos fronterizos patrullara la zona. Por desgracia, el protectorado es demasiado grande como para cercarlo.

—Por desgracia —remedó Joshua al Gran Hombre.

Se separó el tejido empapado de su camisa de las costillas y se secó la frente con la muñeca. Allí fuera, la pegajosidad era una enfermedad crónica.

—¿Qué es lo que quieren?

—Cada uno quiere una cosa a cambio, doctor Kaprow. Además, dos de ellos querían un favor especial.

—¿A cambio? ¿Y qué conseguiríamos nosotros?

—Que su ganado se aparte del camino, supongo.

—¿Y el favor especial?

—Primero atendamos a sus demandas específicas, ¿no les parece? El favor especial se va a llevar algo de nuestro tiempo.

—Que es precisamente lo que pretendía evitar, señor.

—Aun así —replicó Alistair Patrick Blair.

Las peticiones específicas de los guerreros eran simples, y también conmovedoras o codiciosas, en función de la relación que uno tuviera con el objeto solicitado. Joshua cedió un cinturón de cuero con una hebilla de latón con forma de Mickey Mouse. Kaprow, desconcertado, se desprendió de varias monedas norteamericanas; mientras que Blair hizo una espléndida y elocuente presentación de su pipa de espuma de mar. El policía militar del Land Rover, a pesar de argumentar que su sacrificio podría suponer una violación del código de vestimenta de las Fuerzas Aéreas, se despojó de su casco plateado y de su red de camuflaje.

Al darse cuenta de que el casco le quedaba a la perfección, el guerrero sambusai que lo había adquirido comenzó a cantar en voz baja y a dar pequeños saltos, con la beatífica expresión de la Mona Lisa reflejada en sus facciones. Los miembros de su tribu comenzaron a partirse de la risa, al ver que eran incapaces de hacerle recuperar la compostura con sus burlas y silbidos. Un rato después, tras controlar su hilaridad, se acercaron a Blair con otra petición.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kaprow con suspicacia.

—Tienen envidia del casco, pero no ven ningún otro para escoger. Se conformarían con viseras de cartón.

—Ah, bueno.

Joshua vio que un grupo de técnicos (norteamericanos) y algunos trabajadores de campo (zarakalíes) habían salido del remolque cubierto del camión que había tras ellos. Algunos llevaban viseras, que se quitaron de inmediato y le tendieron a Blair con el fin de que éste se las diera a los molestos pastores. Tan pronto como los sambusai se las hubieron puesto, comenzaron a dar saltos junto a su camarada del casco. El personal de apoyo del camión se acercó a mirar. Uno o dos de ellos se unieron a la danza y empezaron a pegar brincos con afable incompetencia. Semejante espectáculo le recordó a Joshua las borrosas imágenes de cinescopio del programa *American Bandstand*, en las que los adolescentes de Filadelfia habían sucumbido a una forma de arrebató rítmico llamado el «watusi». No era exactamente como esto, pero tampoco los sambusai eran los watusi.

Kaprow dijo:

—Todo lo que necesitamos ahora es un bol de ponche y algunos globos de helio.

Las viseras eran, según se dio cuenta Joshua, rojas y blancas. Y tenían el logotipo de una marca de refrescos norteamericana.

—Por todos los cielos, doctor Kaprow —dijo Blair—. Es usted demasiado joven

para ser tan cascarrabias.

—¿Y qué hay del favor especial que quieren? Tenemos que concedérselo, si es posible, y salir hacia el campamento.

—Quieren mirar dentro de la Máquina.

—¿¡Qué!? ¿¡Mirar dentro de la Máquina!?

—Nunca antes habían visto un automóvil tan grande, y ha despertado su curiosidad.

Kaprow se puso rojo como un tomate.

—No pueden hacerlo. Es imposible. Usted sabe que es imposible.

—¿Cuánto interés tiene en que saquen su ganado del camino? —Blair apoyó una mano en el hombro del físico—. No creerá que van a robarle el premio Nobel por curiosear un poco, ¿verdad? Yo ni siquiera he conseguido encontrarle pies ni cabeza a todo ese revoltijo.

—No es su especialidad, doctor Blair.

—Ah, ya entiendo. ¿Y cree que estos pastores sambusai son licenciados secretos *magna cum laude* del Instituto de Tecnología de Massachussets?

—No, claro que no. Es solo que el Esfinge Blanca...

—Yo les mostraré el interior —intervino Joshua—. Un guía que no habla su lengua no puede decir mucho, ¿no le parece?

Kaprow accedió porque no le quedó otro remedio. Blair interrumpió educadamente la danza de los sambusai y, momentos después, Joshua condujo a dos de los guerreros hacia la Máquina, donde se introdujo en la zona de mandos que había detrás de la cabina. En un espacio tan reducido, los sambusai se alzaban sobre él como dos jugadores profesionales de baloncesto. Sus cuerpos emitían una combinación única de olores: estiércol y piel de vaca, ocre y sebo, polvo y sudor. A Joshua le sorprendió que parecieran más nerviosos que él.

—Por aquí, caballeros.

Joshua hizo girar una llave y el panel de una puerta se deslizó de nuevo dentro de los quince centímetros aislados de mampara interior. Los sambusai estaban encantados. Sonreían, intercambiaban comentarios incomprensibles y se paseaban por la extraña zona de carga de la Máquina. Un raíl metálico bordeaba una pasarela rectangular a lo largo de toda la parte interior del vehículo. Enfrente de los tres hombres, había una pequeña cabina de cristal ahumado con forma de campana y, junto a la cabina, se veía a un policía militar con una semiautomática.

—No pasa nada, Rick, tenemos el permiso del doctor Kaprow.

—No piensan utilizar esas lanzas, ¿verdad?

—No que yo sepa. Echaremos un vistazo rápido y te dejaremos tranquilo.

—¿De qué va esto?

—Choque cultural. Ya te contaré después.

El policía militar —Rick, un chico de granja rubio oriundo de Iowa— bajó el arma pero mantuvo la postura alerta, con los pies separados, de un guardia. Por lo que Joshua sabía, el soldado tenía apenas una ligera idea del propósito de la misteriosa maquinaria que había dentro del vehículo del doctor Kaprow; creía que era una especie de equipo móvil de recopilación de datos estratégicos que ayudaría al afianzamiento de la posición militar de Zarakal en el Cuerno. No obstante, no tenía muy clara la razón por la que el doctor Kaprow había llevado la Máquina al interior, hacia el Lago Kiboko. No era más que un soldado que mantenía la boca cerrada y que se limitaba a cumplir órdenes.

Sin embargo, había ocasiones en las que se hacía preguntas. Varios meses atrás, en los barracones de Russell-Tharaka, Rick le había comentado a Joshua que no imaginaba por qué nadie iba a querer combatir en una guerra por semejante territorio dejado de la mano de Dios. Si se salía de Marakoi y de los sectores lujosos de Bravanumbi (Rick había encontrado dos barrios ricos), Zarakal era el típico desierto infernal. Sus mundialmente famosos animales de caza mayor estaban siendo cazados hasta el borde de la extinción o morían de forma natural; y en otros cien años, el Sahara se habría extendido tan al Sur que la mitad de África estaría enterrada bajo dunas de arena. Para entonces, según Rick, Zarakal sería una especie de Atlántida de silicato básico, hundida si no olvidada, y la inversión inicial del Tío Sam se perdería para siempre.

Joshua les hizo un gesto a los pastores sambusai para que miraran hacia la izquierda. Intentó visualizar el aparato suspendido en mitad de la Máquina a través de sus ojos. No le resultó muy complicado, ya que él mismo no comprendía del todo la ubicación de varias partes ni los fundamentos de su diseño. Era difícil que los sambusai estuvieran más desconcertados que él. Ni siquiera el acto de introducirse en los componentes del equipo —como el único elemento vivo del conjunto— le habían revelado los misterios que alimentaban su extraña configuración funcional. Puede que sus sueños lo hubieran conducido hasta aquel lugar —hasta esa pretenciosa dinamo salida de la enfebrecida invención de Woody Kaprow—, pero sus sueños aún no lo habían capacitado para comprender la tecnología. Él, Joshua Kampa, no solo era un engranaje más de esa tecnología, sino también su componente máspreciado.

¿Cómo se le explicaban esas nociones a una pareja de pastores con lanzas que habían señalado con tanto acierto que las ropas occidentales encerraban los pedos? Exacto, ¿cómo?

—Una adaptación de H. G. Wells —dijo Joshua—. Es una máquina del tiempo. El único problema es que para poder usarla hay que ser yo.

En este momento, casi toda la maquinaria que había en la zona de carga del vehículo quedaba a la altura de los ojos o por encima. Una pareja de pesados rotores metálicos montados sobre cajas móviles en paredes opuestas se encontraban en mitad

del habitáculo; sus aspas entrecruzadas encerraban casi en su totalidad una plataforma suspendida del techo por un par de tubos extensibles de aluminio. Cuando estaba en funcionamiento, la plataforma se alzaba y se introducía en el interior de los campos toroidales de los rotores, que se moverían a su vez en perfecta sincronía con la plataforma.

—Kaprow llama a estos rotores «Batidor de Huevos», al menos cuando habla conmigo. A la plataforma la llama «El Columpio», aunque ni siquiera se mece. Solo se mueve arriba y abajo. También la llama «Plataforma Retrotemporal», y eso sí que describe bien su función.

Uno de los sambusai le puso una mano en el hombro a Joshua, aunque éste no habría sabido decir si era para acallarlo o para ofrecerle el consuelo de un camarada. Después, el guerrero dejó caer la mano y murmuró algo a su compañero. Se habían cansado de la visita. Estaba claro que el Batidor de Huevos, la Plataforma Retrotemporal y toda la parafernalia auxiliar —bobinas, tubos, aislantes, motores y demás— resultaban complejos, pero podías abarcarlos con la vista con un par de pasadas. Ante la ausencia de explicaciones comprensibles, la maquinaria no contenía magia alguna para los turistas sambusai.

¿Qué habían esperado? ¿Un bar de copas con Coca Cola, 7-Up y agua con gas? ¿Una galería de cuadros con los personajes de Walt Disney? ¿Una exhibición de armas modernas?

¿Y quién podría saberlo?

—Me temo que esto es todo —dijo Joshua—. Siento no poder ofrecerles una demostración.

Le hizo un gesto de despedida a Rick con la cabeza y les señaló la salida a los pastores. Salieron sonrientes, satisfechos consigo mismos por haber explorado la Máquina, a pesar de que no los hubiera emocionado. Joshua se dio cuenta de que, antes de regresar junto a su camarada del casco plateado, se detuvieron para hablar con Blair, que estaba sentado en el estribo del vehículo, a la sombra que daba la puerta abierta de Kaprow. Poco después, los tres guerreros, juntos de nuevo, hacían salir su ganado del camino y llevaban a los animales fuera del Protectorado del Lago Kiboko hacia el Sudoeste.

—Por fin —dijo Kaprow al tiempo que arrancaba el autobús.

Más tarde, en la cabina, Joshua le preguntó a Blair lo que los pastores le habían dicho antes de permitir que la caravana continuara.

—Querían saber cuál era la función de la maquinaria.

—¿Y qué les dijo? —preguntó Kaprow.

—Que era una forma muy cara de contactar con nuestros ancestros.

—¿Y? —se preguntó Joshua en voz alta.

—Me temo que se rieron. Los escuchó, ¿no? La idea les parece ridícula porque ellos contactan con sus ancestros a través de encantamientos rituales y sueños. El hecho de que necesitemos la ayuda de tanto metal, cristal y plástico, bueno, para ellos es una indicación de que debemos de ser terriblemente retrasados.

—Nada de «nosotros», señor. Ustedes. Todo lo que siempre he necesitado está en mis sueños, y ésa es la razón de que esté aquí.

—Tiene razón —asintió Kaprow.

—Por supuesto —replicó Blair—. Por supuesto.

Sorprendido por su propio y amargo mal humor, Joshua contempló cómo se desvanecía una cordillera a la izquierda y el lago aparecía delante de la caravana como una enorme gota de mercurio. La pared occidental del Valle del Gran Rift parecía estar muy, muy lejos, como una árida almena lunar.

Almena lunar...

Esa imagen le recordó a Joshua el día, casi dieciocho meses atrás, en que Blair lo había escoltado por primera vez a una reunión con el Presidente Tharaka. La mañana había comenzado con el paleoantropólogo y su desorientado protegido estadounidense parpadeando ante la furiosa luz que abrasaba el paseo que había fuera del edificio de bloques grises de hormigón en el que Joshua había estado viviendo desde su llegada a Zarakal, cinco semanas antes. El calor no era como el de la Costa del Golfo, y no sabía si alguna vez llegaría a acostumbrarse a él. Aunque el color de su piel era como la de los nativos, aquel accidente de nacimiento no parecía serle de mucha utilidad. Tal vez más adelante, cuando se hubiera aclimatado.

—Bien. Aquí llegan los *WaBenzi* —había dicho Blair.

—¿Los *WaBenzi*? ¿Qué son los *WaBenzi*?

—Mis colegas en el ministerio, Joshua. Burócratas locales de segundo grado. Chacales lo bastante bien situados como para exigir un poco de elegancia.

—¿Elegancia, señor? ¿A qué se refiere?

Juntando casi de manera imperceptible el pulgar y el índice, Alistair Patrick Blair señaló el desfile de automóviles que atravesaban la puerta principal de la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas. Más allá de la entrada, los desnudos candelabros de sisal se alineaban a un lado de la franja de asfalto derretido que iba hasta Marakoi, mientras que al otro lado, la salina se extendía hasta el dudoso rumor del océano Índico. Joshua se dio cuenta de que todos los vehículos de la caravana eran Mercedes Benz.

—¿Elegancia significa soborno?

Blair corroboró esta deducción con un gruñido.

—¿El Presidente Tharaka aceptaría sobornos?

—Solo a gran escala. ¿Cómo crees si no que los Estados Unidos consiguieron asentar sus bases aquí?

—Usted tampoco es inmune a un poco de elegancia, ¿verdad?

El Gran Hombre levantó la cabeza con resentimiento y clavó agujas de vudú en el cuerpo de Joshua con los ojos.

—Me refería a los sinvergüenzas de los automóviles, Kampa. El Comisionado Provincial, el Oficial del Distrito, el Ministro de Ciencias y otros picapleitos pretenciosos que han venido desde Marakoi para pasar el día.

—Parece un miembro del Klan enjaulado.

—¡Pamplinas, Joshua! Los *WaBenzi* son un azote constante sobre las espaldas de nuestros ciudadanos. Aborrezco su corrupción, por mucho que venga envuelta en la blancura anglosajona. Ya puede borrar esa sonrisa socarrona de adolescente. No es más que un indicativo de su ignorancia.

—¿Mi ignorancia? ¿Sobre qué?

—Sobre África. Soy un hombre blanco, sin duda, pero llevo este país en la sangre y ésta es mi gente. Usted es negro, pero sigue siendo un diletante en lo que a la cultura se refiere y un extranjero cuando se trata de comprender lo que ve.

Joshua respondió:

—Eso debería ponerme en mi lugar.

Blair expresó su desprecio por el comentario con un resoplido digno de un jabalí africano de río. Mientras tanto, la comitiva del presidente —ocho automóviles y un par de escoltas con uniformes caqui en motos— pasaba por detrás de una fila de blancos edificios administrativos y giraba hacia la carretera de acceso que llevaba a los campos de prueba en las llanuras salinas. Dos policías militares norteamericanos de la base en motocicletas y un vehículo oficial azul marino, que pertenecía al comandante de la base, se habían unido a la procesión en la entrada principal; cerraban la comitiva en señal de respeto, y guardaban cierta distancia con los *WaBenzi*. Era una recepción informal para el líder del país anfitrión de la base; pero Mzee Tharaka, el mítico defensor de la libertad zarakalí, se debatía entre la pompa y la austeridad en cuestiones de autoridad; y nunca se podía saber con seguridad qué circunstancias desencadenarían una u otra respuesta. Aquel día, al parecer, era una mezcla: un desfile en coche pero sin fanfarrias.

—Vamos —dijo Blair—. El presidente desea conocerlo.

—Sí, señor. Lo sé.

Joshua siguió al Gran Hombre hasta un Land Rover aparcado en el extremo del paseo y se subió al asiento del acompañante con cierta vergüenza. Blair estaba enfadado con él. Había ofendido a su mentor con esa estupidez acerca del Klan, para después añadir más leña al fuego con sus pullas. Menuda comedia barata. Muy bien, aquello era África, desde luego, pero él seguía muy lejos de casa. El Land Rover aceleró para alcanzar a Mzee Tharaka y su séquito de serviciales *WaBenzi*. El Gran Hombre manejaba la palanca de cambios como si fuera una máquina expendedora

rota.

—Al menos, la juventud sirve para excusar mi conducta grosera.

Blair miró de reojo a Joshua.

—Ja —dijo, divertido a pesar de todo—. Ha llegado antes de lo que esperaba. Deberíamos haber estado aquí, esperándolo. Los retrasos lo hacen enfadar.

—Vaya.

—¿Sabe por qué Mzee Tharaka valora su presencia aquí?

—No, señor. En realidad no.

—Usted forma parte de su programa de modernización. Visitará los reinos del ayer para mayor gloria del Zarakal del mañana. La integración de la tecnología con el plano espiritual es una de sus pasiones, aunque a veces no sepa muy bien cómo alcanzar ese objetivo.

El Land Rover se lanzó a toda velocidad por la carretera de acceso hasta quedar a dos o tres coches de distancia del vehículo del comandante de la base. Uno de los policías militares se giró en su moto para comprobar quiénes eran, luego saludó y les indicó por gestos que continuaran.

Diez minutos más tarde, la procesión aminoró la marcha. Por delante de ellos, Joshua vio una barricada construida con un trozo de cadena y un puesto de guardia con forma de caja. En aquel puesto, había un joven soldado africano con un uniforme de color rosa y un casco que parecía un enorme tapacubos plateado. Mantuvo el extraño saludo, con la palma de la mano hacia fuera, hasta que el Land Rover traspuso la puerta, sobre la que colgaba un cartel grande en el que había escrito con letras de un rojo incandescente:

Solo personal autorizado: por orden de la AZPPA.

—¿AZPPA? —preguntó Joshua.

—El acrónimo de Administración Zarakalí para la Paz y la Prosperidad mediante la Astronáutica.

—¿Astronáutica?

—Sin duda, eso no desconcertará a su aburguesado cerebro, Joshua. Después de todo, usted mismo es un crononauta zarakalí.

—Sí, pero...

—«Astro», «crono», ¿qué importa el prefijo? El Presidente Tharaka visita a todos sus nautas hoy. Por eso ha sido convocado.

—Sí, señor. Pero yo soy un caso aparte, ¿no? Resulta un poco difícil de creer que Zarakal también tiene un programa espacial.

—Mzee Tharaka siempre consigue lo que quiere.

Un estrado de madera con un techado rectangular que se asemejaba a una tribuna

de prensa apareció a medio camino entre la neblina, una nota de verde claro contra el sucio beige del desierto. Un par de aspersores giratorios regaban la angosta parodia de césped que había enfrente de estas gradas, y seis espinosas palmeras metidas en macetas delineaban el sendero que dividía el estrado. No era un lugar especialmente propicio para un estadio de fútbol o de rugby. Como si estuviera del revés, el estrado no dominaba un campo de juego bien cuidado, sino una yerma depresión, o un corte, en el paisaje.

Las limusinas metalizadas de los *WaBenzi* se aparcaron según su estatus ministerial entre unos espacios marcados de forma rústica al borde del barranco, pero un soldado africano armado con uniforme rosa desvió el Land Rover hacia una zona de aparcamiento sin asfaltar y le dijo a Blair que ni él ni Joshua podrían salir del vehículo hasta que el presidente hubiera ocupado su lugar en la cabaña en lo más alto de las gradas. El maltratado Land Rover no tenía la categoría de vehículo oficial, y ni siquiera Blair estaba considerado un *WaBenzi* de confianza.

—Por mí no hay problema —dijo el Gran Hombre—. Me encanta que no sepa que llegamos tarde.

—Muy bien, señor.

Al final, con un golpe de talón y tras abrir la puerta de Blair, el soldado anunció que el presidente los recibiría; de modo que Blair y Joshua comenzaron a andar por el aparcamiento hasta las gradas. Todo lo que se podía ver entre las dos mitades del estrado era una vasta y resquebrajada llanura. Y, enfrente de la llanura, un enorme cráter alcalino. Aquel paisaje encerraba una magnífica belleza sepulcral.

A principios de la década, varios millones de personas —refugiados de los conflictos étnicos en Etiopía, pastores nómadas que huían de la sequía y las guerras tribales— habían errado por aquella región para morir de inanición y enfermedades. Parte de lo que ahora era la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas fue en otro tiempo un campo de refugiados, el centro de un esfuerzo internacional para paliar la situación, dirigido conjuntamente por el gobierno zarakalí y el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. Las escaramuzas con las tropas paramilitares somalíes a lo largo de una disputada frontera y las batallas con destacamentos del ejército etíope en las planicies de Djilbabo habían cortado de forma temporal el flujo de desplazados hacia el Sur; una ventaja a medias, si es que se podía considerar como tal. Mientras tanto, los sobornos en Marakoi habían desbaratado el plan de ayuda al desviar la comida y los suministros médicos hacia los soldados zarakalíes de las zonas fronterizas. Los *WaBenzi* habían tenido un papel decisivo en este fiasco, pero, magnífico en su cólera, Mutesa David Christian Ghazali Tharaka había eliminado del sistema a los criminales más prominentes. Ahora, disponía de una nueva hornada de *WaBenzi*, y los muertos... bueno, los muertos, muertos estaban. Los buitres y las hienas habían eliminado prácticamente cualquier rastro que quedara de ellos. Para

haber sufrido en poco tiempo el paso, desordenado y cansado, de una multitud desventurada, la tierra apenas mostraba diferencias, si es que había alguna.

Una señal en la barandilla metálica que evitaba que un visitante resbalara y cayera por el barranco que había bajo las gradas llamó la atención de Joshua:

Rampa de Simulación de Ingravidez - AZPPA.

—Arriba —dijo Blair—. Solo comprenderá el significado de la señal cuando presencie el uso que le damos a la rampa.

Subieron un conjunto de escaleras metálicas zigzagueantes hasta la cabina que había a casi veinte metros de altura. La ascensión se le antojó familiar a Joshua, un sueño borroso que se repetía. Blair, que resollaba por el calor, se secó el sudor de la frente y saludó lacónicamente a tres funcionarios negros —todos *WaBenzi*— que estaban sentados bajo una enorme sombrilla de vinilo en el centro del estrado. Era evidente que el presidente no les había dado permiso para que se sentaran con él en la parte superior.

En la cabina enmoquetada y con aire acondicionado, Mzee Tharaka recibió a Blair y a Joshua como si hubiera orquestado toda aquella excursión pensando en su presencia y su participación. De pie frente a una luna rectangular de cristal ligeramente ahumado, Joshua se encontró con la mano derecha aprisionada entre las fuertes y regordetas manos del presidente, como si se tratara de un cáliz con un potente y exótico brebaje del que el anciano estuviera a punto de dar un sorbo.

—Bienvenido, señor Kampa. Bienvenido.

La voz era ronca; el inglés, impecable; pero lo que más desconcertó a Joshua del viejo defensor de la libertad fue su atuendo. Era un hombre de constitución media, sin otro rasgo atractivo que sus ojos, penetrantes y enrojecidos por la melancolía. Aquel día, Mzee Tharaka había sustituido el traje sastre occidental de sus partidarios en pro de una toga sambusai, un collar de dientes de mono y un manto de seda roja con un dibujo que alternaba flores de lis y (entre todos los estampados posibles) piñas doradas; además, también lucía varias pulseras de plata para los tobillos, de las que colgaban diminutas figuritas de la fauna salvaje en vías de extinción del país; era una pieza de adorno que le recordó a Joshua la pulsera de graduación grabada con su nombre a la que su hermana, Anna Monegal, añadiera algunos amuletos: un perrito, un corazón roto, un par de botas de montar, un balón de fútbol y muchas más cosas.

El presidente no llevaba nada en los pies, pero sí en la cabeza. Sobre su esponjoso cabello cano, portaba una corona de fieltro a la que se le había añadido la calavera esmaltada del homínido que Blair descubriera en el Lago Kiboko a principio de los 70. Joshua solo pudo echarle un buen vistazo a la calavera, que miraba al techo o al cielo por norma general, cuando el presidente le hizo la reverencia tradicional al

paleontólogo y le estrechó las manos con afecto. Joshua sabía que la calavera era auténtica, no un molde de escayola ni una imitación genial. Blair se la había cedido al presidente, bajo estrictas y probablemente nada juiciosas protestas, solo después de que el personal del Museo Nacional hubiera encargado a un antropólogo físico norteamericano una copia en yeso y se hubiera catalogado para la posteridad cualquier característica conocida de tan valioso fósil.

Este episodio de la historia reciente de Zarakal había suscitado el interés y los comentarios a lo largo y ancho de todo el mundo. *The Times* de Londres había publicado un artículo en el que se predecía la expulsión de Blair del gobierno nativo y una posible acusación formal por ir en contra de los mejores intereses del país. Sin embargo, el escándalo se olvidó en un par de semanas: el presidente aplacó a Blair al prometerle que la corona con el homínido volvería al Museo Nacional cuando muriera; y Blair apaciguó a Mzee Tharaka al mostrarse de acuerdo en no hacer ningún comentario en público acerca de este asunto y al reafirmar su voto de lealtad hacia el anciano en una sesión abierta de la Asamblea Nacional. El paleontólogo había cumplido su promesa. Nadie sabía lo que Mzee Tharaka haría llegado el momento; bien podría decidir que lo enterraran con la corona. Mientras tanto, no obstante, era reconocido universalmente como el único Jefe de Estado que proclamaba cada cierto tiempo su soberanía al lucir una calavera de un ancestro humano de cerca de tres millones de años de antigüedad.

—Siéntense —dijo el presidente, e indicó las sillas de oficina acolchadas que había enfrente de la ventana—. Siéntense, siéntense. El señor Kampa es nuestro invitado. Debe saber que Zarakal va en busca de su futuro con tanta determinación como cualquier otra gran nación.

—Tiene un interés especial en el pasado —intervino Blair.

—Pero no en su propio provecho, seguro. Muy pocas personas están interesadas en el pasado para su propio provecho. Lo que hemos sido, caballeros, determina lo que somos ahora. Es más, también implica hacia dónde iremos. —El presidente le dio una palmadita en la mano a Joshua—. Zarakal es la cuna de la Humanidad, joven, y será un factor muy a tener en cuenta a la hora de decidir el destino postrero de nuestras especies. —Señaló el increíble azul del cielo y la escabrosa apertura del barranco—. Aquí puede contemplar los primitivos, aunque desafortunados, comienzos del Proyecto Umuntu, la diáspora de nuestra inteligencia evolutiva hacia las estrellas.

Joshua observó la Rampa de Simulación de Ingravidez a través de la ventana. Tres de los astronautas en prácticas zarakalíes permanecían al otro lado del puente, rindiéndole pleitesía a su Comandante en Jefe con el rígido saludo con la palma de la mano hacia afuera, reliquia de los días del colonialismo británico. Aquellos aprendices se veían empequeñecidos por la distancia, pero sus uniformes blancos y

sus apretados cascos le recordaron a Joshua a los trabajadores de un hospital con gorros de baño de plástico. Cada hombre se mantenía en pie gracias a un alto y recto tonel; y cada tonel estaba en equilibrio al borde de la rampa gracias a unos alambres conectados a unos cables dispuestos a lo ancho del barranco como un inacabado puente colgante. Rojos, amarillos y azules, los barriles parecían fabricados con un plástico duro y resistente. Tenían agujeros para la ventilación, y, en aquel momento, las escotillas estaban levantadas como las tapas de un inodoro.

Mzee Tharaka desplazó la mirada del contador hasta un oficial inclinado sobre un micrófono y dijo:

—Es hora de empezar.

—Preparados para el descenso —dijo el hombre del micrófono—. Un minuto y contando.

La voz amplificada del oficial resonó a través del desolado paisaje desértico como si fuera la voz de Dios. Los astronautas se metieron en sus cápsulas y cerraron las escotillas.

Mzee Tharaka dijo:

—Es ridículo que, de todos los países que hay en el mundo, solo los Estados Unidos de América y las Repúblicas Socialistas de la Unión Soviética, y tal vez la República Popular de China, intenten conquistar la barrera del espacio.

—¿No es igual de ridículo que un país con recursos y personal insuficientes haga siquiera el intento? —preguntó Joshua—. Zarakal tiene asuntos más importantes de los que ocuparse, ¿no es así?

El presidente le dirigió una breve mirada pétrea, pero más con diversión que enfado.

—No se necesita ser un gigante para tener grandes sueños, señor Kampa. Como usted bien sabe.

—Sí, Mzee. —Qué astuto y viejo cabrón.

—Solo por esa razón, y debido a que África es un coloso que comienza a moverse con un renovado sentido de su propia fuerza pese a que Zarakal no sea un gigante, soy el campeón de los astronautas africanos, señor Kampa. Fui yo quien, dicho sea de paso, convencí en primer lugar al Presidente Kaunda de Zambia de que deberíamos llevar a un africano a la Luna sin la ayuda de las llamadas superpotencias. El joven programa espacial de Zambia cedió ante el peso de una economía estancada, pero nuestro programa está levantando el vuelo.

—Reemplazamos hace poco nuestros obsoletos barriles de cerveza por «cilindros de descenso» diseñados por expertos —dijo Blair con sequedad.

—Cierto, muy cierto. —El presidente se echó a reír, para nada ofendido—. Pero ahora recibimos ayuda norteamericana directa... No para tecnologías espaciales, se lo aseguro, sino para los programas económicos y militares que nos permitirán

desarrollar dichas tecnologías. La posibilidad del trueque de café, sisal y petróleo refinado por tecnología informática y oportunidades de formación es un gran paso hacia delante.

—Treinta segundos y contando.

—Eso es ayuda de una superpotencia, ¿no? —señaló Joshua—. Creo que antes se mostró algo quisquilloso sobre ese punto.

—Bueno, desde luego, intentamos aprovecharnos de lo que otros han aprendido a base de pruebas y errores. Sería estúpido insistir en que debemos ignorar las tecnologías ya existentes, cegarnos y crear un programa espacial puramente zarakalí en el desierto de nuestra pureza nacional. Y no somos nada estúpidos, señor Kampa.

Para cambiar de tema, Joshua preguntó:

—¿Están acolchados esos barriles?

—Sin duda alguna. Gomaespuma norteamericana de la mejor calidad.

Los alambres que conectaban los barriles con los cables del puente colgante comenzaron a aflojarse. Los propios barriles empezaron a mecerse de un lado a otro a medida que los pilotos se preparaban para el lanzamiento. A través de los agujeros más grandes de las cápsulas, Joshua podía ver los inmaculados uniformes blancos de los hombres, como pedacitos de papel en una lata de galletas agujereada.

—Diez, nueve, ocho, siete... —el locutor comenzó la cuenta atrás.

—Preste atención, señor Kampa. La primera prueba suele ser la más divertida, tanto para el observador como para el alumno.

—... tres, dos, uno: ¡descenso!

Los alambres de las cápsulas quedaron libres y los astronautas zarakalíes rodaron en sus barriles por la Rampa de Simulación de Ingravidez a un ritmo vertiginoso. Los barriles rebotaron como pelotas sobre algunas superficies, se deslizaron como rodillos sobre otras e hicieron alguna que otra carambola como bolas de billar. En cuestión de segundos, todo había terminado. Se abrieron dos de las escotillas de los barriles y sus pilotos salieron dando tumbos al fondo del barranco. Sin embargo, el hombre del tercer barril necesitó ayuda, y fue sacado con sumo cuidado y trasladado a la sombra por sus compañeros.

—Hombres valientes —dijo Mzee Tharaka—. Hombres muy valientes.

—Mucho más valientes que yo, señor Presidente. —Joshua era de su misma opinión. Lo único que tenía que hacer en la Plataforma Retrotemporal de Woody Kaprow era cerrar los ojos y soñar. El equipo de desplazamiento temporal y su propia conciencia onírica harían el resto. Era tan fácil como caerse por unas escaleras.

—No necesariamente, señor Kampa, pero tal vez le interese saber que muchos de nuestros astronautas en prácticas deben sobreponerse a una importante resistencia psicológica antes de tomar parte en estos experimentos. La lealtad y las costumbres tribales a veces militan en contra de su voluntad de probar nuestros vehículos de la

Rampa.

—No lo comprendo.

—Estos aprendices son miembros de la tribu Kikembu. En su sociedad, señor Kampa, uno de los castigos reservados para los hechiceros (personas malvadas que provocan enfermedades o mala suerte a sus vecinos) se parece bastante a un ejercicio en la Rampa de Simulación de Ingravidez.

Joshua esperó, ya que sabía que el presidente detallaría las similitudes tanto si hablaba como si no.

—Verá, cuando se detiene al hechicero, por lo general mediante un grupo de hombres que lo han perseguido, se busca una enorme colmena, se mete al hechicero vivo en ella, se sella la colmena y se la echa a rodar cuesta abajo. Al final, señor Kampa, el hechicero acaba invariablemente pasando a mejor vida. Uno de nuestros primeros alumnos, cosa curiosa, murió de miedo durante su viaje de iniciación en la Rampa. Debía de haber asumido que su selección para nuestro programa se trataba de una acusación formal de hechicería. Claro que bien podría haber sido culpable de envenenar a alguien o de practicar la brujería. Como resultado, la culpabilidad, en combinación con el trauma de la simulación de ingravidez, fue un castigo por sus crímenes. Nuestros aprendices no solo son valientes, sino también virtuosos.

—Ya me doy cuenta —contestó Joshua.

—¿Y qué hay de usted, señor Kampa? Su modestia le resta importancia a su propia valentía, que debe de ser considerable... ¿pero es también virtuoso?

—¿Virtuoso?

Todas las personas de la cabina, incluido Alistair Patrick Blair, lo miraban. ¿Era virtuoso?

—Discúlpeme, Mzee. No sé muy bien qué responder. Voté a los demócratas en las dos últimas elecciones presidenciales.

Mutesa David Christian Ghazali Tharaka le dio unas palmaditas a Joshua en la mano; aunque no estaba claro si como elogio o para consolarlo. Contemplaron el descenso de cuatro barriles más antes de que el presidente se cansara del espectáculo y regresara con su séquito a Marakoi.

—Le ha causado usted una buena impresión —le dijo Blair a Joshua en el camino de vuelta a los barracones.

—¿Cómo?

—Tal vez al conservar su sangre fría cuando vio el atuendo ceremonial que llevaba. Además, siempre ha tenido debilidad por los norteamericanos.

Sí, sangre fría. Eso era lo único que necesitaba en ese momento, ya que el autobús de Kaprow vadeaba la orilla del lago (la almena lunar de la pared occidental del Rift parecía un espejismo a su izquierda) y al día siguiente por la mañana tendría que

convertirse por fin en un crononauta. A Joshua se le hizo un nudo en el estómago mientras la desordenada proyección de diapositivas de su pasado se sucedía en su mente con cada salto de las enormes ruedas de la Máquina. Aquella era su misión. Por fin la había encontrado, o ella lo había encontrado a él; toda su vida había estado encaminada hacia aquel lugar y aquel momento. Un momento que incluía una infinidad de momentos. Una infinidad de posibilidades.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kaprow mientras forcejeaba con el volante—. Ha estado muy callado.

—Se está adelantando al mañana —intervino Blair.

—Más que eso —confesó Joshua—. Mucho más que eso.

Un regalo desde las cenizas

La tormenta se desató sobre Shangri-la y pronto envolvió la montaña con su sudario. Me arrodillé junto a mi esposa y mi hija en la choza de Ginebra, bajo el azote de la desagradable lluvia, e intenté contener mis emociones. Las noticias acerca del nacimiento se habían extendido por todo el campamento, incluso entre los que dormían, y mientras yo observaba cómo mi Elena luchaba en vano contra las subrepticias maquinaciones de la muerte, todo los mñidos del grupo pasaron junto a su lugar de descanso —su féretro improvisado— para contemplar al bebé. No pude precisar el momento de su muerte, ya que se fue sin proferir un murmullo ni un quejido, víctima de desgarros y hemorragias internas, tras consumir sus últimas reservas de energía con el fin de lanzar a nuestra hija al matadero impersonal que era el mundo; y la lluvia, tan purificadora como astringente, me había distanciado de la cruda intensidad de su sufrimiento.

—¡Está muerta! —les grité a Alfie, Ginebra y los demás—. ¡Joder, creo que está muerta!

No miré para comprobar su reacción. Centré mi atención en el retoño salido del vientre de Elena. A pesar de la pálida piel de nuestra hija y de la avidez con la que mamaba del pecho de su madre, comencé a sentir un poderoso apego por ella, un deseo de reconfortarla y protegerla. La cogí en brazos y la resguardé del azote de la lluvia.

La tormenta pasó de largo, de camino hacia el mar. El amanecer llegó, brillante y gélido. Varios mñidos le dieron la bienvenida con una canción.

Sin embargo, yo no podía comprender la insistencia del trueno en una mañana tan perfecta. Los habilinos fueron más rápidos que yo a la hora de deducir la respuesta, para identificar el origen del ruido, y el creciente pánico que los envolvía hizo que, al final, mi cerebro comprendiera lo que sucedía.

El trueno no estaba sobre nuestras cabezas, sino bajo nuestros pies.

Como una olla llena de tapioca cuajada, el Monte Tharaka hervía por dentro, y su pegajoso contenido amenazaba con estallar, subir y desbordarse. La tormenta, sumada a la confusión creada por el nacimiento de la Larva, nos había ocultado los premonitorios rugidos de la montaña... pero, en aquel momento, podíamos oírlos y sentirlos con total claridad. Cuanto más se elevaba el sol, más pronunciadas y enérgicas eran las advertencias.

Empezamos los preparativos para abandonar Shangri-la, entre los cuales se encontraba la fabricación de un trineo para colocar el cuerpo de mi esposa. Trataba de

atar los palos del almacén a toda prisa cuando el pico más alto del Monte Tharaka voló por los aires de la misma forma en que estallaría un diente gigante tras sufrir un martillazo.

Me tiré al suelo. La vegetación no me permitía ver la cima, pero por encima del borde del follaje se alzaba una columna de humo y ceniza hacia el cielo; una columna que se retorció en el aire y se dejaba llevar por el viento como una lluvia radiactiva salida de la polvera de la Muerte.

Otra explosión sacudió la montaña.

Más allá de nuestro campamento, Alfie y Malcolm gritaban como locos. Desde donde me encontraba, a pocos pasos de Elena y la Larva, podía oír con bastante claridad cómo otros habilinos se llamaban los unos a los otros por toda la falda de la montaña. Me puse de costado y vi que Ginebra salía a toda prisa de su refugio y bajaba por un sendero hacia los hombres.

Emilia, Fred y Nicole fueron los siguientes en pasar por mi lado; Nicole llevaba a A.P.B., cuyos ojos estaban fijos, más allá del hombro de su madre, en el milagroso bonete de cenizas que cubría la cima truncada del Monte Tharaka. La tierra se sacudía y crujía mientras escapaban, así que pensé que solo tenía dos posibilidades: o moría con Elena o me despedía de ella y quizás salvara así mi vida. Y la de la Larva.

Aparté de una patada los puntales del trineo inacabado y me arrojé al interior del refugio de Ginebra. Allí yacía Elena. La Larva se retorció contra sus pechos, donde yo la había dejado para tener las manos libres. Alrededor del cuello de mi esposa todavía estaba el pañuelo rojo que mi hermana Anna me había dado en Cheyenne. Lo desaté, enjuagué con él la frente de Elena y, tras cerrarle los apagados ojos, me lo até alrededor del cuello. Otra poderosa explosión sacudió la montaña. El tiempo se tensaba como el lazo corredizo de una horca.

—Ven aquí, pequeña. Ven con papá.

Volví a levantar a mi hija del pecho de Elena y, mientras la acunaba en el hueco de un brazo, musité una incoherente despedida a mi dama. Después, salí del refugio en una desesperada persecución de los demás mínidos. Por la falda de la montaña descendía un barro amarillento, pero mantuve el equilibrio y alcancé a los habilinos justo en el prado en el que descubriera que Elena iba a tener un hijo.

Caía una lluvia de cenizas ardientes. Desde la posición del claro, era evidente que el Monte Tharaka había perdido unos buenos cien o doscientos metros de altura. La mayor parte del humo y el hollín —o, al menos, las columnas más oscuras— se alejaba hacia el Este, mientras que el trozo de cielo que estaba justo encima de la montaña tenía el aspecto oscurecido de un espejo que hubiera sido cubierto con una mantilla negra. Ríos de lodo —o tapioca quemada— rezumaban por el flanco noroeste desde la cima quebrada, y muchos de ellos ya se habían abierto camino entre la línea de árboles.

La suerte y la peculiar topografía de la montaña habían desviado estas corrientes de Shangri-la hacia la ciudadela de Atila Gorila y su desgraciado pueblo. A menos que hubieran tenido mucha más previsión que nosotros, era difícil de creer que hubieran escapado de su fortaleza elevada.

Aturdidos, los mínidos y yo nos alejamos del Monte Tharaka. Los hombres llevaban garrotes de uno u otro tipo pero, salvo por eso, habíamos escapado del volcán sin ninguna posesión terrenal. La Larva y el pañuelo rojo de Elena eran todo lo que había podido salvar de la catástrofe que todavía se desarrollaba a nuestras espaldas.

En la sabana, los elefantes barritaban y las gallinas de Guinea correteaban de un lado a otro. La preocupación primordial de cada criatura no era el matar a un compañero refugiado para el almuerzo, sino poner la mayor distancia posible entre ellos y la furiosa montaña. Por lo tanto, nuestra evacuación se llevó a cabo de forma muy parecida a un desfile. Vimos a babuinos caminar en paralelo con nosotros, a unos tranquilos avestruces correr hacia unos espinos y a los jiráfidos deambular cada cual con su respectiva pareja. En cuanto a nosotros, parecíamos haber tomado el rumbo hacia nuestras antiguas capitales en las suaves colinas al Este del Lago Kiboko.

La Larva me orinó encima y comenzó a llorar. Sus chillidos agudos asustaron a los mínidos. Aparté a mi hija todo lo que me daban los brazos y estudié su pálido cuerpo y sus facciones simiescas. Su cabeza, demasiado pesada para el escuálido cuello, caía hacia un lado. Su rostro era un rompecabezas de manchas y líneas. Lo más sorprendente era que sus ojos no tenían el color rosado de los conejos albinos, sino que eran un par de puntos de obsidiana, duros y penetrantes. Estos puntos desaparecían cuando berreaba, como en aquel momento, así que devolví a la pequeña a la cuna de mi brazo.

La exposición prolongada al sol provocaría ampollas en un bebé con una pigmentación tan escasa. Intenté darle sombra con mi pecho, pero la Larva no dejaba de llorar. Quería algo más que sombra.

Tenía hambre. Yo no estaba equipado para satisfacer esa necesidad, y comencé a temer que la había rescatado del Monte Tharaka solo para condenarla a la inanición en la llanura. Bien podría haberla dejado retorciéndose sobre el cuerpo de Elena. Lo que necesitaba era leche.

Ginebra apareció junto a mí y reclamó a su nieta. Le tendí a la Larva y observé cómo el bebé golpeaba las reservas vacías de sus tetas. La inutilidad de sus esfuerzos era descorazonadora, pero Ginebra la llevó con Nicole, que llevaba a A.P.B. a cuestas sobre la espalda. Las oscuras y vellosas piernas del niño rodeaban la cintura de su madre como limpiadores de pipas llenos de ceniza; cuando Ginebra intentó poner a la Larva en brazos de Nicole, A.P.B. intentó arañarla con dedos celosos. Me acerqué

corriendo con la intención de darle un tortazo.

Nicole se me adelantó y apartó la mano de A.P.B. de un empujón. En ese momento, Ginebra levantó al niño de la espalda de su madre y lo dejó en el suelo. La Larva comenzó a mamar tan pronto como estuvo en brazos de Nicole, y semejante muestra de caridad le salvó la vida.

Durante la mayor parte de aquel día, Nicole trató a la Larva como si fuera su hija adoptiva; incluso se preocupó por mantener el cuerpo de mi hija al abrigo de la sombra que creaba con el suyo.

Alguna que otra vez, cuando la Larva no estaba mamando, era yo quien la llevaba. Los hombres parecían considerarme una especie de habilino travestido, ya que en cuanto te hacías cargo de un niño en aquella sociedad, te catalogaban automáticamente como mujer. Se mantuvieron alejados de mí. La Larva, mientras tanto, se sentía frustrada por la inutilidad de mis pezones, a los que, con el tiempo, aprendió a ignorar para concentrarse en dormir.

Mientras dormía, sus párpados transparentes temblaban. En ocasiones, se abrían para revelar el blanco amarillento de sus ojos, y yo se los cerraba con cuidado de nuevo, sin dejar de recordar la forma en que Elena me había mirado al morir, como si viera un reino futuro de un claroscuro invertido. La Larva era carne de Elena, ¿pero qué podía saber acerca del sufrimiento de su madre o del mío propio? Al ver cómo temblaban sus párpados, temí que supiera demasiado.

Bien avanzada la tarde, el Monte Tharaka retumbó con tanta fuerza que las réplicas recorrieron la sabana en oleadas. Los escombros salieron despedidos hacia arriba a borbotones, y varios estratos de cenizas se posaron sobre el horizonte, allá en el Sur. El polvo inundó el aire por encima de nuestras cabezas y comenzó a caer como nieve. Nuestros cuerpos recogieron los cenicientos copos.

Continuamos como pudimos con nuestra marcha, ataviados con nuestros abrigos ligeros de cenizas, con el mismo aspecto de los Hombres de Barro que aparecían en uno de los viejos episodios de *Flash Gordon* que había visto en televisión en Van Luna, Kansas. La lluvia de cenizas, me dije, era un escudo solar natural para la Larva. Volví a dejarla con Nicole con la creencia de que algún poder, o incluso quizá mi propia voluntad, se estaba encargando de garantizar su supervivencia. No la perdería. Ella era el legado que Elena me había dejado, el último testamento de mi esposa desde un pasado con el que había soñado una y otra vez.

Aunque aquella noche tronó, no cayó ni una gota de lluvia.

El siguiente día nos sorprendió todavía de camino hacia el Noroeste, a través de bosquecillos de espinos y grandes pastos. Las gacelas y los ñúes parecían pastar en alfombras de polvoriento lana gris; las cebras parecían mezclarse con el mismo aire. Todo nuestro mundo era un negativo empapado en los productos químicos de la solución reveladora de un fotógrafo. Nicole alimentaba a la Larva mientras que el

resto de nosotros comíamos lo que encontrábamos, ya fueran frutos polvorientos o alguna que otra gallina de Guinea despistada. Todo sabía a cenizas, y la arena que se nos metía en los ojos hacía que todas las horas del día se asemejaran a la hora inmediatamente anterior al crepúsculo.

La noche trajo más nubes desde el Nordeste, unos acorazados enormes y negros, y el aire se cargó de electricidad. A pesar de que descansamos un poco antes de continuar, no nos detuvimos a dormir. Parecíamos movernos a base de adrenalina y puro nervio. Después de todo, las hienas y los leopardos eran cazadores nocturnos y, como éramos conscientes de que nuestro intento de migración se estaba produciendo durante su periodo de actividad biológico, nos manteníamos alerta. Cinco machos habilinos con garrotes podrían ser capaces de mantener a raya a una manada de gigantes hienas del Pleistoceno, pero no sería una batalla agradable.

Por suerte, los relámpagos aparecían entre las nubes con la suficiente frecuencia como para que pudiéramos inspeccionar el paisaje transfigurado en busca de depredadores, la mayoría de los cuales estaba asustada por los incesantes truenos y restallidos. La tormenta también nos desconcertaba a nosotros, pero logramos superar nuestro miedo con la estúpida e innata temeridad de nuestra especie. De hecho, alejé de mi mente aquellos horribles destellos y estruendos pensando en Elena.

No muy lejos por delante de nosotros, a unos doscientos metros, un rayo cayó sobre un solitario baobab e hizo estallar el fibroso tronco del árbol, incendiando sus ramas como si de un centro navideño se tratara. Para arder con semejante esplendor, debía de haber estado podrido hasta las raíces. Eso nos dejó paralizados. El calor tropical había secado con tanta eficacia la tierra y los pastos después de las lluvias que el fuego se extendía desde la antorcha que era el baobab hasta la sabana. La brisa dirigía las llamas hacia nosotros desde el Nordeste. Los relámpagos que zigzagueaban en el cielo tenían un equivalente terrenal en las llamas purpúreas y doradas que danzaban a través de nuestra ruta.

A pesar del viento, las llamas se dirigían hacia donde se les antojaba. Consumían los arbustos y matorrales que bajaban hacia el lago, así como la extensión de tierra desigual que cubría la estepa por delante de nosotros. La parte ecuatorial del este de África se convirtió al instante en un infierno.

Los mínidos perdieron la valentía. Su máscara de rebeldía cayó. Alfie obligó a retroceder a las mujeres y a los niños para organizar la retirada. Tenía ceniza en la barba y en el vello corporal, y sus ojos centelleaban como granates. Las barricadas de fuego que se propagaban desde el baobab se habían extendido con tal rapidez que nadie pensó siquiera en oponerse a su orden de volver hacia el peligro del que habíamos escapado.

Por supuesto, pretendía que retrocediéramos lo justo para poder rodear la pradera en llamas y descubrir así un camino alternativo hacia nuestro destino, pero su pánico

—y el de los demás mínidos— hizo que, de repente, me desentendiera de sus metas. Con Elena muerta, ya no deseaba seguir sometiéndome a las estrictas normas que regían sus vidas. Ya no deseaba volver a Shangri-la ni a ninguna de las dos Elenburgo. Mi presente, incluso mi presente en esa Prehistoria onírica, tenía antecedentes que iban más allá de la experiencia habilina, y quería que mi hija creciera con todas las comodidades que el siglo xx ofrecía. Tenía que sacarla de allí.

Nicole tenía a la Larva y estaba huyendo con los demás. La cogí por el brazo y le quité a la niña. Las llamas que dividían la sabana continuaban creando parcelas y alzando un muro tras otro de fuego que azotaban la llanura de forma demencial. Era una locura no huir con los mínidos, pero otra idea se había apoderado de mí. Soñando con otro tipo de salvación y con mi hija apretada contra el pecho, me apresuré a seguir un oscuro corredor flanqueado por las llamas en dirección al antiguo lago del Valle del Gran Rift.

Mi plan consistía en encontrar un pasillo a través de los pastos en llamas hasta la orilla sudeste del Lago Kiboko. De hecho, quería regresar al punto exacto desde el que había saltado al Pleistoceno.

¿Sería posible que después de casi dos años el autobús de Kaprow siguiera aparcado junto al lago, a la espera de mi regreso? Posible tal vez, aunque poco probable. Después de perder el contacto conmigo a través del transcordión, Blair y Kaprow podrían haber llegado a la conclusión de que estaba muerto. Es más, puestos a imaginar, era muy posible que las fuerzas paramilitares somalíes hubieran invadido el protectorado del lago o que una desastrosa guerra mundial hubiera puesto punto final a la tenaz esperanza humana de una utopía universal. Cualquiera de esas circunstancias, u otras menos graves, podrían haber hecho del Esfinge Blanca una irrelevancia histórica y de mí, la víctima anónima de la desaparición del proyecto.

Los muros de fuego que cruzaban la sabana atormentaban e inquietaban a la Larva. La pequeña arqueaba la espalda y agitaba las manitas y las piernas. Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para no dejarla caer al suelo como una pelota mojada.

Sujetándola, corrí con la estúpida certeza de que mi destino era muy importante para el siglo xx, que mis colegas estarían esperándome. Tenían que estarlo. De otra forma, la Larva y yo moriríamos; y la Larva, estaba seguro, no había nacido para malgastar su dulzura en el desierto. A pesar de que se retorció en mis brazos, no lloraba.

Por delante de nosotros, hipnotizadas por las crepitantes barricadas de llamas, tres enormes hienas permanecían en un redil de oscuridad, gimiendo como perros. Estaban en mitad de nuestro camino. Me arrodillé junto una acacia arábica e hice un esfuerzo para arrancar el arbusto con una sola mano. Acto seguido, me acerqué a un matorral que ardía no muy lejos de una impresionante lengua de fuego, prendí el

arbusto y avancé hacia las hienas. En busca de alguna ruta alternativa hacia el lago, habían comenzado a acercarse a la Larva y a mí, caminando con torpeza como tres osos abigarrados y enjutos. Llevábamos un curso de colisión.

Una de las hienas saltó a través de una grieta en el muro de fuego y desapareció en la oscuridad que había al otro lado. Las otras dos criaturas se detuvieron. Sus ojos brillaban con una luz espectral en los farolillos triangulares que conformaban sus cráneos. La más pequeña de estas dos hienas se dio la vuelta de repente y retrocedió por el corredor de llamas hasta el lago. Impertérrito a pesar de las deserciones, el tercer animal emitió una risa histérica y prosiguió su camino. Blandí contra ella la rama extendida sin resultado alguno.

A pesar de que el arbusto en llamas había comenzado a chamuscarme los dedos, no lo solté. Era inmune al dolor y al miedo. Después de todo, ya había sobrevivido en una ocasión al ataque de toda una manada de estos animales. Y posteriormente, había ayudado a los mínidos a sobrevivir al asedio de hienas gigantes recitando una historia y disparando, obediente, a uno de los sitiadores en mitad de mi aturdimiento para que un leopardo se diera un festín. ¿Por qué debería temer entonces a esa hiena colosal, frenética y apestosa?

Al pasar a mi lado —lejos de la rama que yo intentaba aplastar contra su cara—, la hiena retorció su cuerpo y atrapó mi pierna entre sus mandíbulas. Acto seguido, afianzó las patas contra el suelo y tiró con fuerza, con lo que me hizo caer. Según recordé en ese momento, aquélla era prácticamente la misma táctica que las hienas habían utilizado en la charca para arrastrar a la cría de rinoceronte. Mientras caía, lancé a un lado la antorcha e intenté cambiar de posición para que la Larva no recibiera el inevitable impacto.

Mi culo golpeó la tierra, seguido de mi cabeza. A pesar de mis intentos, las súbitas sacudidas arrojaron a la Larva sobre una colcha de cenizas. Me quedé donde había caído, aturdido e incapaz de ir en pos de mi hija ni de resistir el enconado ataque de la hiena.

Lo que ocurrió a continuación se le antojaría a muchos como una solución *in extremis* a nuestro problema. A decir verdad, no puedo oponerme a semejante reclamación. Discutir que soñé esta solución es poner en duda todo lo que me ocurrió durante la estancia en el Pleistoceno en África del Este. (Sin embargo, es muy posible que vislumbrara esta solución en un viaje astral cuando era niño; uno que, en aquel momento, tomé como un sueño embarullado o contaminado). Claro que insistir en la absoluta realidad de lo ocurrido sería violar la propia coherencia del mundo al que el director del Proyecto Esfinge Blanca me había enviado. Dejadme, por tanto, justificar los siguientes sucesos extraños de la única manera posible: declarando que se ajustaban a la realidad de mi experiencia subjetiva justo después de sucumbir al ataque de la hiena. Si alguien tiene otra explicación, yo no tengo la intención de

registrarla aquí.

Después del trueno, se produjo una explosión. Creo que el Monte Tharaka había vuelto a entrar en erupción. Condenados de cualquier forma, estábamos demasiado lejos del volcán como para temer la aniquilación que éste representaba. La hiena irguió las orejas y oteó el horizonte hacia el Sudeste.

En ese momento, una pequeña constelación de estrellas incandescentes salidas de la oscuridad del cielo cayó sobre nosotros tres. Entre las llamas, apareció una sombra que no era otra cosa que el ingenioso armazón en el que se habían instalado los propulsores vernier del vehículo.

Llegados a este punto, me di cuenta de que no era una constelación, sino un módulo espacial sin alas que caía de los cielos para rescatarnos. Pasó por encima de nosotros con un silbido y tomó tierra a unos cincuenta metros, justo en mitad del corredor de fuego a través del que la hiena nos había atacado. Un torbellino de polvo volcánico se arremolinó alrededor de las patas del módulo como si de nieve se tratara y la luz del fuego se reflejó en las superficies angulosas del aparato, que llevaba en la parte superior de uno de sus laterales una brillante pegatina con la bandera zarakalí: el cráneo de un homínido sobre un fondo dorado.

La Jolly Roger, pensé mientras intentaba levantarme. Pero no pude.

Una vez que la hiena huyó, gateé hasta mi hija, giré para sentarme y la levanté de las cenizas. Agitaba las piernas y los brazos sin cesar y sus facciones estaban contraídas en una mueca de extrema indignación. No era bonita. Utilicé la uña del meñique para quitarle un pegote de ceniza de los orificios nasales. Su blanca fosforescencia me hacía temer que fuera radiactiva o padeciera la alta luminosidad de una desconocida enfermedad prehistórica. La mecí, le limpié la cara con mi saliva y le canté una canción para tranquilizarla:

*Recuerdo la época
en que bebía vino la oca
y el mono escupió tabaco
en la vía del tranvía.
y el tranvía chocó,
y el mono se ahogó
y todos fueron al cielo
en una pequeña y roja embarcación.*

Se abrió una escotilla del módulo espacial zarakalí, y descendieron dos altos y delgados astronautas ataviados con trajes ajustados y bombonas de oxígeno y cascos. Ambos tiraban de unas largas y gruesas mangueras. Dirigieron estas mangueras a un lado y otro de su nave, hacia las enormes llamaradas que se alzaban desde la hierba.

También dirigieron los chorros de agua hacia la Larva y hacia mí, extinguiendo las llamas, asentando la capa de ceniza y llenando la noche con el característico hedor del fuego apagado.

Cuando hubieron terminado y las únicas llamas visibles fueron unos cuantos focos que se extendían hacia el Este en contra del viento, devolvieron las mangueras al módulo y se acercaron, dando saltos sobre el suelo, para ver lo que podían hacer por nosotros. En dos o tres saltos cubrieron los cincuenta metros; así de competentes eran a la hora de moverse en la caprichosa ingravidez del distante pasado de su nación.

Dentro de aquellos cascos aerodinámicos había rostros negros.

Los astronautas se inclinaron, solícitos, sobre la Larva y sobre mí, murmuraron unas ininteligibles palabras de consuelo y examinaron a mi hija, que no dejaba de retorcerse, de la cabeza a los pies. Uno de los hombres le tocó el pecho con un dedo enguantado, comprobó sus reflejos y pellizcó suavemente sus extremidades desnudas. A mi mirada interrogante respondió con una enorme e inequívoca sonrisa. Sin duda alguna, era el experto médico de la tripulación y mi gratitud aumentó cuando ese mismo hombre examinó mi pierna y me dirigió otra sonrisa tranquilizadora. Todo iba a salir bien.

Un momento después, el oficial médico me ayudaba mientras cojeábamos desde la oscuridad hasta el bien iluminado módulo. El capitán de la misión llevaba a la Larva, que ya había dejado de retorcerse.

Una vez en el interior del estrecho vehículo, eché un vistazo a las hileras de interruptores e indicadores, inmensamente agradecido por el hecho de no tener que entenderlos. Me sentía muy capaz de dejarles a aquellos valientes astronautas la responsabilidad de nuestra salvación.

Alzamos el vuelo, que fue como la seda, emocionante y breve. Cuando volvimos a aterrizar, el módulo se equilibró sobre la superficie, curiosamente nivelada, de una formación de toba situada en la orilla sudeste del Lago Kiboko. En la oscuridad, el lago parecía una enorme balsa de aceite, pero podía oler el fuerte aroma del pescado en los bajíos y supe que casi estaba en casa.

Uno de los astronautas me ayudó a descender a tierra. El otro, que esperaba fuera, dejó a la Larva en mis brazos como si me entregara un trofeo por haber sobrevivido a la terrible experiencia. A continuación, regresaron a su vehículo, cerraron la escotilla y ascendieron por el cielo, dejando tras de sí unas delicadas serpentinas de fuego. Dos dioses en una máquina.

Tras su marcha, la Larva y yo volvimos a quedarnos solos. Gateé por la formación de toba en busca del lugar en el que Kaprow había aparcado el autobús.

Allí. Allí estaba.

Suspendida en el aire como si se tratara de un truco de magia hindú, estaba la

Plataforma Retrotemporal. Me arrodillé bajo ella y miré hacia el interior del autobús, que era como una capilla abarrotada de instrumental, iluminada por una brillante luz blanca. Allí estaba el Batidor de Huevos de Kaprow, unos enormes rotores de cobre rodeados por las acolchadas paredes interiores, y el techo del autobús. La salvación.

—Nos vamos a casa, pequeña. Nos vamos a casa.

Alcé a la Larva y la coloqué en el borde de la Plataforma Retrotemporal, que estaba a unos treinta centímetros por encima de mis ojos, para luego encaramarme a la plataforma y tumbarme sobre ella con mi hija sujeta con el brazo izquierdo. Me llevó un instante encontrar la palanca que hacía subir la plataforma, pero en cuanto lo hice, los rotores del interior del autobús comenzaron a girar, y el pasado comenzó a desvanecerse bajo nosotros como un sueño apenas recordado. Mi pequeña y yo volvíamos a casa. A casa.

Base de las Fuerzas Aéreas Russell-Tharaka, Zarakal

Septiembre de 1987

—Bienvenido a casa, Johnny. Estaba empezando a pensar que te ibas a pasar el resto de la vida durmiendo.

Al principio, no reconoció el rostro que se recortaba sobre él contra la ventana de color aguamarina. La cara era una tierna caricatura de alguien que recordaba de otra época. Lo más desconcertante era que su piel era pálida, con toques de color aplicados en las mejillas y abanicos azules sobre los párpados. Él no podía mover la lengua.

—No trates de hablar todavía, Johnny. Llevas sedado varios días. Yo... bueno, te he observado mientras dormías los tres últimos. De vez en cuando, quiero decir. Me han dado una habitación en las Dependencias para Oficiales Visitantes. Es la primera vez que he estado en una dependencia para oficiales en mi vida. Hugo se habría burlado de mí solo por aceptarlo... pero las viudas de los suboficiales no tienen acceso a las dependencias de la base por sí solas y estar ahí es mejor que tratar de desplazarme hasta aquí todas las mañanas desde Marakoi.

»Dios, Johnny, han hecho todo lo posible por mantenerme alejada de este país, todo salvo acusarme de un crimen federal y encerrarme en Leavenworth. Sin embargo, de repente, hace unos cuantos días, se derrumbaron sus defensas y aquí estoy... No creo que te haya visto jamás dormir tantas horas seguidas sin que tus globos oculares empezaran a sacudirse. Puede que ya no vuelvas a pasar por eso. Puede que eso justifique lo que te han hecho. Puede que eso los absuelva por usarte como conejillo de indias en algún tipo de salto temporal o yo no sé qué... Woody Kaprow ha tratado de explicármelo. Fue él quien insistió en que me dejaran entrar en el país una vez que regresaste de donde demonios se suponga que has estado. Estoy en deuda con él por eso, lo sé, pero por el resto (los secretos, las falacias, las intimidaciones, las idas y venidas)... Dios sabe cuándo seré capaz de perdonarlos por eso. Solo Dios sabe.

El rostro se estaba enfocando, tomando un aspecto humano reconocible. Tenía un aspecto más envejecido que el rostro que él recordaba, pero no lo había visto desde... Bueno, ¿desde cuándo?, ¿ocho años?, ¿diez?, ¿más de dos millones de años? Pertenecía a la mujer que lo había criado, una mujer en la madurez de la vida con la que él había cometido una terrible equivocación al creerse víctima de una traición imperdonable. Había prevenido cualquier traición futura cortando todos los lazos que le unían a ella.

En ese momento —fuera cual fuese ese momento—, allí estaba ella de nuevo. No

le molestaba el torrente de palabras que salía de su boca, ni siquiera la implícita presunción que subyacía bajo dichas palabras, según la cual podían retomar sus vidas sin preocuparse o referirse siquiera al motivo por el que se separaron. Era una implicación falsa, claro está. Él tenía un montón de cosas a las que responder. Lo sabía, y trató sin éxito de hacer que su lengua funcionara.

—No, de verdad. No tienes que decir nada, Johnny. Me avisaron de que podrías tener algún que otro problema. Al parecer, ya te has despertado un par de veces antes, pero de forma muy breve. Kaprow y un par de médicos de las Fuerzas Aéreas estaban contigo, pero no pudiste hablar. Ni una palabra. Creo que esperaban una especie de declaración por tu parte. Un informe o algo así. No estabas preparado para dárselo. Eso ha puesto muy nervioso a Kaprow, me temo, aunque en el fondo es un tipo razonablemente decente, una de las pocas personas que he conocido que no eluden las implicaciones de su propia responsabilidad en un fiasco como éste. Reconoce su culpa en lo que te ha sucedido, por ejemplo. Se culpa a sí mismo por haber perdido el contacto contigo mientras estabas fuera, al igual que por las heridas que has recibido. Todos los demás (el personal de las Fuerzas Aéreas, el Ministerio del Interior, los oficiales del Departamento de Defensa de nuestro país), todos parecen trabajar en arreglo al C.E.C. Querían una declaración que asegurara el éxito rotundo y el valor del proyecto... Ni siquiera recuerdas que Kaprow y los demás estuvieran aquí, ¿verdad? Tendrías que haberles visto la cara... un paradigma expresivo del Aturullamiento Total.

Su madre soltó una risilla nerviosa, le enjugó la frente con un paño húmedo y se hizo a un lado para que el cielo africano que se veía a través de la ventana lo abrumara con su enorme inmensidad. Un caza volaba de izquierda a derecha, como si acabara de despegar de una pista de aterrizaje cercana, pero el sonido del motor estaba amortiguado por el runruneo del aire acondicionado y el grosor de las paredes en aquella habitación del hospital, que parecía una caverna.

C.E.C. significaba ‘cubrirse el culo’, una vieja y más que consagrada abreviatura acuñada por las Fuerzas Aéreas. No había sonreído al escuchar a su madre utilizar el término porque lo que estaba diciendo era un poco preocupante. La última imagen que tenía en la cabeza antes de la aparición de su rostro era el borrón cobrizo de los rotores del autobús. Ese borrón parecía haberlo engullido y aniquilado. ¿Cuándo había tratado Kaprow, o cualquier otro, de hablar con él desde el sueño de su liberación?

—Échate otra vez, Johnny, échate. Te perdieron durante un mes y les preocupaba no ser capaces de recuperarte. Creo que Kaprow hizo presión al final para que las autoridades me permitieran venir a verte cuando no les respondiste ni a él ni a los médicos. Según dijo, eras como un zombi. Sin embargo, la visión de una cara familiar podría traerte de vuelta a la realidad. Así que aquí estoy. Un disparo de

Viejos Recuerdos, Johnny. ¿Está funcionando? Creo que sí, puedo verlo en tus ojos... Esto me recuerda a cuando eras pequeño. No dijiste una palabra hasta que tenías casi dos años. Dijiste «aca» en el pastizal de Richardson, a las afueras de una zona residencial de Van Luna. Aunque la verdad es que siempre has tenido unos ojos de lo más expresivos. Eres capaz de hablar con ellos tan bien como algunas personas con las palabras. No has perdido ni un ápice de esa capacidad tampoco. Puedo ver en tus ojos que este disparo de Viejos Recuerdos ha ido directo a tu cabeza.

—Directo —repitió él, sonriendo.

—Y ésa es la palabra más hermosa que te he escuchado decir desde que dijiste aquella enfática «aca», te lo juro por Dios, Johnny. —Giró la cabeza para no tener que mirarlo a la cara—. Ayer fue mi cumpleaños. Les dije que te despertarías para mi cumpleaños. Solo te has retrasado un día... es un regalo muy, muy bonito. —Lo miró de nuevo—. Tengo cincuenta años, ¿puedes creerlo? Medio puñetero siglo. Me siento como la madre de Matusalén.

Él se esforzó para conseguir pronunciar las palabras:

—Entonces yo soy Matusalén.

—¿Te encuentras bien?

—Eso creo.

—No hables. No trates de levantarte. Vas a tener un montón de visitas en cuanto se enteren de que estás consciente y eres capaz de hablar.

Joshua volvió a echarse sobre las sábanas almidonadas y se dio cuenta de que tenía puesto un camisón de hospital, una funda gris que parecía un babero envolvente. Tenía un dolor sordo en la pierna, y el penetrante olor a antiséptico de la habitación se colaba por sus fosas nasales y se le clavaba en la garganta como un garfio. Cuando era muy pequeño, Jeannette le había dejado una vez olisquear una botella de amoníaco y él gritó como si lo hubieran gaseado. Se dio cuenta de que el olor de aquella habitación era igual de agresivo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, llegadas a través de los conductos lacrimales gracias al punzante olor de los desinfectantes, el alcohol y las medicinas.

—Elena —dijo—. Elena.

La mujer que estaba junto a su cama lo observó con curiosidad, pero no le hizo preguntas. Sintió una enorme oleada de afecto hacia ella por la simple razón de que tenía el buen tino de mantener la boca cerrada.

—No puedo soportar esto. Duele.

Antes de que ella pudiera pedir ayuda, sacó los pies por el lado opuesto de la cama, se arrancó el camisón de hospital de la espalda y dio unos cuantos pasos hacia el pasillo. El suelo bajo sus pies tenía exactamente el mismo color y el mismo aspecto que el queso azul, agujeritos incluidos. Esta comparación le vino a la mente sin pensarlo mientras se esforzaba por llegar a la puerta, al otro lado de la cual había un

centinela armado. Rick, al parecer. El policía militar de las Fuerzas Aéreas que había sido asignado al Esfinge Blanca no mucho después de su propia llegada a Zarakal. El chico ya debería haber vuelto a casa. ¿Por qué seguía jugando a los soldaditos para Kaprow? Siempre le había hecho ascos a la idea de reengancharse.

—¡Johnny! —lo llamó su madre.

El suelo de queso azul era traicionero. Sus piernas no iban a ser capaces de llevar a cabo la hazaña.

—¿Dónde está mi hija? —gritó él—. ¿Dónde está la Larva?

Cuando cayó, su madre y el policía lo ayudaron a levantarse del suelo. Apenas se dio cuenta de que lo estaban haciendo. El olor punzante, la debilidad de sus piernas, la fina película de lágrimas que bañaba sus ojos... Todas esas cosas hablaban de un malestar más profundo, un dolor más apremiante.

—¿Qué coño habéis hecho con mi hija?

Virtualmente, era prisionero en el hospital, el único paciente en la, por otra parte, desértica ala de la tercera planta. Después de sedarlo de nuevo y de que su madre regresara a la habitación que le habían asignado, y después de otras seis u ocho horas de descanso, Woody Kaprow le hizo una visita. El cielo azul de África que antes se viera a través de la ventana había sido sustituido por el crepúsculo, una conflagración de tonos pastel entremezclados. También se podían ver las estrellas, esparcidas allá en lo alto. A pesar de que estaba temblando en la fría habitación, el almidonado camión del hospital le resultaba tan agradable como una camisa de fuerza.

Del mismo modo que había hecho su madre más temprano, Kaprow se enzarzó en un extenso monólogo. Clavó la vista en la puerta por encima de la cama, evitando con deliberación la mirada de Joshua. A pesar de que no movió la cabeza en ningún momento, sus pálidos ojos cambiaban de dirección con inquietud y vacilación mientras explicaba que casi habían llegado a dar a Joshua por muerto; que todo el Proyecto Esfinge Blanca estaba en vilo debido a su incapacidad para seguir el rastro de sus actividades en el pasado; que Blair esperaba recibir, y debía hacerlo, una serie de extensos informes sobre la misión tan pronto como Joshua se sintiera lo bastante bien como para enfrentarse al Gran Hombre; y que él, Kaprow, había aprobado la visita de Jeannette Monegal para ayudar a Joshua a desenvolverse de nuevo en las turbias aguas de finales del siglo xx.

—En cierto sentido, Joshua, ha vuelto a nacer. Va a tener que tomarse un poco de tiempo para volver a crecer en su viejo mundo. Haré lo que pueda para ayudarle.

—Quiero ver a mi hija.

—Joshua, ésa no es su hija.

—Quiero ver a la niña que traje de vuelta conmigo.

Joshua se incorporó en la cama hasta quedar sentado y clavó la mirada en el físico, que entonces dirigió la vista hasta la fotografía del Presidente Tharaka que algún bromista había colgado sobre la puerta del cuarto de baño. El anciano llevaba su cráneo de homínido y una gruesa capa de leopardo.

—Solo dígame si traje una niña de vuelta conmigo, doctor Kaprow. ¿Fue un sueño u ocurrió realmente?

—Hay una niña en el ala de maternidad de abajo, Joshua; una niña que traías en brazos cuando te sacamos de la Plataforma Retrotemporal. Es una criaturita extraña, pero se encuentra en perfecto estado de salud. Le administraron un tratamiento para la ictericia justo después de que os trajéramos aquí. La colocaron bajo esas lámparas y le pusieron bolitas de algodón sobre los párpados. Sin embargo, ahora está bien.

—Yo soy su padre, doctor Kaprow.

—Joshua, solo ha estado ausente algo más de un mes. Sin embargo, es normal que se sienta desorientado. No hay por qué preocuparse. Todo volverá a su lugar dentro de poco.

—¿Algo más de un mes?

—Treinta y tres días. Yo insistí en que desplegáramos la plataforma al menos cuatro veces al día, durante dos horas cada vez... pero los transcordiones estaban al parecer fuera de sintonía, y si no hubiera vuelto cuando lo hizo, bueno, muy pronto habríamos tenido que rendirnos a la orden de despresurizar la Máquina y contabilizar nuestras pérdidas.

—En otras palabras, a mí.

—A usted y una considerable cantidad de tiempo y dinero.

—Estuve allí por lo menos dos años. Me enamoré de una habilina, fui padre de una hija, vi cómo mi esposa moría durante el parto. Lo que me está diciendo no se corresponde con lo que sé que sucedió, y fui yo el que estuvo allí. ¡Sé muy bien lo que me ocurrió, doctor Kaprow!

—Mire, hay un calendario sobre la mesilla...

—Me importa una mierda lo que digan los calendarios —dijo Joshua con calma—. Traje a la niña conmigo de vuelta, y soy su padre.

Finalmente, Kaprow miró a Joshua a los ojos. Tan transparentes como el cristal, sus iris danzaban sobre la esclerótica.

—De acuerdo. Puede que, debido a la distancia que saltó hacia el pasado, experimentara algún tipo de dilación... lo contrario de lo que experimentarían de manera subjetiva los pasajeros de una nave que viajara a la velocidad de la luz, cuando aquéllos que permanecen en casa envejecerían docenas de años mientras los que estuvieran en el espacio solo lo harían uno o dos. La dilación temporal podría...

—¡Quiero ver a la Larva!

—¿La Larva?

—A mi pequeña.

Los ojos de Kaprow se dirigieron de nuevo a la puerta.

—De acuerdo, Joshua. Iré con usted. Seguramente apreciaría unos pantalones de pijama...

—Sírvase usted mismo.

El físico sonrió.

—Yo estoy más que servido. Usted, no.

De cualquier forma, dio la orden para que enviaran tanto un pantalón de pijama como un par de zapatillas, que un hombre trajo al instante. A pesar de que Joshua tuvo que enrollar quince o veinte centímetros de las perneras del pantalón del pijama en abultados dobladillos, las zapatillas le sentaban casi a la perfección.

Sin pronunciar una palabra, el físico y él subieron al ascensor para dirigirse a la alfombrada ala de maternidad de la primera planta, donde se detuvieron en la parte exterior de las cristaleras que se utilizaban para mostrar a los recién nacidos. Una enfermera empujaba una de las cunas móviles hacia una habitación más adentro, pero la cuna estaba vacía. Joshua buscó a la Larva.

Allí estaba. Su cabeza estaba igual (desproporcionadamente grande, un caleidoscopio de muecas), pero el color de su piel había variado del crema al beige, probablemente como resultado de las lámparas para el tratamiento de la ictericia que había mencionado Kaprow.

—Al menos no la ha llevado a una clínica veterinaria.

—Es humana, Joshua. Nadie lo duda.

—Entonces, ¿cómo explica que la haya traído de un periodo en el que los seres humanos no tenían el aspecto que tiene ella?

Kaprow dijo:

—¿Por qué no me lo explica usted, Joshua?

—Quiero cogerla.

—¿Cogerla? —La pregunta dejó entrever la indiscutible aversión del físico por semejante idea; también la noción de que, incluso aunque quisiera hacerlo, no podría persuadir a las enfermeras para que complacieran la petición de Joshua.

—Soy su padre. Quiero cogerla.

Joshua no esperó a que le dieran permiso. Dobló con rapidez la esquina de la habitación de cristaleras, se deslizó a través de un estrecho pasillo que había justo detrás y avanzó a lo largo de unas puertas giratorias más allá de los límites del santuario interior. La enfermera que acababa de retirar la cuna de la estancia levantó la mirada de un aparato del mostrador, como si Joshua la hubiera sorprendido sisando supositorios de penicilina. Ni una palabra salió de su boca abierta de par en par. Antes de que pudiera escupir alguna objeción medianamente inteligible, Joshua estaba acunando a la Larva entre sus brazos.

En aquel momento, Woody Kaprow entró de golpe en la antesala de la habitación, y chocó con la enfermera en su afán por detener a Joshua.

—Está cambiando —dijo mientras le sonreía a su hija y se enfrentaba a ambos entre una pequeña flota de cunas.

—Por supuesto que está cambiando —respondió la enfermera con furia—. Eso es lo que hacen a esa edad, y durante unos cuantos años más. —Se ajustó el uniforme—. De todas formas, ¿qué cree que está haciendo aquí?

—¡No es que esté creciendo, maldita sea! ¡Es que se está oscureciendo!

Confundida por esa pequeña figura con pantalones de pijama, la enfermera se quedó con la boca abierta. ¿Pero qué clase de locura padecía aquel hombrecillo?

Kaprow dijo:

—Como en una fotografía, creo que quiere decir.

—Exacto, se está poniendo más oscura. Lo único que hacía falta era sacarla del carrito de película y colocarla en un cuarto oscuro.

Joshua meció a la Larva. Ella le sonrió con dulzura y el hombre se maravilló por la forma en que la piel de la pequeña estaba adquiriendo un tono ligeramente más oscuro. Su hija, revelándose...

Septiembre de 1987

Estaban sentados bajo el toldo de flecos del Bahadur Karsanji en el Bulevar Tharaka, en el resplandeciente centro de la capital, Marakoi. El Karsanji, una cafetería, era uno de los pocos negocios de la ciudad que permanecía en manos de un hindú después de la «africanización» de los establecimientos regentados por asiáticos que tuvo lugar en 1972. Se había librado por su clientela cosmopolita, por una excelente reputación que ya se conocía tres décadas antes de que Zarakal obtuviera su independencia política y por un propietario que se guardaba mucho de mostrar abiertamente su sagacidad maquiavélica en cuanto a la supervivencia mercantil se refería.

Casi todas las mesas que había bajo el toldo rojo y blanco estaban ocupadas, y la multitud que abarrotaba el interior del restaurante creaba un estrépito el doble de enervante que el del tráfico en las calles. Tres días después de que se despertara en el hospital de la base, Joshua y su madre comían tortitas rellenas de espinacas (idea de Jeannette) y bebían un buen *Chablis* de California (idea de él). A las dos en punto, Jeannette abandonaría el país desde el Aeropuerto Internacional de Marakoi y ninguno de los dos sabía cuándo volverían a verse. La situación de Joshua se veía complicada no solo por el periodo de alistamiento que le restaba por cumplir, sino también por su reclamación de paternidad sobre la pequeña que estaba en el hospital. Ni a Kaprow ni a Blair les había hecho gracia dicha reclamación: el paleoantropólogo veía a la Larva como los despojos de la misión de Joshua, mientras que el científico la consideraba una molesta anomalía temporal. Jeannette no sabía siquiera que la niña existiera, ya que Joshua había evitado mencionarla después de derrumbarse delante de su madre y ésta había creído que los desvaríos acerca de una hija eran fruto de la desorientación y el delirio. En ese momento, la niña estaba bajo la protección de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, en una habitación individual situada en la tercera planta del hospital y con un guardia las veinticuatro horas. A pesar de que Joshua había rogado y suplicado, el reducido personal especializado asignado a su hija no le permitía alimentarla, bañarla ni acunarla. De hecho, solo la había visto una vez en los últimos tres días. Un sorbo del *Chablis* hizo que se atragantara, empañando su visión.

—Vamos, vamos —dijo Jeannette Monegal al tiempo que le golpeaba la espalda—. Lo que pasa es que todavía no te has adaptado de nuevo a los placeres de la buena comida y de la bebida. ¿Qué te han dado en el hospital?

—Arroz.

—¿Y qué más? —le preguntó sin esperar respuesta—. Te escribí una carta,

Johnny.

—¿Una carta? ¿Por qué?

—Por si no me dejaban verte.

—Pero lo hicieron.

—Algo increíble. Gracias al buen hacer del doctor Kaprow. Ni las Fuerzas Aéreas, ni Alistar Blair ni el Gobierno zarakalí querían permitírmelo. Mi libro sobre España, que acaba de salir, me ha valido la reputación de mordaz escritora sensacionalista interesada en asuntos internacionales. Tuve que firmar un documento en el que declaraba que venía a Zarakal con fines puramente turísticos. Según parece, por haber firmado ese maldito papel, ni siquiera puedo publicar un artículo de viajes sin que pase primero por el filtro de la Embajada Norteamericana y dos o tres ministros de este país.

—¿Aceptaste eso?

—¿Para verte? Sí, por supuesto que lo hice. —Sacó un sobre de su gran bolso de esparto—. Aquí tienes la carta. Por favor, no la leas hasta que me vaya. Si tienes alguna pregunta, puedes escribirme a la atención de Anna a Newport News, Virginia. Ella y el pequeño Dennis están visitando a su familia política. Aquí tienes la dirección. Ya tengo tu número dentro de la base. Así que seguiremos en contacto, ¿te parece? Si desapareces de mi vida durante otros ocho años, John-John, seré una anciana la próxima vez que nos veamos. Así que mejor seguir en contacto, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

Dejó un billete de los grandes sobre la mesa y se levantó. Él también se levantó, pero su madre no permitió que la acompañara al aeropuerto, insistiendo en que la despedida allí la «destruiría del todo», frase que jamás había escuchado de sus labios. Ambos habían cambiado en esos ocho años, erosionados o sutilmente crecidos por la corriente del río del tiempo. El tintineo de las copas de vino y de la cubertería, los cuchicheos de fondo en inglés y en swahili... Joshua se sintió de pronto solo y abandonado. Quería que su madre se fuera sin perder un minuto porque no quería que se marchara de ninguna de las maneras. Ella lo besó en la frente, la bendición de una matriarca hacia uno de sus vástagos más queridos.

—Hasta la vista, Johnny.

—Aca la vista —respondió de forma automática.

Jeannette rio.

—Espero no tener que interpretar eso como un insulto, ni en el caso de que lo merezca. Adiós, cariño, sé bueno. —Le lanzó un beso y, con su bolsa de equipaje en la mano, se agachó para entrar en la parte trasera de un pequeño taxi aparcado no muy lejos del Karsanji. Cuando el vehículo pasó por delante del restaurante, le dedicó una débil sonrisa antes de apartar la mirada con estoicismo.

Joshua se comió lo que quedaba de su tortita, bebió los últimos sorbos de vino y, animado por la cantidad de dinero que Jeannette había dejado, pidió un flan y otra botella de *Chablis*. Ya estaba bastante achispado y muchas de las personas que lo rodeaban sin duda creerían que sus furtivas miradas a la calle, su estado de alerta maniático, se debían a la cantidad de vino que estaba consumiendo. O, tal vez, estuviera envuelto en una relación ilícita y tanto la bebida como la vigilancia nerviosa se debieran a la culpabilidad. El depredador a quien esperaba bien podría ser el cornudo marido de su amante.

En realidad, pensaba en Elena y se preguntaba cómo habría actuado ella ante semejante escena. La sabana primigenia subyacía bajo unos treinta bloques de cemento, estuco y cristal. Unos especímenes masculinos vestidos con chaquetas y sandalias de piel te servían la comida en las mesas. Las calles estaban llenas de ruidos inimaginables, y las mujeres que paseaban por delante de los escaparates lucían plumajes tan brillantes, o más si cabe, que los de los machos... Joshua se alegró de que Elena no hubiera sobrevivido para contemplar el generoso horror de la civilización; de la misma manera que se alegraba de que él sí hubiera sobrevivido para volver a experimentarlo. Con el fin de expulsar a Elena de su mente, abrió la carta de su madre, que ésta había escrito de puño y letra en Madrid, cosa de año y medio antes.

Las disculpas y una tranquila petición para que se reconciliaran dominaban la primera página, para luego dar paso a las noticias sobre Anna y su hijo recién nacido. Johnny era tío; ella, Jeannette, era abuela. Volverían a ser una familia de nuevo en cuanto él y Dennis Whitcomb regresaran del África oriental... Estaba claro que Anna había hecho caso omiso del consejo de Johnny y había divulgado su destino en la Base Russell-Tharaka de las Fuerzas Aéreas.

Bueno, claro que lo había hecho. Joshua se había dado cuenta con retraso de que lo haría, motivada por su sentido del deber hacia la familia y su respeto a la jerarquía familiar. No pasaba nada. Joshua perdonaba la trasgresión de Anna, que era mucho menos hacia él que hacia las Fuerzas Aéreas y el Estado soberano de Zarakal.

En ese punto, la carta daba un giro y dejaba atrás el asunto de los lazos familiares para centrarse en las relaciones familiares. Un cambio sutil pero desconcertante. Las manos de Joshua comenzaron a temblar, y no solo por el calor y el vino, mientras continuaba leyendo lo que su madre había escrito:

Después de terminar mi primera y única novela (lo que no me convirtió en Agatha Christie ni en Barbara Cartland y me llevó sin pérdida de tiempo de vuelta a la no ficción), firmé un contrato con Vireo para escribir La Monarquía en España: Vida y política en la Iberia post-franquista. Así que vine para investigar y escribir el libro. O, al menos, el libro fue el motivo aparente que me trajo hasta este lugar. La verdad es que pensé que tú también podrías estar aquí, buscando esa parte de tu

pasado que nunca tuviste oportunidad de verificar por tu cuenta.

¿Recuerdas que cuando no eras más que un adolescente a veces usabas como nom de guerre Juan Ocampo? Solías fingir que eras un frenador de béisbol latinoamericano de algún equipo de primera, pero también te gustaba firmar poemas con ese nombre, acordar pactos con tus amigos y establecer Declaraciones de Independencia contra la Tiranía de Mamá y Papá Monegal. Estos últimos documentos llegaban a manos de los tiranos en cuestión tras «ser encontrados» de forma fortuita en lugares tan insospechados como mi Diccionario del American Heritage o el cajón de la mesa de trabajo de Hugo, en el cuarto de las herramientas.

De cualquier forma, este comportamiento me hacía suponer que alentabas la idea de poseer una identidad independiente a esa realidad burguesa en la que te habíamos instalado, y que algún día intentarías hacerte con esa vida alternativa. Tal vez, de hecho, esa identidad sumergida podría liberarte de los sueños que con tanta frecuencia te alejaban no solo de nosotros, sino también de ti mismo. «Si cree que ser Juan Ocampo lo liberará —razonaba yo—, bien puede ir a España en busca del Juan Ocampo que esconde su corazón». La idea del libro que estoy escribiendo llegó como un pretexto, un pretexto literal, para seguirte hasta España.

Y entonces Anna me escribió para decirme que ibas a Zarakal, lo que destruyó mis esperanzas de encontrarte aquí y me sentenció a seis meses de arduo trabajo en este brillante libro mío: La Monarquía en España (por Eliza Doolittle).

De cualquier forma, decidí buscar a tu madre. Si es que seguía viva. Mis investigaciones me llevarían a Andalucía y Sevilla, así que bien podría combinar el trabajo en el libro con mi curiosidad casi maternal acerca de lo que podría encontrar.

¿Te dice algo el nombre de Carl Hollis? Por supuesto que no. Era el agente de Inteligencia que declaró, durante la entrevista con el Coronel Unger que tuvo lugar en la oficina de la Base Aérea de Morón hace casi veinticinco años, que Encarnación Ocampo había desaparecido, probablemente para siempre. Nunca supe si eso significaba que estaba muerta o que se había desvanecido en la inmensidad del campo, como un guerrillero. Dado que la primera suposición echaba por tierra todas mis esperanzas, decidí investigar la segunda.

Algo bueno, John-John, ya que encontré a tu madre.

Sam Spade y Phillip Marlowe no me llegan a la suela de los zapatos, hijo, al menos en lo referente a la búsqueda de Madres Desaparecidas. (No soy tan buena con los Hijos Desaparecidos, aunque estos residan a tiro de piedra de los últimos destinos de sus padres. Sin embargo, en muchos otros sentidos, soy una experta en echar de menos a mi Hijo Desaparecido). No te contaré los detalles aquí. Baste decir que volví al piso en el que Encarnación vivió contigo entre 1962 y 1963. Dado que era evidente que yo no era policía ni una oportunista en busca de dinero, una

cantidad sorprendente de gente habló conmigo. En muchos aspectos, después de todo, Encarnación era (bueno, es) una figura digna de ser recordada como una persona amenazadora o valiente, según el punto de vista. Siempre preferí lo de valiente, porque a pesar de que podía haberte criado sumido en su desesperanza, te llevó a la seguridad de Santa Clara.

La cosa es que mis informantes (tres de ellos, John-John) recordaban a tu madre muy bien y me dieron varias pistas muy fiables.

La búsqueda de Encarnación me llevó a un pueblecito de Andalucía llamado Espejo. Allí vive ahora, Johnny; ya no es una prostituta ni una estraperlista. Ha redimido su vida de la forma más anticuada, al menos para la hembra de nuestra especie, pero no voy a hacer ningún tipo de comentario político sobre esto. Al menos, no en esta carta. Se ha casado con un hombre robusto y pelirrojo, dueño de una bodega; se llama Antonio Montaraz, y parece adorarla de un modo bastante tempestuoso. Debe de estar acercándose a un punto de inflexión en su vida, pero ya le ha dado al menos nueve hijos a este hombre; el más pequeño es un bebé al que da de mamar cuando puede mientras sirve las mesas en la deslustrada pero próspera bodeguilla del señor Montaraz. Los niños también ayudan a su padre y, a pesar de que hay mucho jaleo y bastantes peleas a la vista de los clientes, la autoridad del padre parece ser respetada incluso entre los hermanos mayores. Es una familia muy unida en la que Antonio y Encarnación se mantienen en unos papeles muy tradicionales. Me parece sofocante —lo siento, me sale la vena feminista—, pero tu madre parece estar más que a gusto con su prole.

Imagino que la pregunta principal que te rondará por la cabeza ahora será: ¿Hablé con ella? ¿Le hablé de ti? ¿Le expuse mis experiencias maternas para compararlas con las suyas? La respuesta a esta pregunta, a todas ellas, es que no, rotundamente no. Verás, Johnny, para los ocupados y risueños Montaraz, yo era una desaliñada y audaz inglesa con un libro de frases en español que se había bajado de un autocar de turistas desviado de camino a Córdoba. Ni siquiera intenté corregir esta falsa impresión.

Supón que le hubiera soltado a Encarnación toda mi historia. ¿Habría retrocedido al verme como si yo fuera un mensajero del mal que intentara destruir su vida actual con las espeluznantes historias de su pasado? Es bastante posible. O supón que te menciono, a espaldas de su marido, y que eso le provoca una tremenda ansiedad acerca de tu situación, tu bienestar, tu felicidad. Dado que ni yo puedo estar segura sobre esto, no hubiera podido calmarla a ella. Así que fingí ser un turista ignorante y hablé poco.

¿Recuerdas algo de español allí en el exótico Zarakal? ¿Aunque sea un poco? Bueno, pues el apellido Montaraz significa ‘salvaje, primitivo, sin civilizar’ y, en cierta forma, es una descripción bastante buena de tus hermanos y hermanas.

Ninguno es tan oscuro como tú, John-John, y dudo que alguno de ellos sufra esos sueños tan frustrantes y vívidos sobre el África oriental prehistórica; sin embargo, en muchos aspectos, son una pandilla bastante salvaje. Su madre les habla por señas con movimientos rápidos y, a pesar de que todos ellos pueden hablar, se van pasando las órdenes unos a otros con una sordera impecable e incluso entrecierran los ojos para darle mayor énfasis. Se comunican de manera tan eficaz sin palabras como con ellas, pero prefieren el ruido por el bien de Antonio. Es un charlatán alborotador, incapaz de mantener la boca cerrada.

No creo que sea un entorno en el que pudieras sentirte especialmente a gusto, pero tal vez decidas visitar un día a los Montaraz y comprobarlo por ti mismo. La dirección en Espejo es: Avenida Franco, número 17. No obstante, te pido que pienses en el impacto que tendría tu visita. Las ramificaciones se extenderían más allá de tu curiosidad filial.

El que Encarnación esté viva y sea feliz en un mundo como el nuestro se me antoja un milagro, y los milagros se justifican a sí mismos. A pesar de que la esperanza, la fe, el optimismo y el formidable poder de lo que el doctor Peale llama «pensamiento positivo» son evidentemente esenciales en el progreso de nuestra especie (¿Hacia qué?, sería la pregunta), solo un tonto haría caso omiso de la potencial «verrugosidad» de las circunstancias combinadas con el corazón humano. De hecho, me enfrenté a la búsqueda del paradero de tu madre biológica como si fuera una pérdida de tiempo, esperando desde el principio que se hubiera suicidado en un edificio abandonado, que la hubiera matado a palos un cliente psicótico, que hubiera sucumbido a los estragos de una enfermedad venérea o que incluso se hubiera metido debajo de un andamio de un edificio en obras y le hubiera caído encima un montón de ladrillos. Por supuesto, ninguna de estas posibilidades me gustaba, pero hasta que terminé mi investigación, todas parecían tan posibles como el verdadero final de la historia. Más que posibles, dados los orígenes tan poco prometedores de tu madre y los prejuicios que había en su contra, que la tachaban de bruja morisca. Así que valora este milagro, Johnny, y piensa muy bien acerca de la felicidad actual de tu madre biológica.

También sé qué fue de tu padre biológico, Lucky James Bledsoe. En este caso, no hay milagro alguno. La mala noticia es que, como miembro de la Primera División de Caballería del Ejército, murió hace veintiún años en el valle de la Drang, en Vietnam del Sur. Acababa de cumplir los dieciocho. Descubrí qué había sido de él después de identificar a sus padres a través del servicio de localización de las Fuerzas Aéreas en Lackland.

Los Bledsoe viven en Little Rock, Arkansas. Es probable que fueras un visitante bien recibido en su hogar, en caso de que decidas ir allí. Las paredes del salón de los Bledsoe están decoradas con numerosas fotografías de su hijo vestido con la

equipación de baloncesto de su instituto de Sevilla, con la chaqueta que llevaba la inicial de su nombre grabada, y otras con su gorro y su toga de graduación (de una facultad civil segregacionista en Montgomery, Alabama). Los visité hace cinco años, cuando aún no tenía pista alguna sobre tu paradero, con la esperanza de que, de alguna manera, te hubieras puesto en contacto con ellos antes que yo.

Como LaVoy, el padre de Lucky James, recordaba a Hugo de la época de su relación profesional en la Base de Morón, los Bledsoe me aceptaron en su casa. Ni LaVoy ni su esposa, Pauline, creyeron que los hubiera buscado para renovar una vieja amistad que nunca fue muy profunda. Cuando les conté que Hugo había muerto, me expresaron sus sinceras condolencias de una forma muy conmovedora; sin embargo, mientras Pauline me agasajaba con unos cuantos whiskys con 7-Up, LaVoy me hacía preguntas cada vez más incisivas acerca del motivo de mi visita, hasta que al final confesé que su hijo muerto tenía un heredero vivo.

Estas noticias ni les sorprendieron ni les molestaron. Creo que se sintieron casi agradecidos. Por eso creo que podrías entrar en sus vidas sin herirlos ni incomodarlos. Son tus abuelos, Johnny, y aquella noche, cuando me preguntaron por tu paradero, tuve que confesar mi ignorancia, mi culpa y mi pena. Sollocé sin vergüenza alguna durante diez o quince minutos, y Pauline (bendita sea) lloró conmigo. Nos hemos escrito o llamado por teléfono al menos una vez al mes desde que los visité, pero no les he dicho todavía que estás vivo y presumiblemente a salvo en otro país. (Después de todo, se suponía que Anna no tenía que decirme nada). Eso te lo dejo a ti, si crees que se merecen esa pequeña consideración. En mi opinión, se lo merecen.

Dios, qué larga se ha hecho esta carta. He estado escribiéndola durante tres horas seguidas, mientras que las calles de Madrid parecen desvanecerse bajo la fuerte lluvia de abril. Después de Juan Carlos, el diluvio. El reino de España, estoy por proclamar, no está ni mucho menos por terminar. Como tampoco lo está la lluvia. Pero me estoy cansando, y mucho, de escribir, tal y como podrás advertir por mi prosa, así que será mejor que esto termine. Tacha todo el párrafo, Johnny.

... El paraíso en sus sueños.

Date cuenta de la cabezonería con la que he evitado escribir estas palabras, con qué tenacidad he retrasado lo inevitable. Entre «Tacha todo el párrafo, Johnny» y las siguientes cinco palabras ha pasado casi una hora. El cielo se está aclarando de manera perceptible y la lluvia está remitiendo. Y por fin he escrito la frase alrededor de la que gira toda esta carta, a pesar de que ese eje de cinco palabras parezca un poco descentrado.

Johnny, perdóname. Nunca sabrás del todo lo mucho que lamento lo que hice, ni lo mucho que me has hecho pagar por aquel error. Siento mucho el dolor que te causé, siento el dolor que he tenido que soportar. Si alguna vez volvemos a vernos, lo

más probable es que no sea capaz de expresar la mayoría de estas cosas. Ésa es la razón de que haya escrito una carta de dimensiones tan estúpidas e, incluso, abrumadoras. Tienes una familia muy numerosa, y aunque te he hecho daño con un único acto irreflexivo y te he desconcertado al evolucionar de un tipo de persona a otra (cosa que me vi obligada a hacer), espero que no me excluyas para siempre de un lugar en esa familia. Yo también pertenezco a ella. A pesar de todo, Johnny, también pertenezco a ella.

*Con todo mi amor,
Mamá*

Joshua leyó la carta dos veces antes de volver a meterla en el sobre y guardársela en el bolsillo de la chaqueta. Vestía ropas de civil porque el personal norteamericano fuera de servicio no tenía permiso para lucir sus uniformes ni en Marakoi ni en Bravanumbi, tal y como estipulaba el tratado. Ninguno de los bandos quería dar la impresión de que los norteamericanos formaban una fuerza de ocupación. Por lo tanto, Joshua parecía un joven y ambicioso político nativo, un recién llegado a la tribu *WaBenzi*. Aunque su nerviosismo lo diferenciaba del resto de perspicaces hombres de negocios que almorzaban en el Karsanji, todavía no había atraído atención indeseada hacia su persona.

Con la mente girando como un tiovivo alrededor de todos los puntos de la carta de su madre, bebió, pidió más vino y volvió a beber. El último trasbordo para la base partía de la embajada a medianoche; bien podía pasarse las siguientes diez horas en aquel lugar. Para cenar, pidió pastel de riñones y una jarra de la densa cerveza negra irlandesa; después, regresó al vino. Si no era capaz de decidir qué objetivo perseguir a largo plazo ahora que el Proyecto Esfinge Blanca había acabado y miles de opciones contradictorias se le ofrecían, al menos podría matar lo que quedaba de día. Sin esfuerzo. Sin dolor.

—¿Puedo sentarme?

Joshua levantó la vista para ver a Alistair Patrick Blair de pie junto a la silla que su madre había ocupado. Sin entusiasmo, asintió para que el Gran Hombre ocupara el asiento vacío.

—¿Dónde está la señora Monegal?

—Saliendo del país.

—¿Tan pronto?

—Se supone que debe comenzar la gira promocional de su nuevo libro. Su visita la ha hecho cancelar cuatro actos de su agenda y su editor no salta de alegría precisamente.

—Debería decirle a su editor que se fuera al infierno —dijo Blair con amabilidad—. Yo nunca promociono mis libros.

—Solo lo hace con el fin de conseguir dinero para sus excavaciones.

—Eso es bastante cierto.

—Mi madre vive de sus libros. Mi padre no tenía ningún seguro de vida, y murió antes de conseguir la pensión de las Fuerzas Aéreas.

—Siento oír eso, Joshua.

Los dos hombres se miraron. El día anterior, Joshua se había liberado de los dos años de su experiencia subjetiva en el lejano pasado. Alternando preguntas sobre paleoantropología y cuestiones temporales, Blair y Kaprow lo habían interrogado durante diez horas, para el beneficio de su propia e insaciable curiosidad y la de las dos silenciosas grabadoras. Joshua les había contado todo, sin omitir detalle de su larga e íntima relación con la hembra habilina a la que había llamado Elena.

Aquella relación explicaba la existencia de la Larva, y Joshua no tenía la menor intención de entregar a su hija a nadie para que llevara a cabo experimentos biológicos ilegales, poco éticos y nada morales. Ella era, como Kaprow ya había concedido, un ser humano. Cualquier descendiente viable que tuviera como padre a un ser humano era, por definición, un ser humano —así como también por esa misma definición era su hija—, y al denegarle la custodia de la niña, las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y el Gobierno de Zarakal estaban violando uno de los derechos humanos más básicos y esenciales. Al cabo de esas diez horas, Joshua se vino abajo y había maldecido a los dos hombres, rindiéndose sin reservas a la ira, ya que no a las lágrimas.

—Me parece que ha estado bebiendo bastante. ¿Le importa si intento darle alcance?

—¿Para qué?

—Bueno, Joshua, para celebrar.

—¿El hecho de que haya tirado su teoría del *Homo zarakalensis* por el retrete?

—Si eso le complace. No obstante, no estoy seguro de que lo haya hecho.

—¿O tal vez celebremos el inexcusable trato que nos está dando a mi hija y a mí?

—Joshua, la niña es una ciudadana de Zarakal, con todos los derechos y privilegios inherentes a los ciudadanos de nuestra república. Es posible que inventemos excusas para limitar su libertad, pero jamás la de ella.

—Entonces, ¿qué celebramos?

—Creí que los norteamericanos habían repartido puros. Aún no tengo el mío, supongo que esta excelente cosecha bastará.

Joshua miró al Gran Hombre sin parpadear.

—Por su primer embarco en el océano de la paternidad. —Blair levantó la copa de vino que uno de los camareros del Karanji acababa de llevarle—. Por Joshua Kampa, el nuevo Adán, el Padre del futuro.

—Y una mierda.

—Una estupenda y muy aromática.

—Pero mierda al fin y al cabo.

—Mzee Tharaka me dijo esta mañana que, sin importar lo que yo o las autoridades norteamericanas deseáramos, su hija debía serle devuelta de inmediato. Si nos negábamos a este requerimiento, yo sería despojado de mi cargo y los norteamericanos de sus flamantes instalaciones militares.

—¿Le habló de la Larva?

—Ya lo sabía, Joshua.

—¿Cómo?

—Parece ser que dos de nuestros futuros astronautas son también agentes de inteligencia. Recorrían con un bote de pesca el Lago Kiboko durante el Proyecto Esfinge Blanca y grabaron su regreso a través de las lentes telefotográficas de una cámara de vídeo portátil. Era imposible trasladarles a usted y a la niña desde el autobús al servicio médico sin exponerles, aunque fuera brevemente, a la vista.

Joshua recordó vagamente haber visto una embarcación en el lago... una pequeña embarcación, siempre a lo lejos.

—Hay más. Algunos de esos molestos sambusai que de vez en cuando se adentran en el protectorado... en fin, parece ser que uno o dos de ellos también trabajan para Mzee Tharaka, por lo que nuestro Presidente Eterno tiene muchos ojos y oídos. Se quedó muy impresionado con usted cuando visitó la Rampa de Simulación de Ingravidez. Le considera un hombre valiente. Antes de que vuelva a los Estados Unidos, será nombrado ciudadano honorario de Zarakal en una ceremonia privada que se llevará a cabo en la mansión del presidente. ¿Empieza a entender lo que celebramos aquí, Joshua?

—¡La Larva es mía!

—Me parece que debería darle un nombre más digno. Seguro que Mzee Tharaka va a pedir al menos eso.

—¿Cree que al Presidente Tharaka le gustará «Mónica»?

—¿Mónica?

—Es un apodo muy «mono», ¿no le parece? Es el nombre que tenía en mente, un nombre inglés o zarakalí decente. —Al ver que Blair no decía nada, Joshua añadió—: ¿Qué más piensa pedir el presidente?

Blair dio un sorbo despreocupado al vino y adornó su bigote con unos diminutos rubíes de *Chablis*. Acto seguido, se limpió los labios con la servilleta y observó el devenir del tráfico.

—Me temo que no me he expresado bien, Joshua. El presidente tiene la esperanza de que siempre considere este país como una segunda patria; que una vez que deje el ejército estadounidense, accederá a vivir en Zarakal con su hija, al menos durante algún periodo de tiempo cada año. Con este fin, ha decidido que reciba un pequeño

estipendio anual como pago por haber ayudado en el proceso de consolidación de las relaciones entre los dos países. Además de un piso aquí, en Marakoi. Sería una vergüenza, al menos eso cree él, que, esto..., que Mónica crezca únicamente como norteamericana, alimentada con hamburguesas y batido helado de plátano, educada a través de programas de televisión y de las cintas de casete, alejada de su tierra, de su gente y de la cultura de su país natal. La mera idea de semejante desarraigo aterra al presidente, y está convencido de que usted, como el inteligente hombre negro que es, verá el problema desde su misma perspectiva.

—¿Y un piso en Marakoi soluciona el problema?

—No por completo. Mzee Tharaka desea que se vea usted a sí mismo como un puente entre dos mundos. Marakoi es solo uno de los extremos del puente. El otro puede ser Pensacola, en Florida; o Cheyenne, en Wyoming; o Wichita, en Kansas. Donde usted quiera. Pero si rechaza el apartamento en Marakoi, el puente se derrumbará por falta de apoyo, y los acuerdos comerciales entre la tierra natal de su hija y su tierra adoptiva deberán cesar por necesidad, al menos para usted y su hija. El lema del Presidente Tharaka siempre ha sido: «Que fluya el comercio».

El vino que Joshua había consumido a pleno calor no lo ayudaba precisamente a mantener una discusión silogística. Se sentía atrapado en el interior de una intrincada tela de araña. Y, en ese momento, el hilo que seguía lo arrastraba hacia las profundidades en lugar de ayudarlo a salir. ¿Qué depredador de múltiples ojos lo esperaba en el corazón de aquella telaraña?

Distraído, murmuró:

—Perséfone.

—¿Cómo dice?

—El presidente quiere que Mónica pase la mitad del año en el inframundo y la otra mitad con los vivos... como Perséfone.

Blair soltó una carcajada.

—Cierto, sí. ¿Pero cuál es cuál?

—La saqué de la tierra de los muertos, doctor Blair. —Señaló a la multitud del restaurante y un trozo de cielo visible a través de un agujero en el toldo—. Todo lo que hay aquí pertenece a ambos mundos. No solo en Marakoi, sino en todos lados. En cualquier parte. Allí también; incluso en el inframundo.

—Está un poco achispado, ¿verdad?

—Usted ha influido sobre el Presidente Tharaka en este asunto. Quiere que Mónica pase un tiempo en Zarakal para así poder tocar y pinchar, medir y comparar. ¿Estoy en lo cierto?

—Eso ayudaría. Y no sería más doloroso para la Larva, o eso creo, que un examen físico anual.

—¡Ella no es uno de sus puñeteros fósiles! —Joshua fue consciente de las

cabezas que se giraron ante su arrebató. Bajó la voz—: No es ninguno de sus puñeteros fósiles. Es un ser humano. La hija de Elena.

Blair dejó su copa a un lado, echó la silla hacia atrás y se puso en pie.

—Por supuesto. Y la suya también, Joshua. El personal médico de la base lo ha confirmado. Por tanto, es parte de usted y Mzee Tharaka ha intercedido con el fin de garantizar que nadie pueda discutir ese hecho. Su intervención merecería una pequeña muestra de gratitud, ¿no cree? Por favor, Joshua, téngalo en cuenta cuando llegue el momento de tomar una decisión final.

Después de pagar su consumición con varios billetes en los que estaba grabada la imagen del Presidente Tharaka ataviado con su cráneo de homínido a modo de corona y la capa de piel de leopardo, el Gran Hombre le dio a Joshua una palmadita cariñosa en el hombro y bajó por el Bulevar Tharaka hacia el Museo Nacional desde el que, al parecer, había salido en primer lugar para hacer su descanso del mediodía.

Joshua les dejó propinas desorbitadas al camarero africano y al hindú. Después, se zambulló dando tumbos en la luz del sol. El brillo de los edificios y de los adoquines del suelo lo cegaban. Unos pavos reales se paseaban en una pequeña plaza con césped de color verde esmeralda más allá del siguiente cruce. Caminó sin rumbo fijo durante casi una hora. El ruido de un motor le hizo levantar la vista. Sobre la ciudad, un avión dejaba una estela en dirección Nor-Noroeste en la inmensidad de un cielo dolorosamente vacío. Era el vuelo de su madre hacia Roma, la primera parada de su viaje de regreso a los Estados Unidos.

—Hasta la vista —le dijo al avión, saludando—. Hasta la vista. —La otra palabra no la pronunció, y el eco reverberó en su memoria.

Un capítulo de su vida —una era, más bien— había llegado a su fin. La proyección de diapositivas había terminado por fin. El Pleistoceno Inferior ya no estaba a su alcance a través de los sueños y el Proyecto Esfinge Blanca estaba acabado, seguramente para bien. Y allí estaba él, con apenas veinticinco años y una nueva vida que crear. Una multitud de opciones se extendía ante él, pero, achispado por el *Chablis* y el calor del sol, lo único que podía hacer por el momento era regodearse, en un sentimiento de pérdida e incertidumbre. Todos los caminos que conducían a su antiguo yo —el yo que había intentado sobrevivir como un solitario en Fort Walton Beach— estaban cerrados, y no sabía qué nuevo camino elegir.

—Hasta la vista —repitió y esta vez no le hablaba a su madre.

Coda

La hija del tiempo

Agosto de 2002

Con la bendición de mi madre, titulé el libro sobre mis aventuras en la prehistórica África del Este *El paraíso en mis sueños*. No fue publicado en los Estados Unidos hasta 1994, siete años después de mi regreso del distante pasado, cuando el Gobierno norteamericano levantó a regañadientes la tapadera del Proyecto Esfinge Blanca y reconoció de manera oficial que mis ridículas historias acerca del viaje al Pleistoceno como crononauta de las Fuerzas Aéreas no eran ridículas en absoluto. Durante ese intervalo, de cualquier forma, me convertí en ciudadano zarakalí y en ministro de su Gobierno. De hecho, *El paraíso en mis sueños* fue publicado por primera vez en 1993, en inglés y en swahili, por la Editorial de Makaroi Gatheru e Hijos. La prensa norteamericana se apresuró a hacerse eco de la aparición de mi libro y a acusar tanto a la Administración como al Pentágono de mancillar mi nombre y apropiarse de millones y millones de dólares en impuestos sin la aprobación del Congreso, una escalofriante recapitulación del revuelo que había producido mi marcha de los Estados Unidos en 1990. Por aquel entonces, no obstante, estaba demasiado ocupado cuidando de mi hija y ejerciendo de Ministro de Turismo y Asuntos Exteriores de Zarakal como para preocuparme por el alboroto y el escándalo que se había formado en Washington, D.C.

El tiempo pasó, como hace siempre.

En el decimoquinto aniversario de mi regreso de la larga estancia entre los habilinos (la misma fecha de agosto que Mónica, alias la Larva, había elegido como su «cumpleaños oficial» a la avanzada edad de seis años), llevé a mi hija al nuevo y flamante Centro de Convenciones y Recreo Arenas Sambusai, a las orillas del pintoresco Lago Kiboko. Fue mi regalo de cumpleaños. Pronto se marcharía a los Estados Unidos para proseguir con sus estudios en una escuela privada de Kent, Connecticut, y yo esperaba que unos cuantos días remando en barca, jugando al ping-pong y al tejo, nadando, observando a los cocodrilos y apostando en el casino pudieran acabar con su estado de melancolía.

A pesar de que el Esfinge Blanca había purgado los viajes astrales de mi organismo hacía mucho tiempo, sabía que Mónica sí los sufría. Soñaba del mismo modo que había soñado yo. No con las tierras de gatos zampacalicoterios de su madre, no obstante, sino con una vívida utopía del mañana cuya inaccesibilidad le frustraba, en ocasiones, más allá de lo soportable. Yo, con el pasado; ella, con el futuro. Por naturaleza, Mónica era una niña alegre a quien tanto Jeannette como Anna habían llegado a conocer y a querer; pero al albor de las recientes catástrofes

sociopolíticas (de las que Zarakal, gracias a un tratado amistoso con la Liga Árabe y al fuerte papel de liderazgo del Movimiento por la Confederación de África del Este, había conseguido aislarse en parte), sus sueños habían aumentado en número, duración e intensidad. Era una joven atormentada, mi Mónica. Si aquellas vacaciones no borraban las arrugas de su frente, no podría mandarla a la escuela de Connecticut con la conciencia tranquila.

Para entonces, llevaba trabajando en el gabinete de Zarakal durante casi una década. A los treinta y nueve, todavía era el miembro más joven de la Asamblea Nacional con un cargo en el Consejo de Ministros del Presidente, y una de mis obligaciones era estar disponible durante la Gran Gala de Apertura del hotel y restaurante Arenas Sambusai. Que este evento coincidiera con el aniversario de mi partida del Pleistoceno y con el nacimiento de Mónica no fue una simple casualidad.

Mi posición tenía sus recompensas. Cuando Mónica y yo llegamos al recién acabado aeropuerto Alistair Patrick Blair, un grupo de *ilmoran* sambusai, o guerreros sambusai, vino a recibir nuestro jet privado y a escoltarnos hasta la terminal, donde dos de sus miembros, al parecer los ganadores de una especie de sorteo, se unieron a nosotros como guardaespaldas adicionales. Ataviados con sus capas ceremoniales y sus cintas para el pelo llenas de cuentas, eran compañeros de voz suave que habían asistido a la escuela católica de la misión de una base cercana a la frontera. Eran bastante más altos que mi hija y que yo.

Mónica, a pesar de mis protestas en Marakoi, se había afeitado la cabeza y se había puesto un elegante atuendo africano como (palabras textuales, lo juro) «medidas profilácticas contra la influencia corruptora del centro turístico». Ahora tendría que ponerse una peluca para asistir a las clases en la escuela de Kent. A nuestros guardaespaldas sambusai no les importaba. Posaron sus ojos castaño oscuro sobre Mónica con respetuosa admiración. Bien. Había empezado a temer que todos mis planes para su bienestar se fueran al traste por su propia actitud intransigente. Puede que la cercanía ocasional de un par de inocentes machos viriles mejorara su disposición. La envié hacia el muelle donde se alineaban los botes de remos con los guerreros sambusai y un agente de seguridad armado mientras mi ayudante y yo nos registrábamos en el mostrador principal del hotel y subíamos las escaleras para evaluar nuestra suite de lujo.

—Muy *WaBenzi*.

—Sí, señor, así es —corroboró Timothy Njeri, un kikembu cincuentón que me habían asignado no mucho después de que consiguiera mi escaño en la Asamblea Nacional. El maletín de Timothy contenía un avanzado equipo electrónico que el hombre se dispuso a sacar de inmediato para rastrear la habitación en busca de dispositivos de escucha—. Parece estar limpia —dijo al fin mientras volvía a guardar el equipo con mucho cuidado.

Le dije a Tim que se sirviera una copa del bar bien surtido de la suite; después me puse un jersey de red de Agosto Caizzi y unos pantalones cortos caqui de diseño y bajé al vestíbulo del Arenas para cumplir con otra de mis obligaciones en aquella misión múltiple.

Las máquinas tragaperras no dejaban de pitar y traquetear en la sala de juegos que había a mi derecha, mientras que en el casino que había a mano izquierda una docena de ruletas giraban alrededor de sus fiables órbitas. Había más norteamericanos que nunca en Zarakal, y las Fuerzas Aéreas, como respuesta a la extensión de las estipulaciones de nuestro tratado, acababan de inaugurar un servicio de transbordadores gratis entre Russell-Tharaka y las instalaciones navales de Bravanumbi para todo el personal militar autorizado. Aún más, un consorcio cafetero americano había construido una sucursal en medio de las tierras altas, y había un concesionario de alquiler de coches de la Ford a las afueras de la capital, donde los trabajadores zarakalíes se embolsaban un salario por hora que cuadruplicaba el de otros trabajadores nativos; aunque solo fuera un tercio de lo que sus compañeros norteamericanos cobraban en Dearborn y en Detroit. A pesar de la continua sequía en el Distrito Fronterizo Noroeste, nuestra economía florecía. El *Libro Mayor de África Oriental* de Marakoi hacía referencia de vez en cuando a mi contribución en dicho florecimiento.

Un hombre negro con ropas occidentales, que llevaba un peculiar alfiler de corbata con forma de escarabajo, llamó mi atención, por lo que me abrí paso a través de las ahumadas puertas giratorias hasta la terraza que daba al lago. El alfiler de corbata identificaba al hombre como mi contacto, un enlace entre los custodios del moribundo Proyecto Esfinge Blanca y el Gobierno de Zarakal. Por razones obvias, Matthew Gicoru, nuestro vicepresidente, me había seleccionado para representar nuestros intereses en esa reunión, pero yo todavía no tenía clara la necesidad de semejante reunión, ni la insistencia del enlace en recurrir a aquellas embarazosas tácticas a lo James Bond. Después de diez minutos bajo el árido calor lacustre, su escarabajo esmaltado se derretiría encima de la corbata.

Seguí al hombre al exterior. Mi contacto, después de comprobar que no me seguían, me condujo a un parapeto rodeado por palmeras y alejado del hotel. Eran las tres en punto de la tarde y hacía demasiado calor para aquellas estupideces. Encajonada entre sus galeros sambusai bajo una gran sombrilla de lunares, mi Mónica era la pasajera en el único bote de remos que se deslizaba por las aguas turquesa del lago. Una pequeña embarcación de rescate permanecía en la orilla para auxiliar a cualquier barquero que cayera víctima del calor.

Al norte del hotel, estábamos construyendo un campo de golf de nueve hoyos, con calles y *greens* de césped Astro, pero era difícil imaginar a alguien que no fuera un beduino millonario haciendo uso de él. Además de la deshidratación y la

insolación, había otros problemas. Mi contacto, que saltó desde el paseo del muro de contención, ignoró el alto obelisco de piedra que avisaba de lo siguiente:

LOS HUÉSPEDES QUE CONTINUÉN A PARTIR DE AQUÍ
LO HARÁN BAJO SU PROPIA RESPONSABILIDAD.

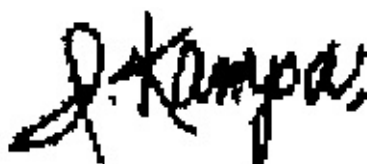
* * *

* * *

Cuidado con los leones y otras criaturas salvajes potencialmente peligrosas.

Se castigará con una pena de un año de cárcel a cualquier persona no autorizada que lleve armas dentro de la zona restringida.

Este mensaje, repetido en swahili, francés y árabe, llevaba una réplica de mi propia firma:

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'J. Kampa'.

Ministro de Turismo y Asuntos Exteriores.

Estaba refrendado por el Ministro del Interior.

Varias decenas de metros más allá del obelisco, mi contacto se detuvo en un saliente desde el que se apreciaban los yacimientos fósiles con los que Alistair Patrick Blair se había ganado su reputación como paleoantropólogo. El apogeo de los setenta y los ochenta se había acabado. Una cerca de cadenas cerraba el área donde los sucesores del Gran Hombre trabajaban para mantener su obra con vida a la irónica sombra del hotel Arenas Sambusai.

No me hacía ninguna gracia ir tan lejos, porque allí los recuerdos me aguijoneaban. Uno de ellos estaba conmemorado por la escultura de bronce del cráneo de un homínido colocado en el extremo superior de un eje de acero inoxidable sobre un montón de piedras de argamasa. Este monumento estaba enfrente de la choza de cáñamo que había servido como cuartel general de Blair en el Lago Kiboko. Los turistas podían entrar en el protectorado, rebajado de unos doscientos cincuenta kilómetros cuadrados a unos pocos centenares de metros cuadrados tras la muerte del Gran Hombre, únicamente los domingos, y siempre acompañados por guardias armados que no les permitían deambular fuera de la ruta preestablecida. Las pistolas de los guardias servían tanto para intimidar a los turistas como para defenderlos de los leones. La placa conmemorativa rezaba:

ALISTAIR PATRICK BLAIR
Hombre de Estado y científico
1914-1991

Las cenizas de Blair estaban enterradas bajo el pedestal.

—Dirk Akuj —se presentó el hombre que esperaba en el saledizo cuando me acerqué. Era delgado, negro como el carbón y de aspecto austero—. Es un placer conocerlo, señor Kampa.

—El placer hubiera sido mayor con el aire acondicionado del hotel.

—Pero menos íntimo. Y desde aquí, señor, podemos observar la progresión de su hija a través del lago.

—¿Qué tiene que ver mi hija con todo esto? —pregunté, enfadado.

—Una jovencita encantadora. Me sorprende, señor, que una persona famosa como usted le dé a una persona famosa como ella tanta rienda suelta. El mundo está lleno de gente sin escrúpulos.

—¿Acaso estoy hablando con alguien así?

—No piense mal de mí, señor. Mónica es única. Su seguridad debería ser motivo de gran preocupación para todos nosotros.

—El año que nació, el Presidente Tharaka la declaró un recurso nacional, un tesoro nacional. Aquellos guerreros sambusai lo saben, como también el hombre que tengo apostado en la dársena. Si algo le ocurriera en esta excursión, sufrirían las consecuencias.

—Sí, señor... ¿pero acaso su castigo, aunque fuera la muerte, le resarciría de la pérdida de su hija?

—Nada resarce a un padre de la muerte de un hijo. —Saqué un pañuelo rosa pálido recién lavado de mi bolsillo y me enjuagué la frente—. ¿Adónde quiere llegar con todo esto, señor Akuj? No me gustan nada sus preguntas.

—Soy del Esfinge Blanca.

—Eso ya lo sé, señor Akuj. Pero usted es zarakalí, según creo, y el Esfinge Blanca murió hace hoy quince años.

—En realidad, señor Kampa, soy un karamojong de Uganda. No está muy lejos de aquí, sin embargo, y también considero este como mi país. —Su mirada barrió el lago, el desierto, el horizonte oriental, y después asintió con la cabeza hacia otro saledizo que había por dentro de la cerca de cadenas—. El Gran Hombre murió allí, ¿no es cierto?

—Sí. Un asqueroso cámara de la Fundación Americana para la Geografía lo tiene todo grabado. Blair se tropezó mientras hacía una prospección en aquel terraplén, se cayó y se rompió el cuello.

—Tratando de alcanzar lo imposible. —Le dediqué a Dirk Akuj una mirada

furiosa—. Porque trataba de alcanzar lo imposible, ¿no le parece? Murió en su propio Módulo de Simulación de Ingravidez.

—¿Quién puede decir lo que es imposible y lo que no? —pregunté de mal humor.

—Quién, es cierto. Yo no, señor Kampa. Debería saber que el Esfinge Blanca ha vuelto a renacer de las cenizas de Woody Kaprow.

Aquellas noticias me dejaron atónito porque no sabía que Kaprow hubiera muerto. No había tenido noticias del físico desde hacía ocho o nueve años; la última vez que lo había visto, fue en el funeral de Blair, en Marakoi, pero siempre había supuesto que estaba incomunicado por razones de seguridad. El Gobierno de los Estados Unidos lo había trasladado a otras líneas de investigación temporal, y él, feliz como un niño con zapatos nuevos, se había dedicado con entusiasmo a su nuevo cometido. O eso creía yo.

—¿Sus cenizas? ¿Ha muerto?

—Estaba hablando de forma metafórica, señor Kampa, pero estamos bastante seguros de que el doctor Kaprow está muerto. Hace ocho años, no regresó de una misión que se llevó a cabo en Dachau, en la Alemania occidental. La misión era, supuestamente, una prueba de ciertas mejoras de la maquinaria de transferencia temporal, pero ahora parece que el doctor Kaprow insistió en este salto atrás por motivos de... llamémoslo «culpabilidad racial». Fue a unirse a los mártires.

—¿Y no regresó nunca?

—No, señor. Suponemos que rechazó a propósito esa opción.

Escudriñé la cara del joven.

—¿Suponemos? ¿Nosotros?

—Al igual que usted, señor Kampa, tengo la doble nacionalidad. Soy el director adjunto de la nueva encarnación del Proyecto Esfinge Blanca. Mi asociación con el doctor Kaprow comenzó tres años después de que finalizara la suya.

—Usted sueña —dije en un susurro—. Es un viajero astral.

—Yo tengo alucinaciones, señor. Comenzaron cuando no era más que un niño de siete años, en un campamento de refugiados de Karamoja en el que poco a poco me moría de hambre. —Hizo una pausa—. ¿Le interesa mi historia? Me haría muy feliz contársela.

—Alejémonos del sol.

Conduje a Dirk Akuj lejos del saledizo y a lo largo de la orilla del lago hasta la cerca que rodeaba el protectorado. Allí rebusqué entre mis llaves, abrí la puerta y encontré una segunda llave que nos permitiría entrar en la cabaña de adobe y cáñamo de Blair, que ahora era una especie de museo improvisado. Una vez dentro, nos sentamos junto a una desvencijada mesa de madera que había delante de la vitrina en la que se exponían colmillos de mastodonte, dientes de suido, y el cráneo y el núcleo óseo del cuerno de un búfalo de tamaño medio, el *Homioceras nilssoni*. Cada objeto

estaba etiquetado, pero un visitante podía investigar en busca de cualquier fósil de homínido en vano, ya que no había más que unas cuantas piezas irregulares de cráneo, apenas los fragmentos de un rompecabezas. Junto a la caja registradora, las postales que reflejaban la inmensa sonrisa del «*Homo zarakalensis*» estaban a la venta. Fui a conectar el aire acondicionado, porque el calor y las motas de polvo hacían que el interior de la cabaña resultara opresivo, pero el ugandés levantó la mano.

—No tardaré mucho en contarle mi historia, señor Kampa.

Dirk Akuj explicó que en el atestado campamento de refugiados, después de más de un mes viendo cómo los niños esqueléticos morían de hambre, enfermedades y, en ocasiones, de falta de cariño, la noche se convirtió en una materia plástica para él — en ese momento, se dio unos golpecitos ilustrativos en el alfiler de corbata con forma de escarabajo— y, del interior de la bruma de color azul índigo de sus visiones, tomó forma un delicado salvador de ojos almendrados. Ese ser inverosímil se tragó a Dirk Akuj con una carcajada. La esencia del niño flotó a través del tracto azul del esófago del desconocido hasta el estómago y los intestinos. Entonces, dichos órganos se dieron la vuelta de dentro hacia fuera y extendieron una extensa membrana que acabó siendo el cielo sobre el desierto. Como una nube, el chico fue impulsado a través de esta luminosa membrana hasta un lugar donde se disolvió en lluvia, en «interminables torrentes de inexistencia», para utilizar las palabras exactas de mi contacto. No se condensó a sí mismo a partir de ese estado —no quería hacerlo, nunca más— hasta que un despiadado amanecer en Karamoja lo despertó al clamor, la suciedad y la aflicción del campamento de refugiados.

Tres días más tarde, un esbelto hombre oriental que se parecía mucho al «salvador» del sueño de Dirk Akuj —o de su alucinación— llegó al campamento. Ese hombre de aspecto extraño, una anomalía entre los barbudos fotógrafos europeos, las monjas de rostro pálido y los antipáticos soldados negros de Kampala, seleccionó a cinco niños, en apariencia al azar, y los sacó del campamento, de Uganda y de África.

—Nos llevó a los Estados Unidos —concluyó el hombre.

—¿Cómo?

—Es difícil recordarlo. Con mucho papeleo oficial y modales persuasivos. Tenía una voz suave, pero insistente y directa. No se permitía a sí mismo discutir en voz alta, ya sabe.

—Pero ¿por qué lo hizo?

A pesar del letrero de «No tocar», Dirk Akuj levantó el diente de un antiguo jabalí verrugoso de la vitrina y lo giró entre sus dedos como si fuera una joya. Su única respuesta a mi pregunta fue una sonrisa a caballo entre la burla y la compasión.

—¿Solo cinco? —le pregunté al ugandés.

—Hizo lo que pudo. Me crié en una familia de adinerados agentes de bolsa al sur de California. Seguí alucinando con mi futuro. Una de esas alucinaciones profetizó mi encuentro con el doctor Kaprow en un viaje del R.O.C.T.^[10] organizado por la Facultad de San Bernardino, donde vivíamos, a la Base de las Fuerzas Aéreas de Edwards. Y... —dejó que su voz se apagara.

—¿Y qué?

—Y así ocurrió. —Devolvió el diente de suido a la estantería—. Hace calor aquí, ¿verdad?

—¿Por qué quería hablar conmigo, señor Akuj?

—¿Por qué no continuamos nuestra conversación en un entorno más confortable? Ésta, señor, era tan solo una reunión para conocernos. También estoy aquí como representante de Uganda en la inauguración oficial del Arenas Sibusai. Nos veremos esta tarde en el restaurante. —Antes de que yo pudiera emitir protesta alguna, el hombre se escabulló hasta la puerta y se introdujo en la luz cegadora de media tarde—. Espere unos minutos antes de seguirme al hotel, señor Kampa. No es necesario que me acompañe de vuelta.

Enfadado, receloso y perplejo, me quedé en el porche observando cómo mi felino visitante desandaba el camino de vuelta hasta la puerta de metal. Allí se giró y saludó, con el escarabajo de plástico brillando de forma casi incandescente.

—Estoy impaciente por conocer a su hija —gritó.

Empujó la puerta y caminó con agilidad hasta el final del paseo del muro de contención, de vuelta al hotel. Deseé que un león cayera sobre él o que un cocodrilo saliera del agua para atraparlo.

Mónica y sus regios galeros ya no estaban en el lago. ¿Por qué Dirk Akuj la había nombrado tan a menudo en su pequeña charla? Esa pregunta me asustaba porque creía conocer la respuesta.

En el restaurante —más exactamente en el gran salón de entretenimiento del Arenas Sibusai, un lugar multiestratificado con una zona para la orquesta y un inmenso escenario cubierto por un telón a rayas blancas y negras, como las de las cebras—, se había reunido un millar de personas o más para la gran apertura oficial de nuestro Centro de Convenciones y Recreo de mil millones de dólares. Ciertas partes del complejo llevaban funcionando desde hacía casi tres meses, pero esa noche representaba la culminación de nuestro trabajo y un nuevo comienzo en la carrera hacia la independencia económica. A las mesas, esparcidas como islas en la electrizante oscuridad, se sentaban dignatarios africanos, unos cuantos árabes ricos, el personal de servicio norteamericano y los jugadores europeos que aguardaban el momento de ir al casino. A cada lado del vestíbulo, a la altura de los balcones, los

leopardos paseaban de un lado al otro en vívidos dioramas del Pleistoceno.

Cerca de la zona de la orquesta (cuyas cuerdas llevaba tocando veinte minutos *Born Free*), estaban las mesas reservadas para el gabinete de ministros zarakalíes, para los comandantes de las Bases de Bravanumbi y Russell-Tharaka y para los representantes de cada uno de los países de la Confederación de África del Este. Mónica y yo compartíamos nuestra mesa con el Vicealmirante Cuomo y la representante de Tanzania, una bella mujer arusha que claramente desaprobaba aquellos festejos.

Una mesa más allá, se encontraba Dirk Akuj, con un aspecto algo siniestro, vestido con una chaqueta de esmoquin verde lima fosforescente. Su nombre, según había descubierto después de regresar a mi suite, aparecía de hecho en la lista oficial de invitados, pero yo jamás me habría imaginado que uno de los africanos invitados a nuestra gran inauguración sería también un miembro del Esfinge Blanca. Traté de evitar la mirada del hombre, pero él siguió comiéndose con los ojos a Mónica y dirigiéndome enigmáticas sonrisas, de modo que me resultó muy difícil ignorarlo.

El Almirante Cuomo me fue de alguna ayuda, ya que nos enzarzó a la mujer arusha y a mí en una animada charla sobre su tema favorito, el *hockey* sobre hielo, con respecto al cual nos creía tremendamente interesados dada nuestra falta de oportunidades de contemplar dicho deporte. Mónica permanecía en silencio, y su mal humor se veía alentado por la fría actitud de Rochelle Mutasingwa, de Tanzania. No era consciente del interés que despertaba en Dirk Akuj, y me sentí agradecido porque no se hubiera percatado de la presencia del hombre. Mientras el Almirante Cuomo recitaba con fidelidad los momentos más interesantes de las finales de la Copa Stanley del año anterior, la tarde pareció alargarse eternamente ante nosotros.

Los últimos acordes de *Born Free* cayeron por fin prisioneros del silencio, y los Marakoi Pops empezaron a tocar una fanfarria. La cháchara expectante de la multitud se apagó, se encendió un brillante foco en el escenario y el cantautor norteamericano Manny Barrelo salió desde uno de los laterales, caminando junto a la silla de ruedas autopropulsada del Presidente Mutesa Tharaka.

Como una sola persona, todos los presentes en la sala se levantaron para otorgar a nuestro presidente una clamorosa ovación. Fue atronadora, a pesar de la falta de silbidos, patadas en el suelo o gritos improcedentes. Incluso Mónica se mostró conmovida, ya que era la primera vez en tres años que Mzee Tharaka aparecía en público. En la mayoría de los acontecimientos de Estado o ceremoniales, era el Vicepresidente Gicoru quien acudía en su lugar, y nadie había anticipado un cambio en ese arreglo, ni siquiera para la anhelada gran inauguración del Arenas. Nuestros aplausos duraron casi cinco minutos.

Sin dejar de asentir y sonreír, Barrelo nos acalló alzando las manos y dirigiéndose a nosotros para decirnos que éramos «testigos de la Historia». El presidente,

entretanto, estaba sentado en su silla como un opulento espantapájaros; la calavera dorada de su corona clavaba los ojos en la oscuridad con una amenaza que todo el mundo comprendió de manera implícita, pero de la que se hizo caso omiso con inquietud. El rugido del leopardo que se paseaba por el balcón de la izquierda era audible incluso a través del plástico a prueba de balas del diorama, y Barrelo saludó a la criatura sin interrumpir sus comentarios.

—... muchos y elegantes entretenimientos para vosotros, compañeros, e incesantes juegos en el casino que hay justo a la salida del vestíbulo. —Y con esto, entornó los ojos para observar las luces de las mesas que había más allá de la orquesta—. ¿Está Joshua Kampa aquí esta noche? Por supuesto que sí, vaya pregunta más ridícula. Josh, vamos, Josh, ponte en pie, por favor. El Presidente Tharaka quiere que salgas a recibir los aplausos que mereces por convertir el hermoso centro de recreo del Lago Kiboko de Zarakal en un lugar que podría competir ciertamente con los de Las Vegas y Montecarlo. Levántate, levántate. Damas y caballeros, ¡éste es el hombre cuya mente concibió el Centro de Convenciones y Recreo Arenas Sambusai!

Me puse en pie con torpeza, parpadeé bajo la luz blanca del foco y volví a sentarme bajo el acalorado aplauso de cientos de compañeros *Homo sapiens*. El centro, quería decirles, no había sido solo idea mía.

—El Presidente Tharaka quiere que todos los aquí presentes esta noche sepan que los beneficios generados por este complejo servirán para fundar nuevas escuelas, programas de agricultura, intercambios culturales y progresos tecnológicos para toda el África del Este. En este momento, la AZPPA, la Administración Zarakalí para la Paz y la Prosperidad a través de la Astronáutica, ya ha sido reavivada, y pueden apostar sus plumas de avestruz a que un africano caminará sobre la Luna antes de que la década llegue a su fin. Eso era lo que el Presidente Tharaka y el Ministro Kampa tenían en mente cuando hicieron de la construcción de este complejo una prioridad nacional, hace tan solo seis o siete años. Vaya, el señor Kampa renunció a un lucrativo circuito de conferencias por Norteamérica para regresar a Zarakal y ocupar su escaño en la Asamblea Nacional. Este hombre es un logro para su país, para sus dos países, y creo que merece otra ronda de aplausos.

La tuvimos, Manny Barrelo y yo; una ronda de aplausos mayor de la que habíamos recibido antes —incluso a pesar de que Barrelo había ensombrecido enormemente los hechos de mi desertión del «lucrativo circuito de conferencias por Norteamérica»—. El Almirante Cuomo me dio unas palmaditas en la espalda. En la mesa de al lado, Dirk Akuj me sonrió de forma enigmática.

—Pero basta de charlas. Ya es hora de que comiencen los festejos y nuestra actuación inaugural, nuestra obertura, es un tributo al señor Kampa, a su hermosa hija Mónica y al florecimiento de Zarakal como potencia de la era espacial... Damas y caballeros, con todos ustedes, ¡Lisa Chagula y los chimpancés Gombe Stream!

Manny Barrelo hizo un gesto hacia el lateral derecho y acto seguido giró la silla del Presidente Tharaka para que pudieran salir por la parte izquierda del escenario. Los Marakoi Pops empezaron a tocar una versión más movida del *Thus Spake Zarathustra*, y los aplausos llenaron de nuevo la estancia.

El telón de rayas de cebrá se abrió para revelar un decorado sobre el que se representaba de forma bastante convincente una réplica de un volcán en erupción sobre un apagado paisaje pastel. Un relámpago se encendía contra la pantalla y, alrededor del tronco de un baobab de papel maché, unas tiras de papel crepé rojo y naranja danzaban como llamas. Ataviada con el traje típico africano de la región del Lago Tanganica, Lisa Chagula entró a escena y se colocó en la plataforma delantera del escenario. Y, entonces, silbó.

Desde la parte derecha del escenario, salieron cinco chimpancés, uno de ellos afeitado para simular una desnudez casi humana. Descubrí a quién representaba el chimpancé de inmediato, al igual que todos los demás que conocían los detalles de mi legendario viaje al pasado remoto, es decir, todos los asistentes. Se suponía que el simio era yo. Una pista más sobre su identidad era la muñeca de plástico rosa que tenía cogida en brazos, una sustituta de Mónica en su encarnación original como la Larva. Los chimpancés se apartaron de las «llamas» que los rodeaban.

—Dios mío —susurró Mónica, y a mí me dio un vuelco el corazón.

Durante los dos años posteriores al trauma que supuso mi participación en el Esfinge Blanca, me gané la vida bastante bien en los Estados Unidos relatando mis aventuras a los estudiantes de las facultades, en programas de entrevistas de la televisión y a los lectores de los suplementos dominicales. Debido a que las Fuerzas Aéreas del Gobierno de los Estados Unidos ridiculizaban de continuo mis afirmaciones, y a que no permití que nadie con una titulación en antropología física examinara a Mónica, se me consideraba un chiflado divertido. Mi notoriedad aumentó durante un tiempo, proporcionándome más dinero, un indeseado séquito de colgados y la maldición del reconocimiento instantáneo en cualquier calle o región de mi patria readoptiva. Entonces llegó el final, y seguí el mismo camino que cualquier superestrella pasada de moda, atravesando el solitario callejón sin salida del abandono de los medios para llegar al derrumbado muro de ladrillos del olvido.

Los testimonios de mi madre y de mi hermana fueron descartados como inservibles, mi interés como diversión desbaratado, mi medio de vida comprometido, y así caí del medianamente respetable estatus de un médium o un astrólogo de los periódicos, al patético estatus de una pitonisa o de un chiflado de los platillos volantes. Demasiado orgulloso para aceptar la caridad de mi madre, consideré, por un corto periodo de tiempo y con total seriedad, trabajar para la Gulf Coast Coating en la región de Florida... tras lo cual y a través de un oficial del consulado en Washington, D.C., el Presidente Tharaka confirmó públicamente mi historia, castigó a las Fuerzas

Aéreas de los Estados Unidos por llamarme embustero y me invitó a regresar a Zarakal. «Tengo un trabajo importante para ti», decía parte del comunicado que me había enviado; «por favor, vuelve a casa». Agradecido por la ayuda desde ese inesperado tercio (el Presidente Tharaka y Alistair Patrick Blair habían mantenido un inexpugnable silencio durante dos años), me apresuré a emigrar y dejé atrás a una opinión pública norteamericana desconcertada por completo y un rencoroso debate en el Congreso sobre los abusos de poder tanto en el Pentágono como en el Poder Ejecutivo.

En Marakoi, me despacharon con una comparecencia de homenaje ante una Comisión de Investigación del Senado pero, con la bendición de Mutesa Tharaka, la ignoré y comencé a sentar las bases para mi campaña con el fin de conseguir un puesto en la Asamblea Nacional de Zarakal. Después de un desfile que recorrió la capital y de la publicidad de la prensa del África oriental, que me ensalzaba como a un héroe, me vi sin oposición alguna. Tan solo dos semanas después de mi elección, recibí una citación del gabinete. Desde aquel momento, por medio del trabajo duro y una escrupulosa abstinencia de la imagen *WaBenzi*, me gané el respeto de mi electorado y restablecí mi credibilidad ante los oficiales norteamericanos de Zarakal.

Aunque hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que el Presidente Tharaka había jugado su carta de Joshua Kampa para ganar concesiones norteamericanas de las que yo aún no tenía ni idea, esta sospecha no ponía en entredicho el agradecimiento que le debía. Mónica y yo habíamos encontrado finalmente nuestro lugar en este mundo. Yo era el hombre que había viajado en el tiempo, ella era una diminuta Eva africana y, como Dirk Akuj había señalado aquella tarde, ambos éramos celebridades cuya historia inspiraba una controversia internacional. De hecho, más allá de su muerte, el flamante manto de Alistair Patrick Blair había descendido sobre mi hija y sobre mí.

Ahora, en el teatro restaurante del Arenas Sambusai, los chimpancés Gombe Stream revivían uno de los episodios finales de la leyenda de Joshua Kampa. Este «tributo» se nos había ocultado tanto a Mónica como a mí, por lo que no había tenido oportunidad de aprobarlo de antemano. Ésa era una mala señal. El champán que habíamos estado bebiendo, junto con mi propio bochorno, consiguieron que la imitación de los chimpancés de Lisa Chagula resultara especialmente impertinente, como una violación de algo sagrado. Me aferré al borde de la mesa y no dije nada. La actuación acabaría pronto y sería olvidada con rapidez a medida que los demás artistas y sus actuaciones tuvieran lugar. No tenía sentido estropear la noche con un arrebato de indignación.

Solo quedaba en escena el simio que me imitaba, protegiendo a su muñequita de la miríada de remolinos de tiras de papel crepé. Los demás chimpancés ya se habían retirado por la parte izquierda del escenario cuando los proyectores colocados por

todo el vestíbulo lanzaron imágenes holográficas de unas cuantas hienas a su alrededor. Al compás de los «oh» y los «ah» de la audiencia, aquellas criaturas ilusorias avanzaron hacia mi homólogo póngido con los ojos brillantes como topacios. Lisa Chagula, desde la base del escenario, hizo una pantomima de su comprensivo horror cubriéndose los ojos con el antebrazo y agazapándose a un lado. En ese momento, un falso y llamativo módulo lunar descendió de las alturas —colgado de unos alambres— para rescatarnos a Mónica y a mí. Ese artefacto contenía un par de chimpancés vestidos con sendos disfraces de astronautas que saltaron de la plataforma y comenzaron a sacar unas brillantes mangueras amarillas de la escotilla.

—¡No puedo soportarlo! —exclamó Mónica con voz lo bastante alta para que se oyera sobre el clamor de la música.

—¿Crees que es un agravio a tu dignidad? —preguntó Rochelle Mutasingwa, como si ya fuera demasiado tarde para preocuparse por el asunto.

—La mía no, la de los chimpancés.

—Lisa Chagula y los chimpancés Gombe Stream han sido unos buenos embajadores de Tanzania durante años. Jamás se ha cuestionado su dignidad.

—Tal vez no —replicó Mónica—, pero esto no es más que una vulgar explotación de esas criaturitas.

—¿Explotación?

—Ya me ha oído. Esos chimpancés son sus negros, señorita Mutasingwaa, y el anterior Presidente Nyerere jamás habría aprobado algo tan vulgar y desagradable.

—Señoras —dijo el Almirante Cuomo—. Señoras, por favor.

—Los comentarios de su hija van más allá de la impertinencia adolescente —me dijo Rochelle Mutasingwa con furia—. Me pregunto si son de su aprobación.

—No, por supuesto que no. Mónica no pretendía...

—¡Por el amor de Dios, papá!

En el escenario, la Larva y yo estábamos subiendo al módulo lunar con los chimpancés vestidos con los trajes presurizados de lentejuelas. Al apagarse, las corrientes de papel crepé se quedaron pegadas al suelo mientras que el antiguo Monte Tharaka, iluminado con delicadeza desde atrás, no dejaba de rugir y de escupir lava. Mónica hacía lo mismo, utilizando vívidas expresiones americanas que yo había creído ajenas al vocabulario de sus adinerados compañeros de clase. El módulo lunar, entretanto, se elevaba sobre las llamas de papel —gracias a los alambres— hacia el firmamento de lona.

Cuando Lisa Chagula y los siete chimpancés regresaron a escena desde los laterales para regocijarse con su triunfo, Mónica se puso en pie de pronto y lanzó su copa de champán al suelo. Al parecer, estaban planeando otra actuación de monos, y ella no pensaba permitirlo. Por suerte, la oscuridad del vestíbulo ocultó su desasosiego a todos salvo a los que estaban justo a nuestro lado.

—Papá, no me encuentro bien. Tengo que salir de aquí.

Yo me encontraba entre la espada y la pared. Abandonar a mis huéspedes sería poco hospitalario, casi una violación del protocolo diplomático. Sin embargo, si Mónica se sentía mal de verdad, tenía que acompañarla hasta nuestra suite. Mi ausencia pasaría desapercibida para esa gente mientras durasen las actuaciones.

Cuando los chimpancés Gombe Stream iniciaban una exhibición de volteretas, Dirk Akuj echó su silla hacia atrás y se inclinó en una discreta reverencia.

—A su servicio, señor Kampa. Concédame este honor.

Alarmado, traté de protestar.

—Lo hará bien, papá. Una chaqueta genial, zapatos brillantes, una acreditación de su tribu, cualquiera que sea.

—Karamojong, señorita Kampa.

—Bien, un superviviente. Servirá, papá. Sí, sí. No te preocupes. Nos veremos en cuanto puedas largarte de aquí.

Cogidos del brazo, desaparecieron juntos en la multiestratificada oscuridad. Tim Njeri y otro guardia de seguridad los interceptarían en la puerta y los acompañarían arriba, pero yo todavía no acababa de aceptar el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Dirk Akuj era un desconocido con unos propósitos ulteriores reconocidos, y su interés en mi hija, que ese día cumplía quince años, me resultó de mal agüero, algo que iba más allá de los coleteos tardíos sacados de las fantasías de un hombre joven. Después de todo, el ugandés no era mucho más joven que yo.

Con los telegramas de felicitación de Jeannette Monegal y los Whitcombs en la mano, subí en el ascensor hasta la decimocuarta planta. Eran las dos y media de la madrugada, y Tim Njeri y Daniel Eunoto estaban como centinelas a la puerta de mi suite. En realidad, Daniel estaba en una especie de trance y Timothy estaba agazapado a escondidas detrás de una maceta de eucalipto. Bien podría haberse tratado de un par de *ilmoran* en los páramos, en lugar de agentes de seguridad en el pasillo de un centro turístico.

—La joven ya se siente mejor, según creo —me dijo Timothy.

—¿Qué ha pasado con el señor Akuj de Uganda?

Tim hizo un gesto para señalar la puerta.

—¿Todavía está con ella? —Estaba atónito.

—A menos que haya saltado por el balcón, señor. No podría haber ido a ningún otro sitio. —Tim leyó a la perfección mi expresión desaprobadora—. La señorita Mónica insistió, señor Kampa, y hoy es su cumpleaños.

—Ayer era su cumpleaños.

Entré y descubrí con alivio que Dirk Akuj estaba hirviendo agua en una pequeña tetera de cerámica sobre la placa de la cocina, un par de inútiles lujos *WaBenzi* sobre

los cuales jamás había sentido remordimiento alguno, ni siquiera en los establecimientos que prohibían su uso. El hombre se había quitado la chaqueta fosforescente del esmoquin, pero, aparte de eso, estaba completamente vestido. Aunque eso no significara nada después de las cinco horas que habían pasado desde la última vez que lo vi, fingí que así era.

Tumbada sobre el manto de colores que se había puesto sobre los hombros aquella noche, Mónica dormitaba vestida con su atuendo de doncella sambusai. Sus diminutos pechos estaban expuestos, y su cabeza afeitada brillaba como un huevo de obsidiana. Una fotografía de veintidós años de antigüedad del Presidente Tharaka la vigilaba desde la pared, sobre el cabecero. Coloqué los telegramas de mi hija cerca de su mano y me giré para enfrentarme al intruso.

Dirk Akuj me hizo un brindis con una tacita de infusión y me preguntó si quería unirme a él. Decliné la oferta.

—¿Por qué está aquí todavía? —Un áspero aroma a medicina impregnó la habitación, probablemente procedente de su té.

—Quería hablar con usted en un escenario más hospitalario que el del protectorado, señor.

Me quité la chaqueta y los zapatos y me dejé caer sobre la silla. Esperaba que mi postura transmitiera mi agotamiento.

Dirk Akuj dijo:

—No ha vuelto a hacer viajes astrales, ¿verdad?

—La carne está dispuesta, pero el espíritu es débil.

—¿Alguna vez se ha preguntado por qué, señor?

—¿Por qué es débil el espíritu?

—Por qué se ha «curado» de los sueños que lo enviaban lejos de sus semejantes cuando era un niño.

—Porque Woody Kaprow y el Esfinge Blanca utilizaron mi sintonización para hacerme vivir esos sueños, por eso. Los he purgado de mi organismo y, durante los últimos catorce años, he sido una persona normal y corriente.

—Una celebridad normal y corriente, señor.

Admití esa porfiada enmienda con una mueca.

—¿Alguna vez ha considerado que sus viajes astrales, sus viajes en el tiempo, eran una profecía?

—¿De qué?

—De lo que le ocurrió durante ese largo mes a finales de verano en 1987. Sus sueños eran premoniciones del viaje en el tiempo que finalmente se llevaría a cabo gracias al Esfinge Blanca. Estaba viendo el futuro además del pasado. ¿Se da cuenta?

—Es demasiado tarde para esto, señor Akuj.

—¿Nunca se le había ocurrido nada de esto, señor?

—No, nunca. Mis viajes astrales no se correspondían con lo que me ocurrió una vez que estuve físicamente en el pasado. Así que no eran premoniciones, como puede ver.

Dirk Akuj dio un sorbo de lo que fuera que había en su taza y caminó hasta la ventana que daba al lago. Mi enfado no parecía molestarlo. Sus modales sugerían que satisfacer su curiosidad era más importante que satisfacer la mía. ¿Qué quería? ¿Adónde quería llegar? Quería gritarle esas preguntas, pero no deseaba revelar de forma tan evidente mi afán de respuestas. Mónica se removió en sueños.

—¿Qué siente respecto a lo que ocurrió al volver? —preguntó haciendo un gesto hacia la ventana con su taza—. Quiero decir, ¿qué siente hoy en día sobre aquella extraña interrupción de su vida?

—Trato de no pensar en ello, señor Akuj.

—¿Por qué, señor?

—Porque se vuelve más y más lejano con cada año que pasa, y me preocupa pensar que nada de aquello ocurrió en realidad.

—¿El Paraíso Perdido?

Alcé las cejas. ¿Qué se suponía que quería decir aquello?

—Pero tiene a su hija, señor Kampa. —Dirk Akuj señaló la cama con la cabeza—. Dudar de que existe sería como dudar de la existencia del mundo.

—Antes dudaría de la del mundo, se lo aseguro.

—Es interesante que sienta eso. El doctor Kaprow solía trasladarse al pasado durante cortos periodos de tiempo. Se quedaba durante lapsos cortos con el fin de no desgastar su habilidad para hacer la transición. Pero a la vuelta, señor Kampa, decía en muchas ocasiones que había vuelto a un simulacro del presente. Y he citado su palabra exacta: simulacro.

Pensativo, Dirk Akuj se tocó los labios con el borde de la taza para después apartarla de nuevo.

—Ni siquiera los contactos constantes por medio del transcordión servían para dar confianza al doctor Kaprow. Cuando emergía de nuestro vehículo de desplazamiento, temía haberse introducido en una sociedad de fantasmas y *Doppelgangers*. Cada viaje, me dijo una vez, lo apartaba más y más de la realidad. A la postre, el horripilante pasado de los mártires se convirtió en su primera realidad, y allí eligió quedarse.

Aquella pequeña narración me asustó. Si me tumbaba a dormir al lado de Mónica, ¿despertaría para descubrir que el Arenas Sambusai había desaparecido en la bruma, que el mundo se había evaporado? ¿Dónde estaría entonces? ¿En un limbo en el que los términos de mi condición de fantasma me impedían mantener contacto con la gente que había formado parte de mi vida? Lo tardío de la hora, el champán que había bebido y la desorientadora presencia de Dirk Akuj hicieron que me echara a temblar.

—¿Usted se cree un fantasma? —le pregunté a mi adversario.

—Seguramente; casi con toda seguridad, señor Kampa, pero quizás no de la forma que implicaba el doctor Kaprow. Creo que cada uno de nosotros es un fantasma para los demás. Cada uno de nosotros está poseído por los espíritus de nuestros ancestros, tanto de los vivos como de los muertos. De otra forma, ¿cómo podríamos soñar? No creernos fantasmas en ese sentido sería como desligarnos de nuestros orígenes.

Es demasiado tarde para esto, pensé sin comprender.

En voz alta, dije:

—¿Qué es lo que quiere, señor Akuj? ¿De qué va todo esto?

Dejó la taza sobre el aparador labrado que había frente a la ventana. El manifiesto brillo del asa se burló del titilar de las estrellas que había sobre las montañas del lado occidental del Rift.

—El Esfinge Blanca ha vuelto a la vida, señor Kampa, pero con un objetivo diferente. Ahora hemos elegido saltar hacia delante, en lugar de hacia atrás.

—No hay resonancias que puedan ser perseguidas —murmuré.

—A pesar de lo que una vez le dijera el doctor Kaprow, es posible, señor. El requerimiento principal es un crononauta cuyos viajes astrales se propaguen a lo largo de las líneas futuras del mundo.

Abrumado ante semejante razonamiento, miré a mi hija.

—He discutido el asunto con Mónica, señor Kampa. Está impaciente por participar. Las recompensas son muchas.

—¡Recompensas *WaBenzi*! —exclamé al tiempo que me levantaba para dirigirme a la cama—. No se lo permitiré.

Me senté junto a Mónica y cogí su mano, que estaba caliente y era conmovedoramente suave. ¿Cómo podría dejarla en manos de Dirk Akuj, cuyo interés en ella era carnal a la vez que de mentor? Los ojos de mi hija se abrieron y, por un momento, fueron transparentes, luminosos, sin fondo, como los de la Larva antes de nuestro retorno.

—Recompensas espirituales —argumentó Dirk Akuj, que se sentó en el aparador y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. No solo para ella, sino para todos aquéllos que sobrevivan con el fin de hacer del futuro su presente.

Mónica alzó las rodillas y se apartó de mis caricias. Su rostro reflejaba una expresión sorprendida. Aunque su apariencia siempre había sido más humana que habilina, como si mi sangre hubiese doblegado a la de su madre, aquella noche se parecía a Elena. El extraño brillo de sus ojos me cautivaba y me aterrorizaba a la vez.

—Necesita un permiso paterno para eso —le dije a Akuj—. Mónica todavía es menor de edad y necesita mi consentimiento para poder participar.

—Nos lo dará, señor.

—Y una mierda.

Después de una breve pausa, el ugandés dijo:

—He estado haciendo ayuno durante dos semanas. Una pequeña infusión de sisal es todo el alimento que tomo durante el ayuno, y cuando ayuno, tengo alucinaciones. He tenido una sobre el futuro, ¿sabe usted?, y esta misma tarde, en presencia de Mónica, lo he visto mostrando su acuerdo en la participación de su hija.

—¿Y por qué iba a hacer una locura semejante? —Había un ligero temblor en mi voz.

—Para recuperar la buena opinión que ella tiene de usted. La ha perdido, según creo, por la misma razón que su madre, la escritora, perdió una vez la suya. Trató de aprovecharse de su relación para ciertos fines indignos a corto plazo.

—Mónica, ¿es eso lo que crees que he hecho?

Mi hija me contempló con atención, virtualmente ciega.

—Está poseída, señor Kampa. La despertó antes de que pudiera sacudirse los efectos del trance.

—¡La ha drogado!

—Con su total connivencia, señor. En este estado, es capaz de comunicarse a través de los años con el espíritu de su madre. Usted nunca le ha hablado de su madre, según me ha dicho Mónica. Así pues, por un momento, la he ayudado a convertirse en su madre.

—Tráigala de vuelta —le ordené al ugandés.

—Está demasiado lejos para que podamos alcanzarla, señor Kampa. Lo más probable es que usted quiera aprovechar esta oportunidad para contactar con el espíritu de su esposa habilina, ¿no es así?

Clavé la vista en el hombre. El invierno que regresé de los Estados Unidos a Zarakal, Thomas Babington Mubia me había llevado al mundo del *ngoma* por medio de un encantamiento wanderobo. Allí, había casado formalmente mi espíritu con el de su fallecida esposa kikembu, Elena Mithaga, quien él creía que era el avatar del siglo xx de mi mujer pleistocénica. Babington había fallecido ese mismo invierno, algo después, pero en lo que a mí concernía, Elena y yo estábamos unidos para siempre, tanto legal como emocionalmente, y el improvisado rito de mi antiguo mentor había formalizado nuestro vínculo incluso en el momento presente.

—¿Amaba de verdad a Elena, señor Kampa, o su relación con ella fue una cuestión de hormonas y de proximidad?

—¡Traiga de vuelta a mi hija y lárguese de aquí!

—Perdóneme —dijo Dirk Akuj—, por supuesto que amaba de verdad a Elena, y no me cabe duda de que le gustaría comunicarse con ella de nuevo.

—¡Oiga! —ladré—. Escuche, miserable...

—Pero es cierto, señor. Le gustaría comunicarse con su largamente fallecida

esposa, y puedo ayudarle a que lo haga.

Mi determinación se debilitó y, al reconocer de forma intuitiva que me había vencido, se encaminó hacia la puerta: Dirk Akuj, un físico karamojong con arraigadas creencias animistas. Invitó a entrar a la suite a Timothy Njeri y a Daniel Eunoto, argumentando que la participación de uno de esos dos hombres podría serme de ayuda para conseguir una relación armoniosa con el fantasma que habitaba el cuerpo de Mónica. El otro agente de seguridad se mantendría al margen de la ceremonia como mero observador, como supervisor. Ese arreglo nos evitaría la preocupación de que yo quedara por completo en manos de Dirk Akuj. No obstante, ni Timothy ni Daniel parecían ansiosos por participar en aquel plan. Esperaban alguna orden por mi parte, pero todo lo que pude hacer fue mirar con perplejidad a la niña que estaba en la cama.

Dirk Akuj caminó hacia el lugar donde estaba su chaqueta y sacó del bolsillo interior un par de bolsas de plástico que contenían lo que parecían ser hojas cortadas y raíces. Abrió las bolsas y sacudió su contenido sobre la tetera de la placa antes de llenarla con agua del grifo del cuarto de baño. Encendió la placa y coció la poción durante unos cinco minutos largos, sin dejar de canturrear una desafinada melodía. Un olor penetrante llenó el aire junto con el vapor que se desprendía de la tetera, un olor parecido al amoniaco mentolado.

Timothy y Daniel lanzaron una moneda para ver quién actuaría como observador. La moneda cayó de cara (la del Presidente Tharaka) y Daniel se retiró hacia la puerta para vigilar.

Después de desnudarse para quedarse tan solo con la camiseta y los calzoncillos e instarnos a Timothy y a mí a hacer lo mismo, Dirk Akuj nos mostró cómo debíamos vaciar nuestros pulmones en inhalar profundamente los vapores de la tetera. Seguimos sus indicaciones. Después, los tres nos sentamos en un triángulo en medio de la habitación y comenzamos a tamborilear con los nudillos sobre las rodillas. El vapor de la tetera abierta que se encontraba sobre el suelo se convirtió en el centro de nuestra atención, y muy pronto el hotel empezó a aparecer y desaparecer al compás de nuestro tamborileo. Mónica observaba nuestro ceremonial como si nos contemplara desde una gran altura. Ella también parecía aparecer y desaparecer siguiendo el ritmo de los golpecitos.

Cerré los ojos y el tiempo perdió su significado convencional. La historia fue revocada; el futuro, pospuesto de forma indefinida.

Entonces abrí los ojos y miré a mi alrededor para ver una oscuridad que latía con la promesa de la luz. Estaba solo, pero en un lugar que carecía de sustancia o dimensión. Mis manos no tenían cuerpo, mi cuerpo no tenía manos. En aquel momento, una puerta se abrió hacia dentro, y mi perdida Elena apareció de pie en el vano de esa puerta, radiante con un vestido y un delantal blancos. Incluso llevaba

zapatos. Sus pies parecían enormes con los zapatos, como el pedestal de un monumento. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas y me apresuré a sacarla del rectángulo del vano de la puerta.

—No deberías llevar puesto eso —le dije mientras me arrodillaba frente a ella—. No es digno de ti.

Sus zapatos eran unas vulgares zapatillas de deporte con gruesas suelas de goma. Comencé a desatárselas. Las lágrimas me impedían ver con claridad lo que estaba haciendo, pero desaté los lazos y saqué sus pies de las zapatillas uno después del otro. Me puse en pie, la abracé durante un instante eterno, solo para sentir su cuerpo contra el mío, y la mecí en mis brazos como un padre haría con su hijo. Sus almidonadas ropas empezaron a molestarme también, así que aflojé el nudo que sujetaba el delantal, le desabroché el vestido de forma experta y deslicé ambas prendas por sus costados hasta el suelo, donde se unieron a mi camiseta de cuello de pico y mis bonitos Fruit of the Loom. Ella me contempló con tierno asombro, pero no frunció el ceño para regañarme por habernos devuelto a la inocente desnudez de las bestias y los mínidos. En cambio, cerró mis párpados con la punta de sus dedos y colocó un nudoso puño sobre mi corazón.

Abrí los ojos de nuevo. La suite del hotel se había vuelto a materializar alrededor de la cama doble, que estaba compartiendo con Elena Habilina. ¡Alabado fuera Ngai y la misteriosa poción de Dirk Akuj!

—Señor Kampa... señor Kampa, señor, ¿puedo irme ya, por favor?

El rostro que me miraba desde arriba era el de una matrona sambusai con ojos increíblemente brillantes y una boca llena y saludable. Atónito, me aparté de su mirada y me deslicé por el borde de la cama. La mujer estaba vestida de blanco, con el uniforme de una doncella del hotel. Traté de poner en orden las implicaciones de su presencia. Mirando a mi alrededor, vi a Timothy Njeri inconsciente en el suelo, al lado de la tetera —todavía llevaba puesta su ropa interior, mientras que yo estaba desnudo por completo— y a Daniel Eunoto tumbado en una esquina, durmiendo el sueño de los justos. Mónica y Dirk Akuj no estaban por ningún lado. El cielo que se apreciaba a través del marco de la ventana era de un azul puro.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Nadie respondió cuando llamé a la puerta, señor Kampa. —Me dedicó una sonrisa de disculpa—. Vine a limpiar.

—¿Antes de que amanezca?

—Claro que no, señor. Mucho después. Es casi mediodía.

Unas cuantas preguntas más revelaron que llevaba en mi suite casi dos horas y que ya se había retrasado muchísimo. Si no dejaba que se marchara, el gerente podría despedirla y tendría que regresar a la desolada misión de la base situada al sudeste del Centro de Recreo, donde la vida era muy dura y aburrida. Me envolví con una

sábana, le di el equivalente a cincuenta dólares americanos y le dije que pusiera al día tanto trabajo como le fuera posible. Yo la protegería de la ira de la gerencia del Arenas Sambusai. La mujer se marchó y me dio las gracias.

Me vestí y me paseé por la habitación para tratar de poner en orden mis emociones. Dirk Akuj nos había embaucado. Su ceremonia *ngoma* había sido una astuta artimaña. ¿O no? Timothy y Daniel volverían en sí muy pronto, podía deducirlo por su respiración, pero mientras tanto quería recopilar mis recuerdos sin su ayuda. ¿Era posible que por un momento, por un breve momento al menos, el *ngoma* de mí Elena hubiese habitado el confortable cuerpo de la doncella del hotel? A pesar de todo, me encontraba bastante bien.

Mónica me había dejado una nota. Estaba escrita en el dorso del telegrama de felicitación de mi madre:

Querido papá:

Puedes darme tu permiso para hacer esto no intentando traerme de vuelta, ¿de acuerdo? Estamos atravesando el Lago Kiboko camino de Uganda en una lancha motora y, si quieres atraparnos, es muy probable que puedas hacerlo. Pero de verdad espero que no lo intentes. Tú tuviste tu oportunidad; ésta es la mía y puede que quizás un día Dirk y yo podamos informar a todos sobre su futuro cuando regresemos de vuelta al presente. Diles a la abuela Jeannette y a la tía Anna que las quiero. Y también te quiero muchísimo a ti.

Tu hija,

La Larva

Bajé hasta el vestíbulo en uno de los ascensores y después caminé hacia la dársena bajo el calor aplastante. A pesar de la temperatura, algunos turistas vigorosos surcaban el lago en los botes de remos y una ligera brisa agitaba los bordes de las sombrillas multicolores bajo las que se afanaban. A pesar de la nota de mi hija y de su convicción de que podríamos alcanzarla si lo intentábamos, Dirk Akuj y ella ya debían de haber alcanzado la orilla oeste del lago. Aunque tal vez fuera posible darles alcance en la traicionera zona entre Zarakal y Uganda, no pensaba poner fin a su escapada.

Pese a haber tomado esta decisión, volví por el muelle de la dársena y me encaminé hacia el paseo que recorría de Norte a Sur la orilla del lago. Allí giré hacia el Norte y seguí el camino que conducía a la planta depuradora de agua que suministraba a todo el complejo. Mis llaves me permitían acceder a los alrededores de la planta, delimitados por una cerca, y mi posición en el Gobierno de Zarakal

eliminó las objeciones de un par de guardias uniformados que obviamente se preguntaban qué asuntos me traían a sus pequeños dominios.

Me di una larga caminata a través del laberinto de cañerías de metal, manómetros y ruedas hasta la zona arenosa, donde una inmensa torre de agua se elevaba hacia el cielo del desierto. Subí por una estrecha escalerilla de metal que ascendía por una de las colosales patas de la torre y, desde la pasarela, observé el Lago Kiboko en busca de mi hija. Los guardias y otros miembros del personal de la planta contemplaron mi ascenso, perplejos ante mi audacia.

Entonces, salté hacia fuera y me agarré a un tubo con ambas manos. El personal de la planta se quedó con la boca abierta y, cuando comencé a deslizarme hacia dentro con los pies colgando en el aire, gritaron:

—¡Tenga cuidado, señor Kampa! ¡Por favor, tenga cuidado, señor!

Sus gritos eran como reconfortantes hosannas. Me deslicé por la barra hasta llegar a una intersección por debajo del depósito y me quedé allí colgado bajo la árida brisa, mirando hacia el Oeste en busca de Mónica. Durante el tiempo que duró mi acrobacia, al menos, fui un hombre muy feliz.



Michael Bishop nació en 1945 en Nebraska. Dos hechos marcaron su infancia y juventud. Por un lado, recorrió gran parte de América y del globo gracias a su padre, miembro de las Fuerzas Armadas. Esto le permitió conocer multitud de culturas y de mentalidades, un hecho que le ha servido de base para su narrativa. De su estancia en Sevilla, por ejemplo, donde cursó la escuela superior, queda su historia «En la calle de las sierpes». Actualmente, vive en Georgia, un lugar que le ha servido de fondo de algunas de sus ficciones, tanto de relatos de todo tipo como de sus novelas *Who Made Stevie Crye?* o *El eslabón perdido*. Por otro lado, su vocación de escritor, que vino a determinar toda su vida, nació cuando tuvo en sus manos una edición ilustrada de *Colmillo blanco*. Estudió en la Universidad de Georgia y se doctoró con un estudio sobre la obra del poeta Dylan Thomas. Después, ejerció de profesor de inglés en una academia militar y en la propia universidad, y se dedica a la escritura exclusivamente.

El primer cuento que publicó apareció en la revista *Galaxy* en 1970. Poco a poco, su nombre empezó a circular por las diferentes publicaciones especializadas, donde colocó su copiosa producción de historias breves. Su reputación y su talento, además de marcar el comienzo de su carrera profesional, empezó a despuntar con sendas nominaciones, los años 1974 y 1975, al premio Hugo y al premio Nebula por «The White Otters of Childhood» y «Death and Designation Among the Asadi». Con ellas, inauguraría una larga lista de candidaturas en los más prestigiosos galardones del género, donde se hizo un eterno finalista. En ese mismo 1975 aparecería editada su primera novela, *A Funeral for the Eyes of Fire*, que reelaboraría cuatro años más

tarde y distribuiría como *Eyes of Fire*.

Bishop es un escritor cuya obra ha estado marcada por la influencia de su biografía; por los lugares en los que ha vivido. Muchas de sus narraciones se sitúan en espacios reales, o en inspiraciones de éstos. A las ubicaciones ya mencionadas, hay que sumar Atlanta. Su serie «Urban Nucleus», conformada por *A Little Knowledge* y *Catacomb Years*, aunque la citada *A Funeral for the Eyes of Fire* y *Under Heaven's Bridge* se incluyen de forma tangencial en ella, se ubica en una Atlanta futura, y Atlanta también es el fondo de su aclamado relato «Tras las murallas de Tiro» o de *Unicorn Mountain*, donde plasma, además, su experiencia en Colorado.

Es un autor que ha enfocado sus libros desde el prisma de la antropología, con un estudio cuidado del género humano, de su evolución, y de su potencialidad. *Stolen Faces*, *Transfigurations*, *El eslabón perdido* y *Sólo un enemigo: el tiempo* son algunas de las historias que están construidas desde esa mirada, posiblemente su aportación más original.

Otro grupo importante en su producción son las historias de *space opera*, que forman el grueso de su obra inicial, a las que fue dejando de lado para centrarse en el análisis del hombre y de su entorno más cercano.

Bishop no se ha limitado a la ciencia ficción, y, de hecho, se considera más bien autor de literatura fantástica, pues de su pluma han surgido historias de todos los subgéneros, e incluso narrativa general. Ha comentado que escribe un género u otro dependiendo de la necesidad del momento, de lo que pretenda expresar o de que precise de los elementos concretos de uno de ellos para construir una historia. Detrás de la ciencia ficción, el terror ha sido el más frecuentado y logrado. De hecho, esta faceta es igual de conocida en nuestro país como su dedicación por la ficción especulativa, especialmente al haber sido recogido como tal en varias antologías colectivas. Bishop se ha revelado como un autor muy autocrítico, que reflexiona continuamente sobre su propia obra, consciente de los logros pero también de las deficiencias y carencias de la ciencia ficción. Es un narrador que observa y cuestiona el entorno cultural que lo rodea con un talante abierto y explorador como pocos artistas contemporáneos.

Desde 1994, cuando apareció la historia de una nave generacional llamada «Cri de Cour», finalista del premio de la Universidad Politécnica de Cataluña, entre otros galardones, no ha vuelto a escribir una narración de ciencia ficción. Su última novela ha sido la brillante *Las jugadas decisivas*, una obra que el propio autor ha denominado como «una novela gótica de béisbol sureña de la Segunda Guerra Mundial».

También escribe poesía, ensayos y crítica literaria, y su literatura ha sido traducida a varios idiomas, como el alemán, francés, italiano, polaco, indio, japonés o el castellano.

Notas

[¹] Juego de palabras entre la terminología golfista y el significado de las palabras: *birdie*, que significa pajarillo, y *Eagle*, que significa águila. (N. de las T.) <<

[2] Comando Aéreo Estratégico, del inglés *Strategic Air Command* (N. de las T.) <<

[3] Barrita de chocolate (*N. de las T*). <<

[4] Gran sequía que azotó en los años treinta el amplio territorio que se extiende desde las praderas canadienses hasta las Grandes Planicies norteamericanas. (*N. de las T.*)

<<

[5] Personaje de una obra musical sobre un esclavo negro lisiado que representaba los peores estereotipos de esa raza (*N. de las T.*) <<

[6] Familia de famosos equilibristas que actuaban en el circo. *N. de las T.* <<

[7] Playa situada en Carolina del Norte donde los hermanos Wright realizaron el primer vuelo en avión. (*N. de las T.*) <<

[8] *Clap Hands*, canción de Tom Waits, (*N. de las T.*) <<

[9] Conocida empresa de transporte de los EE. UU. *N. de las T.* <<

[10] Abreviatura de *Reserve Officers Training Corps* - Grupo de Entrenamiento de Oficiales en la Reserva (*N. de las T.*) <<